

Cesar Cantú

Compendio de la Historia universal

Índice

301.- Ciencias filosóficas y sociales

Apéndice

De los últimos acontecimientos .

l

Rudimentos

Historia es la narración encadenada de importantes acontecimientos tenidos por verdaderos. Es ciencia de primer orden entre las etnográficas y morales, y descansa en la fe que se refiere a los testimonios por que fueron trasmitidos los hechos anteriores, de los cuales deduce el porvenir probable en el desenvolvimiento de la libre actividad del hombre.

En cuanto a sus asuntos, la Historia puede ser política, literaria, sagrada, eclesiástica, artística, científica, universal, particular, municipal, antigua, moderna, contemporánea, personal (biografía).

En cuanto a la forma, hallamos la crónica, la efeméride, los anales, los comentarios, las memorias, las monografías, las anécdotas, los compendios, las colecciones. La verdadera historia quiere ser escrita con reglas de arte, con criterio, y con intención filosófica, moral, política y social, recogiendo documentos, evaluando su fidelidad, penetrando su sentido, apreciando su valor y su importancia, buscando las causas, los efectos, la íntima conexión de los hechos.

Sirven a la Historia, en primer lugar los testigos oculares, después la tradición oral y escrita. Esta llega tal vez hasta nosotros trasformada en mitos y fábulas: muchas edades o pueblos están representados por tipos deales (1): poesías y fiestas conservan acontecimientos, no de otro modo recordados. La arqueología estudia los monumentos, las medallas, las inscripciones que revelan antiguos hechos. La paleografía, se ocupa de los documentos coleccionados en los archivos. La crítica enseña a discernir lo verdadero de lo probable y de lo falso, el fondo de la apariencia, y a conjeturar lo cierto. La estadística calcula todas las condiciones civiles de un tiempo dado. La filosofía de la historia compara los hechos, los agrupa, los generaliza, sometiéndolos a leyes de sucesión para evidenciar la providencia, las conquistas de la conciencia y del orden, los progresos de la humanidad en todos los elementos sociales.

Son ojos de la historia la geografía y la cronología. Aquélla enseña los lugares, que vienen a ser el teatro donde se mueven los hombres y las naciones; ésta distingue los tiempos fabulosos, antiguos, medios y modernos; los limita según las eras de los pueblos, las más importantes de las cuales son para nosotros la anterior y la posterior a Jesucristo, y señala las épocas deducidas de grandiosos acontecimientos.

Libro I

1. -Los orígenes

Edad prehistórica   Averiguar cuándo empezó la materia; si esta es inseparable de la fuerza; si el concurso fortuito de los átomos pudo formar los cuerpos, errantes en el espacio con leyes determinadas y eternas; cómo alrededor de uno de estos innumerables soles se

colocaron ocho grandes planetas y otros muchos de menores dimensiones, y un número indeterminado de cometas; cómo uno de estos planetas, que es nuestro globo terráqueo, se condensó, y en el transcurso de millares de siglos adquirió su forma actual, teniendo una superficie de 5098857 miriámetros cuadrados y un volumen de 1082634400, pero sin que conozcamos más que su parte externa, compuesta de capas que designan sus varias épocas geológicas, que goza de un clima glacial en los polos, cálido en el ecuador y templado en los trópicos, y está habitada por hombres en toda su superficie; estas y otras investigaciones semejantes incumben a otras ciencias, y pertenecen a la edad llamada prehistórica. En esta, cuyos datos son recientes y muy inciertos todavía, quiere establecerse que el hombre empezó al fin de la época geológica cuaternaria, la que precede inmediatamente a la edad actual. Concluido el periodo glacial, durante el cual las nieves ocupaban la mayor parte de la Europa y del Asia, empezó el hombre su penosísimo progreso, primero sirviéndose únicamente de piedras, toscas; luego de piedras talladas y pulimentadas; después, del bronce, y por fin del hierro; adquirió el uso del fuego y de los metales, salió del estado salvaje en que se encontraba, viviendo en cavernas o en chozas, y vino a ser el rey de la naturaleza.

Sea lo que fuere de estas conjeturas, la historia propiamente dicha considera al género humano tal cual es hoy, y se funda en datos positivos, tales como los testimonios más o menos auténticos de quienes vieron los hechos o los oyeron referir.

El génesis La narración de más auténtica antigüedad que tenemos, es el Pentateuco (Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio), escrito por Moisés, bajo inspiración divina, y no contradecido [sic] por los progresos de la ciencia ni por temerarias hipótesis, que a la experiencia se sustraen. Allí se refieren, en once breves capítulos, los orígenes del mundo, del hombre, de un pueblo; y son planteados y resueltos los problemas que más atormentaron a la razón humana. Según aquél, Dios, eterno y personal, creó la luz y la materia con un acto libre de su voluntad; ordenó la materia gradualmente, le mandó que produjese los animales, y por último creó al hombre, y, dándole a la mujer por compañera, los colocó en un sitio delicioso. Pero el hombre ensoberbecido, quiso ser igual a Dios, y violó un mandato de éste, por cuyo motivo fue expulsado a la tierra, donde ha de ganarse el sustento con el sudor de su frente, y hacerse acreedor con sus obras a la recompensa que viene después de la muerte.

Una autoridad suprema que puede mandar, un acto de desobediencia voluntaria que contamina toda generación futura y siembra la discordia entre los sentidos, la inteligencia y la voluntad; después una redención divina, que ilumina el entendimiento con las verdades reveladas y ayuda a la voluntad con los

sacramentos: he aquí los dogmas fundamentales del cristianismo, que es la creencia de los pueblos más civilizados.

La estirpe humana creció pronto bajo los patriarcas de larga vida, pero degeneró tanto, que Dios mandó un diluvio, en el cual pereció toda, excepto la familia de Noé. Sem, Cam y Jafet, sus hijos, tan pronto como dejaron de hablar la misma lengua, salieron de la Mesopotamia a dispersarse por el mundo, siendo luego troncos de tres razas distintas, en las cuales el organismo y las cualidades particulares del cuerpo, las dotes del espíritu y las tradiciones, los sentimientos morales y el lenguaje, atestiguan la unidad de origen y la triplicidad de división.

Es de suma importancia aceptar esta unidad de origen, porque de ella se deriva que todos los hombres son iguales por naturaleza, aunque diversos por las facultades la educación y el adelanto social; de aquí que deban amarse, respetarse y ayudarse, considerar como un delito la opresión de un pueblo por otro y la conquista, y como fratricidio la guerra, siempre que no la exijan la necesidad de la defensa y la tutela de los propios derechos.

La historia más dilucidada es la de los descendientes de Sem, hasta el cual desde Adán, se cuentan, al menos 1307 años y 2262 a lo más; y de Sem a Abraham al menos 1948 y a lo sumo 3184. Esta incertidumbre procede de que aquellos tiempos únicamente se numeraban según la sucesión de los patriarcas.

El lenguaje

Poco sabemos de aquellas primeras edades; después de haberse constituido las sociedades, se inventaron las artes y dieron principio las ciencias. No hablo del lenguaje ni de la escritura, puesto que estas invenciones son tan maravillosas, que se piensa que no pudieron ser dadas sino por quien diera al hombre la vida. En efecto, hacer que al sonido de una voz se una tal o cual significado, no arbitrario sino admitido por todo un pueblo, cosa es que no puede obtenerse sino de quien habla ya; y mucho más el formar un discurso entero, no de nombres solos, sino con el verbo, es decir, con la afirmación de la existencia. Por otra parte, en tantos siglos, los animales nunca han refinado su lenguaje, y los leones y los ruiseñores rugen y gorjean hoy como en el paraíso terrenal; ni lanzarán nunca los seres de esta especie más que ininteligibles gritos, y aunque se les enseñe a hablar, no transmitirán la palabra a sus pequeñuelos; el hombre habla do quiera se le encuentra, hasta en los países más salvajes, ni en tradición ni en fábula se cuenta que nadie haya inventado la palabra. Y esta es ya perfecta en todas partes, es decir, basta para expresar todas las ideas. Así, las lenguas más antiguas son las más exquisitas; ningún elemento esencial se les añade, y solo se vuelven mas analíticas, mientras las primitivas son muy sintéticas. En varios pueblos salvajes, se encuentra cierta fineza lógica, desconocida de los más cultos; como en el maya y betoy de los Americanos hay dos formas de verbos, una que indica el tiempo y otra las relaciones entre el sujeto y el atributo.

Si el lenguaje hubiese sido inventado, cada grupo de hombres, cada familia tendría uno especial, sin relación con el de las otras

familias. A veces el lenguaje es una de las bases de la historia de la humanidad, uno de los caracteres de las estirpes, distinguiéndose, según él, las semíticas u orientales y las indo-europeas, y las lenguas monosilábicas como el chino. Las lenguas son los lazos más sólidos de las naciones, que no se rompen ni por el tiempo, ni por conquista, ni por barbarie. Y la palabra es siempre la idea expresada, como es la palabra pensada la idea; y sin la palabra tal vez no adquiriría el hombre las ideas generales. El lenguaje es la mayor prueba que pueda aducirse contra los materialistas y aquellos que en el hombre no ven más que un mono perfeccionado.

Escritura   Comprender luego que la voz podía descomponerse en 5 vocales y 15 o 16 consonantes; y que estos sonidos podían presentarse a los ojos en forma de signos, e inventar además la escritura, es también un prodigio tanto más notable, cuanto que alguna escritura se encuentra en los pueblos todos. Hay escrituras jeroglíficas, donde la palabra es generalmente representada por el objeto material, como el pájaro o el monte, por ejemplo, en una figura más o menos clara del pájaro o del monte, o también por símbolos; y hay escrituras silábicas como el chino y el japonés, donde cada sílaba tiene un signo particular; tenemos en fin, nuestra lengua alfabética, la más perfecta de todas, donde cada sonido y cada modificación tienen su signo.

Perfectibilidad   Otro carácter distintivo del hombre y prueba del origen único es la perfectibilidad; dote que les distingue de todos los animales. Con ella, desde la barbarie en que había vivido después de la primera desobediencia, o del estado salvaje a que lo habían reducido particulares circunstancias, pudo poco a poco adquirir tantos conocimientos, procurarse tantas comodidades, convertirse en señor de la tierra y poner la naturaleza toda a su servicio.

El Asia debió ser la primera morada del hombre, ya que la mayor parte de los animales domésticos, de los géneros, de los frutos con que se regala la culta sociedad en todo el mundo, proceden del Asia y allí se encuentran en estado silvestre, como el trigo, el toro, el búfalo, la cabra, el camello, el puerco, el gato, el chacal de que provienen nuestros perros. Emigrando, el hombre llévase consigo a estos compañeros de sus fatigas y alimentadores de su existencia; y ningún otro o muy pocos sabe domesticar después.

Acosado por las necesidades, el hombre no hubiese inventado más que lo necesario para satisfacerlas. Pero estaba dotado de razón, por medio de la cual distingue el efecto de la causa, lo invisible de lo visible, la unidad en la multiplicidad, y comprende también sus deberes y el derecho de poderlos cumplir y verlos respetados por los otros. Por esto era inherente a su naturaleza el vivir en sociedad, sin la cual el hombre no sería hombre, como si le faltase la vista o la palabra.

Sociedad patriarcal   La primera sociedad fue la doméstica, donde prevalecía el padre por autoridad atemperada con el afecto. En la larguísima vida de los patriarcas, este padre veía multiplicar su

descendencia, y formarse una tribu entera, a cuyo frente él se encontraba: después le seguía el más viejo o el más autorizado, el más experto en el mando, el mejor observador de los astros, gobernando sin magistrados y sin fuerzas, pero con conciencia y por medio de la fe, el respeto, la gratitud y la convicción: él era rey, juez, sabio, pontífice. A la familia se une la propiedad, siendo aquélla dueña del terreno que labraba, del ganado que pacía, de la casa, de los vestidos, de los muebles que se fabricaban.

Algunas de aquellas gentes han conservado hasta ahora el gobierno patriarcal y las tribus; en otras partes se unieron bajo un solo patriarca varias tribus, cuyos jefes debían consultarle sobre los intereses comunes: y de aquí resultaron un patriciado que administraba los negocios públicos, diversidad de costumbres y de derechos en un mismo pueblo, de riqueza entre los individuos y de herencia, y la constitución de distintas familias por dignidad y por poder.

A veces, un grupo de cazadores hace una expedición y necesita un jefe que la dirija; éste los domina a todos, y, si se establecen en un nuevo país, se constituye en rey; los demás le obedecen porque así les parece conveniente y porque él se impone; para evitar insurrecciones, pone soldados a sus ordenes; para contentarlos, nombra jueces que mantengan el derecho. Otras veces, por la posesión de un prado o de una mujer, por celos o por ambición, un pueblo se levanta en guerra, conquista otro país, reduce sus habitantes a la esclavidad, [sic] y los obliga a servir al rey y a la tribu conquistadora abrogándose el derecho de castigar.

De este modo se formaron los primeros Estados.

La industriosa raza de Cam, que inventó el arte de trabajar los metales, pobló la Asiria y la Arabia, y penetró, por el istmo de Suez, en África y en las islas de los mares del Sur.

Los descendientes de Sem, conservadores de las tradiciones patriarcales, se quedaron en Asia, entre el Éufrates y el Océano Indio, de donde se extendieron después por una parte de la Asiria y de la Arabia, penetrando hasta América.

Más torpe que aquella y menos corrompida que ésta, la estirpe de Jafet se dirigió hacia el Septentrión, ocupando las islas del Mediterráneo y la Europa, y sacando partido de las ventajas que ofrecía un pueblo fuerte y dispuesto a la civilización.

Esto se efectuó en el transcurso de largos siglos, durante los cuales la gente iba de tierra en tierra, mezclándose, combatiéndose, partiéndose las riquezas y los descubrimientos, los defectos y las creencias.

Libro II

2. -El Asia

Hasta aquí, la historia puede considerarse como anónima: ahora empieza a distinguirse por países, por naciones y por hombres.

El Asia, cima del género humano y de la civilización, se

extiende sobre más de 933350 miriámetros cuadrados, entre el 24º grado de longitud oriental y el 172º occidental, y entre el ecuador y el 78º de latitud boreal. Dos grandes cordilleras en dirección al ecuador la dividen en tres zonas: la septentrional o Siberia, entre el Altai y el Océano Glacial, desconocida de los antiguos. Entre el Altai y el Tauro se eleva la más alta región del mundo, árida y desprovista de arbolado, con muchas praderas. En la tercera zona, que se extiende hasta el trópico, donde aparecen, hacia el ecuador, las penínsulas India y Arábiga, es el país más privilegiado por la naturaleza; acariciado por las brisas de un mar tranquilo, protegido por altas montañas, regado por caudalosos ríos, goza de un benigno clima, donde prosperan los animales y los vegetales más útiles al hombre; para vestirlo y alimentarlo, hay el gusano de seda, el algodón, el arroz y mil productos de la tierra; perlas y diamantes para adornarlo.

El Indo divide el Asia meridional en dos partes, una hacia el Océano y la otra hacia el Mediterráneo. En esta se fija en primer lugar la historia, y puede dividirse a su vez en varias regiones: I, la de aquende el Éufrates; II, la de allende el Éufrates; III, la comprendida entre el Tigris (2) y el Indo. En la primera se hallan el Asia Menor, la Siria, la Fenicia, la Palestina y la Arabia; en la segunda, la Mesopotamia, la Armenia y la Babilonia; en la tercera, la Asiria, la Susiana, la Persia, la Media, la Bactria (3) y la Sogdiana.

Al otro lado del todo se halla la India propiamente llamada, con Malabar y la isla de Ceilán. Más allá del Ganges, se encuentra el país de los Seris, el más antiguo que los antiguos conocieron, cuando aún se ignoraba la existencia de la China.

Con el Egipto, bastante parecido a estos países, a pesar (4) de hallarse en el África, concluye el teatro de la historia más antigua.

El clima y el terreno determinan la índole y las vicisitudes de estos pueblos. Por las praderas sin límites van errando con sus aperos y caballos el Mongol, el Calmuco y el Songaro, como el Chino atraviesa los innumerables ríos, el Indio monta elefantes y guerrea, y el Árabe viaja con sus caballos y el camello, verdadera nave del desierto; así es que, desde tiempo inmemorial, son pastores errantes el Mongol y el Tártaro; indómitos los Maratas; indolentes los Indios; industriosos los Chinos; comerciantes y guerreros los Árabes, lo mismo hoy que hace treinta siglos.

Flor de belleza es la especie humana en el Asia central, de modo que las esclavas circasianas perfeccionan la estirpe turca. Cerca del Mediterráneo se unen la perfecta inteligencia y el sentimiento del arte.

Del Ararat, que es el pico más elevado del Cáucaso, los pobladores bajaron a la llanura a medida (5) que iba secándose, y en la fértil Mesopotamia, es decir en el país comprendido entre el

Éufrates y el Tigris, en la montañosa Armenia, y en la risueña Babilonia fundaron sus primeras ciudades, vastos recintos de sus campamentos, formados por chozas de caña y palma, lona y betún, tan fáciles de construir como de deshacer. La gente nómada acudía a estas ciudades, a fin de gozar de las ventajas de la vida ordenada. El país fue cuidadosamente cultivado, conduciéndose aguas de regadío. El anchuroso y despejado horizonte permitía observar las estrellas, tanto para que se orientasen los viajeros, como para que distinguiesen las estaciones los pastores; y los signos del zodiaco, y los nombres de las constelaciones demuestran aún el origen pastoril de la astronomía, convertida después en ciencia por los sacerdotes y los jeques.

Despotismo Común era la poligamia, que desordenaba a la familia acarreando la esclavitud de la mujer, el celo entre hermanos, y por consiguiente, la violencia doméstica y el despotismo público, no pudiendo existir libertad política donde no hay libertad moral, pues una sociedad de tiranos domésticos no puede formar más que un gobierno tirano.

Conquistas Las grandes llanuras del Asia y las costumbres nómadas facilitaban extensas conquistas: y los Escitas (bajo cuyo nombre los antiguos confundieron a Tártaros, Afganos (6), Mongoles y Manchúes), los montañeses Persas y Partos, los Árabes ladrones atacaban a menudo (7) a las gentes incivilizadas. A veces los imperios, engrandecidos por la aglomeración de varias tribus, invadían otros países, distribuyéndolos entre los caudillos, que les exigían impuestos y los colocaban bajo su dominio. La civilidad de los vencidos era a veces adoptada por los vencedores, no tanto por su moral como por su lujo y corrupción; de donde resultaba que las instituciones del país concluían por prevalecer y dominar a los vencedores, hasta que caían bajo otra invasión, cuando los sátrapas, a quienes estaban confiadas las provincias, no se declaraban independientes y constituían nuevos reinos.

Aquellas conquistas eran desastrosas; a veces quedaba destruida toda una población, o era acosada por el ejército, como un rebaño, hasta ser internada en otro país: los Hebreos fueron arrojados a Babilonia y Asiria; los Egipcios a la Cólquide por Nabuco y a Susa por Cambises; y los Griegos, al centro del Asia por Jerjes.

Otras veces, los vencedores pactaban con los vencidos; o se unían tribus de naturaleza y ocupaciones distintas, o dos reinos se juntaban, adorando a unos mismos dioses, pero conservando derechos y ocupaciones distintas. Así se formaban las castas, unas sacerdotales, otras industriales y otras guerreras, viviendo en el mismo sitio, aunque reservándose atribuciones, usos, matrimonios y cultos distintos.

Mientras tanto, seguía su curso el comercio; numerosas caravanas iban a los países más ricos en productos, que hallamos en la historia de José el Hebreo.

Religiones Además de estar unidos por el gobierno, los pueblos tuvieron por lazos la comunidad de ritos y creencias. Estas procedían de las tradiciones primitivas, pero se corrompieron por el

pecado, y el monoteísmo se modificó según los climas, la constitución y las pasiones. Algunos paganos personificaban la naturaleza y principalmente los objetos más maravillosos y benéficos, como el sol y las estrellas (sabeísmo); otros deificaban personas (evemerismo); quiénes exageraban la idea de Dios, persuadidos de que éste lo es todo y todo es él (panteísmo); quiénes reducían el culto a contemplación, como en la India; muchos lo reducían a actos prácticos, como en Egipto y en la China, o formaban el cielo según la jerarquía terrestre, y subordinaban los dogmas a las ventajas de una nación o de una raza.

Todos procuraban dar a la religión um carácter nacional, y hacer de Dios el protector del pueblo; de ahí que las primeras ciudades fuesen sagradas, como Jerusalén (8), Jericó, Jeracome, Jerápolis, Dióspolis, Babel, ciudad de Dios, e Ilio, fabricada por Neptuno.

Pronto en la religión popular se introdujo el arcano, misterio reservado a los sacerdotes, los únicos que podían ofrecer los sacrificios, consultar los dioses, comunicar al pueblo parte de la doctrina, reservándose la otra; de este modo pudieron los gobiernos convertirse en teocráticos en muchas partes, es decir, regidos por la voluntad de Dios, o mejor dicho por los sacerdotes que expresaban sus decretos. Al principio bastó una idea firme dominando a extraviadas costumbres, para persuadir al pueblo de la existencia de un poder supremo, para establecer una semejanza entre el orden civil y el físico, que es moral porque es obra de Dios. El interés de estos sacerdotes estaba en importar a su país el conocimiento de antiguos sucesos conocidos por tradición y considerados como milagros.

Tiempos prehistóricos La cronología y geografía faltan, pues, en los hechos que la tradición refiere de aquellos primeros siglos; pero varios eruditos han tratado de dar por lo menos una ordenada sucesión a las historias mitológicas, bajo las cuales la imaginación de los pueblos acumuló circunstancias por las cuales también se puede inquirir algún dato positivo.

Mas puros, más humanos, pero menos milagrosos son los hechos de los pueblos monoteístas, como los Persas, Medas y Hebreos; estos abandonaron la teofanía, es decir la comparación de la divinidad. Las encarnaciones abundan, por el contrario, entre los Indios, que tienen poemas y edificios gigantescos, y donde la idea de la divinidad se confunde de tal manera con la de la humanidad y de la naturaleza toda, que es muy difícil desarraigarlas. En la China, todo es positivo y todo depende de un emperador.

Hubo, en las naciones, grandes hombres, cuya perspicacia y fuerza prevalecieron, difundiendo el concepto de lo bueno, de lo verdadero y de lo generoso. Yao, era constructor de canales y aljibes, y sus Chinos eran fríos, positivos y de escasa inteligencia. El egipcio Manete fabricó a Menfis (9), encauzó el Nilo y construyó estanques, y las generaciones de aquel pueblo se dedicaron a semejantes obras. Las expediciones de Odino se repitieron en las frecuentes emigraciones de los Escandinavos; los

Esquimales aparecían como cazadores de monstruos marinos; Hércules, Prometeo, Orfeo y Jasón representaban el genio artístico, guerrero y maravilloso respectivamente, siendo la gloria de los Griegos.

Primeras monarquías El primer gran imperio se encuentra en las llanuras del Sennaar. Nemrod (10) de la estirpe de Cam, y cazador fuerte, fundó un imperio en Babilonia; pasó a Asiria, donde edificó a Nínive, y dejó este imperio a Nino, y el de Babilonia a Evecoo.

2680 Bactrianos (11), Medos y Persas, formaron el imperio de los Arios, es decir de los valientes, unidos con los Indios, pero permaneciendo monoteístas, con sus castas de sabios o magos, de guerreros, agricultores y mercaderes. Este país, llamado Eriene, entre la India, el Cáucaso, el Oxo (12) y el Golfo Pérsico, tuvo por primer rey a Kajumarot, quien fundó a Balk; y las aventuras de sus sucesores fueron intercaladas en los poemas, donde raras veces se distingue la realidad de la fantasía. Nino (Argiasp), jefe de una tribu de Arios semíticos, conquistó a Balk con ayuda de Semíramis; engrandeció a Nínive, cuyo recinto era de tres jornadas. Semíramis fabricó a Babilonia y otras ciudades, y difamada por sus libertinas costumbres fue asesinada por Ninia. A aquel pueblo asirio pertenecieron, según la Biblia, Teglar-Falasar, que destruyó el reino de Damasco (763); Salmanasar, que aniquiló al de Samaria; Sennaqueribe, cuyo ejército fue exterminado en Judea (707); y en fin Sardanápalo, personificación de todas las voluptuosidades. Los sátrapas Arbaces y Belesis, se rebelaron contra él y lo sitiaron en su capital, donde pereció en una hoguera con sus tesoros y sus mujeres (667).

1916

Entonces prevaleció la estirpe Medo-Bactriana (13), que tenía por capital a Ecbatana, y sucumbió después bajo los Caldeos, gente semítica y sacerdotal, vencida a su vez por la tribu de los Pasagardos, mandada por Ciro (Koresc).

Los antiguos historiadores representaban estas revoluciones y cambios de capitales como sucesión de los imperios Asirio, Babilónico, Medo y Persa, cuando no constituían más que el gran imperio comprendido entre el Éufrates y el Tigris, país muy abierto, cuya capital era Babilonia, ciudad cuadrada de quince millas por lado y ceñida por Semíramis de muros tan anchos que seis carros podían andar por ellos de frente; con mil quinientas torres, magníficos diques en el Eúfrates, jardines, paseos y casas alineadas, relucientes como el esmalte, adornadas de flores y coronadas de palmeras; con un suntuoso templo consagrado a Belo, del cual sobresalía una torre de ocho pisos. Las inmensas ruinas de sus palacios y de sus templos, pronosticadas por Isaías, atestiguan aún su magnificencia. Esta era debida a la riqueza proporcionada por la industria y el comercio; allí se tejían telas y tapices preciosos, y se trabajaban piedras duras que hoy día adornan nuestros museos con el nombre de cilindros babilónicos. Cuando la piedra faltaba, era

suplida por arcilla y nafta, que abundaban mucho en aquel país. Descubriéronse magníficos restos de su escultura en Korsabad y en Kojunscich. Adoraban héroes divinizados y los astros Belo y Milta, es decir el sol y la luna, con un cortejo de astros. Heródoto (14) recuerda dos fiestas principales: una en honor de Belo, donde se gastaban hasta miles de talentos en incienso, y otra en donde los esclavos hacían de amos, como en las saturnales. Beroso, sacerdote caldeo, nos transmitió confusamente los hechos y pensamientos de aquel pueblo, que también sacrifica a Dios víctimas humanas; en el templo de la diosa Milta, las mujeres se prostituían por devoción. Las hermosas se vendían, y con su precio dotaban a las feas. Esmeradísimo era el cultivo de los campos, con magníficos sistemas de regadío; usaban la escritura cuneiforme, imprimiendo sus hechos en ladrillos sin cocer. La ciencia y la magistratura correspondían a la clase de los sabios, hereditariamente conservadores de una doctrina más pura, de una moral más prudente y de muchos conocimientos astronómicos, hasta el punto de dividir el zodíaco en 30 grados de 30 minutos, computar el año en 365 días, menos seis horas, y averiguar que las estrellas son excéntricas a la tierra. La gran torre que servía para las observaciones astronómicas ofrecía la medida del estadio caldeano que era la 1119ª parte del grado, equivalente a 5702 toesas, 1 pie, 9 pulgadas y 7 líneas; lo que difería solamente de 63 toesas de la medida de la tierra que hoy conocemos. Inventaron el gnomon solar, y Calístenes, compañero en la expedición de Alejandro Magno, mandó de Babilonia a Aristóteles observaciones hechas allí desde el año 2200.

3. -Los Hebreos

No queda historia mejor determinada que la del pueblo Hebreo, que une a la misión civil la religiosa, conservando el pasado y preparando el porvenir con las perpetuas creencias brotadas de su seno. Se equivocaban, empero, los que tomaban la historia de los Hebreos por fundamento etnográfico general; puesto que Moisés no escribió para satisfacer la curiosidad, sino por la religión y para su gente, por cuyo motivo solo notó lo concerniente (15) a su pueblo, a las escasas tribus de los Árabes que se habían unido a él, y a los Fenicios, sus adversarios.

De Heber, descendiente de Sem, tomaron su nombre los Hebreos, al frente de los cuales puso Dios a Abraham, y que se consideraban como pueblo elegido por providencia especial, y depositario de las tradiciones y promesas hechas a Abraham, de que llegaría a ser un pueblo inmenso, del cual nacería el redentor del género humano.

1236 Con numerosa tribu, rebaños y riquezas pasó Abraham el Éufrates; se trasladó de la Caldea a Canaán y distinguió a su pueblo de los otros por medio de la circuncisión. Lot, su sobrino, se encerró en el valle de Sodoma, y fue padre de los Moabitas e Idomitas. De Agar, esclava egipcia, tuvo Abraham a Ismael, padre de los Árabes; de Sara, su mujer, engendró a Isaac, de quien nacieron

Esaú (16), cazador, y Jacob, agricultor. Este usurpó la primogenitura y la bendición paternal, y de su nombre llamó Israelitas a los descendientes de sus doce hijos. Entre ellos prefería él a José, por lo cual fue vendido por sus hermanos envidiosos a una caravana de Madianitas, que llevaban a Egipto con camellos armas, resinas y mirra. Conducido allí, José conquistó el favor de Faraón, que le nombró virrey, y aconsejó a éste que adquiriese todos los terrenos, reduciendo los propietarios a simples colonos, y se preparase de este modo para hacer frente a una gran carestía. José llamó a sus hermanos, quienes se esparcieron y multiplicaron por los campos de Gessén en el Bajo Egipto. Pero su actividad, sus costumbres patriarcales, y su culto monoteísta repugnaban a las costumbres egipcias, por lo que se procuraba oprimirlos, hasta que Moisés, 250 años más farde, los condujo fuera de Egipto y pasó el mar Rojo con ellos (habiendo 600000 mil aptos para la guerra), y los condujo a la Palestina. Pero antes los hizo detener 40 años en los desiertos de la Arabia, hasta los montes Oreb y Sinaí, a fin de que perdiesen las costumbres adquiridas en el Egipto, y entre sufrimientos y prodigios, renovaran su pacto con el Dios de Israel, quien dio a Moisés, en la cúspide del Sinaí los diez preceptos que comprenden todo lo que constituye la moral de un hombre y la civilización de los pueblos.

Moisés
1265

Moisés ha sido el hombre más grande que la historia recuerda, grande como profeta, poeta, historiador, legislador, libertador y ordenador. Su código muestra una sabiduría superior a la humana, por las más elevadas combinaciones políticas, como por las particularidades domésticas, con el fin constante de conservar la nación, y elevar y purificar la moral, combinando la autoridad que conserva con la libertad que perfecciona. La unidad de Dios es su dogma fundamental; se prohibía toda imagen por temor a la idolatría. Tenían tres fiestas principales: Pascua, en memoria de la salida de Egipto; Pentecostés, para celebrar las primeras mieses; los Tabernáculos, para los últimos trabajos agrícolas. Todas las primicias eran especialmente consagradas a Dios. No queriendo ser rey, dio Moisés al pueblo una democracia teocrática bajo jueces, teniendo por verdadero jefe a Dios, que lo libertó de Egipto. Según los doce hijos de Jacob, doce fueron las tribus; en doce cuerpos andaban por el desierto, y doce eran sus campamentos cuando hacían alto; entre todos estaba distribuida la tribu sacerdotal de Levy, la cual no tenía terrenos propios, pero exigía la décima parte de los

réditos de las demás. En las más graves resoluciones, era convocado todo el pueblo, o todos sus representantes; los ancianos de cada tribu dictaban la justicia. Se procuraba que las fortunas quedasen niveladas por medio del jubileo, por lo cual cada cincuenta años, aquel que tenía vendido o hipotecado su terreno, volvía a tomar posesión de él. Cada siete años, la tierra había de descansar (año sabático) y el pueblo se surtía de los almacenes públicos.

No estaba prohibida la poligamia, pero la mujer no era degradada ni confundida en los gineceos; Sara, Raquel (17), Lía, Rut, madre de Tobías, desempeñaban un gran papel en sus memorias; Débora fue jefe del pueblo; Judit libertó a Betulia; Atalia fue reina, y Olda interpretaba el libro de la ley.

Moisés conservó la esclavitud, común en los pueblos, pero trató de mejorarla, y el Hebreo siervo recobraba la libertad en el año sabático. Castigado era el que mataba a su propio esclavo. No había mendigos; dejábanse algunas espigas y algunos racimos para los espigadores.

Moisés no aceptó el título de rey, ni quiso dar primacía a su familia; llegado a la vista de la tierra prometida, murió «sin que la vista ni las fuerzas» le hubiesen abandonado; y la conquista de Josué fue realizada sobre los Amonitas y otros pequeños pueblos de la Palestina y de la Fenicia.

Jueces Aquí siguió una serie de victorias y derrotas, de esclavitud y de emancipaciones, bajo los jueces Gedeón, Tola, Giairo, Jefté y otros, con la inteligencia de Heli y la fuerza de Sansón. Siendo juez supremo Samuel, que instituyó y reformó las escuelas de los profetas y maestros de canto, las de la ley y las de la música, y creyéndose débiles, los Israelitas, a causa de la división, pidieron un rey; Samuel trató de disuadirlos, presentándoles el ejemplo de los vecinos, pero tuvo que ungir a Saúl, quien transformó el Estado teocrático en monarquía absoluta. Habiéndose equivocado éste en el modo de gobernar, fue vencido por los Filisteos, y se ungió rey al valiente David, pastor de la tribu de Judá. Este realizó la conquista, dominó del Eúfrates al Mediterráneo, sobre 70000 millas cuadradas, con 9 millones y medio de habitantes, y puso firme residencia en Jerusalén tornada a los Gebuseos, con la fortaleza de Sión; en este punto depositó el Arca de la Alianza, santuario nacional que se había transportado durante toda la peregrinación.

1580

1092

1096

Llámase Palestina la parte meridional de la Siria, entre el Líbano al N., el desierto de Siria y el de la Arabia al E.; y al S. y al O. el Mediterráneo. Del Ermón (18), que es la más alta y nevada cresta del Antilíbano (2750 metros) nace el Jordán, que, atravesando

el lago de Genezaret, desemboca en el mar Muerto, compuesto de agua tibia y salada, sin vegetación y sin peces, y colocado a un nivel inferior al del Mediterráneo. El mar Muerto divide la Palestina en dos partes; al occidente, la fértil llanura de Galilea, dominada por el monte Tabor; la Judea, al Mediodía, con numerosos valles y montes perforados de grutas. Entre las dos se encuentra la llanura de Esdrelón, con el Carmelo y los selváticos montes de Efraím. Los alrededores de Jerusalén, hoy áridos y pedregosos, eran entonces cuidadosamente cultivados hasta las más elevadas cumbres, produciendo olivos, jazmines, vivas y avena, a pesar de lo árido del suelo.

1016 Salomón, hijo de David, fue el más sabio de los Egipcios y de los orientales; enriquecido por el comercio que extendía hasta las Indias, a través del desierto de Siam, introdujo en Jerusalén el fausto de las cortes asiáticas, construyose un real palacio y un gran templo, donde trabajaron treinta mil obreros durante siete años; mandábanse diez mil cada mes a cortar cedros en el Líbano; setenta mil de ellos transportaban los materiales y ochenta mil preparaban las piedras; este templo vino a reunir tres unidades: el Dios que se adoraba, la ley que se custodiaba y el pueblo que en masa acudía a las anuales solemnidades.

Salomón

La historia de los Hebreos, dominada por el milagro, prueba que todos los acontecimientos eran premio o castigo de Dios. Salomón, cediendo demasiado a las mujeres, decayó, y murió después de haber reinado cuarenta años, siendo su reino dividido entre Jeroboam, que con diez tribus de Israel estableció su corte real en Siquem al principio, y más tarde en Samaria; y Roboam, que con las tribus más poderosas de Judá y Benjamín, se quedó en Jerusalén. En aquella época, tuvieron muchas discordias y guerras, y cayeron varias veces en la idolatría. Los Asirios se aprovecharon de aquellas circunstancias para atacarlos y exterminaron el reino de Israel llevándose a los habitantes a los confines de la Media; mientras que alrededor de Samaria, se introducían otros habitantes llamados más tarde Samaritanos.

El reino de Judea, después de muchas prosperidades, fue a su vez vencido por Nabuco, rey de los Caldeos, quien destruyó a Jerusalén, llevándose el pueblo a Babilonia.

En la esclavitud de los setenta años, los buenos conservaron la fe, y colgaron sus arpas de los sauces que bordaban los ríos de Babilonia, llorando a Jerusalén; Daniel y Tobías, desempeñaban importantes cargos, mientras deploraba Jeremías la desventura de la patria. Este es uno de los profetas mayores, profetas que además de poseer la inspiración divina, eran poetas insignes. El Pentateuco, los libros de Josué, de los Jueces, de Samuel, de los Reyes y los Paralipómenos; y luego los de Job, Esdras, Nehemías, los Salmos, los Proverbios y el Eclesiastés, el Cántico de los Cánticos, los cuatro

profetas Mayores y los doce Menores, constituyen el cuerpo de la literatura hebraica y libros sagrados. Además de estos, la Iglesia católica aceptó, como deutero-canónicos, los libros de Judit, Tobías, Ester, 1º y 2º de los Macabeos, la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruch y parte del libro de Daniel.

587

Esclavitud

Libros sagrados

La religión y la nación constituyen el fondo de todos estos libros. La oración es su carácter, tanto si contienen alabanzas como descripciones; y se refieren a las cuestiones más elevadas, a los enigmas de la ciencia, a cuanto afecta al hombre, moral y físicamente considerado, al tiempo y a la eternidad; en estos libros se inspiraron las mejores creaciones de los pueblos civilizados, como la Divina Comedia, el Paraíso Perdido, la Mesiada, la Atalia de Racine, el Discurso de Bossuet, y los Himnos Sagrados de Manzoni.

4. -La India

La India se halla entre el Océano y la Himalaya, con altísimas montañas, grandes ríos y numerosos arroyos, en cuyas márgenes abundan toda clase de frutos sabrosos y delicados, canela, ananás, palmeras y vides; en ellas pacen cuantiosos rebaños, y por las vías fluviales llegan de lejanas regiones navegantes que dejan su dinero en cambio de abundantes y variados productos. El valle de Cachemira ostenta, particularmente, innumerables riquezas; el monte Meru es el Olimpo de los dioses, y el Indo, que atraviesa el Punjab (19), o tierra de los cinco ríos, que a su izquierda desembocan, como a la derecha el Kabul, convierte en delicioso jardín el Delta que en su desembocadura se formó. El Ganges fluye al golfo de Bengala, después de haberse unido al Brahmaputra (20), cuyos beneficios son tantos, que es adorado como una divinidad. Este y otros muchos ríos facilitan la navegación, y, por lo tanto, el comercio; de modo que se calcula que 170 millones de habitantes viven hoy sobre 3157000 kilómetros cuadrados.

La gente es pacífica y benévola como el país, y evita todo daño, no solamente al hombre sí que también a los animales; se alimenta de leche, arroz y frutos; resiste con paciencia las fatigas y la opresión; es aficionada a contemplar y meditar; posee, en fin, una civilización tenaz que resistió a la conquista de los Macedonios, de los Musulmanes y de los Ingleses.

La antigüedad consideró a la India como la cuna de los grandes sabios, pero la conocieron muy poco; Alejandro Magno no pasó de Idaspe, ni los sabios que lo acompañaban entendieron una civilización que tanto se diferenciaba de la helénica. La fantasía, que es la cualidad predominante de aquel pueblo, creó fábulas

millones de millones de años ha, poemas inmensos, y monumentos ya exterminados. El año de cada Dios es de 360 años; y cada Dios vive 12000 años divinos, lo que equivale a 4520000 años humanos, o sea un día de Brahma (21). Cada edad del mundo (calpa) es la vida de un Dios, y se divide en cuatro yugas o épocas, durante las cuales el espíritu creador se aleja cada vez más del vigor primitivo. Por consiguiente, los acontecimientos humanos son cosas demasiado insignificantes para que se tengan en cuenta: no hay historia ninguna; los hechos ciertos de aquel gran país no empiezan hasta mil años después de Cristo, pero los fabulosos fueron estudiados atentamente por los grandes críticos e historiadores.

Emigraciones Son puntos principales de la historia de la India la metempsicosis (22) y la división por castas. Cada alma es una emanación divina degradada, que debe pasar por diferentes existencias, hasta que vuelva purificada a la divinidad. Por esto cada acontecimiento se considera como un castigo o premio de una vida anterior; solo los hijos pueden sufragar por los padres difuntos; se debe respeto a los animales, a las flores y a todo lo creado, porque pueden estar animados por nuestros progenitores. Mientras que no se mata al buey y se fundan hospitales para los perros, el pobre menesteroso es abandonado, como víctima de sus propios pecados; no se teme a la muerte porque es el tránsito a otra vida. En las fiestas de Jagrenat, un enorme carro con este ídolo encima marcha entre músicas y cantos, y los fanáticos se precipitan debajo de las ruedas para hacerse aplastar. Cuando muere un jefe de familia, se quema a sus mujeres en una hoguera.

Toda la filosofía y teología consiste en alejarse de las cosas mundanas, perderse en la esencia infinita y llegar a la aniquilación.

Castas Las castas probablemente se derivan de la yuxtaposición (23) de las diferentes poblaciones, pero los antiguos historiadores dicen que el rey Krisna (24) dividió a los Indios en cuatro castas; en la primera, colocó astrólogos, médicos y sacerdotes; en la segunda los magistrados; en la tercera los agricultores; y en la cuarta los artesanos; estas castas toman el nombre de Brahmanes (25), Chatrias, Vasias y Sudras, quedando prohibida su mezcla. Los Brahmanes conservan la ciencia, depositada en los Vedas, usando riguroso ceremonial; no comen con otras castas; no matan; es delito inexplicable matar a uno de ellos; al que moría le honraban con cantos de los Vedas, lo quemaban después y se echaban al Ganges sus cenizas.

Manú fue legislador de los Chatrias; estos habían de defender el territorio, en donde la naturaleza del clima hacía escaso el valor.

Los Vasias cultivaban los campos y criaban rebaños, y nunca se los hacia abandonar tales ocupaciones, ni siguiera para guerrear; animado era su comercio, y sobre todo por el Ganges importaban arroz, a cambio de especias, piedras preciosas, perlas, incienso, sándalo, metales finos y algodón, con el cual hacían finísimas telas (sindor); procurábanse la seda de la China; y conocieron muy pronto

la moneda y las letras de cambio. Con el tráfico se ofrecían ocasiones para peregrinaciones a los santuarios del Benarés (26) y de Jagrenat.

La casta de los Sudras no podía leer los Vedas, y su mayor vanagloria consistía en servir a un Brahmán, a un negociante o a un guerrero; eran siervos, pero no tan envilecidos como los esclavos; y quizá eran la raza indígena, reducida a la servidumbre, a la llegada de los Arios u otros más fuertes, representados por las dinastías del sol y de la luna.

En último término y aislados vivían los parias, execrados de Dios y destinados a expiar enormes culpas de una vida anterior; ellos sufrían todas las humillaciones; podía matarlos el guerrero a quien se aproximaban; les era negada hasta la simpatía que se tiene a los animales.

Religión Parece que en un principio no se creyó más que en un solo Dios, Brahma, quien se encarnó en los Vedas para revelar la voluntad divina, y siguiose una nueva encarnación de Siva. El bramismo [sic] añadió a las fiestas sencillas del principio, orgías, obscenidades y crueles sacrificios. Estos fueron atemperados por Visnú, verbo de Brahma, divinidad activa; de este modo se formó una trinidad (trimurti) expresada por la palabra oum, de tres letras y una sola sílaba.

La palabra de Brahma está comprendida en los cuatro Vedas, libros inspirados, que parece fueron publicados 1500 años antes de Jesucristo, ordenados por Viasa, y prohibidos a los profanos. El primero comprende el de los Sastras, es decir, de los grandes cuerpos de la enciclopedia oficial; el segundo contiene en cuatro libros, la medicina, la música, la guerra y las 64 artes mecánicas; en el tercero hay seis libros de ciencias; y en el cuarto los Puranas, cometarios de los Vedas, donde se encuentran sublimes bellezas mezcladas con absurdas extravagancias, y terribles supersticiones. En este se explica la vastísima mitología de que tanto tomaron los griegos, como mucho tomaron también de la filosofía india, divida en las escuelas Sankia, Niaya, y Vedanta; muy provistas todas de vasta literatura, encaminadas a purificar las almas, de manera que vuelvan a la nada. Su parte práctica se halla contenida en el Darma Sastra, recopilado por Mauri, 12 siglos antes de Jesucristo, y que también conduce al panteísmo.

Buda, Dios en el cielo y santo en la tierra, donde dejó huellas de grandes prodigios y beneficios, predicó una moral tan sabia como austera, la unidad de Dios, la igualdad de los hombres y los cinco mandamientos, que son: no matar a ningún ser viviente, no robar, no fornicar, no mentir y no beber ningún licor que embriague. Todo, empero, quedaba viciado por el panteísmo y por la emigración, creyendo el hombre que podía purificarse gradualmente hasta convertirse en Dios.

Sakia Muni, llamado Buda, tuvo el valor de intentar la abolición de las castas, proclamando la igualdad entre los hombres.

El budismo fue también dividido en muchas sectas; difundiose por el Asia Inferior, pasó al Tibet y a la China, y es hoy una de

las religiones que con más sectarios cuenta.

El país estaba divido entre varios reyes, que a menudo luchaban entre sí, despóticos en todo, a excepción de aquello en que se veían paralizados por los Brahmanes, por los privilegios de las castas y por la organización feudal de los gobernadores de provincia. En este país todo está sometido regular e infaliblemente a un sistema determinado, a fin de que no se alteren las costumbres con las conquistas; costumbres que, por el contrario, se comunican a los vencedores.

La benevolencia universal, la tranquila industria y la fácil imitación de las artes son enseñadas a los muchachos; las generaciones se ocupan frecuentemente en solemnidades y obras piadosas; generaciones que, por su infalible división en castas, se hallan en la imposibilidad de progresar; la autoridad prevalece sobre la libertad; son misterios la religión, la cronología, la medicina y la astronomía, por lo cual se sujeta el hombre a la inevitable fatalidad.

Muy espléndida es la literatura india, en la lengua sánscrita es decir perfecta; pues parece que es la madre de la griega y la latina, pero más regular, más sencilla y más rica. La poesía está íntimamente unida a la ciencia, hallándose en verso muchos libros filosóficos y el código de Manú, las cosmogonías y las teofanías; en grandes poemas se canta la encarnación de los dioses. Los poemas más famosos son el Ramayana, que celebra la victoria de Rama, es decir Visnú encarnado en Bavana, príncipe de los demonios; y el Mahabarata, sobre otra encarnación de Visnú, compuesto de 250000 versos, con algunos episodios muy atractivos. La vida más larga no bastaría para leer todas las poesías épicas, líricas y trágicas de la India.

El arte Muy célebres son también los monumentos artísticos; aún se admiran las inmensas pagodas y las divinidades de aquel país, pero su extravagancia no vale la belleza griega, para la cual era necesario expresar las ideas más sublimes, no en símbolos, sino en humanas figuras. En la India, la belleza artística está unida al símbolo y a numerosos rituales, y el arte no puede tomar libre desarrollo, por cuanto busca más bien la precisión del emblema que la elegancia de las formas.

En tal estado ha permanecido el arte en la India y en Egipto, siendo el artista mero ejecutor del pensamiento y de la imagen sacerdotal, y trabajando con infinita paciencia y extraordinaria minuciosidad, los basaltos y los pórfiros (27) más duros. Los Griegos fueron los únicos que supieron crear y ejecutar sus obras, aunque no por esto pueda decirse que fuesen los creadores del arte. Este empezó en la cabaña del nómada y del lacustre, quienes dan cierta ornamentación a sus habitaciones y a sus utensilios domésticos; y en las grutas que fueron refugio de los hombres trogloditas, y de que están llenas las regiones de la India, de la Etiopía, de la Arabia, del Egipto y de la Etruria.

Sigue la fabricación de enormes peñascos, atribuida a una raza robustísima llamada de los Cíclopes, formando grandes murallas de

granito, a menudo groseras y poligonales, y sin cimientos, como lo son los muros de algunas ciudades latinas, tales como Fondos, Circelo, Cosa, Anagni Norba y Teracina. Otras veces, se alzaban pirámides de piedras sobre el cadáver de los héroes y de los reyes.

Entre los Indios, este trabajo grosero ha sido reemplazado por el arte y el sentimiento de lo bello, conforme a las creencias y al espectáculo de una naturaleza gigantesca.

Los granitos del Himalaya y de Cachemira, fueron esculpidos sin moverlos, dándoseles la forma de cámaras y templos, y construyéndose hasta las maravillas de las siete pagodas de Mahabalipur, con siete templos, donde todas las paredes estaban adornadas con efigies de divinidades, y escaleras, corredores, pórticos, columnas y numerosas estatuas, todo adherente a la roca. Cerca de Bombay, hay una peña cortada en forma de elefante, por lo cual se da el nombre de Elefanta a una catacumba de 44 metros de ancho por 45 de largo, con siete naves, sostenidas por 54 pilares, de diferente forma y ornamentación, como flores, leones, elefantes, caballos y divinidades. Hállanse muchas otras grutas parecidas a esta, siendo la más notable la de Ellora, en el Decán, en cuyo granito rojo muy duro, hay excavaciones de más de seis millas, con templos, obeliscos, capillas, puertas y estatuas; todo está puesto encima de las espaldas de una hilera de descomunales elefantes. En otras partes, destacándose del suelo, el arte construye templos, labra columnas, coloca obeliscos y ornamentaciones tan finas como los encajes, y centenares de estatuas. Levanta peñas y las dispone armónicamente abiertas a la luz. En el Romesuram, las piedras, alternativamente horizontales y transversales, son cubiertas de esculturas; hállanse muros de cien pies de altura, con un pórtico sostenido por 2500 pilares de esculturas caprichosas. La pagoda más insigne es la de Chalembrum, de 4000 años de existencia; se entra en ella por cuatro puertas; cada una de ellas presenta una pirámide de 37 metros de altura, con columnas unidas por medio de una cadena, extraído todo de una misma peña, y con desmesurados colosos, que hacen pensar a Heródoto que Semíramis hizo tallar el monte Bagistán de tal manera que se hallaba representada entre centenares de guerreros.

En las ciencias naturales, poco podían progresar los Indios, puesto que no buscaron más cuestiones que las religiosas. Pero ellos inventaron el ajedrez, el papel de algodón, una esfera armilar, diferente de la ptolomaica, un sistema de trigonometría, el álgebra y las cifras que llamamos arábigas.

5. -El Egipto

El Egipto es el valle del Nilo, el mayor río del África, después del Níger, que naciendo en el Ecuador, del lago Nianza (28), atraviesa la Nubia Desierta entre rocas graníticas y se precipita por las famosas cataratas y alrededor de las islas Elefantina y Sile; desde Siene el terrero es rico en productos, en incienso y

oro, y el río, sin recibir confluencias, corre llanamente por un valle de 16 kilómetros de ancho, bordado de desiertos de arena y montañas. Cerca de Cercasoros, se divide en dos ramales: el oriental, junto a Damieta, y el otro no lejos de Roseta, y se precipita en el mar. Lo comprendido entre Siene y Quemnis, se llama el Alto Egipto, donde florecen Tebas y Dióspolis; en el centro hasta Cercasoros, estuvo la Heptarquía con Menfis; sigue el Delta entre los dos ramales. Todos los contornos están desiertos, incultivables. Pero el Nilo, durante el solsticio de verano, desborda regando los terrenos, que, al retirarse las aguas, durante el equinoccio de otoño, quedan fecundados por el limo y producen en abundancia arroz, granos, lino y pastos. El canal de los Reyes se dividía en cuatro ramales, extendidos por una superficie de 16500 metros, y navegables por buques de alto porte. De este modo se remedia la sequía donde no llueve casi nunca, donde no hay manantiales ni vegetación, y donde el Egipto, sobre una superficie de 500000 kilómetros abastecía una población de más de 7 millones de habitantes.

Muchísimos escritos en papiro, y largas inscripciones en los obeliscos y millares de monumentos que quedan entre el Mediterráneo y el Senaar, entre el desierto de Libia y el Golfo Arábigo, debían revelarnos la historia del Egipto, sus conocimientos y sus ritos. Pero hasta nuestros días no se habían podido leer sus jeroglíficos, ni averiguar siquiera en qué idioma estaba escritos. En la historia hebraica se hace incidentemente mención de ellos; y Heródoto, 60 años después de haber batido los Persas a los Faraones, recogió nociones de boca de los sacerdotes de Menfis; como las recogió más tarde Diodoro de los sacerdotes de Tebas.

Manetón, sacerdote de Heliópolis (29), escribió luego; pero todos ellos llenaron sus narraciones de errores y fábulas. Hasta que entraron los Griegos, no se pudo dar entero crédito a lo que sobre el Egipto se escribía. Se encontraron catálogos de sus reyes, que demostrarían una remota antigüedad, si algunas dinastías no pareciesen ser contemporáneas.

Era, de todos modos, muy antigua la civilización egipcia, puesto que Abraham encontró ya un imperio ordenado, los Griegos inventaban fábulas según las cuales Júpiter iba cada año con los dioses a Etiopía, de donde probablemente vinieron la religión y la cultura del Egipto.

El hecho más remoto es la adquisición del valle del Nilo, yendo paso a paso del alto al bajo Egipto; valle surcado de numerosos canales. El país de Meroe, entre el 13º y el 18º de latitud septentrional, era floreciente en tiempo de la guerra de Troya, y ofrecía oportunas escalas a las caravanas, entre la Etiopía, el África septentrional y la Arabia Feliz.

En esta dominaba la casta sacerdotal, que elegía al rey y adoraba a Osiris, Amón (30) y Fta (31), autores de su civilización; los distritos dependían de los templos, alrededor de los cuales se agrupaban los agricultores y hacían alto las caravanas, como la de los Madianitas, que fue encontrada por los hermanos de José. De este modo progresaron Tebas, Elefantina, Tis y Heraclea (32), en el alto

Egipto; Menfis en el centro; Mendes, Bubaste y Sebenita, en el bajo Egipto.
2450 Es probable que la casta sacerdotal fue vencida por otra de guerreros que sustituyó la teocracia por el gobierno de los fuertes, guiados por Manés, primer rey después de las dinastías fabulosas o simbólicas: pero los sacerdotes moderaban aún el poder real. José, hebreo, encontró en Menfis espléndida corte y maduras instituciones; y, hecho virrey, con motivo de una carestía, convirtió a los propietarios en inquilinos o colonos, haciendo que cediesen al rey sus propiedades. Entre aquellos reyes antiquísimos recordamos a Meris, que construyó un gran lago para recoger las aguas del Nilo, y distribuirlas después a los campos; y Osimandias, que formó una biblioteca sobre la cual había escrito estas palabras: «Remedios para el alma.»

Los pueblos nómadas de la Libia y de la Etiopía, se esparramaban algunas veces por el Egipto, devastándolo y ocupándolo. Tales fueron los reyes pastores (Iksos) que se acampaban cerca de Pelusio y llegaron hasta Menfis, pero sin que pudiesen apoderarse jamás del alto Egipto. Después fueron vencidos por Tutmosis I.
1822 Su hijo Amenofis (33), jefe de la XVIIIª dinastía, continuó la liberación del país, que terminó Amenofis II (Memnón). En Ramesces (34) (Sesostris) se acumulan las empresas de muchos personajes y tiempos. En nueve años conquistó la Etiopía, con un numeroso ejército, penetró en la India, asedió a los Escitas, a la Cólquide y a la Tracia; después de lo cual se ocupó en la prosperidad de su país, edificó templos, levantó estatuas y construyó canales, sirviéndose de los brazos de los esclavos y de los extranjeros; instituyó la tasa, regularizó los tributos y fue el más grande de los Faraones.
1643

1280 Al pacífico Ramesces IV siguió una larga anarquía, hasta la época de la guerra de Troya. Entre sus sucesores figuran Cheops, Chefrén y Micerino (35), constructores de grandes pirámides, continuadores de las luchas intestinas entre las castas sacerdotal y guerrera, y de las exteriores con los Árabes y los Etíopes. De 1500 a 800 años antes de Jesucristo, volvieron para el Egipto los tiempos más florecientes, cuando el Etíope Sabacón lo subyugó; pero fue éste echado con ayuda de los sacerdotes, que elevaron al trono a Setos (36), sacerdote de Fta (Vulcano). Con estas discordias revivió la antigua división del Egipto en doce Estados, hasta que Psamético, asalariando a Griegos y Fenicios, reunió la dispersa autoridad, y trasladando el trono a Sais, empezó la XXVIª dinastía Saítica.

671

Esta intervención extranjera fue causa de decadencia; la mayor parte de la casta guerrera emigró a Etiopía. Neco (37), hijo de Psamético, fue vencido por Nabuco en la batalla de Circesis. Después

Ciro conquistó el Egipto. Perdidos sus derechos nacionales, quedó éste agregado a los imperios de Persia y Macedonia.
526

Juicios de los muertos   Entre las instituciones egipcias, son notables los juicios de los muertos. Cuando un príncipe o un magistrado dejaba de existir, se examinaba su vida, y solo cuando había cumplido sus deberes se le honraba con exequias. El código egipcio se componía de ocho libros de Tot Trismegisto. La justicia era administrada por los sacerdotes; y los jueces, al tomar posesión de su cargo, juraban no obedecer al rey, si mandaba algo injusto; los debates tenían que exponerse por escrito, para evitar las seducciones de la elocuencia.

Las personas no comprendidas en las cuatro castas quedaban fuera de la ley. Las inmensas riquezas de Egipto, atestiguadas por los templos y demás edificios públicos, procedían del comercio, tan extendido que hasta en las tumbas se hallaban vasos de la China. Aborrecían a los extranjeros, y nunca se hubieran sentado a comer con ellos. Especial producción del Egipto era el papiro que servía de papel. En la descripción de sus costumbres aparece una mezcla de grandeza y mezquindad que nos hace sospechar si aquel pueblo fue un compuesto de varios distintos. De su sabiduría no cesan de hablar los antiguos; Pitágoras, Homero, Platón, Licurgo, Solón y Moisés fueron a buscarla: del Nilo salió Cécrope (38), que fundó a Atenas y adiestró a la Grecia: también se dice que adoraban a las cebollas, y que los reyes, para reunir dinero a fin de construir las pirámides, ponían en venta la honra de sus propias hijas.

Ciencias

El ver tantos conocimientos en pueblos antiquísimos, nos hace suponer que la recibieron por tradición, tanto más cuanto que entre ellos no se desarrollan sino paso a paso. En su principio, las sociedades civiles poseían ya, además de las artes útiles, las Bellas artes, el culto, la ley, los tribunales y los convenios. Los Egipcios conocieron la esferoicidad de la tierra, y de su grandeza dedujeron sus dimensiones; tuvieron también conocimiento de la esfera, el gnomon, las semanas, los eclipses y la excentricidad de los cometas; orientaron exactamente las pirámides; se asegura que ellos enseñaron a Pitágoras el verdadero sistema cósmico. Estos conocimientos astronómicos eran comunes a muchos asiáticos: Chemchid fundó a Persépolis, el mismo día en que el sol entraba en Aries; Fo-hi, fundador del imperio chino, era astrónomo. Unos y otros triunfaron por la astrología, es decir, por la ciencia de pronosticar lo futuro, gracias a las observaciones astronómicas; los sacerdotes egipcios se valían de ella para determinar el tiempo de las inundaciones, por cuyo motivo estudiaron la hidráulica, a fin de dirigirlas, y la geometría a fin de establecer la división de los terrenos; cultivaban la química, así llamada de Quemi, antiguo

nombre del Egipto y sus habilidades son atestiguadas por esmaltes y pinturas, hoy conservados después de tantos siglos. Embalsamaban a los cadáveres, envolviéndolos en finísimas muselinas, con hojas de oro, collares, figuritas y rótulos de papiro, y encerrándolos en ataúdes de sicomoro, labrados o abiertos en piedra viva, de donde los Árabes fueron extrayéndolos durante siglos para hacer fuego. Este cuidado en guardar los cadáveres, podría dar a entender que las almas no se separaban de los cuerpos hasta que estuviesen descompuestos y que así se retardaba su penosa transmigración. ¡Pero no! Hay en la cordillera Líbica o en la Arabia largas galerías de muchas leguas de extensión, llenas de momias de perros, gatos, monos, carneros, ibis, gavilanes, cocodrilos y chacales.

Momias

No faltaron cantos y poemas nacionales, pero comúnmente se valieron los Egipcios de la prosa; ningún documento literario ha llegado hasta nosotros.

Religión La primitiva unidad divina, conservada por los sacerdotes, fue pronto alterada por los símbolos en que los envolvían y las leyendas astronómica y calendaria: los pueblos agregados o conquistados adoraban ídolos y constelaciones que no querían dejar. En la misma religión sacerdotal, Fta era el arquitecto del universo, Neit su sabiduría, Cnef su bondad: atributos que se convertían en tres personas. Cada templo los representaba y nombraba de un modo distinto, siendo aquello una nueva manera de multiplicar la divinidad. En Tebas se llamaban Isis, Osiris y Horo (39), y con el predominio de aquella ciudad se extendió esta trinidad, siéndole aplicados los símbolos de las demás, de modo que Isis fue denominada la de los mil nombres.

De estos dioses emanaron muchísimos otros. Más tarde prevaleció Serápides (40), señor de los elementos, soberano de las aguas, de la tierra y del infierno. Tot, es decir Hermes, tres veces grande, era el símbolo de la casta sacerdotal; fue anterior a todas las cosas; él solo comprendió la naturaleza del Demiurgo, y expuso este conocimiento en libros que solo reveló cuando fueron creadas las almas: entonces formó los cuerpos en que depositarlas; escribió la historia de los dioses, del cielo y de la creación. Estas escrituras divinas fueron traducidas en jeroglíficos por el segundo Hermes, dos veces grande, inventor de la escritura, de la gramática, de la geometría, de la astronomía, de la música y de todas las artes.

Los libros de Hermes se han perdido, y de la filosofía en ellos comprendida, nos dan varios informes los antiguos, pero parece que se convirtieron en panteísmo.

Extraño es el culto que rendían a los animales, o mejor dicho a ciertos animales; culto sostenido con regios gastos, servido por los

primados y honrado con suntuosas exequias. Eran principalmente sagrados el Ibis y el buey Apis. El primero, ensalzado por su pureza y su amor al suelo patrio, era cuidado en los templos, siendo culpa capital matarlo, aún por casualidad. El buey Apis, símbolo de Osiris, que muere y vuelve a nacer continuamente, era negro y nacía de una ternera fecundizada por obra de un rayo celeste; era conservado en el santuario de Menfis, y a su muerte había luto universal. Bajo el reino de Adriano, Alejandría se sublevó porque no se encontraba un buey Apis.

Algunos animales eran considerados como inmundos, por ejemplo el cerdo. Los dioses eran a veces representados en efigie por los animales que les estaban consagrados, como el sol por un gavilán; o cuando menos por la cabeza de estos animales; y es muy característico en el arte egipcio, el sacrificio de la parte más expresiva del cuerpo humano.

Jeroglíficos Los animales representaban muchos signos de la escritura jeroglífica, de que están llenos los obeliscos, los ataúdes de las momias, las paredes de los templos y los papiros. Las tentativas para descifrarlos habían sido inútiles, hasta que, en la expedición de Napoleón a Egipto, fue encontrada en Roseta una columna escrita en lengua jeroglífica, demótica y griega. Atentos estudios sobre estas inscripciones trajeron Champollion, Leyffarth, Kaport, Kosegarten y otros, llegando a determinar que los Egipcios usaban la lengua copta y la expresaban con una escritura demótica o popular, otra hierática (41) o sacerdotal y otra jeroglífica monumental, que fue una caligrafía fundada también sobre el alfabeto. Varios de los jeroglíficos egipcios son significativos, figurando un león, un perro, un pájaro para indicar estos animales; otros son simbólicos, y despiertan las ideas por medio de semejanzas, así es que la luna indica el mes, la oveja el pueblo obediente, el escarabajo el mando; otros son fonéticos, representando el sonido y la palabra. Las dificultades de la interpretación persistían. La esfinge y los colosos con cabeza de animal, son una especie de jeroglíficos.

Arte Los Egipcios tenían a su disposición inagotables depósitos de pórfiro, de granito y de calcáreos, y necesitando la agricultura pocos brazos, podían disponer de otros muchos para el servicio de clases superiores. Aquí también, como en la India, se escavaban vastos sepulcros y templos subterráneos, con esculturas, relieves y pinturas, y sarcófagos de alabastro cincelado. Salida a luz la arquitectura egipcia, conservó la sencillez y solidez primitivas, con grandes líneas y robustos pilares toscos, elevados triángulos y formas cuadrangulares: contáronse edificios de 150 metros de largo, de los cuales no se había movido una sola piedra en el transcurso de 40 siglos. La arquitectura, la escultura, la pintura y la escritura van juntas. Las mansiones de los difuntos, principalmente, debían ser suntuosas como lo son las pirámides, verdaderas montañas artificiales, en cuyo seno se abrían inmensas cámaras y galerías con las tumbas de las momias.

No hablamos de los magníficos templos; los obeliscos servían

para historiar las construcciones sucesivas de los edificios, y son monolitos, cuya altura alcanza a veces 35 metros.

La rigidez de las estatuas hace creer que éstas representaban actitudes rituales, puesto que las de los animales aparecían con vida y acción. Alrededor del Medinet Abu de Tebas, se hallan diez y siete colosos, dos de los cuales pesan 2610000 libras, y son de una sola pieza. Belzoni llevó a Londres una cabeza que pesaba 12 toneladas. Las proporciones de estos colosos nos hacen calcular cuán inmensos debían ser los templos en que servían de adornos, y cuán grandiosas serían las ciudades. Tebas, la de las cien puertas, poseía un paseo de esfinges de 2300 metros de longitud, que unía los dos arrabales de Luxor y Carnac, y estaba adornado con muchos obeliscos y setecientas cincuenta columnas, las más gruesas que jamás se hayan construido. Famosa es la Esfinge, actualmente sepultada en parte en la arena. Los Egipcios trabajaban a la perfección las tierras coctas, sobre todo en vasijas y cántaros en forma de cabeza. Los escarabajos, que se encuentran a millares, son de piedras duras o esmaltes, con jeroglíficos, y debían llevarse como amuletos. No abundaban los trabajos en metal; había poca gradación en los colores; las pinturas y los bajo-relieves no representan hechos mitológicos, pero sí fiestas o cultos rendidos a la divinidad; señal todo de una vida fría y reflexiva.

6. -Los Fenicios

Los Sabeos fueron un pueblo de la Arabia Feliz, poderoso 600 años antes de Salomón. De ellos proceden probablemente los Fenicios (Cananeos), que vivían en cavernas a lo largo del Golfo Arábigo, pescando y navegando; que invadieron luego el Egipto, estableciéndose en la costa del Mediterráneo, que llamaron Fenicia, entre el Líbano y el mar, de 160 millas de largo y 30 de ancho. Su situación, inmediata a tres continentes, los llamó al comercio, y mucho sentimos que ningún historiador nos haya transmitido las memorias de aquel pueblo traficante e industrioso. Las ciudades de Arado, Antarado, Trípoli, Biblos, Berito, Sidón, Tiro (42), Sarepta, Botris y Ortosia, en tan pequeño espacio, prueban la riqueza del país: estas diferentes ciudades formaban otros tantos principados, con gobierno distinto, confederadas y asociadas para el culto de Melcarte. Hiram, rey de Tiro, fue aliado de David y Salomón, de los cuales recibió aceite, vino y granos, mientras que él mandaba operarios y materiales para el templo. Badezor engendró a Pigmalión, Anna y Dido, la cual huyó y fundó a Cartago después que Pigmalión hubo matado a su esposo Siqueo.

1080

890

572 Nabucodonosor sitió a Tiro y la destruyó; Tiro sometió después a los Fenicios, dejándoles, sin embargo, su constitución y sus reyes. De este modo los guerreros turbaban las artes de la paz.

Se quiere atribuir a los Fenicios la invención del alfabeto, del vidrio y de la púrpura. La Biblia habla a menudo de sus supersticiones. Adoraban a una serie de Baales, divinidades siderales: a la diosa Astarté le rendían un culto obsceno; y un culto fúnebre a Adonis su amante, muerto en el Líbano. Siete Cabiros (43) eran fuerzas elementales, y Melcarte, el mayor de ellos, obtuvo después la primacía entre los dioses fenicios; adorábase doquiera se fundaban colonias fenicias, todas las cuales mandaban procesiones y tributos a Tiro.

Comercio Los Fenicios representan el comercio antiguo. Este debió dirigirse especialmente a los países más ricos en productos de oro, piedras preciosas, incienso, pieles y telas, y ya el antiquísimo libro de Job hace mención del comercio de la India. Hacíase este por medio de caravanas, uniéndose muchos mercaderes para socorrerse recíprocamente en su larga travesía, y andaban escoltados por gente armada: el cargamento y las personas iban en camellos, teniendo puntos determinados donde las caravanas cambiaban las mercancías. Los ríos, la sombra, los oasis, determinaban el camino; los santuarios y las solemnidades servían a los comerciantes de punto de reunión, y eran ocasiones oportunas para la fundación de pueblecitos y ciudades, cuyos señores se enriquecían con tributos y donativos. Los ríos no tenían antiguamente la importancia comercial que hoy tienen; pero se hacían transportes por mar, a lo largo de las costas, aprovechándose los vientos regulares.

Babilonia, sobre el Éufrates; Bactria y Samarcanda sobre el Oxo, el litoral del Mediterráneo y del mar Negro eran los puntos de salida y de llegada de las principales caravanas, que atravesaban los desiertos. Homero ensalza ya a Rodas, protegida por Júpiter, a la opulenta Corinto, y a Orcómeno (44), espléndida por su comercio.

Los Fenicios empezaron a ejercer la piratería por la Grecia, robándole gente y ganado; la piratería no era entonces más deshonrosa que actualmente la caza; Ulises, antes de ir a Troya, había sido corsario nueve veces; Menelao refiere a sus secuaces que durante ocho años fue corsario yendo a Chipre, a Fenicia, a Egipto, a Etiopía y a la Libia, adquiriendo inmensas riquezas. Las primeras empresas de los héroes consistieron justamente en poner coto a la piratería; entonces los Fenicios se fijaron en escalas oportunas, y durante el reinado de Salomón, salieron de los puertos septentrionales del Golfo Arábigo para navegar hacia Ofir, en la Arabia Feliz, y hacia Etiopía y Ceilán. Al cabo de tres años volvieron cargados de oro, plata, piedras preciosas, ámbar, marfil, estaño y otras mercancías, que luego distribuyeron por los mares interiores en el Occidente, multiplicando sus estaciones y sus colonias, y se extendieron desde Cádiz hasta las islas Británicas, por el Báltico, la isla de Madeira (45) y las Canarias. Se dice también que Necao, rey de Egipto, hacia el año 616 antes de Jesucristo, los indujo a dar la vuelta al África, pero envolvían sus

viajes en arcanos, a fin de que los demás pueblos no pudiesen hacerles competencia. Llenaron después de colonias todas las islas del Archipiélago, Malta y la costa de Italia. Establecieron el culto de Astarté (Venus Ericina) en Sicilia; fundaron a Panormo y Lilibeo; de este último puerto fueron a Cerdeña, donde construyeron a Cagliari, y salieron para las más lejanas expediciones; en el litoral africano fundaron a Cartago, Utica y Adrumeto; en España a Cádiz, Tartesio, Málaga, Sevilla y las columnas de Hércules; éste era la personificación de sus expediciones.

Pero los Fenicios no supieron conservar sus colonias: tuvieron que confiar su defensa a brazos extranjeros, por lo que los conquistadores asirios y persas las subyugaron varias veces; Alejandro Macedonio destruyó a Tiro; el crecimiento de otros vecinos disminuyó su tan benéfico poderío, que había servido de intermediario entre los pueblos del mar Indio y los del Océano Atlántico.

Libro III

7. -Los Persas

Más bien que por el orden cronológico, muy mal determinado, nosotros hablamos de los pueblos a medida que se presentan en la escena de la historia más notable. Ya en la hebrea, se habla mucho de los Persas, que habitaban el país de aquende el Cáucaso, entre la Mesopotamia y la India, llamado Irán, en oposición al Turán, que era el país de los Escitas y de los Tártaros. Los profetas Heliodoro (46) y Diodoro, es posible que hablasen de ellos, valiéndose de los registros que de todos los hechos poseían, aunque con diversidad de apreciaciones, y poco conocimiento de aquella civilización. Los hechos más seguros son las guerras entre el Irán y el Turán. Cuéntase de un tal Deyoces, que dictó leyes a los Medos, valientes montañeses del Turán, los cuales habían extendido su imperio hasta el Tigris y el Ali; su hijo Fraorte echó del todo a los Asirios de la Media, y sojuzgó a la Persia: Ciajares, que le sucedió, fue tributario de los Escitas, pero recobrando luego su independencia, tomó a Nínive y destruyó el imperio asirio. Astiages, último rey medo, fue destronado por Ciro, de la estirpe de los Aqueménidas (47). Otra cosa refiere Diodoro, y aún más diversamente se expresan los historiadores nacionales, entre cuyas obras figura el Scia-name (48), o libro de los reyes, debido a Firdusi (49), y los libros del Dabistán y del Desatir.

Según estos, la primera civilización se debe a Mahabali, probablemente indio; largo tiempo duró la dinastía de los Shamanes, y más tarde reinó la de los Yasauidas, hasta que Kajumarot instituyó la de los Pisdadiamos; rodeadas siempre de fábulas, con héroes que vivían miles de años y combatían con Ahriman, genio del mal.

Muchos sistemas se estudiaron para conciliar esto con los clásicos, pero no eran bastante satisfactorios. Los libros sagrados

(Naska) de los Persas, se parecen a los Veda de los Indios, como parecido es el idioma (pelvi), aunque algo más áspero, y conforme a la mitología: todos pertenecían a los Arios, algunos de los cuales se trasladaron al Occidente y fueron los Medos y los Persas. Estos cayeron pronto bajo el dominio de los Asirios, de los Árabes y de los Caldeos, y muy tarde fue cuando sacudieron su yugo por obra de Feridun, héroe mítico, en quien están personificadas las empresas de toda la nación. Sigue aquí una serie de victorias y desastres, hasta Ciro, que juntó las dos estirpes del Irán y del Turán.

Las historias antiguas no dejan de hablar de las grandezas de Babilonia, Ecbatana y Nínive, ni de la sabiduría de los Caldeos, famosos astrónomos, que contaban los años desde Nabonasar.

Más tarde, Nabucodonosor conquista a Nínive, vence al Egipto y destruye a Jerusalén, pero su imperio concluye bajo Baltasar.

Los Pasagardos eran la principal de las diez tribus persas, estacionada en las montañas comprendidas entre la frontera de la Media y el Golfo Pérsico; de ella salió Ciro, nombre envuelto también en fábulas, quien sometió a los Batros, Indios, Cilicios, Sacios, Paflagones, Mariadinos, Griegos del Asia, Chipriotas y Egipcios, además de los Sirios, Asirios, Capadocios (50), Frigios, Lidios, Carios, Fenicios y Babilonios. De este modo querían tener libre el comercio de Babilonia a Nínive, hasta el Golfo Pérsico y el Mediterráneo. Gran tráfico hacían los Lidios, antiquísimo reino donde había muchas posadas para los extranjeros: en él trabajaban pequeños objetos de lujo, y fue la patria de insignes poetas, entre los cuales sobresalió Homero; por esto se dice que el Pattolo, rodeado de arenas de oro, estaba poblado de cisnes. Pero las costumbres estaban muy corrompidas. El rey Creso conquistó a Éfeso (51) y subyugó el Asia Menor, pero vencido por Ciro en la batalla de Timbrea fue condenado a la hoguera. Estando atado en el suplicio, exclamó. «¡Oh, Solón, Solón!» acordándose del sabio que le había dicho que nadie podía llamarse feliz mientras viviese. Ciro, al tener conocimiento del hecho, tomó en cuenta la lección, y dejó en libertad al prisionero.

Creso

Ciro Ciro se encontró amo del Asia Anterior, fundó diez satrapías, la principal de las cuales fue la de Lidia, entre Meandro y el Caistro. Habiendo vencido a Baltasar, rey de Babilonia, dio la libertad a los Israelitas que allí gemían bajo la esclavitud.

Los Medos adoptaron la civilización de los Persas, deprimiendo la casta de los magos. Cambises conquistó a Egipto, que había vuelto a unirse con Psamético, pero que había introducido a Griegos, Jonios, Carios y soldados mercenarios, por lo cual la casta de los guerreros emigró al fondo de Etiopía. Amasis (52) fue vencido por

Cambises, quien redujo el Egipto a provincia persa, trató de destruir aquella tosca idolatría y derribó edificios que parecían eternos: hizo armas contra los famosos santuarios de Meroc y Amonio, pero su ejército fue sepultado en la arena. Quiso atacar a Cartago, pero los Fenicios la negaron la flota. Los magos persas, disgustados, levantaron a un falso Smerdi; pero este fue vencido, y con él la primera religión del Irán.

Darío Aquí aparece Darío de Histaspes (53), el más grande de los reyes persas, por sus conquistas y sus disposiciones. Expugnó a Babilonia y atacó a los Escitas (54) (Saci) valiente pueblo que vivía entre el Don y el Danubio; pero en aquellas agrestes montañas no podía tomar los desfiladeros, por lo cual le molestaban incesantemente los indígenas, y tuvo que retirarse. Con mejor suerte acometió a la India, después de cuya campaña, su imperio tenía por confines al Sur el mar de las Indias, el golfo Pérsico y la Península Arábiga; al Norte el mar Negro, el Cáucaso y el Caspio; al Este el Indo y al Oeste el Mediterráneo: fue vituperado por los Griegos, porque atentó contra su independencia. Estableció pesas y medidas, y concluyó el canal del Mediterráneo al Golfo Arábigo.

Las primeras leyes religiosas de los Persas, habían sido dictadas por Hom, simbolizado por la estrella Sirio, y símbolo también de la primera palabra. Los magos, que conservaban esta religión, eran una tribu particular, como los Levitas en Israel, pero no una casta hereditaria, puesto que encontramos que entraron en ella Daniel y Temístocles. Adoraba el fuego y los astros, y fue Zoroastro quien reformó el culto. Este no es una encarnación divina, sino un hombre, a quien reveló Ormus el orden del universo y la senda del bien y del mal, con el Zend-Avesta. Vivió sin hacer sufrir a ningún animal, estuvo en comunicación con los sacerdotes hebreos, caldeos y brahmanes (55). El Zend-Avesta está escrito parte en zendo y parte en pelvi, pero no presenta un completo sistema de cosmogonía, sino una leyenda. Según ella, Dios es el principio de todo bien: está en la naturaleza, pero es distinto de ella. Eternos como él son el espacio y el tiempo. Pero con él entra en el mundo el genio del mal, Ahriman (56), y el mundo es todo una lucha entre estos dos principios. 12 mil años dura su conflicto; y Ormus creó 6 potencias llamadas Amaschiaspands, 28 Izedes, jefes del ejército celeste, y tantos Fervares cuantos hombres hay. En la tierra había creado el toro, que contiene los gérmenes de toda la vida orgánica. Ahriman introdujo la muerte por el pecado del primer hombre: las almas de los justos son acogidas entre las bienaventuranzas de los amaschiaspands, y precipitadas las otras en el abismo para expiar

sus pecados, pudiendo ser redimidas por los sufragios de los parientes. Las creencias y las fiestas se relacionan con la astronomía, y tienen muchos puntos de contacto con las de los Indios y de los Hebreos; pero su religión, muy sencilla al principio, cayó luego en la idolatría; y adoptaron de los Asirios el culto de Mitra (57), diosa de la fecundidad, de la vida y del amor.

Zoroastro

Encerraba gran moralidad la doctrina de Zoroastro, tendiendo a hacer al hombre semejante a Dios, a la luz pura; a los sátrapas y al rey ofrecía el ejemplo de los tiempos antiguos, en que los hombres vivían en armonía y sin esclavitud, aborrecían la mentira y el acto de contraer deudas, que induce a mentir, respetaban y veneraban a los animales, proscribían el libertinaje y ordenaban la monogamia. Esta religión duró a través de la antigüedad, hasta la conquista de los Mahometanos, y entonces los fieles, antes que renegar de ella, se retiraron a los desiertos del Kermán y del Indostán, conservando su código y el fuego inmortal, por lo cual también hoy los Guebros viven tranquilos, saludando con exclamaciones y abrazos la salida del sol.

Jenofonte, describiendo la vida de Ciro, quiso más bien exhibir la verdad que tomarlo como modelo, así es que pintó a los Persas como tipos de virtud; de todos modos, no podía referirse más que a la tribu noble de los Pasagardos. Se dividían en cuatro clases: sacerdotes, guerreros, agricultores e industriales. De ellos proceden las sombrillas, las literas, los sofás y otros muebles; hoy, como en los tiempos de Darío, se tiñen las cejas, comen al son de músicas y cantos de bayaderas, son aficionados a las flores y a los jardines, y prodigan los títulos más fastuosos a los reyes. Pasagarda fue la capital de los sucesores de Ciro, pero los cortesanos se trasladaban, según la estación, a Ecbatana, a Babilonia y a Susa.

Según costumbre oriental, los soberanos eran dueños de vidas y haciendas. En la Biblia vemos que se castigaba con la muerte a toda persona que, sin ser llamada, se presentase en el serrallo de Asuero. Grandes jardines rodeaban el palacio real, en memoria de la vida nómada; principal diversión era la caza, y en las provincias recogíase lo más exquisito para abastecer la mesa real, como también las jóvenes más bellas para el harem. Las intrigas del harén (58) nos son reveladas por el libro de Ester. Los sátrapas, o gobernadores, vigilaban para la buena administración de las provincias, las que se hallaban en comunicación por medio de los correos: exigían contribuciones en géneros o en barras de oro para el sostenimiento de la corte y de los ejércitos; pedían un caballo

cada día a los Cilicios, cien mil cabritos y cuatro mil caballos anuales a la Media; 20 mil potros a la Armenia; la Babilonia debía mantener ochocientos caballos de remonta y seis mil yeguas; y el Egipto tenía que proporcionar los granos. Dice Heródoto que de provincias afluían 14560 talentos euboicos, y como esta suma no llegaba a 90 millones de pesetas, puede ser que se refiera al adelanto líquido, después de los gastos. Contribuían a las rentas del rey la pesca, el riego y los dones.

Los jueces eran viejos y de la clase sacerdotal; las penas que imponían eran muy crueles, y castigaban severamente la ingratitud. El imperio estaba dividido en distritos militares, y la caballería era objeto de especial cuidado. En las guerras nacionales, el pueblo en masa estaba obligado a levantarse en armas. En el mar se servían de las flotas fenicias.

La lengua persa tiene las mismas raíces que la indogermánica; el zendo, en que están escritos los libros sagrados, es la lengua intermedia entre la india y la germánica. Usaban la escritura cuneiforme, es decir, figurando colas de golondrina, con alfabeto parecido al caldeo. Es posible que los sacerdotes hablasen el zendo, y la demás gente el pelvo, y más tarde el persa, inmortalizado en el poema de Firdusi. Cítase a Locman, que vivió por los años 1000, y fue autor de fábulas. Al contrario de los Indios, que adoraban en efigie a las divinidades, representaban a hombres en actitudes tranquilas y venerables. La Gran Media conserva inmensos edificios anteriores a Ciro; y en el Fardistán, hay aún los más auténticos debidos a la estirpe de los Aqueménidas, como las ruinas de Persépolis. Últimamente fueron descubiertos los restos de Nínive (Korsabad), con inscripciones cuneiformes, que, alineadas, harían muchos miles de miles de metros, y que nos revelan hechos desconocidos, confirmándonos los indicados en la Biblia.

8. -Grecia. Las religiones

Muy tarde aparece la Grecia en la historia, confundiéndose sus anales con las leyendas de los dioses y semi-dioses, cuyas tradiciones extranjeras supo apropiarse y adaptar al país, a las costumbres y a las propias ideas. Por el septentrión llegaron las primeras poblaciones: el hiperbóreo Olen fundó en Delos el culto de Apolo y de Diana: Orfeo instituyó los misterios, y Prometeo personificación de los primeros civilizadores, inventó el fuego, del cual resultaron las artes mecánicas.

Parece, en fin, que de la estirpe de Arios, posterior a los Celtas, a los Germanos y a los Eslavos, se desprendieron otros que ocuparon, unos la península de los Apeninos, con el nombre de Latinos, otros la del Balkán (59), con el nombre de Griegos.

Pelasgos Los Pelasgos, que fueron unos de los pobladores más antiguos de la Grecia, tuvieron que luchar contra los indígenas Griegos y Lelegios. Los Griegos perdieron hasta su nombre, cambiado por el de Helenos, y no volvieron a recobrarlo hasta la época de los

Romanos. Los Lelegios habitaban la Acarnania y la Etolia, dedicándose al comercio. Parece que por los años 1900, los Pelasgos habitaban todo el territorio comprendido entre el Bósforo y el Arno, y aunque fueron considerados como bárbaros por los pueblos sobre los cuales prevalecieron más tarde, introdujeron un sistema de creencias y de civilización y una escritura; explotaban minas, llevando una linterna en la frente, de cuyo hecho se originó la fábula de los cíclopes; canalizaban ríos; levantaban fortalezas, con enormes piedras apenas labradas, y secaron el lago de Copais (60). En Dodona tuvieron el bosque sagrado: en Samotracia los ritos misteriosos de los cabiros: el Olimpo, Helicón (61), el Pindo y la Arcadia, donde se perpetuó la estirpe pelasga, eran tenidos como centros de religión y de cultura. Afión fabricó, al son de la lira, una ciudad en Beocia; Olen, Tamiris (62) y Lino instruyen con el canto a la humanidad y ensalzan a los héroes. Los reinos de Argos y Sición, fueron fundados por los Pelasgos: de Samotracia, su isla sagrada, vino Dárdano, fundador de Troya.

Los Pelasgos sufrieron graves desventuras, y al fin sucumbieron a las invasiones de los Aqueos y de los Dorios. Deucalión, hijo de Prometeo, y sobrino del pelasgo Atlante, se estableció en la falda del Parnaso, hasta que, habiéndolo arrojado a la Tesalia una inundación, ocupó los principados anteriores, e instituyó el consejo de los Anfictiones. De su hijo Heleno tomaron su nombre los Helenos, que sucedieron a los Pelasgos; y de los hijos de este, Doro, Eolo, Jone y Aqueo, nacieron las cuatro descendencias de los Dorios, Eolios, Jonios y Aqueos, las cuales fueron siempre distintas por sus dialectos y constituciones.

1620

1643 Al mismo tiempo llegaban a Grecia colonias e invasores extranjeros, como Dánao, procedente de Egipto, que fundó el reino de Argos; Lelege, egipcio; Cécrope, fundador de Atenas; Cadmo, fenicio, fundador de Tebas, quien introdujo en Grecia una nueva escritura, en sustitución de la de los Pelasgos.

1580

Estas estirpes extranjeras prosperaban gracias a la naturaleza del suelo y de los habitantes. La Grecia, entre el grado 36º ½ y el 40 de latitud, tiene al Septentrión el monte Emo, y a los otros lados los mares Adriático, Jónico, Mediterráneo y Egeo, con costas tan extensas, que pueden desarrollarse en 720 millas. Es una pequeña parte de la península más oriental de Europa, pero en contacto con los países más civilizados; con islas y amenas y variadas llanuras; con montes llenos de bosques que se extienden por los Alpes Dináricos (Pindo, Olimpo y Parnaso); con límpidas y tranquilas corrientes (Aqueloo, Céfiro, Peneo, Alfeo); ofrecía a los indígenas divisiones naturales; cada población podía desarrollarse aisladamente y defenderse, a diferencia de la uniformidad de los

grandes imperios del Asia. La civilización asiática fue desechada por los Griegos, quienes abandonaron las costumbres patriarcales; Saturno cedió el campo a Júpiter; las castas a la igualdad; los reyes absolutos al gobierno de los hábiles y de los elocuentes; la estabilidad al movimiento; la unidad a una multitud de principados independientes; el sacerdocio misterioso a un culto libre y nacional. Todo nos hace comprender que estamos en Europa, con sus progresos regulares y prácticos, con la verdadera historia del hombre; con la religión moral y con el sentimiento de lo bello mesurado y razonable. Quedan todavía clases distintas, pero de las más ínfimas puede salir un gran sabio, como Esopo, o un gran artista. Solo los esclavos siguen siendo excluidos de los derechos civiles y de los humanos.

Contribuyeron a relacionar las tribus desparramadas, el comercio, la religión, las ligas y los gobiernos.

Anfictionía Los diferentes estados tuvieron representación en la Anfictionía, que se reunía cerca de las Termópilas, en otoño, y en Delfos durante la primavera; cada ciudad tenía dos votos, y resolvían las más graves cuestiones, custodiaban la paz de los Griegos y preparaban la defensa contra los extranjeros. La religión sancionaba los decretos, y es posible que por el oráculo de Delfos hiciesen dar las contestaciones que creían más oportunas para el bien general.

La comodidad de tantos puertos y radas, inició al comercio, simbolizado, por lo que se refería a los tiempos más primitivos, en la fábula de Hele y Frixo, en el rapto de Europa, en las alas de Dédalo y en el delfín de Arión; más tarde en la expedición de los Argonautas a la Cólquide, tentativa de navegación para asegurar nuevas vías al comercio, en la cual tomaron parte los héroes y semi-dioses: Orfeo, Jasón, Tifis, Peleo, Hércules, Teseo, Esculapio, Cástor y Pólux: estos establecieron colonias en el Ponto Euxino, y para eterna memoria de tan colosal empresa, instituyeron los juegos olímpicos y colocaron la nave Argos entre las constelaciones.

Argonautas
1350

En Tebas, la descendencia de Cadmo llegó a ser famosa por sus delitos y sus desventuras, y habiéndose declarado la guerra entre los hermanos Eteocles y Polinices (63), siete príncipes asediaron a Tebas, que fue luego destruida.

1305

1305 Mayor renombre tuvo el sitio de Troya, donde estuvieron unidos, durante diez años, los príncipes griegos; y no se sabe a punto fijo cómo concluyó la empresa; pero lo cierto es que habían combatido por la misma causa y contra los mismos enemigos, acostumbrándose así a considerarse como un mismo pueblo; tanto más cuanto que Homero, reuniendo los cantos que habían acompañado y

conmemorado aquella empresa, eternizó las hazañas de los héroes, fijó la lengua poética, la mitología y la tradición helénica.
Algunos niegan la existencia de Homero, suponiendo que, en tiempo de Pericles, alguno había recogido los cantos particulares en que se celebraban las empresas de los héroes, y los había reunido en un poema. Si es difícil suprimir el poeta, es cierto que la Ilíada fue retocada por diferentes manos y en diferentes épocas. En la Odisea, de muy distinto tono, se cantan los viajes de Ulises, que se prestan a describir muchos países y muchas costumbres. En la Ilíada, hállanse el heroísmo, la pasión y la comunidad de los dioses con los hombres; en la Odisea, la prudencia y la destreza.
1280

Troya

Homero

Circunscribiendo las creencias, Homero creó también las bellas artes; consagrando la genealogía de los héroes, estableció la nobleza de las estirpes; cantando los juegos, dio mérito a la fuerza física como a la moral; ensalzando a los valientes, preparó las victorias de Maratón y de Arbela.

Costumbres Homero nos presenta a la Grecia dividida en pequeños principados, a ejemplo de las primeras tribus que la ocuparon y que en ella permanecieron siempre. Los reyes dominaban en absoluto, como descendientes de héroes o de dioses, es decir raza conquistadora: al padre sucedía en el trono el hijo, si era digno de ello; convocaban en asamblea a los nobles y a los ancianos; administraban directamente la justicia; no recibían tributos, pero tenían un poder más extenso y mayor parte de botín.

En sus palacios reales, había gran lujo, considerable hospitalidad, y en conjunto costumbres groseras. Aquiles cuece el buey que ha de comer; las hijas de Nausica lavan su propia ropa, y Ulises apalea a un plebeyo.

Los sacerdotes no formaban una fraternidad distinta; Calcante tiembla al anunciar la verdad a Agamenón; Crises soporta sus insultos; los mismos reyes interrogan a los oráculos y hacen sacrificios. Sus leyes eran costumbres; su heroísmo iba mezclado con crueldad; Aquiles arrastró atado a su carro el cadáver de Héctor y aceptó el rescate de Príamo; en la asamblea insultó con groseras injurias a Agamenón; y en los funerales de Patroclo, mató a doce muchachos, y juró que, con tal de vivir, se contentaba con ser en el infierno el más ínfimo de los esclavos.

Los cantores amenizaban los festines: eran muy frecuentes los juegos gimnásticos; se cuidaba mucho de las amas; pero aún no conocían el hierro ni montaban a aballo; la mujer ya no era sierva, pero solo se la quería ara la multiplicación de la especie y para el

cuidado de la asa; de cuantos amantes aspiraron a poseer a Penélope, ninguno procuró lograr su afecto: la misma Andrómaca, en el pasaje más patético de la antigüedad, no era acariciada por Héctor más que en atención a su hijo; y habiendo enviudado, toleró los abrazos de Pirro, hijo del matador de su esposo.

Religión En cuanto a la religión, fuente primera y señal de civilización, no basta buscarla en Homero y en los poetas anteriores a él. En el fondo encontramos siempre la unidad de Dios, que había sido revelada y conservada por los Semíticos. Dios tuvo a menudo múltiples nombres, como entre los hebreos: Elhoim, Adonai, Sadai, Sabaoth, y los ignorantes los tomaron fácilmente por otros tantos dioses. Cada pueblo tenía un templo y un dios predilecto, el cual era impuesto a los vencidos y a los aliados. La belleza, el orden y la fuerza de la naturaleza, excitaban fácilmente a la adoración, tanto que por ella se adquirió un concepto puramente espiritual. El sabeísmo, culto de los planetas y de las constelaciones fue común entre los Babilonios, los Fenicios y los Egipcios, y sus fiestas señalaban las fases siderales. Todo puede convertirse luego en símbolo; y a menudo el símbolo se trocaba en divinidad; representábase a Marte con una lanza; a la justicia con una balanza; a la tierra con una ternera; a la fuerza con cien brazos; y a la fecundidad con numerosas mamas.

El pueblo, muy imaginativo, da fácilmente a todo una pequeña historia, una leyenda, un mito; decíase que Pélope tenía las espaldas de marfil, y el vulgo inventaba el delito de Tántalo: muce quiere decir pomo, y de aquí dedujo el vulgo que Micenas fue constituida donde Perseo perdió el pomo de su espada; Cadmo llamó Beocia al país donde encontró un buey; las piedras caídas del cielo se intitulaban Vulcano y Faetonte, lanzado el uno por la cólera de un Dios, y precipitado el otro por imprudencia propia: la caja en forma de buey, en que los Egipcios encerraban a sus muertos, originó la fábula de Pasifae.

Los mitos y símbolos varían según los países: la palmera de la Siria será la encina de Germania: los Dioses de la India se mecen entre flores sobre las aguas de transparentes lagos; los de la Groenlandia van a caza de monstruos marinos: Hércules es para los Griegos un aventurero, para los Fenicios un fundador de colonias, para los Galos un mercader, y para los asiáticos es el sol; sus doce trabajos son los doce signos del zodiaco. Visnú, humanizado, representado por los Indios con muchas cabezas y muchos brazos, se convierte en Grecia en bellísimo Apolo, quien mide la tierra a grandes pasos, e hiere con la flecha a la serpiente Pitona. A estas transformaciones contribuyeron los poetas, variando los símbolos, como puede verse en Homero, por ejemplo en la Juno suspendida de la bóveda celeste con los yunques a los pies, o en la cadena con que Júpiter decía que no le hubieran hecho mover, aunque de ella hubiesen tirado todos los dioses a un mismo tiempo. La mitología fue una de las más ricas formas de las tradiciones de la humanidad, pero son estas difíciles de interpretar, a causa de la multiplicidad de sus elementos.

La moral se formaba de conformidad con los Dioses, mezclada de elevados principios y bajas aplicaciones, con la sagrada virginidad y la devota prostitución. Pero a menudo se desprende de la moral la idea de una falta que necesitaba expiarse con sacrificios, ya de frutos, ya de animales, y hasta de hombres.

Es idea demasiado elevada, creer que las religiones fueron inventadas por los sacerdotes, cuando proceden de sentimientos comunes a todos los hombres. El sacerdote conserva las tradiciones, conoce los medios de aplacar a la divinidad, y de purificar al culpable; bajo el velo de las cosmogonías difunde doctrinas físicas y morales. A menudo son aquellas custodiadas celosamente, y los misterios solo se revelan a los iniciados después de largas pruebas y grandes conocimientos. Famosos eran los misterios Eleusinos, en que se hacían iniciar los sabios y doctores más notables, y es probable que se comunicaban conocimientos más exactos sobre la divinidad, la muerte, el origen y el fin del hombre. Representábase el paso de la vida salvaje a la civilizada con fórmulas tremendas o veneradas y se imponía el silencio con pavorosos juramentos.

Los oráculos eran instrumentos de poder en manos de los sacerdotes; el numen contestaba a las preguntas de los particulares y del público. Por lo mismo, podía explotarse la mentira, como se hace actualmente por los adivinos y charlatanes. En los casos graves, la prudencia aconsejaba lo que era verdaderamente útil; y la Grecia no dejó de acudir a los oráculos, en la época de su mayor apogeo. Celebérrimos eran los de Dodona, de Éfeso y de Delfos. Junto a éste se congregaban los Anfictiones, y el oráculo contestaba por boca de la Pitonisa, virgen mayor de 50 años. Igualmente acudían gentes de extranjeros países a consultarlo. Asegurábase que semejantes oráculos habían sido instituidos por profetisas procedentes de la Libia, lo que explica la derivación y la semejanza que existían entre las religiones de aquellos diversos países.

En efecto, la mitología griega nos presenta las divinidades indias transformadas y embellecidas, pero con la misma historia y hasta con los mismos nombres, apareciendo mezcladas con divinidades septentrionales y egipcias. Los Pelasgos practicaban el culto de los Cabiros fenicios, y el oráculo de Dodona. La Diana de Éfeso era envuelta en lienzos como las momias, y cargada de símbolos, con la cruz encima de la cabeza; Orfeo introdujo los Dioses hiperbóreos; y todos contribuyeron a multiplicar la vasta familia de Zeus y Hera, es decir Júpiter y Juno. Cada Dios tenía una provincia predilecta; Apolo la Tesalia; Baco la Beocia; Neptuno a Corinto; Juno a Argos; Pan la Arcadia, y Hércules la Tracia. Heródoto recuerda en qué tiempo fueron introducidas algunas divinidades, y el culto chipriota de Afrodita (Venus), del frigio Zeus y de la Gran Madre (Cibeles). Pero la Grecia los modificó a todos, dándoles forma humana; los sacerdotes no se distinguieron de los magistrados; poetas populares divulgaron los misterios, y Hesíodo (64) cantó la generación de los Dioses (Teogonía) con muchas tradiciones y símbolos asiáticos.

Las fiestas daban lugar a grandes pompas, principalmente cerca de los oráculos y en los templos famosos, con motivo de las

iniciaciones y de los grandes juegos ístmicos, olímpicos, píticos y nemeos, que constituyeron nuevos lazos nacionales.

Aquí concluye la edad heroica y mítica, puesto que con la destrucción de Troya, donde sucumbió la raza Pelasga, y con las aventuras de los héroes que la combatieron, sobrevino a la Grecia y al Asia Menor una grande sacudida. Los Dorios, bajaron por la falda meridional del Olimpo, hasta el Peloponeso, pretendiendo haber adquirido el derecho de un Hércules, hombre esforzado de su estirpe, convertido en símbolo de la fuerza destructora.

Heraclidas Estos Heraclidas hostigaban a la estirpe de Pelópidas, de quien la península adquirió el nombre, y la vencieron. Argos, Esparta, Mesenia y Corinto, de aqueas fueron convertidas en dóricas; los Etolios se establecieron en la Epea, llamándola Elida: los Arcadios quedaron libres y recogieron las poblaciones pelasgas fugitivas. Todas las tribus rivalizaron entonces en barbarizar al país. Los Jonios fueron acogidos en el Ática, donde pronto adquirieron preponderancia, como en muchas de las islas del Archipiélago y en las costas del Asia Menor, que tomaron el nombre de islas Jónicas, con las ciudades de Éfeso, Colofón (65), Focea y Clazómenas (66), mientras que los Eolios, con los Atridas, fundaron a Esmirna, y once ciudades más en la isla Eolia: los Dorios se esparcieron por las islas de Creta, de Herodes y Cos: construyeron en el Asia Menor a Halicarnaso, Cnido (67) y otras ciudades de la Dóride, y algunos se dirigieron a Italia.

En un siglo de total subversión, los Dorios estuvieron aferrados a las costumbres antiguas, a las armas y a la nobleza; los Jonios eran aficionados a la vida regalada, a la navegación y a la democracia; muchas repúblicas sucedieron a los principados, y con ellas nació el sentimiento de la libertad, propio de la nación griega; cada una se componía de una ciudad con su territorio, y tenía su gobierno, sus costumbres propias y sus formas de justicia. Formaban confederaciones, pero aunque se llamasen Arcadios o Beocios, conservaban su autonomía; y tanto si prevalecía la aristocracia como la democracia, tenían gran influencia los nobles, y la calidad de hombre estaba subordinada a la de ciudadano.

Todos, empero, se reunían en el concilio de los Anfictiones, en los oráculos, en los juegos que se celebraban en determinadas ocasiones, y a los cuales solo podían concurrir los Griegos, para tomar parte en las justas de valor, de doctrina o de belleza.

Con la Grecia entramos verdaderamente en la historia europea, con el poderío del hombre, su creciente civilización, la actividad incesante de todas sus facultades físicas e intelectuales, el consorcio de la industria con el arte, y la verdadera ciencia. Ningún pueblo fundó tantas colonias como los Griegos, los cuales tuvieron suma eficacia sobre la civilización sucesiva.

Entre las tribus griegas, prevalecieron los Dorios y los Jonios, aquéllos austero-conservadores, y éstos débiles y democráticos, sus representantes fueron Esparta y Atenas. Lelege fue el primer rey de Esparta, ciudad situada en la falda del Taigeto y a orillas del Eurotas; Tíndaro, tuvo con Leda a Cástor y Pólux,

colocados en el cielo, y a Elena y Clitemnestra inmortalizadas por los poetas. Después de la invasión de los Heraclidas, los descendientes de Proclo y de Agides reinaron durante nueve siglos. Los Dorios arrojaron, completamente de la Laconia a los Aqueos, y redujeron a la esclavitud a los pocos que quedaron (Hilotas (68)).
Esparta

La clase privilegiada y dominante era la de los Espartanos ciudadanos; a estos seguían los Lacedemonios del campo, que pagaban tributos; los hilotas no gozaban de los derechos del hombre, cultivaban las tierras, mediante una convenida porción, que les permitía enriquecerse; también servían en la guerra.

Licurgo Tuvieron leyes de Licurgo, quien parece que las trajo de la isla de, Creta, cuyo rey Minos, célebre por lo justo, había dictado severas disposiciones y fomentado costumbres robustas. Licurgo, después de haber estudiado el Egipto y la India, y recogido los poemas de Homero, dio sus leyes, no por escrito, sino en sentencias que se transmitían de viva voz, e hizo pronunciar a la Pitonisa que ningún pueblo las tenía mejores. Conservó los dos reyes con el Senado de 28 sexagenarios, enfrenados por 5 Éforos anuales, que con tremendos poderes conservaban la libertad aristocrática, juraban obedecer a su rey, mientras no se extralimitase en sus poderes; determinaban las acciones guerreras, recibían a los embajadores, convocaban a la Asamblea general, en donde tenía voto todo ciudadano que hubiese cumplido 30 años. Los reyes hacían los sacrificios y presidían la Asamblea. Más que de la pública, Licurgo se ocupó de la vida privada y de la física. Había igualdad de bienes, estando distribuidos entre los ciudadanos, quienes podían darlos pero no venderlos. No existían monedas de oro ni de plata, sino de hierro, gruesas y pesadas. Estaban proscritos el lujo y las artes de puro recreo. Se reunían por clases en mesas comunes, donde solo comían pan, vino, queso, higos y un caldo negro de harina tostada. Iban toscamente vestidos; hacían grandes ejercicios de lucha, caza y natación: las jóvenes luchaban desnudas. Los esponsales eran determinados, no por el cariño, sino por las conveniencias; los esposos andaban a hurtadillas con sus mujeres, y tres o cuatro hermanos podían tener una sola. Los niños endebles eran precipitados desde el Taigeto (69); los otros eran condenados a toda suerte de incomodidades; a los siete años eran arrancados a las afecciones domésticas, para ser entregados a maestros públicos, que los acostumbraban a los sufrimientos, a las privaciones y al trabajo. Se les permitía el hurto para avezarlos a la destreza. Hablaban poco y con laconismo y precisión; aprendían de memoria versos de Homero, de Terpandro y de Tirteo. Eran sencillos los sacrificios y los funerales. Representábanse armados todos sus Dioses, hasta la misma Venus. De 20 a 60 años, todos los hombres eran guerreros; marchaban al son de la flauta, sin averiguar cuántos

eran los enemigos; y cuando murieron 300 en las Termópilas cerrando el paso a los Persas, se escribió sobre su fosa: Cumplieron con su deber.

873

Los hilotas eran tratados horriblemente. Tan pronto se los emborrachaba para que los jóvenes aborreciesen la embriaguez como se los mataba en el campo, para que estos se ejercitasen en la caza; igualmente se mataba al que se distinguía por su inteligencia o robustez. En todo, la libertad individual se sacrificaba en bien del Estado; por esto se quería la fuerza, la pobreza y la conservación de las costumbres patrias, sin nada de progreso ni de humanidad. La guerra era considerada como una ocasión para interrumpir la monotonía de su pesada existencia, y ejercitábanla sin piedad.

Apenas muerto Licurgo, empezaron las enemistades con los Arcadios y los Argivos (873-743) y con los Mesenios, gente dórica, envidiosa de los Espartanos por la riqueza del país. Motivos particulares determinaron la guerra, y los Espartanos juraron no volver a su patria sin haber devastado los campos y los hombres del enemigo; los reyes permanecieron 20 años fuera de su país; luego oprimieron durante 40 años a los Mesenios, hasta que Aristóteles excitó a éstos a que recobrasen su independencia. Los Espartanos, espantados por los primeros reveses, recurrieron al oráculo, el cual contestó que buscasen un capitán en Atenas. Por mofa ésta les mandó a Tirteo, poeta feo y cojo. Pero éste los enardeció de tal modo con sus cantos, que pudieron vencer a los generosos Mesenios, y repartirse el territorio; por cuyo motivo muchos de éstos pasaron a Sicilia poblando a Mesina. La victoria costó cara a los Espartanos quienes a duras penas pudieron, mediante largos años, dominar completamente a los Argivos y a los Arcadios en su territorio. Entonces entraron en lucha con Atenas, por aspirar a supremacía en Grecia.

684

Atenas Reinando Ogiges (1832 a. de J.), el lago Copais inundó la Ática, con lo cual se perdieron las memorias antiguas. Siglo y medio

después, llegó de Egipto Cécrope, en tiempo del cual acaeció el diluvio de Deucalión. Ceres, procedente de la Sicilia, introdujo la agricultura. El Estado fue constituido por Teseo, limpiando el país de monstruos y ladrones; lo libertó del tributo anual de siete mancebos y siete doncellas que debían darse a Creta para inmolar al Minotauro, y reuniendo los cuatro distritos del Ática, declaró capital a Atenas. A la invasión de los Heraclidas, muchos Jonios aumentaron la población, celosos de lo cual, los Heraclidas de Esparta movieron guerra. El oráculo dijo que vencería el ejército cuyo rey fuese muerto, y Codro aseguró con su propia vida la victoria a los Atenienses; los cuales, por veneración a su memoria, no quisieron tomar otro rey; instituyeron un arconte hereditario, perpetuo al principio, y decenal después, que era responsable ante el pueblo de todos los negocios del Estado, de la justicia ante el areópago, y de las cuestiones civiles ante el pritaneo.
1643
1343

Dracón había dictado leyes severas, como las herócicas y aristocráticas, pero venían reformadas por Solón, uno de los siete sabios de Grecia que se llamaban Solón (70), Quilón (71), Pítaco (72), Bías (73), Periandro (74), Cleóbulo (75) y Tales (76). Además de filósofo, Solón fue poeta y astrónomo; favorecedor del pueblo y estimulado por el oráculo, reformó las leyes draconianas «escritas con sangre», garantizó a los deudores la seguridad personal, hizo restituir los bienes hipotecados y facilitó la extinción de las deudas con el aumento del valor de la moneda, pero al mismo tiempo aseguró los intereses de los ricos. Estableció entre los ciudadanos varias divisiones. Llamábanse pentacosiomedimnos los que poseían 500 medimnos de renta; caballeros, los que poseían 400; zeugites, los que reunían 300; y tetos, aquellos cuya renta era menor. Las tres primeras clases participaban del gobierno y de los empleos; las otras podían asistir a las asambleas y a los tribunales. Quedaba, empero, la primitiva división en 4 tribus () y en demos o comunes rurales. Nueve arcontes presidían el Estado, el primero de los cuales daba nombre al año (epónimo); el segundo atendía a las cosas religiosas (rey); el tercero a la guerra (polemarca); y los otros (tesmotetas) administraban la justicia. Atemperaban su autoridad 400 senadores, que discutían todas las leyes; éstas eran expuestas al público, durante tres días, al pie de los dioses tutelares de cada tribu; su confirmación correspondía a la asamblea general, donde votaban pobres y ricos. Custodia de los estatutos era el Areópago, donde entraban los arcontes cuyo cargo había cesado; tomaba providencias hasta en las causas capitales, y ante él debía arengarse de noche, sin accionar ni apelar a sentimientos de ternura.

Solón

Con tantos empleos, mucha gente tomaba participación en el gobierno. En las discordias, cada cual tenía que pronunciarse por una u otra parte; y si algún ciudadano tenía trazas de engañar a los otros, era alejado por diez años (ostracismo), si seis mil ciudadanos lo pedían así.

Acogíanse las divinidades extranjeras, y se tenía un templo abierto al Dios desconocido; habiendo dudado Protágoras de que Dios existiese, fue desterrado y quemados sus libros. El reo de Estado podía ser matado por cualquiera. Los extranjeros (metecos) no participaban de los derechos de ciudadanía, y debían tomar a un ciudadano por patrono, encontrándose sujetos a burlas y a humillaciones, y castigados de muerte si entraban en la asamblea.

Los ciudadanos propiamente dichos no excedían quizá de 20 mil; los metecos ascendían a 40 mil y a 110 mil los esclavos. Sin embargo, un país de tan escasa población, realizó obras maravillosas. La ley respetaba la moralidad más que en Esparta; se atendía a la educación. Al suicida se le amputaba la mano derecha y se le enterraba con oprobio; teníase por deshonrado al que no ejercía oficio alguno; había sociedad de Socorros mutuos. Los demagogos y los oradores muchas veces hacían cambiar las leyes, introduciendo otras nuevas, que duraban poco, pero que hacían difícil la formación de un concepto exacto de aquella importantísima legislación.

Pisístrato Pero Solón no pudo extinguir las discusiones internas entre el pueblo y los nobles; Pisístrato, rico, espléndido, valiente y hospitalario, favoreciendo a los débiles pudo erigirse en tirano. Incitó al pueblo a que se dedicara a la agricultura y favoreció las artes y las ciencias. Bajo sus hijos Hiparco e Hipias, creció también la prosperidad de Atenas, pero repugnaban por su lascivia; Harmodio y Aristogitor intentaron matarlos; Hipias sobrevivió y los dos homicidas fueron vilipendiados y escarnecidos: exaltado el pueblo, derribó a Hipias y restableció el gobierno republicano, donde prevalecía la libertad.

560
528

Estados menores Alrededor de las dos principales ciudades, florecían muchas otras. La Arcadia, cuna de la agricultura y de los pastores, contaba con ciudades elevadas a Estados, siendo las principales Tegea y Mantinea: Argos y Sicione de fabulosa antigüedad; Corinto, sobre el istmo del Peloponeso, con un puerto en el Egeo y otro en el Jónico, enriquecida por el comercio difundido en muchas colonias, asalariaba tropas extranjeras y dio contra las de Corcira el primer combate naval de los Griegos (644); inventó el orden corintio, el más elegante de la arquitectura. La Acaya estaba dividida en doce repúblicas, cuya confederación pudo resistir a Roma. La bellísima Élide era considerada como país sagrado, por los juegos olímpicos que en ella se celebraban (77). La Hélade (78), o Grecia central, además del Ática, comprendía la Megáride, la Beocia, con el lago Copais y las fuentes de Helicón (79) y del Citerón; la Fócide (80), con el monte Parnaso y la ciudad de Delfos, consagrados a Apolo, y enriquecida por la muchedumbre que acudía al oráculo de este Dios; la Lócride, con los memorables desfiladeros de las Termópilas; la Dóride; la Etolia, país de ladrones, famoso por los héroes Etolo, Peneo, Meleagro y Diomedes; y finalmente la Acarnania (81), de escasa población.

La Grecia septentrional tenía al Levante la Tesalia, y el Epiro a Occidente. Se entra en la Tesalia por el paso de las Termópilas, cerca de las cuales se halla Antela, donde se reunían los Anfictiones; este es país de grandes señores, de caballería y de baile, con el delicioso valle del Tempe y los montes famosos del Oeta (82), el Olimpo, el Pindo y el Osa, mansión de los dioses, como de los centauros y de las magas; patria de Aquiles y de los poetas Tamiris, Orfeo y Lino. El Epiro fue asiento de los Pelasgos, y las penas del infierno egipcio fueron transportadas al Aqueronte (83) y al Cócito; en la selva de Dodona, las encinas eran oráculos. La estirpe de Pirro permaneció allí, mientras iban cayendo en otros puntos las razas heroicas.

Islas Muchas islas circundan a la Grecia, algunas en grupos como las Cícladas, las Equínadas y las Espóradas. Entre las Cícladas figuraban Naxos, consagrada a Baco, que enseñó a sus habitantes el cultivo de la higuera y de la vid; Ceos, patria de Simónides, Baquílides y Pródico; y Paros, renombrada por sus mármoles estatuarios. Los horrores de Lemnos consistían en que las mujeres, por venganza de Venus, tomaban de tal manera en odio a los maridos, que los asesinaban; los habitantes de Lemnos, por su parte, robaban a las mujeres de Atenas, cuyos hijos cohabitaban con sus madres, por cuyo motivo, los maridos mataban a unos y a otras. Los Atenienses mandaban cada año un navío a Delos, patria de Apolo, con todo lo que se necesitaba para los juegos; nadie había de nacer ni morir en su recinto; los habitantes vivían tranquilos, bajo la protección de su Dios; el comercio era muy floreciente, sobre todo en esclavos.

Creta, patria de Júpiter, y Chipre de Venus, dependieron de Atenas, conservando, empero, la Constitución interior. Chipre, poblada por los Etíopes, dominada por los Fenicios, tributaria de los Egipcios y luego de los Persas, hallábase dividida en pequeños

Estados, gobernados tiránicamente, y riquísimos por su comercio: las jóvenes se prostituían en honor de la Diosa.

Corcira, la isla de los Feacios, fue principal causa de la guerra del Peloponeso, en la cual se pusieron a la vela 120 navíos.

Los Epidaurios, huyendo de los Dorios, ocuparon a Egina, que se desarrolló después, merced al comercio, a la agricultura, al trabajo de los metales y a la construcción de magníficos templos, entre los cuales figura el Panhelenio, edificado por todos los Griegos en cumplimiento de un voto a Júpiter.

En la Eubea, cuyas principales ciudades eran Calcis y Eretria, cada una tenía su gobierno propio.

Colonias Los Griegos ejercitaban, además, su actividad fundando muchas colonias desde el Asia Menor hasta las radas más ocultas del Mar Negro; desde el Nilo hasta el Báltico y desde las costas de España y la Galia hasta la africana Tirene. Estas se acrecentaban, y con ellas la riqueza y la civilización de la madre patria, a la cual mandaban diputaciones y donativos en ciertas solemnidades y durante los juegos. A menudo renovábase en el suelo extranjero el nombre del país natal, y de las colonias vinieron los poetas y filósofos más famosos, la escuela jónica y la arquitectura jónica y dórica.

Colonias eolias Cuando la expedición de los Argonautas y la guerra de Troya hubieron hecho conocer a los Griegos las costas del Asia Menor, fundaron éstos las colonias más antiguas e importantes, donde se refugiaban los despojados por la invasión dórica: propagadas hasta Ida, tuvieron doce ciudades, entre las cuales sobresalieron Cumas y Esmirna, además de las islas Ecatoneso, Ténedos y Lesbos, principal residencia de los Eolios, con Mitilene, donde servía de oráculo la cabeza de Orfeo. Administrábanse todas independientemente, y solo en las grandes ocasiones se reunían en Cumas (84).

También los Jonios despojados por la invasión dórica, ocuparon las costas meridionales de la Lidia, y las septentrionales de la Caria, fundaron doce ciudades, es decir Focea, Eritras (85), Clazómenas, Teos, Lebedos, Colofón, Éfeso, Priene, Miunte y Mileto; y en las islas, a Samos y Quíos (86); celebraban solemnidades nacionales en el Panjonio, consagrado a Neptuno; gobernábanse por repúblicas, cuando no caían en la tiranía o en la anarquía; y aunque tributarias de los Persas, conservaban su independencia. En estas colonias brillaron los filósofos Bías y Tales; Hipódamas, escritor político; Anaximandro, fundador de la escuela jónica; Anaxímenes, Euclides, Anaxágoras, Arquelao, Jenofonte y el poeta, Calino. Mileto se igualaba casi a Cartago y Tiro por el comercio, y ascendían quizá a 300 sus colonias, mediante cuyo concurso importaba granos, peces, pieles y esclavos de la Rusia y de la Bulgaria. Esta importante ciudad fue destruida por los Persas.

En el Occidente, Focea extendía su comercio, visitando la Italia, la Galia y la España; en Córcega se establecieron muchos de los que huyeron de la conquista persa, y se dirigieron otros a la Lucania. Pero su colonia más importante fue Marsella, de donde se extendieron por Mónaco, Niza, Antibo y las islas de Lerina e Hieres,

Olbia, Tauromiento, Citarista, Agate y Rodamusia, desarrollando el comercio y la población. Los marselleses eran alabados por su orden y economía; trocaron las desnudas rocas en viñas y olivares, cultivaron la ciencia y tuvieron rígidas costumbres, estando prohibido a las mujeres beber vino; en la ciudad, nadie podía ir armado, y estaban prohibidos los espectáculos teatrales. En esta población nació Piteas, quien determinó la latitud de su patria por medio del gnomon, demostró que las mareas se relacionaban con las fases de la luna, y recorrió las costas occidentales y orientales de Europa, hasta la embocadura del Vístula y la península Escandinava.

La decadencia de Focea y Mileto, hizo que adquiriese preponderancia Éfeso, famosa por el templo de Diana. Los Efesios decretaron que «el que quisiese dominar por su talento o por su virtud, se fuese a otra parte.»

Samos tuvo poder marítimo, y sus navíos, lanzados por la tempestad mas allá del estrecho que hoy se llama de Gibraltar, recogieron más oro que el que toda la Grecia poseía, con el cual los Samios construyeron un famoso dique y el templo de Juno. Llegaron a ser proverbiales sus vasos.

Quíos era una de las islas más poderosas del Egeo; abundaba en esclavos, y cada cinco años se celebraban en ella fiestas en honor de Homero.

Colonias dóricas   Los Dorios establecieron colonias en la costa meridional de la Caria y en las islas de Cos (87) y Rodas, yendo a ellas paso a paso por el Peloponeso, fabricando a Halicarnaso, Jaliso, Camino, Lindo y Cnido, donde Praxíteles había hecho la estatua de Venus, y en donde nacieron el historiador Ctesias y el astrónomo Eudoxio. Reuníanse los habitantes en el templo de Apolo Triopio. Rodas era denominada la isla del sol, porque, no pasaba día sin que este resplandeciese. En ella fondeaban las naves que iban a Egipto, y famosos fueron su coloso y su ley marítima, que sirvió durante mucho tiempo de norma al comercio. Acudíase a las escuelas para aprender filosofía, elocuencia y bellas artes: sin embargo, en las fiestas de Saturno, sacrificaban a un hombre y a un condenado. Parténope (Nápoles) y Salapía en Italia; Gela y Agrigento en Sicilia, eran sus colonias.

Las riberas de la Propóntide, del Euxino y de la laguna Meótides, estaban pobladas de colonias, entre las cuales figuraba Bizancio, futura capital de dos imperios. De las colonias situadas a orillas de la Tracia y de la Macedonia, procedían gran número de esclavos. En la costa africana hallábase Cirene, célebre por su tráfico, su agricultura, sus caballos, sus magníficos jardines y exquisitas esencias. Fue patria de Aristipo, filósofo, Calímaco, poeta, y Eratóstenes, geómetra.

9. -Grecia en la Guerra Meda

En oposición a estos Estados, tan sumamente divididos, la Persia procuraba engrandecerse agregándose gente siempre nueva, y

pretendiendo que los vecinos le fuesen tributarios o satélites. Conquistada la Lidia, se encontró fronteriza con la Jonia, y Darío Histaspes la subyugó nombrando sátrapas de las provincias a los principales ciudadanos que la favorecían por interés. Construido luego un puente sobre el Danubio, por donde pasar a la Escitia, confió su custodia a los sátrapas. El ateniense Milcíades, que poseyendo ricos territorios en Capadocia, era vasallo del rey, concibió la idea de cortar el puente, para que Darío muriese de hambre en el desierto. Se opuso Histieo de Mileto, y Darío, malograda su empresa, pudo volver y colocar a Histieo en alta posición; pero vendiéndose éste vilmente contra los suyos, trató de sublevar el Asia Menor; lo que consiguió con el auxilio de su sobrino Aristágoras, quien llamó en su ayuda a los Atenienses. Estos, atemorizados al ver aproximarse a Darío, que había ocupado la Tracia y la Macedonia y amenazaba a la Eubea, armaron una flota, tomaron a Sardis e inmediatamente la incendiaron. Artafernes, sátrapa de este país, dio caza a, los Griegos y los exterminó. Los Persas sometieron a Mileto, Quíos, Lesbos y Ténedos, y devastaron la Jonia. Darío quiso que un cortesano le recordase cada día el incendio de Sardis. Lo excitaba Hipias (88), quien, expulsado de Atenas, hacía el acostumbrado oficio de desterrado. En efecto, Darío mandó a la venganza a su yerno (89) Mardonio, con un poderoso ejército y una numerosa flota; pero esta y aquel perecieron. Aconsejado por Hipias, hizo nuevos alistamientos; sometiéronse algunos países, hasta la poderosa Egina, muy inmediata a Atenas, y fue saqueada Eretria, separada de ésta solo por un canal. Reconciliadas Atenas y Esparta ante el común peligro, se aprestaron a la defensa: desde luego los Atenienses, con solos 10 mil hombres y algunos esclavos, en la pantanosa llanura de Maratón, impropia para la caballería, hacen frente a los Persas, diez veces más numerosos que ellos; su ardimiento y el mérito de Milcíades triunfan, los Persas se refugian en sus naves, e Hipias queda muerto; con el mármol traído para erigir un trofeo, Fidias cincela una Némesis; píntase aquella victoria en el pórtico de Atenas. Milcíades, con 70 naves castiga a las islas infieles, pero no habiendo logrado su intento en Paros, es juzgado traidor y condenado a la cárcel, donde muere. ¡Ingratitud harto común! Pero quedaba asegurada la superioridad del Occidente sobre el Oriente.

522

490

Batalla de Maratón

26 de setiembre

Arístides Atenas era sostenida por el talento de Arístides el justo y por la destreza de Temístocles, valiente en el campo de batalla, elocuente en la tribuna y perito en los consejos. Arístides lo consideraba peligroso para la libertad, por lo cual lo contrariaba; pero los partidarios de Temístocles consiguieron que se desterrase a Arístides. Dueño entonces de la situación, Temístocles indujo a explotar el oro de las minas del monte Laureo, no para regalos ni espectáculos, sitió para la construcción de una flota de 100 galeras, con la cual reprimió a los piratas de Egina y Corcira, apadrinó el Egeo, enriqueció al pueblo con los botines, y se preparó contra la presunta vuelta de los Persas.
Temístocles

En efecto, Jerjes, hijo de Darío, incitado por los recién emigrados de Grecia, empleó tres años en hacer preparativos, y aliándose con Cartago afilió para una guerra nacional a mas de 56 pueblos lejanos y muy distintos por sus armas y banderas, reunió, según dicen, un millón setecientos mil infantes y cuatrocientos mil caballos, además de la muchedumbre de vagabundos, mujeres, marineros y siervos, que hacían subir el total de aquella masa a mas de cinco millones: con 1207 naves, proporcionadas por los Fenicios y por los Griegos del Asia. Pasándoles revista, Jerjes lloró, al pensar que al cabo de pocos años todos habrían muerte.

Pasado el Helesponto, por un puente, en siete días, arrojó aquella devastadora muchedumbre sobre los Macedonios, los cuales se sometieron, como también otras federaciones Etolias y Beocias; los Argivos desertaron porque no podían obtener el mando de la flota; por el mismo motivo Gelón, rey de Siracusa, no mandó mas que a un puñado de gente para proteger a Delos; Corcira y Creta permanecieron neutrales: las colonias de Italia estaban amenazadas por los Cartagineses, por cuyo motivo parecía que la Grecia estaba irremisiblemente perdida ante los Persas, quienes avanzaban en tres cuerpos, abastecidos por la flota y por los paisanos. Pero los Anfictiones, replegados en el istmo, excitaban a sus compatriotas al valor, y dirigían la empresa con los consejos y las respuestas de la Pitonisa: Temístocles se multiplicaba para atender a todo, llamando a los emigrados, encerrando las riquezas, las mujeres y los niños en los muros de madera que el oráculo había indicado, es decir, en la flota.

Termópilas A defender el angosto paso de las Termópilas, entre la Tesalia y la Lócride, fue mandado Leónidas, rey de Esparta, con solos 300 guerreros y 5500 coaligados, los cuales bastaron para contener a los Persas: pero habiendo Efialtes indicado a éstos otro

paso, envolvieron a los valientes Lacedemonios, que perecieron todos, pero encima de 20 mil cadáveres enemigos.

Aquel desastre valió más que una victoria, puesto que demostró que un puñado de hombres libres bastaba para combatir contra millones de esclavos: muchos Jonios desertaron de Jerjes, movidos por el amor patrio. Pero Jerjes ocupó a Atenas y la destruyó, como arrasó a los templos de los dioses: con 750 naves y mas de 150 mil hombres, asedió a las 380 de los Griegos en Salamina, quedando derrotado; después de lo cual se volvió a su país, mientras que Temístocles era proclamado libertador de la patria. Al mismo tiempo, los colonos de Sicilia, derrotaron al ejército cartaginés.

Batalla de Salamina
19 de octubre
479

Aún quedaba en Grecia Mardonio, con 300 mil hombres, pero fue vendido y muerto en la batalla de Platea, mandada por el espartano Pausanias y por el ateniense Arístides, el mismo día que en Mícale la flota persa era derrotada y quemada por la griega.

Después de aquella expedición quedó debilitado el poderío persa, y los Griegos del Asia recobraron su independencia, al cabo de 30 años de obstinada guerra. Jerjes sucumbió también a una conspiración.

10. -Grandeza de Atenas

La Grecia había vencido, pero le quedaban a su lado los Sátrapas, quienes procuraban seducirla con el oro y la molicie; la riqueza adquirida introdujo un lujo corruptor; disipado el peligro común, nacieron las discordias interiores. Los ciudadanos reedificaron a la derruida Atenas, a pesar de la oposición de los Espartanos, los cuales alegaban que no convenía tener una ciudad fuera del Peloponeso; Temístocles hizo trabajar día y noche a libres y esclavos; atrajo a los habitantes por medio de privilegios, fabricó el puerto del Pireo, y construyó una flota, que fue la primera de las griegas; no quiso que se expulsaran de la Anfictionía a los que no habían peleado contra los Persas; por lo que la Grecia quedó con bastantes fuerzas para consolidar su autoridad en Italia y en las islas del Egeo, extender el dominio desde Chipre hasta el Bósforo Tracio, establecerse en la Tracia, en la Macedonia y en las costas del Euxino (90), del Ponto hasta el Quersoneso Táurico. Arístides y Cimón hijo de Milcíades, con los Atenienses; y Pausanias con los Espartanos, fueron a expulsar a los Persas de Chipre y de Bizancio; pero Pausanias trató de enseñorearse de su patria, por cuyo motivo los éforos lo amurallaron en un templo, siendo su madre la primera en llevar piedras.

Otro tanto se temía de Temístocles en Atenas, donde fue llamado a juicio, pero él huyó de un lado para otro, hasta presentarse al rey de los Persas, quien honró a su enemigo, designándole los réditos de tres ciudades; aquel hombre ilustre no volvió a ver a su ingrata patria. Arístides se conservó irreprochable y probo en la administración del tesoro de toda la Grecia, y murió tan pobre, que el pueblo tuvo que sufragar sus funerales y mantener a sus hijos.

El Ática, península del Egeo, árida y montañosa, de solos 36 miriámetros de superficie desde el cabo de Sunio al río Citerón que la separa de la Beocia, dividida en occidental y oriental por el Cefiso, enriquecida por la agricultura, por la cría de ganados, por la extracción de mármoles y metales, presentó la más espléndida civilización antigua, si admirar podemos la que, bajo veinte mil ciudadanos, tenía mas de cien mil esclavos, que Aristóteles calificaba de bienes animados, instrumentos más refinados e indispensables.

Habiendo llegado a ser la principal ciudad, Atenas constituyó en confederación perpetua las principales repúblicas e islas de la Grecia, excepto el Peloponeso: para continuar la guerra con los Persas, se constituyó, por medio de contribuciones comunes, un tesoro que se depositó en Delos; pero cuando, desvanecido el peligro, los confederados se negaron a satisfacerlo, Atenas apeló a la fuerza, haciendo uso de las armas; por cuyo motivo, muchas poblaciones se unieron a Esparta, formando una liga contra Atenas.

Aunque interiormente, los reveses y las fortunas alteraron la índole de los dos pueblos y las instituciones de Solón y de Licurgo. Los reyes de Esparta fueron reducidos a la nada por los éforos. En Atenas, Arístides había hecho admitir los plebeyos en los cargos públicos, pero todo lo podían los diez estrategos, generales anualmente renovados. En tanto, trabajaban todos para el esplendor de la civilización, manifestada en edificios, espectáculos, tráfico y agricultura; Homero era el libro de todos los jóvenes; Sócrates peroraba en las plazas públicas; Sófocles disertaba en el teatro; los poetas daban animación a todas las fiestas; Platón inspiraba en la escuela, y Demóstenes persuadía en la tribuna.

Cimón Cimón, hijo de Milcíades, reducido por Arístides a la probidad y a la cortesanía, continuó felizmente la guerra contra los Persas, y al frente de 300 naves devolvió la libertad a las colonias griegas del Asia, dio caza a los piratas, destruyó, en las riberas del Eurimedonte, la flota de Artajerjes, sucesor de Jerjes, enriqueciendo y embelleciendo a su patria; tomó el Quersoneso, y puso en poder de Atenas toda la flota de los confederados.

461 Celosa Esparta, le movió guerra, pero la impidió la sublevación de los hilotas y los Mesenios. Cimón propuso que se

ayudase a Esparta a reprimir aquella sublevación; pero los envidiosos lo acusaron de favorecer al enemigo, y lo hicieron desterrar.

Pericles   Entonces prevalece Pericles, ilustre por nacimiento, hermosura, ingenio, elocuencia y conocimiento de los tiempos y de los hombres. Raramente peroraba; por cuyo motivo tomaba fuerza y crédito toda causa que él patrocinase. No demostraba mirar por sus intereses ni por sus propias comodidades; favorecía al pueblo; deprimía al areópago; y secundaba la molicie y la lascivia. El mismo era dominado por Aspasia, cortesana famosa por su gracia, su talento y su finura. Pericles fomentó las comodidades y la suntuosidad de Atenas, con el Partenón y el Odeón. Gastose once millones de pesetas en la fábrica de los Propileos, vestíbulo dórico de la ciudadela, en el cual trabajaron Fidias, Mirón y Alcámenes; y trasladó el Tesoro de Delos a Atenas, dando de tal modo a ésta mayor carácter de metrópoli.

550   Se indignaron otras ciudades, e instigadas por Esparta, se sublevaron Corinto y Epidauro; multiplicáronse luego las guerras devastadoras, por lo que Cimón fue llamado otra vez; este propuso una tregua de cinco años, y para dar desahogo a los ardores bélicos de sus compatriotas, los excitó a ayudar al Egipto rebelado contra los Persas; pero Megabazo desvió las aguas del Nilo por medio de canales, y se quedó en seco la flota de los Atenienses, quienes la quemaron para que no cayese en poder del enemigo.

449Cimón reparó los daños, sitió a Salamina, donde Artajerjes, cansado de cincuenta años de guerra, propuso y obtuvo pactos, por los cuales quedasen libres las colonias griegas del Asia, las escuadras persas se mantuviesen a tres jornadas de distancia de la costa occidental, y que ninguna de sus naves surcara el Egeo ni el Mediterráneo; en cambio, los Griegos no molestarían mas al imperio. Cimón, autor verdadero de esta gloriosa paz, murió de herida.

Guerra del Peloponeso   Al faltar el gran pacificador, declaráronse los celos, y hubo tres años de desórdenes interiores. La posesión del templo de Apolo puso eu guerra a los Espartanos contra los Atenienses. Gobernados estos por Pericles, domaban a las ciudades e islas que intentaban sustraerse de su primacía; difundían la democracia y enriquecían la ciudad, procurando trasladar a ésta el consejo general de la Grecia.

435   Los Corcirenses, después de haber derrotado a los Corintios y devastado la Élide, tierra santa, pidieron, para evitar el castigo, el auxilio de los Atenienses, con los cuales vencieron. Entonces hubo tantas pretensiones y quejas, que siete repúblicas del Peloponeso y nueve de la Grecia septentrional, se coaligaron contra Atenas, cuyas tropas habían sitiado a Potidea, llave de las posesiones de la Tracia. Esparta, al frente de los principales Estados de tierra, se dio el título de protectora de la libertad griega, amenazada por los Atenienses, que tenían de su parte las islas y la colonias del Asia Anterior.

431

Atenas se encontraba entonces en su apogeo, y Pericles anunció tener en caja seis mil talentos (33 millones de pesetas), además de las riquezas depositadas en los templos: en dos mil talentos se evaluaban los réditos anuales de la ciudad, la que podía mover 300 naves y 12000 combatientes, mientras una guardia urbana defendía la ciudad. Esparta, bajo el rey Arquidamos, avanzaba despejando los campos, mientras que la flota de los Atenienses devastaba las costas del Peloponeso. Aquella quería reducir los pueblos a la forma aristocrática, mientras que estos aspiraban a regirlos por el régimen democrático. Estando amontonada la gente en Atenas, declarose la peste, entre cuyas víctimas se contó a Pericles, quien había lanzado a la patria a tan terribles luchas. Ambas partes se obstinaron en causarse daño. Aliados los Atenienses con el rey de Tracia y Macedonia y los Espartanos con los Persas, se deliberó en plena asamblea ateniense, que se cortase la mano a todos los prisioneros, a fin de que no pudiesen manejar los remos. En fin Nicias, valiente capitán, consiguió una tregua de 50 años; pero no habiendo desaparecido las causas, renovose muy pronto la guerra.

430

421

Alcibíades Alcibíades, sobrino de Pericles, hermoso, rico y elocuente, sabía mostrarse tan pronto muy virtuoso como muy corrompido y con sus vivezas se hacía perdonar sus iniquidades. Conocedor del arte de la guerra, excelente medio para adquirir preponderancia, la encendió de nuevo, quedando Esparta vencedora en Mantinea. Atenas ejercitó despóticamente el derecho de la fuerza sobre la isla de Melos, devastándola después de setecientos años de paz.

414 Alcibíades tenía por antagonista al sabio Nicias, que se oponía principalmente al proyecto de conquistar la Sicilia (91). Pero los audaces prevalecieron y se decretó la guerra. Esta fue desastrosa, y el mismo Nicias fue derrotado. Alcibíades acusado de los males acarreados a la patria, se refugió en Esparta, donde aconsejó a los Espartanos que hostigasen a los Atenienses, coaligándose con la Persia, adonde él mismo fue a defender su mala causa.

Amenazada por los Persas y por los Fenicios, Atenas se encontraba en grandes apuros; pero sucedió que una facción llegó a domar la democracia mediante un consejo de cuatrocientos, que desplegó mucha tiranía. Este consejo fue abatido por los valerosos Trasilo y Trasibulo, quienes volvieron a llamar a Alcibíades, acordándole el mando supremo. Este calmó las facciones; venció en tres combates navales; extendió su dominio sobre los Jonios y los

Tracios, y tomó a Bizancio. Esparta le opuso a Lisandro, robusto, travieso, teniendo en poco la vida de los hombres y los juramentos; aumentó la flota y agasajó a los Persas, pero concluido su año de mando, los Atenienses destruyeron en las Arginusas la flota de los Espartanos. Estos sintieron la necesidad de volver a llamar a Lisandro, quien, querido de las tropas y provisto de dinero por Ciro, destruyó en Egospótamos la armada ateniense, matándole 3000 prisioneros, en atención a que los atenienses habían prometido decapitar a todos los del Peloponeso que cayesen en sus manos. Perdió entonces Atenas su primacía en la mar, que había conservado durante setenta y dos años; sitiada durante seis meses, tuvo que sucumbir, y los Espartanos resolvieron destruirla, pero se contentaron al fin con que demoliese las murallas del Pireo, entregase sus galeras, a excepción de ocho, no pretendiese ejercer ningún dominio sobre otra ciudad, volviese a llamar a los emigrados, recibiese de Esparta el gobierno y la ayudase en la guerra.

Aquí termina la guerra del Peloponeso y la grandeza de Atenas. La democracia la había elevado al apogeo de la riqueza, del poderío y de la cultura; sus excesos la precipitaron en la ruina. Solón la había moderado; Pericles la desordenó, asalarió a los vagabundos y retribuyó los cargos públicos. Con la riqueza de los Persas entraron en Atenas el lujo y la molicie; las cortesanas corrompían las costumbres; los sofistas turbaban las inteligencias; ya no era vergonzosa la perfidia; se usaban abiertamente contra el enemigo el engaño y la crueldad, y la superstición reemplazó a la religión.

401 Alcibíades, perseguido de muerte por los Espartanos, fue matado. Trasibulo, al frente de los emigrados, libertó a Atenas, donde fue proclamada la amnistía y reconstituido el gobierno de Solón. Pero todo esto no detuvo los extravíos de las costumbres y de la justicia. Los sofistas lo llenaban todo de palabras, convirtiendo las escuelas en palestras de vanidad, de inercia de espíritu, y de fraseología puesta en lugar del raciocinio. Eran maestros de vanilocuencia y de cabildeos; argumentaban sobre todo, sosteniendo el pro o el contra según las facciones que prevalecían, apoyando las usurpaciones de los fuertes y las cobardías de los astutos, y combatiendo las creencias populares, sin sustituirlas por nada; como los periodistas modernos, querían convencer de que se puede hablar de todo sin preparación, sin meditación y sin convicciones.

Sofistas

Sócrates A los sofistas quiso Sócrates oponer el buen sentido y los cánones eternos de la razón. Nacido de humilde cuna (470), había combatido por la patria; reformó la filosofía, no con especulaciones abstractas, sino con problemas prácticos, discurriendo con el pueblo y con los artesanos, interrogándolos e induciéndolos por medio de simples preguntas a confesar verdades inesperadas. Nada aseguraba, diciendo que solo una cosa sabía, y era que no sabía nada. Confesaba que había un solo Dios, fuente de la moral; y se creía en el deber de no callar la verdad. Haciéndolo así, debía enemistarse con los charlatanes y los poderosos; fue puesto en ridículo en el teatro por Aristófanes, y fue acusado en fin de impío, de corruptor de la juventud y de visionario. Defendió brillantemente su causa, pero su defensa fue inútil ante las algaradas de patriotismo, religiosidad y educación de sus adversarios, y fue condenado a beber la cicuta. Pronto se arrepintió Atenas; mató a Melito y desterró a Anito, enemigos de Sócrates, y multó o degradó a los demás persecutores del gran filósofo.

11. -Primacía de Esparta

En la guerra del Peloponeso, Esparta procuró por todos los medios imaginables sustituir los gobiernos demócratas por los aristócratas; sus guarniciones preponderaban en las ciudades; la pobreza, prescrita por Licurgo, desapareció a consecuencia de los tesoros proporcionados por la guerra. Ejercía sobre los vencidos su poder brutal, y se alió con los Persas. Estos, después de la batalla de Eurimedonte y de Chipre, encontráronse excluidos de Europa, sin contar con que los tenían ocupados las revueltas de Bactriana y del Egipto. Concluida la dinastía legítima, la nueva de Darío Noto, es decir bastardo, tuvo muchas contrariedades; alteró luego la constitución del imperio, confiando muchas provincias a un solo jefe, a quien confería además la autoridad militar; todo lo cual daba campo a revueltas. Los Persas fueron expulsados de Egipto, y hubieran corrido peligro de ser vencidos por los Griegos, si éstos no hubiesen estado ocupados en la guerra del Peloponeso, donde los Persas, corrompiendo con el oro y favoreciendo con las armas, alimentaban a las facciones. Lisandro se captó la voluntad de Ciro, hijo menor de Darío Noto, dedicado al trabajo, a las ciencias y la probidad. Inspirado Ciro por la ambición de su madre Parisatis, aspiró al trono, en perjuicio de su hermano mayor Artajerjes Memnón; habiéndose conquistado el concurso de los pueblos de su provincia, pidió socorros a los de Esparta, y obtuvo de ella 800 guerreros, la flota y la autoridad de asalariar a cuantos súbditos de Esparta quisiese. Procediendo de este modo, llegó hasta Cunaxa, cerca de Babilonia, y estaban venciendo los suyos cuando cayó mortalmente herido. Habiendo desaparecido la ocasión misma de la guerra, tanto los Jonios como los Griegos, no podían pensar más que en la retirada.

Los Persas no se atrevían a atacarlos, sino que, por el contrario, les ofrecieron víveres, a fin de que no causaran daños al país; aunque envueltos muchas veces por los canales, que abundaban en Babilonia, y a pesar de haber sido asesinados Clearco y otros cuatro generales, continuaron la retirada dirigidos por Querisofo y Jenofonte discípulo de Sócrates, quien nos dejó una bellísima descripción de aquella empresa. A consecuencia de los sufrimientos, de las privaciones y de las traiciones experimentadas, los diez mil combatientes quedaron reducidos a seis mil al volver a su patria.

Tisafernes acudió a castigar a los Griegos por el auxilio que habían prestado a Ciro; renovose, pues, la guerra. Esparta fue ayudada por Lisandro y Agesilao.

Disgustado Lisandro de la tosca vida de los suyos, trató de civilizarlos, les procuró riquezas, comercio y flota; esperaba también hacerse rey después de la muerte de Agis, pero el oráculo hizo preferir a Agesilao, hermano de Agis, de aspecto mezquino, y cojo, pero de grandeza de ánimo, venerador de los éforos y del senado. Puesto al frente de la flota armada contra los Persas, quiso 30 senadores como consejeros, entre los cuales se hallaba Lisandro, amado de los tiranuelos del Asia, y representante de la parte progresista, mientras que Agesilao era conservador. Tisafernes fue derrotado a orillas del Pactolo y matado por los suyos; Agesilao, seducido por promesas, se alió con el rey de Egipto, impidió los armamentos que Artajerjes pensaba sacar de la Fenicia y de la Cilicia, y viendo que los sátrapas se le sometían fácilmente, se propuso conquistar la misma Persia. Pero los Persas compraron con dinero a los facciosos, que acusaron a Esparta de tiranía, y obligaron a que se coaligaran contra ella Corinto, Tebas, Argos, la Tesalia y Atenas. Lisandro acudió a reprimirlos, pero quedó muerto en Aliarte de Beocia, no siendo llorado por los suyos, que le acusaban de ambicionar la dignidad suprema.

400

Agesilao

395

395

394 Agesilao tuvo que desistir de sus vastos proyectos para volver a su patria, y venció a los coaligados en Coronea; pero al mismo tiempo fue deshecha su flota en Cnido por el ilustre almirante Conón, quien se repuso del combate de Egospótamos, quitando a Esparta la primacía del mar; después de otras victorias entró triunfante en el Pireo, y reedificó los muros de Atenas.

Esparta quedó irritada; Antálcidas, émulo de Agesilao, fue al rey de Persia para indisponerlo contra Conón, y concluyó la paz que lleva su nombre, en virtud de la cual, las ciudades griegas del Asia Menor, Chipre y Clazómenas (92) quedaron bajo el dominio de los Persas; conservó Atenas sus jurisdicción sobre Lemnos, Imbros y

Esciros (93); y quedó la Grecia dueña de gobernarse a su antojo. Se convino que Esparta haría la guerra a quien pretendiese romper estos pactos.

Paz de Antálcidas Aquella paz tendió a poner la Grecia al arbitrio de los Persas, y reducir a la esclavitud los Estados por cuya libertad se había prodigado tanto valor; a trasladar el poderío del mar a la tierra. En virtud de esto, prevaleció Esparta, que como guardadora de aquella paz, había de ser socorrida por el rey, ocasionando su orgullo ocho años de guerra contra Atenas y nuevos desastres después.

Beocia La Beocia, de triste renombre por su aire grosero e ingenios obtusos, había tenido leyes dictadas por el corintio Filolao. Gobernábase por Estados confederados, y a las religiosas reuniones pambeóticas concurrían Platea, Queronea, Coronea, Tespia, Tanagra, Orcómeno, Livadia, Aliarte y Tebas, que prevaleció sobre las otras.

Esparta, so pretexto de custodiar la paz, pretendió que muchas ciudades habían de derribar sus muros y dispersarse los habitantes; en aquella ejecución, Gébidas ocupó a traición la fortaleza de Tebas; destituyéronla los Espartanos, pero conservaron la ciudadela, y favorecieron a los oligarcas, que tiranizaron al país durante cinco años.

382

Cuatrocientos Tebanos emigrados, tornaron por jefe a Pelópidas e invadieron a Tebas, matando a los tiranos y libertando a la patria. Necesitaban activar la defensa, para la cual, se les agregó Epaminondas, uno de los héroes más grandes de la antigüedad. Instruido, generoso y probo, no quiso participar en la conjuración, pero apenas concluida la batalla civil, tomó el mando de las fuerzas y se alió con Atenas. Los Espartanos se vieron por primera vez derrotados, en Tegira (94), por fuerzas iguales. Epaminondas distribuía equitativamente el rescate de todas las ciudades; pero todas se unieron a Esparta, dejando sola a Tebas en el conflicto. Epaminondas contaba sus victorias por sus batallas, supliendo al número con el genio, e introdujo el orden oblicuo en el ataque. En Leuctra, venció con 6400 Tebanos a 25600 Espartanos, matando al rey Cleombroto, con 1400 ciudadanos. Epaminondas fue el primero en introducir un ejército en el Peloponeso, y dio la libertad a los Mesenios: sus conciudadanos, a pesar de todo, le quitaron el mando; y él, sin irritarse, peleó como simple agregado.

Epaminondas

371

8 de julio

Contra la Beocia se aliaron Esparta y Atenas, pidieron socorros a Dionisio, rey de Siracusa, y al rey persa; pero Pelópidas

alcanzaba nuevas victorias y procuraba difundir la libertad, hasta que murió en el acto de matar a Alejandro, tirano de Feres. Vuelto a llamar al mando, Epaminondas se dirigió nuevamente al Peloponeso, entró en Esparta, y perdió la vida en la victoria de Mantinea. Los Beocios, excitados por él, se habían portado como héroes; muerto él, volvieron ellos a caer en la abyección.

363
27 de junio
La Grecia, cansada de tanta guerra, aspiraba a la paz y la confió al arbitrio del rey de Persia, quien ordenó que todas las ciudades quedasen independientes. Esparta no quiso dejar libres a los Mesenios, y a fin de contrariar a la Persia, envió a Agesilao para que sostuviera a Taco, rey de Egipto. Agesilao volvió vencedor, murió y fue considerado como el Espartano más grande después de Licurgo.

361

Esparta y Atenas habíanse extenuado en la guerra, y solo por este motivo cesaron de batirse. Atenas era viciada por los demagogos, enemigos de toda superioridad y de todo mérito señalado. Cares, robusto de cuerpo y enérgico de palabra, llegó a constituirse jefe del ejército, con el cual proyectaba saquear a los aliados. Pero estos se sublevaron, destruyeron la flota mandada por el valeroso Cabrias, y nada podían Ifierates y Timoteo contra aquel intrigante, que los hizo condenar; mientras que Mausolo, rey de Caria, sojuzgaba a Cos y a Mileto, y los Persas imponían a Atenas una paz por la cual debían quedar libres las provincias sublevadas.

12. -Los Macedonios. Filipo y Alejandro

Más allá de la Grecia septentrional está situada la Macedonia, dividida en los territorios de Pieria (95), Pangeo y la Península Calcídica; sus montes principales son el Emo y el Atos; comprendía 150 ciudades, entre ellas Estagira, patria de Hiparco y de Aristóteles; Filipos, célebre por la derrota de los últimos republicanos de Roma; Tesalónica, y Pella, que fue capital después de serlo Edesa. Los golfos Termaico y Estrimonio, y los senos Torónico y Singítico, favorecían la navegación; y en Dirraquio fondeaban las naves procedentes de Italia. Los montes que hacían rígido el clima, abundaban en metales preciosos; la población pertenecía a la estirpe dórica, pero se establecieron entre ella otras colonias. De Argos vino una que dio origen a los reyes, cuyo poder se hallaba limitado por los derechos feudales de los grandes, y por lo tanto, no tenía más pompa que la de las armas. Los Persas, al invadir la Grecia, encontraron desde luego a los Macedonios,

quienes les fueron tributarios, pudiendo recobrar su independencia solo a fuerza de victorias. Los molestaron luego los Tracios, que formaban el poderoso imperio de los Odrisios; como también los Atenienses, que avasallaron a las colonias de aquel litoral.

Entonces empezaron los Macedonios a mezclarse en los negocios de los Griegos, por los cuales habían sido considerados hasta entonces como extranjeros; y entrando en participación de bienes, tan pronto con Atenas como con Esparta, adquirieron importancia, principalmente en calidad de buenos combatientes. El rey Arquelao, astuto político, cultivó el país y favoreció las artes de la Grecia, como un medio de insinuarse en ésta, después de lo cual, los reyes solicitaban ser considerados como ciudadanos de Atenas por servicios prestados, o participar en los Juegos Olímpicos como descendientes de Hércules.

Hacemos caso omiso de lo que pasaba entre los reyes y entre estos y los grandes señores, para decir que, muerto Amintas, obtuvo la corona Alejandro, ayudado por el tebano Pelópidas, a quien dio en rehenes a su hermano Filipo. Este fue educado en su casa, con el ejemplo del gran Epaminondas. Su otro hermano Pérdicas, ayudado por los Atenienses, usurpó la corona; pero le fue disputada, y al cabo de medio siglo de guerras intestinas, la Macedonia parecía próxima a la ruina, y fue en efecto sometida a tributo por los Ilirios, combatiendo contra los cuales murió Pérdicas.

Sabedor de esto, Filipo huye de Tebas, se abroga el gobierno, se defiende contra los pretendientes, apacigua a los enemigos y constituye un reino fuerte. Conforme a las lecciones de Epaminondas, organiza la falange, cuerpo de siete mil hombres, de diez y seis de fondo y armados de largas picas, con las cuales oponían una barrera impenetrable al enemigo; forma oportunísima contra las hordas innumerables e inertes de los Asiáticos. Pronto dilató Filipo su dominio hasta los confines de la Tracia y el lago Licnitos. Sofocó hábilmente los celos de los Atenienses y de las colonias griegas, mientras él ocupaba todas las ciudades griegas del país; utilizó las minas de oro del Pangeo; la Pitonisa le había dicho: Combate con el oro.

La falange

Las discordias civiles de la Grecia le daban tentaciones de dominarla. La antigua división de los Dorios del Peloponeso, y de los Jonios del Ática y de las islas, habían concluido con la guerra del Peloponeso, por cuyo motivo luchaban aristócratas con demócratas en cada ciudad, alejando cada vez más la esperanza de la unidad nacional o de asociación civil superior a la ciudad o al pequeño Estado. Atenas había perdido sus grandes hombres, y Esparta sus severas costumbres; Tebas había caído en la nada; sobrados jóvenes se habían acostumbrado a las armas y a vender sus brazos a capitanes aventureros, que se ofrecían a quien les pagase.

Con estos Jasón, tirano de Feres, sometió a la Tesalia, país de

muchos señores dedicados a las armas, a los riesgos y a los placeres; creyó hacerse jefe de toda la Grecia, y hasta conquistar a Babilonia; pero al ser muerto él, volvió todo al desorden, por lo que los usurpadores llamaron a Filipo macedonio, quien se alegraba de intervenir como libertador. Expulsó en efecto a los tiranos; pero inventó pretextos para convertirse en señor, y redujo el país a provincia macedonia adoptando la política de Jasón. Enfrenó a la nobleza de Macedonia y de Tesalia, escogiendo entre ella una guardia que le servía de rehenes.

Ayudole a adquirir para él y su Estado el carácter de helénicos la guerra santa de los diez años, guerra cruenta que tuvo por teatro la Fócido, tierra santificada por el templo de Delfos, y favoreciole también la condena que los Anfictiones habían pronunciado contra algunos violadores de terreno sagrado. En esta guerra, los victoriosos adquirían cuantiosas riquezas, saqueando los templos; Failo recogió cuatro mil talentos (veintiún millones de pesetas) además de seis mil en estatuas de plata, y con estas riquezas obtuvo el auxilio de los Atenienses y de los Lacedemonios; mientras que a Filipo macedonio se le unían los Tebanos, los Dorios y los Locrenses, y cuantos profesaban devoción al Dios ofendido. También trató Filipo de penetrar en la Grecia, pero en las Termópilas encontró resistencia; después de haber tomado a Olinto, celebró la fiesta de las Musas, invitando a todos los Griegos, amigos o no, e imitando sus solemnidades. Mientras los Atenienses vacilan, porque el dinero macedonio ha ganado a los jefes del pueblo, Filipo se apresura, expulsa a los Atenienses de la Eubea (96), y habiéndose abierto las Termópilas por medio del oro, invade la Fócide y concluye la guerra santa; hace decretar por los Anfictiones la demolición de las fortalezas de los Focidenses, excluyéndolos de las dos naciones helénicas coaligadas, y sustituyéndolos por los Macedonios; a los Corintios, que habían favorecido a éstos, les es quitada la presidencia de los Juegos Pitios, dándose a Filipo. Este, con disimulada política, ya fingiéndose absorbido por los vicios, ya lanzándose audazmente, confiando siempre en el dinero, corrompía cada vez mas las repúblicas griegas.

Atenas podía oponerle aún parte de la flota y dos grandes hombres, Foción y Demóstenes. Este, hábil político y estupendo orador, evocando continuamente el esplendor de pasados tiempos y confiando en el patriotismo de los suyos, aunque deplorase su depravación, hacía resonar en la tribuna las palabras de gloria, libertad y bien público. Foción, desengañado y desconfiado, servía a la patria como un médico que cura a un moribundo; hablaba poco, no conmovía al pueblo y oponía razones positivas a la elocuencia. Ambos veían las intenciones de los Macedonios y presentían que Filipo destruiría la libertad griega; Demóstenes, como otros oradores

demagogos, excitaba a la guerra, si bien él era incapaz de pelear; Foción hablaba en contra, aunque había asumido cuarenta y cinco veces el cargo de capitán, y decía: Es necesario ser o los más fuertes o los amigos de los más fuertes.

Filipo, como si no se ocupase de la Grecia, hostigó a la Tracia, a la Iliria y al Quersoneso engrandeciendo su reino hasta el Danubio y el Adriático y procurándose una excelente caballería ligera; quejándose luego de que los Atenienses habían pactado con sus enemigos, ocupó parte de la Eubea, pudiendo sitiar por hambre a Atenas. Demóstenes excitó a los Atenienses a que se armasen, y se procuró la alianza del rey de Persia. Foción rechazó a Filipo, pero éste agitaba a la Grecia con sus emisarios, entre ellos el gran orador Esquines, que contrariaba a Demóstenes. En la batalla de Queronea, Atenas y sus aliados quedaron vencidos; Demóstenes tiró el escudo y huyó. Foción, que había sido excluido del mando, calmó la desesperación general. Sin embargo Demóstenes, que aconsejaba continuamente el armamento, fue propuesto para la reedificación de las murallas de Atenas, y obtuvo una corona de oro, que le fue vivamente disputada por Esquines, en premio a los discursos más famosos de la antigüedad.

Demóstenes
340
338

Filipo pensó adquirir el mando de todos los Helenos, renovando las empresas contra la Persia y exterminando del todo a este enemigo, que con armas o intrigas molestaba a la Grecia. Pero mientras hacía los preparativos fue muerto, después de 47 años de vida y 24 de reinado.

Alejandro A Filipo sucedió Alejandro, a quien conservó la posteridad el título de Grande, y quien al par de un semi-dios, aunque en tiempos históricos, llenó los poemas y las fábulas de la India y de nuestra Edad Media. Instruido en las ciencias por Aristóteles y en la política por su padre, leía continuamente la Ilíada, inspirándose en el heroísmo y en las empresas guerreras. Cautivó a la aristocracia macedonia, absolviéndola de los impuestos y dándole los primeros cargos en el ejército; apaciguó a los países revueltos y se lanzó luego sobre la Grecia, agitada por los enemigos comunes y por las declamaciones de los oradores. Los Anfictiones le confirmaron el mando de la Grecia y fue proclamado, en la asamblea de Corinto, jefe de la expedición contra la Persia. Dedicose efectivamente a ésta y confió a Antípatro el gobierno de los Macedonios. Celebrada la solemnidad de las Musas, y armados 32 mil soldados escogidos, bajo expertos capitanes, con 70 talentos (385 mil pesetas) y víveres para 40 días, dirigiose Alejandro, a la edad de 22 años, a la mayor empresa que hubiesen intentado los Europeos.

334

Al pasar por Sesto (97), honró la tumba de Aquiles, mientras su amigo Efestión prestaba honores a Patroclo. La Persia había sido corrompida por las conquistas; el ejército se componía de tropas recogidas en diversos países; los Sátrapas de lejanas regiones podían a su antojo tiranizar al país o sublevarse; vencidos y amenazados acechaban la ocasión de oprimir a los opresores. Entre revoluciones palaciegas y asesinatos, llegó a ser rey Darío Codomano, quien presentaba intenciones y capacidad para restaurar el imperio, pero sorprendiolo Alejandro. Habiendo pasado el Gránico, da éste la independencia al Asia Menor; se atrae a la Grecia mostrándose digno de mandarla; envía a Atenas los despojos de los templos y los trofeos que le habían sido quitados por los Persas, y remite a Aristóteles los libros y las curiosidades; lleva consigo a sabios, artistas e ingenieros, y dirige las marchas y las empresas obedeciendo a cálculos.

Darío

333 Vencido Darío en Iso (98), Alejandro tenía ya un vastísimo imperio; mas no por eso desiste de apropiarse el Alta Asia, y piensa asegurarse las provincias marítimas; destruye a Tiro, aliada natural de los reyes Persas; igual suerte reservaba a Jerusalén, pero conmoviole la majestad del gran sacerdote Jado; manda degollar a los ciudadanos de Gaza, capital de los Filisteos, subleva el Egipto y funda a Alejandría en el punto más oportuno para el comercio, entre el Mediterráneo y el Mar Rojo. Vuelto al Asia, y pasando el Éufrates y el Tigris, vence, cerca de Arbelas, al inmenso ejército de Darío, quien muere en la pelea. Babilonia, Susa y Ecbatana caen en poder de Alejandro, el cual ebrio de gloria y de vino, incendia a Persépolis; somete a la Bactriana y a la Sogdiana; funda en Yaxartes otra Alejandría y diferentes ciudades griegas, cuya oportunidad demuestra el estado floreciente que aún conservan.

330

320

Los placeres, el lujo, los festines y las mujeres empañan la gloria de Alejandro, sobre cuya generosidad disienten los historiadores. Dejábase llamar Dios y se enfurecía brutalmente contra todo el que no le reverenciase, sin exceptuar a su amigo Clito, ni al filósofo Calístenes, ni al valiente Casandro. Permitía que sus ministros oprimiesen a las provincias vencidas.

Pensaba también llegar a la fuente de las riquezas y del comercio conquistando la India, pero entró en ella por la parte septentrional, habitada por valientes, que le opusieron viva resistencia. Sin embargo, favorecido por las discordias de los magnates, atravesó el Indo y llegó a Hidaspes; pero al aproximarse al Ifasis, los Macedonios se negaron a seguirle más allá, por cuyo motivo tuvo que volver a Hidaspes donde embarcó a la mayor parte de los suyos, a fin de que bajasen por el Indo hasta el mar.

Aunque no conquistó la India, quedaron abiertas entre esta y Europa las comunicaciones que siempre continuaron después, merced a las ciudades y colonias que Alejandro había establecido en su camino, mientras la flota reconocía el Behat, el Elmund, el Zerrah, la costa de la embocadura del Tigris y la del Indo. En la descripción que de aquel país dieron los del séquito de Alejandro se reconoce la verdad, aunque no entendiesen una civilización y constituciones tan diferentes.

De vuelta Alejandro por los desiertos de la Gedrovia y la Caramania, perdió el botín y los bagajes, hasta que llegó a Pura, cuando la flota de Nearco entraba en el golfo Pérsico, después de un viaje de cuatrocientas leguas.

Oíase en Grecia la narración de estos triunfos, comparados a los de Sesostris, Semíramis, Hércules y Baco Después de la batalla de Arbela, mandó Alejandro que todas las ciudades griegas se rigiesen por sus leyes particulares. No le faltaban adversarios y envidiosos: Esparta sublevó contra él al Peloponeso; Harpalo, gobernador de Babilonia, por no rendir cuentas, se fue a poner en revolución a Atenas; la Macedonia temía convertirse de señora en provincia, por cuanto Alejandro parecía dispuesto a hacer capital a Babilonia. Trató de igualar las clases sociales, confiriendo mandos a la gente del país, adaptándose a sus costumbres, conservando su constitución, y casando a sus Macedonios con 10000 hijas de Persia; sacaba partido de las religiones, fundaba ciudades, exploraba nuevos países, levantaba templos y edificios; encauzó el Tigris y el Eúfrates, regularizó el riego y activó el comercio. Pero quería ser obedecido, aún cuando sus mandatos eran absurdos; contraía las costumbres despóticas del Asia; abandonábase a las voluptuosidades, y murió entregado a ellas en Babilonia, a la edad en que más grandes empresas podía haber realizado. De su expedición, que cierra el ciclo poético de la Grecia representado por Homero, Platón, Aristóteles y el mismo Alejandro, se resienten aún los frutos; además de aumentar las comunicaciones entre los pueblos, activó la civilización común, que la espada de Roma favoreció juntamente con la cruz de Cristo.

13. -Las letras, las artes y las ciencias en Grecia

Aquel tiempo fue también el más glorioso de la Grecia por las ciencias y las artes, que la hicieron admiración y modelo insuperable de la posteridad. Después de los poetas sagrados, como Lino, Orfeo, Anfión, Oleno, Museo y los dos Eumolpos, maestros de cosas sagradas, pertenecientes aún a los tiempos fabulosos, vinieron poetas gnómicos o morales, cuyos versos cantábanse en las solemnidades y en los festines, como los Versos Áureos, atribuidos a Pitágoras, y los de Teognis (99), de Jenofonte y de Solón, que poetizaban la moral y la política, mientras que Esopo las reducía a apólogos y fábulas.

Otros celebran las empresas de los héroes en episodios épicos, reunidos luego por Homero, que los hizo olvidar a todos. Hesíodo cantó la genealogía de los dioses (100) y los trabajos de los agricultores (101).

Poetas Ninguno superó a estos dos, pero se refinó la forma. Estesícoro (102) fijó la distribución de la Oda en estrofas, anti-estrofas y epodos; Calino y Tirteo con sus poemas excitaron al valor; Arquíloco manejó la sátira; Terpandro cantó las bellas artes; Arión inventó el ditirambo; Alceo, Mimnerno, Alemano y Anacreonte excitaban a los goces de la pasajera vida; entre las poetisas sobresalían Safo y Corina. Quérilo de Samos (103) celebró los hechos de la guerra médica. Más grande que todos fue el tebano Píndaro, quien, con la frase concisa y el predominio de los sentimientos aristocráticos, reveló su origen dórico; cantando a los vencedores de los juegos, recuerda a los antiguos héroes de la Grecia y de la Sicilia, que amenizaban la paz con fiestas, y daban animación a los festines con alegres cantos.

Arte dramático Parte de las fiestas de espectáculo consistía en representaciones teatrales. Los cantos y diálogos que se dedicaban a la vendimia, sacrificando el cabrito a Baco, y quizá los cantos y los coros que acompañaban a los sacrificios, dieron origen al arte dramático. Tespis fue el primero en sujetarlo a ciertas reglas; Frínico puso mujeres en escena; Esquilo rayó en lo sublime con la religión y el amor patrio, y adoptó el escenario, los trajes y la maquinaria, en armonía con un pueblo tan culto como el ateniense. En el teatro de Esquilo, el hombre presenta gigantescas proporciones, como Prometeo y Capaneo; en los Persas puso en escena los peligros y les triunfos de la Grecia, y fue constantemente grandioso en las ideas, si no siempre refinado en el estilo.

495 Más talento artístico demostró Sófocles, adaptando la tragedia a la dulzura de su carácter y a la índole delicadísima de los contemporáneos de Pericles. Apenas nos quedan siete dramas de los 130 atribuidos a esta abeja ática, que reviste de dignidad a los personajes y quiere ordenar la libertad.
400 Eurípides estudió la elegancia y el efecto teatral, en detrimento de la dignidad y de la verdad; hizo mover a los hombres por impulsos menos nobles, con mezquinos artificios y con sofísticas máximas. Sin embargo, los Atenienses hicieron depositar sus obras en los archivos públicos, juntamente con las de Esquilo y Sófocles; tan grande era la importancia que se daba a las tragedias. La parte esencial de estas era el coro, que había de expresar la impresión de aquellas acciones en el pueblo, y la moralidad que de ellas había de deducirse.

La democracia dominaba más en la comedia, que se instalaba en carros ambulantes, hasta que le dieron mejor forma Crates en Grecia, y Epicarmo en Sicilia. Referíase siempre a hechos recientes, y trataba cuestiones de actualidad. El prototipo de los autores cómicos fue Aristófanes, ateniense, quien convirtió el escenario en una verdadera tribuna, censurando a las personas, poniendo en ridículo a los demagogos, burlándose de los Dioses y de la virtud, con fáciles argucias e ingeniosas fábulas, y poniendo siempre en contraste el buen tiempo antiguo con la corrupción moderna. En las Nubes critica la educación afeminada y parlanchina que se daba a la juventud, y personifica a los sofistas que pretenden saberlo todo y enseñarlo todo, como Sócrates, innovador de la moral y del culto; de modo que por medio del ridículo ayudó a que persiguieran al gran filósofo.
450

Cohibida la libertad en el teatro, la comedia pasó de la vida política a la vida privada, y se llamó entonces comedia media, a la cual siguió la nueva, basada en las pasiones, en las intrigas y en los temas filosóficos. El autor más notable en este género fue Menandro, que creó los caracteres, trasladados más tarde por Terencio y Plauto a la escena romana. De muchos centenares de comedias antiguas, solo algunos fragmentos (104) nos quedan.
Historiadores Puede decirse que la ciencia de la historia no empieza hasta Hecateo de Mileto, quien describe todos los países conocidos en su Periegesis; pero el primer historiador verdadero es Heródoto de Halicarnaso, quien lee sus libros al pueblo reunido en las fiestas Panatenaicas y Olímpicas. Elige por asunto unos pocos Helenos oponiéndose a millares de Persas; lucha poética entre el Oriente y el Occidente, entre la confusión y el orden, el pasado y el porvenir, expuesta con sencillez, buena fe y amor a la libertad.

Viajó mucho, observando, interrogando, describiendo los pueblos y el curso de los ríos, dando por visto lo que ve, pero con poco criterio lo que oye, sin comprender bien las civilizaciones extranjeras; y quiere justificar la Providencia, mostrando el castigo de las malas obras.

484

471 Enteramente humano es el ateniense Tucídides, quien refirió la guerra entre Atenas y Esparta, condoliéndose de las desgracias y pintando con austeridad las maldades de los hombres irremisiblemente corrompidos, sin poesía, sin halagar al vulgo, sin artificio ni escuela.

445 Desde el vigésimo año de la guerra peloponesia hasta la batalla de Mantinea, escribió Jenofonte la historia de estos mismos hechos en sus Helénicos; en la Ciropedia describió las virtudes posibles de un rey absoluto; en la Retirada demostró el mérito de la disciplina; en los Memorables expuso las doctrinas de Sócrates; y en el Económico dejó la investigación de las ventajas prácticas.

Retóricos En las agitaciones públicas se elevó a gran altura la elocuencia, y Pericles la adoptó el primero con arte y efecto, captándose la voluntad de su auditorio. En seguida se halló gente que pretendía enseñar el arte de conmover y de persuadir en lo falso como en lo verdadero, de tal modo que la elocuencia llegó a ser un nuevo poder en la política y en las armas. Algunos retóricos presentábanse dispuestos a tratar asuntos en pro o en contra; otros empleaban todo un arte en disculpar a los reos; tal defendía la libertad, y tal otro se vendía a los enemigos de esta. Antifonte (105) de Corinto había escrito en la puerta de su despacho: Aquí se consuela a los desgraciados, porque se da ingenio al que no lo tiene. Lisias compuso 230 arengas generosas y sencillas. Isócrates perfeccionó las reglas de la elocuencia, redondeando los períodos, y empleó diez años en escribir y retocar su Panegírico. A todos ellos superó Demóstenes, quien venció con su perseverancia los defectos de su palabra y de su carácter, y combatió a los demagogos, que favorecían a los Macedonios; se manifiesta hombre de negocios; no busca artificios retóricos ni emplea frases patéticas, sino que con atrevida vehemencia y fineza de consideraciones hace pensar y raya en lo sublime.

387 Su solo y digno émulo fue Esquines, quien le disputó una corona que le destinaban sus conciudadanos; es elocuente y lógico; ambos conocieron a fondo no solo la constitución patria, sí que también las teorías generales del gobierno.

Con estos termina el breve pero glorioso período de la elocuencia griega. Fue favorecida por una lengua riquísima, la más armoniosa de cuantas hablaban los hombres. Los cuatro dialectos en que se subdividía, eran el eólico, el dórico, el jónico y el ático, los cuales aparecen mezclados todavía en Homero. Después, cada escritor eligió (106) el que más se adaptaba a la materia sobre que escribía. Hesíodo, Alceo, Safo y Corina escribieron en eólico; en

jónico Heródoto e Hipócrates; en el antiguo ático Tucídides, los trágicos y los primeros cómicos, y en el nuevo Platón; Píndaro, aún siendo eolio, prefirió el dórico, como Pitágoras y Teócrito.

Arte Con los monumentos insuperables de la literatura, florecen los del arte griego. Este abandonó los símbolos de los orientales, para ceñirse a lo verdadero y a lo natural, añadiendo la regla y la medida a la noble sencillez. Los primeros trabajos fueron tal vez pelasgos y tuvieron algo del arte asiático, como la Diana de Éfeso, con la mitad del cuerpo envuelto en bandas, y mucho pecho; la Venus barbuda de Amatunta, el Jano de cuatro fuentes, los Titanes centímanos y el Can de tres fauces. Pero prevaleció el sentimiento estético, gracias al cual se veneraban hombres y mujeres tanto por su belleza como por su virtud, se abrían concursos, y en los juegos se presentaban desnudos haciendo alarde de sus bellas formas. La literatura era objeto de admiración; todo un pueblo aplaudía la lectura de Heródoto, y los poemas de Píndaro y Corina. Los Siracusanos perdonaron la vida a los prisioneros atenienses que supieron recitar versos de Eurípides. La religión presentaba a los dioses con la semejanza y las pasiones humanas. Si se añade a todo esto la libertad popular, se comprenderá cuánto debía engrandecerse el arte. Pronto se quiso que éste, no solo embelleciera los templos, donde estaban acumuladas las obras maestras, sino que también la ciudad, las plazas públicas y las casas. Rodas poseía tres mil estatuas; Pausanias, al describir la Grecia, se limita casi a la descripción de las estatuas; mil quinientas salieron en un año de un solo taller.

Arquitectura En la Grecia asiática se inventaron los órdenes arquitectónicos jónico y dórico; gracioso el primero, y severo y típico el otro. La fábula de Dédalo indica que éste aprendió de los Egipcios a fabricar estatuas; a él se atribuye la invención de la sierra, del taladro, del hacha, de las velas y de la plomada. Las antiquísimas construcciones se llaman ciclópicas, como las murallas de Tirinto, la puerta de los leones de Micenas, y antes que estas la ciudad de Argos, 170 años después de Abraham. Las obras pelásgicas son notables por el volumen de los materiales. Célebres escuelas hubo en Egina, en Sicione y Corinto, donde fue inventado el orden corintio, el más elegante y hermoso. Ninguno de los grandiosos monumentos descritos por los antiguos, nos queda entero; muchos fragmentos fueron transportados, ya por los Romanos en la antigüedad, ya por los cruzados, más tarde, ya por los venecianos y por los sabios modernos de todos los países, que adornaron con ellos los museos de Mónaco, Londres, París e Italia.

La arquitectura no operaba solo en honor de la divinidad; en Atenas embellecía el Pritaneo, donde se custodiaban las leyes de Solón; el pórtico Pécilo, donde se conservaba la memoria de los héroes de la guerra Médica; el Pnix, lugar de las asambleas populares; los teatros, uno de los cuales tenía la forma de la tienda de Darío, y había sido construido con las antenas quitadas a los navíos persas. Los grandes artistas, aunque se sujetaban al orden, usaban de libertad, por lo cual no se encontraban dos

edificios enteramente iguales, ni dos estatuas de idénticas proporciones. Estas eran a menudo pintadas de varios colores, y los arquitectos describían sus propios edificios.

Escultura La escultura es dividida en cuatro épocas. Hasta Fidias, tiene todavía algo de oriental, como en algunas imágenes sagradas, el arca de Cipselo, hecha de cedro, con figuras de marfil y de oro, las efigies de madera dedicadas a los vencedores de los juegos Olímpicos, y los bajo-relieves de Egina.

Fidias, Policleto, Escopas (107), Alcámenes y Mirón copian la naturaleza, embelleciéndola con libertades que parecen durezas al vulgo.

n. 478 Famoso es el Júpiter Olímpico de Fidias, en oro y marfil, sentado en un trono con corona de olivo, y teniendo por adornos estatuas menores y bajo-relieves. Los poetas cantaban que Fidias había estado en el cielo para ver realmente la majestad de aquel Dios. El Doríforo de Alcámenes sirvió de norma para las proporciones. Mirón trabajó principalmente en bronce, y fue muy ponderada una ternera debida a su cincel, a la cual acudían los becerrillos.

n. 360 Praxíteles empezó la tercera época que puede llamarse del género gracioso a que pertenecen la Venus de Cnido y muchísimas obras que causaron la admiración de los Atenienses.

Pintura La pintura procede del Egipto o de Corinto, se limitó en un principio a los contornos de un solo color, y llegó a gran altura en los tiempos de Pericles. Paneno, hermano de Fidias, juntamente con Polignoto y Micón, se valieron de ella como coadjutora de la historia, para inmortalizar los hechos patrios. Timantes fue célebre por su invención. Parrasio disputó la primacía a Zeuxis, quien escribió al pie de su Atleta: «Serás criticado, pero no igualado.» Apeles llevó a un grado sublime la gracia, que es flor de la belleza. Por él solo quiso ser retratado Carlo Magno (108), como no quiso que nadie esculpiese su busto más que Lisipo, ni lo grabase en piedras preciosas más que Pirgóteles. Lisipo estudió atentamente la anatomía, y fundió seiscientas obras en bronce, de las cuales ninguna ha llegado a nuestros días. Cares de Lindo fue el autor del Coloso de Rodas. El grupo del Laoconte, tan admirado, es ya indicio de la decadencia por los efectos rebuscados, como el grupo del Toro farnesio, que causa más asombro que satisfacción.

n. 420

n. 430

Música En la música, los Griegos inventaron los tres estilos: el dórico majestuoso, el alegre jónico y el patético eolio; tomaron de los Frigios el de las ceremonias religiosas, y de los Lidios el de la tristeza. Atribúyese a Pitágoras la invención de las proporciones musicales y la manera de determinar la gravedad de los sonidos, mediante la mayor o menor rapidez de las vibraciones. Aristóxenes,

discípulo de Aristóteles, sustituyó el método de cálculo riguroso por uno empírico, en mayor relación con la organización humana y con el sentimiento. Pero la música no fue considerada más que como una acentuación de la poesía, y es probable que los instrumentos se hacían oír raras veces entre las declamaciones del cantor. Dícese que Terpandro inventó las notas, marcando los sonidos con letras del alfabeto. Gran importancia daban los Griegos a la música, no solo como parte considerable de la educación, sino que también como arte nacional.

14. -Filosofía griega

Los Indios tenían una filosofía teórica, de la cual y de la egipcia tomó origen la de los Griegos, adquiriendo originalidad y reglas, con la libertad y la duda, la oposición, la vida y los caracteres de la ciencia europea. Orfeo, Museo, Homero y Hesíodo expresaban ya en verso las concepciones cosmogónicas y los misterios, dándoles una moral civil independiente de la religión. Aquí también la variedad de estirpes introdujo la diversidad de doctrinas: mientras eran conservadores los Dorios, eran muy republicanos y sensuales los Jonios, quienes atendían más a los fenómenos naturales que a la moral, y aplicaban la experiencia y la reflexión a la materia de las sensaciones.

n. 639 Tales de Mileto buscó el origen del mundo en el agua y en el espíritu motor, sustituyendo las opiniones con el examen. Heráclito estableció el fuego como principio universal; Anaxímenes el aire; Euclides la combinación de los cuatro elementos; Anaximandro el infinito; y todos consideraban como causa de la forma una fuerza inherente a la materia, cuya fuerza era Dios, esparcido por el universo y a menudo identificado con éste.

Pitágoras Pitágoras, autor de la escuela itálica, es más bien una entidad mítica, sobre la cual se acumulan las invenciones más extrañas y las doctrinas más diversas. Parece que nació en Samos, viajó por el Oriente, y fundó una escuela en Cretona, perfeccionando los sentimientos religiosos y morales. Partía del principio de que la idea es la única que hace posible la ciencia. Su escuela tomaba origen, no en la materia, sino en Dios, y quería sustituir poco a poco las vulgares opiniones por ideas elevadas. Atribuíase en el fondo un fin político; predicaba la equidad, que es una armonía entre las acciones del hombre y el universo, y preconizaba la fuerza de asociación. En su escuela, no se llegaba a lo sublime de la ciencia, sino después de largas pruebas y grandes privaciones, encaminadas a vigorizar el cuerpo y acostumbrar el alma a la meditación; estaba en uso la comunidad de bienes; cumplíase fielmente la palabra empeñada; se socorría al que experimentaba vicisitudes de fortuna; la amistad era tan apasionada como la de Damón y Pitias, y se odiaba a la tiranía.

441 Ilustraron aquella insigne historia itálica Empédocles de Agrigento, y Alcmeón, crotoniata. Chilón, famoso por sus riquezas, solicitó entrar en aquella sociedad y fue desechada su pretensión; por lo cual suscitó una persecución, donde fueron muertos o dispersados los de la escuela de Pitágoras.

Eleáticos Sobre la escuela pitagórica se fundó la de Elea, ciudad italiana, que fue enteramente dialéctica; descuidaba lo sensible por lo supersensible, declaró puros fenómenos las cosas, e identificó la naturaleza con Dios; Jenófanes sentó el principio de que de la nada, nada se hace, que todo era una sola cosa, inmutable y eterna, que el mundo era Dios, y que la humanidad no podía hacer más que conjeturar. Parménides y Zenón precisaron aún más el idealismo. Leusipo proclamó los átomos elementos de la realidad. Esta infinita pluralidad fue sostenida por Heráclito, el llorón, con el cual contrastaba Demócrito el burlón, suponiendo a la naturaleza regulada por la necesidad. No habiendo más que átomos en el mundo, desaparece toda noción absoluta de lo justo y de lo santo.

Sofistas Con la reflexión sobre la naturaleza del pensamiento y de la instrucción, se dejó sentir la necesidad de la lógica, y a ésta acudieron principalmente los Sofistas, que la encaminaron en demasía a suprimir toda diferencia entre el error y la verdad. Gorgias de Leontio sostuvo que no existía nada real, y que, aunque existiera, era imposible conocerlo. Protágoras de Abdera decía que las cosas solo subsistían cuando las discernía el hombre; otros negaban toda diferencia entre el bien y el mal; y no faltaba quien afirmase que el único derecho era el del más fuerte. A éstos se opuso Sócrates, quien quiso volver a encaminar la filosofía hacia un objeto alto y práctico, y consolidar las ideas de lo bello, de lo justo, de lo bueno y de lo noble, apelando al sentido moral. Decía que un demonio le sugería lo que había de decir; pero no afirmaba cosa alguna, confesando que lo único que sabía, era que no sabía nada. No quiso con esto profesar el escepticismo, sino oponerse a la arrogancia de los Sofistas, que hacían alarde de saberlo todo y enseñarlo todo, mientras que él no enseñaba ninguna ciencia, sino el buen sentido; según él, la filosofía, la virtud, la felicidad, consistían en la posesión de la verdad. Tendía, pues, a un movimiento general científico, más bien que al parcial de algún ramo de la filosofía, al libre arbitrio sin limitarse a ningún sistema.

Por lo mismo, algunos de sus discípulos se dedicaron por completo a la moral, como Jenofonte, Cebes, Critón, Esquines y Simón; otros a la ciencia, como Antístenes, fundador de la escuela cínica; Aristipo, fundador de la escuela cirenaica, y Pirrón de la escéptica; otros, en fin, como Euclides, Fedón y Menedemo, se dedicaron a las teorías. Platón abrazó por completo el pensamiento

de Sócrates.

Sócrates

Los Cínicos basaban la virtud en la abstinencia, despreciando las conveniencias sociales; de esto se originaron las exageraciones de Crates y Diógenes.

Los Cirenaicos, por el contrario, fundaban la virtud en la armónica satisfacción de todas las inclinaciones, para obtener la mayor felicidad posible.

Pirrón defendió la inutilidad y hasta la imposibilidad de la ciencia. La escuela fundada en Mégara por Euclides, consideró el ser absoluto como absoluto bien.

Platón Platón de Egina adquirió el mayor renombre; inclinándose como Sócrates a la parte moral, comprendió la importancia de la filosofía especulativa, la cual investiga lo supersensible, y distingue claramente las facultades del saber, del sentir y del querer. Se aplicó también a la política, ciencia que une a los hombres en sociedad bajo la vigilancia de la moral, como lo expuso en las Gorgias, en las Leyes y en la República, proclamando siempre una justicia superior y eterna. Se valió principalmente del diálogo; se aprovechó de las tradiciones buscando lo que en el fondo tenían de verdad, y se opuso a las tradiciones vulgares; rico en arte y poesía, con tropos, fábulas e incomparable armonía, rayó a gran altura.

422

348

Aristóteles Aristóteles de Estagira fue discípulo y antagonista de Platón. Su discípulo Alejandro le proporcionó inmensos medios de estudio, en virtud de lo cual escribió sobre cuanto se puede saber. Admitió que nada está en la inteligencia sin haber estado antes en el sentimiento; y sentó que la naturaleza no se puede concebir sino por la experiencia; pero aceptaba la necesidad de alguna idea absoluta, y no se sabe de cierto si combinó el idealismo con el sensualismo. Convierte la ley moral, cuyo último fin es la felicidad, en fundamento de la ética. Distinguió las virtudes intelectuales y las morales; y solo admitió como moralmente buena la vida social.

384

322

Platón había sido un genio iniciador; Aristóteles fue

ordenador, y siendo enciclopédico tuvo inmensa eficacia sobre el porvenir. Estos dos quedaron como jefes de las dos grandes corrientes del estudio del pensamiento, y hasta hoy se clasifican los filósofos en aristotélicos y platónicos. Uno y otro tenían más en cuenta la sociedad que el hombre; por cuyo motivo, el bien social constituya la medida de la moralidad, vacilando el hombre entre el instinto del placer y la ley del deber. Epicuro y Zenón quisieron desterrar aquella vacilación; el primero buscando la felicidad en los goces, moderados por la prudencia, y sin temor a los dioses ni esperanza de póstuma recompensa; y queriendo el otro la perfección humana, creyendo que el hombre puede alcanzarla por sus propias fuerzas, absteniéndose y sosteniéndose, y permanecer insensible a los padecimientos. Los Epicúreos (109) sirvieron para destruir muchas supersticiones; los Estoicos, despreciadores e inhumanos, resistieron a la corrupción y al despotismo.

Estoicos
Epicúreos

Nueva academia   En estas cuatro escuelas: la académica, la peripatética, la epicúrea y la estoica, desarrollábase la filosofía griega, prevaleciendo la platónica, a la cual dio nueva forma Arcesilao, quien la llevó al escepticismo, encerrándose en lo probable y en lo verosímil. La desarrolló Carnéades, que sostenía el pro y el contra, haciendo a lo justo y lo injusto sinónimos de útil y perjudicial.

15. -Ciencias griegas

Los Griegos cultivaron las ciencias positivas. La medicina fue reducida de su primer empirismo a verdadera ciencia, y tuvo por jefe a Esculapio, contemporáneo des los Argonautas, y divinizado en templos colocados en parajes saludables, cerca de las fuentes y de las oráculos, servidos por los Asclepiades. Atribúyense a Pitágoras muchos conocimientos fisiológicos y una doctrina higiénica.

Los Pitagóricos, después haberse desparramado, fueron curando enfermos por todas partes, y publicando métodos y recetas que convertían en misterios los Asclepíades. De éstos salió Hipócrates, quien fue el primero que examinó la medicina bajo su verdadero aspecto, estudió los fenómenos y describió atentamente las enfermedades, apreciando sobre todo la higiene. Sus obras nos han llegado mutiladas y alteradas, pero no hay duda que excitó el espíritu de observación, que ha subsistido siempre.

460
360

Las matemáticas estaban adelantadas. Si Pitágoras conoció la estabilidad del sol, Leucipo la rotación de la tierra, y Empédocles la atracción, Platón sentó la demostración de las revoluciones celestes por un movimiento circular uniforme. Los Pitagóricos unieron la física a las matemáticas; se atribuyen muchos teoremas geométricos a Pitágoras y a Tales, y a Anaximandro los mapas geográficos. Platón fijó la atención no solo en las circunferencias, sino que también en las secciones cónicas. Los Elementos de Euclides gozan aún de gran reputación.

Aristóteles fue verdadero enciclopédico, quien coordinó las conexiones en un método no rechazado aún por la posteridad. Conoció todos los libros de sus predecesores y se aprovechó de ellos, como también de las rarezas que le remitió Alejandro. En la Retórica redujo la elocuencia a una metódica aplicación de las observaciones sobre el corazón humano, y a nociones precisas sobre lo justo y lo bueno. La Poética nos llegó mutilada y confusa, ocupándose casi sólo de la dramática. Demostró cuán útiles eran a todo hombre de Estado las matemáticas aplicadas; y maravillaban sus grandes conocimientos sobre la óptica, la estática y la mecánica. A la historia natural, ampliada por los viajes y las conquistas de su tiempo, poco o nada supieron añadir los Árabes y los sabios de la Edad Media; y Buffon consideró la historia de los animales de Aristóteles como la mejor en su género. La anatomía comparada puede decirse que fue creación suya. En los Admirables y en los Problemas, cometió muchos errores, pero intentó y llegó tal vez a sentar atrevidas verdades, hasta concebir la unidad de la composición orgánica.

De este modo, la filosofía era trasladada del cielo a la tierra; y la ciencia, que salió de los santuarios para entrar a discutir en las escuelas, marchaba libremente a pasos agigantados. Sobresalían los artistas más perfectos y los más grandes literatos. Inventáronse las teorías de las bellas artes. Hiciéronse, extendiéronse o aplicáronse importantes descubrimientos. Desarrolláronse los conocimientos del hombre interno, más que los del cuerpo y de la naturaleza. Eleváronse, en fin, a maravillosa altura la inteligencia y la razón.

Los progresos no permanecían ya aislados, puesto que los Macedonios y los Romanos, mediante las guerras, los propagaban por los pueblos, haciendo desaparecer la absoluta diversidad de las formas políticas.

16. -Los sucesores de Alejandro

La Grecia había creído que era para ella causa de debilidad el hallarse dividida en tantos Estados, y que para vencer definitivamente a los Persas, era necesaria la unidad. Por esto se coaligó con los Macedonios; pero veremos como, por el contrario,

esta unión facilitó su esclavitud. Alejandro pudo decir con verdad: «Dejo el cetro al más fuerte.» Inmediatamente acudieron en tropel sus generales. Pérdicas (110), amigo suyo, parecía destinado a sucederle, hasta que Roxana (111) pariese un heredero. Otros propusieron una Regencia. Y la falange proclamó regente a Arideo, hermano bastardo de Alejandro. Pero los generales pensaban exterminar la familia de Aridea, compuesta de ambiciosos e intrigantes.

Pérdicas: se hizo fuerte por el temor, y repartió los Estados del modo siguiente: dio a Tolomeo el Egipto; a Leonardo la Misia; a Antípatro y a Cratero las posesiones de Europa; a Antígono la Frigia, la Licia (112) y la Panfilia; a Lisímaco la Tracia; a Eumenes la Capadocia y la Paflagonia; y a Pitón la Media. Pérdicas, en apariencia, no se guardaba nada para sí, pero quedose con el ejército y la regencia del niño Alejandro. Los celos de los capitanes destruyeron pronto la grandiosa obra de Alejandro.

Los Griegos se quejaban ya de las lejanas expediciones, donde se vertía su sangre; así fue que, a la muerte de Alejandro, se sublevaron en Asia, y replegándose querían volver a su país; pero los sometió Pérdicas, quien redobló su despotismo. En Europa, los Atenienses y los Etolios se sublevaron contra Antípatro, e incitados también por Hipérides (113) y Demóstenes, expulsaron a las guarniciones. Pero las antiguas virtudes habían decaído, al influjo de la corrupción introducida por los Macedonios y por los sofistas. La flota, terror de los Persas, hacía a menudo piraterías; la expedición de Alejandro había destruido el comercio del Pireo; ya no se iba a las escuelas de Atenas, sino que se acudía a las de Rodas y de Alejandría: los artistas ya no servían al pueblo, sino a los reyes, y más que la elocuencia y la poesía se cultivaban la música y el baile; las armas eran entregadas a soldados extranjeros; la guerra, la adulación y los donativos habían improvisado muchas fortunas, y los ricos querían gozar de ellas. En vano trataba Demóstenes de hacer revivir la antigua concordia; sus esfuerzos se estrellaron contra grandes disentimientos, y la guerra de Lamia desorganizó al país. Las caballerosas ciudades de la Tesalia sucumbieron una en pos de otra bajo el dominio de la Macedonia. Los Atenienses solicitaron de Antípatro la formación de un convenio y éste consintió en la paz con la condición de que una guarnición suya ocupase el país sometido, se entregase a Hipérides y a Demóstenes, que fueron muertos, y se dejase trasladar a los ciudadanos pobres, a fin de que el arbitrio quedase a favor de los ricos.

Guerra lámica (114)

322

Eumenes, secretario de Filipo y luego general de Alejandro, puso su habilidad y su valor al servicio de Pérdicas, tutor de Alejandro Ego, hijo póstumo del grande, quien siendo dueño de cuanto se halla comprendido entre el Egipto y el mar, excitó el celo de Tolomeo y Antípatro, hasta que fue muerto a traición.

321 Eumenes levantose en armas para vengarlo; pero los últimos generales de Alejandro se aliaron contra él, y excluyéndole, hicieron un nuevo reparto del grande imperio. Diose a Poro y a Tásilo la India; a Tolomeo el Egipto; a Pitón el Candaar; a Antígono la Frigia y el mando del ejército que había atacado a Eumenes, que adquirió en la resistencia la reputación de gran capitán. Combatiolo Antígono, que pensaba excluir del todo a la familia real; pero Eumenes, el mejor sostén de esta, penetró en el alta Asia, y se alió con los sátrapas rebeldes, hasta que, alcanzado por Antígono, fue condenado a muerte.

313 Las querellas y los delitos continuaron en la familia de Alejandro; Polispercón había obtenido el cargo de tutor de Alejandro, y se amistó con Olimpia, madre del Magno, la cual, después de haber dado muerte a muchos, fue muerta a su vez. Polispercón aspiraba al poder con el título de protector de Alejandro póstumo y favorecía a la aristocracia griega; pero prevalecieron en Atenas los demócratas, quienes quitaron a Foción el mando que ejercía por la 45ª vez, y lo condenaron a muerte por unanimidad; poco después le levantaron una estatua. La oligarquía fue muy pronto restablecida en Atenas, siendo jefe un epimeleto por tiempo indeterminado, cargo que recayó en la persona de Demetrio Falereo, quien lo conservó durante diez años, procurando el bien del país.

317

313 Habiéndose librado de los émulos, en el Asia, y sostenido por el hijo de Demetrio Poliorcetes, Antígono se apoderó de los tesoros de Susa, invadió a Tiro, sorprendió a Petra en la Arabia, y quitó mucho betún del lago Asfáltico. Atacó vanamente al Egipto, por cuyo motivo pensó cerrar todos los puertos a las naves egipcias. Contra él se habían aliado Seleuco, Tolomeo, Lisímaco y Casandro.

Sirvió de pretexto para una nueva guerra el querer devolver la libertad a la Grecia, que la había perdido hacía ya mucho tiempo, como también a la Beocia, a la Lócride y a la Elida. Tal empresa asumió Demetrio Poliorcetes, a quien creyeron y aplaudieron los

Griegos, principalmente Atenas, esclava de las mujeres hermosas y de intrigantes como Demetrio Falereo, quien era todo lisonja y sofistería; aspiraba a hacerse notable favoreciendo vulgares instintos, y tuvo en calma a la ciudad durante 10 años, hasta que fue suplantado por Poliorcetes, que halagó al pueblo con donativos y espectáculos. Este continuó combatiendo a la aristocracia; pero tuvo que acudir contra Tolomeo de Egipto, que había sojuzgado a Chipre y quedó vencido en el combate naval más sangriento que la antigüedad recuerda, batiéndose Demetrio con 180 navíos, y con 150 Tolomeo, sin contar los buques de carga. Antígono fue luego proclamado rey, título reservado hasta entonces a los descendientes de Alejandro, y adoptado luego por Demetrio, Seleuco, Tolomeo y Lisímaco.

Demetrio Falereo (115)
Demetrio Poliorcetes

307

Sobresalía por su comercio la isla de Rodas, que merced a los productos de sus aduanas, adornábase con espléndidos edificios, favorecía las ciencias y las artes, y ejercía con el tráfico una actividad política encaminada a estar en paz con todo el mundo. Pero habiéndose negado a armarse, ni a favor de Tolomeo ni a favor de Antígono, éste mandó a Demetrio que la atacara con 200 navíos; la isla puso una tenaz resistencia y obtuvo convenios.

Demetrio debía correr a Grecia, a salvar a los Estados aún libres, contra Casandro y Polispercón; fue recibido como libertador en Atenas, donde se tributaban honores divinos, a él, a su padre y a sus meretrices. Tanto había decaído la ciudad, que castigó a su embajador por haber rendido homenajes orientales al rey de Persia. Demetrio dio pábulo a la corrupción; y los historiadores, o mejor dicho los cronistas, se ocupaban, no ya de los grandes hechos, sino de las pequeñeces de los cortesanos y de su jefe. Pero alternaba todo esto con victorias por él alcanzadas, de modo que su padre pidió que fuese reconocido como único heredero de Alejandro, reduciendo a vasallos a todos los demás; pero estos se juntaron, levantándose en armas contra Antígono, a quien derrotaron y mataron cerca de Ipso en la Frigia.

310

Lisímaco y Seleuco, que fueron los vencedores, dividiéronse el imperio, quedándose el primero con el Asia hasta el Tauro, y el segundo con lo restante hasta el Indo. Tolomeo adquirió la Cele-Siria; Tiro y Sidón quedáronse a favor de Demetrio, quien fue rechazado de aquella Atenas que tanto le había querido antes, y quien conquistó a la Macedonia, desorganizada por los delitos de los

hijos de Casandro. Pero su fasto disgustaba a los generosos Macedonios, los cuales favorecían a Pirro, romántico rey del Epiro, quien habiendo obtenido también el trono de la Macedonia, mostrose digno de suceder al Magno, mayormente después de la muerte de Demetrio Poliorcetes. Irritaba a los Macedonios el ser reducidos a provincia del Epiro, ellos que habían sido antes dominadores del mundo, y rechazaron a Pirro.

Entonces la monarquía macedonia fue otra vez dividida en tres: la Siria bajo los Seléucidas (116); el Egipto con los Tolomeos, y la Macedonia; y además los reinos de Capadocia, Ponto, Armenia, Galacia, Pérgamo, Partia y los lejanos imperios de la India y de la Bactriana. Faltaba una robusta voluntad para dirigirlos a todos; cruzábanse perpetuas ambiciones soldadescas; fundábanse nuevas ciudades; difundíase entre los pueblos orientales la civilización, la elocuencia y las leyes griegas, mientras que el lujo, las doctrinas y las supersticiones asiáticas bajaban a Europa, debilitando el sentimiento de la nacionalidad, a favor del poderoso extranjero que fuese a atacarlos, como hicieron los Romanos.

17. -Los Seleucos en Siria

Era de los Seléucidas Seleuco, el mayor de los sucesores de Alejandro, fundó en Babilonia una nueva dinastía, que se mantuvo hasta el tiempo de los Romanos. Dominaba entre el Indo, el Éufrates y el Oxo; penetró hasta el Bengala, aliándose con Sandrocoto, que tenía allí uno de los imperios más vastos y armaba 600 mil combatientes. Él fue quien reanudó el comercio con la India, nunca más interrumpido desde entonces. Seleucia, fundada a orillas del Tigris, y Antioquía, sobre el Oronte, llegaron a ser reinas del Oriente, y Seleuco mantuvo diez y ocho años de paz y de gran prosperidad que concluyeron con él. Su hijo Antíoco fue vencido y muerto por los Galos, que habían invadido la Macedonia y la Tracia, siendo rechazados por Antíoco Sóter (117), que habían ocupado el país llamado Galacia, y vendido su brazo a quien quisiese pagarlo; vencedores o vencidos, eran siempre formidables.

313

281

260 Atioco Dios (118) [sic] dejó decaer el reino de Siria entre intrigas de mujeres; varias provincias se desprendieron de él; Teodoto, gobernador de la Macedonia, constituyó el reino de la Bactriana, rica de 1000 ciudades, que se extendió tal vez hasta las orillas del Ganges y los confines de la China.

Los Partos Los Partos, terribles jinetes, se derivaban, al parecer, del país de los Escitas, o del de los Turcos. Establecidos

en las cercanías del Caspio, hacían sus correrías por la Persia oriental; extendiéndose a despecho de la Siria, sometían fácilmente a los países, corrompidos por la lascivia y las crueldades; Tirídates, su rey, coaligado con el de Bactriana, venció a Seleuco II y lo tuvo diez años prisionero.

258 Antíoco el Grande pudo domar a los Sátrapas rebeldes, y después de largas guerras restableció la dominación de los Seléucidas en el Alta Asia, y pensaba quitar el Egipto a los Tolomeos, pero encontrose con los Romanos, como veremos más tarde.

18. -Tolomeos en Egipto

Egipto Los Lágidas habían hecho soportar en Egipto su dominación, merced a su tolerancia y a la prosperidad comercial que proporcionaron al país; Alejandría adquirió suma importancia. Tolomeo de Lago (119) fue el único capitán de Alejandro que supo resistir a la tentación de la conquista; se reconcilió con los vencidos, aunque solo confería la magistratura a los Griegos y a los Macedonios; creó una flota y un ejército y se aseguró la Fenicia y la Cele-Siria, que lo abastecían de madera de construcción; sojuzgó igualmente a Jerusalén y a Chipre, y a la africana Cirene. Las riquezas del Egipto, grandes ya, se acrecentaron con aquellas excursiones al Asia. Las fiestas eran solemnísimas; muy activo el comercio, en pro del cual abrió Antíoco nuevos puertos en Berenice y en Miosormos, sobre el Golfo Arábigo, y un camino de Berenice al Nilo. Los edificios de Alejandría rivalizan con los antiguos de Ramesa y Sesostris, principalmente el Faro, que figura entre las siete maravillas, y el Museo, grande establecimiento de enseñanza donde se congregaban los sabios más ilustres, y que disputaba la primacía a Atenas. Famosa era la Biblioteca, incendiada luego bajo Julio César, como incendiaron los Sarracenos la de Serapeón. Aquellos grandes sabios no sirvieron más que por su erudición y su crítica, ni hicieron ningún trabajo insigne, pero tuvieron el mérito de conservar para las futuras generaciones las obras maestras antiguas y comentarlas cuando la persistencia de las costumbres las hacían aún inteligibles.

Tolomeo Sóter (120)

Alejandría

Tolomeo Sóter, que se asoció luego con Tolomeo Filadelfo, conservó larguísima paz, embellecida por suntuosas fiestas y procesiones en todos los pueblos sometidos, y por variadas riquezas

del suelo. Tolomeo Filadelfo estuvo en continua discordia con sus hermanos, y tuvo una corte muy fastuosa, que corrompió las costumbres.

Tolomeo III pensó conquistar la Siria y la Bactriana, de donde importó 2500 simulacros que Darío había tomado al Egipto, por lo cual obtuvo el título de Euerguetes (121) (bienhechor), y concluyó la paz con Seleuco, a quien cedió los países conquistados. Su mujer Berenice había prometido que si él volvía vencedor, entregaría sus cabellos al templo de Chipre; cumplió el voto, pero pronto desapareció su cabellera, y el astrónomo Conón aseguró haberla reconocido en el firmamento. Fiestas, sabios y poetas celebraron desde entonces la cabellera de Berenice.

Cabellos de Berenice

Aunque gobernado por tres grandes reyes, el Egipto decaía, y más aún bajo Tolomeo Filopátor, quien, con ser tan espléndido y tan protector de las artes, que consagró un templo a Homero, se encenagó (122) en libidinosas costumbres y en la tiranía, llegando al extremo de hacerse reo de parricidio y fratricidio. La tutela de su quinto hijo Tolomeo Epífanes dio lugar a discordias y a guerra, hasta que fue fatalmente confiada a los Romanos.

19. -La Grecia bajo los Macedonios. Las ligas

Aunque la Grecia y la Macedonia formasen un Estado más pequeño, eran consideradas como el corazón de la desmembrada monarquía de Alejandro, hasta que fue destruida toda la familia de éste. Entonces los monarcas tuvieron que luchar contra los grandes señores de la Macedonia, mientras que la Grecia, aunque caída en la esclavitud, siempre le comunicaba algún brillo de su antiguo esplendor.

382 Lisímaco asegurose el reino de la Macedonia, al cual unió la Tesalia y por algún tiempo el Asia Anterior, y venció a los valientes Tracios. Muerto en la batalla en Ciropedión, le sucedió Seleuco; pero Tolomeo Cerauno le quitó el trono y la vida. Entonces los Galos devastaron el país y la Grecia; aunque al fin perecieron casi todos.

Antígono Gónatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, restablecía la Macedonia, cuando Pirro, rey del Epiro, de regreso de una expedición a Italia, lo desposeyó. Pirro se parece a los guerrilleros de nuestra Edad Media, puesto que entonces se formaban partidas de soldados, comprados entre los mercenarios o entre los Galos; por lo que los Estados andaban siempre revueltos, y solo aspiraban a reunir dinero para comprar soldados; había mercados especiales de gentes de armas, a quienes se confiaba el arte de la guerra, de las máquinas y de las galeras. Pirro sitió a Esparta, pero fue rechazado, y en la toma de Argos, murió de una pedrada que le tiró una mujer. Concluida la estirpe de los Eacidas, el Epiro se gobernó democráticamente,

hasta que cayó bajo el yugo romano.

274

Liga Aquea Antígono Gónatas asegurose el trono macedónico y pensó subyugar a toda la Grecia; pero despertose el antiguo patriotismo griego, dando lugar a la Liga Aquea. Tima, Patra y Faro, al grito de libertad, se coaligaron, agregándose luego otras ciudades, con cuyo apoyo lograron rechazar a los tiranos, y concluyeron por solidificar un pacto federal, con la igualdad política de todos los confederados, conservando empero cada ciudad en gobierno propio, con leyes comunes, pesos y mondas iguales, y congresos generales dos veces al año, primero en Egío y luego en Corinto. Redobladas así las fuerzas con la unión, el más insignificante de los pueblos griegos prevaleció sobre la tiránica Esparta, la demagógica Argos y la locuaz Atenas, y recogió el último suspiro de la libertad.

Arato Juntáronse otras ciudades, entre ellas Sición (123), patria de Arato (124), quien le aseguró la libertad, gracias al auxilio de los Aqueos, y fue el alma de aquella liga; fue generalísimo a los 26 años, y pudo agregar a la liga a Corinto, Mégara, Trezenas, Epidauro, la Élide, todo el Peloponeso, exceptuando a Esparta, y por último Atenas.

Liga etolia Otra liga opusieron a ésta los Etolios, hermanándose con los de la Lócride, de la Fócida, de la Tesalia meridional, de la Acarnania meridional y de muchas islas. Etolios y los federados tenían iguales derechos; se reunían en el Panetolio de Termo, donde se elegía a un estratégico que proponía sin deliberar, y ejecutaba. Solo entre los Griegos tenían una fuerza nacional.

Con ellos se alió Antígono Gónatas (125), para deprimir a los Aqueos, pero bajo su hijo Demetrio, unos y otros se coaligaron. A los Aqueos se opuso Esparta, la cual, demasiado degenerada por las austeridades de Licurgo, y falta de elementos reformadores, conservaba las formas antiguas con los peores vicios modernos. Gemían los buenos, los que no veían esperanza alguna más que en volver a la primitiva constitución, vigorizando al rey para debilitar a los éforos, y aliviará los pobres con leyes agrarias y la abolición de las deudas. Así pensaba regenerar a la patria el rey Agis III (126). Vestía y comía a lo antiguo, y seguíale la juventud; igualmente pensaba realizar la comunidad de bienes y la quema de los recibos. Logró su intento al principio, pero engañado luego por los malvados, fue procesado y muerto.

Agis

Su esposa Agiátides, obligada a casarse con Cleomenes (127),

rival de su marido, no tomó más venganza que la de transformarlo en un héroe, el cual pensó realizar los designios de Agis con más madurez. Vencido Arato, que lo amenazaba al frente de los Aqueos, rechazó a los oligarcas y obligó a repartir los terrenos; con sus ejemplo fomentó la práctica austeridad. Pero Arato excitó contra él a Antígono Dosón, quien a pesar de todo el valor que desplegó, fue derrotado, y habiéndose refugiado en Egipto, le sorprendió la muerte. Esparta fue decayendo cada vez más hasta que un Nabi cambió la constitución y quitó la libertad.

230

219

Filipo III, valeroso y elocuente, se portó muy bien en la guerra suscitada entre las dos ligas Aquea y Etolia; de modo que la Macedonia adquirió nuevamente el predominio del mar. Preparábase también contra él una trama en Italia, hacia la cual debían converger todas las miradas.

Libro IV

20. -Italia. Sus primeros habitantes

Se da el nombre de Italia a una península meridional de la Europa, situada entre los 24º 15' y 36º 10' de longitud, y entre los 35º 45' y 47º 8' de latitud, y circundada por los Alpes al N y por el mar en lo restante. Distinguimos la continental, la península y las islas: Parma divide la primera de la segunda; la península forma un trapecio comprendido entre el Mediterráneo, el Adriático y el mar Jonio; las islas son las de Sicilia, Cerdeña, Córcega y muchas menores. De los Alpes, que son las montañas mas altas de Europa, con pocos desfiladeros practicables, todos los valles siguen la dirección del Adriático. El Po, naciendo del monte Viso, atraviesa la mayor llanura de Italia, recogiendo las aguas de los Alpes y algunas del Apenino. Los Apeninos forman como la espina dorsal de la península, con dos vertientes, una hacia el Adriático y la otra hacia el mar Tirreno, en el cual desembocan el Arno y el Tíber. Desde la desembocadura del Varo hasta el estrecho de Sicilia hay 230 leguas de costa: 130 desde el estrecho hasta el cabo de Otranto; 230 de este punto a la desembocadura del Isonzo, es decir 5819 kilómetros; por lo que la Italia es designada como una gran potencia marítima, con grandes ciudades en la costa, como Génova, Venecia, Palermo y Nápoles: y los golfos y el puerto de la Spezzia; hay breve distancia entre sus costas del Mediterráneo y del Adriático, y ocupa el centro del mar que une el Asia, el África y los países más fértiles de Europa.

587 Los mitos, que colocan en la Campania y en Inarime (Ischia) la guerra de los dioses contra Tifeo y los tres gigantes que Júpiter sacó fuera de la tierra, mientras abismó a los otros bajo los montes de la Sicilia, aluden a las sumersiones e inmersiones anteriores a la historia, cuando el suelo donde más tarde se asentaron Roma y

Nápoles era todo sacudido por los volcanes, y lleno de hielo en la parte septentrional. Suponen algunos que el Po desembocaba en el mar 100 millas más adentro que ahora. La emersión del Apenino, a lo largo de Italia, separó al Oriente los terreros de segunda y tercera formación, y al Occidente los producidos por el fuego, que luego domina desde el Vesubio, el Etna, Estrómboli y los campos Flegreos. De aquí proviene tanta variedad de aspectos y de vegetación, parecida a la escandinava en los Alpes y a la africana en la Campania.

El nombre de Italia se limitaba al principio al país comprendido entre los Golfos Lamético y Escilático; se extendió después a los de Ausonia, Enotria y Hesperia, dados por los Griegos; y se extendió todavía más cuando se hallaron ocho pueblos contra Roma en la guerra social; solo después abrazó también el imperio la Galia Cisalpina y la Sicilia.

Primeros habitantes Difícil es determinar cuáles fueron sus primeros habitantes. Los Aborígenes debieron ser anteriores a una raza jafética, llamada de los Tirsenos, Rasenas o Tirrenios, los cuales dieron su nombre al mar occidental, mientras que el oriental lo tuvo de Adría, ciudad igualmente tirrena. Pertenecen estos a la edad fabulosa de Jano, Júpiter y los Sátiros, como también los Vénetos, los Euganeos, los Opobios, los Camunios y los Lepontios, y tal vez los Tauriscos, los Etruscos, los Opicos y los Oscos o Toscos; considerados todos como diferentes de los Sículos y de los Pelasgos. Diez y ocho siglos antes de J. C., fueron a Italia los Iberos, los cuales, viniendo de la Armenia llegaron hasta España. A esta raza pertenecían los Ligurios de la Alta Italia, los Ítalos que se extendían entre la Marca y el Tíber, y los Sicanos, considerados por algunos historiadores como originarios del Epiro, y asimilados a los Pelasgos. Celta es el nombre de una numerosa estirpe nórdica, una de cuyas ramas ocupó la Italia bajo el nombre de Umbros (128), y se dividió en tres bandas: Oll-Umbria, entre el Apenino y el Jonio; Is-Umbria, alrededor del Po; y Vil-Umbria, que fue luego Etruria; quedando el país oriental para los Iberos. La primera fecha histórica es la fundación de Ameria, trescientos ochenta y un años antes de Roma. Contemporáneos de estos grandes pueblos fueron otros pequeños, como los Titanes, los Cíclopes y los Lestrigones, que parecen oriundos de la raza de Cam y procedentes del África.

Pelasgos Como conquistadores y civilizadores aparecen luego los Pelasgos, gente industriosa que en todas partes precedió a los pueblos de gran renombre. Tal vez llegaron los primeros con Peucetio y Enotro, diez y siete generaciones antes de la guerra de Troya; nunca fueron verdaderos dueños de la península, pero siempre estuvieron armados luchando contra los Sículos, único pueblo de que Homero hace mención en Italia y que los Pelasgos rechazaron hasta la isla.

Otros, procedentes de la Dalmacia, fabricaron, 14 siglos antes de J. C., y en la desembocadura del Po, la ciudad de Espina, combatieron con los Umbros, y juntamente con los Aborígenes de la Sabina fundaron ciudades en el Apenino, de las cuales aún quedan

murallas de grandes dimensiones, compuestas de enormes peñascos, unas veces toscos y otras tallados; mientras hay quien los considera como bárbaros feroces, los elogian otros por haber introducido el alfabeto, el hogar doméstico y la piedra de límite, es decir, la familia y la propiedad. Sorprendidos por graves desventuras, inundaciones, erupciones y sequías, abandonaron la Etruria, emigraron muchos de ellos, y otros fueron sometidos a nuevos pobladores y reducidos a la esclavitud.

Etruscos Los nuevos pobladores debieron ser Tirsenos, Racenas o Etruscos, gente misteriosa también y de muy diferente fama. Habiéndose perdido sus libros, no se pudieron acertar, por los esplendidísimos restos de su civilización, su alfabeto ni su idioma. Hay quien los supone Germánicos, quien Dóricos y quien Lidios; tampoco consta que fuesen idénticos los Tirrenos y los Etruscos, y sobre este punto disertan hoy largamente los eruditos. El lenguaje de los Etruscos parece análogo al de los Griegos; sin embargo no falta quien lo crea semítico. Su nombre resultó tal vez de una liga del pueblo que habitaba en los contornos de Adria, con los Oscos (Atr-Oscos): y añadiendo el artículo al nombre de los Oscos, formaron el de T-Oscos, de donde resultó el nombre de Tuscia, que no existía antes de la época de los emperadores. Los sacerdotes custodiaban arcanamente los anales, que desaparecieron con ellos, cuando los Romanos se cuidaron de destruir con guerras exterminadoras la civilización del pueblo que había sido se maestro.

Solo podemos conjeturar que los Tirrenos, invadida la península, se encontraron en frente de los Umbros, a los cuales obligaron a replegarse en el país que tomó el nombre de Umbría. Se extendieron por los campos de la Emilia y por los de Polesina, entre los Alpes y el Apenino; el Po defendió a los Vénetos, y los Ligurios se refugiaron en los montes. Sobre el Po se fundó una nueva Etruria, que también tenía doce ciudades. Después de haberse echado sobre los Cascos, habitantes del Lacio, y después de haber pasado el Liris, fundaron en la Campania otras doce colonias, a pesar de que allí estaba la mayor parte de la población Osca.

La Etruria propia, entre el Arno y el Tíber, tuvo muchas ciudades, con muros pelasgos; Tarquinia era centro de la civilización etrusca; Ceres, la metrópoli religiosa. Pareció un momento que iban a dominar toda Italia, pero Hierón, rey de Siracusa, los derrotó encerrándolos entre los Ligurios, los Galos y los Samnitas, hasta que fueron sojuzgados por los Romanos.

Pueblos menores Entre los demás habitantes de Italia figuran los Orobios, entre los lagos de Como y de Iseo; los Euganeos, entre los montes Brescianos, Veroneses, Trentinos y Vicentinos; los Vénetos, entre el Timavo, el Po y el mar; y los Ligurios en el Piamonte.

En los Apeninos, habitaban los Picenos, los Pretucios y principalmente los Sabinos, pastores y guerreros que se reunían en Cures para sus asambleas nacionales, y en Trebula para la veneración de sus misterios. Inmediatos a ellos vivían los Ecuos; más adentro los Hérnicos, luego los Volscos y los Auruncos, cuyas ciudades marítimas Terracina, Ancio y Circeo debieron grandes riquezas al

comercio, y fomentaron las bellas artes.

En los Abruzos vivían los Vestinos, los Marrucinos y los Pelignos, cuya asamblea nacional se reunía en Aterno (Pescara), y los valientes Marsos en la Campania. Los campos Flegreos, atestiguaban revoluciones plutónicas. Dícese que el territorio de los Samnitas sustentaba dos millones de habitantes, entre los cuales figuraban los Hirpinos, los Lucanos y los Frentanos. La parte más agreste quedó en poder de los Brucios.

Todos estos pueblos hablaban la misma lengua, aunque con diversidad de dialectos, como era distinta su civilización. Generalmente se regían por medio de una confederación de pequeños Estados con un Senado común. Algunos elegían un dictador, sometido a la autoridad nacional. Su culto tenía mucho del griego, con variedad de tradiciones y ritos, y es probable que al principio reconocieron la unidad en Jano, deorum deus, único inmaculado. Ceres simbolizaba el arte más importante; y para el vulgo, se creaba una divinidad para cada país, para cada bosque, para cado río y para cada trabajo campestre. Venerábase bajo diferentes nombres la Fortuna, a quien se consultaba. Circe, especie de maga, transformaba a los hombres y daba valor a los navegantes. En lugar de estatuas se veneraban símbolos; así es que la lanza representaba el Marte sabino; en un altar sin imagen alguna ardía el fuego de Vesta, y durante los terremotos se oraba sin dirigir las súplicas a ningún dios determinado. El dios Término, tan venerado, no tenía más representación que la piedra de confín

Religión

La expiación llegaba hasta los sacrificios humanos, y en las primavera sagrada se inmolaba al Dios todo lo que nacía en la primavera, sin exceptuar a los niños, de cuya bárbara costumbre nació la de enviarlos a lejanos países. Los primeros ritos terribles debieron ser mitigados por Jano, Saturno, Pico, Fauno e Ítalo, los cuales fundaron asilos, donde los débiles podían refugiarse contra los fuertes, e introdujeron el derecho fecial, que moderaba la guerra. Era peculiar de los Ítalos el atrio, donde, alrededor del fuego de los lares, se reunían los niños, las mujeres y numerosos esclavos.

Era floreciente la agricultura; abundaban los vinos de excelente calidad; dícese que el nombre de Italia (Vitelia (129)) procedió de los bueyes; las lanas de Apulia y de Padua eran muy apreciadas y hallábanse en la misma Apulia numerosas razas de caballos. La abundancia de costas y golfos favorecía el comercio; Adria y Génova eran puestos muy concurridos; se había practicado un antiquísimo camino en los Alpes por Hércules Tirio, es decir, por los comerciantes fenicios que venían del Báltico cargados de ámbar.

Civilización etrusca

Diferente y en parte original era la civilización de los Etruscos, debida a las revelaciones de Tagés y

de su discípulo Baquedes. Predominaba la aristocracia sacerdotal, distribuida jerárquicamente, con un sumo pontífice elegido por los votos de los doce pueblos. Los principales estudios de los sacerdotes consistían en los auspicios, deducidos de los pájaros y de los relámpagos. Algunos los alaban como superiores a las fábulas griegas; otros los condenan como supersticiones; lo cierto es que las creencias eran graves y melancólicas. El mundo, creado en seis mil años, no había de durar más que otros tantos. Cada casa y cada hombre tenía su genio tutelar; la casa era custodiada por los Lares, mientras que los Penates derramaban la triple bendición de la patria, de la familia y de la propiedad. La fe dimanaba también de la unidad, y fue luego aplicada a la trinidad de Tina (Júpiter), Juno y Minerva. Aceptaron luego de los extranjeros un panteón numeroso.

Los ritos eran indispensables en todos los actos legales, los sueños, los fenómenos y los astros regulaban los actos privados y públicos. Los señores, es decir los jefes de las gentes conquistadoras (lucumones) eran guerreros y sacerdotes, y entre ellos se elegía a uno como jefe de la federación teniendo por insignias la púrpura, la corona de oro y el cetro con el águila, la segur, los haces y la silla cural. Nombrábanse igualmente doce lictores, uno por cada ciudad. Los Romanos adoptaron todos sus distintivos.

Eran clientes de las clases principales las inferiores, es decir la plebe, dividida en tribus, curias y centurias. Cada una de las doce ciudades se gobernaba a su manera, pero todas juntas elegían al sumo-pontífice. Entre las ciudades y los lucumones (señores) estallaban a menudo rivalidades y emulaciones que impedían la unidad y la fuerza, por lo que no llegábase a formar la comunidad deseada entre los pueblos. Muchas colonias se iban y fundaban ciudades, siempre con ideas y números simbólicos, y a menudo de planta cuadrada, con dos colinas, sobre la más alta de las cuales se destacaba la fortaleza. Los Etruscos cultivaban admirablemente los terrenos, canalizaban los ríos y construían canales. Tuvieron poderosa marina y bonita moneda. Dividían el año en doce meses y cada mes en tres partes, llamando idus al día de en medio. Escribían de derecha a izquierda; veneraban las Camenas, inspiradoras de los cantos; inventaron instrumentos musicales, los molinos de mano, los espolones de las naves, la balanza romana, la hoz y los juegos escénicos; a ellos se debieron muchos trabajos en oro finísimo y espejos metálicos, como también las copas cinceladas. Cultivaban el arte dramático; tuvieron historiadores de todas las ciudades y registros de los nacimientos y de las defunciones. Los Romanos mandaban sus hijos a Etruria para instruirse, y volvían convertidos en ilustres literatos; pero nada de esto nos ha quedado.

No se asegura que las murallas de Cortona, Fiesole, Volterra, Populonia, Segna y Cossa sean etruscas o pelasgas. El orden toscano tiene algo del dórico, pero nada nos queda de él, aunque pertenecen a los Etruscos los edificios más antiguos de Roma, especialmente las murallas exteriores del Capitolio y la cloaca mayor. Cada día se van

encontrando muchos sepulcros, ya sea abiertos en la roca, ya sea en cámaras subterráneas, donde están depositadas las vajillas, objetos de oro, muchísimas preciosidades y principalmente los vasos llamados etruscos, de forma exquisita, y pintados muchos de ellos. Nuevo campo de discusión fue la manera como habían de denominarlos, calificarlos, clasificarlos, interpretar sus dibujos y determinar si eran oriundos de Italia o importados de Grecia, a qué uso estaban destinados y por qué habían sido acumulados en las tumbas: cuestiones que se complicaron aún más, cuando iguales objetos se encontraron en el Lacio, en la Campania y hasta en los últimos confines de Italia.

21. -Magna Grecia y Sicilia

Además de la civilización pelasga, es decir la antigua griega, y la etrusca, los Ítalos recibieron la de las colonias griegas establecidas en toda la península y en la Sicilia; colonias todas dignas de una brillante página en la historia, por sus bellas artes, literatura y destreza en los juegos. Las más numerosas ocuparon la costa del Golfo de Tarento, hasta Nápoles, de origen dórico, jonio y aqueo. Los Dorios prevalecieron en Sicilia, los Aqueos en la Magna Grecia, y se remontan sus tradiciones a la fábula ilíaca. Los colonos predominaban sobre los indígenas, reducidos a menudo a la esclavitud y considerados siempre como inferiores a aquellos. Los colonos implantaban allí su constitución patria; pero prevalecía la democracia, por lo cual las familias nobles estaban supeditadas a los jefes operarios.

707 Tarento fue fundado por los Espartanos, que dominaron a los Mesapios y a los Lucanos; permaneció independiente hasta los tiempos de Pirro, y en él nació el ilustre matemático Arquitas.

727 Fundada sobre el Cratis por los Aqueos y los Trecenios, Síbaris fue famosa por su molicie; sin embargo ejerció su dominio sobre 25 ciudades, y podía levantar en armas 300000 hombres. Fue destruida por los habitantes de Crotona, colonia aquea, famosa por sus atletas y por la belleza de sus hombres y de sus mujeres. Su fundación fue debida a Pitágoras.

Síbaris

Sobre las ruinas de Síbaris se fundó Turio.

Zaleuco dictó leyes a Locria, y Carondas a Catania y a otras ciudades de la Sicilia.

Cumas fue edificada por los Calcidenses en la isla de Eubea, antes de la destrucción de Troya, y de ella nacieron Nápoles y Zancle, derruida luego esta última por los Romanos, aunque conservó no poca importancia su puerto de Pozzuoli.

Por los Calcidenses fue también colonizada Reggio, regida por las leyes aristocráticas de Carondas. Los secuaces de Néstor, de

regreso de Troya, fundaron a Metaponto, que se despobló después por su insalubridad, como Pesto y otras colonias.

Sicilia Todo es fabuloso en los primeros tiempos de la Sicilia, patria de los Lestrigones y de los Cíclopes, como también de Ceres y Triptolemo. De Calcis, ciudad de la Eubea, fueron habitantes a colonizarla, ocupando la costa comprendida entre el Peloro, el Paquino y el Lilibeo, mientras se replegaban los Fenicios en el territorio que se extiende desde el Lilibeo al Peloro. Las discordias y debilidades de las colonias sirvieron de pretexto a algunos para convertirse en tiranos; de modo que en Agrigento conquistó Falaris fama de cruel. Hierón, su sucesor, cantado por Píndaro, derrotó a los Cartagineses y sojuzgó a Hímera. Eran famosos los Agrigentinos por su glotonería y por su industria.

Siracusa Siracusa tuvo hasta un millón docientos mil habitantes. Tiranizola Gelón, y extendió, más que ningún otro Estado griego, su poder por mar y por tierra. El mismo tirano derrotó a los Cartagineses, aliados de Jerjes, el día en que Temístocles vencía en Salamina. Durante la paz, impuso a los Cartagineses que suprimiesen los sacrificios humanos. Hierón, su espléndido sucesor, acogió a Baquílides, Epicarmo, Píndaro, Esquilo y Simónides. Trasibulo, hermano suyo, mereció el destierro, y restableciose el gobierno republicano, que degeneró pronto en demagogia. Los Leontinos, celosos de su incremento, excitaron en contra de ella a los Atenienses, que concibieron entonces la ambiciosa idea de conquistar aquella isla. Animábalos Alcibíades, quien se puso al frente de los tropas y emprendió la guerra con Nicias y Lámaco; pero encontraron poco favor, hasta en las colonias que los habían excitado. Siracusa fue sitiada, pero, socorrida por los Espartanos, venció a los Atenienses y los trató con crueldad.

480

466
413
415

Dionisio Más varia fue la fortuna de Siracusa con los Cartagineses, cuando Dionisio se puso al frente de las tropas. Convertido este en tirano de la patria y de muchas otras ciudades, fortificolas y rechazó a los Cartagineses. Pero estos no se dieron por vencidos y con doscientas (130) naves y un millar de buques menores entraron en el puerto de Siracusa. La peste, empero, los asoló y tuvieron que ceder todas las ciudades y colonias conquistadas. Dionisio extendió sus victorias y tomó por asalto a Reggio, donde se habían refugiado los emigrados Siracusanos y que tuvo que sucumbir, a pesar de haber armado trescientos navíos.

392
387

Dionisio, so pretexto de dar caza a los piratas, hizo otras expediciones, hasta que lo acometieron otra vez los Cartagineses y le obligaron a firmar una paz muy poco ventajosa. Durante su larguísimo reinado administró bien el país, pero despóticamente; aspiró a los votos de la libre Grecia y concurrió a los juegos con poesías y caballos; Platón le aconsejó que sobre las ruinas de la democracia levantase un poderoso Estado para echar fuera a los extranjeros. Su hijo Dionisio II le sucedió bajo la tutela de Dión, óptimo personaje que consiguió modificar su mala índole. Después de haber sido desterrado, ocupó Dión a Siracusa, si bien no tardó en hallar una muerte violenta. Entre las inquietas facciones, pudo Dionisio II recuperar el trono. Los emigrados pidieron auxilio a Corinto, la cual les mandó a Timoleón, gran capitán y gran ciudadano, quien había hecho dar muerte a su propio hermano por usurpador del dominio, y ayudó gustoso a los Siracusanos para sacudir el yugo de Dionisio. Venció Timoleón a los Cartagineses, librando a la ciudad de estos y de los tiranos, y se retiró por fin a la vida privada.

368
347

317

A su muerte, decayeron las virtudes fomentadas por su ejemplo, y Agatocles, de simple vasallo, llegó al mando supremo. Habiendo los Cartagineses sitiado a Siracusa, Agatocles desembarcó en África con un ejército, desviando así el peligro, y recorrió también la Italia saqueándola. Fue envenenado por su sobrino Arcagato, quien fue pronto destronado por otros ambiciosos, surgieron otros tiranos en las diferentes ciudades, los cuales dejaban cometer muchas tropelías a los Cartagineses y a los soldados aventureros, hasta que llegaron los Romanos, que abatieron a Siracusa y a Agrigento.

La suerte de estas dos fue igual a la de Leontino, Taormina, Catania, Hibla, Selinunte, que Empédocles salubrificó [sic] con la conducción de aguas, Erice, consagrada a Venus, como Enna a Ceres, e Hímera, patria de Estesícoro. Fenicios y Cartagineses hacían gran comercio de exportación con la isla, rica en productos naturales, piedras preciosas, metales y azufre, y considerada como la granja de Italia.

Las bellas letras florecieron allí antes que en Grecia; la poesía pastoril fue inventada por Estesícoro, por Epicarmo la comedia, y por Sofrón la mímica; Caracio y Lisias fueron los primeros maestros de retórica. Magníficas son las medallas de aquellas ciudades, como también los bajo-relieves de los templos dóricos de Selinunte, el teatro de Taormina y los templos de Segesta y de Agrigento.

Islas menores

Su proximidad a la tierra y su situación hicieron que se poblasen pronto las islas de Elba, Córcega y Cerdeña.

Esta última fue habitada por los pueblos líbicos y por los

Iberos. Fenicios, Cartagineses y Etruscos tuvieron en ella establecimientos de comercio, y, bajo los Romanos, llegó a 42 el número de sus ciudades.

La Córcega perteneció al principio a los Ligurios y a los Iberos, y más tarde a los Etruscos; Aleria fue fundada por una colonia de Focenses. Abundaba en ganados muy monteses, que no obedecían más que al cuerno del pastor.

En Elba se extraía el hierro desde remota antigüedad, y fue poseída por los Etruscos.

En Malta y en las otras islas introdujeron los Fenicios sus manufacturas, de donde abastecían la Grecia y la Italia.

22. -El Lacio. Orígenes de Roma

La potencia más preponderante del mundo había de surgir en el Lacio. Parece que los aborígenes, expulsados de las alturas del Apenino por los Sabinos, bajaron a habitar el Lacio, fundando caseríos como Preneste, Laurento, Lanuvio, Gabio, Aricia, Lavinio, Tívoli, Túsculo y Ardea, poblaciones todas independientes pero unidas por vínculos religiosos. Reuníanse en el Luco Ferentino, en el bosque de Diana en Aricia, en el de Venus entre Lavinio y Ardea, y celebraban en el monte Albano las ferias latinas.

Por el mar llegó Saturno, es decir la gente que dio nombre a los Latinos; su metrópoli sagrada era Lavinio, donde eran depositados los dioses penates. Una colonia de Arcadios (131), guiada por Evandro, se estableció a orillas del Tíber, donde fabricó a Palatio. Llegaron después los Troyanos, fugitivos con Eneas de la destruida Ilio. Eneas colocó sus hijos en el trono de Alba. Amulio, el último de ellos, usurpó el trono a su hermano Númitor, y obligó a su hija Rea Silvia a que consagrase su virginidad a Vesta, pero el dios Marte la hizo madre de Rómulo y Remo.

1300

Fundación de Roma   Estos reunieron una banda de Latinos, acuartelándola a orillas del Tíber, en el punto colindante entre los países de los Latinos y los Sabinos. Rómulo, después de haber dado muerte a su hermano, hizo prosperar la ciudad abriendo en ella un asilo y un mercado franco; para procurarse mujeres, robó a las hijas de los Sabinos; separó a los patricios de los plebeyos, pero éstos eran iguales a los primeros merced al patronato; agregándose otros pueblos, constituyó tres tribus, de cada una de las cuales elegía 100 caballeros y 100 senadores.

753

714 Al héroe sucede el legislador sabino Numa Pompilio, que introdujo muchos ritos etruscos, dividió el pueblo en maestranzas de artes, fundó en la frontera el templo de Jano, que estaba cerrado durante la paz, a fin de que los pueblos no se molestasen, y abierto en tiempo de guerra, a fin de que se socorriesen.
671 Bajo Tulio Hostilio, después del conflicto de los tres Horacios con los tres Curiacios, Alba es destruida y llevados al monte Celio sus habitantes.
693 Anco Marcio venció a los de Fidena, a los Volscos, Vegentes, Sabinos y Latinos, y abrió el puerto de Ostia y las salinas.
614 Tarquinio Prisco, lucumón etrusco, agrega cien senadores a los existentes, fabrica acueductos, cloacas y el circo Máximo, y vence a los Sabinos, Latinos y Etruscos.

Servio Tulio prosigue la guerra con los Etruscos, acuña moneda, introduce el censo, distribuye el pueblo en clases y centurias, y los votos se dan conforme a ellas y no por tribus.
534 Tarquino el Soberbio, su yerno, tiraniza a los súbditos y construye el Capitolio; pero habiendo su hijo Sexto ultrajado a la matrona Lucrecia, se suicida ésta y sus parientes expulsan a Tarquino; a la monarquía sucede entonces la República con dos cónsules anuales.
509 En vano Porsena, rey de Etruria, acude a restablecer a los Tarquinos; la batalla del lago Regilo quita toda esperanza a los reyes.
493 La nueva República era del todo aristocrática; pero la plebe se replegó en el Monte Sagrado, hasta que, para la defensa de sus intereses, se instituyeron los tribunos de la plebe, quienes, con el veto podían suspender las deliberaciones del Senado. A fin de establecer leyes estables, se importaron las mejores de Grecia, que se escribieron en las XII Tablas, debidas a los Decenviros (132).

Tal es la historia tradicional de los primeros tiempos de Roma, embellecida por los episodios de Mucio Escévola (133), Horacio Cocles (134), Clelia, Bruto, Menenio Agripa, los trecientos Fabios y Coriolano. Todo se halla tan dramáticamente coordinado, tan conforme a las tradiciones de otros países y tan repugnante a los tiempos y a la civilización de entonces, que es fácil ver en aquella historia las invenciones de un poema o cantos que representaban tipos de enteras edades. Sin embargo, todo esto se grabó en la memoria y en los actos de los tiempos sucesivos, y posteriormente se trató de investigar la verdad con ingeniosas conjeturas. Todos convienen en que los Troyanos fueron a Italia, e hicieron pactos con los habitantes después de haberlos vencido (boda de Eneas con Lavinia). Es posible que las siete colinas en que se asentó Roma, estuvieran ocupadas por otras tantas ciudades pelasgas o etruscas, hasta quedar sometidas por una partida de Sabinos; así es que el sabino Tacio reina con Rómulo, sucediéndole a éste el sabino Numa. Vencidos y vencedores se unieron, constituyendo un solo Senado y obedeciendo a un solo rey. A las dos primeras tribus, llamadas de los Ramnenses y de los Ticienses, se agregó la de los Lúceres con los Albanos; y Tarquinio añadió otros cien senadores de ésta, que tomaron el nombre

de menores gentes. Al flamin (135) dial y marcial de las dos primeras, se agregó el quirinal; y las vestales, que eran dos, llegaron a ser cuatro y más tarde seis.

Rómulo es un jefe de partida, que alberga y protege, al pie de una fortaleza, a mercaderes y agricultores; guerreando gana terreno, que es repartido entre los patricios, quienes ejercen su dominio sobre los plebeyos; si ambos no se dividen en dos castas como en Asia, constituyen dos partidos políticos, que se disputan la preponderancia.

Numa demuestra el carácter sacerdotal de los Etruscos, quienes habían venido a civilizar a los guerreros de Rómulo Quirino; en efecto, la civilización, los ritos, las costumbres y las leyes etruscas tuvieron gran parte en los comienzos de Roma. En cuanto a la religión, los Romanos tuvieron primeramente dos Lares, Vesta y Palas troyanas; admitieron más tarde al latino Jano y al sabino Marte, y al lado de éstos una generación de númenes agrícolas; con gran contraste fueron luego adoptadas las tres mayores divinidades etruscas que se convirtieron en Júpiter, Juno y Minerva. Por fin el Olimpo romano quedó compuesto de seis dioses y seis diosas: Júpiter, Neptuno, Vulcano, Apolo, Marte y Mercurio; Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana y Venus; llamados Grandes Dioses. Seguían a éstos los dioses Selectos: Saturno, Rea, Jano, Plutón, Baco, el Sol, la Luna, las Parcas, los Genios y los Penales. Venían luego los dioses inferiores: Hércules, Cástor, Pólux, Eneas y Quirino, llamados indigetes; y los semones: Pan, Vertumno, Flora, Palas, Averrunco y Rubigo. Más tarde adoptaron los de los vencidos.

Con el dominio sacerdotal rivaliza la ferocidad latina simbolizada por Tulio Hostilio en la destrucción de Alba.

Anco Marcio sigue conquistando los territorios vecinos, pero al mismo tiempo edifica, civiliza, comunica las religiones e introduce en Roma a los Etruscos. Lucumón de estos era Tarquinio, que simboliza tal vez la edad en que Roma fue tomada a los Sabinos y conquistada por los lucumones de Tarquinio, los cuales introdujeron las artes y las comodidades de la gente civilizada, dando a la nación la fuerza que no tuvo la Etruria, y haciéndola capital de una confederación de 47 ciudades. Servio Tulio, jefe de una turba de clientes y siervos etruscos, obtuvo el cetro, y concedió derechos a los extranjeros, no según su cuna, sino en razón de sus riquezas. Repartió las tierras entre los plebeyos, quienes se congregaban en el monte plebeyo del Aventino, no comprendido en el recinto de los muros de Roma.

Para destruir estas franquicias, los aristócratas ayudan a los lucumones, que con el nombre de Tarquino el Soberbio vuelven a dominar en Roma, oprimiendo al mismo tiempo a los nobles sabinos y a los plebeyos latinos: él mismo sacrifica el toro en el monte Albano durante las fiestas latinas. Pero se levantaron las tribus primitivas contra los Tarquinios, y abolieron el reino sacerdotal. Porsena acudió a vengarlos, sojuzgó a Roma e impuso a sus habitantes la prohibición de servirse del hierro, a no ser para los trabajos agrícolas. No sabemos cómo sacudieron el yugo los Romanos, quienes,

después de la batalla del lago Regilo (primer hecho de certeza histórica), donde pereció la estirpe de los antiguos héroes, constituyeron dos cónsules anuales, elegidos entre los patricios.

Esto no significó la conquista de la libertad. Los reyes no eran absolutos ni hereditarios; su poder estaba limitado por el Senado común y por las instituciones religiosas, que lo regulan todo en los tiempos primitivos. El padre era árbitro de la familia; los sacrificios expiatorios se verificaban por los descendientes varones; los juicios eran sagrados; considerábase como sacramento la contestación civil, y como suplicio la pena. Pero el Romano somete la religión al Estado, y sustituye los sacerdotes por un consejo de padres que nombran un rey, el cual puede ser capitán y pontífice; castiga también a los patricios, pero con apelación al pueblo, esto es, al común de sus iguales.

Por pueblo se entendían las tres tribus, forma común de las sociedades antiguas, y de la cual conviene tratar. Las tribus eran o de familia o de lugar. Las segundas correspondían a la división de un país en distritos y aldeas; de modo que era de la tribu todo el que tenía bienes en aquel circuito en el momento de la institución.

Toda tribu se dividía en diez curias, cada una con sacrificios propios y días de fiesta.

Los clientes eran acaso ciudadanos de tierras aliadas, los cuales habían de tener un patrono para ser representados en la ciudad; o delincuentes, puestos bajo el amparo de la casa de algún poderoso, al cual debían obediencia y fidelidad, con obligación de ayudarle a pagar las deudas o rescatarlo si caía prisionero.

Los comicios curiados (136) eran formados por gentes, y solo tenían voto los patricios de las treinta curias. Los jefes de las curias formaban el Senado.

A los vencidos se les quitaba el terreno, dejándoles solo un tercio; descendían a la categoría de plebe, y no tenían voto porque no estaban inscritos en las curias, aunque había entre ellos familias ilustres; sus bodas no tenían derecho legítimo.

El rey tenía interés en reprimir a los aristócratas, favoreciendo a la plebe, y principalmente Servio Tulio dividió a ésta en tribus locales, donde fueron comprendidos los ricos no patricios, y que se reunían en comicios de tribu y comicios centuriados (137). Dividió a los patricios, clientes y plebeyos de la ciudad y del campo en centurias, en proporción a su riqueza procurada por la guerra; por cuyo motivo, el gobierno quedaba todavía en manos de los patricios, pero la familia de estos se confundía con el común de la plebe.

La misión provincial de Roma consistió en asimilarse los elementos extranjeros; pero con la expulsión de los reyes, los plebeyos quedaron a merced de los patricios, quienes cerraron el Senado a los plebeyos y la ciudad a la gente vecina, celosos de mantener su propia superioridad. Necesitaban fórmulas férreas para obtener el derecho y legitimar el matrimonio y la propiedad. El verdadero poder tenía límites sagrados, fuera de los cuales no se tenía propiedad civil. El padre ejecutaba los ritos de la familia

patricia; era déspota, podía azotar, vender y matar a los esclavos, como también a la mujer, si era infiel o borracha; igualmente podía vender hasta tres veces a su hijo, y arrancarlo de la silla curul o del carro triunfal, para juzgarlo en su casa. Solo el patricio tenía derecho imprescriptible sobre los bienes, para él solo era la herencia; nadie podía castigarlo cuando cometía alguna falta; solo la Curia declaraba si había obrado mal. Se observaba la estricta letra de la ley, pero no su espíritu ni su intención.

Sin embargo; junto a esta exclusión oriental surgían los plebeyos, quienes representaban la extensión y la igualdad.

En el territorio de Roma, entre Crustumeria y Ostia, vivían 650000 personas, además de los esclavos, sin otro medio de ganancia más que la agricultura y el botín, siendo abandonadas a los esclavos las artes mecánicas. En caso de necesidad, recurrían al patricio, prometiendo pagar la deuda la primera vez que fuesen llevados a saquear al enemigo, o hipotecando sus campos. De esto resultaba que los patricios iban acumulando cada vez más posesiones, que hacían prevalecer en los comicios centuriados; despojado el plebeyo quedaba a merced del acreedor, el cual podía hacerse adjudicar los terrenos hipotecados, o partirlos en porciones y venderlos al otro lado del Tíber.

Tales opresiones irritaron a los plebeyos, que se retiraron al Monte Sagrado, hasta que consiguieron el nombramiento de dos tribunos de la plebe, con la única autoridad de protestar contra las decisiones del Senado; pero habiendo sido considerados inviolables, poco a poco se hicieron poderosísimos dando mucho más impulso a la libertad que los Parlamentos modernos, y consiguiendo para el plebeyo la dignidad de hombre.

495
Tribunos de la plebe

A fin de tener ocupada a la plebe, los patricios la conducían a interminables guerras, en las cuales, con calculada lentitud y valor indomable por las desventuras, sometieron al Lacio, que estaba dividido entre las dos ligas de Volscos y Ecuos, y de Latinos y Hérnicos.

Colonias Sin embargo, de vez en cuando los plebeyos se levantaban para reclamar el agro, nombre que significaba para los pobres el pan y para los ricos el derecho; los patricios lo concedían, aunque fuera de la línea sagrada, en el terreno de los vencidos, que no daba la legal ciudadanía. Allí se mandaban colonias, a cada una de las cuales le era señalada una porción del terreno conquistado. Practicado un hoyo, se sepultaba en él tierra y fruta de la patria, y con el arado se trazaba el circuito de la futura ciudad; la ternera y el buey que habían estado uncidos al arado, eran sacrificados a la divinidad bajo cuyo patrocinio se ponía la colonia. Todo esto se hacía conforme a la madre patria, con triunviros (138) en lugar de cónsules, y decuriones en vez de pretores; pero lo importante era suministrar soldados a Roma, sin adquirir jamás la independencia, como las colonias griegas.

Los plebeyos acomodados preferían pedir tierras a Roma que poseerlas en Ancio, es decir el campo auspicato de la metrópoli. Así principiaron los pretensiones de la ley agraria, o sea la de conceder también a los plebeyos el territorio de la patria, que daba todos los derechos, y entre ellos el de la boda reconocida, como igualmente el de repartir equitativamente al pueblo las tierras conquistadas, usurpadas por los patricios. Para conseguirlo, los tribunos introdujeron los comicios por tribus, sin necesidad de auspicios, con el derecho de presentar proposiciones y presidir estas asambleas. Ante ellas fueron llamados los que se oponían a la ley agraria; y no pudiéndola hacer aceptar, el pueblo se dejó vencer por sus enemigos, si bien persistió en pedir una ley uniforme y pública. Dictáronla los decenviros, quienes publicaron las XII tablas; pero habiendo abusado del poder supremo, el pueblo volvió a nombrar a los tribunos y a los cónsules, que organizaron la democracia.

Ley agraria

472

449 Las XII tablas, que después quedaron como fundamento del derecho romano, recopilaban las instituciones precedentes, consolidadas por los patricios y ampliadas por los plebeyos, con bodas legales, con herencia hasta testamentaria, con la propiedad inalienable; pero nada demuestra que fuesen ajustadas a los moldes griegos, como se pretende sin fundamento.

La igualdad de derecho en ellas sancionada tardó mucho en ser un hecho; el patricio conservaba aún los augurios, o las fórmulas indispensables para ser autoritario en los juicios, por lo que el plebeyo no podía presentarse ante el tribunal, sino por vías de su patrono, quien le indicaba los días buenos o malos, faustos o nefastos, y las ceremonias indispensables para obtener audiencia. En cuanto al derecho político, se restablecieron los tribunos, quienes todo lo podían cuando estaban todos de acuerdo; y las leyes hechas por la plebe eran también obligatorias para los nobles.

Entonces los plebeyos pidieron las bodas legales, como también el derecho de poderse casar con nobles, y aspirar al consulado; de modo que, rotas las barreras, no había quien, por su inteligencia o por su actividad, no pudiese elevarse en la magistratura, cuyos cargos eran todos electivos.

444

Censura Para ordenar aquel encumbramiento se inventó la censura, ejercida por los que habían desempeñado bien los otros cargos. Cada cinco años (lustro), los censores pasaban revista al pueblo en el Campo de Marte, examinaban su conducta y sus facultades, reformaban la distribución, haciendo subir a unos y bajar a otros, y

clasificando algunos entre los que no tenían más derechos de ciudadanos que el de pagar el tributo; quitaban el caballo al jinete indigno y destituían a los senadores que hubiesen perdido el censo o se hubiesen deshonrado.

443

Licinio Estolón propuso una ley que mitigaba la condición de los deudores, anulando los intereses acumulados, limitaba quinientas yugadas la extensión del ager público, debiendo distribuirse el resto entre los pobres; y disponiendo que uno de los cónsules fuese siempre plebeyo. Otros tribunos obtuvieron que los plebeyos entrasen en el colegio de los sacerdotes sibilinos, pudiesen obtener la pretura, la edilidad, el pontificado, la dictadura y hasta la censura; por fin se abolió el voto de la curia, haciendo obligatorio para todos el Plebiscito, mediante el consentimiento del Senado; los auspicios podían ser tomados también por los tribunos y luego fueron públicos el calendario y las fórmulas jurídicas De este modo el pueblo conquistó el derecho y al justo Júpiter. Guardose proporción entre los derechos del pueblo, del Senado y de los nobles; la libertad romana se formuló en autoridad del Senado (autoridad no de dominio pero sí de tutela), imperio del pueblo y poder de los tribunos.

305

23. -Los Galos

La primera luz de la historia nos muestra a los Galos en el país situado entre los Alpes, el Rin (139), el Mediterráneo, los Pirineos y el Océano, y en las dos islas de Alb-in y Er-in (Inglaterra e Irlanda), divididos en tribus que se extendieron hasta Italia, donde los encontramos bajo el nombre de Umbros, y en donde quedaron en parte, aunque vencidos por los Etruscos. En la Galia sufrieron terribles vicisitudes, especialmente con la irrupción de los Cimbros; por cuyo motivo muchos volvieron a Italia con el biturigio Belloveso, y habiendo encontrado a los restos de los Umbros, adoptaron el nombre de Isumbros, que aquellos habían conservado; fundaron a Mediolano, esto es el país del medio (met-land), donde se juntaban para las asambleas y los sacrificios. Rechazados los Etruscos, fundaron a Brescia y Verona, al paso que otros, entrando por los Alpes Marítimos, se establecieron en la margen derecha del Tesino; otros pasaron el Erídano y poblaron a

Plasencia, Felsina (Bolonia) y hasta Sinigaglia, destruyendo las ciudades etruscas, exceptuando a Mantua y Melpo en la Transpadana (140), y a Rávena, Butrio y Arimino en la Umbría; y llevaron sus saqueos hasta la Magna Grecia.

Aumentados en número, quisieron mandar una colonia a la Etruria, donde Breno los guió contra Roma. Los Romanos abandonaron la ciudad y ésta fue destruida. Unos cuantos héroes se refugiaron en el Capitolio, hasta que Furio Camilo, que había sido desterrado de la patria, reunió a los emigrados y rechazó con ellos a los Galos.

También este suceso tiene visos de ser demasiado poético; otra tradición afirma que Roma fue rescatada con oro llevado a la Galia y recobrado posteriormente por Druso. Los Romanos determinaron salir de su mal defendida patria, pero los patricios, que con este abandono hubieran perdido sus derechos, los decidieron a reedificar la ciudad. Los Galos se retiraron al país que por ellos fue llamado Galia Cisalpina y no dejaron nunca de molestar a los Romanos, los cuales conservaban un tesoro para los casos de guerra contra aquellos.

24. -Edad heroica de Roma

Aquellas vicisitudes interrumpieron el progreso de Roma, que se limitó a igualar el derecho en el interior, y a asimilarse nuevos pueblos, por lo que tocaba al exterior. En contra de los Griegos, celosos de la originalidad, y por lo tanto aislados, Roma se abría a todos y se convertía en capital de una sociedad siempre creciente, cuyos miembros disfrutaban de mayores o menores privilegios; acción social que tendía a una unificación hasta entonces desconocida en el mundo. Así fueron ciudadanos los habitantes de Ceres, Veyos, Fidena y Falera.

Roma usó a menudo de la fuerza, sobre todo al principio, a fin de conquistar las poblaciones itálicas. Sostuvo incesante lucha con los Ecuos y los Volscos; conquistó varias ciudades a la aristocracia etrusca, y a Veyos, tras de un sitio de diez años, donde aprendió a pasar el invierno bajo los árboles y a señalar un sueldo a los combatientes; en la guerra contra los Galos, mejoró su táctica.

Terribles adversarios suyos fueron los Samnitas, que sometieron a los Campanos, quienes pidieron auxilio a los Romanos para redimirse. Entonces los Romanos salieron por primera vez del miserable Lacio para conocer la gentileza y corrupción de Grecia, a las cuales se aficionó de tal modo el ejército, que pidió que se transportara allí su patria; habiéndole sido negado esto, se volvió contra Roma y la puso en revolución, intimándole la abolición de la usura. El Lacio se resintió de aquella insurrección militar y se alió con otros pueblos para reprimir el orgullo de Roma, hasta querer que la mitad de los senadores y uno de los cónsules fuesen latinos. Resultó de esto una terrible guerra, marcada por hechos

heroicos, donde la nacionalidad latina y campania fue aniquilada, trasladados a otra parte los habitantes, y destruido el país de los Volscos. Roma armó luego a todos estos pueblos contra los montañeses Samnitas, Vestinos, Lucanos, Ecuos, Marsos, Ferentinos y Pelignos. Pero estos llegaron a encerrar el ejército romano en un valle, obligándole a deponer las armas y a pasar desarmado por debajo de una cruz jurando sumisión. Habiendo violado su juramento, los Romanos volvieron y maltrataron atrozmente a los prisioneros y a los rebeldes, rodeando luego de colonias a los Samnitas, los cuales invocaban la federación etrusca.

Guerra latina
320

Horcas caudinas
318

Sobrevino una guerra señalada por las empresas de Fabio Máximo, Papirio Cursor, Curio Dentato y Decio, gracias a los cuales pidieron una tregua de treinta años Perusa, Arezzo y Cortona; las demás ciudades etruscas volvieron a renovar el pacto sagrado y combatieron obstinadamente hasta que fueron derrotados en el lago Vadimón, sin que jamás pudiesen reponerse. Sucumbió la independencia etrusca y se disimuló la esclavitud bajo el nombre de Socios Itálicos.

La depresión de los pueblos engrandecía a Roma. En balde los Samnitas volvieron al ataque, como igualmente los emigrados Etruscos, los Galos, los Umbros y cuantos gemían bajo el yugo romano; vencidos en Sentino y en Aquilonia, fue abandonado su país a la devastación y vendidos los prisioneros, y se hizo, con las armas quitadas al país, una estatua a Júpiter en el Capitolio, la cual se veía desde el monte Albano.

656 Aquí concluye la edad heroica de los Romanos, toda virtud intrépida y feroz, toda soberbia de los patricios contra el vulgo, la plebe y los vencidos que pedían los derechos del hombre. La espada exterminaba, pero sin embargo unía a los pueblos, preparando su fusión y su común procedimiento.

25. -Magna Grecia

Domados sus más tenaces enemigos, los Samnitas, se halló Roma en frente de la Magna Grecia y la Sicilia. Aquellas colonias un tiempo florecientes, se habían empobrecido a consecuencia de la guerra con los Lucanos y con el rey Dionisio, como también por las discordias intestinas, donde el éxito era para el tirano que gastase o pelease, y donde hubo a veces bandas de mercenarios que esparcían la desolación y el terror. Entre las repúblicas de la Magna Grecia

florecía Tarento que armaba hasta 20 mil infantes y dos mil caballos, con poderosa marina, viva industria y grandes sabios, entre los cuales descolló Arquitas. Valíase únicamente de soldados extranjeros, y tomó a su servicio a Arquidamas, rey de Esparta y padre de Agis, a Alejandro rey del Epiro, y al valiente Pirro, cuando se vieron amenazados por las huestes romanas, Pirro vence desde luego a los Romanos, y auxiliado por Samnitas, Lucanos y Mesapios, llega hasta Preneste. Admirando el valor, la disciplina y el desinterés de los Romanos, solo ansiaba hacer la paz con ellos; pero Apio Claudio, ilustre por haber familiarizado a la plebe, hasta con el sacerdocio, construyó un acueducto de ochenta estadios, abrió el camino de Roma a Capua, y aconsejó contestar al enemigo: «Si quiere la paz, que salga de Italia.» Pirro embarcó nuevamente elefantes y hombres, y pasó a Sicilia para expulsar de allí a los Cartagineses. Vuelto al continente con un rico botín, fue vencido por Curio Dentato; de modo que volvió a Grecia sin fruto.

Pirro
280

Roma que, combatiendo con los Galos y los Samnitas, había mejorado su táctica, comenzaba a no temer a los extraños y tendía a asimilarse lejanos pueblos.

26. -Primera y segunda guerra Púnica

Cartago En la costa septentrional del África florecía el único Estado libre que había conocido aquel continente: la primera República conquistadora y comercial que la historia recuerda, y que los resuelve el difícil problema de enriquecerse sin perder la libertad. Sensible es que poco la conozcamos, y que solo autores extranjeros nos hablen de ella.

Las discordias civiles de la Fenicia, obligaron a parte de los ciudadanos a emigrar hacia el septentrión del África, donde otras colonias se habían establecido, por la fertilidad del suelo y las fáciles comunicaciones con la riquísima España. La fabulosa Dido construyó la fortaleza de Birsa, en torno de la cual surgió Cartago, en un ancho golfo entre el cabo Bueno y el de Zibid, y entre las ciudades de Túnez y Utica, a cien millas de Sicilia. Independiente de la madre patria por su origen, mandaba sin embargo dones al Dios de Tiro, y acogió a las familias de ésta cuando la sitió Alejandro, como Tiro rehusó a Cambises la flota para atacar a Cartago. Fue amiga de sus fieros y bárbaros vecinos; rivalizó con Cirene; fundó colonias en la costa, más bien aliadas que incluidas en la confederación, y vejadas a menudo por exigencias mercantiles. De ellas traía hombres y dinero, no tanto para conquistar, como para

fijar otros establecimientos comerciales, mayormente en las islas. Subyugó a la Cerdeña, las Baleares y la Córcega; invadió la Sicilia, las Canarias y Madeira; y fundó otras colonias en España y en la costa occidental del África.
869

Las colonias eran de pobres, que iban con la esperanza de enriquecerse a expensas de los indígenas; preparaban en las costas sus mercancías del interior, que eran después transportadas por los buques, y permanecían sujetos a la metrópoli, a la cual las unía el culto sanguinario de Melcarte.

509 Magón, con sus dos hijos Asdrúbal y Amílcar, y seis sobrinos, contribuyó bastante al incremento de los Cartagineses. Principalmente ambicionaban la Sicilia, de que dependían su dominio en el Mediterráneo, la provisión de la marina, el comercio del aceite, de los vinos y los granos; pero nunca pudieron prevalecer contra los Griegos, que defendían allí sus ricas e independientes ciudades. Sin embargo los molestaban siempre, aliándose hasta con tiranos de Sicilia; y en la paz del 382 obtuvieron un tercio de la isla. Trataron de establecerse en Italia aliándose con los Etruscos y Romanos; mas eran mirados con recelo.
Magón

Hannón Hannón fue enviado a fundar una cadena de colonias en la costa occidental del África, a lo largo del Atlántico; y se ha conservado su Periplo, donde describe cómo habiendo salido con 60 naves, a bordo de las cuales iban 30 mil colonos, que él distribuyó en seis ciudades, siendo la mayor Cartagena, prolongó su viaje hasta la Senegambia. Al mismo tiempo, Imilcón colonizaba la costa occidental de Europa hasta Inglaterra; y los establecimientos púnicos y marselleses contribuyeron a civilizar ambas costas de la Mancha.

Cuidaban los Cartagineses de asegurarse el monopolio y reprimir la piratería; del interior del África sacaban esclavos negros; de la Grecia oro y pedrería; algodón de Malta; betún de Lípari; hierro del Elba; cera, miel y esclavos de Córcega; de las minas de España, solamente la familia de Aníbal sacaba 300 libras de plata al día; y hasta iban a las islas Casitérides (141) (Sorlingas) a recoger estaño y ámbar. Por tierra buscaban oro, dátiles y sal en el interior del África, adonde iban en caravanas; y traían víveres de la Zeugitana y de la Bizacenia para el abastecimiento de la ciudad.

Estas colonias solo estaban de acuerdo en odiar a Cartago, émulas de la cual fueron Túnez, Áspid, Adrumeto, Ruspina, Leptis, Tapso y Utica.

En lucha con Etruscos, Griegos y Marselleses, los Cartagineses

aumentaron sus fuerzas, y reparaban prontamente las pérdidas, con soldados mercenarios. Su flota era numerosísima, y su caballería se componía de nobles cartagineses. Su religión, análoga a la de los Fenicios, tenía algo de su carácter avaro y melancólico; hacíanse sacrificios humanos, por más que Darío y Gelón impusieron que se cesara de ensangrentar los altares. El gobierno era aristocrático y conservador, con nobleza hereditaria; dos sufetas presidían el senado y juzgaban; si alguno intentó ejercer la tiranía, no lo consiguió; las penas eran horribles. Más tarde, durante la guerra con los Romanos, Aníbal hizo decretar que los magistrados fuesen anuales. La riqueza daba predominio a ciertas familias. Los capitanes carecían de autoridad civil; concluida la campaña volvían a ser simples particulares, y a menudo eran condenados a muerte después de una derrota.

El territorio era cuidadosamente cultivado; en 28 libros habló Magón de todas las industrias campestres. Cuéntanse maravillas de algunos edificios de Cartago y de sus monumentos.

509 En el año de la expulsión de los Tarquinios, concluyó Roma con Cartago una alianza que es el documento más antiguo de la república romana, y que, a diferencia de los historiadores, ya presenta a Roma grande y poderosa, y dueña de otros pueblos latinos, pero que estipula que ni Roma ni sus aliados navegarán mas allá del Cabo Bueno; que en cambio no pagarán contribución al llegar a Cartago y obtendrán justicia; que los Cartagineses no perjudicarán a los pueblos de Ancio, Ardea, Laurento, Circeos y Terracina, ni construirán fortalezas, ni permanecerán armados en ellos.

318 En virtud de un segundo tratado, los Cartagineses, con los de Tiro y Utica y sus aliados, cedían a los Romanos las ciudades latinas no dependientes de Roma de que se apoderasen, reservándose el oro y los prisioneros; en cambio los Romanos no fabricarían ciudad alguna en África ni en Cerdeña; y habría en fin reciprocidad de comercio. Tratábanse, pues, de igual a igual; pero Cartago poseía tesoros bastantes para comprar cuantos soldados quisiese y prevaleció en el mar; mientras que Roma tenía la preponderancia natural de un pueblo guerrero sobre un pueblo comercial.

Sicilia La Sicilia estaba dividida entre los Cartagineses, los Siracusanos y los Mamertinos; viéndose presos estos últimos entre dos enemigos, pidieron auxilio a Roma. Apio Claudio embarcó muchas tropas en bajeles de la Magna Grecia; pero los dispersaron los Cartagineses. Entonces Hierón, rey de Siracusa, favoreció a los Romanos, que ocuparon a Mesina por traición y concibieron la esperanza de expulsar a los Cartagineses de la isla; en 18 meses tomaron 67 plazas fuertes y a Agrigento, donde vendieron 25 mil esclavos; entre tanto Hannón, en venganza de la engañosa Mesina, degollaba a todos los Italianos que cogía.

269

Primera guerra Púnica Los Romanos aprontaron naves; improvisada una flota, Duilio ganó la primera victoria marítima, y fueron conquistadas Córcega, Cerdeña y las islas menores. Los Romanos desembarcaron en África para asaltar a Cartago, pero el cónsul Atilio Régulo, después de haber sojuzgado a doscientas ciudades, fue vencido y hecho prisionero. Durante ocho años, no les fue propicia la fortuna a los Romanos, mas luego recuperaron la Sicilia; después de gravísimas pérdidas por ambas partes en las islas Egates (142), se concluyó la paz y fue cerrado el templo de Jano.
260

Los Griegos de Sicilia no supieron aprovecharse de aquella guerra; así la isla toda fue a poder de los Romanos, que la convirtieron en una provincia. Los Romanos tendrán que luchar pronto con los Ilirios, después con los Etruscos aliados con los Samnitas y los Galos; los vencerán y establecerán en Sena una colonia, puesto avanzado hacia la Cisalpina. En esta los Galos prosperaban, pero ansiosos de turbarlos, los Romanos ganaron algunos pueblos y los combatieron después abiertamente; invocaron aquellos a sus hermanos transalpinos, y llegaron con ellos a tres jornadas de Roma; pero al fin quedaron vencidos por Marcelo, quien tomó a Milán y el resto de Insubria; de tal modo sujetó Roma a toda Italia, que podía armar 800 mil hombres.

222

238 Los mercenarios, de que se valía Cartago, le fueron molestos a menudo, y osaron asediarla por fin, pidiendo mayores sueldos. Mas con la superioridad de la disciplina, cercó Amílcar a los rebeldes y mató a 40 mil: luego peleó él mismo, casi independiente, contra los Númidas y España, hasta quedar derrotado y muerto. Sucediole su yerno Asdrúbal, quien gobernó despóticamente la España y trató quizá de formar con ella un reino, con Cartagena por capital; pero un esclavo galo le dio muerte.

221 El ejército tomó por jefe a Aníbal, hijo de Amílcar, quien lo había educado en los duros ejercicios de la guerra española, y al consagrarlo con el fuego en el ara de Melcarte, le había hecho jurar odio eterno a los Romanos. Guerrero inteligente, insensible a las fatigas, resolvió llevar la guerra a Italia. Domados los pueblos españoles, asedió a Sagunto, que resistió hasta que los ciudadanos, perdida toda esperanza, se arrojaron en las llamas que destruían la patria.
Aníbal

Sagunto
219

Segunda guerra Púnica Los Romanos, que debieron haber defendido aquella ciudad cual barrera a los dominios cartagineses, deploraron tarde su destrucción, y estalló la guerra más famosa de cuantas ensangrentaron el mundo. Aníbal, enorgullecido con tantas victorias, condujo su ejército por los Pirineos y los Alpes, invitando a los Galos a sublevarse contra Roma, que tendía a sojuzgarlos con las colonias de Plasencia y Cremona; pero de los 50 mil infantes y 20 mil caballos con que había salido de Cartagena, no le quedaban más que 20 mil infantes y 6000 caballos después de haber atravesado los Alpes. Con estas fuerzas venció a Escipión junto al Tesino y a Sempronio en el Trebia; dirigiose a Arezzo por el camino del Arno y del Clani, y en el Trasimeno volvió a derrotar a sus enemigos. Las poblaciones favorecían al pretendido libertador, y Roma se halló en tal apuro, que eligió dictador a Fabio Máximo. Este se dedicó a cortar puentes y vías de comunicación, y a esperar, persuadido de que el ejército de Aníbal se cansaría. Este ejército pasó de la Umbría hasta Espoleto devastando floridas campiñas, y alcanzó en Cannas, a orillas del Ofanto, otra gran victoria, con la muerte de unos 70 mil Romanos y del cónsul Paulo Emilio.

217
217

Apartado Aníbal de su base que era la Galia, no le era posible rehacer su ejército; había perdido muchos elefantes y la mayor parte de sus caballos; por cuyos motivos pedía socorros a Cartago; pero Hannón, gran adversario de su casa, impedía que le fuesen mandados, ya para moderar su fogosidad, ya porque temiese que una fortuna excesiva lo tentase a constituirse en tirano de la patria. Por otra parte, un ejército romano, llegado a España, impedía que por este lado le fuesen expedidas tropas a Aníbal. Lo que más contenía al aventurero, era la perseverancia de los Romanos, que se negaban a establecer convenios, y hasta a admitir el canje de los prisioneros; que de todo hacían armas, y que enviaron a Marcelo a castigar a Siracusa por haberse sublevado. Esta ciudad fue defendida por Arquímedes; pero sucumbió y se encontraron en ella más riquezas que después en Cartago; un soldado mató al gran matemático Arquímedes. También Capua fue tomada y Aníbal se retiró a la Daunia y la Lucania.

212
Arquímedes

En España, Publio Cornelio Escipión, de 24 años de edad, se presentó a vengar a su padre y a su tío, muerto por los Cartagineses, y condujo las naves romanas a la victoria; pero no pudo impedir que Asdrúbal condujese un ejército a Italia. Ya se consolaba Aníbal con su próxima llegada, cuando le arrojaron al campo la cabeza de Asdrúbal; después de lo cual tuvo que permanecer

a la defensiva en los Abruzos, hasta que Escipión, sometida la España cartaginense, fue a poner sitio a Cartago. Esta tuvo que llamar a Aníbal, quien volviendo a pesar suyo de Italia, hizo frente a Escipión en Zama y quedó vencido. Cartago concluyó la paz, conservando su territorio y cediendo sus elefantes y sus naves; obligándose a no emprender guerra alguna sin el consentimiento de Roma, a la cual pagaría, en 50 años, 10 mil talentos; y entregando cien rehenes. Cartago había perdido 500 naves, y tenía a sus puertas a Masinisa, rey de Numidia, aliado de Roma e incesante enemigo suyo. Las desgracias engrandecieron a Aníbal, quien, apoyado por 6500 mercenarios, se hizo nombrar sufete (143), deprimió a los aristócratas y a los ricos; y con la agricultura y el comercio procuró reanimar a la aniquilada Cartago, que él quería convertir en centro de una gran liga contra Roma.

27. -Guerras de Roma en Europa y Asia

Pero Roma adquiría el audaz vigor que dan continuas victorias. En la guerra con Aníbal había visto devastar la península, mas se había asegurado el dominio de toda Italia y de los mares. Pero en España, donde tenía dos provincias, la independencia nacional luchaba aún con ventaja. En la Galia Cisalpina, el cartaginés Magón suscitaba la guerra, y solo después de fieras batallas, Claudio Marcelo tomó a Como y los 28 castillos que la rodeaban; despiadados procónsules continuaron robando y oprimiendo, hasta que Insubrinos, Chenomanos, Vénetos y Ligurios quedaron sometidos, y formose la provincia de la Galia Cisalpina, haciendo confinar la Transalpina con los Alpes.

196

187

Mientras tanto, en Oriente se querellaban entre sí los Estados, salidos de la descomposición del gran imperio de Alejandro, corrompidos bajo el barniz de la urbanidad, con gobiernos inmorales e inicuos sin ser fuertes. En sus disensiones, esperaban ayuda de los Romanos. Filipo III de Macedonia hubiera podido unir la liga Etolia con la Aquea, y al frente de los 28 Estados de la Grecia oponerse a los Romanos; pero lo impidieron las rivalidades; Filipo mismo deshonró a la familia de Arato, envenenando a este después, cuando desempeñaba por la décima séptima vez el cargo de pretor de los Aqueos, y trató de asesinar a Filopemén (144); por todo lo cual los Etolios y Espartanos invocaron en contra suya a los Romanos.

Flaminio en Grecia Estos, so pretexto de proteger a los débiles, mandan a Tito Quinto Flaminio (145), león o zorra según las circunstancias, quien reúne a muchos de los combatientes que se habían adiestrado en la guerra contra Aníbal y Asdrúbal, y se dirige

a Grecia prometiendo al pueblo la libertad; recibe a sus diputaciones, y la sojuzga luego astutamente. Ataca después con la legión romana a la falange macedonia, y la destruye junto a las colinas de los Cinocéfalos (146).
198

Batalla de los Cinocéfalos

En vez de exterminar a Filipo, le obligó a retirar sus guarniciones de los diferentes Estados de Europa y de Asia, de modo que quedasen independientes, y le obligó también a no emprender guerra alguna sin el consentimiento de Roma. Presidiendo los juegos ístmicos, anunció que Roma declaraba libres a todos los Griegos. Inmensa fue la alegría de los Griegos, quienes compraron y regalaron a Flaminio 1200 Romanos, prisioneros de la guerra de Aníbal.

Pero dejar independiente a cada una de las ciudades, era tenerlas débiles a todas; inquietos los Etolios intentaron tomar a Esparta y otras ciudades; mientras que en la Galia y en España sublevaban a los vencidos, aunque sin dominar a las poblaciones, fuertemente instigadas par Aníbal.

Antíoco el Grande

Las ciudades griegas del Asia pretendían participar de la proclamada libertad; pero Antíoco III, llamado el Grande por su fortuna militar y por su clemencia y liberalidad, pretendió que los Romanos no debían entrometerse en las cuestiones asiáticas, del mismo modo que él no se metía en las italianas; muerto Tolomeo Filipátor, aspiraba Antíoco a la Fenicia y al Egipto. Lo incitaba el indómito Aníbal, confiado en tener un ejército con que tentar de nuevo la suerte en Italia, donde únicamente podía vencerse a los Romanos; pero Antíoco empezó a desconfiar de él. Ambicionaba la Macedonia, donde Filipo concedió el paso a los Romanos, que lo derrotaron por mar y por tierra y la redujeron a la guerra defensiva. Lucio Escipión, después de haber pasado el Helesponto, derrotó en Magnesia al inmenso ejército de Antíoco, quedando para siempre abatido el poder de la Siria. Antíoco, hecho tributario de Roma, debió entregar todos sus elefantes y bajeles, dar en rehenes a su propio hijo, dejar que se formasen dos reinos en la Armenia, y tolerar al lado a Eumenes, rey de la Frigia y de la Lidia. Asesinado Antíoco, su hijo Seleuco IV Filupátor vivió en la paz que le imponía la flaqueza de sus medios.

190

Los Gálatas, estacionados en la Galacia con un gobierno militar poníanse al servicio de los reyes de Siria y de Pérgamo, hasta que los Romanos los vencieron y obligaron a cesar en sus latrocinios y a aliarse con Eumenes. Las ciudades de la Tróade y de la Eólide, bendecían a Roma por haberlas librado de aquellos bandidos.

En el transcurso de diez años, Roma se había convertido no en señora, pero sí en árbitra de cuanto se extiende desde el Éufrates

al Atlántico; tenía bajo su tutela a Egipto, y en la servidumbre a los Estados menores; y acogía las quejas que todos le presentaban contra sus respectivos soberanos. Pero con esto perdía el carácter original, y el vencido Oriente se vengaba comunicándole sus vicios. Introducíanse nuevos númenes y ritos insólitos; de la Campania se tomaban los juegos de gladiadores; de la Etruria las bacanales obscenas y crueles. Los conservadores deploraban ver introducida la medicina racional, el lujo de los relojes, de los vestidos, de los teatros y la cultura griega, favorita de la casa de los Escipiones. En elogio de éstos, el calabrés Ennio compuso un poema sobre la primera guerra púnica. El campano Nevio inventó la tragedia prStextata, en la cual zahería a los soberbios patricios, conservadores tenaces de la patria potestad, quienes pretendían ser superiores a las leyes. A las innovaciones se oponía Marco Porcio Catón, censor, modelo de la antigua severidad, que hacía a pie todas las marchas, castigaba sin misericordia a las ciudades vencidas, reprobaba a Tucídides, a Demóstenes, a Sócrates y al sofista Carnéades, que tan pronto sostenía la justicia corno la injusticia. Catón contrariaba a los Escipiones, mayormente al Africano, pidiéndole cuenta de los gastos de guerra, de modo que el insigne guerrero tuvo que retirarse y murió en Linterno; sus sobrinos fueron acusados de haber malvertido [sic] dinero en la guerra de Antíoco.

Roma no podía estar segura mientras viviesen Aníbal y Filipo. El primero logró que le hiciese la guerra Prusias, rey de Bitinia; pero Roma pidió después al vencedor que le entregase a Aníbal, y este se dio muerte envenenándose.

Filopemén Libres de aquel temor, los Romanos empezaron a fomentar las enemistades en Licia contra los Rodios, y en Esparta contra los Aqueos, los cuales después de Arato y Cleomenes, tenían al frente a Filopemén, héroe de rústicos modales, que ganaba el sustento de su familia cultivando sus campos, y rescataba prisioneros con el producto de la guerra. Mejoró la táctica de los Aqueos; asedió y mató a Macánidas, tirano de Esparta, la cual, unida a la liga, ofreció a Filopemén dones que éste aconsejó emplear comprando a los agitadores del pueblo. Pero desavenidas las ciudades de la liga, se interpuso Flaminio. El austero Filopemén, que calmaba y vencía, cayó en poder de los Mesenios, y fue condenado a beber la cicuta. Se dijo (147) que con él pereció el último de los Griegos.

Sus partidarios, y especialmente Calícrates, se vendieron a los Romanos, preparando la ruina de su patria por medio de la corrupción. Tarde se apercibió Filipo de Macedonia de lo peligroso de su amistad con los Romanos. Llamado a Roma a justificarse, se vio obligado a enviar a su hijo Demetrio, quien con sus virtudes se hizo amar del pueblo y aborrecer de su hermano Perseo, el cual indujo a su padre a condenarlo a muerte. Pronto arrepentido, Filipo murió de pesadumbre.

178 Subido al trono, Perseo se aprovechó de las grandes fuerzas aprontadas por su padre, para combatir a Roma, excitando contra ella lo mismo a los pueblos bárbaros que a los Griegos y a los Cartagineses. Contra él tuvo a Eumenes de Pérgamo, Antíoco de Siria

y Tolomeo de Egipto; sin embargo hizo sufrir a los Romanos una gran derrota en las inmediaciones del monte Osa (148). En vez de aprovecharse de la victoria, pidió la paz, con lo cual desalentó a sus aliados, que lo abandonaron cuando volvieron a romperse las hostilidades. Paulo Emilio, valeroso capitán de aristocrática soberbia, terminó con el reino de Alejandro en la batalla de Pidna; la Macedonia fue declarada libre; Paulo Emilio recibió los honores del triunfo más fastuoso que se recordaba; y el último rey de Macedonia fue arrojado en un hediondo calabozo, donde murió de fatiga.
Perseo

168
22 de junio

Mientras tanto, a los Romanos no les bastaba tener a la Grecia bajo nominal dependencia, y querían convertirla en provincia suya. La liga Aquea, después de la caída de los grandes hombres, se hizo odiosa y fue presa de los intrigantes vendidos a Roma. Calícrates, el peor de éstos, indujo a los Romanos a exigir que los que habían favorecido a Perseo fuesen a Roma a justificarse. Eran más de mil, flor y nata del país, y fueron detenidos 17 años a solicitar un juicio. Los pocos que volvieron, solo pudieron llorar la decadencia de la patria. Hasta la Macedonia, poco antes cabeza de un inmenso imperio, gemía de verse reducida a provincia, y trató de sublevarla un falso Filipo, quien alcanzó varias victorias contra los Romanos, pero fue preso al fin, y Metelo sometió definitivamente a la Macedonia. También la Liga Aquea, que se había aprovechado de la guerra para sacudir el yugo, fue vencida por Metelo; Mummio sojuzgó a la riquísima Corinto, entregándola a las llamas; derribados los muros de las ciudades, y abolido el gobierno popular, toda la Grecia fue reducida a provincia romana.
167-150

146 Fue testigo de estas destrucciones el historiador Polibio, uno de los Aqueos residentes en Roma, donde se conquistó la amistad de los grandes, principalmente de los Escipiones; acudió a los peligros de la patria, y ésta le erigió una estatua con la siguiente inscripción: A Polibio que escuchado hubiera salvado a la Acaya, y en la desventura la confortó.
Polibio

28. -Últimos sucesores de Alejandro. Los Hebreos

Del mismo modo que la Macedonia, fueron sojuzgados el Epiro y la Asiria, figurando ser libertados. Rodas conservó sus dominios; después fue destruida por un terremoto, que dio ocasión a generosísimos socorros de parte de pueblos y de reyes. Eumenes, Prusias y Masinisa no conservaron la corona más que con bajezas en vez de Roma, que procuraba siempre debilitarlas. Tolomeo V Epífanes, joven de ocho años fue encomendado por sus tutores a la tutela del Senado romano, y al reinar, se entregó a los vicios, que a los veinte y ocho años le precipitaron en la tumba. Tolomeo Filopémenes le sucedió a la edad de cinco años, y Antíoco IV Epífanes le tomó el país y lo hizo prisionero, por lo cual acudió a los Romanos, que obligaron a Antíoco a desistir y ceder a Chipre y a Pelusio.
227

Los Tolomeos

Tolomeo partió el reino con su hermano Fiscón, mas pronto se enemistaron, y aunque Roma sostuvo a Fiscón, Filometor prevaleció por la asistencia de los súbditos.

En el civilizado y riquísimo país de la Siria, cuya capital era Antioquía, «perla del Oriente», y con fasto asiático y suntuosísimos juegos de Dafne, Antíoco Epífanes mereció el desprecio de los suyos por su empeño en cambiar las costumbres. En vano aduló a Roma, a la cual debía un tributo, y se procuró con dádivas la protección de los poderosos. A pesar de las riquezas del país y de las adquiridas en Egipto, arruinaba la hacienda, y en mal hora pensaba reponerla con el saqueo de los templos.

520 Esto quiso hacer con el de Jerusalén, que los Hebreos vueltos de la esclavitud de Ciro habían fabricado, no con la suntuosidad del templo de Salomón, pero sí con la profética promesa de que vería al salvador de Israel. Esdras, descendiente de Aarón, restableció la ley de Moisés, recogiendo el perdido códice de la memoria de los ancianos, ayudado de Aggeo, Zacarías y Malaquías, y de la inspiración divina. Él mismo escribió la historia de sus tiempos, sustituyendo el carácter caldaico del antiguo hebraico; eliminó las profanaciones del culto, introducidas en la esclavitud, y purgó los matrimonios con extranjeros. Nehemías condujo a Palestina otros Indios, cercó de murallas a Jerusalén, continuó purificando las maleadas costumbres y los ritos, y sostuvo frecuentes litigios con los Samaritanos, que habían edificado la ciudad de Siquem y otro templo en el monte Garizim, pasando de los más rígidos rituales a la idolatría. Los Hebreos dependían de los sátrapas de la Siria; pero al decaer éstos, adquirieron autoridad los grandes sacerdotes, que fueron al cabo verdaderos jefes de la nación, siempre amiga de los Persas, que después de las conquistas de Alejandro Macedonio corrió la suerte de la Fenicia y de la

Cele-Siria.
Esdras

Las desventuras sufridas habían infiltrado la idea de un próximo redentor; pero se habían interrumpido las penitencias y las solemnidades, al mismo tiempo que se habían introducido opiniones y supersticiones caldeas, y las sutilezas griegas en la interpretación de los libros sagrados. Deriváronse varias sectas, siendo de las principales los Saduceos, quienes decían que bastaba la justicia positiva y que no había un mundo superior ni póstumas recompensas; y los Fariseos, quienes además de la ley escrita, observaban prescripciones orales, daban misteriosas explicaciones de las ceremonias y de las profecías, creían en los premios y castigos de la otra vida, de donde deducían la necesidad de abluciones, plegarias y ayunos, y hacían ostentoso alarde de austeridad y prácticas indeclinables.
Saduceos
Fariseos

Los Esenios eran una especie de monjes, que vivían en el desierto, lejos de todo trato, comiendo juntos y vistiendo un traje común.

Mientras que la primera sinagoga, fundada por Esdras no hacía más que recoger y revisar el texto del antiguo Testamento, una segunda quería explicarlo y comentarlo por vía de tradiciones orales, por lo cual se llamaban Tradicionalistas, en el evangelio Escribas, y servían de asesores en las cortes de justicia.

280 Tolomeo Filadelfo, queriendo enriquecer la biblioteca de Alejandría hasta con los libros de los Hebreos, los hizo traducir al griego, traducción llamada de los Setenta, sobre la cual se acumularon tantas fábulas.
Versión de los LXX

Caído el reino de Antígono, los Hebreos obedecieron a los Tolomeos, siempre gobernados por el gran sacerdote con el título de etnarca, asistido de un sanedrín (149). Las riquezas del país y del templo estimularon con frecuencia la codicia de los vecinos. Cuando Tolomeo Filopátor quería penetrar en el santuario, fue detenido por un misterioso terror, del cual se vengó oprimiendo a los Hebreos que moraban en Alejandría, y obligándoles a renegar de su Dios; pero encontró generosa resistencia. Disgustados los Hebreos favorecieron a Antíoco el Grande a rechazar a los Egipcios, por cuyo servicio fueron gratificados con privilegios y dones. Seleuco Filopátor mandó a Heliodoro a despojar el templo, pero fue rechazado el sacrílego por un milagroso guerrero. Mas los sacerdotes mismos se contradecían y desprestigiaban; la fe disminuía, y se introducían los ritos orientales.

No faltaban generosas resistencias, como la de una madre que consintió en morir con siete hijos, antes que comer carnes sacrificadas; y la del sacerdote Matatías, que con cinco hijos derribó las aras y se refugió en los montes restaurando los ritos de los antepasados. Quiso domarlo Antíoco, pero Judas Macabeo excitó al pueblo a la independencia nacional y religiosa: derrotado por Demetrio Sóter (150) cedió el mando a Jonatás su hermano, después a Simón y a Juan Hircano, quienes a vuelta de derrotas y victorias, dieron la independencia al reino. Mas no tardó éste en decaer bajo la terrible influencia de ambiciones y delitos. Pero si al aspecto de los Hebreos, los Gentiles se persuadían de una fatal decadencia de la sociedad humana, aquellos, según sus profetas, se afirmaban en la certeza de una próxima regeneración, y de un salvador que los redimiría de la esclavitud y del pecado.

Macabeos
164

En Siria, bajo el reinado del joven Antíoco Eupátor, los Romanos eran los verdaderos amos; hasta que Demetrio Sóter, detenido en Roma, huyó y se apoderó de la corona; después la usurparon otros Demetrios, por lo cual hubo contiendas entre pretendientes e intervenciones de países vecinos. En tanto que los Hebreos se hacían independientes, los Partos ocupaban el Asia Superior hasta el Éufrates; y aquel reino nacido entre crueldades y guerras civiles, iba a ser presa de los Romanos.

29. -Tercera guerra Púnica

Después de tantas victorias, Roma se hallaba aún en contra de Cartago, sobre la cual, no obstante la paz, pesaba como vencedora, y favorecía en perjuicio de ésta al octogenario Masinisa, rey de Numidia y padre de cuarenta y cuatro hijos. Si los Escipiones insistían en que no se arruinase a Cartago, Catón concluía todo sus discursos pidiendo que fuese destruida (delenda Chartago).

Esta se hallaba en decadencia. La venalidad de los cargos hacía que a menudo fuesen atribuidos a hombres sin merecimientos. Las tropas mercenarias se convertían en instrumento de las facciones o en árbitras del país. La familia Barca estaba en rivalidad con la de

Hannón, y habiendo conseguido que se declarase la guerra, invadió la España; pero las inmensas riquezas atesoradas en la Península corrompieron al pueblo y a los grandes. Los comerciantes detestaban la guerra, mas el pueblo se alegraba de las victorias de Aníbal, hasta que las últimas desgracias dejaron prevalecer a los amigos de la paz. Púsose Aníbal al frente del gobierno, y lo reformó reduciendo las magistraturas a anuales; pero se exasperaron las facciones, que se dividían en romana, númida y nacional. La índole de Cartago era mercantil, y debiera haberse buscado la amistad de los pueblos, en vez de hostigarlos y molestar a los vencidos, por cuyo motivo se halló aborrecida de sus súbditos, algunos de los cuales, se constituyeron en potencias nuevas. En primer lugar supo enemistarse con Roma, viéndose poderosísima entonces en el mar, dueña de media Sicilia y de otras islas, desde las cuales podía desembarcar en los puertos de su indefensa rival. Pero mientras Roma se vigorizaba con la guerra y fiaba en ella sola, Cartago perdía; las victorias, no menos que las derrotas, le causaban revoluciones internas; Roma no cedía, ni aun cuando se la consideraba a punto de perder sus últimas fuerzas; los Cartagineses buscaban pronto la paz, y de humillación en humillación alentaban a los enemigos a exterminarlos. La facción romana era favorecida hasta por la númida, que excusaba las usurpaciones, con lo cual Masinisa crecía siempre; y cuando el partido nacional trató de enfrenarlo, Roma declaró que se había violado la paz, y mandó 80 mil infantes, cuatro mil caballos, 50 galeras y la orden de no desistir hasta que Cartago fuese demolida. Aterrados quedaron al principio los Cartagineses ante tan duras intimaciones; pero cambiado el miedo en ira, se dispusieron a desesperada defensa, hasta que Escipión Emiliano, después de haber circunvalado a la ciudad y pronunciado contra ella las rituales imprecaciones, la tomó al asalto con estrago inmenso, y la incendió por fin. De 700 mil habitantes, los más perecieron, y los restantes fueron llevados a Italia o dispersados por diversas provincias. 4470000 libras de plata adornaron el triunfo de Escipión, llamado el Africano. Desmanteladas fueron la ciudades favorables a Cartago, y engrandecidas las adversarias; y el Estado fue reducido a provincia con el título de África. Cartago había vivido siete siglos; uno y medio había luchado con Roma; pero el comercio no sufrió todo lo que era de temer, porque Rodas, Alejandría y Utica la sucedieron en el tráfico.

30. -La España. Pérgamo. Conquistas exteriores de Roma

Vencidas y destruidas con la fuerza las industriales Cartago y Corinto, Roma no tenía ningún otro enemigo formidable. Sin embargo osó resistirle el patriotismo de los Españoles. En la península Ibérica, circundada por el Océano, el Mediterráneo y los Pirineos, y separada del África por el estrecho de Gibraltar, vivían los Celtas,

los Iberos, los Tracios, los Umbros y los indígenas que aún sobreviven en los Vascongados, hablando un idioma diferente de los indogermánicos. Los Celtíberos fueron terribles combatientes, e intrépidos contra la muerte. El ámbar, el estaño, las lanas, los vinos, los aceites y demás frutos atrajeron a los Fenicios; de los minerales de oro y plata los Cartagineses sacaban 5 millones al año, y los Romanos emplearon en el mismo objeto hasta 40 mil operarios; las minas de mercurio son aún las más abundantes de Europa.

Hasta los Rodios, los Zacintios y los Focenses traficaban en este país; pero el principal dominio lo tenían los Cartagineses, hallándose esparcidas por los montes las poblaciones indómitas. Los Romanos conquistaron luego la península, que dividieron en dos provincias, la Tarraconense y la Bética o Lusitania, pero los habitantes les oponían constantemente una lucha de guerrillas, en la cual fueron batidos a menudo, pero jamás sojuzgados. Se hicieron tan temibles, que el mando de estas provincias era rehuido por todo el que podía, hasta que Publio Cornelio Escipión pudo circundar a los sublevados y gloriarse de haber sojuzgado a España. Mas surgió para vengar a los suyos el lusitano Viriato, que derrotó a cinco pretores; habiendo rodeado al ejército del procónsul Fabio Serviliano, hubiera podido pasarlo a cuchillo; pero propuso la paz, contentándose con obtener del senado la independencia de su patria. Servilio Cepión rompió los pactos, logró hacer degollar a Viriato y obtuvo el triunfo, que le fue recusado por el senado como traidor.

195

175

144

133 Solo la pequeña Numancia, junto a las fuentes del Duero, resiste aún pertinazmente, robustísima en la guerra y generosa en los tratados. Al fin Escipión Emiliano cercó a la ciudad y la redujo a tal hambre, que los sitiados se comían los unos a los otros; solo 50 pudo conservar vivos el vencedor para adornar su triunfo, realizado sin botín alguno.

Pérgamo era ciudad principal de la Misia, situada a orillas del Cayo, patria del famoso médico Galeno, y célebre por sus tapices y por el papel membranoso (pergamino), sobre el cual hizo copiar Tolomeo 200 mil volúmenes. Filetero Paflagón, elevado al gobierno por Lisímaco, se hizo príncipe con el auxilio de los Galos, y transmitió el poder a su sobrino Eumenes; después de éste, Atalo tomó el título de rey, amistose con los Romanos hostigando a Filipo III de Macedonia, y con la industria, las ciencias y la arquitectura elevó su pequeño reino a la altura de los grandes. Eumenes II, su sucesor, favoreció a los Romanos contra Antíoco el Grande y contra Prusias, rey de Bitinia, por cuyo medio extendió sus dominios, pero se encontró supeditado a Roma. Esta concibió recelos de él en la guerra de Perseo, y le amenazaba, cuando murió. Más fieles le fueron

Atalo II y Atalo III, quien legó todos sus bienes al pueblo romano. Este pretendió que se entendía por bienes hasta el reino, y lo ocupó; vencidas las resistencias pudo reducir a provincia bajo el nombre de Asia la parte más grande y bella del Asia Menor.
283

31. -Literatura griega en decadencia

El ciclo poético de la Grecia, representado por Homero, Platón, Aristóteles y Alejandro Magno, se completó con éste último, cesando de predominar tanto en el terreno político como en el intelectual. Recorridos los dos períodos de la fantasía y de la reflexión, de la poesía y de la filosofía, no quedaba más que la crítica, y ésta fue conservada en la escuela de Alejandría, ecléctica como esta ciudad. En ningún otro tiempo se ven tantos deseos de conocimientos, tanto honor a literatos y artistas tributado por reyes buenos y malos, por sabios y cortesanos, por pueblos y Gobiernos; y esto no solamente en Atenas o en Menfis, sino en todos los reinos procedentes del macedonio. Los Tolomeos embellecieron su Corte con sabios, compraron libros, erigieron monumentos, y se inventó el papiro para hacer competencia al papel membranoso usado por los reyes de Pérgamo, los cuales estimulados por aquellos recogían también libros, bibliotecas y museos. Mas todo aquello fue trabajo de escuela, artificios de erudición, nada que revelase genio ni espontaneidad; en vez de crear, hacíanse análisis y preceptos; la memoria suplía a la inspiración. También en Grecia la libertad había perecido; ya el ingenio no se inspiraba en la vida pública; había decaído la comedia y enmudecido la elocuencia; aumentaba la corrupción de las costumbres, mientras se suscitaban repetidas guerras por intereses dinásticos.

Homero fue el ídolo, la biblia de entonces; se hicieron de sus libros ediciones y comentarios, dedicáronle estatuas y templos. Famosa fue la edición computada por Aristarco, y hasta 40 profesores y gramáticos de su escuela vivieron en Roma y Alejandría. Zoilo buscó los defectos de Homero, por cuya conducta Tolomeo Filadelfo lo castigó con el tormento. Para oponerse a la corrupción, se compiló un Canon de los escritores reconocidos como clásicos; cuyo canon contribuyó a que se menospreciaran y perdieran las producciones excluidas, con frecuencia más importantes que las otras. Pero las producciones nuevas eran frías, simples imitaciones, sin convicciones religiosas, ni políticas, si bien refinaban la lengua y conservaban algunas tradiciones, como Apolonio de Rodas causando las expediciones de los Argonautas.

La literatura dramática seguía apasionando a los señores, pero servía al capricho de los tiranos. Menandro elevó la comedia a

cierta dignidad, convirtiéndola en cuadro de los vicios y del ridículo, sin alusiones personales. Los Alejandrinos formaron una Pléyade de siete escritores de tragedias, Alejandro, Filisco, Sositeo, Homero el joven, Dionísidas, Sosífides y Licrofón. Este, que era el principal, compuso hasta 60 tragedias, y se hizo proverbial por su oscuridad, alusiones y metáforas; en su poema la Alejandra, Casandra pronostica en un monólogo de 1474 versos los desastres de Troya; inventó los anagramas; hacía composiciones en forma de huevos, de hachas, de alas y de cuñas. Trifiodoro compuso una Odisea, en cada uno de cuyos cantos faltaba una letra.

Otros introdujeron la poesía didáctica, revistiendo de versos los preceptos o las descripciones de fenómenos. Arato versificó la astronomía.

Alejandro pagaba espléndidamente las alabanzas que le tributaban los líricos. Calímaco de Cirene llegó a la posteridad por sus himnos y elegías, cuajados de erudición y de un frío afecto.

En la Sicilia, que había dado los primeros modelos de elocuencia y del teatro, fue inventada la poesía bucólica por Teócrito, que a la descripción de la paz y del tranquilo bien estar de los campos unió demasiado el fausto de la Corte de los Tolomeos. A su elegante ingenuidad no llegaron Bión ni Mosco, con los cuales murió el idilio.

Luego privaron los epigramas, compuestos para inscripciones o como agudezas, o simplemente como delicadeza de pensamientos; llegando a ser numerosas las colecciones que de ellos se hicieron.

La elocuencia se reducía a panegíricos, y solo se pudo calificar de correctísimo al orador Demetrio Falereo. Anchísimo campo hubieran podido dar a la historia las empresas de Alejandro y los tumultos de sus sucesores; pero Teopompo, Filisto y otros suplían mal a Tucídides. Y sin embargo las inscripciones, la geografía y los catálogos iban facilitando los estudios históricos. Gracias a las bibliotecas, multiplicábanse los trabajos de erudición, y las investigaciones sobre el origen de los pueblos antiguos o remotos. Evémero se apoyó en inscripciones para demostrar que los Dioses eran hombres que habían vivido realmente (151) y habían sido elevados al cielo por la gratitud, por el miedo o por la superstición. Beroso, caldeo, escribió una historia de Babilonia de 473 mil años antes de la conquista macedonia. Manetón exageraba otro tanto la antigüedad del Egipto. Cítanse más de 150 historiadores en los 150 años que median entre Jenofonte y Polibio, pero de ninguno quedan vestigios. Polibio empezó la historia pragmática de su tiempo 220 años a. de J.C., y la concluyó hacia el año 146, pero de cuarenta libros solo cinco se conservaron enteros. Escribió incorrectamente y con poco gusto, sin la elevación épica de Heródoto, ni la gracia de Jenofonte, ni la gallardía de Tucídides; hace frecuentes digresiones de guerra y de Estado; visitó los lugares de los acontecimientos; sabía latín, cosa insólita en los Griegos; e informó a los Romanos de antigüedades que éstos ignoraban. Lejos de abandonarse a las supersticiones de sus antecesores, niega la providencia, y supone invención de los hombres

los Dioses y la vida futura.

43. -Pompeyo. Sertorio. Fin de Mitridates

El partido de Mario y de los Italianos era sostenido en la Emilia por Emilio Lépido, que fue vencido por Pompeyo; pero con más vigor lo propugnaba Quinto Sertorio en España, uniéndolo a la causa de la independencia de esta península, que él destinaba para refugio a sus partidarios. Mientras la España sufría el yugo de gobernadores altivos y avaros, Sertorio la trataba con justicia y humanidad; era hombre exento de las pasiones de los demás jefes del pueblo, hábil en la guerra minuciosa a que tan bien se presta España, riguroso en la disciplina entre los suyos, y cortés e indulgente con los Españoles. Habiéndole ofrecido Mitridates treinta mil talentos y 40 galeras para hostigar a los Romanos, contestó que no los quería en detrimento de la república. Supo resistir a muchos ejércitos romanos, hasta que contra él militó Cneo Pompeyo. Hijo mimado de la fortuna, supo éste aprovecharse hasta de la gloria de otros capitanes en la guerra y de las ovaciones en la paz, hasta el punto de llegar a ser el ídolo del pueblo romano; Sila lo acarició hasta el extremo de darle el título de Magno. Ya triunfante en el África, y habiendo vencido a Lépido, fue mandado a someter a España y a Sertorio, pero se halló vencido y cercado. Mas entre la multitud de emigrados que rodeaban a Sertorio, había muchos truhanes y traidores, y le asesinó Perpenna su lugarteniente; después de lo cual quedó la España inmediatamente subyugada.

Pompeyo

72

Después de haber triunfado por segunda vez, Pompeyo fue por nuevos laureles al Asia, donde Mitridates se había hecho fuerte, como centro de todos los descontentos, al cual se habían unido también las ciudades griegas y asiáticas, llamadas por él a la libertad. Habiendo obtenido algunos oficiales de Sertorio, hacíase preceder por éstos en las marchas, como para dar a entender que se trataba de romana empresa que iba a cortar vejaciones y abusos.

Castigó a los países rebeldes y fue sojuzgando una a una las ciudades de la Cólquide, de la Capadocia y del Bósforo. Contra tan implacable enemigo, mandó Roma a Licinio Lúculo, rico y espléndido que procuró granjearse las simpatías de los pueblos poniendo coto a la voracidad de los publicanos y a los abusos introducidos por los magistrados. Con la flota de los Aliados y evitando combates, pudo conservar sus fuerzas hasta el momento decisivo en que puso en un conflicto a Mitridates, obligándole a huir y refugiarse al lado de su yerno Tigranes, rey de Armenia, sin llevarse más que sus inmensos tesoros, después de haber hecho matar a sus mujeres, a sus

concubinas y a sus hermanas.
Lúculo
74

Tigranes era entonces el soberano más poderoso del Asia, dominando a los Partos, a los Sirios, a los Fenicios y a los Árabes, y haciéndoles florecer en tiempo de paz. En la guerra quiso permanecer neutral; pero Roma pidió que le entregase a Mitridates, y habiéndose negado a ello, Lúculo pasó el Tigris y el Éufrates, y con un puñado de valientes derrotó a 200 mil Bárbaros, entre los cuales había 17 mil caballeros vestidos de hierro, con los cuales se reconcilió respetando sus vidas y haciendas. Tigranes quedó abatido; pero Mitridates era indomable y apeló otra vez a las armas; venciole nuevamente Lúculo, hasta que al fin se negó el ejército a obedecerle, porque impedía los saqueos cuando únicamente anhelaba enriquecerse. Entonces Gayo Manilio (165) propuso que le sustituyese Pompeyo, quien halló preparada la victoria. Tigranes se sometió, recibiendo en premio la Armenia. Mitridates, vencido a orillas del Éufrates, contaba aún arrastrar contra Roma a los Galos, los Escitas y los Partos; pero habiéndole hecho traición su propio hijo Farnaces, se dio la muerte después de haber reinado 61 años. Cicerón lo proclama el mayor de los reyes, después de Alejandro Magno. Fueron inmensas las riquezas encontradas en sus tesoros.

69

Ley Manilia

Pompeyo arregló el Asia a su gusto formando las provincias de la Bitinia, de la Cilicia (166) y de la Siria, y los reinos de Capadocia, de Armenia y del Bósforo; desaparecieron los Tracios y los Escitas; y a Roma le quedaron por vecinos los formidables Partos.

44. -Gladiadores. Piratas. Creta

En la descrita guerra, capitanes y soldados habían mostrado insaciable sed de oro, y acumulado éste acabó de corromper a la Italia. Buscábase estímulo en la crueldad para los voluptuosos placeres, introduciéndose los juegos de los gladiadores; hombres robustos y esclavos eran adiestrados en las luchas por hábiles

maestros, y ofrecidos a particulares o al público en espectáculos donde con arte se mataban unos a otros. Los depósitos de gladiadores eran también un fondo de reserva para los facciosos, donde hallaban brazos robustos y sin piedad. Capua era el principal emporio de este comercio; Espartaco, uno de los gladiadores, robusto y valiente al par que dulce y sensato, excitó a los suyos a combatir por la libertad. Subleváronse todos, derrotando a los pretores romanos, al cónsul Léntulo y a Licinio Craso, y devastando la Italia. Son llamados Lúculo del Asia, y Pompeyo de España; éste encuentra a los insurrectos, ya deshechos, en la Lucania, y los destruye, jactándose de tan fácil triunfo; es hecho cónsul, a despecho de Craso, que reclama el mérito de aquella campaña, y no quiere deponer las armas, temiendo que Pompeyo se convierta en un nuevo Sila.

Espartaco
73

70

Pompeyo era el ídolo del pueblo, y restituyó el poder a los tribunos. Fue destinado a combatir a los piratas, gentes de toda clase, que con más de mil buques infestaban los mares y las costas, amenazaban a la misma Roma, interrumpían el comercio de granos con la Libia, y prestaban auxilio a Espartaco y a Mitridates. En vista de tamaños escándalos, el tribuno Gabinio propuso que se diese por tres años plena autoridad a Pompeyo con 500 naves, 120 mil infantes, 5 mil caballos, 25 senadores por lugartenientes, dos cuestores y el anticipo de 2 mil talentos áticos. Con tantas fuerzas, no le fue difícil vencer a los piratas, perdonando vidas y dando libertad a prisioneros.

Ley Gabinia

Creta, siempre fiel auxiliar de los Romanos, fue considerada como peligrosa, y se dijo que era necesario conquistarla para la seguridad de los mares, siendo reducida a provincia por Cecilio Metelo; pero los partidarios de Pompeyo atribuyeron la gloria a este solo, quien vencedor en España, en Asia y en los mares, alcanzó el triunfo más espléndido que hasta entonces se hubiese visto.
66

62

45. -Pompeyo. Los caballeros. Verres. Catón. Craso. César

Ningún general había gozado nunca tanto y tan ilimitado poder como Pompeyo por la ley Gabinia; por lo cual exclamaban los

patricios que la república estaba reducida de hecho a monarquía, peor que con Sila, puesto que no se creía poder salvarla más que acumulando todas las magistraturas en un solo hombre. Pompeyo disimulaba su ambición, mientras tendía a fomentarla mediante intrigas, adulaciones y corrupción; pero faltole habilidad o firmeza para convertirse en jefe de partido.

Él había hecho restituir a los tribunos de la plebe sus antiguos derechos, y quitar de nuevo a los senadores la administración de justicia, demostrando lo mucho que estos dejaban maltratar a las provincias. Para conseguir esto último, hizo que el mejor abogado de aquel tiempo, Cicerón, acusase al senador Verres, que siendo pretor en Sicilia, había cometido toda clase de robos, opresiones e iniquidades, y arrebatado singularmente a las ciudades, a los templos y a las casas las obras de arte más insignes. Para evitar el efecto del discurso preparado por Cicerón, el Senado condenó a Verres al destierro y a que devolviese 45 millones de sestercios a los Sicilianos que habían pedido ciento. Con todo, sirvió este caso de ocasión para revelar las iniquidades de los caballeros y de los senadores; Pompeyo se valía de ello para acrecentar su fama, dando dinero para el bienestar y restauración de provincias y ciudades, que a menudo había dejado saquear por sus partidarios.

Verres

En fin, estableciendo que los tribunos fuesen elegidos otra vez por el pueblo, y que los senadores compartiesen los juicios con los caballeros, destruyó Pompeyo toda la obra de Sila.

Catón C. Porcio Catón se proponía que Roma volviese a su antigua moralidad; era integérrimo ciudadano, que censuraba la universal corrupción con su incomparable austeridad; denunciaba a los sicarios y a los espías del tiempo de Sila; impedía las intrigas; vestía y vivía a la antigua; era intrépido en la guerra y asiduo al Senado y al desempeño de sus cargos.

Craso Diametralmente opuesto a él era Licinio Craso, quien comprando los bienes de los proscritos por Sila, llegó a poseer 7000 talentos (39 millones); tenía 300 arquitectos y albañiles esclavos, a quienes hacía fabricar edificios nuevos y reconstruir los viejos; alquilaba esclavos como banqueros, administradores y agricultores. Grande orador, estaba preparado a defender todas las causas, granjeándose de este modo la amistad de muchos; su casa estaba siempre abierta a sus amigos, a quienes daba banquetes con frecuencia; prestaba dinero sin usura y proporcionaba votos a los que aspiraban a la magistratura. Naturalmente, se formó un partido poderoso, con el cual hacía prevalecer la parte a que él se inclinaba.

César Superior a éste, Julio César pretendía descender de Venus y de Anco Marcio. Díscolo, audaz, predilecto de las damas, corredor de aventuras, se atrevió a desobedecer a Sila, el cual previó que aquel descabellado joven inferiría graves golpes a la aristocracia.

Declarose contra los partidarios de Sila, haciéndolos condenar por sus hurtos y matanzas; ayudó a las colonias latinas a recuperar sus derechos; no dejaba al pueblo el gusto de ver espirar a los gladiadores; favorecía a los Bárbaros en la adquisición del derecho de ciudadanía; fabricó un vastísimo teatro, y repuso en el Capitolio la estatua y los trofeos de Mario.

46. -Condición de la Italia. Catilina

En medio de estos personajes, agitábase un pueblo infeliz. El amor a la libertad se perdía en presencia de tan tristes ejemplos de usurpaciones y la molicie de los grandes, ante la preponderancia de los soldados, la venalidad de los cargos y los horrores de la guerra civil. Enteras regiones habían quedado desiertas, como las de los Volscos, los Ecuos, el Samnio, la Lucania y el Abruzo, después de haber sido muertos o expropiados los propietarios, y acudido los demás a Roma, a vivir de las prodigalidades de los ricos. Si se mandaban colonias, eran la hez del pueblo, o veteranos que se apresuraban a vender el campo obtenido, para volver a la holganza de Roma. Los compradores formaban grandes heredades, extensas como provincias, que dejaban al cuidado de los esclavos.

Algún remedio puso a todo esto Julio César, quien hizo castigar a los sicarios de Sila, e hirió a los caballeros acusando a Gayo Rabirio (167), agente de estos y matador del tribuno Saturnino; pero los caballeros y senadores le hicieron defender por Cicerón. Rullo Servilio propuso leyes agrarias, en virtud de las cuales se vendiesen las propiedades públicas, como medio de adquirir dinero para establecer colonias y pequeños propietarios; pero los ricos, temerosos de ver llamados a examen sus títulos de propiedad, hicieron excluir el proyecto por medio de Cicerón. Este procuró siempre elevar a los caballeros, clase media entre la plebe y los senadores, y defendía a los que se habían encumbrado y enriquecido con las proscripciones de Sila.

Cerrados los caminos legales, emprendió el de la conspiración Lucio Catilina, senador culto, afable, servicial, franco en el hablar, instruido y hábil, pero entregado a los vicios y a la ambición, y cargado de deudas, a pesar de que se había enriquecido mucho favoreciendo a Sila. Rodeado de descontentos y gente corrompida, pidió el consulado; pero prevaleció Cicerón, por cuyo motivo aceleró la empresa de sublevar a la Etruria, a los veteranos y a los Galos, con el objeto de hacerse dueño de Roma. Descubierto por Cicerón y por él atacado en famosísimos discursos, tuvo que salir de la ciudad, y se puso al frente de los insurrectos; pero fue vencido y muerto cerca de Pistoya, siendo luego mandados al suplicio los jefes de la conjuración. Gloriábase entonces Cicerón de haber salvado a la patria.

47. -Primer triunvirato. César en las Galias

Pompeyo, que campeaba entonces en Asia contra Mitridates, fue llamado para quitar importancia a Cicerón, y al efecto empezó a procurarse autoridad con las facciones, aunque con la oposición de Lúculo y de Craso, a quienes había usurpado los laureles conquistados sobre Mitridates y Espartaco, y principalmente con la de César. Este había obtenido el gobierno de la España ulterior, donde llevó sus victorias hasta el Océano; y luego supo arreglárselas de tal modo con los partidos, que se granjeó la amistad de Craso y de Pompeyo, dominando así en lo que se tituló el primer triunvirato. Hecho cónsul, repartió por medio de una ley agraria, muchas tierras de la Campania entre los ciudadanos pobres, a despecho del Senado y de Catón, celosos de la popularidad que semejante medida le proporcionaba. Entonces se hizo acordar por cinco años el mando de las provincias de la Galia y de la Iliria.

61

59

La Galia se extendía desde el Po y el Mediterráneo hasta el Rin y los Pirineos, y de la Germania al mar Atlántico, teniendo por apéndice la Bretaña y la Irlanda. Habitábanla Cimbros y Galos, pueblos mal distintos, pero en los cuales se reconocían dos religiones; una que rendía culto a las fuerzas naturales, y otra a una inteligencia eterna, creadora, cuyas facultades vinieron a ser personificadas en Teut, ordenador de la materia, en Esus, que presidía a la guerra, en Kernars, Vodan y Belen. Los Druidas, sus sacerdotes, creían indigno de la divinidad encerrarla dentro de paredes, y veneraban la encina; hacían sacrificios humanos; vestían de blanco; elegían un archidruida; en las batallas precedían al pueblo; celebraban anuales reuniones en Carnuto (Chartres), y su doctrina estaba comprendida en una porción de versos que debían retener en la memoria. En los ritos, en los sacrificios y en la ciencia tenían por compañeras a varias sacerdotisas, vírgenes o castas. Los bardos acompañaban a los ejércitos, animándolos con sus cantos que ensalzaban a los antiguos héroes.

Los Druidas formaban una clase privilegiada, mas fueron superados por la guerrera que elegía los jefes civiles y militares, y solo dependía de los Druidas en limitadas circunstancias. Estos favorecían a los comunes, y la nación se componía de pequeños pueblos confederados. La nación no tenía un nombre común, pero predominaban los Anemóricos (Aquitanos); los Ligurios, del Mediterráneo al Durence; los Galo-celtas, desde los Pirineos hasta

el Sena y el Marne; y la mezcla de estos con los Germanos, entre el Marne y el Rin (Belgas). La Galia propiamente dicha estaba dividida en tres regiones: Celto-bélgica, Galia-céltica y Aquitania, subdividida cada una en Estados independientes, y éstos en aldeas; rigiéndose por el pueblo, por los nobles o por un príncipe. A veces formaban confederaciones, como las de los Eduos, de los Arvernos, de los Secuanos, de los Bellovacos, de los Suesones y de los Armóricos, que se miraban con celos y se hostigaban mutuamente. Sus costumbres eran una mezcla de civilización y de ferocidad, pues tenían su constitución, fábricas de admirables tejidos, lechos de plumas, carros, caparazones, yelmos de plata y de bronce, máquinas, naves y 15000 ciudades; de modo que no pueden ser colocados entre los Bárbaros. Sus monumentos, de grandiosas masas, han sido notables objetos de estudio para los anticuarios.

Cerca de la Galia Transalpina se había establecido la colonia jónica de Masilia, donde los Romanos constituyeron después una provincia (Provenza), que amenazaba a la independencia de aquel pueblo. César halló al país dividido en dos bandos: uno guiado por los jefes hereditarios de las tribus, y el otro por los Druidas y los magistrados electivos de la ciudad. En éste figuraban los Eduos (Autun), los cuales, aliados con el pueblo romano, impidieron el comercio a los Secuanos, quienes en su auxilio llamaron de la Germania a algunas tribus denominadas de los Suevos. Guiados éstos por Ariovisto, hicieron tributarios suyos a los Eduos y a los Secuanos. Estos entonces pidieron auxilio a los Romanos, con tanto más motivo, cuanto que los Helvecios, no menos terribles que los Cimbros, y los Teutones, desde el Jura basta el Ródano, se movían en gran número buscando mejores tierras más allá de los Alpes. César logró derrotarlos, como venció más tarde al tirano Ariovisto en las márgenes del Rin.

58

Regocijose por ello la Galia; mas pronto echó de ver que el libertador la trataba como conquista, fijando guarniciones, conservando rehenes y recaudando contribuciones. Si en medio de las discordias civiles, unos favorecían a César, otros se coaligaban contra él, celosos de su salvaje independencia. No obstante, César es vencedor y doma hasta la misma Aduato (Namur), haciendo vender como esclavos a 53 mil hombres. Habiendo penetrado en los bosques de la Zelanda y Gueldres, conquista la Aquitania y los Vénetos de la Bretaña; pasa el Rin y se resuelve luego a invadir la isla de la Bretaña, de donde partía el foco de la resistencia.

Bretaña Estaba esta isla habitada por Logrienos y Cimbros, que habían rechazado a los primitivos habitantes Celtas, los cuales se

refugiaron en los montes y en la Hibernia (168), tomando el nombre de Escoceses, esto es extranjeros, distribuidos en clanes, o familias. Los Logrienos, procedentes de la Galia, empujaron a los Cimbros hacia la costa occidental que se llamó Cambria, estacionándose aquellos en la orilla del Levante y del Mediodía. Inciertos, como doquiera, son los orígenes de aquellos pueblos. Su lengua primitiva, conservada principalmente en el país de Gales, tiene grande afinidad con las indo-germánicas. Los Fenicios desembarcaban en busca del estaño de las islas Sorlingas, llamadas por esto Casitérides. Una aristocracia militar gobernaba los pueblos del Mediodía; los septentrionales regíanse por tribus; en éstas habían conservado los Druidas el poder perdido en la Galia. Siendo la isla protegida por la religión, César no pudo obtener de ella noticia alguna, ni espías, ni auxiliares; de modo que corrió graves peligros en el desembarco que intentó ejecutar por la punta oriental (Kent), y hallose en tal conflicto que tuvo necesidad de retirarse. Volvió empero y redujo la isla a no hacer armas y a prometer un tributo que nunca fue satisfecho; por cuyo motivo sus émulos le hacían burla por haber vencido a un país que carecía de plata y oro, y donde no había huella de ciencia ni de arte.

Entonces César se dedicó enteramente a domar la terrible Galia, devastando y matando durante siete años, mientras se granjeaba el aprecio del ejército y eclipsaba los triunfos de Pompeyo con sus victorias sobre el pueblo más tremendo para los Romanos. Al mismo tiempo continuaba captándose las simpatías de la plebe romana y de los tribunos por medio de sus fautores y por medio de la construcción de suntuosos edificios.

Para esto, tuvo que recargar tanto las contribuciones en las Galias, que estas se sublevaron degollando a los extranjeros. Al frente de la sublevación estaba Vercingetórix, arverno, quien incitó a quemar todas las casas aisladas y dirigirse en masa contra el extranjero. Milagrosos esfuerzos tuvo que hacer César para vencerlo, cerca de Avárico (169) (Bourges), donde se había replegado el núcleo de las fuerzas y donde los soldados del procónsul pasaron a cuchillo a 39 mil personas indefensas. Más tarde, en Alesia, Vercingetórix se constituyó prisionero, y los ciudadanos fueron distribuidos como esclavos a los soldados vencedores. Al cabo de diez años de lucha, la Galia fue sometida por el procónsul, cuya portentosa empresa consistió en 1800 plazas tomadas, trecientos pueblos subyugados, tres millones de enemigos vencidos, de los cuales murió un millón, y otros tantos prisioneros. Concedió a la Galia comata prerrogativas sobre la togata. Supo bienquistarse con los vencidos, a muchos de los cuales armó en favor suyo, como firme apoyo de su creciente ambición.

48. -Roma durante el primer triunvirato. Los partos

Durante estos diez años, Roma se entregaba a la más tormentosa anarquía. Los pocos ricos que quedaban, oprimían a los demás; los mandos prolongados y las comisiones acumuladas, acostumbraban a considerar una causa como identificada con el hombre que la sostenía. Pompeyo vio dos veces abierto el camino del trono, y le faltó fuerza o resolución para lanzarse a él; adversario de César y de los nobles, favorecía al pueblo con espectáculos y larguezas. Catón, por inflexibilidad conservadora, clamaba contra César y contra la dilatación del derecho de ciudadanía. Cicerón se engolfaba en el triunfo alcanzado sobre Catilina, por lo cual se irritaron tanto los émulos del conspirador, que suscitaron en contra de aquel a Publio Clodio. Este patricio disoluto, tenía a sueldo una banda de gladiadores, con los cuales se hacía temer; habiendo sido elegido tribuno, quitó a los censores la autoridad de degradar a los senadores y a los caballeros; confirió a los comicios por tribus la distribución de las provincias, e hizo decretar que no eran menester augurios para las leyes que propusiesen los tribunos a los comicios. Entonces acusa a Cicerón de haber mandado al suplicio a ciudadanos sin el asentimiento del pueblo, y el gran orador tiene que ir desterrado a Grecia, al mismo tiempo que son demolidas su casa y sus quintas de recreo, y confiscados sus bienes. Más pronto los triunviros, disgustados de la preponderancia de Clodio, reclaman a Cicerón; y mientras Clodio es asesinado por Milón, que ha opuesto una mesnada a la del terrible demagogo, Cicerón, por miedo, no osa recitar la arenga que ha preparado en defensa de este último.

Por no ser menos que César, que tenía un ejército en la Galia, Pompeyo se hizo conceder la España, y Craso la Siria y la Macedonia por cinco años, con la facultad de armar hombres e imponer contribuciones. Pompeyo, de carácter débil, amaba menos el mando que las apariencias, y se quedó en Roma. Craso se aprestó contra los Partos. Esta enérgica y terrible raza de la Alta Asia, cuyo territorio lindaba al Este con la Bactriana y la India septentrional, al Norte con la Hircania, al Oeste con la Media y al Sur con los desiertos de la Caramania, fue sometida sucesivamente por la Persia, por los Macedonios y por Seleuco, hasta que Arsaces le devolvió su independencia. Sus sucesores extendieron el dominio mediante continuas guerras, en las cuales los Partos daban pruebas de arrojo y suma habilidad en el manejo de los arcos; iban siempre a caballo, fiando más en la táctica que en la fuerza; eran sobrios, negligentes en todo arte que no fuese el de la guerra, y muy dados a interceptar el tráfico de los occidentales con la India. Elegían sus reyes en la familia de los Arsácidas, pero sin orden fijo; por cuya razón surgían muchos pretendientes, con los cuales se mezclaban los extranjeros. Esto hizo Roma especialmente cuando, después de su victoria sobre Mitridates, se encontró confinando con los Partos, cuyo imperio era entonces centro de un vasto sistema político, que mientras amenazaba a Italia por un lado, tocaba por Oriente con la China.
Los Partos

61

Orodes, hijo de Tirídates, desposeyó de la corona a su hermano Mitridates, el cual reclamó el socorro de Gabinio, gobernador de la Siria, quien de este modo tuvo parte en los acontecimientos del país. El temor de un rompimiento con tan fuertes vecinos, hacía poco deseable la provincia de Asia; pero las riquezas que se suponían en este país aún no explotado por los procónsules, hicieron que Craso la codiciase. Después de haber atravesado la Siria y robado 10 mil talentos en el templo de Jerusalén, entró Craso sin motivo alguno en el territorio de los Partos, fácilmente rechazados al principio, por sorpresa, pero repuestos al poco tiempo y victoriosos en la llanura de Carres, donde fueron destrozadas las legiones romanas y muerto Craso. Cuando su cabeza fue presentada a Orodes, este mandó derretirle oro en la boca, diciendo: «Sáciate del oro de que estuviste sediento.» Los vencedores notaron que los vencidos generalmente llevaban en el saco las obscenas Fábulas Milesias.

49. -Segunda guerra civil

Craso era el único que podía mantener el equilibrio entre César y Pompeyo. Este, so pretexto de proteger la paz, armó un ejército; al tiempo del asesinato de Clodio, se trató de conferirle la dictadura; nombrado después cónsul único, fue favorecido por el senado, temeroso del engrandecimiento de César. Se pensó en quitar a éste el ejército y llamarlo antes de que expirase el término de su mando; pero él tenía un gran partido en Roma y muchos soldados adictos. Organizada la Galia, César volvió a pasar los Alpes, pudiendo legalmente avanzar por toda la Cisalpina; con oro compró cónsules y tribunos, que exigían que el mando fuese prorrogado o quitado igualmente a César y a Pompeyo. Ni uno ni otro tenían intención de ceder. Pero Pompeyo se daba aires de tutor de la república, y como tal descuidaba los preparativos, mientras César comprábase partidarios por todas partes. Este disponía de la Galia, acaparaba a los oficiales que era preciso licenciar y mantenía muchos centenares de gladiadores. Cuando le fue intimado que dejase el ejército, negose a obedecer y se dirigió hacia Roma; pasó el Rubicón, confín del territorio romano; procediendo con rapidez, obligó a Pompeyo a refugiarse en Oriente; en 60 días conquistó la Italia y presentose en Roma; acogido con satisfacción, aconsejó que se enviaran personas para inducir a Pompeyo y a los cónsules a la paz; tomó del erario inmensas sumas, particularmente el tesoro que se tenía en depósito para el caso de un levantamiento de los Galos, declarándolo inútil puesto que él los había destruido.

En España, provincia predilecta de Pompeyo, se habían refugiado los partidarios de éste con fuertes ejércitos. Pasó César los Pirineos, y en cuatro meses le quedó sometida toda España; voló sobre Marsella y la hubo a discreción; volvió a Roma, donde fue declarado dictador por once días, durante los cuales llamó a los patricios desterrados, redujo a la cuarta parte los intereses de las deudas, y concedió la ciudadanía a todos los Galos Transpadanos; después se hizo elegir cónsul y se puso en movimiento contra Pompeyo. Este había replegado fuerzas desde el Mediterráneo al Éufrates; también él gozaba fama de gran capitán; dábase el nombre de buena causa a la suya y la abrazaron más senadores que no quedaron en Roma. Pero César tenía soldados fuertes y sumamente adictos a su persona, su propia audacia y actividad. Después de haber puesto sitio a Durazzo con escasa fortuna, entró en la Tesalia, y en la memorable jornada de Farsalia venció completamente a Pompeyo, quien con los restos de sus fuerzas navales y terrestres fue a pedir asilo a Tolomeo Dionisio, rey de Egipto, el cual lo hizo asesinar.

48
Batalla de Farsalia

César no abusó de la victoria, sino que procuró salvar cuantos ciudadanos pudo, y acogió a cuantos fiaron en su clemencia. Siguiendo su fortuna, alcanzo la flota de Pompeyo; perdonó a los Asiáticos la tercera parte de sus tributos, y tomó bajo su protección a los Jonios y a los Etolios; erigió en Alejandría un templo a la diosa Némesis en expiación del asesinato de Pompeyo, e hizo poner en libertad a los partidarios de éste.

Egipto

En Egipto reinaban los Tolomeos, quienes divididos en varios pretendientes, habían dado ocasión a los Romanos de intervenir en su política. Tolomeo Auletes compró el título de rey y aliado de los Romanos, y con las armas del procónsul Gabinio se hizo reponer en el trono de que había sido expulsado, y que hábilmente ocupó. Muerto en el año 52, dejó bajo la tutela del pueblo romano a Tolomeo Dionisio y Cleopatra, hijos suyos, y prometidos esposos según el uso egipciaco. Cleopatra se enemistó con Dionisio; César, desembarcando entonces en Alejandría, pretendió que se sometiese a su decisión el litigio de los dos hermanos, y Cleopatra supo con sus halagos disponerlo a su favor. Dionisio excitó a la rebelión a los Alejandrinos, y César prendió fuego a su escuadra para que no cayese en poder de los sublevados; el incendio se comunicó a la ciudad;

pero César pudo domar a los revoltosos, y Dionisio se ahogó en el río. César se abandonó algún tiempo a las delicias, y dejó como única reina a Cleopatra, que puso al reino bajo la tutela del héroe romano.

48 Declarado dictador, cónsul, tribuno vitalicio, con autoridad de decidir de la paz y de la guerra, César se dirigió a domar a Farnaces, rey del Bósforo, y escribió al Senado el célebre: «Veni, vidi, vici.» Vuelto a Roma, perdonó a Marco y a Quinto Cicerón, al rey Deyotaro, a Marco Marcelo y a cuantos solicitaron su gracia; Catón fue el único que jamás quiso someterse a él, y con algunos partidarios de Pompeyo se alzó en armas en África. Alcanzolos César y los derrotó en Tapso; entonces Catón, que en Utica había replegado a los sobrevivientes, les aconsejó que se sometieran, y se dio la muerte. Poseía las virtudes antiguas, que habían de sucumbir a las nuevas, cediendo el ideal el paso a la oportunidad.

46 Entonces César redujo a provincia la Numidia y la Mauritania, obtuvo la dictadura por diez años, aseguró que no renovaría las proscripciones de Mario y Sila, y obtuvo en solo un mes cuatro triunfos: sobre los Galos, el Egipto, Farnaces y el África. Dirigiose luego en persona contra los hijos de Pompeyo, armados en África, y en siete meses dio término feliz a aquella peligrosísima campaña, después de la cual fue proclamado dictador perpetuo.

Entonces pensó en estupendas reformas; renovó el censo del Estado; llamó a los expatriados de Roma, alentando con recompensas a cuantos brillaban en artes o en doctrina; completó el Senado; dio publicidad a los actos de éste y del pueblo; reformó el calendario, y fue en suma el verdadero fundador del Imperio, si bien, no teniendo hijos, no pensaba en instituir una dinastía. Mucho más hubiera hecho, a no ser conturbado por las agitaciones que siguen a todas las grandes revoluciones. Sobre todo quería abrir la ciudadanía romana a todas las naciones, admitiéndolas a tomar asiento en el anfiteatro y en la curia, y regenerar la debilitada raza latina; es decir, fue grande hombre y mal Romano. Restableció las estatuas de Pompeyo; paseábase sin lictores ni coraza; ansiaba reformar los códices, erigir una gran biblioteca, un anfiteatro, un templo y una curia suficiente para los representantes de todo el mundo; pensaba abrir un gran puerto en Ostia, desecar las lagunas Pontinas, formar el mapa del imperio, reedificar las ciudades de Corinto, Cartago y Capua, abrir el istmo de Corinto y librar al imperio de todo peligro con nuevas victorias sobre los Partos y los Germanos.

Pero los intereses desbaratados, los sentimientos heridos, las

ambiciones turbadas procuraban a César enemigos implacables, al frente de los cuales se pusieron Gayo Casio (170) y Marco Junio Bruto, quienes conjurados con 63 ciudadanos principales, le acuchillaron en el Senado. Tenía César entonces 56 años de edad.
44
13 de marzo

50. -Asesinos y vengadores de César

Aquel asesinato ¿favorecía la causa de la libertad y de la civilización?

Roma había ganado en civilización igualando el derecho y subrogando la equidad a la estricta legalidad. Magníficos caminos atravesaban la Italia y el imperio; se abrían canales y puertos; acudían extranjeros de remotos y distintos países a Roma. Pero las guerras civiles habían destruido la población italiana; los campos quedaban desiertos o reunidos en extensísimas propiedades; agotadas las fuentes de riqueza, no había más fortunas que las adquiridas por medio de las proscripciones y los proconsulados; era general la miseria, faltando pequeños propietarios y artesanos a la clase media. Los pordioseros acudían a Roma, donde eran mantenidos por el público y gozaban de espectáculos y liberalidades, envileciéndose al pie de los palacios, vendiendo el voto en las elecciones y en los juicios, o el brazo en los motines. Quien recuerda la sencillez de los primeros romanos, se pasma y se estremece ante la suntuosidad de ahora, el refinamiento de los manjares, la magnificencia de las casas, de las quintas, de los trajes y de las joyas, y sobre todo la molicie y el común libertinaje. La virtud se reducía a despreciar las seducciones del oro y los placeres, cuando era necesario para el bien de la patria, y en saber desprenderse de la vida, cuando esta resultase indecorosa o causara enojo. Perecía el sentimiento religioso, cuando eran tolerados más de seiscientos cultos; había cesado el temor de los Dioses, a medida que se habían introducido groseras supersticiones. La depravación estaba en auge. Las luchas civiles hacían árbitro del país al más poderoso; se hollaban las leyes, o se aplicaban a privados intereses. El Senado y la curia temblaban ante los cuchillos de Catilina y de Clodio; en todo caso el bien del Estado pasaba por razón suprema, y a ésta debían sacrificarse intereses, libertad, vida y virtudes.

Donde no valía la fuerza, podía el dinero; era un arte el crear deudas, explotar las provincias y los clientes, y vender los juicios. Cuando Sila, para elevarse, halagó a la soldadesca, todos los generales siguieron igual camino; y el ejército, disgregado del Senado y del pueblo, constituyó un tercer poder que se imponía a los otros.

Todo esto debió presentarse a la consideración de los asesinos de César, si creyeron haber devuelto con aquel delito la libertad a

Roma. Los ciudadanos acogieron fríamente el anuncio de aquel asesinato. Cuando el cónsul Marco Antonio expuso el cadáver del dictador, y narró cuanto éste había hecho y pensado hacer, y leyó su testamento, generosísimo para el pueblo, éste estalló en ira, prendió fuego a las casas de los asesinos, y veneró como julium sidus una estrella aparecida en aquel tiempo.

Marco Antonio y Octaviano   Marco Antonio se alza vengador de César; pero con el solapado fin de ejercer la tiranía, por lo cual excita las sospechas del senado y del pueblo, y disgusta a los soldados. Más hábilmente procede Octaviano (171), hijo de Accia, sobrina de César, adoptado por éste y constituido heredero de las dos terceras partes de sus bienes. No servía para el campo de batalla, pero era sumamente audaz en la política sabia cambiar de partido según lo exigiesen su conveniencia y las circunstancias, tomó el nombre de Gayo Julio César Octaviano (172); apeló a todos los medios para adquirir dinero, se atrajo la voluntad de los soldados, y no tardó en romper las hostilidades con Marco Antonio. Encendida la guerra civil, Marco Antonio se dirige a la Galia para quitársela a Bruto, el asesino de César; y después de rudas batallas, Octaviano acierta a formar un segundo triunvirato con Marco Antonio y con Lépido, por cinco años, dividiéndose entre sí las provincias. Octaviano entra en Roma con el ejército, se apodera del tesoro y se hace declarar cónsul.

43

Antes de ir a combatir a los republicanos, que se habían reforzado en Oriente, preciso era quitar de en medio a los enemigos que quedaban en Italia. Después de haber hecho amplias promesas a los soldados, los triunviros propusieron listas de proscripción, notándose en ellas 300 senadores y 2000 caballeros; dando 25000 dracmas a los libres, y 10000 y la libertad a los esclavos que presentasen la cabeza de uno de los proscritos.

7 de diciembre   Origináronse horrores, y hubo viles traiciones entre padres e hijos, maridos y mujeres, amos y siervos. Entre las víctimas estuvo Cicerón, el más grande de los oradores latinos. Los triunviros se saturaron de sangre y oro; quedándose Lépido en Roma, Octaviano se dirigió hacia Brindisi, y Antonio hacia Reggio, a fin de someter a los republicanos.

Casio y Bruto se habían armado en Grecia, donde quedaba un resto del sentimiento de libertad y de admiración hacia los tiranicidas, a quienes se erigieron estatuas y se cantaron himnos, y con cuyo trato y amistad se honraban estudiantes y filósofos. Con ellos hacían levas de soldados y dinero, e hicieron buena guerra, si bien obligados a recurrir a las malas artes de los otros procónsules. Mucho sufría el alma generosa de Bruto al ver de tal modo contaminada su causa, por la cual había faltado a la humanidad, a la gratitud y hasta a su conciencia. En Filipos entran en combate contra Antonio y Octaviano, siendo vencidos. Casio se suicida; y

Bruto, después de vanos esfuerzos para restaurar la fortuna, se traspasó con la espada de un amigo, exclamando: ¡Oh, virtud, tú también eres un sueño! Blasfemia de estoico, enamorado de la justicia, pero de la justicia encaminada al bien de la patria.

Batalla de Filipos

42

43

Los triunviros se vengaron sobre los secuaces de Bruto, y persiguieron a los restos de sus ejércitos. Mientras Octaviano perseguía a Sesto Pompeyo en Sicilia, Antonio triunfaba en Oriente, alternando en su agitada vida los goces con los actos de crueldad; disgustó con sus extorsiones a los Asiáticos, principalmente a los Sirios y a los Palestinos, que pidieron auxilio a los Partos, los cuales derrotaron varias veces a los Romanos. Antonio, cautivado por la belleza de Cleopatra en Egipto, competía con ésta en pompa y en lascivia, mientras Octaviano se hacía dueño de la Italia, enriqueciendo a sus soldados con los bienes usurpados a los propietarios, y rotas las hostilidades con los partidarios de Antonio, venció y les dio muerte, y entró triunfante en Roma.

40 Lépido, rico y descuidado, hacíale poco estorbo a Octaviano. Antonio se apresuró a replegar a sus secuaces y se reconcilió con Octaviano, compartiendo con éste el imperio, y quedando en común la Italia, para formar en ella ejércitos, con el objeto de hacer la guerra a los Partos y a los republicanos capitaneados por el joven Pompeyo, quien después de haber ocupado la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña, amenazaba a la Italia, y obligó a los triunviros a pactar con él. Vencido luego en Mesina, fue Pompeyo a ofrecer su brazo a los Partos y a tratar con Antonio que lo dejó asesinar.

Octaviano se desembarazó también de Lépido, el cual siendo incapaz de dirigir un partido, se retiró a la vida privada. Disputábanse el imperio Octaviano y Marco Antonio. Teniendo aquél un ejército como ningún general romano, era aclamando en Roma como pacificador de mar y tierra, y tribuno perpetuo. Octaviano servíase a menudo de dos ilustres personajes: Mecenas, descendiente de un rey etrusco, comedido en su ambición y conciliador de los partidos moderados, y Agripa, tan experimentado en la guerra como Mecenas en la política.

41 Antonio atravesó la Grecia en medio de serviles homenajes, dirigió la guerra contra los Partos, vengando a Craso y ocupando las tres grandes vías del comercio, la del Cáucaso, la de Palmira y la de Alejandría. Olvidando a su prudente mujer Octavia, hermana de Octaviano, volvió a buscar el fastuoso amor de Cleopatra, llamola a Siria, y proyectaba la constitución de un gran imperio que uniese al Egipto todos los países marítimos del Mediterráneo oriental. Entonces invadió a la Partia, mas fue obligado a desastrosa retirada, en la cual perdió 24000 soldados. Alcanzó, empero, nuevos

triunfos en Alejandría, donde se vistió de Osiris y declaró a Cleopatra reina de Egipto, de Chipre, del África, de la Cele-Siria, y señaló varias provincias a los hijos que había tenido de su regia amante.

Estos excesos causaron en Roma honda irritación y el temor de que Antonio quisiese trasladar el Capitolio a Alejandría, teatro de sus triunfos. Octaviano enconaba los ánimos, e indujo a Roma a declararle la guerra. Fue la Grecia el campo en que el Oriente y el Occidente empeñaron la lucha. En Actio (173), Octaviano, que nunca se ponía en peligro, vio a su flota vencer a la del valeroso Antonio, quien al apercibirse de que Cleopatra se retiraba con sus naves, siguiola hasta Alejandría, donde, al verse acosado por Octaviano, se dio la muerte. Cleopatra intentó seducir también al nuevo vencedor, mas sintiéndose destinada a exornar el triunfo, se hizo morder por un áspid venenoso.

Batalla de Actio
2 de setiembre del año 31 (174)

Extinguiose con ella la estirpe de los Lágidas, que en el trascurso de 294 años había infundido nueva vida al Egipto, haciendo florecer su comercio y enriqueciéndolo en gran manera; a aquel gran Egipto que despojado, después, de innumerables riquezas y reducido a provincia, dejó de tener nombre en la historia.

30

51. -Augusto

Tres triunfos obtuvo en Roma César Octaviano, en el mes que por él se llamó Agosto, pues se le dio el nombre de Augusto y el título de emperador, no ya como simple honor, sino como autoridad transmisible a sus descendientes. Falto de virtudes guerreras, dominó en un país y en un tiempo en que todo se conseguía por las armas; supo contener a 120 millones de súbditos y a 4 millones de ciudadanos, e impuso la paz al mundo. Las revoluciones, por las cuales la plebe se igualó a los patricios, habían terminado sanguinariamente; así fue que prevalecieron los soldados, y los ambiciosos cuidaban de tenerlos adictos. Conociendo Augusto que en ellos estribaba su fortuna, les regalaba tierras y dinero, sabiendo convertir la sociedad militar en civil. Llegado al colmo de sus aspiraciones, perdonó a sus enemigos, conservó las formas republicanas, no quiso el odiado título de rey, aunque sí la realeza del mando; cónsul, tribuno de la plebe y pontífice máximo, lisonjeaba a los senadores, a los cuales designó las provincias tranquilas, conservando para sí las amenazadoras; conservó para los caballeros los juicios y la exacción de los impuestos públicos;

abrogó las leyes tiránicas del triunvirato, y conservó las antiguas, pero dando autoridad a las respuestas de los jurisconsultos; se esforzó en corregir las costumbres públicas y dictó especialmente una ley contra los célibes (Ley Papia Popea) (175); recomendaba al pueblo las personas que deseaba ver elevadas a las grandes dignidades del Estado, lo cual equivalía a imponerlas. Purgó las legiones de esclavos alistados, admitiendo solo a ciudadanos en ellas, y formando un ejército permanente que dispensaba al pueblo de tomar las armas y constituía un poderosísimo instrumento en manos de los emperadores. Favoreció a los literatos, que competían en adularlo y en hacer pasar a su siglo como un siglo de oro. La ciudad fue reconstruida elegantemente, y comprendía en el cerco de 50 millas una población inmensa, cuya alimentación estaba bajo el cuidado del prefecto de la ciudad y del de los víveres. Prodigando dinero y espectáculos, Augusto removía toda clase de boato en su nombre y él mismo comparecía en los juicios para asistir a sus clientes.

Sus guerras No había ya lugar a más guerras de ambición, pero tuvo que hacer armas para asegurar la paz. Primeramente fue sometida la España; luego la Judea, que, después de la muerte de Herodes, de 72 años de edad y 37 de reinado, fue unida como provincia a la Siria, bajo procónsules, entre los cuales fue célebre Poncio Pilatos.

Duro ejercicio preparaba la Germania, donde Agripa y Druso pudieron vencer a los Sicambros, a los Tencteros, a los Usipetos, a los Vindelicios, y hasta a los Bátavos y a los Frisones, sin contar otros pueblos de las costas del mar Germánico. Los Caucios y los Longobardos fueron vencidos por Tiberio. Pero Marobodo, al frente de 70000 Marcomanos, los Dálmatas y los Panonios con un ejército numeroso, levantáronse para librar al país de la codicia de los procónsules. Principalmente Arminio, Príncipe de los Cheruscos preparó una sublevación general de modo que Quintilio Varo, voraz y odiado gobernador, fue derrotado, siendo su derrota la mayor que los Romanos tuvieron después de la de Craso. Augusto exclamaba llorando: «Varo, Varo, devuélveme mis legiones.» Pero los Germanos no supieron mantenerse de acuerdo; Arminio fue muerto y con la victoria de Idestaviso, Germánico aseguró por entonces el imperio de la temida invasión.

9 d. de J.C.

Su familia Augusto no fue afortunado en la familia. Unido a Escribonia, de la casa de Pompeyo, tuvo a Julia, a quien casó con Marcelo, su sobrino y presunto sucesor; pero éste murió joven y Julia fue unida al famoso general ministro Agripa, nombrado gobernador de Roma. Del nuevo enlace nacieron Gayo César (176) y Lucio, a quienes Augusto adoptó; y más tarde Julia, habiendo enviudado, se casó con Tiberio, nacido en primeras nupcias de Livia, segunda mujer de Augusto. Por sus disoluciones mereció Julia ser

abandonada; y muertos los dos hijos de ésta, Augusto adoptó a Tiberio, con la condición de que éste adoptase a Germánico, nacido de Druso, hijastro del emperador.

No fueron irreprochables las costumbres de Augusto. Muerto Mecenas, a quien se debió su moderación y muerto también Agripa, dejose engañar por Livia, anhelosa de encumbrar a sus propios hijos. Con mucho arte supo disimular sus vicios; vivió 77 años, reinó 44, y murió preguntando: «¿He representado bien mi comedia? Aplaudidme.» 14

52. -Cultura romana

Los Romanos no sintieron, como los Griegos, la necesidad de expresar y comunicar artísticamente el pensamiento, y consideraron el estudio, más como una distracción y un adorno, que como una ocupación propia del hombre, dirigiendo la cultura al desarrollo práctico de la vida. Considerando la lengua latina como innoble, estudiaban la griega y la usaban en la buena sociedad y en la escritura. Al cultivarla, fueron grandes escritores precisamente aquellos que, eran grandes personajes en la política y en la guerra. Cicerón, el orador, fue también filósofo, poeta, jurisconsulto, estadista y hacendista; dirigía al Senado y triunfó de los Partos. Nacido en Arpino, educado por Griegos y bajo Griegos en Rodas y en Atenas, e iniciado en la declamación por el actor Roscio, pronto alcanzó el primer puesto entre los oradores. Fruto fueron de estas lecciones las arengas que de él nos quedan, insignes ejemplos de crítica, buena historia de la elocuencia en Roma y de los ejercicios con que se preparaban los jóvenes. Ya habían adquirido fama los Gracos y Marco Antonio; solo un émulo tuvo Cicerón: el riquísimo Hortensio, despreocupado vividor, fiel partidario de Sila y adversario de Pompeyo.

Cicerón

De Cicerón tenemos también la historia de la filosofía griega, mientras que no hace mención de la etrusca. Las doctrinas de Epicuro que cifraba la verdadera sabiduría en saber gozar, eran combatidas por los Estoicos, que querían emancipar el alma de los sentidos, y sentaban que era malo todo lo que contrariaba al orden eterno de la providencia. Esto parecía orgullo a los Platónicos, quienes aseguraban que la verdadera sabiduría se encuentra en la divinidad y no en el hombre, que todo emana de Dios y que a Dios todo vuelve. Pero el neoplatonismo se había convertido en una escuela escéptica, que aceptaba como probables todas las opiniones.

Los Romanos eran más neo-platónicos en la práctica que en la teoría; sin embargo algunos escribieron sobre ella. Luego Cicerón vertió entera la Grecia en Roma, exponiendo, aclarando y coordinando toda clase de materias, pero sin crear, ni profundizar doctrina alguna, evitando las consecuencias excesivas, contentándose con las probabilidades, queriendo una filosofía de hombre de bien, inclinándose a los Estoicos aunque repudiando su austeridad, y considerando los deberes y los derechos del ciudadano como los del hombre.

Sus Cartas, recogidas por el liberto Tirón, son interesantísimas por el modo confidencial con que él y los principales personajes de entonces se expresaban acerca de los acontecimientos contemporáneos.

Historiadores Poco caso hicieron los Romanos de la erudición; y si bien reunieron bibliotecas, dieron pruebas de ignorar su historia primitiva, y no investigaron la civilización latina y la etrusca que a la suya precedieron. Varrón, erudito portentoso, que había escrito a los 78 años 490 libros, aparece escaso de erudición y falto de crítica. Después de varias tentativas, escribió una verdadera historia el paduano Tito Livio, enamorado de la grandeza de Roma, en la cual halla solo virtudes, y las refiere con amplia majestad y gravedad constante, poco molestado por las dudas; sus caracteres son siempre ideales de virtudes o de vicios.

Mala fama adquirió Salustio por sus tristes costumbres y su inmensa sed de riquezas. Narrando la Guerra contra Yugurta y la Conjuración de Catilina, pintó vigorosamente la corrupción de Roma, encadenando bien los hechos con sus causas y adoptando una eficaz concisión.

Los Comentarios de César son la única historia verdaderamente original de Roma; no se propuso hacer una obra de arte, sino narrar sus propios hechos de gran político y de gran guerrero, enterado de las fuerzas y de los vicios de su tiempo y de su país. Y si no supo ser imparcial, supo ser sosegado, sencillo y breve.

Cornelio Nepote había compuesto una historia universal y otros trabajos que se han perdido; las vidas de capitanes ilustres que corren bajo su nombre, parecen una compilación de una época de decadencia.

De las Historias filípicas de Trogo Pompeyo solo queda un compendio, hecho por Justino. Otras muchas historias se han perdido. Las Antigüedades romanas, escritas en griego por Dionisio de Halicarnaso, comprenden desde la toma de Troya hasta el punto en que empieza Polibio; no quedan más que los once primeros libros. Sospéchase que no fue muy verídico, mas como extranjero, describe mejor las particularidades del gobierno. En la Biblioteca Histórica, Diodoro Sículo abrazó los acontecimientos de todos los pueblos, pero es escaso de crítica, lleno de supersticiones, fuso en la cronología, y copia de otros antes que ver y examinar. Muchos escribieron historias en griego.

Poesía La poesía latina se desenvuelve imitando a los Griegos. Sin embargo es poeta nacional en el pensamiento y el estilo T.

Lucrecio Caro, el cual puso en verso la filosofía (De rerum natura), con áridas argumentaciones, mezcladas con bella poesía, exaltando el epicureísmo y los goces. El veronés Cátulo, traductor e imitador de los Griegos, principalmente de Safo y Calímaco, pulió la lengua, aunque la llenó de durezas. Son ejemplos de corruptelas los demás poetas: Tíbulo, de estilo elegante y artificioso; Propercio, todo quejas lanzadas con erudición; Ovidio Nasón, algo natural en ideas y espléndido en la dicción, aunque sin aliño, que cantó las Metamorfosis, los Fastos, el Arte de amar, y expuso en elegías sus tristezas, al ser desterrado por Augusto a consecuencia de sus transparentes alusiones a corrompidos personajes.

Fedro tradujo en candidísimos versos las fábulas esópicas, como antes lo había hecho Babrio. Marco Manlio versificó la astronomía.

Teatro   Poco se deleitaron los Romanos en el teatro, prefiriendo los espectáculos de atletas y gladiadores. Compusiéronse muchas comedias, pero anduvieron perdidas, y las que nos quedan parecen traducciones o imitaciones de las griegas, alteradas con alguna invitación a gozar de la vida, y con adulaciones. De esto se contaminaron hasta los más notables, tales como Horacio y Virgilio. Horacio, nacido el año 66 antes de J.C., habla a menudo de sí mismo, de tal modo que de sus versos se puede deducir su vida; partidario al principio de los republicanos, fue luego acogido por Mecenas y presentado a Augusto que lo colmó de favores, pagados con elogios inmortales. A su genio reunía un finísimo gusto, pero sin pretensiones de fidelidad a una opinión, ni siquiera a un juicio, y traduciendo a veces obras griegas. Donde es verdaderamente original es en las sátiras, género desconocido de los Griegos; en ellas se muestra incomparable maestro en el arte de la difícil facilidad en la versificación, y pinta los vicios o más bien los defectos de los Romanos sin demostrar aborrecimiento; exhorta a la virtud sin convertirse en apóstol de ella, y coloca la moral en el huir de los excesos. El Arte Poética es una epístola sobre la literatura, especialmente sobre la dramática, rica en excelentes conceptos, y que los pedantes transformaron en leyes imprescindibles.

Horacio

Virgilio   Virgilio Marón, nacido en Mantua el año 70, y despojado luego de su patrimonio por los soldados de Octaviano, fue a Roma a reclamarlo y encontró favor en Mecenas y en Augusto. Enamorado del arte de la paz, era oportunísimo para su tiempo, en que se quería incitar a las dulzuras de la vida campestre. Enseguida cantó él los trabajos del campo en las Geórgicas, y describió la vida pastoril en las Bucólicas, incomparables trabajos de estilo y delicadeza. En la

Eneida celebró los orígenes de Roma, fundiendo la Ilíada y la Odisea para cantar los viajes de Eneas al principio, y después sus guerras en Italia. Mas no se creía ya en los dioses, ni podían ser incluidos en las acciones humanas como en Homero; sus héroes son descoloridos y no pertenecen a ninguna edad; pero delicado en el sentir, combina admirablemente las pinturas graciosas con las terribles, y da a su obra entera un giro elegante y de exquisito gusto. Supo valerse de las tradiciones itálicas, coordinándolo todo para glorificación de Roma y de Augusto, descendiente, según él, de Venus y de Eneas.

Brevísimo fue el florecimiento de las letras romanas, y apenas Cátulo bosquejaba la poesía, cuando se hallaba ya en decadencia con Ovidio.

Ciencias Las ciencias eran cultivadas en Alejandría, en Siria y en Grecia, de cuyos puntos acudían maestros a Roma, donde sin embargo no se apreciaban más que las armas, la jurisprudencia y la oratoria. Mediante matemáticos extranjeros, Julio César corrigió el calendario en el año 45 antes de J.C., fijando el año en 365 días y 6 horas. La superficie terrestre fue mejor conocida merced a las empresas de Alejandro Magno, de Mitridates, de César y de Agripa.

Bellas artes Las bellas artes habían decaído en Grecia; sin embargo el mismo Virgilio concede a los extranjeros la gloria de bien pintar y esculpir. En Grecia se hacían labrar o se compraban vasos y estatuas; y que de estas obras artísticas eran ávidos los Romanos, lo prueba Cicerón contra Verres; a millares adornaban los triunfos. Muchos templos y teatros se fabricaron en Roma, y entonces se extendió el orden toscano, más sólido que los griegos, y el compuesto, más adornado que el corintio; las pilastras y los arcos sustituyeron a las columnas y al arquitrabe. El único escritor de arte que tenemos es Vitrubio, de patria y de familia desconocidas; y aun el tratado de arquitectura que va con su nombre es quizá una compilación hecha por algún mal práctico.

Estupendos edificios romanos son los acueductos, por los cuales, de muy lejos y sobre arcadas conducían a la ciudad el agua Virgen y el agua Marcia. El Tíber no fue nunca canalizado, ni se pensó en reprimir sus crecidas. Tarde se hizo un puerto en su desembocadura; pero eran famosos los de Rávena y Miseno.

Importaban mucho a la unidad del imperio los grandes caminos que partiendo del miliario aureo, en medio del Foro Romano, se extendían hasta el Éufrates, el Nilo y el Rin, y hasta las columnas de Hércules.

53. -La India. Época de Vicramaditia

En tiempo de Augusto, la India tuvo también su siglo de oro.

En la época de Alejandro, dominaba en el Magada (Behar septentrional) el príncipe Nanda, descendiente del dios Krisna, el cual exterminó a los hijos del Sol, que dominaban en los países

vecinos al suyo, y se hizo señor de los Prasos. Su hijo Sandracot, de la segunda e inferior de sus dos mujeres, llevaba a mal verse pospuesto a sus hermanos, inferiores en capacidad, y auxiliado por los Brahmanes, subió al trono, redujo a la unidad varios dominios, resistió a Seleuco Nicator, y tuvo relaciones con los reyes de Siria, por medio de los cuales se vino a conocer aquel país. Pero los historiadores griegos y romanos poco indagaron sobre la India y la Bactriana. Entre los reyes indios figura Vicramaditia, cuya residencia era Palibotra; fundó la dinastía XVI de Bengala, sojuzgó a muchos reyes, empezó, 56 años a. de J.C., la era Samvat, adoptada en la India septentrional, mientras el resto de la India usa la era Saha, empezada 76 años después de Cristo.

La corte de Vicramaditia estaba adornada, como dicen los naturales, de siete piedras preciosas, o sean poetas insignes, siendo el principal Calidasa, que perfeccionó la lengua, restauró los vetustos monumentos literarios, cantó las estaciones, y se distinguió en la literatura dramática. Obra maestra es el Reconocimiento de Sacontala, donde los interlocutores usan tres idiomas según su posición social y su carácter. Después de Calidasa, el teatro decae, aunque siempre sigue siendo nacional.

Libro VI

54. -El Imperio Romano

Ufana señora de todo el mundo conocido, Roma sobresalía cada vez más y dominando los países comprendidos en 2000 millas de extensión del Septentrión al Mediodía, desde la Dacia hasta el trópico, y 300 de Levante al Ocaso, desde el Océano hasta el Éufrates, sobre una superficie de 1600000 millas cuadradas, entre los 24 y 56 grados de latitud septentrional; los países mejor dispuestos a la civilización. Al Noroeste comprendía Inglaterra y la llanura de Escocia, quedando las montañas para los Caledonios; con el Rin protegía la Helvecia y la Bélgica; con el Danubio las penínsulas Ilírica e Itálica; llegaba al Mar Negro, seguía por la cordillera del Cáucaso al Caspio y a las montañas centrales del Asia. En ésta no pudo nunca subyugar a los Iberos; los Armenios fueron ora enemigos, ora tributarios, nunca súbditos de Roma. En la Mesopotamia, entre el Éufrates y el Tigris, se tocaban los Romanos con los Persas. Los inviolados desiertos de la Arabia eran fronterizos con las fértiles colinas de la Siria, y el Egipto confinaba con el mar Rojo. Los desiertos de la Libia al Mediodía, y el Atlántico al Occidente, cerraban el vuelo y la rapiña a las águilas romanas.

Dentro de este perímetro permanecían independientes algunos Estados, como las doce ciudades alpinas del rey Cocio, de las cuales era capital Susa, las repúblicas de Corcira, Quíos, Rodas, Samos y Bizancio, como también Nimes, Marsella, Lacedemonia y varios pueblos

de la España y de la Galia, que conservaron su propio gobierno. Igual privilegio habían obtenido muchas de las 500 ciudades de Asia, y tenían reyes propios la Capadocia, la Cicilia (177), Comagene, la Judea, Palmira, la Mauritania y el Ponto.

En el censo aparecieron 6945000 ciudadanos romanos, los cuales con los niños y mujeres darían hasta 20 millones. Probablemente serían en doble número los habitantes de las provincias, y habría tantos esclavos como hombres libres.

Se habían visto imperios asiáticos más vastos, pero extendidos sobre desiertos o poblaciones incultas. El romano abrazaba los países más civilizados, con dominio absoluto y regular; en cada provincia se alzaban a menudo ciudades, algunas grandiosas como Roma, Alejandría y Antioquía. En adelante, no debíase aspirar a extenderlo, sino a regularlo, y a refrenar a las naciones que se amontonaban en las fronteras.

55. -Los doce Césares

Durante los principios de Roma, poca gente gozaba plenos derechos de ciudadanía. La muchedumbre luchaba para participar de ellos; de aquí resultaron larguísimas discordias entre los nobles, defensores de la aristocracia, y los ricos, contra la plebe que, antes que servir a tantos tiranuelos, se agrupaba en derredor de jefes ambiciosos. Al principio pidió leyes, al modo de los Gracos; se declaró en guerra abierta en tiempo de Mario; pero Sila sostuvo al Senado y relegó los Socios itálicos a las tribus que no votaban; restableció la república, esto es el predominio de los aristócratas, proscribió a los enemigos e introdujo soldados mercenarios, a quienes repartió el campo público. Pompeyo prosiguió su obra, aunque débilmente, y pronto prevaleció César que domó al Senado, el cual le dio muerte. Recrudecida entonces la guerra civil, Antonio y Augusto abatieron a la aristocracia. Quedando único soberano, Augusto conservó las formas republicanas, pero acostumbró a los Romanos a la indolencia y la molicie, al juego y al amor a la prosperidad presente, más que al tormentoso pasado. El imperio no era monarquía, sino una dictadura prolongada, bajo la salvaguarda de la autoridad tribunicia, sin elección legal, ni orden de sucesión, y por consiguiente sin límites, dependiendo todo de la condición del reinante.

Tiberio   Tiberio, llamado por Augusto a sucederle, se había hecho ilustre con las guerras, y a los 56 años se encontró dueño del mundo. Al principio rehuyó el imperio que se le ofrecía; aceptando el puesto acarició al Senado y se mostró magnánimo con el pueblo; pero en breve se convirtió en un monstruo; hizo dar la muerte a Germánico, héroe en la guerra, e ídolo del pueblo; quitó a los comicios todos sus poderes; excitó a los delatores, que le denunciaban verdaderos y falsos golpes; cometió toda suerte de

crueldades y disoluciones con las cuales deshonró a la isla de Caprea.
14

19

37 Su sobrino Gayo César (178), hijo de Germánico, ídolo de los soldados que le daban el nombre de Calígula, le sucedió en el imperio siendo aún muy joven, y no tardó en brillar como ninguno por su crueldad y por sus vicios. Sentía que el pueblo romano no tuviese una sola cabeza para cortársela de un golpe; le despreciaba tanto, que hizo cónsul a su propio caballo; le arrojaba dinero mezclado con afiladas puntas; gastó en una sola comida dos millones, y consumió en un año los 50 millones reunidos por Tiberio, reparando luego su erario con la proscripción y la muerte de ricos ciudadanos.
Calígula

41 Fue muerto por conjurados, quienes proclamaron emperador a su tío Claudio, hombre estudioso, medio imbécil y enemigo de ruidos. Fue juguete de sus soldados y de Mesalina, su impúdica mujer, hasta que ésta fue condenada a muerte. Entonces se casó con su sobrina Agripina, no menos lujuriosa, cuyo principal intento fue el de darle por sucesor a su hijo Nerón, en perjuicio de Británico, nacido de Mesalina.
Claudio

54 En efecto, Nerón fue proclamado emperador por los pretorianos, árbitros ya de Roma. Alumno del filósofo Séneca, Nerón se mostró al principio respetuoso en vez [sic] de la legalidad, los magistrados y la opinión pública; mas no tardó en depravarse. Envenenó a Británico, mandó matar a su madre Agripina, a su esposa Octavia, a su maestro Séneca y a cuantos le hacían estorbo, y excitó con el espanto la adulación de los Romanos. En su afán de pasar por literato y artista, escribía versos y se presentaba a cantar en sus teatros. Habiendo incendiado a Roma para reconstruirla a su gusto, edificó el palacio de oro, en cuyo vestíbulo había una estatua suya de 40 metros de elevación, con triple orden de columnas que formaban un largo pórtico en el centro.
Nerón

Contra la tiranía de este cruel emperador conspiró Pisón, quien costó la vida a muchísimos; Nerón intentaba matar a todos los senadores y entregar las provincias y los ejércitos a caballeros y libertos. En tanto recorría la Grecia, renovando los antiguos

juegos, tocando el arpa y recitando en el teatro, triunfando y robando al mismo tiempo, sembrando por doquier la muerte, y excediéndose a la corrupción del país. La fuerza militar era la única que hacía posible aquellos excesos, y la única que podía darles fin. Julio Vindex levantó en la Galia céltica la bandera contra Nerón, y hubiera podido hacerse proclamar emperador, si Virginio Rufo no hubiese protestado, diciendo que se hallaba dispuesto a no tolerar que se diese el imperio de otra manera que por el voto de los senadores y de los ciudadanos; y habiéndole vencido, rehusó el imperio para sí. Aterrado por la rebelión, Nerón no tenía valor bastante para darse la muerte, hasta que oyendo que iban a prenderlo para llevarlo a la horca, se hizo matar por un esclavo.

68

Galba El ejército había proclamado a Galba, quien disimulando sus propios méritos, había escapado a la furia de Nerón y se había captado las simpatías de las provincias reprimiendo a los que pretendían vejarlas y oprimirlas. Desterró a los parciales de Nerón, mató a 7000 marineros revoltosos y a muchos ciudadanos; y sin embargo pasaba por hombre benigno; cierto es que negó a los soldados y al vulgo la cabeza que pedían de muchos.

Otón Para evitar las usurpaciones del ejercito eligió por sucesor suyo a Pisón, lo cual ofendió a Salvio Otón, que se hizo proclamar emperador por algunos pretorianos que promovieron en la ciudad un motín en que fue muerto Galba. El Senado, el pueblo y los caballeros se apresuraron a lisonjear a Otón, terminando con fiestas una jornada de estrago.

69

Vitelio Pero en la Baja Germania, Vitelio se negó a reconocerlo, y trasladándose a Italia con su ejército, venció en Badriaco a Otón, que se dio la muerte; proclamado emperador, entró en Roma armado como conquistador. Inepto para los negocios del Estado, tenía por pasión dominante la de comer manjares exquisitos y nadar en la abundancia, de tal modo que en pocos meses derrochó 900 millones de sestercios.

Vespasiano Vespasiano, que entonces dirigía la guerra contra los Hebreos, se hizo proclamar emperador, y con legiones intactas atacó a Vitelio, cuyo miedo estaba en relación con su vida de placeres. En una batalla reñida al pie de las murallas de Cremona, perecieron 30 mil Vitelianos a manos de compatriotas y amigos, a pesar de que Vespasiano había recomendado que se evitase el derramamiento de sangre civil. La misma Roma sufrió estrago e incendio; por fin Vitelio fue ignominiosamente paseado por la ciudad y muerto entre

gritos e insultos; los soldados vencedores devastaron y robaron por todas partes, siendo peores que enemigos.

Vespasiano, de la familia Flavia, había combatido en las guerras civiles y merecido el favor de los emperadores con sus vicios, y fue el único que mejoró de condición al subir al solio imperial. En Alejandría, donde se hallaba, acudió tanta gente a reverenciarlo, que la ciudad no era bastante grande para contenerla; ¡calcúlese lo que sucedería a su llegada a Roma! En la capital del imperio procuró atender al hambre y a los gastos ocasionados por el incendio; fue sencillo en su modo de vivir; gemía al tener que mandar alguna víctima al suplicio; en comparación con la loca prodigalidad de sus antecesores, fue tenido por avaro; pero en tanto Roma respiraba un poco de calma y sensatez, después de tantas dilapidaciones y matanzas. Sintiéndose morir, Vespasiano exclamó: -«Estoy a punto de convertirme en Dios», burlándose de que los Romanos divinizasen a sus príncipes; y quiso morir en pie.

70

79 Su hijo Tito fue llamado delicia del género humano; solía decir que no convenía que nadie se alejase con tristeza de la vista del emperador, y consideraba perdido el día en que no hubiese hecho algún bien. Habiendo un incendio destruido el Capitolio, el Panteón, la biblioteca de Augusto y el teatro de Pompeyo, Tito los reparó a expensas propias. También reparó a sus costas los males que pudieron repararse después de la erupción del Vesubio que sepultó a las ciudades de Herculano y Pompeya y sacudió a toda la Campania.
Tito

81 Créese que aceleró la muerte de Tito su hermano Domiciano, rebelde, sanguinario y celoso. Este fingía victorias mientras sufría derrotas humillantes; odió la historia y los hombres virtuosos. tanto que los literatos hallaron mas cómodo que ningún otro el oficio de adulador y espía. A la crueldad unía bufonadas y sórdidas concupiscencias; para subvenir a locos gastos, sacaba dinero de todas partes, por lo cual disgustaba a las provincias y se multiplicaban las revueltas y conjuraciones, hasta que fue muerto en una de ellas.
Domiciano

Fue el último de los doce Césares.

56.- Guerras del imperio

No le faltaban enemigos a Roma. Bajo Tiberio, la Germania se presentó varias veces amenazadora, como lo estuvo la Tracia. En África, los Númidas fueron vencidos por Bleso; en Oriente, al cabo de larga guerra, la Capadocia fue reducida a provincia; pero la Comagene (179), la Cilicia (180), la Siria y la Judea se agitaban incesantemente. La Bretaña fue también constituida en provincia, pero los naturales, refugiados en los montes, caían a menudo sobre los Romanos; Caractaco trató de devolverle la independencia, mas fue engañado y vencido; druidas y sacerdotisas incitaron después al pueblo a la resistencia, mas prevaleció la disciplina sobre el furor, y también allí se restableció la paz, llamando civilización a lo que era parte en servidumbre.

La Galia fue dejada por Augusto resignada, no tranquila; en Marsella, Tolosa, Arelates y Viena florecieron las letras griegas y latinas. Tratose de implantar entre las clases distinguidas las divinidades romanas, en sustitución del culto nacional de los Druidas, amado del pueblo; Claudio proscribió a los Druidas y sus símbolos, mientras igualaba los Galos a los Romanos en el Senado y en los empleos; así fue que la flor de aquellos acudió a Roma a enseñar, a gobernar y a pedir.

Los Partos permanecieron siempre indómitos, si bien buscaron a menudo en Roma un rey entre los individuos de sus antiguas dinastías que en ella rivalizaban entre sí. Roma veía con satisfacción las desavenencias de estos, de los Armenios y de los Iberos. Radamisto tiranizó a la Armenia, tanto que ésta se sublevó, y a duras penas pudo él escapar con su mujer Zenobia. Tenida ésta por muerta, fue luego esposa de Tirídates, que se había hecho rey de la Armenia bajo la tutela de los Romanos, recibiendo la corona de manos de Nerón con indecible fausto.

El subyugado mundo protestaba, pues, contra la opresión romana, y se sublevaba cada vez que la rebelión de las legiones o la vacancia del imperio disminuían la vigilancia. Vespasiano tuvo que combatir a los Dacios que habían pasado el Danubio. Los Bátavos, de la tribu de los Catos, estacionados entre los dos brazos del Bajo Rin, habían militado contra los Romanos; Claudio Civil, su jefe, pensó devolver la libertad a su patria. Fingiose amigo de Vespasiano, y tan rico en valor y en astucia como Aníbal y Sertorio, venció y tuvo armas, flota y alianza de muchos pueblos germánicos. Toda la Galia aspira entonces a redimirse; los Bardos y la profetisa Veleda surgen de sus escondites para excitar a la rebelión; muchas legiones les siguen después de haber dado muerte a sus oficiales, y se proclama el imperio galo. Pero restablecido el orden en Roma, prevalece Vespasiano; Civil obtiene la gracia de que se le deje vivir en paz; otros jefes se matan o son muertos; Julio Sabino, que se había hecho proclamar emperador, es derrotado, y solo puede salvarse haciéndose pasar por muerto. Su mujer Epónima lo tuvo escondido durante nueve años, hasta que, descubierto, fue llevado a Roma, y a pesar de lo singular del caso y de la piedad que inspiró su largo martirio, ambos esposos fueron enviados al suplicio. En la Galia se restableció el orden, o sea la servidumbre, y los Druidas

se convirtieron en maestros de ciencias romanas.

Imperio Galo

Judea La Judea estaba reducida a provincia, gobernada por procuradores. Entre estos, Poncio Pilatos osó ofender el sentimiento patriótico y religioso plantando en Jerusalén las banderas romanas y sacando dinero del tesoro del templo, por todo lo cual los Hebreos se sublevaron y obtuvieron que el procurador fuese llamado a Roma. Tiberio unió luego estos Estados a la Siria, dejando a Herodes Antipas (181) el resto de la herencia de Herodes el Grande. En Jerusalén, en Alejandría y en Roma, los Hebreos opusieron resistencia a los emperadores que quisieron violentar sus conciencias; Agripa, favoreciendo a Claudio, logró poseer entera la Judea y la Samaria, donde restableció las costumbres antiguas; mas todo lo echaban a perder el servilismo de los Romanos y la enemistad entre Samaritanos y Judíos, y entre Saduceos y Fariseos. Mesnadas de Zelosos (182) infestaban el país, y exterminado un jefe se levantaba otro. Hebreos y Sirios se disputaban la posesión de Jerusalén, pretendiendo aquellos que había sido edificada por Herodes, y éstos que era ciudad griega, tanto que el mismo Herodes la había dotado de templos y simulacros helénicos. Llevada la causa a Nerón, se decidió por los Sirios; mas de aquel fallo se originó una general revuelta, en vano reprimida con el degüello de millares de personas. Nerón mandó para combatirlos a Vespasiano, que con su hijo Tito venció diferentes veces a los jefes enemigos, entre los cuales se hallaba Josefo, historiador de estos sucesos, y sojuzgó a toda la Galilea. Los Zelosos, mientras tanto, no cesaban de alterar la paz, y refugiados al fin en el templo de Jerusalén, e incitados por Juan de Giscala, se defendieron auxiliados por los Idumeos, y después de haber ensangrentado horriblemente la ciudad, se destrozaron mutuamente. Bien decía Vespasiano que le facilitaban la victoria sin combatir, y cuando fue elegido emperador, confió a Tito el asedio de la ciudad santa. Defendiose ésta con el furor de la desesperación, tanto que Tito se vio obligado a recurrir a medios extremos; crucificaba a cuantos Hebreos caían en su poder; en el asalto, fue incendiado el mismo templo, que quedó reducido a cenizas. Perecieron un millón y medio de personas; para quitar toda esperanza a los sobrevivientes, se destruyeron ciudades y castillos; y con sus despojos fue construido en Roma el templo de la Paz, donde se hubieran depositado el candelabro de oro y demás riquezas sagradas, si no hubiesen naufragado al entrar en el Tíber. Muchos Judíos fueron degollados y arrojados otros a las fieras del circo para diversión del pueblo, siendo reservados los demás para la fabricación del Coliseo.

Algún tiempo después, un tal Barcocebas (183) se sublevó al frente de los Judíos, cometiendo horribles excesos en Cirene, en Egipto y en la Siria; mas los Romanos mataron a 576000 Hebreos, vendiendo a los restantes; y para aniquilar su religión, se erigieron templos consagrados a ídolos sobre las ruinas del antiguo, y se cambió el nombre de Jerusalén con el de Elia Capitolina. Antonio Pío dulcificó aquella servidumbre, permitiendo a los Hebreos que tuviesen sinagogas y circuncidaran a sus hijos. Juliano el Apóstata trató en vano de restablecer a Jerusalén; el califa Omar, sucesor de Mahoma, la tomó, y quedó en poder de los Musulmanes hasta que la conquistaron los Cruzados.

El pueblo Hebreo anduvo disperso por las naciones, ejerciendo el tráfico, sin deponer jamás ni la religión unitaria, ni la esperanza en un Mesías que ha de restaurar su culto y su nacionalidad.

Vespasiano pudo entonces cerrar el templo de Jano; mas pronto tuvo que hostilizar a la Comagene, la cual fue reducida a provincia, como la Grecia, que había sido emancipada por Nerón, la Licia, la Tracia, la Cilicia (184), y asimismo Rodas, Bizancio y Samos.

Julio Agrícola, que mereció ser elogiado por su yerno Tácito, gobernaba la Bretaña, donde se renovaron las correrías de los montañeses; dio la vuelta a la isla y aseguró el único engrandecimiento que experimentó el imperio del primer siglo.

Nueve guerras contra los Dacios y los Germanos estallaron bajo el gobierno de Domiciano, y fue la primera vez que los Bárbaros asediaron con ventaja al imperio. El mismo Domiciano obtuvo fingidos triunfos sobre éstos y los Sármatas.

57.- Costumbres del Imperio

Una serie de tristes personajes se sucedieron, como hemos visto, en el mando de Roma y del mundo, que resignados sufrían aquel yugo humillante. Efecto era esto del egoísmo universal, en cuya virtud cada uno atendía a las ventajas propias y no al deber ni a la humanidad. Ni los Romanos se compadecían de los males de las provincias, ni los Galos de los Germanos, ni estos de los Asiáticos; cada cual pensaba en gozar de la hora presente, distraerse con juegos y donativos, adular al emperador que podía darlos, para insultarlo a su caída; la idea del goce era preocupación general;

después del placer decente se buscaba el deshonesto, la infamia, la depravación, el placer de la vergüenza, de la extravagancia y de la sangre; y al servicio de los placeres habían de estar los esclavos, las mujeres, los niños, los gladiadores, las fieras, el arte, la literatura, que también ésta tenía que hacerse aduladora.

Entre los filósofos, los únicos que atendían a la dignidad humana eran los Estoicos; pero se limitaban a abstenerse, a conservar la tranquilidad, a no tener odio ni compasión, y a considerar como salvación el darse la muerte. El más ilustre de éstos, Séneca, que adquirió exorbitantes riquezas con sus usuras, lisonjeó a su discípulo Nerón, participando a menudo de sus delitos, y cuando el tirano lo condenó a morir, se hizo abrir las venas tranquilamente. Su sobrino Lucano, poeta, para salvarse denunció a su propia madre; mas también murió por orden de Nerón, recitando versos. El suicidio era común; a él recurrían hasta los Epicúreos cuando les pesaba la vida; y el pueblo se recreaba oyendo sus frías disertaciones, y viendo como afrontaban la muerte con la mayor tranquilidad.

Si la filosofía carecía de doctrinas, a la religión le faltaban dogmas. Cundían las supersticiones, recibíanse las divinidades de todos los países y el pueblo hizo dioses a todos sus execrables emperadores; buscábase la expiación de culpas en sortilegios de nigromantes, en el sacrificio de niños y en aspersiones de sangre.

Por consiguiente, la muchedumbre se entregaba sin freno a bajos vicios y a desenfrenos; un inaudito abuso de divorcios y adopciones desconcertaba a las familias. En tiempo de Claudio, 19000 condenados a muerte combatieron en el lago Fucino; y cuando este emperador restableció el suplicio de los parricidas, hubo en cinco años más sentencias que en muchos siglos; 45 hombres y 85 mujeres fueron de una vez condenados por envenenamiento. Si no bastaban los sanguinarios juegos de los gladiadores, queríanse en la escena verdaderos incendios y heridas verdaderas, y se mutilaba a Atis, y se quemaba la mano a un Mucio Escévola, y un Dédalo era destrozado por un oso, y en fin se llegaba al extremo de representar la infamia de Pasifae. La disolución pasaba los límites de lo increíble. Y era un pueblo llegado al colmo de la civilización, con monumentos que no se acaban de admirar, y pórticos y termas y poesías e historias de exquisito gusto, y cuantas maravillas producen el arte y a naturaleza. Pero el lujo era, no arte como en Grecia, sino voluptuosidad; lujo gigantesco y miserable, fomentado por el despotismo imperial. En la mesa se consumían enormes fortunas, y por su glotonería alcanzaron fama Octavio y Apicio, quien después de haber consumido inmensos tesoros en la mesa, se mató por no verse reducido a vivir con solos diez millones de sestercios (cerca de 2 millones de pesetas).

Pero así en las comidas como en el lujo, en la voluptuosidad como en la barbarie, dominaba el afán de lo extraordinario; admirábase lo que era exorbitante: vasos fragilísimos, mesas descomunales, el comer y beber lo asombroso por la calidad y la cantidad.

Bajo los emperadores, que todo lo podían porque contaban con la amistad de los soldados, había un vulgo cobarde, corrompido y egoísta, que nadie pensaba educar, y que a lo sumo oía en boca de los Estoicos, como única solución posible, la palabra Suicídate.

58.- Cristo

Y téngase en cuenta que hablamos de la parte del mundo más civilizada, más culta y más moral; de modo que aquella inmensa depravación no podía ser corregida más que por el cielo y el amor. Porque había llegado la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas y por todo el Oriente, y principalmente por los Hebreos, que esperaban al Prometido, imaginándoselo guerrero, príncipe, restaurador de la gloria de David y Salomón.

Pero Cristo nació pobre, de humildes trabajadores: vivió 30 años ignorado, creciendo en sabiduría y en virtud; salió luego a predicar que todos los hombres son igualmente hijos de Dios, hermanos de Cristo, que vino a la tierra para redimirlos del pecado, instituir los sacramentos que facilitan la gracia, y ofrecer personalmente el modelo de todas las virtudes. La primera de todas consistía en amarse mutuamente, sin distinción de señor ni siervo, de nacional o extranjero, de rico o pobre.

Su doctrina y su ejemplo irritaban la soberbia y la hipocresía de los sacerdotes y de los fariseos, purgando la ley santa de las observancias frívolas, hablando no solamente a los Hebreos, sino a todo el mundo, y anunciando las nacionales esperanzas de un renacimiento civil, aunque elevándolo a más sublime altura. Por esto conspiraron contra Cristo, denunciándolo a los tribunales como corruptor de la religión, y al gobernador romano como conspirador. Poncio Pilatos, al oír de boca de Jesús que su reino no era de este mundo y que había venido a la tierra para dar testimonio de la verdad, lo absolvió dándolo por loco; los sacerdotes lo declararon blasfemo y digno de muerte, y amenazaron al gobernador romano que no hallaba motivo alguno para condenarlo, con denunciarlo a Roma. El débil político accedió a que lo matasen y Cristo fue crucificado.

Los pocos hombres que le fueron fieles, se escondieron espantados, hasta que él resucitó; subido al cielo, mandoles el Espíritu Santo, que les infundió sabiduría y valor, después de lo cual se esparcieron por todo el mundo y propagaron rápidamente la enseñanza del Maestro. Este no había escrito nada; pero sus actos y sus palabras y su doctrina fueron recogidos por cuatro evangelistas.

Si bien no se puede separar la humanidad de Cristo de su divinidad, ni los preceptos de los dogmas, ni la eficacia de la verdad del triunfo de la Gracia, la historia puede limitarse a considerar el efecto que aquella revelación deberá producir en el orden de la humanidad. Todas las doctrinas anteriores habían establecido la preeminencia de algunos hombres sobre los demás; una distinción entre el que puede mandar y el que debe obedecer. Ninguna de estas doctrinas sentó el origen común de los hombres; hasta la

ley hebraica diferenciaba a los extranjeros. De esto resultaba la esclavitud, la crueldad y el desprecio a las mujeres. Ahora, con la unidad de Dios se proclamaba la unidad de la familia humana, y de aquí la obligación de amarse mutuamente.

En cuanto al orden político del mundo visible, Cristo no dejó norma alguna, a no ser la obediencia a la autoridad constituida; pero sentaba la necesidad de la justicia, e impedía que los hombres se considerasen, unos como fin y otros como medios, estableciendo así la verdadera libertad, independiente de la forma de gobierno. Diciendo: El que quiera ser el primero será siervo de los demás, sustituía la tiranía, en la que pocos gozan y muchos padecen, con el gobierno en beneficio de todos, haciendo que sea un deber, no un privilegio, la dirección de los hombres.

Cristo designó al hombre que, muerto él, debía hacerse siervo de los siervos, y así fundó la unidad de gobierno de la Iglesia visible, con un poder sobre las conciencias, al cual toca resolver las dudas, determinar las creencias y regular la moral.

Este gobierno espiritual impone la obligación de dar al César lo que es del César; pero al frente del poder autoritario establece doctrinas que impiden sus excesos, y quiere que se reserve para Dios lo que es de Dios, es decir el alma, la conciencia.

Sus palabras: Sed perfectos como mi padre, imponen a las nuevas edades la misión de progresar y luchar, efectuando cada vez mejor la ley de amor y de justicia. Todo hallará su recompensa en una vida eterna, positivamente asegurada, a diferencia de los filósofos y sacerdotes anteriores que a lo sumo la daban como probable. El premio de esta vida futura obliga a cada individuo a perfeccionarse a sí mismo, no en vez del Estado o de la sociedad, sino como templo de la divinidad, buscando su propia pureza, elevación y caridad.

Para llegar a la consecuencia de este reino de Dios, muchos siglos y grandísimos esfuerzos serán menester; pero mientras duren los males inseparables de nuestra naturaleza y los que tienen su origen en nuestras culpas, tendremos el bálsamo de la caridad, virtud que ni siquiera tuvo nombre entre los antiguos.

59.- Nerva, Trajano, Adriano, los Antoninos

El Senado, que había conservado cierta virtud, merced a la filosofía estoica, tendió entonces a reprimir la arrogancia militar y poner en el trono hombres suyos. Fue el primero Nerva, que no solo empezó con actos de justicia y de clemencia, sino que perseveró en ellos, amenazó a los espías, hacía educar a los niños indigentes, pero la muerte lo asaltó cuando había reinado apenas 16 meses.

98 Este había adoptado a Trajano, de antigua familia española, buen guerrero, que al entrar en el palacio exclamó: -«Espero salir de aquí como entro.» Se consideró obligado al cumplimiento de las leyes como cualquier otro ciudadano; disminuyó los impuestos y las

prerrogativas de los emperadores; perdonó a los que le hubiesen ofendido; pero se abandonaba a la pasión del vino, y tenía la vanidad de escribir su nombre en todos los edificios y hacerse dar el título de señor.
Trajano

Domiciano había comprado la paz de los Dacios pagándoles un tributo; pareciéndole esto indecoroso a Trajano, hizo la guerra a los Dacios, y habiendo vencido a Decebalo su rey, lo llevó en triunfo a Roma, donde hubo fiestas por espacio de 123 días, se dio muerte a más de 10 mil fieras, y fue erigida la columna Trajana en el centro del Foro cuadrado, circuido de pórticos y arcadas, que eran una maravilla en la ciudad de las maravillas.

Igualmente quiso reprimir a los Partos; con tal fin redujo la Armenia y la Asiria a provincias, y llegó hasta Babilonia; después dio principio a una excursión por todo el imperio, el cual llegó entonces a su mayor grandeza. Pero estorbáronle repetidas sublevaciones, y murió en Selinunte.

117 Trajano había designado como sucesor suyo a Adriano, espléndido y avaro, clemente y vengativo, mezcla de virtudes y de vicios. En cuanto a literatura, prefería Catón a Cicerón, Ennio a Virgilio, Celio a Salustio, y pretendía ser superior a todos en todo. Por todas partes multiplicó los monumentos con su nombre, figurando entre ellos la Mole Adriana en el puente de Sant' Angelo (185), y la quinta de Tívoli, donde hizo imitar construcciones y estatuas que había visto en otras partes. De afable trato, misericordioso con los niños pobres y con el pueblo, generoso con los senadores y magistrados de escasa fortuna, quería locamente a los perros, a los caballos y al joven Antínoo, eternizado por muchas estatuas. En el ejército marchaba y comía con los soldados; no conservó los países conquistados por Trajano, pues vio la primera retirada de los Romanos, de seis conquistas. Visitó todas las provincias obedientes, y en Bretaña construyó la muralla de Adriano para contener las correrías de los Caledonios; en Roma dio nueva organización a los tribunales, y dio a Salvio Juliano el encargo de reunir en el Edicto Perpetuo las mejores leyes publicadas hasta entonces por los pretores, obligando a los sucesivos a que se atuviesen a ellas. Retirose a Tívoli donde se abandonó a lascivias y crueldades, y a la magia, hasta que murió a la edad de 62 años, siendo luego colocado entre los dioses.
Adriano

Antonino Adriano había adoptado a Antonino, joven afable y apreciado de parientes y amigos; fue uno de los mejores príncipes que recuerda la historia. Magnífico sin lujo, económico sin mezquindad, respetuoso de los númenes patrios sin perseguir a los Cristianos, decía: «Mejor es salvar a un ciudadano, que exterminar a mil enemigos.» Hasta los extranjeros sometían sus diferencias a su equidad.

161 Su sobrino Marco Aurelio, adoptado por él, le sucedió en el trono; fue virtuosísimo y sumamente laborioso, y nombró colega suyo a su hermano Lucio Vero, de escaso ingenio y ninguna virtud, entregado al libertinaje y al lujo desenfrenado, hasta que murió a la edad de 39 años, siendo inscrito entre los dioses.

Marco Aurelio

169

Marco Aurelio, además de atender a los gravísimos desastres de incendios, inundaciones, terremotos y epidemias, tuvo que combatir a los Britanos, a los Germanos y a los Partos, que fueron sanguinariamente vencidos, aunque a costa de la devastación de muchas provincias. Avidio Casio, gobernador de la Siria, vencedor de los Partos y de los Germanos, severísimo en la disciplina militar, tuvo el pensamiento de restablecer la república, y se hizo proclamar emperador, secundado por muchos pueblos; pero a los dos meses de su proclamación fue asesinado. Marco Aurelio protegió a los parientes de Casio, y perdonó a los demás rebeldes. En Roma gozábase de cuanta libertad eran capaces los antiguos, reapareciendo la dignidad humana. Marco Aurelio prohibió a los gladiadores el uso de armas homicidas; y dejó escritos unos Recuerdos, que determinan el punto más alto a que podía llegar la moral gentílica. Su excesiva bondad perjudicaba no castigando a los culpables, tolerando el libertinaje de su mujer Faustina, y adoptando al pícaro Cómodo.

60.- Condición del Imperio

Los 84 años que median entre Domiciano y Marco Aurelio, fueron tenidos por la edad más feliz del género humano. Fue además el momento de mayor grandeza del romano imperio. El centro de éste era Italia, donde residía el emperador, y donde los senadores habían de tener al menos un tercio de sus bienes. En ella no ejercían su arbitrariedad los gobernadores, ni se pagaban tributos; las autoridades municipales hacían ejecutar las leyes; pero Adriano la confió al gobierno de cuatro varones consulares, igualándola en cierto modo a las demás provincias; los magistrados municipales eran elegidos entre los decuriones ilustres, aproximándose de esta manera a la aristocracia.

En las provincias, los procónsules y los pretores asumían el poder de dictar leyes, de aplicarlas y restringirlas. Con tanto

arbitrio, procuraban robar en un año lo suficiente para ser ricos toda la vida, mientras se libraban de su tiranía los que eran declarados ciudadanos de Roma. Pero bajo los emperadores, los procónsules fueron más vigilados; permaneciendo largo tiempo en el poder, adquirían conocimiento y apego al país.

Ciudadanía La ciudadanía de Roma se extendía al principio a toda Italia, es decir, a cuantos habitaban desde el Faro hasta el Rubicón y hasta Luca; y luego hasta los Vénetos y los Galos cisalpinos. Los siervos emancipados adquirían los derechos de los ciudadanos, si bien estaban excluidos de los empleos de la milicia y del Senado. Augusto restringió esta admisión, concediéndola solamente a los magistrados y grandes propietarios de las provincias; pero sus sucesores dilataron la ciudadanía; en las legiones y hasta en el mando de los ejércitos, se aceptaba gente que no fuese itálica ni ciudadana; Claudio admitió en el Senado a muchos extranjeros, y los ciudadanos, que en tiempo de Augusto eran 4163000, ascendieron entonces a 5684072. Mas poco a poco cesaron las exenciones de que gozaban, por lo cual no fue ya tan codiciado aquel título, que traía consigo muchas obligaciones; el acto de Caracalla que lo extendió a todos sus súbditos, equivalió a someter a los provinciales a todas las cargas de los ciudadanos.

En cambio, de aquel modo se difundieron la civilización romana y la lengua latina, modificada según los idiomas primitivos; los Griegos, sin embargo, no la sufrieron y afectaron ignorarla; hasta Libanio, ningún griego menciona a Horacio y Virgilio.

Para unir tantos países servían los grandiosos caminos, que convergían en Roma o en Milán, en una extensión de más de 4000 millas, con postas regulares, mediante las cuales se podían andar 100 millas al día; pero servían únicamente para el gobierno.

El emperador El emperador era tan déspota como los señores del Asia, aunque durasen el nombre y las formas de la república. Este absolutismo impedía el bien hasta en los mejores príncipes, por más que la soberanía había de considerarse como emanación del pueblo. El Senado conservaba el derecho de proclamar, censurar y deponer al jefe del Estado; pero o viles, o vendidos, o cobardes, magistrados y senadores no hacían más que secundar las pasiones y legalizar las iniquidades de los déspotas. La pura sombra que el Senado conservaba de su antigua autoridad, hacía que los emperadores, buenos o malos, tratasen de deprimirlo, quitando el poder a las magistraturas curules. En fin, cuando el consejo del príncipe publicaba decretos imperiales y formaba un tribunal de suprema apelación, el Senado quedaba reducido a decretar los nuevos númenes que debían festejarse. Los senadores confirmaron con las doctrinas la absoluta autoridad del monarca sobre la vida y hacienda, como se ve en las afirmaciones de Papiniano, Ulpiano, Paulo y otros, reunidas en las Pandectas.

El Senado

La plebe La plebe, protegida por su oscuridad y deslumbrada por el esplendor y las munificencias, amaba aquellos emperadores, aunque fuesen monstruos. Porque, en suma, ellos la habían librado de la tiranía de 20 mil patricios, de ellos recibía justicia directamente, sin las intrigas y corrupciones que contaminaban a los tribunales; de modo que se hallaba muy lejos de reclamar la República. Pero era imposible atemperar la autoridad del emperador, donde no había nobleza, ni clero, ni comunes; y aquel era sagrado, como tribuno de la plebe, y podía anular todos los decretos del pueblo y del Senado.
Los pretorianos Sin embargo, aquellos omnipotentes señores permanecían en poder de los pretorianos, ejército acuartelado en Roma, contra la antigua constitución, para tener sumisa a la muchedumbre; era acariciado por los emperadores, que toleraban su indisciplina; después el prefecto del pretorio asumió además una autoridad civil como ministro de Estado, presidió el consejo del príncipe y fue primera dignidad del imperio.
Ejército El ejército, cuyo gobierno se había reservado el emperador, fue reducido a fuerza permanente por Augusto y distribuido en las provincias fronterizas. Los soldados se reclutaban entre las legiones de las provincias y entre los súbditos. La legión componíase aún de 5000 hombres. Los campamentos romanos dieron origen a ciudades importantes, a lo largo del Ródano y del Danubio, como Castra regia (Ratisbona), Castra Batava (Passau), PrSsidium Pompei (Raschia), Castellum (Kostendil-Karaul),y las poblaciones inglesas acabadas en chester.
Hacienda Al principio, la hacienda de Roma se nutría de los despojos de los vencidos. Después cesaron las victorias, y el comercio exportaba de Italia los tesoros acumulados. Hasta a la misma Italia se hubieron de imponer gabelas, y tasas sobre las rentas, sobre los bienes y sobre las personas, sin excluir a los ciudadanos. Muchos bienes pasaban al fisco o por falta de herederos, o por confiscación, o por legado; lo cual era frecuente bajo los malos emperadores dispuestos a anular los testamentos donde ellos no fuesen considerados. Los impuestos se subastaban.
Leyes Las determinaciones tomadas por los patricios y los plebeyos de común acuerdo, y en los comicios de las tribus llamábanse plebiscitos y eran las leyes más importantes. Más tarde se tuvieron por leyes los actos de los emperadores. Los edictos emanaban de los pretores o de los ediles, como reglas según las cuales juzgaban durante sus magistraturas, corrigiendo con la equidad la rigidez del derecho. Hemos dicho en otro lugar, que Adriano hizo compilar el Edicto Perpetuo, que servía de texto a los legisladores, y dio norma común al gobierno del imperio. Además los emperadores firmaban frecuentes rescriptos, en los cuales interpretaban la leyes y las aplicaban a los casos particulares.
Jurisprudencia Después los mejores jurisconsultos emitían su opinión, la cual, siendo unánime, adquiría fuerza de ley (responsa prudentum). Esta importancia hacía que muchos se dedicasen a la jurisprudencia; de aquí nació una literatura legal, peculiarísima de los Romanos, que por su pureza de dicción, su concisión precisa, su

admirable claridad y severo análisis, será la admiración eterna de los sabios. Era una filosofía enteramente práctica, y el derecho se derivaba de una ley perenne de justicia, innata en el hombre, de la cual emanan tres cánones fundamentales: vivir honradamente, no ofender a los demás, y dar a cada uno lo que es suyo. La determinación histórica de las leyes, que de tanta importancia nos parece, era despreciada por ellos. Formaron escuelas, y ya en tiempo de Augusto competían Antistio Labeo (186), fiel a las antiguas libertades, y Ateyo Capitón, partidario del emperador. La historia de los jurisconsultos famosos fue delineada por Sexto Pomponio. Salvio Juliano escribió, además del Edicto Perpetuo, 90 libros de Digestos. Las Instituciones de Gayo servían para la enseñanza, y nos informan del derecho clásico. Más famosos fueron Papiniano, príncipe de los jurisconsultos, y Paulo y Ulpiano asesores suyos en el Consejo de Estado; cuyas obras adquirieron fuerza de ley y sirvieron para la introducción de principios nuevos en la legislación, como también para igualar el derecho; de modo que la igualdad progresaba hasta bajo el imperio de los abominables príncipes.

Riqueza Parecen increíbles las narraciones del lujo de unos pocos, nadando en las riquezas en medio de un pueblo mendigo. Los emperadores consumían tesoros en fiestas, edificios, ornatos, inciensos y afeites. Hasta el calzado se adornaban con perlas; pagábase la seda a peso de oro; traíanse a exorbitantes precios tapices orientales, ébano y ámbar; partían bajeles expresamente del puerto de Berenice para hacer cargamento de tortugas; la India y el África mandaban fieras para los espectáculos, matándose 9000 en las fiestas celebradas por Tito, y mayor número en las de Adriano. Los edificios de aquella época causan todavía nuestra admiración, aunque solo veamos sus ruinas; y todo el esplendor aparecía en las ciudades, pues del campo nadie se cuidaba. Extensas posesiones, tan grandes como provincias, dejábanse al cuidado de esclavos. Los latifundios arruinaron la Italia.

A proporción que aumentaban los ricos, se multiplicaban los pobres, esto es todos los plebeyos que por su ingenio y su valor no llegaban a colocarse en el orden de los caballeros, aristocracia de dinero que sustituía a la de raza. Descuidada la agricultura, debían importarse del extranjero los granos, el vino y la lana. Los ricos tenían en casa siervos que fabricaban todo lo necesario, de modo que no quedaba trabajo para los artesanos libres; éstos fueron organizados en corporaciones que les quitaban la libertad y sufrían el peso del fisco. Para nutrir y contentar a tanta plebe, los emperadores traían granos de la Sicilia y del África, cuidando mucho de que no fuesen interrumpidas las comunicaciones. También los provincianos se dedicaban al comercio, y prolongaban su viaje por la Mesopotamia, a través del desierto donde floreció Palmira. Los Tolomeos, principalmente, buscaban nuevas vías para Italia y para el corazón del África, y conocieron los vientos periódicos, oportunos para la navegación. Otros buscaban riquezas distintas por la Germania, la España, la Iliria y las Galias. Los Romanos favorecían el comercio con buenas leyes, pero no se dedicaban a él, creyendo

siempre indigno el ejercicio de artes gananciosas.

Comercio

61.- Filosofía, ciencias y letras bajo los emperadores

La literatura volvió a prosperar en tiempo de los Flavios, las artes bajo Adriano, y la filosofía bajo los Antoninos. Esta era asunto de declamaciones en Grecia, y sus cultivadores afectaban grosería o extravagancia. Epicteto, esclavo de un liberto de Nerón, dejó preceptos morales, trasmitidos por Arriano, y llenos de un estoicismo asombroso. Séneca, ensalzador y ultrajador de Claudio, y maestro infeliz de Nerón, que lo hizo morir después que hubo acumulado inmensas riquezas, dejó libros morales mucho más prudentes que su conducta, pero llenos de la soberbia y el egoísmo que solo aconsejan la muerte al que sufre. No obstante, tiene elevadísimas ideas de la divinidad y de la igualdad de todos los hombres, de tal manera que algunos suponen que tuvo conocimiento de los libros de los Cristianos.

Ciencias En las Cuestiones naturales, acumuló Séneca muchos conocimientos empíricos sin cálculos ni experimentación, pero que son la única prueba de que los Romanos se ocuparon algo en la física. Mayor fama adquirió Plinio Secundo (187), que en la Historia de la naturaleza reunió los descubrimientos, las artes y los errores del espíritu humano; no añadió nuevos descubrimientos, pero recogió o hizo recoger los conocimientos de miles de autores, cuyas obras no han pasado a la posteridad, con una filosofía atrabiliaria que agrava las humanas miserias. Compendio de su obra es el Polyhistor de Julio Solino (188).

Estrabón viajó mucho y cuenta lo que vio y oyó, no sin crítica. El español Pomponio Mela compendió el sistema geográfico de Eratóstenes (De situ orbis) con elegantes descripciones, pero sin crítica. Dionisio Periegeta (189) describe el mundo en buenos versos griegos. La geografía adquirió un carácter científico merced a Claudio Tolomeo, quien diseñó 26 mapas, con meridianos y paralelos; conoció remotísimos países, y su Gran construcción ( ) comprende todas las observaciones de los antiguos sobre la geometría y la astronomía. Dejó su nombre al sistema que ponía la tierra como centro del universo, sosteniéndolo contra Aristarco de Samos que afirmaba lo contrario; precisó el catálogo de las estrellas de Hiparco, y ocupose también de música, reduciendo a 7 los 13 o 14 tonos de los antiguos.

Las matemáticas eran poco cultivadas en Roma. Julio Frontino dio la historia de los acueductos. Isidorio descubrió la duplicación del cubo. Menelao de Alejandría compuso el primer tratado de trigonometría.

Columela escribió un tratado De re rustica. Dioscórides trató de las plantas medicinales.

Los médicos eran en su mayoría esclavos; eran empíricos, con charlatanescos sistemas. Asclepiades de Prusia, trasladado a Roma, aplicó a la medicina los dogmas de Demócrito y Epicuro, y sustituyó la hipótesis de los humores por la física mecánica, simplificando la terapéutica; quería que la cura fuese pronta, segura y agradable, y así reconcilió con la medicina a los Romanos, disgustados del sanguinario cirujano Arcagato. Temisón de Laodicea redujo la medicina a sistema; describe con diligencia los períodos de las enfermedades; pero sus secuaces, llamados Metódicos, introdujeron una extravagante serie de remedios, aplicables en tiempo y orden determinado. Siguieron otras escuelas, todas diferentes. Celso, de quien se ignoran época, patria y vida, escribió una enciclopedia (Artium) de la cual quedaron 8 libros sobre medicina, que son tal vez traducción del griego. Era observador, Celso, y juzgó con buen sentido y expuso con elegancia las materias que fueron objeto de su estudio. Arquígenes de Apamea fundó la escuela ecléctica, toda sutilezas de palabras y argumentos. Areteo de Capadocia es el mejor observador después de Hipócrates. Galeno de Pérgamo abrazó todas las ciencias, adoptó el dogmatismo de Hipócrates respecto de las facultades de los órganos, pero se valió de la anatomía, al menos en las monas; hizo muchos descubrimientos, aunque quedaron muy pocos libros suyos, escritos con jactancia y prolijo lenguaje.

62.- Literatura latina y griega

Después de Augusto quedó aniquilada la literatura latina, tanto más cuanto que los recelosos emperadores castigaban toda osadía literaria: con tal motivo, los pocos escritores que había, se limitaban a adular, única manera de vivir y ganar dinero. Desplegose, sin embargo, bastante lujo en bibliotecas, y los emperadores protegían la instrucción más que bajo la República; pero la educación, antes que basarse en ejemplos domésticos, se confiaba a esclavos griegos y a criadas, y luego a rectores venales. No quedó ya campo para la elocuencia en un pueblo sin estímulo, un senado sin autoridad y una juventud sin libertad ni esperanzas, y reducíase a declamaciones, ya en alabanza de los magnates, como el panegírico de Plinio, ya en las academias, sobre temas ficticios, como los de las escuelas, y mayormente sobre casos hipotéticos y exagerados. Como si tal decadencia no bastase, algunos se servían de la literatura para denunciar a los que no amaban a los tiranos; apenas se pudo respirar, cuando Quintiliano, Plinio, Juvenal y Tácito hicieron la guerra a esta elocuencia delatora. El español Quintiliano fue el primero que dio lecciones de elocuencia a costa del erario público; en sus Instituciones oratorias reconoce la pobreza de la literatura de entonces, y aunque busca el buen gusto, ni él mismo logra

adquirirlo; daba preceptos falsos o insulsos, mezclados con algunos buenos, entre estos la recomendación a favor de los clásicos y de la necesidad de que sea hombre honrado el que quiera ser buen literato.

Quintiliano

Frontón El númida Frontón fue puesto por algunos al nivel de Cicerón; siendo maestro de Marco Aurelio, le dijo abiertamente la verdad; reunía en su casa a muchos literatos, procurando volverlos a la primitiva sencillez

Plinio Plinio Cecilio, sobrino de Plinio el naturalista, se mantuvo honrado bajo tristes monarcas; recitó a Trajano un panegírico, cúmulo de frases estudiadas; empleó sus grandes riquezas en bien de sus amigos, de los pobres y de Como su país natal; en sus epístolas, muy distantes de la ingenuidad ciceroniana, informa de la cultura artificial de su tiempo.

Estacio Bajo Nerón surgieron muchos poetas, que hacían versos con cualquier pretexto y celebraban concursos. Estacio, hijo de poeta, fue poeta de circunstancias; recitaba sus versos en alabanza de algo o de alguien, y cantó la Tebaida en 12 libros de 800 versos cada uno.

Marcial El mismo Marcial componía epigramas por cualquier concepto y para alabar a los grandes o a todo el que le convidase a la mesa o le hiciese donativos. Compatriota suyo español era Lucano, sobrino de Séneca, que en la Farsalia cantó las guerras «más que civiles» entre Pompeyo y César, falseando la historia y los caracteres, pero con aspiraciones liberales; más rico en fantasía y numen poético que Virgilio, fue incomparablemente inferior a éste en estilo. Tiene mérito épico Valerio Flaco, que en los Argonautas imitó a Apolonio de Rodas; abunda en descripciones, en digresiones y en erudición mitológica. En igual género brilla Silio Itálico, que cantó la Guerra Púnica sin imaginación, con acciones sobrenaturales muy inconvenientes y ficciones inverosímiles.

No hubo ningún poeta lírico de mérito durante el dominio de los emperadores. Julio Calpurnio hizo églogas. Del teatro únicamente quedan las tragedias atribuidas a Séneca, llenas de sentencias estoicas, con más ingenio que gusto, y sin vigor dramático. La indignación dictó a Juvenal excelentes sátiras, vigorosas y originales, hiperbólicas y declamatorias. Las de Persio exageran el estoicismo, y su estilo pretencioso disimula muy mal la esterilidad de ideas. El Satiricón de Petronio Árbitro (190), expone la vida lujuriosa y mórbida de Trimalción (191). Apuleyo compuso la primera novela latina, El asno de oro, cuya idea está tomada de Luciano, aunque es nuevo y bello el episodio del Amor y Psiquis.

Satíricos

Griegos También la literatura griega había degenerado en manos de los gramáticos, quienes llenaban infinitos volúmenes comentando los clásicos, y principalmente a Homero. La poesía había decaído, lo mismo que la elocuencia, reducida a discursos artificiosos, de malísimo lenguaje casi todos. Dión de Prusias, querido de los Dacios, los Mesios y los Getas, imita a Platón y a Demóstenes. Herodes Ático, inmensamente rico, superó a todos en gravedad, afluencia y elegancia. A Casio Longino se atribuye el pequeño tratado De lo sublime, donde escoge los ejemplos con buena crítica, y se muestra capaz de comprender los mejores; pero confunde lo sublime con lo bello y con el estilo figurado.

Luciano Las novelas eran casi todas amorosas; y eran obscenas las Fábulas Milesias, escritas por Arístides de Mileto. El Asno, de Lucio de Patras, fue imitado por Luciano de Samosata (192), que es el escritor griego más ilustre de aquella época. Conoció los defectos de su tiempo y los describió exactamente, y minó con el sarcasmo y la duda lo poco que aún quedaba de las antiguas instituciones; hace dialogar a los muertos para reprender a los vivos, perdonando sin embargo a los virtuosos. Insulta igualmente a los Dioses de la Grecia, de la Persia y del Egipto. En fin, da buenos preceptos de historia.

Tácito El historiador más ilustre fue Tácito de Terni, quien observó largamente la flaca lucha de su tiempo, antes de escribir los sucesos de Galba y Nerva; pero solo quedan algunos libros de sus Historias y de sus Anales. Entra hasta en la vida privada, con cuadros estupendos y severo juicio de las acciones; no refiere ningún hecho, por pequeño que sea, sin remontarse a las causas y considerar las consecuencias, en lo cual a veces le sobra argucia y se muestra demasiado sombrío. Apasionado por la libertad a la antigua, conoce sin embargo que uno puede ser grande hasta bajo el dominio de príncipes malvados, y al paso que selló con perpetua infamia a los tiranos, supo elogiar a Nerva y a Trajano. En su concisión de estilo y originalísima manera de considerar las cosas, Tácito no tuvo modelo, ni ha tenido imitadores.

Suetonio era coleccionador infatigable de antigüedades y anécdotas, con las cuales tejió la Vida de los Césares, distribuyendo en categorías los vicios y las virtudes, sin elevarse a consideraciones políticas.

Veleyo Patérculo (193) escribió la historia universal desde los orígenes de Roma hasta sus días; mas queda muy poco de ella. Elegante en su manera de escribir, aduló bajamente a los Césares. A los Hechos y dichos memorables de Valerio Máximo, les falta crítica y gusto. Justino compendió la Filípica de Trogo Pompeyo, omitiendo lo que no le parece curioso o instructivo, y confundiendo los

tiempos. Solo merece elogio por su estilo. Floro compendió la historia romana en continua alabanza, atribuyéndole tres edades la infancia, la adolescencia y la juventud.

Curcio Quinto Curcio, de quien ningún antiguo hace mención, y no se sabe cuándo floreció, es narrador claro y pintor florido en la historia o más bien en la novela de Alejandro; pero es pésimo historiador. Obras supuestas son las de Dictis de Creta y Lucio Fenestella. En la Historia augusta, Esparcianio, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polión y Vopisco, de la época de Diocleciano, muéstranse biógrafos pobres de estilo y de orden.

Josefo Hebreo Josefo el Hebreo escribió en 20 libros las Antigüedades judaicas, para dar a conocer su pueblo a los Griegos y a los Romanos, presentándolo siempre por el lado favorable, y halagando luego a los vencedores de las últimas guerras. Las había escrito en hebraico moderno, las tradujo al griego para presentarlas a Vespasiano, y Tito las hizo verter al latín. También fue hebreo Filón, que escribió las Virtudes de Calígula. Ariano de Nicomedia hizo la historia de los Partos y de los Bitinios, obra que se ha perdido, pues solo se conservaron los discursos y arengas de Epicteto y una historia de Alejandro. Diógenes Laercio narró las Vidas de los filósofos.

Pausanias describió los monumentos de la Grecia, con su historia y sus fábulas. Herodiano dejó en ocho libros griegos la historia de los emperadores. Bastante mejor fue Dión, quien redujo a ocho décadas la historia de Roma, compilando, y poniendo trabajo propio; es claro pero incorrecto y lleno de prodigios y de sueños

Plutarco Famosas fueron las Vidas comparadas de los hombres ilustres, de Plutarco de Queronea. Recogió éste muchas noticias, pero sin expurgarlas ni ordenarlas; aunque de buen sentido, carecía del sentimiento de lo pasado; no veía más que a su héroe, pero no se cuidaba de lo que de él hubieran podido decir otros, y no lograba presentarlo bajo todos sus aspectos. Sus paralelos son más ingeniosos que sólidos. Tiene un estilo inseguro, ignoraba el latín; abundan en sus escritos las supersticiones; sin embargo son de agradable lectura por su sencillez y por el retrato que presentan de los grandes hombres.

Un tal Aulo Gelio coleccionó en sus Noches áticas cuanto oía y leía, con lo cual se conservaron noticias importantes. Otros muchos practicaron este oficio de coleccionadores, como Ateneo en el Banquete de los sabios, Polieno en las Estratagemas, Julio Africano en los Cestos, Flegón en las Cosas maravillosas y en los Hombres de avanzada edad, y Heliano en la Historia variada.

63.- Desde Cómodo a Constantino

El bendecido nombre de los Antoninos fue deshonrado por Cómodo, rico tan solo en fuerza, lujuria y cobardía. Complacíase en

matar y atormentar, y vestido de Hércules, se presentaba en público, hendiendo con la clava la cabeza de algunos infelices disfrazados de fieras; bajaba desnudo a la arena para ostentar su portentosa vigorosidad, lo cual no impedía que huyese ante el enemigo. Fue muerto a la edad de 31 años, siendo inmediatamente proclamado Helvio Pertínax, viejo senador, nacido de un esclavo carbonero; virtuoso y magnánimo, amante de la antigua sencillez, conservó en el trono sus virtudes privadas, haciendo recordar a Trajano y Marco Aurelio. Tales virtudes desagradaban a los pretorianos acostumbrados a hacer cuanto se les antojaba; así fue que se amotinaron y dieron muerte a Pertínax, poniendo después el imperio a pública subasta. Didio Juliano, rico milanés, lo compró, dando 6250 dracmas por soldado. Aquel indigno mercado disgustó a los ejércitos acampados en Oriente y en la Britania, y Clodio Albino en esta, y Pescenio Níger en aquel, fueron proclamados emperadores; mientras tanto se levantaba un émulo superior en la persona de Septimio Severo, quien se dirigió de la Panonia a la Italia, mientras los pretorianos daban muerte a Didio. Severo licenció a los pretorianos, desterrándolos a provincias; en lugar de estos, eligió 50000 hombres, entre sus más valientes soldados, de todos países, y no ya exclusivamente italianos. El prefecto del Pretorio, no solo fue jefe del ejército, sino también de la hacienda y de las leyes. Níger fue vencido y muerto con muchísimos partidarios suyos; también Albino cayó herido en rudo combate, a los pies de Severo, quien lo hizo pisotear por su caballo, y tomó terribles venganzas, cuando ya eran inútiles. Alcanzó Severo muchas victorias sobre los Partos, los Germanos y los Britanos. Hizo preparar leyes de grande y severa justicia por Papiniano, famoso jurisconsulto y prefecto de los pretorianos; despreció al Senado, último vestigio de la República, y acumuló tesoros.

192

Severo

Su hijo Caracalla con su infame conducta amargó la vida del padre, que murió a los 66 años de edad y tuvo la acostumbrada apoteosis. Pronto los hijos de Severo, Caracalla y Geta vinieron a las manos; aquel dio muerte a su hermano, y sediento de sangre, recorría el imperio buscando en todas partes magnificencia y suplicios, disipando dinero, elevando a los hombres más indignos, y

contentando a los pretorianos con dejarles holgar y adquirir preponderancia. A los 29 años de edad fue muerto aquel monstruo, memorable por haber declarado ciudadanos a todos los súbditos del imperio.
211

217 Los pretorianos proclamaron a Macrino, prefecto del Pretorio, quien pronto repartió dones, promesas y amnistía, y obtuvo del Senado tantas adulaciones, como imprecaciones tuvo el difunto Caracalla. Macrino puso remedio a los desórdenes pasados y reprimió a los enemigos; pero se malquistó la voluntad de los soldados, a quienes sometía otra vez a la disciplina. Fomentaba esta aversión Julia Mesa, tía de Cómodo, que Macrino había dejado vivir en Emesa con inmensas riquezas y con su sobrino Heliogábalo (194), el cual fue proclamado emperador. Vencido y muerto Macrino, corrió aquel a Roma y superó a todos los príncipes perversos en impiedad, prodigalidad, libertinaje y crueldad. En cuatro años repudió y mató a seis mujeres; no vestía más que oro; de oro era su carro y de oro el polvo que él debía pisar; comía lo más raro y costoso, siendo premiado el que inventase alguna golosina, como el que más se distinguía en lascivos excesos. Contaba apenas 18 años cuando los pretorianos le dieron muerte y proclamaron emperador a su primo Alejandro Severo. Afable y modesto, dócil a su madre Mamea, se dejó guiar por ella y por un consejo de 16 senadores, a cuya cabeza estuvo el famoso Ulpiano; amó la virtud, la instrucción, el trabajo y la lectura, y había escrito en las puertas del palacio: Haz a otro lo que quieras que los demás hagan contigo; con tales dotes, dio bienestar al imperio, después de 40 años de tiranía.

218

Alejandro Severo

Pero los soldados eran indómitos, y se amotinaron asesinando a Ulpiano; con todo, Severo supo enfrenarlos y castigarlos. En su tiempo se agitó el reino de los Partos y se restauró la Persia. Artabano (195), rey arsácida de la Media, tuvo sucesores indignos, que en fratricidas guerras invocaron el auxilio de Claudio y de Nerón. Habiendo Cosroes arrojado de la Armenia al rey puesto por Trajano, éste invadió la Armenia, pasó el Éufrates, tomó a Ctesifonte, capital de la Partia, y colocó en el trono a Partamaspates.
Persia

114

Muerto Trajano, los Partos reclamaron a Cosroes, que a pesar de todo se conservó amigo de los Romanos; mas éstos tuvieron luego

que sostener importantes guerras, hasta que Severo llegó a Ctesifonte y la tomó por asalto.

192

Era difícil conservar aquellas conquistas; y para impedir que los Partos se sublevasen, se fomentaban las discordias. Los magos, aunque vencidos y postrados por los Partos, no habían perdido nunca la esperanza de reconstituir la nación persa, y consiguieron sus deseos merced a Artaxares, hombre oscuro, pero hábil en la guerra, que venció a los Partos, obligándoles a obedecer a un pueblo que habían dominado durante 48 años. Solo en la Armenia supieron conservarse independientes los sátrapas de la estirpe de Arsaces. Artaxares, hecho rey de reyes, vigorizó la religión de Zoroastro, hizo declarar en un concilio el verdadero sentido del Zendavesta, fraccionado entre 70 sectas; arregló la administración, reprimió a los sátrapas y a los bárbaros vecinos; con todo lo cual quedó siendo el único rey de todos los habitantes que moraban entre el Éufrates, el Tigris, el Araxes, el Oxo, el Indo, el Caspio y el golfo Pérsico; habiendo pasado el Éufrates, ordenó a los Romanos que desocupasen la Siria y el Asia Menor.

Esta intimación irritó a Alejandro Severo, quien recuperó la Mesopotamia, derrotó a Artaxares y obtuvo los honores del triunfo en Roma. Pero Artaxares recobró en seguida las provincias perdidas y amenazó la existencia del imperio romano. Alejandro tuvo que ir también contra los Germanos, sin cejar en el mantenimiento de la disciplina y el respeto a los pueblos. Burlábase de Severo el capitán Maximino, quien creándose un partido, lo acometió y le asesinó, y se hizo proclamar emperador.

235

Maximino era un gigante de portentosa fuerza; bajo su reinado, empezaron en breve las venganzas y las crueldades. En África, unos cuantos jóvenes muy ricos proclamaron emperador a Gordiano, opulento y benéfico senador que daba numerosísimos juegos al pueblo. Tenía 80 años cuando tuvo la desgracia de ser proclamado emperador, y habiéndose asociado a su hijo, prodigó indultos y promesas; mas fueron ambos asesinados en Cartago a los 36 días de haber subido al trono.

Torrentes de sangre saciaron la venganza de Maximino, cuyo furor espantó de tal manera al Senado, que éste proclamó emperadores a dos senadores ancianos, Máximo y Balbino. Alborotose el pueblo y quiso agregar a los dos un nieto de Gordiano, joven de 13 años. En tanto, se dirigía contra ellos Maximino, mas fue asesinado en el camino con su hijo y sus más fieles partidarios.

238

Hubo entonces alegría general; mas pronto se sublevaron las tropas, dieron muerte a los dos emperadores y proclamaron al joven Gordiano. Este reunía las mejores cualidades. Venció a los Persas, quienes al mando de Sapor habían recuperado la Mesopotamia; pero Filipo, jefe de los pretorianos, lo depuso y lo asesinó. Por su

dulzura se atrajo Filipo el afecto del pueblo y celebró el milenario de Roma con juegos en que combatieron 32 elefantes, 10 osos, 60 leones, 10 asnos, 40 caballos salvajes, 10 jirafas, un rinoceronte y otras fieras, y 2 mil gladiadores.
244

249 Pero por todas partes brotaban nuevos emperadores; y siendo Decio atacado por Filipo, éste fue asesinado. Decio trató de restablecer la antigua disciplina y quiso renovar la censura; pero le distrajeron de estas reformas las insurrecciones de los Godos, peleando contra los cuales encontró la muerte. Treboniano Galo, proclamado en lugar suyo, concluyó vergonzosa paz con los Godos; Emilio Emiliano, comandante de la Mesia, se hizo elevar al imperio, y al entrar en Italia, encontró en Terni a Galo asesinado; pero el ejército lo asesinó a él también, y se puso de acuerdo con el Senado y con las tropas de la Galia y la Germania, que habían puesto en el trono a Valeriano. Las cualidades de éste lo hacían digno del imperio, mas pronto se mostró débil para tanto peso; sin embargo pudo resistir en guerra contra los Germanos, los Francos y los Godos, que se alzaban; pero al hacer armas contra los Persas cayó prisionero, sirviendo de escabel al rey de los reyes.

Inmediatamente, todos los enemigos de Roma se lanzaron sobre el imperio; en vez de excitar el ardor guerrero para rechazarlos, el emperador Galieno, hijo de Valeriano, prohibió que los senadores obtuvieran grados militares; procuró atraerse a los Bárbaros con concesiones y vínculos de parentesco, y luego con matanzas en la Mesia. En su desesperación, los habitantes proclamaron a Regilo, mientras en las Galias coronábase Casiano Póstumo, del mismo modo que Balisto en la Persia, Odenato en Palmira, y Flavio Macriano, Valerio Valente y otros se sublevaban acá y acullá, siendo conocidos con el nombre de los Treinta Tiranos; de manera que Galieno se vio obligado a estar siempre sobre las armas, hasta que perdió la vida. Todo el imperio andaba revuelto, invadido por todas partes, si bien contuvieron su ruina una serie de emperadores valientes.
261

258

Claudio II, ilirio, derrotó a los Germanos que se habían adelantado hasta el lago de Garda, y destruyó su ejército y su flota. Muerto en breve, el Senado le dio por sucesor a Aureliano, natural de Panonia, quien tuvo que combatir contra los Godos, introducidos en Italia hasta Fano, y abandonó las conquistas de Trajano allende el Danubio; circundó a Roma de murallas y restableció la disciplina, sometiéndose él mismo a ella.
Aureliano

Los Sarracenos del desierto, guiados por Odenato, habían batido a los Persas; de modo que Odenato fue nombrado por Galieno jefe de todas las fuerzas del imperio y rey de Palmira, ciudad

fundada por Salomón en el desierto, muy floreciente merced a las caravanas que en ella hacían alto. Zenobia, viuda de Odenato, que conocía muchos idiomas y muchas ciencias, y era prudente en los consejos y hábil en la guerra, dominó la Siria, la Mesopotamia, el Egipto y gran parte del Asia. Para poner coto a sus conquistas, la atacó Aureliano, y encerrándola en Palmira, se apoderó de la ciudad, siendo ésta destruida bárbaramente. Las ruinas de Palmira, vestigios de incomparable grandeza, causan todavía admiración en medio del desierto.

Zenobia

272

Sojuzgado el mismo Egipto, Aureliano tuvo en Roma un pomposísimo triunfo, con prisioneros y despojos de los más remotos pueblos, y con Zenobia, a la cual dio bastantes tierras en los contornos de Tívoli. Aureliano restauró con sabias medidas la administración pública, pero mientras se preparaba para vengar a Valeriano, fue muerto por sus guardias.

275

283 Ocho meses vacó el imperio, hasta que fue obligado a aceptarlo Tácito, príncipe del Senado, que reinó solo seis meses. Su hermano Floriano se vistió la púrpura, pero varias legiones se declararon a favor de Probo, buen guerrero; mas también fue éste supeditado por competidores y asesinado al fin. Caro, prefecto del Pretorio, fue proclamado emperador, se asoció a sus hijos Carino y Numeriano, entró en la Persia y murió a lo mejor. En la retirada fue muerto Numeriano. Carino reinó solo e indignamente, tanto que el ejército proclamó a Diocleciano, dálmata, valiente en las armas y diestro en los negocios, quien pronto se halló único emperador.

Diocleciano

Durante los 92 años transcurridos desde Cómodo a Diocleciano, de las 25 veces que estuvo vacante el imperio, 22 fue por fin violento; y de los 34 emperadores, 30 fueron asesinados.

286 Pensando en esto, Diocleciano trató de dar nueva forma al imperio. Tomó por colega a Maximiano, valiente soldado, natural de Sirmio, hombre cruel que tomó el título de Hercúleo; subdividió más la autoridad para atender con más presteza a la defensa del imperio, eligiendo por Césares a Galerio y Constancio. Repartiéronse las provincias; pero la monarquía estuvo representada por Diocleciano. De aquel modo pudieron reprimir a los diversos enemigos y competidores, especialmente a los Persas, obligados a ceder la Mesopotamia y a tomar por límite el Araxes. Por aquel lado el imperio quedó seguro; en los otros confines Diocleciano estableció campamentos bien provistos de municiones y víveres. Para estar más pronto a la defensa, Diocleciano se estableció en Nicomedia, fijando en Milán a su colega Maximiano. Estando fuera de Roma, no tenía que observar los usos y costumbres legados por la antigua libertad, ni consultar al Senado ni a los sacerdotes, ni temer a los pretorianos; dominaba despóticamente y se titulaba, no ya cónsul, ni tribuno, ni

censor, sino Dominus: se rodeó de fausto asiático, con corte y ceremonias, que eran repetidas por los cuatros colegas. Abdicó luego, y volvió a la vida privada en Salona, donde decía que al fin había encontrado la felicidad.

305

Constantino Maximiano había abdicado también; y Constancio y Galerio rompieron las hostilidades entre sí y con los dos nuevos césares, Maximino y Severo. Constanzo fue padre de Constantino, quien habiendo sido cuidadosamente educado por Diocleciano, mereció el amor del pueblo y de los soldados, alcanzó señaladas victorias, y, a la muerte de su padre, fue proclamado emperador, con marcado disgusto de Galerio. Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo aclamar en Roma, quitó la vida y el título a Severo, y conciliose la amistad de Constantino dándole por esposa a su hija Faustina. En esto, se multiplicaron los pretendientes, y fueron seis los que a un tiempo llevaron el nombre de emperador romano, hostigándose mutuamente y devastando las provincias y la Italia. En esta dominaba Majencio, siendo condescendiente con los soldados y abandonándose a las supersticiones. Mientras tanto, Constantino hacía prosperar las Galias; y oyendo que Majencio quería arrojarlo, dirigió sus armas a Italia, venció en Susa, en Turín, en Milán y en Verona, y a nueve millas de Roma derrotó a su émulo, que se ahogó en el Tíber.

306

323 Señor de Roma, Constantino suspendió las crueldades tan pronto como dejaron de ser necesarias; destruyó el campo de los pretorianos, restituyó su esplendor al Senado, venció a los demás emperadores, y. al fin pudo unir todo el imperio en su robusta mano.

64.- Edad heroica del cristianismo

En medio de estos estrepitosos acontecimientos, se cumplía otro que había de tener mucha mayor eficacia en la civilización universal: la difusión del cristianismo. Los Apóstoles, iniciados apenas por el Espíritu Santo, salieron intrépidamente a predicar la verdad y conquistarle prosélitos. Al principio no se distinguieron de los Hebreos, puesto que Cristo había venido no a destruir sino a cumplir la ley. Luego los mismos Hebreos los contrarían; encarcelan a Pedro y a Juan y los castigan en medio de la asamblea; apedrean a Esteban, precipitan del templo a Santiago el Menor y decapitan a Santiago el Mayor. Los perseguidos se difunden por la Judea y

después por entre los Gentiles; Pedro, que al principio tenía su residencia en Antioquía, donde dio a los convertidos el nombre de Cristianos, se trasladó a Roma. Pablo, de persecutor se convierte en celosísimo propagador, predica en Atenas, combate las supersticiones de Éfeso, librase de la persecución como ciudadano romano y extiende las conversiones en Roma, desde donde dirige epístolas a los convertidos, encareciendo la fe, con sublimidad de concepto y sencillez de vida; y parece demostrado que él y Pedro sufrieron el martirio en Roma.

29 de junio Mientras tanto, la luz se propagaba hasta los mas remotos países. En los cuatro evangelios se habían compendiado las doctrinas y los actos de Cristo; el evangelista Juan, que era todo dulzura, añadió al suyo el Apocalipsis, visión de los futuros acontecimientos de la Iglesia.
69

Muchos ilustres romanos, algunos de la casa imperial, abrazaron la nueva doctrina; muchas mujeres convertían a sus familias; y todos vivían en santa concordia, presentando ejemplos de caridad entre el común egoísmo, de fraternidad universal entre las parcialidades nacionales, de profunda convicción entre la indiferencia, de virtud entre la depravación dominante, y resignándose a los infortunios de esta vida con la esperanza de la otra.

Cuanto más se oponían estas cualidades a las costumbres dominantes, a las supersticiones difundidas, a los hábitos adquiridos, a los sacrificios y a los juegos, tanto más difícil debía ser la difusión del cristianismo; pero éste tenía las fuerzas morales que faltaban al paganismo, y hablaba a todos los hombres en nombre del mismo Dios; por esto lo hallamos propagado con tal rapidez, que se atribuye a milagro. Y así como las antiguas ciudades pretendían ser fundadas por héroes o semidioses, así también las nuevas iglesias querían derivar de apóstoles o de discípulos suyos. Al principio fueron los Cristianos confundidos con los Hebreos y participaron del desprecio y de la aversión que a estos se tenía, mayormente desde que se habían rebelado contra el imperio. No faltaron impostores que falsearon las virtudes y milagros de Cristo y de sus secuaces (Simón el Mago, Apolonio de Tiane). Luego la unión del Estado con la Iglesia interesaba a los Gobiernos en impedir un nuevo orden de cosas, principalmente una religión que excluía a todas las demás, tanto que la principal acusación que se dirigía a los Cristianos era la de ser enemigos del género humano. Sin embargo, estos Cristianos no amenazaban la tranquilidad pública, ni hacían sediciones y conjuras; desde la altura de una doctrina que atendía a la moral santidad del individuo, no se cuidaban de cuál fuese la forma o el sistema del gobierno, ni si era bueno o malo el que reinaba; aunque proclamaban la igualdad, no abolían la servidumbre; y los esclavos convertidos quedaban en poder de sus amos como antes, pero buenos y resignados, mientras imponían a los amos la obligación de tratarles como hombres que tenían una

conciencia y un alma. Cierto es que en las familias nacía a veces la confusión de ser algunos cristianos y otros idólatras; además los sacerdotes se lamentaban de que los templos permanecían desiertos, de que escaseaban los dones, de que no se interrogaban ya los oráculos, y se destruía aquel aparato por el cual se revelaba la falta de fe. Mientras tanto, sobrevenían derrotas, desastres y hambres, y los Cristianos decían que eran avisos y castigos del cielo, acarreados por aquella enormidad de vicios. De lo cual se deducía que los Cristianos deseaban y se gozaban en aquellos castigos y que por esto eran «enemigos del género humano.»

Persecuciones Preciso era, pues, castigarlos y exterminarlos. Habiéndoseles imputado el incendio de Roma, verificado por Nerón, fueron presos, degollados, untados de pez y puestos como antorchas en los jardines donde se divertía el pueblo. Queriendo Domiciano reedificar el templo de Júpiter Capitolino, impuso un tanto por cabeza a todos los Hebreos, y no queriendo los Cristianos contribuir a una idolatría, se acarrearon una nueva persecución. Plinio Cecilio, siendo procónsul de la Bitinia, escribió a Trajano que aquellos Cristianos no hacían ningún mal, pero se negaban a sacrificar a los dioses y a quemar incienso en el ara de los emperadores; y preguntó si debía castigarlos, aunque eran inocentes y numerosos. El buen Trajano respondió que la ley los condenaba desde el momento en que eran convictos; y así llegó la tercera persecución. Adriano emprendió otra a causa de su celo por las supersticiones y la magia. Hasta aquellos buenos príncipes Antoninos dejaron perseguir a los Cristianos, como espíritus adversos a la República. Septimio Severo, viendo la nueva creencia extendida hasta entre personas de elevada jerarquía, publicó contra estas un edicto; pero tanta firmeza habían adquirido, que ya elevaban iglesias, compraban terrenos y hacían sus elecciones en público, por lo cual Alejandro Severo los admitió en el palacio como sacerdotes y filósofos.

También los favoreció el emperador Filipo; pero mostrose encarnizado enemigo de ellos Decio, quien secundando a los sacerdotes y a otros instigadores, dejó encarcelar, desterrar y matar a gran número de obispos, y martirizar a muchísimos Cristianos con los más refinados suplicios. Renovó las crueldades Valeriano, y las evitó Aureliano, en tiempo del cual adquirió la Iglesia aspecto de legalidad, se ensancharon los templos y se vieron honrados los obispos.

El paganismo, que había decaído en la constitución y en las costumbres romanas, se reanimó al ser combatido por la ley nueva; y hasta quiso purificarse haciendo ver que la multiplicidad de dioses y sus historias no eran más que símbolos; se introdujeron expiaciones y purificaciones, se inventaron oráculos, profecías y milagros, y se excitaba a hacer observar las leyes existentes, exterminando a los Cristianos. Galerio y Domiciano resolvieron extirpar aquella secta que constituía un Estado dentro del Estado, y decretaron la persecución general de las iglesias, de las reuniones, de los libros sagrados, con tal obstinación, que apenas se creería

si no fuese atestiguada por tantos historiadores. Esta décima persecución se extendió a todo el imperio. Los actos de los mártires son una escuela de valor y perseverancia, y al mismo tiempo un testimonio de la legalidad romana, tan diferente de la justicia.

323

Contra esta persecución protestaban los creyentes, y publicaron apologías Arístides, Cuadrato, san Justino, Atenágoras, Tertuliano y otros. En las explicaciones de la doctrina y controversias, figuraron en primer término san Cipriano, Arnobio, Lactancio, san Clemente Alejandrino, Dionisio Areopagita, Orígenes y aquella serie de escritores conocidos con el nombre de Santos Padres, cuyo estudio es precioso por encontrarse en ellos la inalterada tradición de las doctrinas, de los ritos y de la disciplina del Cristianismo.

65.- Paz y constitución de la iglesia

La persecución y el castigo de tan gran número de súbditos, siempre creciente, fueron considerados, no sólo injustos, sino también impolíticos por los emperadores; Galerio, en nombre propio y en el de Constantino y de Licinio, publicó que, no habiéndose podido vencer con rigores y suplicios la obstinación de los Cristianos, permitíase a estos que profesasen sus creencias, y se congregasen, mientras respetaran las leyes y el gobierno.

311

Entonces se abrieron las cárceles; los ritos salieron de las catacumbas a la luz; los prófugos volvieron a sus hogares. Constantino mereció el título de Grande por aceptar tan capital transformación y autorizar el culto cristiano, sin perseguir por esto a los que seguían abrazados al antiguo culto; pero obligó a todo el mundo, hasta a los tribunales, a que respetasen el domingo. Esto afirmaba legalmente la conquista del mundo, obtenida por el cristianismo. No por esto había cesado la lucha; largo tiempo duró contra la política en Occidente y contra las doctrinas en Oriente. Pero los príncipes reinantes encontraban ya en las máximas cristianas medios con que mejorar las leyes en punto a moral, restringir el despotismo de los padres y de los esposos, establecer la inviolabilidad del lazo conyugal y dulcificar la condición de los esclavos, de modo que la legislación civil adquiría espíritu cristiano, aunque la administración del imperio continuaba siendo gentil, identificando el soberano con el Estado. Cuando los Bárbaros derrumbaron todo el edificio romano, no quedó en pie más que la institución eclesiástica, y ésta proporcionó un orden legal a los mismos Bárbaros, y consolidó su propia jerarquía, constituida por un pontífice, varios patriarcas o arzobispos, obispos y sacerdotes, y otros órdenes inferiores.

Viviendo los Apóstoles, se celebró ya un Concilio, donde los fieles iban a determinar algunos puntos de fe y disciplina; y los cánones proclamados en él adquirieron fuerza de ley. Así

repudiábanse las herejías, aclarábanse mejor las creencias reveladas, a medida que se veían mal interpretadas, y se adaptaba la disciplina a los tiempos y lugares.

66.- Filosofía profana y religiosa

Las doctrinas racionales griegas y las sacerdotales de los Egipcios, de los Persas y de los Indios, no cesaron jamás. Las escuelas derivadas de Sócrates conducían a bien diversas consecuencias, hasta al escepticismo doctrinal de Sexto Empírico, que destruía toda filosofía positiva, negando hasta la idea de la casualidad. Los neo-pitagóricos seguían un tipo de virtud, pero con arcanos y milagros. Los neo-platónicos querían unir al arte de Platón la ciencia de Aristóteles, y mezclar con ello tradiciones órficas, egipcias, pitagóricas y cristianas; eclecticismo favorecido por la recolección de libros de Alejandría y por las crecientes comunicaciones con los diversos pueblos; y de aquel modo llegaron al idealismo místico y a la magia. Brillaron en esta escuela Plotino, autor de las Enéadas, a quien el emperador Galieno asignó una ciudad de la Campania porque estableciese en ella la república de Platón; Porfirio y Jámblico su discípulo, ardientes adversarios del cristianismo; Proclo, con quien concluyó la serie de los Herméticos, guardianes de los misterios, por medio de los cuales él operaba milagros. Estos también hicieron progresar algo la filosofía, pero este progreso no fue aún eficaz sobre el pueblo ni consolidado entre los sabios.

El amor a la controversia, natural en los orientales, se manifestó de pronto en las discusiones a propósito (196) del Cristianismo, y en las herejías que deducían. Algunas de estas discusiones herían las doctrinas católicas, otras las formas exteriores, y representan la serie de las ideas que durante 18 siglos dieron movimiento a la humanidad. Desde entonces las doctrinas filosóficas pueden distinguirse en dos categorías: las que marchan con el cristianismo, posponiendo la razón a la fe; y las que sujetan la fe al raciocinio.

Herejías Las doctrinas hebraicas habían sido alteradas por mezcolanza extranjera, mayormente en la escuela fundada en Alejandría, como aparece en Aristóbulo y en Filón, que dan extrañas interpretaciones a la Biblia; y siguieron la Cábala, la Guemará y el Talmud, ciencia nueva que tuvo sus doctores (Akiba, José, Judas el Santo) y grande influencia en las opiniones y en los actos, reducidos a prescripciones cada vez más minuciosas y a aplicaciones teúrgicas.

Algunos Hebreos adoptaron el cristianismo, pero introduciendo en él opiniones extrañas y ceremonias diversas. De ellos provienen los Ebionitas, repudiados por los Hebreos como apóstatas y por los Cristianos como herejes. Los Gnósticos eran libre-pensadores, que

profesaban una doctrina independiente de revelaciones y superior a los cultos paganos, a la religión hebraica y a la cristiana. Acumulaban, pues, las creencias de los Fenicios, de los Egipcios y de los Persas, y creían poder alcanzar por arcanas vías la verdadera ciencia, la práctica santa y la explicación de los misterios. Abandonados así a la razón individual, se descomponían en sectas infinitas, cada una con obispos, doctores, asambleas, milagros y evangelios; y unos eran panteístas, y otros dualistas, admitiendo un principio del bien y un principio del mal. La moral, en uno y otro caso, carecía de base, por lo cual muchos se abandonaban a los instintos; otros reprobaban todo placer y todo lujo; y se llamaban Montanistas, Origenistas y Marcionistas. Mayor nombradía tuvieron los Maniqueos, procedentes de la Persia, que admitían dos principios, la luz y la materia, origen de la perpetua contradicción entre el espíritu y la carne; con esta vulgar explicación adquirían crédito entre el pueblo, al que era inaccesible (197) la ciencia de los Gnósticos; y asumieron las herejías de Eutiquio y de Sabelio respecto a la naturaleza de Cristo.

Gnósticos

Maniqueos

Filosofía cristiana

Aclarábase la filosofía cristiana, a medida que los nuestros tenían que servirse de ella para combatir a los divergentes; Los Santos Padres, considerando que la filosofía y la religión se derivaban de una misma fuente, querían conciliarlas con un eclecticismo diferente del alejandrino, porque querían regular las diversas opiniones con la fe. Por esto se aplicaron al estudio de Platón, por la unión que encontraban entre las ideas de este gran filósofo y las cristianas. Admitida después la revelación, quedaban resueltos los problemas más arduos de la filosofía. Si Dios con un acto de libre voluntad había creado el todo de la nada, quedaban excluidos el panteísmo y la emanación; el mal deriva de la libertad que dio Dios al hombre y del abuso que hizo éste de ella por la primera culpa; razón de todas las cosas es el Verbo; la materia es inerte y pasiva, sombra de Dios, del cual es imagen el espíritu, origen de actividad, de movimiento y de inteligencia; es inexplicable el modo como el espíritu operó en la materia; pero desde que el pecado hizo pasajera su unión, la parte más noble sufre, y la más grosera se hace capaz de gustar un día las inefables dulzuras de la contemplación.

Oprimiendo la antigua sabiduría bajo las primitivas tradiciones del género humano, los Padres hacían concurrir todas las ciencias a probar la verdad, mas no pensaron en coordinarlas en una enciclopedia. Sobre todo atendían a la moral; a hacer preferir el bien sumo al individual, a aumentar las ventajas del próximo, y no supeditar el pensamiento y la conciencia más que a Dios. De Dios solo y de su Verbo derívase el poder; pero el hombre que lo ejerce está subordinado a la ley suprema, de que es intérprete infalible la

Iglesia. Así se reconciliaban la ciencia y el deber, la filosofía y la religión, la moral y la política derivadas todas de una misma fuente: Dios, cuya voluntad se manifiesta por la razón y por la revelación.

67.- Literatura y artes

Del cristianismo nació una literatura nueva, cuya fuente eran los veintisiete libros del Nuevo Testamento, es decir cuatro Evangelios, las Epístolas canónicas, los Actos de los Apóstoles y el Apocalipsis, donde se halla explicado y completado lo que en el Testamento Antiguo era figura, visión y profecía, y donde una infantil sencillez de expresión cubre la más admirable sublimidad de concepto. Muchos evangelios y epístolas fueron escritos en los primeros tiempos; la devota curiosidad, no saciada con lo poquísimo que en los verdaderos evangelios se dice sobre los personajes cooperadores del Redentor, recogió tradiciones y a veces inventó hechos y propósitos. Estos pseudo-evangelios no se prestan a la fe del creyente, pero son modelos de ingenuidad, muy diferente de la ampulosidad de los escritos contemporáneos; refieren muchos hechos de Cristo, de su Madre, de cada uno de los Apóstoles, de la Magdalena, de Pilatos, de Longino, de José de Arimatea, que tanto figuró en los tiempos de las cruzadas, y del Judío errante.
Pseudo evangelios

Hermas, contemporáneo de los Apóstoles, refirió en el Pastor muchas verdades reveladas.

Pronto se escribió la vida de los personajes más notables entre los cristianos, mayormente sus martirios y voluntarias penitencias, donde la piedad no siempre discernía lo falso de lo verdadero. Apologías, controversias, moral, elocuencia, historia; tales eran los diversos campos del ingenio cristiano; y la predicación, desconocida de los paganos, era, y sigue siendo todavía una de las más insignes prerrogativas del ministerio eclesiástico.

Como la literatura, también las artes habían decaído después de Augusto, mayormente cuando al parecer habían de acrecentarlas el lujo y el fausto de los emperadores. Bajo Tiberio fueron reedificadas catorce ciudades del Asia, arruinadas por el terremoto; se sacaron del templo de Delfos 500 estatuas para la casa áurea de Nerón; Vespasiano trajo muchísimas de Grecia y ornamentos del templo de Jerusalén, y fabricó el Coliseo; las columnas de Trajano y de Antonino, los arcos, puentes y templos que sobrevivieron a tantas vicisitudes, muestran a qué altura se encontraba entonces el arte, del mismo modo que las casas y el modo de vivir de la gente han sido revelados por las ruinas de Herculano y de Pompeya, donde faltan todas las comodidades, abundan los ornamentos, y en todas partes se encuentran pinturas y mosaicos.

Los Cristianos tuvieron que encerrar sus ritos en las catacumbas, donde puede decirse que el arte se regeneró, reproduciendo no ya los Dioses y las historias antiguas para recreo de los poderosos, sino palmas, corazones, triángulos, peces, manos y otras figuras simbólicas, y escenas del Testamento, mayormente de los pseudo-evangelios, y hasta de la mitología a modo de alusión, como Orfeo, la Sibila y las Musas. Lo bello no atendía únicamente a la vida sensual y material, sino más bien a la elevación del hombre a un mundo superior; nutríase de esperanza, amor y fe. Algunos Padres, o por seguir el aborrecimiento hebraico contra las representaciones, o por condenar el abuso de los Paganos, reprobaban las imágenes; pero otros las consideraban eficaces para inspirar sentimientos, ya de ingenua piedad, como en el Niño Jesús y su Madre, ya de compunción, como en el Crucifijo. Luego, cuando salió triunfante la Iglesia, y no tuvo que temer ya semejantes peligros, se apropió las artes, purificándolas como todo lo demás, y las empleó como firmes y elocuentes auxiliares para la divulgación de la fe.

Libro VII

68.- Los invasores del Imperio

Entonces el mundo conocido se hallaba dividido en tres grandes imperios; el romano, el persa y el chino. Este último no era conocido más que por algunas mercancías traídas de aquellas regiones por los Partos. El persa, bárbaro por el despotismo asiático, y civilizado por el lujo y las artes de la paz, amenazaba al romano con 40 millones de súbditos. Pero mucho más terrible había de resultar la vigorosa barbarie de los pueblos septentrionales.

Germanos La estirpe germánica, derivada de la India, con la cual el lenguaje atestigua el parentesco, invadió de muy antiguo la Europa por tres partes. Los que procedentes de Francia y Macedonia se fijaron en la Grecia, formaron aquella nación que admiramos floreciente y deploramos decaída. En el resto de la Europa habían sido precedidos por los Iberos, los Fineses y los Celtas. Los primeros se habían concentrado en la España, los Fineses hacia el Báltico, y los Celtas ocupaban el centro de la Europa, donde vencidos acaso por los Germanos, se lanzaron hacia la Italia y hasta la Grecia.

Extendiéndose los Germanos en tiempo de Augusto, tropezaron con las fronteras romanas, y vencidos se dirigieron contra los Eslavos. Victoriosos a su vez sobre estos, pudieron afirmarse en la Escandinavia, y en las orillas del Elba y del Rin. Allí los conoció y describió Tácito; pero los pertinaces estudios de los sabios modernos no acertaron a poner en claro la identidad y las diferencias de diversas estirpes, que fueron a menudo confundidas con los Dacios, con los Vándalos y con los Escitas, o indicadas con

el nombre de alguna tribu o confederación particular.

En el siglo II parece que prevalecieron ocho cuerpos de nación: los Vándalos, los Borgoñones, los Longobardos, los Godos, los Suevos, los Alemanes, los Sajones y los Francos. Además de éstos se contaban los Sármatas, originarios de los Escitas, y entre los cuales figuraban como más formidables los Roxolanos y los Yazigios, contra quienes alzaron los Romanos un fuerte entre el Theis y el Danubio.

Rígido era el clima de la Germania, ocupada en gran parte por, pantanos y bosques, como la selva Hercinia y la Carbonaria. Los habitantes vivían en casas aisladas, sin orden político. Ningún historiador propio tuvieron; los Griegos y los Latinos hablaron de ellos sin entender una sociedad demasiado discordante de la suya; su idioma y sus leyes primitivas se dedujeron después de sus tradiciones y del idioma y las leyes posteriores a la gran emigración. El Edda, que recogió las tradiciones nacionales cuando la religión carecía de vida, nos revela una mitología toda guerrera, con un solo Dios (Gott Alfader), descompuesto después en muchos otros, siendo los principales aquellos que aún denominaban los días de la semana en alemán y en inglés, además de estos dioses tenía cada raza los suyos propios y adoraba las fuerzas de la naturaleza, o los héroes divinizados, el principal de los cuales fue Odín, que debió vivir poco antes de Cristo, y que introdujo nuevas creencias como poeta y guerrero. La idea moral aparecía en los premios y castigos atribuidos en el Valhala (198) o en el Nifleim. Los sacerdotes no formaban una casta distinta; eran magistrados públicos, que conservaban en canciones los dogmas y las empresas de los héroes, pronunciaban y ejecutaban las sentencias, custodiaban las armas, distribuyéndolas solamente cuando se acercaba el enemigo; y para dominar a las gentes recurrían a ciencias misteriosas, adivinaciones y encantamientos.

De los tres hijos de Odín se originaron tres condiciones de personas: siervos, libres y nobles. Solo el jefe era libre absoluto, y de él dependían los demás; únicamente los propietarios tenían voto en las asambleas, y entre ellos se elegía el rey; los otros, o servían en la guerra (leute), o cultivaban los campos. Tácito exageró sus virtudes por zaherir a los Romanos, y las exageraron también los Santos Padres, porque no tenían aquellos bárbaros la refinada corrupción de los de Roma. Estaban celosos de la independencia personal y eran aficionados a ejercitar sus fuerzas; por lo cual eran frecuentes las guerras y las emigraciones de las tribus. No estaban en uso entre ellos las artes liberales, ni tenían otro metal más que el hierro. Poseyeron un alfabeto rúnico usado solamente en inscripciones; la mujer no era humillada como entre los orientales, e inspiraba afecto y consideración por sus costumbres, por sus cuidados caseros y por sus excitaciones al valor.

Ya vimos el efecto de sus emigraciones en las irrupciones de ellos mismos y de los pueblos por ellos empujados. Para contenerlos asentáronse fortalezas y campamentos en las márgenes del Rin y del Danubio, aquende los ríos. Cuando las empresas de Arminio y

Marobodo, y la derrota de Varo demostraron que era imposible un cambio de costumbres, de gobierno y de lengua, se trató de fomentar las discordias de los Germanos o de tomarlos a su servicio, con lo cual los Romanos pudieron obtener algunos aliados, como los Cheruscos y los Bátavos, y algunos tributarios como los Frisones y los Caninefatos. Trajano redujo la Dacia a provincia y estableció en ella muchas colonias que mezcladas con los naturales, formaron el pueblo valaco, cuya lengua atestigua el origen latino. En tiempo de Marco Aurelio los Marcomanos se adelantaron hasta Aquilea.

En tanto continuaban estas emigraciones, y cuando se vio que los Romanos aflojaban la resistencia, se envalentonaron más los invasores, ufanos de humillar a la nación que los llamaba Bárbaros. Los primeros invasores fueron, según parece, los más apartados; los Hunos del Volga; los Alanos del Tanais (199) y del Borístenes (200); los Vándalos de la Panonia; los Godos de la Germania Septentrional; los Hérulos y Turingios de la Central, y los Francos de las regiones meridionales.

Los Godos Los más señalados fueron los Godos, que procedentes del Asia se habían establecido en la península escandinava, divididos en Ostrogodos u orientales, y Visigodos u occidentales. Los Gépidos son los que se quedaron en su país, cuando lo abandonaron los otros. Los Ostrogodos tenían al frente la dinastía de los Amales, y los Visigodos la de Balt, de la progenie de los Ansos, sus semi-dioses. Rechazando a los Hérulos, Burgundios, Longobardos, Bastarnos, Yazigios y Roxolanos, ocuparon la Ucrania, invadieron la Dacia, derrotaron a Decio, emperador, cuyo sucesor les prometió un tributo. Era un medio de alentarlos, y Valeriano, Galieno y Claudio tuvieron que resistirles con todo su valor. Enseñoreados de la costa septentrional del Euxino, miraban codiciosos las ricas provincias del Asia Menor; fueron llamados por el reino del Bósforo para resistir a los Sármatas; recorrieron libremente el Ponto y llegaron hasta el estrecho donde el Asia da frente a la Europa; saquearon las ciudades de Nicomedia, Nicea, Prusa, Apamea y Quíos, y con 500 naves ligeras inundaron el Bósforo Tracio, se apoderaron de Atenas, desolaron la Grecia, y se dirigían contra Italia, cuando los contuvo Galieno mediante un cuerpo de Hérulos. Los Godos devastaron el país en que estuvo Troya; más tarde concluyeron una paz con Aureliano, dando rehenes e hijos de los principales y dos mil jinetes para el ejército.

332 Entre los Ostrogodos se distinguió Hermanrico, quien habiéndose hecho soberano de las tribus independientes y de los reyes Visigodos, subyugó a los Hérulos, a los Vendos (201), a los Roxolanos y a los Estones.

Francos Al Noroeste de la Germania se había formado la liga de los Francos, divididos en Salios y Ripuarios, que en tiempo de Galieno pasaron el Rin, invadieron las Galias y la Iberia, sirvieron a menudo a los usurpadores del imperio, y aparecieron terribles tanto en el Bósforo Tracio como en el Asia Menor y en Siracusa; ocuparon la isla de los Bátavos; y vencidos por Constancio Cloro, reaparecieron formidables contra Constantino, quien, en memoria de

las victorias sobre ellos alcanzadas, instituyó los juegos Francos.
Alemanes La liga de los Alemanes, formada por pueblos vencidos y enemigos de Roma, aparece primeramente en las márgenes del Main (202) en tiempo de Caracalla; más tarde bajaron por los Alpes Retios; sitiaron a Milán y a Rávena, y fueron vencidos por Aureliano en Fano. Pero su poderío hizo que su nombre prevaleciese sobre el de los Germanos; solo fueron contenidos por los Burgundiones, los últimos que abandonaron la vida errante. Contra estos pueblos colocó Diocleciano a uno de los emperadores colegas suyos, al mismo tiempo que dio a otros el permiso de establecerse en las provincias deshabitadas.

También por otras partes los Bárbaros amenazaban al Imperio. Este extendía en África sus colonias hasta el borde del desierto; renovó a Cartago, donde se reunieron 19 Concilios, y dos en Constantina. Fue célebre Hipona por San Agustín. Al debilitarse el poderío romano, reaparecieron los Moros y los Getulos, más bien para conquistar que por asegurar su salvaje independencia.

Otros Bárbaros rodeaban el Egipto, tales como los Nubios, los Blemios, los Abisinios y los Nasamones. De los Árabes se valieron los Romanos para traficar con la India. Palmira había caído. La Armenia, ya ocupada por los Partos, recobró la independencia y se unió a los Romanos con los vínculos de la religión. Los Sasánidas extendían su imperio hasta confinar con los Indios, con los Escitas y con los Árabes, y amenazaba al romano.

69.- Constantino

Único señor del imperio, Constantino podía realizar sus designios de reorganizarlo y darle nueva capital. Aunque llena de gente nueva, Roma conservaba el recuerdo de la antigua grandeza; como el pueblo ciertas apariencias de autoridad; y el Aventino, el Foro y el Capitolio recordaban la oposición a la tiranía. Por otra parte, Roma podía considerarse como la metrópoli del politeísmo, por aquella serie de tradiciones a las cuales estaba unida toda su historia, y por las ceremonias religiosas que consagraban todo acto público. Constantino, resuelto a romper con el pasado, trasladó la sede a Bizancio, ciudad perfectamente situada, en los confines del Asia y de la Europa, y le dio el nombre de Constantinopla, entregando 60 mil libras de oro para la construcción de las murallas, acueductos y pórticos, todo en grandiosas proporciones. Y no hallando en el país grandes artistas para embellecerla, recogió de Grecia, Asia e Italia estatuas, bajo-relieves y obeliscos. Regaló a sus favoritos palacios y haciendas en el Ponto y en el Asia; y dedicó la iglesia principal a la sabiduría eterna (Santa Sofía).
329

Aunque Roma se veía privada de los magistrados y de todos los que viven arrimados a las Cortes y a los Gobiernos, no iba perdiendo su primacía, y Constantinopla era considerada como electa hija de Roma.

Constantino turbó tantos intereses y costumbres, que no es maravilla si viene juzgado de diversas maneras; pero indudablemente debió ser de buen temple cuando se atrevió a realizar tan radical transformación en los estatutos, en la religión, en el espíritu de su nación y de las sucesivas, y cuando supo resistir a las insinuaciones del partido triunfante. Sus leyes habían de resentirse del paganismo de que aún estaba saturada la sociedad, pero tendían a la equidad y a la caridad cristianas. No le faltaban vicios, y su familia fue espectáculo de desgracias y delitos. Tuvo de Minervina, mujer oscura, a Crispo, quien por su valor adquirió tanta popularidad, que Constantino concibió recelos de él y le mandó quitar la vida, quedando incierto si tuvo culpa, o si todo fue intriga de su madrastra Fausta, hija de Maximiano; reconocido después inocente, dícese que Constantino hizo morir a Fausta ahogada en un baño. Había tenido de ella tres hijos: Constantino, Constanzo y Constante, a quienes declaró Césares, asociando a sus primos Dalmacio y Anibaliano, distribuyéndoles diferentes gobiernos, pero teniéndolos siempre bajo su dependencia.

337 Fue llamado fundador de la tranquilidad pública porque permaneció 14 años en paz, interrumpida apenas por las guerras con los Godos, para sostener a los Sármatas. Recibía embajadores de los países más remotos. Después de haber celebrado el año 300 de su imperio, murió, siendo colocado por los Paganos entre los Dioses, por los Cristianos entre los santos, y por la historia al frente de la mayor transformación que los anales de la humanidad recuerdan.

70.- Constitución del Bajo Imperio

Dignidades Constantino mejoró y sus sucesores perfeccionaron la nueva constitución civil y militar. Borrada la desigualdad entre plebeyos y patricios, se fundó una nueva nobleza sobre la riqueza, hasta que el despotismo democrático del imperio se asentó únicamente sobre la fuerza y el capital. Diocleciano consolidó la verdadera soberanía reprimiendo el despotismo militar, y después concentrando la administración abolió hasta las antiguas formas. Entonces se dieron al jefe del Estado y a los magistrados ambiciosos títulos de majestad, excelencia, magnífica alteza, y otros, y las nuevas dignidades se denotaban con hábitos, ornamentos y cortejos. Quitose al Senado toda injerencia, y ya no eran elegidos por este, sino por

el emperador, los cónsules, reducidos a cierta pompa y a dar nombre al año. Creose una aristocracia jerárquica de carísimos, respetables, ilustres además de los nobilísimos miembros de la familia imperial. Cuatro prefectos del Pretorio debían administrar justicia interpretar los edictos generales, vigilar sobre los gobiernos de las provincias, y fallar en supremo las causas. Roma y Constantinopla dependían de un prefecto de la ciudad.

Para el gobierno civil, el imperio fue dividido en 13 diócesis, subdivididas en 116 provincias. En las capitales de éstas, eran independientes los ejércitos, confiados a maestres generales, que tenían a sus órdenes 35 comandantes, quienes no debían mezclarse en la administración civil.

Milicia Senadores, dignatarios y decuriones, fueron obligados a suministrar un determinado número de soldados, o en cambio, de 30 a 36 sueldos de oro por cabeza. Constantino colocó soldados en las fronteras, concediéndoles tierras inalienables a título de propiedad; pero estos limítrofes se consideraban mal tratados en comparación con los palatinos, acuartelados en las provincias. La legión fue reducida de 6000 a 1500 hombres, disminuyendo su robustez y acrecentando su movilidad. Parece que el ejército se componía, entre todo, de 645000 hombres, en el espacio en que hoy se mantienen más de 3 millones de soldados sobre las armas. Godos y Alemanes se alistaban y elevábanse a los grados de la milicia, de los cuales pasaban a los cargos civiles, en cuyo desempeño se mostraban ineptos.

Empleos Al lado del emperador había 7 ilustres: de un gran chambelán dependían los condes de la mesa y del guarda-ropa. El maestro de oficios dirigía los negocios públicos; y 38 secretarios despachaban los expedientes. Centenares, y aun millares de mensajeros llevaban a las más remotas provincias los edictos, y recogían noticias sobre la conducta de magistrados y ciudadanos.

Un conde de las sagradas liberalidades manejaba el tesoro, y de él dependían las casas de moneda, las minas, los 29 recaudadores provinciales, el comercio exterior y las manufacturas de lino y de lana; el tesoro particular del emperador estaba administrado por el ministro del fisco.

Custodiaban la persona del rey 3500 guardias, mandados por dos de los condes domésticos, con gran lujo de insignias. Estas insignias acompañaban a los magistrados hasta fuera de sus funciones, y quedaba una distancia inmensa entre el monarca y los súbditos. Eran ambicionados por grandes señores los empleos destinados al principio solo a los esclavos, o se contentaban aquellos con el simple título.

Personas Los libertos se dividían en habitantes de las dos metrópolis, de las demás ciudades y del campo. Los primeros, sujetos a los impuestos, gozaban de privilegios y distribuciones de grano; eran corrompidos y turbulentos. En las ciudades provinciales había los senadores, dignidad puramente de nombre; los decuriones, grandes propietarios; y la plebe, formada por los pequeños propietarios, artesanos y mercaderes. En el campo había propietarios libres,

colonos y esclavos. Los colonos eran un término medio, unidos al terreno que cultivaban y con el cual eran vendidos, pero libres de sus personas, con matrimonio legítimo. Convenía al Estado conservarlos por no aumentar los terrenos abandonados, pero muchos huían en busca de otras miserias a las ciudades. Con grandes cuidados se atendía al cultivo de los campos, y se introdujo la enfiteusis, por la cual se daba a cultivar una propiedad por cierto tiempo o perpetuamente, mediante un canon establecido.

Municipios El derecho municipal correspondía a todos los cuerpos de ciudad que eran admitidos a los derechos de ciudadanía. Municipio significó una ciudad habitada por ciudadanos romanos, cualquiera que fuese su origen; de este modo se formó la unidad jurídica. Solamente los decuriones podían emitir sufragio y ejercer las magistraturas. La primera magistratura se componía de los duumviri o quattuorviri jure dicendo, equivalentes a los cónsules de Roma, con jurisdicción hasta ciertos límites, fuera de los cuales juzgaba el pretor, o bien un prefecto comúnmente expedido de Roma. Un curador quinquenal hacía de censor y de cuestor, vigilando los bienes de la ciudad, las rentas y las constituciones. Había muchas corporaciones de artes y oficios.

Provincias También se dio uniformidad al gobierno de las provincias, y cada una de estas formaba un cuerpo político con asambleas generales, presididas por el prefecto del pretorio; podían dar decretos y expedir emisarios al príncipe.

A medida que crecía el despotismo, borrábanse hasta las apariencias de la constitución republicana y las exenciones (203) concedidas a la Italia. Además, el emperador podía anular todo acto del municipio o de la provincia y la elección de los magistrados locales, por cuyo motivo adquirían importancia los gobernadores. Los curiones fueron después instrumento del despotismo, debiendo hacer ejecutar las órdenes superiores, exigir los impuestos y responder de ellos; no podían alejarse del municipio sin previa autorización, ni dejar a sus hijos más que la cuarta parte de sus bienes, pasando el resto a la curia, a fin de asegurar el pago de los crecientes tributos; de manera que apelaban a todos los recursos para sustraerse a semejante carga, haciéndose curas o soldados; pero la ley procuraba impedir estos ardides.

Para proteger a los contribuyentes contra los abusos de la curia, y a ésta contra los dignatarios del imperio, se introdujeron defensores, elegidos por toda la ciudad, quienes acabaron por hacerse jefes del municipio.

Juicios En los juicios, la autoridad del pretor era suprema, como elegido del pueblo. Pero cuando los magistrados no fueron ya elegidos por éste, partía de ellos una jerarquía judicial que llegaría hasta el emperador. Especialmente en los golpes de Estado, se juzgaba por vías extra-legales, y hasta se aplicaba el tormento.

El estudio de las leyes era un medio para llegar a las magistraturas civiles, y las ciudades notables tenían todas escuelas de derecho; mas de ello se originó un enjambre de abogados, que desprestigió a la noble jurisprudencia.

Rentas Los ingresos públicos consistían en dominios imperiales, contribuciones directas e indirectas, y frutos eventuales. El patrimonio de cada ciudadano era descrito exactamente, y cada año un decreto imperial determinaba la calidad y la cantidad de los impuestos, que se repartían bajo la vigilancia del presidente de la provincia y con la intervención de los defensores de las ciudades. Pagábanse parte en oro y parte en géneros, con los cuales se mantenía, a la plebe indigente, al ejército y a los empleados. Cada cinco años se exigía de los traficantes una colación lustral. Pesaban gabelas sobre la entrada, la salida, el tránsito y el consumo de los géneros, y los procedimientos de estas exacciones se han descrito como uno de los peores azotes.

Industria La agricultura sufría de esto extremadamente. La industria estaba encadenada en maestranzas, que tenían estatutos y propiedades, y magistrados propios, y remuneraban al Estado con ciertos servicios y tributos; para esto los miembros eran solidariamente responsables. Esta esclavitud era una traba para la industria, y como si todo esto no bastase para aniquilarla, los emperadores se hacían manufactureros, fabricando por economía cuanto necesitaban para sí y para el servicio público; tenían, pues, telares, tintorerías, sastrerías, armerías, canteras de mármoles y piedras, donde trabajan esclavos, que no costaban más que el mantenimiento, e imposibilitaban la competencia libre.

En vez de extender el comercio vendiendo las manufacturas a los Bárbaros, que se acercaban al imperio, se apartaron los mercados de las fronteras, por temor de alentar a aquellos. Y como con las conquistas desapareció la principal fuente de dinero, éste empezó a escasear; se falsificó la moneda; desaparecieron casi por completo las de oro; se acrecentó la usura; y por falta de dinero se asignaban en especies los sueldos de los magistrados.

71.- Hijos de Constantino. Juliano Apóstata. Cuestiones religiosas

Sucedieron a Constantino sus tres hijos, quedándose Constancio con el Asia, el Egipto, la Tracia y Constantinopla; Constante con la Italia, la Iliria y el África; y Constantino con las Galias, la España y la Bretaña. Constancio trabó incesantes guerras con la Persia, derrotando varias veces a su rey Sapor. A la muerte de Constantino, Constante ocupó sus dominios; más pronto fue muerto, y el Occidente se pronunció por Magnencio, soldado bárbaro, y por Vetranión. Constancio les llevó la guerra; Vetranión cedió; Magnencio se dio muerte después de larga lucha, y el imperio volvió a caer bajo el dominio de un solo soberano. Pero impotente para el bien, Constancio se dejaba gobernar por eunucos. Tenía dos sobrinos, Galo y Juliano, a quienes hizo enseñar durante largo tiempo el manejo de los negocios públicos. Galo urdió una conjuración; más, descubierto, pagó su hazaña con la muerte. Juliano, con su disimulo,

escapó al peligro, y conquistose con sus virtudes el favor de los soldados. Mientras Constancio vencía a los Cuados en la Germania y combatía al indómito Sapor, Juliano arrojaba de las Galias a los Francos y a los Alemanes, que unían a su valor natural la estudiada disciplina. Educado en la filosofía, en la sobriedad y en la continencia, restauró, después de sus victorias, las ciudades destruidas. Celoso de él, Constancio, con el pretexto de la guerra de Oriente, pidió para si las mejores legiones de su sobrino; pero inducido por éstas, Juliano se negó a obedecer y se hizo proclamar augusto. Constancio corría a reprimirlo cuando murió; y Juliano quedó único emperador, bajo el dictado de Apóstata.

350

354

361

En aquel entonces, los acontecimientos exteriores de la Iglesia adquirieron tal importancia, que no puede comprender la historia quien no los conozca. El primer siglo del cristianismo se rigió por el milagro, con más acción que controversia. Obtenida la paz por Constantino, los Cristianos salieron de las tinieblas, solemnizando los días memorables y celebrando el recuerdo de los que habían sucumbido como mártires. Constantino no regaló al papa la soberanía de Roma, como algunos suponen, pero sí le entregó cuantiosas riquezas; sin embargo, es probable que los pontífices continuaron en la modestia, desplegando su celo en la propaganda de la verdad.

Para contrarrestarla, además de los tiranos, surgieron las herejías, que contribuyeron a perturbar la política. Principalmente los Donatistas de África conmovieron durante mucho tiempo al imperio. Más que estos prevalecieron los Arrianos, quienes negando todos la consustancialidad, ponían unos entre el Padre y el Hijo la insuperable distancia que hay entre el Criador y la criatura; otros admitían que la omnipotencia del Padre había podido comunicar a su primogénito sus infinitas perfecciones; y otros creían que eran iguales en sustancia, no en naturaleza. Colocaban al Hijo más bajo que el Espíritu Santo, y Dios permanecía en su incomunicada unidad. Habilísimo en el decir y en el obrar, Arrio se ganó muchísimos partidarios, mayormente entre los recién-convertidos, mal informados de la teología, quienes no tenían en cuenta que según sus principios desaparecían la redención y la gracia, y que adorar a Cristo era renovar el politeísmo.

Atanasio A esta doctrina opuso su talento y su energía Atanasio, diácono de Alejandría. Hubo grandes disensiones en la Iglesia, y a favor de ella se pronunció la autoridad del Estado, hasta entonces enemigo. Constantino, que al principio había creído que se trataba de una cuestión de palabras, visto el peligro de la fe y sentando que la Iglesia en sus creencias solo debe regirse por sí misma, indicó un Concilio, no parcial como otros que se habían celebrado,

sino ecuménico, es decir general; el punto señalado para la reunión fue Nicea, y se invitó a todos los obispos; primera vez en el mundo que representantes de todos países, elegidos por el voto popular sin mas miras que la virtud y el saber, se encontraron reunidos para discutir libremente los mayores intereses de la humanidad: lo que ha de creer y el modo como ha de obrar. Después de largos debates fue declarado que el hijo es consustancial del padre. Se hicieron muchas reformas en la disciplina; se determinó celebrar la pascua el domingo en que cae el plenilunio de marzo, o el que le sigue. Las decisiones fueron comunicadas al emperador, y Constantino multiplicó cartas, recomendaciones, prescripciones y concesiones en bien del cristianismo ortodoxo. Arrio supo evitar la condena hasta que murió. Sus secuaces aumentaban los símbolos, rigiéndose ora con cavilaciones, ora con la fuerza; cuanto más amenazaban las persecuciones, más crecían los prosélitos, y el emperador Constancio los favorecía hostigando a los obispos católicos, principalmente al gran Atanasio.

Primer concilio ecuménico

Muchos Concilios se reunieron para dar fin a la división; en todas partes imperaba la violencia, se combatía en Roma por la palabra consustancial, como en otra época por los derechos del pueblo. Atanasio capitaneaba a los Católicos, aun cuando por largos años tuvo que andar oculto entre las ruinas de ciudades que ya entonces se llamaban antiguas, y entre los anacoretas que él admiraba; defendía la entera aceptación del dogma y de la jerarquía, y el poder de la Iglesia independiente del Estado.

Persecuciones de Juliano

En esto, a Constancio sucedió Juliano, quien hastiado de tales disidencias, para él inexplicables, disgustado de los ejercicios piadosos a que le habían obligado sus maestros de educación, y fascinado por la gloria que había alcanzado el imperio bajo la antigua religión, se propuso restablecer a ésta. En su modo de vestir y de adornarse, quería distinguirse como un sabio; y en los grandes sucesos de su vida decía que le aparecían los Dioses. No había desaparecido el culto de éstos; aún subsistían sacerdotes, vestales y devociones, y celebrábanse solemnemente algunas fiestas. Reanimose el culto de Cibeles, con danzas fanáticas, extraños vestidos, ridículas devociones y prodigios, bajo la dirección de sacerdotes llamados Galos. También adquirió nuevo prestigio el culto de Mitra, con abstinencias, maceraciones, y hasta sacrificios humanos, mezclados con ritos y fórmulas parecidos a los del cristianismo.

Los fieles de la religión antigua se regocijaron al ver a Juliano dispuesto a restaurarla. Este emperador no renovó las persecuciones, pero ridiculizó al cristianismo; desterró de las escuelas a los Cristianos, introduciendo maestros idólatras, y les obligó a gentiles homenajes; y mientras hubiera podido valerse del

Senado y de la aristocracia romana, que aún conservaba la fe nacional, se inclinó con preferencia a los sofistas y a los maestros del helenismo, reanimando la veneración hacia Homero, explicando los dioses con símbolos y alegorías, purgándolos de inmoralidades, e introduciendo abstinencias, oraciones y expiaciones; de tal manera que consolidó la antigua fe, deduciendo prácticas y virtudes de los insensatos Galileos, como el patrocinio de los inocentes y el cuidado de los huérfanos. También dispensó protección a los Hebreos y pensó reedificar a Jerusalén, durante tres siglos convertida en ruinas; pero una terrible explosión del gas acumulado durante tantísimo tiempo en las cavidades subterráneas, derrumbó cuanto se había construido. Aunque se preciaba de no verter sangre cristiana, Juliano dejaba que los Cristianos fuesen perseguidos y muertos por los que sabían que de aquel modo se congraciaban con él.

Por afectada austeridad, suprimió el lujo de la corte, abolió los empleos dispendiosos, y comunicó al Senado de Constantinopla los mismos privilegios del de Roma. Como había enfrenado a Francos, Alemanes y Godos, pensó en reprimir a los Persas, contra los cuales en 300 años de guerra los Romanos no habían podido conquistar una provincia siquiera. Reuniose un formidable ejército en Antioquía, y una flota de 7100 naves en el Éufrates, contando con la Armenia coaligada con el imperio romano; avanzó Juliano al frente de estas fuerzas, arrollándolo todo, y pasó el Tigris; pero Sapor se retiraba devastando las provincias, de tal modo que el ejército invasor se encontró sin víveres. En la retirada trabose formidable lucha, siendo mortalmente herido el emperador.

26 de junio Joviano, primicerio de los domésticos, fue llamado a sucederle para resistir a los enemigos; ordenó la retirada, concluyó la paz, en virtud de la cual los Romanos cedían las cinco provincias que poseían más allá del Tigris, y abandonaban al rey de Armenia. En Roma fue inmensa la explosión de alegría de los Cristianos por la muerte de Juliano; el nuevo emperador les aseguró protección, restituyó la inmunidad, aunque sin perseguir a los idólatras; se declaró por los Católicos en contra de los Arrianos, y murió después de un corto reinado de siete meses.

72.- De Valentiniano hasta Teodosio

Los comandantes del ejército confirieron la púrpura a Valentiniano, de gran valor y hermosa presencia, que tomó por colega a su hermano Valente, débil y tímido. Así dividido el imperio, los soberanos fijaron su residencia, uno en Milán y otro en Constantinopla. Valente, inclinado a los Arrianos, multiplicó los procesos y los suplicios para asegurarse el reino; y también Valentiniano, no por miedo como él, sino como necesaria al imperio, unía la crueldad al valor. Buen católico, tomó sabias providencias y contuvo las invasiones de los Bárbaros, hasta que murió en Panonia.

Valente tuvo que combatir a los Persas, y rechazó a los Godos más allá del Danubio; pero éstos, empujados por los Hunos, solicitaron permiso para estacionarse en la Tracia, donde pronto se coaligaron con otros compatriotas para devastar y vencer, y habiendo acudido Valente a enfrenarlos, quedó muerto con la flor de sus generales en Andrinópolis.
364

Graciano, hijo de Valentiniano, era llamado entonces al solio imperial, pero sintiéndose incapaz para tanto peso y para hacer frente a tantos enemigos, eligió por colega a Teodosio, español, que había dado pruebas de gran valor en las precedentes guerras, y que disgustado entonces cultivaba sus bienes cerca de Valladolid, con sus tres hijos Arcadio, Honorio y Pulqueria. Habiéndose quedado con la prefectura de Oriente, Teodosio reforzó el ejército, de manera que los Godos, o se dispersaron o se sometieron, y fueron distribuidos en colonias, sobre tierras fértiles pero desiertas, donde se dedicaron a la agricultura y abrazaron el cristianismo. Su obispo Ulfila introdujo en su nueva patria el alfabeto griego y tradujo en su lengua el Evangelio. Los Godos querían a Teodosio, por la próspera paz que les había dado; pero los Romanos olvidaban los cuidados del servicio militar, al mismo tiempo que se adiestraban peligrosos enemigos.
375

378

Por entonces, los dos valientes emperadores hacían revivir el imperio. Graciano declaró toleradas todas las creencias cristianas, protegió las letras y concedió el consulado a su maestro, el poeta Ausonio; perdiose después en discusiones teológicas, hasta que huyendo de una sublevación de Magno Máximo, fue muerto. Máximo fue aceptado como colega de Teodosio, y dominaba la Bretaña y las Galias, donde formó un grueso ejército; marcho luego contra la Italia, gobernada por Valentiniano II, hijo de Valentiniano I y de Justina, que dirigía el gobierno en nombre de aquel. Teodosio le salió al paso con un ejército aguerrido y le dio muerte, entrando luego triunfante en Roma.

Teodosio

363
Elogiado por su valor no menos que por su saber, Teodosio no perdió siquiera un palmo de terreno, pero tuvo que aumentar los impuestos. Disgustados por esto, los ciudadanos de Antioquía se sublevaron, y él los amenazó con severas represalias; mas pudieron

mitigarlo los monjes y los obispos Flaviano y Juan Crisóstomo. Sin embargo, Tesalónica, ciudad rica en comercio, fue devastada por orden de Teodosio, por haber dado muerte a su gobernador. Cuando se acercó para los sacramentos a la iglesia de Milán, el obispo Ambrosio no le dejó entrar, hasta que hubo hecho penitencia por la sangre derramada. Entonces ordenó que no se ejecutasen sus sentencias hasta después de 30 días de haberlas dictado, y prohibió que se castigase a los que difamaran al emperador.

394 Dejó que continuase reinando Valentiniano, cuyo gobierno era mejor desde que había muerto su madre; pero el franco Arbogasto se rebeló contra éste, dándole muerte, y no atreviéndose a tomar el cetro para sí, lo dio al rector Eugenio, su secretario. Teodosio fue a combatirlo, y lo venció en Aquilea, donde Arbogasto se dio la muerte, y fue muerto Eugenio. Entonces quedó el imperio todo bajo el poder de Teodosio, pero este no tardó en morir, después de haber publicado sapientísimas leyes inspiradas por el cristianismo, cuyo triunfo se cumplió entonces.

Los Santos Padres No solamente en Roma, sí que también en las provincias duraban aún los restos de la antigua superstición, por cuanto los emperadores habían creído conveniente para la política el dejarlos subsistir; y eran profesados hasta por personajes ilustres, como el docto gramático Máximo, Macrobio autor de las Saturnales, Pretestato, Simmaco (204), prefecto de Roma, el filósofo Libiano, los historiadores Eunapio y Zósimo, el poeta Ausonio y otros muchos que secundaron a Juliano. Pero los Cristianos crecían siempre, hasta en la más alta sociedad; y su fe era aclarada, consolidada y difundida por los Santos Padres, nuevas glorias de la Iglesia militante. San Atanasio, a pesar de que le vemos tan atareado, escribió contra los Arrianos, y en general contra los herejes, demostrando que es una locura querer salir fuera de la razón con la razón humana. Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, fue el más elocuente de los Padres griegos, y digno de ser comparado con Demóstenes. Fue célebre la amistad de Gregorio de Nacianzo con los hermanos Basilio y Gregorio de Nisa, quienes habiendo abrazado el sacerdocio combatieron valientemente el arrianismo, tanto que Teodosio expidió un edicto en que proscribía esta creencia, señalando a los Arrianos con el infame nombre de herejes, y atribuyendo a los nuestros el de cristianos católicos. Entonces se reunió el segundo Concilio ecuménico para definir mejor la fe expresada en el símbolo de Nicea (205).

Crisóstomo
380

San Jerónimo Jerónimo, nacido en los confines de la Dalmacia, fue laboriosísimo, se formó una biblioteca, y se retiró al desierto, donde mortificó su cuerpo entre la oración y el estudio. Habiendo salido de aquella soledad, brilló en Roma por su laboriosidad y su talento; animó el celo religioso de piadosas matronas, tradujo mucho

mejor los Libros Santos, y escribió el Canon de los autores eclesiásticos; pero a veces perjudica su estilo la aspereza de su polémica.

Paulino de Burdeos, poeta de mérito, abandonó familia y honores, y se retiró junto a Nola, predicando, escribiendo versos y animando a los fieles. Flavio de Poitiers combatió vigorosamente a los Arrianos. Dejamos sin nombrar a otros padres occidentales para citar a Ambrosio, quien mientras gobernada en Milán fue nombrado obispo de esta ciudad, cargo que implicaba muy diversos cuidados, tanto religiosos como seculares, y en cuyo desempeño se hizo amar como padre y respetar como príncipe. Obtuvo del emperador Graciano la orden de que el Senado quitase la estatua de la Victoria y se confiscasen los bienes de los templos paganos. Opusiéronse a estas medidas los partidarios de la antigua observancia, pero los confutó Ambrosio; y los monjes y los obispos indujeron a los Cristianos a demoler los templos y las estatuas gentiles. Justina, madre de Valentiniano II, favorecía a los Arrianos, hasta el extremo de querer que Ambrosio les cediese una de las iglesias de Milán. Este se negó a tal exigencia, y amenazado con la fuerza, reunió a los Católicos, y los entretuvo con sagrados cánticos. La firmeza de Ambrosio venció la obstinación de la emperatriz.
San Ambrosio

San Agustín Los Maniqueos admitían dos principios, uno del bien y otro del mal, y en esta doctrina había crecido el númida Agustín; pero siendo éste profesor de elocuencia en Milán, oyó a Ambrosio, y fue de tal manera conmovido y llamado a la verdad, que se convirtió en uno de los más insignes campeones del cristianismo. Además de muchas obras de controversia, escribió Agustín la Ciudad de Dios, verdadera filosofía de la historia, donde explica la marcha general de la sociedad y el contraste entre la humana y la celeste.

73.- División del Imperio. Honorio

Teodosio había. dividido el imperio entre sus hijos; a Honorio, de 11 años, le dio el Occidente; a Arcadio, de 18, el Oriente; y todo el mundo sentía que cayese de las robustas manos de aquel gran hombre, para ir a parar en manos tan débiles e inexpertas. Cierto es que tenían valientes tutores, Estilicón y Rufino; pero estos, hallándose en disidencia, separaron los intereses de los dos imperios. Se supone que Rufino invitó a los Hunos y a los Godos a invadir el imperio; pero halló la muerte a manos de los soldados del valeroso vándalo Estilicón. El armenio Eutropio, que le sucedió en el favor de Arcadio, se puso celoso de

las victorias de Estilicón, e indujo al emperador a hacer la paz con el godo Alarico y a recibirlo de comandante de las tropas de la Iliria, al mismo tiempo que invitaba al africano Gildón a sublevarse contra Honorio. El África era tenida en gran cuenta, porque surtía de grano a la Italia. Algunos señorones poseían en ella centenares de millas de terreno, y entre ellos se contaba Gildón, que ejerció durante 12 años un verdadero señorío, sin depender de Roma más que para pagarle su tributo en grano. Pero a causa de las quejas que contra él se proferían, Estilicón resolvió hacerle la guerra; vencido Gildón se dio la muerte.

Estilicón

En tanto, crecían en poderío los Godos, y su rey Alarico, tan valeroso como prudente, invadió la Grecia, y obtuvo la Iliria, donde había cuatro arsenales de armas; y vendiendo sus servicios ora al Oriente, ora al Occidente, hacíase temible para todos. Marchó a Italia por los Alpes Julianos, pero Estilicón lo derrotó en Pollenza, le cortó la marcha intentada contra la Etruria y Roma, y le obligó a salir de Italia.

403

Honorio tuvo los inmerecidos lauros del triunfo, y no hallándose seguro, se ocultó en Rávena, defendida por la escuadra, por las lagunas y por las fortalezas. Con razón se preparaba, pues Radagaiso, al frente de numerosísimas huestes de septentrionales, pasó el Danubio, los Alpes y el Po, y sitió a Florencia. Pero todavía lo venció y exterminó Estilicón. Otros Bárbaros devastaban las Galias y la Germania; en la Bretaña, abandonada por las legiones, se hizo proclamar emperador un tal Constantino, que pudo subyugar parte de la Germania y la Iberia, y hacerse reconocer colega por Honorio, quien en contra suya aceptó los peligrosos servicios de Alarico. Esto pareció indigno al Senado, que culpando a Estilicón, pidió la muerte de éste. Estilicón sufrió la muerte con valor y dignidad. El débil Honorio se alegró de aquel sacrificio como de una victoria.

405

Alarico

402 Al caer el ministro guerrero, los Bárbaros hicieron irrupción por todas partes: Alarico invadió y saqueó Aquilea, Altino, Concordia y Cremona, y se echó sobre Roma, que no había vuelto a ver ejércitos extranjeros desde que Aníbal la había sitiado 624 años antes. Apaciguado con humillaciones y dinero la primera vez, volvió Alarico, y abandonó la gran ciudad al más horrible

saqueo; después dirigiose a la baja Italia, y murió cerca de Cosenza. Reemplazole su cuñado Ataúlfo, que aspiraba a constituir un imperio godo con las ruinas del romano, y se contentó con restaurar el antiguo; aceptó pactos, casose con Gala Placidia, hermana de Honorio, llevó adelante a los Godos con los cuales recuperó para el imperio la Galia, mal dominada por aquel Constantino de quien no ha mucho hemos hablado.

411

Ya se rebelaban las provincias; el conde Heracliano conducía del África una flota sobre el Tíber; Suevos, Alanos y Vándalos, destrozada la Galia, se estacionaban en la España. Ataúlfo, que iba a combatirlos, fue muerto con sus hijos por Sigerico; por todas partes se acercaban huestes de Bárbaros, capitaneados por distintos jefes, y de pérdida en pérdida se descomponía el imperio, mientras el débil Honorio se dejaba manejar por parientes y ministros, hasta que murió en 423.

74.- Arcadio. Aecio. Atila

No iban mejor las cosas en Oriente. El despotismo era allí más terrible, no hallando freno en las tradiciones; pero el débil Arcadio se dejaba dominar por favoritos, principalmente por el eunuco Eutropio, que aniquilaba con leyes y procesos a todo el que le hacía estorbo. El godo Gaina, llamado a defender el imperio, pidió por condición la cabeza de Eutropio, quien habiéndose refugiado en el templo, fue salvado por Juan Crisóstomo, a quien él siempre había molestado. Gaina, sin embargo, siguió con sus Godos hasta el Helesponto y el Bósforo, y doquiera llevó la desolación y el espanto, hasta que murió a manos de Uldino, rey de los Hunos.
369

401

La Corte andaba en intrigas, de las cuales fue víctima y narrador Juan Crisóstomo. Arcadio murió después de un débil reinado de 13 años, dejando a un hijo de ocho años, Teodosio, de cuya tutela se encargó Antemio, quien la cedió después a Pulqueria, hermana mayor del niño Teodosio, la cual administró el imperio por espacio de cuarenta años, dedicada al ayuno y a las devociones, sin dejar, por eso, de ser activa y vigorosa, mientras hacía educar a su hermano por hábiles maestros, inculcándole ella misma ideas de virtud, de gobierno, y de respeto a la religión y a los eclesiásticos. Pero esta educación fue en parte estéril, por cuanto al joven príncipe le faltaban laboriosidad y vigor. Casose con Eudoxia, hija de un sofista ateniense, mujer de talento, aficionada a las bellas letras; mas no tardó en repudiarla, por infundados celos.

Mientras tanto, las provincias eran invadidas por Isauros, Moros y Árabes, y mas seriamente por los Persas, hasta a título de religión, por cuanto los Magos adoptaban todos los medios para impedir o estorbar al cristianismo, mayormente en la Armenia.

A la muerte de Honorio, Arcadio, no sin guerra, se hizo señor de todo el imperio, pero cedió el Occidente a su sobrino Valentiniano, hijo de Placidia, el cual era dueño de medio mundo a los seis años de edad, bajo la tutela de su madre; de modo que el imperio se halló dirigido por dos mujeres. Placidia, que gobernó a su hijo durante veinticinco años, tuvo dos valerosos generales: Aecio y Bonifacio. Pero estos, en vez de coadyuvarse, se hostigaron. Bonifacio, que regía el África, viéndose insidiado por su émulo, se rebeló y pidió auxilio a Genserico, rey de los Vándalos, por lo cual trató de destituirlo San Agustín, obispo entonces de Hipona; pero se arrepintió luego de su conducta y hasta morir combatió al Vándalo. Este devastó las provincias africanas, y ocupó a Cartago, siendo este golpe gravísimo para Roma, cuyos senadores poseían en África la principal fuente de su riqueza.

Aecio

Aecio, ora en paz, ora en lucha con la emperatriz, mantenía siempre correspondencia con los Hunos. Estos, que algunos confunden erróneamente con los Mongoles y los Tártaros oriundos de la China, parecen más bien de raza finesa, en parentesco con los Húngaros. Cuando ocuparon el país comprendido entre el Mar Negro y el Danubio, las imaginaciones, asustadas a la aparición de gentes extrañas a la raza indo-germánica, inventaron fábulas y portentos sobre su origen. Lo cierto es que hacían vida salvaje, yendo siempre a caballo, y no sabiendo siquiera cocer las viandas. Estaban acostumbrados a los rigores de la naturaleza, y las mujeres combatían juntamente con los hombres. Habían inspirado terror al gran Hermanrico, el Alejandro de los Godos, los cuales, siendo rechazados por los Hunos, tuvieron que abandonarles el país situado en la parte septentrional del Danubio. Pronto invadieron el Imperio, siendo llamados a tomar parte en las luchas y en las insurrecciones. Recibían de Teodosio II el tributo de 350 libras de oro, hasta que apareció Atila, azote de Dios. Este ha quedado en la historia como personificación de inhumanas destrucciones. Lanzose en primer lugar sobre la Persia; y estimulado después por Genserico, se echó sobre el imperio de Oriente, intimando a los emperadores la orden de que le preparasen un palacio; después de tres señaladas victorias, llegó al pie de Constantinopla, imponiéndole vergonzosas condiciones, hasta la de restituir a todo Romano que huyese de la esclavitud de los Bárbaros o que desertase de éstos. Desde su capital, es decir, desde su campamento situado entre el Danubio, el Teis y los Cárpatos (206), dictaba leyes a los decaídos señores del mundo, y recibía sus pomposas embajadas.

Los Hunos

483

Atila

Cuando murió Teodosio II, después de haber reinado 42 años, deshonrado por el envilecimiento del imperio e ilustrado por el Códice, que fue la primera colección oficial de leyes romanas, Pulqueria obtuvo también de nombre el mando que tenía de hecho, y se casó con el sexagenario Marciano, educado en la desgracia y en los campos, y poseedor de virtudes rarísimas en aquel tiempo. Este negó el tributo a Atila, quien con tal motivo se puso en movimiento con el propósito de destruir a Roma. Aecio había sido repuesto en su empleo de general y con su acostumbrada habilidad supo contener a los enemigos; tuvo en su ayuda a los Hunos y a los Alanos para combatir a los Burgundiones y a los Visigodos que habían ocupado los Galias. Los Francos, estacionados en el bajo Rin, eran gobernados por reyes, entre los cuales recuerda la historia a Faramundo y a Clodión, quien a pesar de haber sido derrotado por Aecio, obtuvo la Bélgica. Su hijo Menoveo, habiendo estado preso como aliado de Valentiniano III y como hijo adoptivo de Aecio, se alió con Atila. Honoria, hermana de Valentiniano, ofreció su mano a Atila, el cual encontró en ello un nuevo pretexto para invadir el imperio con una falange de Bárbaros. Devastada la Galia, asedió a Orleans; pero habiéndole alcanzado Aecio en Châlons (207), lo derrotó. Se rehízo Atila en la Panonia, invadió la Italia por Aquilea, devastó las ciudades de tierra firme, cuyos habitantes se refugiaron en las islas, y siguió marchando contra Roma. Pero el Papa León consiguió detenerlo a fuerza de súplicas y promesas, y el feroz invasor murió en los excesos de la lujuria, al regresar al campamento que tenía por capital. Sus muchos hijos se disputaron sus riquezas y posesiones, y los diversos pueblos invasores trabaron entre sí reñidas batallas, tomando luego direcciones y residencias distintas.

450

452

75.- Últimos emperadores de Occidente

El imperio agonizaba. Siempre sobrevenían nuevos Bárbaros; aplacada y vencida una horda, surgía otra; y a las internas rebeliones se unía la inepcia de los gobernantes. Muerta Placidia, Valentiniano III se desbocó; asesinó a Aecio, su mejor general, y él, a su vez, fue hecho asesinar por Petronio Máximo, que le sucedió en el trono. La viuda de Valentiniano llamó en su venganza al vándalo Genserico, quien con una terrible flota se trasladó del África a la embocadura del Tíber; y Roma fue saqueada durante catorce días. Por otras partes, hacían irrupción otros Bárbaros, reclamando hasta permanentes residencias. Para contener a los

Francos y a los Godos, Máximo designó a Flavio Avito, noble y honrado hijo de lo Auvernia, quien, a la muerte de Máximo, fue ayudado por los Visigodos a subir al trono; pero el Senado y el ejército lo recusaron y lo sentenciaron a muerte.
455

Sucediole Mayoriano, animoso y liberal que gobernó bien, dio sabias leyes, reprimió a los Vándalos en África y a los Visigodos en la Galia, hasta que los soldados revoltosos le dieron muerte.
461 Todo lo podía entonces Ricimero, comandante de los Bárbaros auxiliares, llamado conde y libertador de Italia. Impuso al Senado la elección de Libio Severo (208), a quien quitó después de en medio; gobernó dictatorialmente, mientras acá y acullá se alzaban efímeros emperadores, como Marcelino, Ecdicio, Antemio, Olibrio, Julio Nepote, interviniendo siempre la fuerza de Ricimero y la benéfica intervención de los obispos.
461

Al morir, Ricimero dejó el ejército a su sobrino Gundebaldo, príncipe de los Borgoñones. Entonces Orestes, que había servido a Atila como secretario y embajador, y a la muerte de este caudillo había reunido una masa numerosa de combatientes de varios pueblos, llevándola al servicio de los Romanos, se sintió tan fuerte que hizo proclamar emperador a su propio hijo, llamándolo Rómulo Augústulo. La chusma advenediza pretendía que el emperador se plegase a todos sus caprichos, y habiendo obtenido una tercera parte de los terrenos de la Galia, de la España y del África, la quería también de Italia. Negose, Orestes, y la chusma se dirigió a Odoacro, otro jefe de federados, quien hizo dar la muerte a Orestes y regaló una rica quinta a Augústulo; mandó decir a Zenón, emperador de Oriente, que en adelante creía superflua aquella dignidad imperial en Occidente; y requirió para sí el título de patricio y la administración de la diócesis italiana.
Fin del imperio En un niño que reunía los nombres del primer rey y del primer emperador de Roma, terminaba, pues, el imperio de Occidente, 476 años después de Cristo, 1229 después de la fundación de Roma, 507 después de la batalla de Actio que estableció la monarquía, y 310 después de la guerra marcomana donde principió la gran emigración de los Bárbaros. Roma había sido gobernada, primeramente por reyes, después por 483 parejas de cónsules, y al fin por 73 emperadores.

De humildes y débiles comienzos, Roma creció agregándose los pueblos vecinos, y luego los remotos; el imperio aniquiló entonces a los individuos, no apreciándolos sino en cuando convenía al Estado. A medida que la ciudad, es decir el Estado, se dilataba, disminuía aquel amor patrio que había hecho prodigios al principio; las lejanas conquistas producen largos mandos, y de ahí la costumbre en los capitanes de hacer cuanto dicta su voluntad, y en los ejércitos

de obedecer a un jefe; a lo cual siguen las dictaduras, los triunviratos y el imperio. Con éste cesan las conquistas, que habían sido el nutrimiento de Roma. Pronto todo depende del capricho del emperador, y éste del capricho del ejército, sin que les contenga ninguna ley regular, ni la religión de que los emperadores eran pontífices máximos, ni la moralidad que era objeto de controversias entre las escuelas filosóficas; la fuerza que los creaba los abatía. Estableciose el verdadero despotismo cuando Cómodo puso junto al trono al jefe de los pretorianos. Estos lo podían todo en la ciudad, y todo lo podía el ejército en las provincias, de donde resultó la pluralidad de emperadores en pugna dentro de un mismo imperio. Constantino conoció la necesidad de una monarquía regulada, pero no supo armonizar sus diversos elementos. Sus sucesores se abandonaron a un lujo asiático, con cuyo ejemplo los súbditos se entregaron a todos los excesos de una civilización corrompida. La útil clase de los agricultores era rechazada para dar cabida a los esclavos, que cultivaban negligentemente los campos, destinados al lujo más bien que al producto, puesto que se traían los víveres del África o de la Sicilia. Los ricos provincianos abandonaban las ciudades, para acudir a Roma, en busca de lucro y de placeres. El dinero necesario para mantener la corte y el ejército, se sacaba de las provincias, cada vez más gravadas; si el pueblo no pagaba, pagaban los decuriones, obligados a sostener esta carga, de que se libraban acudiendo a Roma.

Entre tantas depravaciones, se introdujo el cristianismo. Al principio lo combatieron los emperadores, teniendo igualmente en contra gran número de ciudadanos. Cuando esta doctrina triunfó, tuvo por adversarios a los que se mantuvieron fieles al paganismo. La nueva religión no atendía a un estrecho patriotismo, sino que abrazaba a todo el género humano; esperaba ver corregida la inmensa corrupción del imperio por Bárbaros menos depravados, y atribuía las desventuras a la venganza del Cielo. Por esto la consideraban como enemiga, y en verdad no daba vigor al odio pagano contra las demás naciones; las nuevas instituciones traídas por ella habían quebrantado los antiguas, sin ser ellas mismas consolidadas.

Los Bárbaros llegaban en gran número, con los vicios de la fuerza, guiados por jefes que debían el mando a su valor y juventud, y que ansiaban fundar una patria nueva sobre aquellos debilitados pueblos, que no sabían guardar la propia y tenían que recurrir a ellos para defenderla. Los auxiliares se convirtieron pronto en dueños; y siempre eran invadidas nuevas provincias, e impuestos nuevos tributos; hasta que los Bárbaros creyeron oportuno poner fin a un orden de cosas establecido en falso; y los fragmentos del imperio iban a convertirse en base de la moderna Europa.

76.- La Iglesia

Mientras se derrumbaba el imperio, se vigorizaba la Iglesia, a la cual abandonó Constantino la antigua metrópoli, que fue el centro del catolicismo. Al Papa Silvestre, que vio dada la paz a la Iglesia, sucedieron otros, ocupados en difundir el Evangelio y conservar su pureza combatiendo la herejía.
314-316

Como después de Silvestre los Papas poseían muchos bienes, a su nombramiento también concurrió el pueblo con el clero; con tal motivo, y para impedir tumultos, los emperadores intervinieron en el nombramiento, que confirmaron luego. Dámaso fue el primero en titularse siervo de los siervos de Dios, y Sergio II fue el primero, al parecer, que cambió de nombre. La primacía del obispo de Roma, además de la apostólica tradición y la dignidad de la metrópoli en que residía, fue favorecida con no haber otro patriarca en Occidente. León Magno intervino para contener, a Atila y a Genserico; es el primer Papa de quien se conservan recogidos los escritos, y el primero que recurrió a la autoridad civil para dar validez a los decretos del Pontífice.
440

El emperador Teodosio ordenó con el Pontífice el tercer Concilio ecuménico, para disipar la herejía de Nestorio, que negaba a María el título de madre de Dios, distinguiendo la persona de Cristo del Verbo, y la naturaleza humana de la divina. En la condenación de esta herejía se esforzaron durante siglos los Nestorianos, mientras se extendía entre los Católicos el culto de María. La Iglesia tuvo muchos detractores, principalmente los Donatistas, Pelagianos, Semi-pelagianos, Eutiquianos, Priscilianistas, Monotelitas, Monofisitas (209) y sectarios de otros nombres, combatidos por los Santos Padres y por los Concilios. A pesar de esto, multiplicábanse las conversiones de pueblos enteros, tanto en Oriente como en Occidente, selladas siempre con martirios, y seguidas de disminución de ferocidad, de cultura, de respeto en vez [sic] del hombre, los pactos y las conciencias. Los monjes, que observaban no solamente los preceptos, sí que también los consejos evangélicos, servían grandemente a las conversiones con el ejemplo de aquella austeridad que a los Bárbaros inspiraba asombro y compasión; además con sus predicaciones fomentaban la paz e inculcaban la moral.

Establecida como jerarquía e introducida en la vida civil, la Iglesia no se mantuvo en la pobreza apostólica; después de Constantino, pudo tener propiedades, recibir legados y participar de los bienes quitados al culto pagano. Los donativos fueron luego tan abundantes, que Valentiniano I los reprimió algún tanto. Después fue concedida a los eclesiásticos la facultad de disponer por testamento de los bienes adquiridos, con lo cual crecieron mucho más los de la Iglesia. Estos bienes se debieron distribuir en tres partes, una para la Iglesia, una para los pobres y otra para los eclesiásticos. Cuando ya no vivieron de la munificencia de los seglares, los

obispos y los sacerdotes pudieron emanciparse de la elección de aquellos. Pero el clero era escaso; en tiempo de San Ambrosio, Milán tenía únicamente dos iglesias; en el siglo quinto, Roma se vanagloriaba de poseer veinticuatro, con setenta y seis sacerdotes.

Jerarquía Poco a poco se regularizó la jerarquía; varias iglesias se unían bajo la autoridad de un obispo, y varios obispados bajo una iglesia metropolitana. Constantino aumentó la autoridad de los obispos, haciéndoles sostén de los débiles y árbitros de las diferencias, con lo cual empezó la jurisdicción eclesiástica; y confiaban a los prelados sus controversias no solamente los cristianos, sí que también los gentiles, considerándolos más justos que nadie y más entendidos en las fórmulas jurídicas. Una ley positiva ordenaba a los magistrados que ejecutasen las sentencias de los obispos. Cuando los gobiernos municipales eran abandonados por los decuriones, los asumían los obispos; y los hallamos en extremo solícitos para el bien público en los desastres del doliente imperio. Su jurisprudencia no establecía diferencia alguna entre el Romano y el Bárbaro, ni entre el noble y el plebeyo; pero la dignidad sentaba que los obispos y los sacerdotes no fuesen juzgados más que por sus iguales, aun cuando los tribunales fuesen confiados a los cristianos. El asilo que los templos y los bosques idólatras ofrecían a los delincuentes, fue transferido a las iglesias y a los lugares sagrados.

Independencia del Estado Al principio la Iglesia se vio obligada a apoyarse en el gobierno laico; los emperadores que, hasta Graciano, conservaron el título de pontífice máximo, pretendían muchos de los derechos que la Iglesia había ejercido como sociedad ilegal independiente; querían intervenir en todo, recomendar a sus candidatos en las elecciones de obispos, confirmarlos en su elección, convocar los Concilios y ratificar sus decretos. Pero a medida que se debilitaba el poder civil, se consolidaba el eclesiástico, y la Iglesia, teniendo probabilidades de sobrevivir a la decadencia de todas las demás instituciones, sustituía las gastadas ideas paganas con la ciencia y la caridad, para enseñar a regir a los pueblos nuevos. Los Concilios mantenían la unidad de creencias en la variedad de naciones, idiomas y costumbres, y mientras custodiaban intacto el dogma, adaptaban la disciplina a los tiempos y a los lugares. Numerosísimas obras se compusieron a propósito de los ritos de los primeros tiempos, y sobre todo a propósito de las creencias; unas para negar y otras para sostener que todos los dogmas y puntos de fe eran profesados desde los primeros tiempos, y practicados los ayunos, las abstinencias y las fiestas del Señor. No hay que asombrarse, si, en tiempos de barbarie y de ignorancia, se introdujeron tradiciones mal fundadas o prácticas supersticiosas.

77.- Literatura de los últimos tiempos romanos

Atenas era todavía un centro de estudios; en ella habían sido educados San Basilio y San Gregorio con Juliano, entre una juventud viva y bulliciosa. Rivalizaban con Atenas Berito, Edesa, Antioquía y Alejandría; los mejores ingenios afluían a Constantinopla; los emperadores los alentaban con liberalidades, y a veces consultaban a los profesores del Octágono.

Roma tenía escuelas, pero no produjo un solo gran escritor, y se servía de galos, españoles y africanos; al Egipto debió su mejor poeta, Claudiano; a Antioquía su mejor historiador, Amiano Marcelino; a Siria su mejor rector, Iquerio. En la Galia se habían introducido escuelas, pero únicamente de gramática y retórica, esto es, del arte de suplir con palabras la falta de pensamientos.

Lengua latina La lengua latina se había difundido, aunque sin destruir los idiomas indígenas, y era alterada por la mezcla de otros idiomas y por los artificios de los literatos; sin embargo, se halla todavía en los juristas un latín exento de corrupciones. La literatura pudo ser rejuvenecida por las traducciones de la Biblia, tratando con aquella sencillez de exposición y sin metafísicas abstracciones los puntos más elevados, con imágenes vivas e invenciones simbólicas.

Muchos rectores y gramáticos comentaban a los clásicos (Servio, Nonio, Planudes, Messo y otros) cuando la lengua y los usos eran aún vivos.

Filósofos y coleccionistas continuaban extrayendo y compilando, como Macrobio, que en los siete libros de las Saturnales introdujo personas que discurren sobre varios asuntos de antigüedad, y Marciano Cappella, que en el Satiricón acumuló nociones de varias ciencias; como Lucio Ampelio, como Censorino que compuso un tratado cronológico-astronómico-aritmético-físico do los días natales; como Estobeo, que dejó una Antología de extractos, sentencias y preceptos, y de este modo se conservaron fragmentos o vestigios de perdidos autores.

Después del panegírico que Plinio recitó a Trajano, se puso en uso esta elocuencia laudatoria, en cuyo género alcanzaron renombre Símaco y Victorino.

Lengua griega Hasta la lengua griega decayó desde que en Constantinopla tomó asiento en una corte extranjera; los debates, las doctrinas nuevas y las predicaciones deducidas del Evangelio, tuvieron voces y giros nuevos. Bajo los primeros emperadores bizantinos, fue adoptada por buenos escritores, como el hábil Temistio, el violento Eunapio, y el pomposo Libanio, que escribió muchísimos tratados y discursos, y más de 2000 cartas. Obra original son Los Césares del emperador Juliano, donde se supone que los principales predecesores del imperial autor son juzgados ante Júpiter. Juliano escribió otras obras en confutación del cristianismo, y muchas cartas.

Poetas Los poetas se reducían a adular o se limitaban a temas didácticos; se elogiaron los Dionisiacos de Nonno y los poemas de Ciro; subsiste el Hero y Leandro de Museo; y algo más tarde debió

florecer Quinto Esmirneo (210), llamado el Calabrés, que en el Paralipómenos continuó la Ilíada de Homero, sin genio pero con rica dicción. Coluto de Licópolis compuso el Rapto de Elena; Trifiodoro, también egipcio, escribió la Odisea Lipogramática en cada uno de cuyos cantos falta una letra y en todos la S. De Proclo tenemos seis himnos en justificación del politeísmo. Se hicieron de moda los poemas difíciles, acumulándose versos de poetas antiguos en composiciones de nuevo asunto, y dándose otras veces a las estrofas la forma de un altar, de un escudo, de una flauta, etc. Heliodoro, fenicio, puso en novela la historia de Teágenes y Cariclea; Aquiles Tacio las Aventuras de Leucipa y Clitofonte; y el sofista Longo los Amores de Dafne y Cloe (211).

Claudino, el mejor poeta latino, compuso varios poemas, y cantó hechos contemporáneos, principalmente en alabanza de Estilicón y en vituperio de Rufino y de Eutropio, con felicísimos giros y admirable armonía. Mirobaudes y Numaciano cantaron el agonizante gentilismo. Ausonio de Burdeos, maestro de Graciano, mezcló el gentilismo con el paganismo.

Santos Padres Otros caminos seguían los Padres de la Iglesia. Obedeciendo al precepto «Id y predicad a todos», introdujeron las predicaciones en la Iglesia, y las explicaciones del Evangelio o de la doctrina, dando pruebas de saber y de elocuencia. De arte sumo dan señales Gregorio Nacianceno y Basilio, realzando la elocuencia con la caridad, con la unción evangélica y con la meditación sobre la muerte. Cuéntanse 158 poemas entre las obras de San Gregorio, muchos epigramas y una mezquina tragedia: Cristo padeciendo, imitación de Eurípides. Gregorio de Nisa explicaba los dogmas con el raciocinio, colocándose entre el Evangelio y Platón. Sinesio de Cirene, aficionado también al estudio de Platón, tuvo, como obispo de Tolemaida, que trabajar mucho en defensa de su grey, escribir varios discursos y diez himnos.

Efrén, de Mesopotamia, admiró y describió la vida monástica de Egipto y de los solitarios de la Mesopotamia. Eusebio de Cesarea, ávido explorador de todas las doctrinas, se esforzó en conciliar la gentílica con la cristiana, y recogió en la Preparación Evangélica pasajes de cuatrocientos y pico de autores para que sirviesen como de introducción filosófica al Evangelio, y al mismo fin refirió en su Crónica los acontecimientos de los principales pueblos; con lo cual se conservaron pasajes de autores perdidos y datos cronológicos.

Crisóstomo El más eminente de los oradores de la Iglesia fue Juan Crisóstomo, de límpida elocuencia y maestría de conceptos, patético y sentimental, vigoroso en el raciocinio, rico en imágenes y enérgico en el estilo, de cuyas galas se sirve para revestir los pensamientos con las expresiones más apropiadas. Esta superabundancia oriental conviene mejor al discurso recitado que a la lectura. Con él concluye la elocuencia griega. En general no puede buscarse en los Santos Padres la astucia de Demóstenes y Cicerón, el gusto exquisito, ni el modelaje de los célebres escritores paganos. Pero téngase en cuenta que surgieron entre la

universal decadencia, y que sus escritos valen menos por la forma que por el fondo, el amor a la caridad continua y la pasión por lo verdadero. En los latinos falla la bella armonía del genio griego, pero prevalecen por su unción y actualidad; son menos cultos, pero mas originales.

Padres latinos

Después de los apologistas citados y de Tertuliano, vino san Jerónimo, arrebatado en sus escritos por una exaltada fantasía; en un solo día podía escribir mil líneas, y tiene bellos rasgos de elocuencia y dialéctica.

San Ambrosio, llenaba sus discursos de giros y conceptos imitados de los clásicos; con todo, escribió sin corrección, sin franqueza de expresión y con juegos de ingenio, cuando no estuvo animado por el sentimiento del deber y del peligro. Bello es su discurso por la muerte de su hermano Sátiro. Indicando los deberes de los sacerdotes, pasa en revista los de todos los hombres. Aún se cantan algunos de sus himnos.

San Agustín El más universal de los padres latinos es San Agustín, metafísico, historiador, dialéctico, orador, y erudito. En su elocuencia hay algunas veces algo de bárbaro, pero a menudo brilla por la novedad y sencillez. En sus Confesiones revela las luchas de su alma y el arrepentimiento de sus faltas. Los Soliloquios son razonamientos para conocer a Dios y al alma; en la ciudad de Dios, curioso monumento de genio y de erudición, afronta la cuestión política, sosteniendo que todo acontecimiento en la tierra cumple los designios de la Providencia, la cual, sin coartar el libre albedrío, hace converger las voluntades finitas al objeto de la sabiduría infinita. Bajo este aspecto examina los sucesos, iniciando la que hoy llaman filosofía de la historia. Combatió rigurosamente los errores de su tiempo, y redujo a forma sistemática la doctrina evangélica, de tal modo que a él se le puede considerar como padre de la dogmática latina.

Él indujo al tarraconense Paulo Orosio a demostrar a los Paganos que las culpas humanas habían sido siempre castigadas con gravísimas desventuras, y que no eran una excepción las de entonces. También Salviano, cura de Marsella, demuestra en el Gobierno de Dios cuán sin razón se juzga el bien y el mal; deplora las desdichas de entonces, pero señala en los Bárbaros invasores virtudes olvidadas en el imperio, deduciendo que no era extraño que prevaleciesen.

San Paulino, san Severino y san Próspero cantaron los dogmas y los ritos cristianos. El español Prudencio tiene pasajes graciosos y conmovedores en un poema contra los herejes y dos libros de lírica. Sidonio Apolinar, ilustre lionés, describió la vida de los hijos de la Auvernia. De Lactancio, o de Venancio Fortunato quedan dos composiciones sobre la Pasión de Cristo.

Más acertados anduvieron siempre los poetas que, apartándose de

las imágenes y del estilo de los clásicos, se abandonaban a la inspiración interna, expresando la alegría o la tristeza de los fieles.

78.- Ciencias. Bellas Artes

En vano se esperó ver restaurada por Juliano la filosofía neo-platónica, que se había corrompido con la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teúrgia, es decir con la tradición oral de ciertas verdades, arcanamente custodiadas por algunos iniciados. Ni Platón ni Aristóteles tenían puros secuaces.

Historiadores En época de tantas vicisitudes, ningún historiador salió a delinear el mundo que caía y el que entraba. Aurelio Víctor escribió un descarnado compendio de los acontecimientos romanos desde Augusto hasta Juliano, y algunas vidas de personajes ilustres. Eutropio dejó un Breviario de la historia romana hasta Joviano. Zósimo la escribió desde Augusto hasta Teodosio el joven, mostrando la decadencia como Polibio había expuesto el engrandecimiento de Roma. Marcelino de Antioquía, que en treinta y un libros prosigue desde donde concluye Tácito hasta la muerte de Valente, omitiendo cosas importantes y narrando otras inútiles, es de consideración porque es único; después de él no aparecen más que compiladores y cronistas.

Después de Eusebio de Cesarea, hubo otros que expusieron la historia de la Iglesia; pero se han perdido sus escritos, o son de poca monta, exceptuando a Teodorato de Antioquía, que describió con erudición las diferentes herejías sustentadas del año 325 al 429. Sulpicio Severo escribió la vida de san Martín con tranquila sobriedad, por lo cual se le llamó el Salustio cristiano. San Epifanio enumera 80 herejías y el modo de curarlas.

En Armenia, Moisés de Koren y David trazaron la historia y la ciencia de su país.

Geografía Tampoco progresó la Geografía, como se podía esperar de tanta mezcolanza de pueblos. Teodosio hizo medir a lo largo y a lo ancho las provincias, sobre cuyo trabajo se hizo un mapa del imperio. En el siglo XV fue hallado en Germania un plano de los caminos romanos, adquirido por Conrado Peutinger, por cuyo motivo lleva el nombre de Tabla peutingeriana, que no se sabe positivamente si es de aquella época. Los dos Itinerarios llamados de Antonino son posteriores a Constantino.

Paladio dio reglas de agricultura; Julio Fírmico acumuló sueños astrológicos; Pappo escribió colecciones matemáticas. En las matemáticas apoyaba la filosofía la bella Hipatia de Alejandría, muy ensalzada entonces, y tan partidaria del paganismo, que el pueblo la degolló.

Reunieron tratados del arte de la guerra Onesandro, Higinio, Polieno y Julio Africano; pero sobre ellos está Vegecio, quien

expuso ordenadamente cuanto se refiere a este arte, y dio buenas sugestiones.

La medicina se perdía en encantamientos y fórmulas. Después de Constantino hubo médicos de corte, y Valentiniano II destinó un médico para cada uno de los 14 barrios de Roma.

Arquitectura La arquitectura romana está principalmente caracterizada por el arco, cuya curva debía completar el semicírculo, y tal la mantuvieron los artistas, aunque la mayor parte eran griegos. La columna, parte primaria de la arquitectura griega, no quedó en Roma más que como un ornamento destinado a interrumpir el muro continuado que debía sostener el peso perpendicular y la presión oblicua de la bóveda. Pudo, pues, elevarse sobre un pedestal, como en los arcos de triunfo, apoyando lo que era ya sostenido por el muro. En el uso de las otras partes se introdujeron también innovaciones, o, si se quiere, desviaciones; son muchos, efectivamente, los defectos que presentan los edificios de los últimos tiempos, como el palacio de Spalatro, el arco de Constantino en Roma, y los edificios de Constantinopla; bien o mal se mezclaban a veces con lo nuevo de las construcciones obras procedentes de edificios anteriores, y hasta estatuas a las cuales se cambiaba la cabeza.

Arte cristiano En tan míseras condiciones nacía el arte cristiano, y se valía de las degeneradas tradiciones. Después de Constantino, con frecuencia se convirtieron al culto cristiano los templos antiguos y las termas, y aun con más frecuencia las basílicas, esto es, los pórticos donde la gente se reunía para los mercados y los juicios, y cuya anchura era más a propósito para la afluencia de los fieles, que los pequeños templos. Cuando podían escoger, los Cristianos preferían construir la iglesia en una altura, en dirección hacia Levante a fin de que al orar, se volviesen al sol naciente, y con formas rituales indeclinables. En primer término se hallaba un atrio, donde se enterraba a los creyentes, y donde aguardaban los penitentes y los catecúmenos. En la nave central se celebraban las ceremonias religiosas, la lectura y los cantos. El sagrario estaba separado de lo restante del templo por un arco triunfal, donde se echaba un velo para cubrir los misterios más augustos. Debajo estaba la confesión, cripta de los huesos de los mártires, en la que se apoyaba el altar único, consagrado al único Dios.

Detrás del altar se alzaba la cátedra del obispo, en el centro del ábside. A la extremidad de las naves menores se hallaban el senatorium y el matroneum, para los patricios y las damas.

Como se empleaban columnas arrancadas de diversos edificios, y por consiguiente desiguales, se desterró el arquitrabe y se echaron de una a otra arcos que partían inmediatamente de su cima.

Libro VIII

79.- Edad Media

Entramos ahora en lo que se llama Edad Media, como edad interpuesta entre la caída de la sociedad antigua y la constitución de la nueva; edad en que, rota la unidad europea, cien pueblos, asegurada o recuperada su independencia, se desenvuelven por sus propias fuerzas, y no ya al impulso de una fuerza superior. Esta parcial y arbitraria denominación suele aplicarse a la edad transcurrida desde el último emperador romano hasta la caída del imperio de Oriente, que coincide con el descubrimiento de la imprenta y de la América y con el nacimiento de Lutero. Es difícil de estudiar esta edad, por cuanto tiene poquísimos escritores, y aun éstos son inexactos y con frecuencia insuficientes para expresar una civilización que, o no entendían, o no se cuidaban de describir, porque la tenían ante sus ojos. Por esto, muchos encuentran más cómodo despreciarla, declarándola indigna de estudio, por ser bárbara. Hasta ilustres escritores la describieron con inexacta generalidad o con antipatía, porque prevalecía en ella la organización católica. Los sabios, mayormente a mediados de este siglo, vieron la necesidad de conocer a fondo la Edad Media, ya que las instituciones modernas derivan menos de los Griegos y los Romanos que de los pueblos invasores, y en aquel tiempo se halla la razón del presente, y tal vez la enseñanza para el porvenir.

Muerta entonces la exquisita forma de los clásicos, la cultura se concentró en pocos, la mayor parte eclesiásticos pero es cierto que quizá ninguno de los conocimientos antiguos se perdió, y se adquirieron muchos nuevos; se hicieron capitales inventos precisamente en el transcurso de aquellos mil años, que algunos escritores, con frases genéricas, titulan siglos de hierro; los esclavos pasaron a ser pueblo; el individuo recobró la importancia que había perdido siendo considerado únicamente como miembro del Estado; el cristianismo se difundió y se consolidó; surgieron, en fin, los Comunes, y de estos las gloriosas repúblicas italianas.

80.- Estado del mundo

Las provincias occidentales estaban ya ocupadas casi todas por Bárbaros, y por esto no se resintieron mucho del desmembramiento del imperio romano. El oriental se regocijó tal vez de aquel golpe, esperando apropiarse la monarquía del mundo. Muchos países ocupados por los Bárbaros no rompieron todos los vínculos con los emperadores, considerados como sucesores de los Césares y llamados todavía romanos. Estos, además pretendían ejercer algún dominio directo sobre Italia, y aspiraban a conquistarla y a turbarla.

Con impulsión continua y mal definida, muchos pueblos germánicos corrían de la Escandinavia a Cartago, y de Irlanda a Constantinopla. Los menos adiestrados eran los Vándalos, que desde

España se extendieron por el África. Los Visigodos fundaron un gran reino entre el Loira, el Ródano y los Pirineos, desde donde se internaron en España. Los Borgoñones ocupaban lo que hoy se llama Suiza, Borgoña, el Lyonés y el Delfinado. Los Bretones dieron nombre a la antigua Armórica. Los Francos se dividían en Sálicos y Ripuarios. La isla Británica estaba abandonada a sí misma.

En la Germania propiamente dicha, y en las orillas del mar Septentrional habitaban los Frisones, los Anglos, los Jutos (212) y los Sajones; al Mediodía de éstos se hallaban los Turingios y los Longobardos. Desde la Turingia hasta Langres vivían los Alemanes; desde el Danubio hasta los Cárpatos, los Gépidos; en la Hungría los Ostrogodos; en la Nórica los Ruges; los Hérulos del mar de Azov invadieron el imperio, y otros se enseñoreaban de la alta Panonia. La Bohemia recibió el nombre de los Boyos, quienes mezclados con otros Teutones formaron la liga de los Bávaros.

Caído Atila, comparecieron los Eslavos, que se extendieron desde el Adriático hasta el mar glacial, y del Báltico al Kamchatka (213), distintos de la estirpe germánica y de la mongólica. En los países conocidos ahora por los nombres de Prusia y Lituania, otros Eslavos vivían ignorados, y más hacia Levante otros pueblos de raza finesa.

Y finesa debía ser la nación que, por los tiempos de Abraham invadió el Asia Occidental, y se separó formando dos divisiones; una que penetró en Europa y de la cual quedan restos en la Laponia, en la Finlandia y en la Noruega; y otra que se dirigió al Noroeste del Asia, pero cuyas trazas es imposible seguir, a menos de querer encontrarla de nuevo en los Hunos, en los Ávaros y en los Votiacos de la Siberia. Cuando los Yung-nu perdieron el dominio de la China, fueron a chocar con los Hunos y los Ávaros, empujándolos sobre el imperio, y después fueron rechazados a la Rusia meridional. De raza finesa eran también oriundos los Búlgaros, que hostigaron mucho al imperio de Oriente.

81.- Imperio de oriente. Justiniano

Constantinopla, no expuesta como Roma al poderío de los ejércitos, ni a las reminiscencias del Senado y los magistrados, descansaba en el despotismo, al mismo tiempo que su estupenda posición la preservaba de las correrías de los Bárbaros y de las hostilidades de los Persas, quienes se presentaban con un solo ejército, siendo por esto más fáciles de vencer por la disciplina griega. El emperador era déspota, a pesar del cristianismo, pero manejado por cortesanos, eunucos y mujeres. El pueblo se disputaba sobre política y materia dogmática, dividido en partidos, por los cuales exponía su vida, y luego se negaba a arriesgarla por la salvación de la patria. En su lugar se alistaban mercenarios, que se instruían en la disciplina romana.

480 Con Teodosio II y Marciano concluyó la familia del gran Teodosio hasta en Oriente; los soldados colocaron en el trono a León, y a Zenón después. Este, débil y supersticioso pretextó combatir las herejías publicando un edicto de unión (Henoticon), al cual no quisieron adherirse los papas de Roma. El emperador tuvo en su ayuda al godo Teodorico, a quien prodigaba honores y riquezas, hasta que teniéndole celos, le propuso que emprendiese la conquista de Italia y Roma.

488

Anastasio, viejo ya, sucedió a Zenón; abolió muchos gravámenes, hizo la guerra a los Isauros y a los Búlgaros, y levantó una muralla desde la Propóntide al Euxino. Se mezcló por cuestiones de herejías proscribiendo obispos y monjes, por lo cual se suscitó encarnizada guerra.

491

Muerto Anastasio a la edad de 88 años, el soldado Justino compró los votos de las guardias, y, proclamado emperador, sometió Constantinopla a la fe de Roma. Su sobrino Justiniano fue el único grande entre los emperadores de Bizancio, aunque dominado y deshonrado por su mujer Teodora. Las contiendas del circo entre los Verdes y los Azules, crecieron hasta convertirse en abierta sublevación, y el incendio destruyó admirables obras de arte, mientras morían treinta mil personas en el hipódromo.

518

Persia En Persia los reyes eran proclamados o derribados por los partidos; rompieron las hostilidades con los emperadores de Oriente, y con frecuencia los vencieron imponiéndoles un tributo que negábanse luego a pagar, lo cual dio origen a nueva guerra. Terrible para los emperadores fue el rey Cosroes, quien después de haber establecido el orden interno y favorecido a las artes, extendió sus dominios hasta el Yaxartes, el Indo y el Egipto, hasta el mar en la Siria, y hasta el Ganges y sobre gran parte de la Arabia. Aunque Belisario y Narsetes, generales de Justiniano, habían derrotado a los Persas, procurose mantener la paz con estos pagándoles once mil libras de oro. Justiniano fue inducido a celebrar esta paz por el deseo de llevar la guerra a los Vándalos, que ocuparon las provincias de África, persiguiendo a los Católicos y oprimiendo a los naturales del país; pero hallaron resistencia en los Moros. Al valeroso Genserico había sucedido el cruel Hunerico, y a éste, Huderico, quien abandonando el arrianismo, protegió a los católicos, y parta sostenerse contra su émulo Gelimero, invocó el auxilio de Justiniano. Este, para hacerle la guerra, escogió a Belisario, quien, como los aventureros de la Edad Media, asalariaban a expensas propias un cuerpo de lanceros a caballo, al cual se unían tropas de todas armas. Trasladándose al África y usando austera disciplina, venció en Tricamerón a Gelimero que tenía fuerzas veinte veces mayores; conquistó homenajes y tributos de los Vándalos y de los

Moros, y finalmente hizo prisionero a su terrible enemigo.
435

534

Belisario tenía en la Corte enemigos que propalaron la voz de que quería hacerse rey de los Vándalos; por cuyo motivo fue llamado a recibir los honores del triunfo antes de que consolidase la conquista; y muy pronto, dispersos los Vándalos, aquellas provincias fueron presa de los Moros. Belisario sojuzgó también las islas del Mediterráneo y la Sicilia; combatió a los Godos de Italia, y aquietó las sublevaciones, que con frecuencia estallaban, a causa de los exorbitantes impuestos con que Justiniano gravaba a los pueblos sojuzgados.

Cosroes Cosroes vio con recelo tales conquistas, que amenazaban a la Persia, y rompió las hostilidades devastando países; habiendo tomado con grandes dificultades a Antioquía, la abandonó a la destrucción. Justiniano llamó de Italia a Belisario, quien con un ejército compuesto de gente de toda clase, invadió las provincias persas, y obligó a Cosroes a retirarse. Pero después que los envidiosos de Constantinopla le hicieron quitar el mando, Cosroes se rehízo y obligó a Constantino a comprar la paz por dos mil libras de oro.

540
542

No tardó en surgir la ocasión de una tercera guerra, en la cual Cosroes, vencedor al principio, tuvo al fin que aceptar la paz, abandonando la Cólquide y dejando libre el culto cristiano en la Persia.

Aunque vencedor de los Vándalos en África, de los Ostrogodos en Italia y de los Visigodos en España, Justiniano tenía que habérselas siempre con nuevos Bárbaros: Ávaros, Gépidos, Búlgaros y Longobardos. Contra estos mandaba a Belisario, a quien retiraba el favor tan pronto como cesaban sus servicios, y quien, a pesar de semejante ingratitud, volvía siempre a combatir y a vencer. Pero prevalecieron los envidiosos, hasta el punto de que le célebre caudillo, siendo ya viejo y ciego, fue expulsado y mendigó el resto de su vida.

543 Las bajas condescendencias con su mujer y sus favoritos disminuyen la gloria de Justiniano, quien sufrió por continuos motines internos y grandes desventuras naturales, entre las cuales hubo una peste tan desastrosa que en Constantinopla causaba la muerte a diez mil personas al día. Él cerró la escuela filosófica de Atenas, rompiendo así la cadena de oro de los Neo-platónicos. Además

de querer ser poeta, arquitecto y músico, quería ser teólogo, y persiguió a Hebreos y a herejes, aunque él mismo cayó en la herejía de los Incorruptibles, que pretendían que le cuerpo de Cristo no podía haber estado sujeto a padecimiento ni a corrupción. Construyó en Constantinopla el insigne templo de Santa Sofía y veinticinco iglesias, grandes acueductos e infinitas obras artísticas; introdujo el gusano de seda, con lo cual ahorró las crecidas sumas que cada año pasaban al país de los Seres para la compra de aquel hilo precioso.

82.- Los códigos

Lo que más fama dio a Justiniano fue su código. Hemos seguido el desarrollo de las leyes desde el estricto derecho patricio hasta la equidad de los edictos pretorios, y luego hasta la igualdad bajo los emperadores, que sustraían la ley a las fórmulas civiles y dieron a los jurisconsultos el derecho de interpretarla. Por esto la jurisprudencia se perfeccionó cuando decaían las artes y las letras, y el espíritu filosófico se inclinó a examinar detenidamente los hechos y el derecho; desde Nerva hasta Teodosio II hubo las disposiciones más sabias, precisas y circunstanciadas que concernieron los derechos reales y la familia.

Fuentes del derecho fueron las XII Tablas, nunca abolidas, los primitivos plebiscitos, los senadoconsultos, los edictos de los magistrados y las costumbres no escritas; pero solo estaban en uso, en la práctica, los escritos de los jurisconsultos clásicos y las constituciones imperiales. No obstante, habiendo aumentado extraordinariamente estos escritos, fue preciso que los emperadores designasen los jurisconsultos que habían de servir de pauta, y se dio fuerza de ley a las sentencias de Papiniano, Paulo, Gayo, Ulpiano y Modestino; en caso de discordancia, se seguía la opinión del mayor número; y en caso de empate la de Papiniano; y cuando éste nada decía en el asunto, prevalecía la prudente determinación del juez. De modo que la justicia estaba reducida a citaciones. Los jueces tenían que retroceder a siglos anteriores, a épocas en que la equidad del cristianismo aún no había corregido las preocupaciones de los doctos y el despotismo de los gobernantes; y los rescriptos de los emperadores habían aumentado considerablemente, sobre todo para actuar las grandes innovaciones del cambio de religión. Temiendo que por ésta destruyese Constantino las leyes de sus antecesores, ya dos jurisconsultos habían reunido las publicadas desde Adriano hasta Diocleciano, formando los dos códigos que tomaron de sus autores los nombres de Hermogeniano y Gregoriano.

Después Teodosio II mandó hacer la primera colección auténtica de las constituciones romanas, y confió a diligentes jurisconsultos el trabajo de compilar en tres años el cuerpo del derecho, que tomó el nombre de Código Teodosiano y fue promulgado en ambos imperios, para que prevaleciese sobre todas las demás leyes. Graves son sus defectos, y no fue la única ley romana, pues siguieron con fuerza de ley las decisiones de los jurisconsultos, los cuales hallándose reducidos al imperio de Oriente, no siempre sabían distinguir lo que aún estaba vigente de lo que había caducado. Sentíase, pues, cada vez más la necesidad de una legislación que se adaptase al nuevo derecho, implantado sobre el cristianismo.

438

Justiniano aspiró a la gloria de realizar esta empresa, y confiola a Triboniano, natural de Side de la Panfilia, hombre dotado de gran ingenio, quien eligió sus colaboradores entre los profesores de las academias de Constantinopla y de Berito; con los cuales formó el Código Justiniano, decretado en 528 y concluido el año siguiente, quedando abolidos los tres códigos anteriores. Extractando 2000 tomos y las decisiones de los jurisconsultos, se sacaron los más importantes teoremas de derecho civil, formando las Pandectas, o Digesto. Para comodidad de la juventud se compusieron las Instituciones. A la obra fueron añadidas las Novelas, leyes promulgadas posteriormente a Justiniano.

Antes de su reforma, en las escuelas de derecho había cuatro profesores con el título de ilustres; cinco años duraba el curso, y cada año habían de curarse por lo menos dos obras de Gayo, Ulpiano y Papiniano. Luego estos fueron desterrados de las escuelas y sustituidos por las Instituciones y las Pandectas.

El Código de Justiniano es el documento más insigne de la civilización romana y de los errores que la contaminaban cuando el hombre todavía no era apreciado más que como ciudadano. El padre de familia ejercía absoluta autoridad; los esclavos eran tenidos por cosas; la manumisión y la ciudadanía establecían tamaña diferencia entre hombre y hombre. Justiniano no disminuyó la severidad de las leyes penales, mucho menos de aquellas que se refieren a ofensas al emperador, o a sus ministros, o a sus imágenes, mientras que se disimularon los plebiscitos inspirados en la libertad republicana. Triboniano hace algunas veces sancionar leyes menos justas para favorecer o perjudicar en casos particulares; y no siempre abolió las que estaban inspiradas en el derecho prescrito; por lo cual se transmitió a las generaciones sucesivas un espíritu extraño al amor y a la benevolencia predicada por el Evangelio. Sin embargo, es asombroso que semejante obra se realizase en tiempo de tanta decadencia. Justiniano comenzó por su profesión de fe en la Trinidad, reconociendo que la autoridad emana de Dios; y dedujo de la Iglesia la igualdad de los hombres, la rehabilitación de la

persona moral, la sabia democracia y el constante progreso.

83.- Justino II. Heraclio

565 A Justiniano se le dio por sucesor a su sobrino Justino, quien dominado por su mujer Sofía e inclinado al ocio, dejaba que los Bárbaros avanzasen. Tuvo por colega y sucesor a Tiberio, excelente príncipe, y después a Mauricio. Renovárонse entonces las guerras con los Persas, y el gran Cosroes murió afligido a causa de las derrotas que oscurecieron el esplendor de su reinado. Sus sucesores no tuvieron mejor fortuna; los Magos turbaron el reino, y el emperador Mauricio protegió contra estos a los sucesores de Cosroes, los cuales con tal motivo hostigaron a Focas; pero Mauricio fue degollado.

Heraclio y Cosroes II Heraclio, hijo del exarca de África, comenzó una dinastía que duró cuatro generaciones. Cosroes II, que oprimía entonces a los Persas, pasó el Éufrates y devastó a Cesarea, Damasco y Jerusalén. A la conquista de esta última era instigado por los Magos, enemigos del cristianismo, y por los Hebreos, codiciosos de su patria; por esto fueron maltratados los cristianos que en ella se encontraban, y el patriarca Zacarías fue llevado a la Persia con el madero de la Cruz. Cosroes y sus generales dilataban las conquistas por el Asia y el África, de tal manera que parecía que habían de absorber el imperio de Oriente, tanto menos capaz de resistirles, cuanto era asediado por los Ávaros, que saquearon por fin los arrabales de Constantinopla.

La Cruz

Heraclio pensaba buscar un refugio en Cartago, cuando el patriarca le infundió valor; y él resistió a Cosroes, quien aceptó, al cabo de seis años de guerra, un cuantioso tributo, que Heraclio se preparó a rescatar. El emperador tomó a sueldo muchos Bárbaros, desembarcó con ellos en la Siria, y animando a los soldados con su propio ejemplo, entró en la Persia, derribando en todas partes los altares consagrados al sol; llegó hasta Isfahan (214), donde ningún Romano había penetrado, y se dirigió contra la capital del imperio. Resuelve imitarlo Cosroes, solicitando el auxilio de Ávaros, Gépidos, Rusos y Búlgaros que atacan a Constantinopla; pero el Senado y el pueblo resisten valerosamente, atribuyendo a la Virgen María la gloria de aquella defensa.

622

627 Proclamada la guerra nacional, Cosroes dirigió al pueblo contra los invasores romanos. En la batalla de Nínive, Heraclio, combatiendo en persona, dio muerte a tres generales enemigos, y prendió fuego a Destagarda, la capital, donde encontró tesoros que

excedían a sus esperanzas. Trocado en cobardía el antiguo valor de Cosroes, fue éste vilipendiado y muerto por su propio hijo Siroes. Heraclio recibió de Siroes proposiciones de paz, e hizo que le restituyeran 300 banderas, los prisioneros y el madero de la Cruz, que fue llevado en triunfo religioso a Constantinopla y de allí a Jerusalén.

Los dos imperios conservaron las mismas fronteras que antes, después de haberse derramado tanta sangre y arruinado a las provincias, ya con las devastaciones de la guerra, ya con exorbitantes impuestos.

84.- Los Bárbaros en Italia. Teodorico

Odoacro, caudillo de aquellas bandas de aventureros, a quienes encargaban su propia defensa los débiles emperadores, derribó el trono de éstos, titulándose rey, pero dejando subsistir el Senado, los cónsules, los magistrados municipales y el prefecto del pretorio; no pretendió ejercer supremacía alguna sobre las demás naciones; suplicó a Zenón, emperador de Oriente, que le concediese el título de patricio, honor que la fue negado. Protegió a Italia de otros invasores, ahorró sufrimientos, e hizo cultivar por sus bandas los terrenos abandonados.

488 Teodorico, rey de los Ostrogodos, propuso a Zenón dirigirse a Italia, recobrarla de los Bárbaros y gobernarla en su nombre. Al anuncio de tal empresa y de tal capitán, fueron muchos los que acudieron; Odoacro, que intentaba oponerse al paso de los Alpes Julianos, fue derrotado cerca de Aquilea desde luego y después en Verona, logrando salvarse únicamente en Rávena, donde pactó la vida; pero le fue traidoramente quitada. Toda Italia se sometió a la fortuna de Teodorico, quien se consideró único señor de ella, y lugarteniente de Constantinopla; cuando el emperador Anastasio mandó una flota que saqueó las playas de la Apulia y la Calabria, Teodorico le hizo pagar cara aquella incursión, sin que por esto dejase de llamarlo padre y soberano.

495

Extendió su dominación por la Retia, la Nórica, la Dalmacia y la Panonia; los Suevos y los Hérulos manifestaron deseos de vivir bajo sus leyes; domó a los Francos, juntó a los Ostrogodos con los Visigodos, y dominó en fin desde los montes Macedónicos hasta Gibraltar, y desde la Sicilia hasta el Danubio.

En Italia, según la costumbre de los Bárbaros, dio una tercera parte de los terrenos a sus secuaces; y si hemos de dar crédito a los cronistas y al panegírico del obispo Enodio, el pueblo vivía

menos mal; los sabios eran protegidos; estaba asegurada la paz; era reservada a los naturales de cada país la administración municipal, así como los juicios, el reparto y cobro de las contribuciones, y por consiguiente el ejercicio de algunos altos empleos. El monarca godo se valió incesantemente de Boecio y Casiodoro, últimos escritores romanos. Obras de ellos fue el Edicto, que debía ser observado por los Bárbaros y los Romanos. Invitó a los prófugos a que volvieran, rescató a los prisioneros, trasladó esclavos, salubrificó [sic] las lagunas Pontinas, mostrose respetuoso y condescendiente con el Senado y el pueblo de Roma; hizo en fin todo lo que podía disimular el gobierno de un bárbaro.

A pesar de ser arriano, reverenció y escuchó a los obispos católicos, y protegió la elección de los Papas; pero habiendo Justiniano perseguido en Oriente a los arrianos, Teodorico se volvió intolerante y receloso, hasta el punto de prohibir a los Italianos toda clase de armas, a excepción del cuchillo. Habiendo concebido sospechas de Boecio, cónsul, patricio y maestro de oficios, lo metió en la cárcel, donde escribió el Consuelo de la filosofía, y más tarde le hizo dar la muerte, como a su sucesor Símaco. Los remordimientos aceleraron la muerte de Teodorico, que fue uno de los mejores reyes bárbaros, y dejó un vastísimo reino, que parecía destinado a sustituir al imperio romano.

526

Sucediole entonces su culta y bella hija Amalasunta, como tutora de su hijo Atalarico; honró a su padre con un magnífico mausoleo en Rávena; procuraba introducir las artes y las costumbres romanas entre los Godos, y en ellas educaba a su hijo, que murió muy joven. Hizo que se encargase del gobierno su primo Teodato, avaro y pusilánime, que poseía gran parte de la Toscana, y que, habiéndose atraído el desprecio de los Romanos y de los Godos, condenó a muerte a Amalasunta.

Ello causó gran disgusto a los Italianos, los cuales solicitaron el auxilio de Justiniano, quien mandó allí a Belisario con Hunos, Moros y otros Bárbaros que con él habían triunfado en África. El insigne guerrero pasó con sus fuerzas de Sicilia a Reggio, y de Reggio a Nápoles; y aunque Teodato armaba 200000 Ostrogodos, únicamente pensaba en concluir la paz. Pero los suyos lo destituyeron, poniendo en su lugar al valeroso Vitiges, que asedió a Roma, donde había entrado Belisario como libertador. Este escaseaba de soldados y de medios de defensa, pero era estimado y contaba con el apoyo de los Italianos y del clero. Teodorico, rey de los Francos, aprovecha la ocasión para pasar los Alpes y saquear el país en perjuicio de Godos y Romanos. A pesar de todo, triunfa Belisario, asedia a Vitiges en Rávena, sojuzga a los Godos, y rehúsa la corona que le ofrecen. La envidia que le perseguía, como en otra ocasión hemos dicho, hizo que se le diese la orden de volver a Constantinopla, adonde condujo al prisionero Vitiges. Los restos de los Godos se retiraron allende el Po, guiados por Uraya, quien hizo elegir por rey a Hildebaldo, valeroso guerrero, que no tardó en

morir a manos de los suyos; sucedió a éste su sobrino Totila, que estaba dispuesto a hacer los últimos esfuerzos por restaurar la nación goda.
535

Venció, en efecto, varias veces y sujetó toda la Italia meridional; tomaba las ciudades para desmantelarlas, y acampó junto a Roma. Entonces en Constantinopla se juzgó preciso mandar otra vez a Belisario; pero, mal provisto éste, no pudo impedir que Roma fuese tomada a su misma vista, expulsados los ciudadanos y llevados los senadores en clase de rehenes. Pronto la recobró Belisario, mas con tan pocos soldados, que no tardó en tomarla nuevamente Totila, quien intentaba convertirla en capital del reino godo, renovando en ella el Senado y el gobierno. Despojada la Sicilia y sometidas Córcega y Cerdeña, Totila insultó con 300 galeras las costas de la Grecia.
541
546
549

Reclamado Belisario, le fue antepuesto Narsés, eunuco valeroso y estimado, quien no aceptó la empresa sino con medios suficientes. Habiendo reclutado Bárbaros de toda especie, dio junto a Nocera una batalla en la cual Totila quedó muerto, y fue Roma tomada por la quinta vez, llegando al colmo de la desolación.

Los Godos, sin haber perdido aún las esperanzas, dieron la corona a Teya, quien cayó en el campo de batalla, y con él pereció el reino de los Ostrogodos. Mientras tanto se habían arrojado sobre Italia Francos y Alemanes, despojándola de lo poco que quedaba al cabo de diez y ocho años de continua guerra. Formó entonces la Italia uno de los diez y ocho exarcados del imperio; Roma, desierta de habitantes, fue pospuesta a Rávena, donde durante trece años gobernó Narsés desde los Alpes hasta el Estrecho, tratando de establecer algún orden, repoblar los campos y fundar municipios.

85.- Los Longobardos

567 Los Longobardos fueron establecidos en la Panonia por Audoino, su noveno rey. Aliados con los Gépidos, otro de los pueblos que ya obedecieron a Atila, no tardaron en romper con ellos. Turismundo, rey de los Gépidos, fue muerto en el campo de batalla por Alboino, hijo de Audoino, el cual, venciendo a Cunimondo, hijo del rey muerto, acabó con el reino de los Gépidos, quienes se confundieron con los Ávaros, dominadores de cuanto se hallaba comprendido entre los montes Cárpatos, el Prut y el Danubio.

568 Alboino se propuso entonces invadir la Italia; y no ya con

un ejército, sino con un pueblo entero, mezcla de múltiples razas y costumbres, se lanzó sobre Venecia, dejando para que protegiese los Alpes Julianos a su sobrino Gisulfo, con el título de duque del Friul.

Este método fue seguido en todas partes; cada capitán permanecía independiente en el país conquistado, aunque obedeciendo al rey por las necesidades de la guerra; a medida que esta cesaba, los capitanes se establecían con sus faras (escuadrones) en países que gobernaban, o mejor dicho, que explotaban como propios.

Alboino fue proclamado rey en Milán y creó un palacio real en Pavía; lanzándose luego en la Umbría, colocó un duque en Espoleto y otro en Benevento; pero no pudo mantener unidos a sus secuaces, y le fue, por tanto, imposible sujetar toda la Italia. Después de haberle hecho dar muerte su mujer Rosmunda, y de haber sido asesinado Clefis, su sucesor, los treinta duques no sintieron ya la necesidad de tener un jefe, y dominaron distinta y militarmente sus respectivos países. Tomaron el nombre de Romanía las regiones sometidas al exarca griego de Rávena, el cual colocaba duques en Roma, Gaeta, Tarento, Siracusa y Cagliari; Nápoles nombraba por sí sus duques; Amalfi permanecía libre por su comercio; y Venecia nacía. Los Italianos, refugiados en países libres, solicitaban siempre el auxilio del emperador, y éste aspiraba a recobrar la península y excitaba a los Francos a que la invadiesen. En vista del peligro, los treinta duques proclamaron rey a Autaris, cediéndole la mitad de sus rentas; el nuevo rey rechazó a los Francos y llevó sus armas hasta la última punta de Italia. Autaris tomó por esposa a Teodolinda, hija del duque de Baviera, la cual, habiendo enviudado, y siendo dueña de elegir un nuevo esposo, casose con Agilulfo, duque de Turín, que fue proclamado rey. Teodolinda convirtió de la idolatría y del arrianismo al catolicismo a su nación, con el apoyo de Gregorio Magno; fabricó la basílica de San Juan en Monza, y la tradición le atribuye infinitas obras públicas.

584

590

Los emperadores de Constantinopla intentaron varias veces abatir a los Longobardos, los cuales excitaron en contra de aquellos a los Ávaros, peligrosos aliados. Adaloaldo, sometido a la tutela de Teodolinda, se deshonró hasta tal punto, que los jefes lo destituyeron para elegir en su lugar a Ariovaldo, duque de Turín, después del cual reinó Rotaris, que amplió el reino y quiso ocupar a Roma.

Después del primer furor de la conquista, diose cierta regularidad al gobierno de los Longobardos, cuyos reyes no eran ya simples capitanes, sino verdaderos príncipes, con su corte, moneda, autoridades legislativa y judiciaria. Los duques eran déspotas en el

país que les había tocado y en los que conquistaran; dependían del duque los escultascos o centenarios, que gobernaban alguna aldea, conducían los soldados a la guerra, y administraban justicia. A estos estaban subordinados los decanos, jefes de diez faras, unidas para la administración y para la guerra.

Rodeados siempre de enemigos y en país enemigo, los Longobardos no pudieron abandonar jamás el sistema militar; todos los libres (arimanni) debían tomar las armas y acudir al llamamiento del rey; por esta razón estaba prohibido cambiar de domicilio fuera del distrito propio, so pena de ser considerado como desertor del regimiento.

Como entre todos los Germanos, conservábase la faida, esto es, el derecho de poder vengar sus ultrajes, o los de sus parientes y amigos. Aunque se introdujeron tribunales, éstos se organizaron militarmente.

Algún historiador ensalza los tiempos de la dominación longobarda; pero extranjeros y soldados incultos, ¿cómo podían tener dichoso ni tranquilo al país? Exterminaron a los nobles naturales; dividieron los terrenos, reduciendo los propietarios a tributarios (aldíos), que no podían casarse con mujer libre, ni servir en la milicia, ni dirigir la palabra a los tribunales. Las leyes longobardas no se referían más que a los vencedores, o a actos criminales, los cuales generalmente se expiaban mediante un precio determinado, que variaba según la condición de las personas. A los vencidos no les quedaban tribunales a quienes apelar. El antiguo derecho solo subsistía en los países no conquistados; los vencidos pasaban a ser como esclavos pertenecientes a los soldados; sin embargo, en los asuntos eclesiásticos se conservaba entre ellos la ley romana, por cuyo motivo adquirió preponderancia el clero, y el régimen eclesiástico tuvo sus diócesis y parroquias, sus curas y sus monjes, los cuales eran hermanos, hijos, allegados del pueblo indígena, que en ellos buscaba apoyo o consuelo. Los litigios que se originaban, eran sometidos el arbitrio del clero, única autoridad nacional que había sobrevivido, y que iba adquiriendo preponderancia.

Pero el vencedor no hizo jamás partícipe de sus derechos al vencido; solo entre los Longobardos eran legítimos los matrimonios; Longobardos solos intervenían en hacer la leyes, que a ellos solos se referían. Los eclesiásticos gozaban de privilegios romanos en las cosas eclesiásticas; en las civiles eran equiparados a los Longobardos, y gozaban también del guidrigildo, o reparación por los daños recibidos.

86.- Los Francos

Como en otro lugar hemos dicho, el primer rey de los Francos Salios de que se tiene memoria, es Faramundo, que reinó hacia el año 420; después se cita a Clodión, que fue derrotado por Aecio; a Meroveo, que venció a los Hunos de Atila, y de quien tomaron el nombre de Merovingios los reyes de la primera estirpe. A vuelta de mil legendarios prodigios fue proclamado rey Clodoveo, considerado

como fundador de la monarquía franca.

481
Entre seis razas se dividía entonces la Galia. Preponderaban los Visigodos en las provincias meridionales, los Bretones en la Armórica, los Borgoñones entre Basilea y el Mediterráneo, los Alemanes en la Alsacia y la Lorena, y los Francos en el resto de la Galia septentrional. Los Galos, esparcidos entre los conquistadores, consideraban como independencia el estar sometidos al imperio romano. Importaba destruir el resto de la dominación romana, y lo consiguió Clodoveo, quien saliendo de su principado de Tournay (215), dominó el resto del país. Casose con Clotilde de Borgoña; y para secundarla se hizo católico, obteniendo del Papa el título de Cristianísimo. De este modo se atrajo a todos los creyentes. Venció en Tolbiaco a los Alemanes, apoderándose de toda la Francia Riniana; hízose dueño después de la Borgoña, con el auxilio de Teodorico; y venció luego a los Visigodos, sostenido siempre por los católicos. En medio de la gloria de tantos triunfos, recibió de Constantinopla la púrpura y la corona de oro como patricio, con lo cual legitimaba la obediencia de los Galos.
496

506

511

Hasta los Francos Ripuarios cayeron bajo la mano del que había convertido toda la Francia de la democracia militar a la monarquía. Realizado este ideal, murió Clodoveo en París, a la edad de 45 años.

Entre los pueblos teutónicos no se había reducido aún a los primogénitos el derecho de suceder a la corona; sino que la dividían entre todos los hijos como perteneciendo a los bienes patrimoniales. Por tanto los cuatro hijos de Clodoveo se la repartieron, no geográficamente, sino de manera que cada uno tuviese una parte de viñedo, de selvas y de prados. Mal se podrían seguir en un compendio las vicisitudes de cada uno, bastando decir que sometieron definitivamente a la Borgoña; surgieron disidencias entre los del Austrasia (216), habitada casi exclusivamente por Germanos, y los de la Neustria, habitada por Galo-Romanos; y se originaron turbulencias por las rivalidades de Brunequilda y Fredegunda.

Al fin Clotario II se encontró jefe de toda la monarquía francesa. El ejército se componía aún de gentes que poseían territorios con la obligación de servir en la guerra. Las cuestiones graves se trataban en asambleas.

Para afianzarse con las leyes y con la religión, Clotario convocó en París una asamblea, donde por vez primera con los nobles asistieron los obispos, que representaban y protegían a los vencidos, sirviéndose de la doctrina y de la dulce justicia para mitigar la ferocidad de los guerreros. Decretaron la constitución

perpetua, en la cual se garantizaba la paz pública castigando con la muerte al que la turbase; determinábanse los modos de elegir a los obispos, a quienes se daba hasta la jurisdicción temporal sobre los eclesiásticos; y se prometía al pueblo escucharlo cuantas veces pidiese una disminución de impuestos.

87.- Los Visigodos en España

Para los Italianos, el nombre de los Godos significa barbarie y destrucción; para los Españoles recuerda un estado feliz, destruido luego por la irrupción de los Árabes El reino de los Visigodos fue fundado en España por Walia, y agitado por discordias intestinas y por luchas con los Vándalos y los Suevos. Teodorico II recopiló las constituciones visigodas. El rey más poderoso fue su hermano Eurico, quien aprovechándose del desquiciamiento del imperio occidental, trató de sojuzgar cuanto poseía éste en la Galia y en España, y como rey de tales dominios fue reconocido por el Senado de Roma; pero Arriano celoso, persiguió a los Católicos. Su débil hijo Alarico, formó con las leyes romanas aplicables a las costumbres visigodas, un Breviario para los Galo-Romanos sometidos a él. Las persecuciones renovadas dieron lugar a que fuese llamado el franco Clodoveo, que le quitó el reino y la vida, y hubiera concluido la dominación visigoda de aquende los Pirineos, si Teodorico, rey de Italia, no se hubiese apresurado a sostener a su sobrino Amalarico, bajo cuyo nombre Teodorico en realidad gobernaba. Muerto aquel, fue Amalarico mortalmente herido en la guerra por el franco Childeberto; con él terminó la raza de los Amalos, y el reino se hizo electivo. Teudis, su sucesor, favoreció a los Católicos y rechazó a los Francos; después de otros, Leovigildo desalojó a los Griegos de Córdoba, se rodeó de pompa real, y limitó el poderío de los señores.

466

506

531

Las bases de la nacionalidad española fueron planteadas por el clero, que intervenía en los asuntos del reino y a menudo celebraba concilios, donde igualmente se trataban las cosas civiles que las religiosas, y se hacía justicia a quien no la había obtenido de los magistrados. En aquellas reuniones, el vencido era igualado al conquistador, puesto que eran todos eclesiásticos; los obispos, que habían contribuido a la elección del rey, recomendaban a los soldados que le obedecieran, y velaban sobre él para que no violase el juramento prestado en el acto de la coronación. Los concilios cambiaron, pues, la constitución del reino, atribuyéndose el derecho

de confirmar la investidura real; después quisieron que el rey fuese elegido entre la antigua nobleza goda. La España era, por tanto, una monarquía electiva y representativa mediante los concilios, asambleas aristocrático-nacionales, en las cuales se reunían prelados y nobles.

612 Chindasvinto se mostró adversario del clero y la nobleza, y arrebató privilegios a las ciudades, por lo cual excitó grave descontento. Pero fue calmado bajo su hijo Recesvinto, que convocó el VII concilio de Toledo, memorable por sabias instituciones; formó un códice en doce libros, encaminado a unificar a los Godos con los Romanos, permitiendo el matrimonio entre unos y otros.

672 Cada vez que vacaba el trono, surgían ambiciones y tumultos. Por esto vaciló en aceptar el reino, el noble y virtuoso Wamba, y lo defendió después valerosamente contra los Francos y los Gascones; moderó el poderío del clero, el cual, por esto mismo, conspiró contra él, lo encerró en un convento, y ungió por rey a Ervigio, quien dio mayor extensión a los grandes privilegios de los obispos.

Sucediole Egica, que reinó entre continuos tumultos, proscribió a los Hebreos, y ordenó que los hijos de éstos, menores de siete años, fuesen educados en el Cristianismo y casados con Cristianos, de cuya medida se originó la distinción de Cristianos nuevos y Cristianos viejos.

La España era lanzada al abismo por la debilidad en que caía la autoridad real, por aquel absurdo orden de sucesión, por la ambiciosa inquietud de los grandes, y por las intrigas de los intolerantes eclesiásticos, tan degenerados que sacudieron toda dependencia de Roma. El último rey fue Rodrigo, sobre quien la tradición acumula faltas para excusar a los émulos que llamaron a los Árabes del África.

88.- Inglaterra e Irlanda. Anglo-Sajones

Los Romanos nunca habían realizado completamente la conquista de las Islas Británicas; cuando se retiraron de ellas las guarniciones, los Pictos y Escotos salieron de las montañas y se precipitaron sobre las catorce ciudades del llano, mientras los corsarios invadían las costas. Extinguido el poder de los magistrados romanos, tornaron a prevalecer los jefes de las tribus antiguas, que habían conservado cuidadosamente sus genealogías; volvieron a usarse la lengua y las costumbres antiguas, y se restableció el gobierno de los clanes, es decir, por parentelas, constituyendo un jefe de los jefes (pendagron) que residía en Londres. Pero las rivalidades ocasionaban discordias, y Vortigerno, príncipe de Cornwall (217), invocó la protección de los extranjeros.

447
Estos eran los Sajones, que en frágiles naves se lanzaban a saquear las costas. A Engisto y Orsa, descendientes del divino Wotan, se les propuso acomodo, recibiendo en compensación la isla de Thanet, donde se establecieron, socorriendo a sus partidarios. Mas pronto prevalecieron, y en vano Vortigerno y los Bretones intentaron combatirlos; ellos fundaron el reino de Kent a la derecha del Támesis.
Otros Sajones les siguieron y fundaron siete reinos sólo entre los Cambrios encontraron resistencia en Artús, héroe inmortalizado por las novelas de la Edad Media, que cuentan que dormía al pie del Etna con los caballeros de la Tabla redonda, para acudir mas tarde a libertar la patria. La tradición asociaba a su nombre el del profeta Merlín, archidruida, el cual había pronosticado estas desgracias y prometido la restauración.
455
Artús

También de las costas del Báltico surgieron invasores. Los Anglos (218) ocuparon la Bretaña septentrional, aliándose con los Pictos; después de ruda resistencia arrojaron de allí a los Bretones, que se refugiaron en el país de los Cambrios, llamado de Gales.
La isla quedó fuera de toda relación con el resto de Europa; la sanguinaria religión de Odín (219) nutría ideas de estrago y conquista. Los Sajones estaban distribuidos en compañías (friburg) de diez hombres libres; diez compañías formaban la centuria a las órdenes de un conde, y muchas centurias constituían una división, presidida por un shirgerefa. Los siete reinos Anglo-Sajones de Kent, Sussex, Wessex, Essex, Northumbria, East-Anglia (220) y Mercia estaban confederados entre sí, y sus representantes se reunían en la dieta de los sabios (Wittenagemot); pero a menudo guerreaban entre sí, y aprovechábanse de ello los Cambrios para molestarlos. Elegíase uno de los reyes sajones por bretwalda, o jefe de las fuerzas, cuyo poder era vitalicio. El Evangelio se había introducido en aquella isla desde muy al principio, pero fue extinguido por la conquista, hasta que Etelberto, rey de Kent, se casó con Berta, hija de Carberto, rey de París; princesa católica que llevó consigo algunos sacerdotes, preparando de este modo los Sajones al bautismo. Gregorio Magno, entonces pontífice, expidió misioneros para aquella isla, y nombró obispo de Canterbury al abate Agustín; el mismo rey aceptó el bautismo con 10000 Sajones; pronto se instituyeron doce obispados con una iglesia metropolitana en Londres y otra en York, merced a cuyas instituciones se introdujeron artes y letras. Rudo golpe recibió la religión civilizadora, ya de los extraviados Bretones, ya de los idólatras de Mercia; junto a Leeds (221) se dio la última señalada batalla entre el cristianismo y la idolatría, y esta sucumbió. Chedwalla, rey de Wessex, recibió el bautismo de manos de Sergio I en Roma, donde su sucesor fundó la iglesia de Santa María in Saxia, con un hospital para los peregrinos de su

nación, y un colegio para jóvenes, a cuyo sostenimiento se ordenó que todos los súbditos contribuyeran con el dinero de San Pedro. Por último, Egberto reunió toda la isla bajo su cetro.
547

592

593

655

Muchos hijos del país huyeron a la Bretaña continental, conservando su libertad y su lengua patria. Otros se defendieron con tenacidad en los montes, fundando los reinos de Gales occidental, Gales oriental y Cumberland, manteniéndose independientes hasta el año 750, en que los Cambrios llegaron a ser tributarios de los Sajones. En el país de Gales excitaban el valor de los indígenas los Bardos, poetas que lograron conservar de tal manera el amor patrio, que aquella pequeña reliquia de una gran nación, nunca creyó haber muerto, confiando en que un día volvería a dominar toda la isla.
Gales

Irlanda La antigua población sobrevivía intacta en la Irlanda, país de los santos, madre de los grandes pensadores y de los ardientes patriotas. Estaba dividida en tribus, y estas formaban cinco Estados. El cristianismo fue predicado allí desde el principio de la propaganda de esta doctrina. Allí floreció Colum (222), que anduvo predicando a los Pictos y Escotos, pasó a las Galias a evangelizar a los habitantes de los Vosgos (223), luego a orillas del lago de Zúrich, y por fin a Italia, donde fundó el monasterio de Bobbio. Muchos jóvenes anglo-sajones iban a educarse en los conventos de Irlanda; los monjes eran mucho más numerosos que los clérigos; muchos reyes y reinas abandonaron el manto para entrar en los conventos; las leyes fueron siendo cada vez más dulces y justas, mayormente las dictadas por los concilios, celebrados allí por los legados de Adriano I.
590

89.- Condición de los Bárbaros

Los invasores del imperio llevaban consigo los usos y costumbres de las selvas nativas. Todo hombre libre era soldado al ser convocado al eriban. Otros libres no propietarios formaban la banda guerrera, a las órdenes de un jefe, a quien obedecían estos voluntarios en las expediciones. Tales fueron las bandas que invadieron el imperio; y no eran numerosísimas al principio como el miedo lo hacía creer, de modo que no pudieron cambiar la índole de los países, como cuando emigra un pueblo entero. En las provincias, disgustadas por los vejámenes romanos, no hallaban la obstinada resistencia del patriotismo, ni eran, por tanto, excitados a la crueldad. Excepto los Hunos, los Bárbaros eran ya cristianos, y el clero de estos, bastante respetado, servía para disminuir los sufrimientos, por cuyo motivo la opresión no va parangonada (224) con la que sufrió el Asia de los Turcos, o la América de los Españoles. El grandísimo número de esclavos no empeoraba. Los Bárbaros tuvieron con frecuencia que valerse de la obra de los Romanos para administrar justicia, escribir cartas, dictar leyes, todo lo cual encontramos redactado en el idioma de los vencidos.

Sus bienes Los bienes se dividían entre vencedores y vencidos; no se halla bien determinado con qué norma se hacía tal división por dominadores armados; parece que al fin los naturales perdían todas sus posesiones, pasando a la condición de tributarios, poco superior a la de siervos. Algunos libres permanecieron en las ciudades, constituidos en corporaciones de oficios y sujetos al jefe de la ciudad, más interesado en conservar a éstos que a los agricultores.

El alodio, es decir, la propiedad absoluta tocaba al vencedor, estaba exenta de contribuciones, y confería la plenitud de los derechos civiles y el de hacer la guerra a expensas propias. Por consiguiente, las leyes se esforzaban en mantener la sucesión en los varones, de donde provino la famosa Ley sálica, por la cual los hombres no tienen sucesión al trono [sic].

Los primeros vencedores conceden algunos terrenos a sus fieles, a título de beneficio. Los censivos o tierras tributarias, eran cultivadas por colonos, que pagaban un canon anual, y sólo podían ser arrebatadas cuando los colonos faltaban a sus obligaciones.

En las personas se distinguían varios grados, según los cuales se determinaba la multa que se debía pagar por injuria o muerte. Eran nobles los vasallos que únicamente dependían del rey; libres o arimannes, los que dependían de la jurisdicción de aquel en cuyas tierras vivían, y tributarios o censuales los que debían homenaje y fidelidad a un señor. Mujeres, niños y siervos estaban sometidos al pariente más próximo y al señor. Pocos eran, en suma, los que gozaban de completa libertad; privados de ella estaban los colonos, esclavos del terreno, y mucho más los siervos, tanto si lo eran por nacimiento como por degradación. La condición de estos últimos mejoraba mucho, sin embargo, al ser protegidos por las leyes.

Constitución Los individuos de una comunidad cualquiera eran responsables de los actos de cada uno, defendiéndolo, vengándolo,

heredando sus bienes si no tenía sucesores, y pagando sus multas. La mayor parte de las penas podían redimirse con dinero. La injuria personal era vengada por el ofendido o por los suyos.

La constitución se debió cambiar al establecerse en países nuevos, y efectivamente los reyes adoptaron algo del fasto de los emperadores. Su autoridad era limitada en todos sentidos por las asambleas de la nación, donde, además de dictar las leyes, se administraba la justicia cuando se trataba de un igual. La hacienda no adquirió importancia hasta que las contribuciones reemplazaron a los servicios personales y los reyes tuvieron que dar sueldo a los ejércitos y a los magistrados.

Se discute si, con la conquista, se perdieron los municipios. Como en estos continuaba la necesidad de proveer a su propia policía, a las comodidades, a la seguridad, cosas a que no atendían los Bárbaros, es probable que durasen, aunque no legalmente reconocidos.

Carácter especial de algunas legislaciones bárbaras es la personalidad de la ley, por la cual en un mismo país habitaban personas que vivían según la ley romana, otras según la longobarda, y otras según la franca, siendo cada ley aplicada por escabinos de la respectiva nación.

Los procedimientos judiciales eran públicos, y a cada hombre libre incumbía la obligación de concurrir al juicio; los vasallos, los colonos y los siervos permanecían sujetos a jurisdicciones del señor. Las pruebas eran diferentes de las nuestras, siendo las más características los conjurantes, la ordalía y el duelo. El acusado de un delito podía aducir un número cualquiera de personas que jurasen su inocencia. Esforzábase la sociedad en cambiar la venganza privada en pública. El pueblo entero o la tribu armábase para las venganzas. Los reyes y los sacerdotes, deseosos de evitar conflictos, establecieron ciertas reglas, por ejemplo, que había de trascurrir un tiempo dado entre la ofensa y la venganza, que las iglesias y conventos fuesen lugares de asilo, que ante todo se tratase de la composición, es decir, de la multa que el ofensor había de satisfacer para aquietar al adversario.

Juicios de Dios Para evitar las luchas privadas, se introdujo el duelo judicial, con ciertas prescripciones. Por tal procedimiento se decidía, no sólo de las injurias, sí que también de las diferencias particulares y públicas, y hasta de puntos legales. La causa propia podía confiarse a un campeón, como siempre acontecía tratándose de mujeres y de sacerdotes. El éxito era juzgado como un juicio de Dios. Otros juicios de Dios se fundaban luego partiendo del principio de que Dios, autor de la justicia, la favorecía en todos los casos particulares, aunque fuese con un milagro. Por ejemplo, se andaba sobre tizones y ramas ardientes, se sacaba con la mano una bola del fondo de una caldera llena de agua hirviendo, se empuñaba un hierro candente, se comía un gran pedazo de pan y queso, y todo el que salía en bien de estas y parecidas pruebas, era declarado inocente. La Iglesia no aprobó estos juicios, pero los rodeó de ritos, que los hicieron menos fáciles y más temidos.

Códigos Doce códigos tenemos de los pueblos invasores. El Edicto de Teodorico, de que hemos hablado en otra parte de este compendio, se funda en la razón humana, y somete a ésta a los mismos Godos, salvas sin embargo las leyes consuetudinarias de la patria. Alarico, rey de los Visigodos, publicó el Breviario que consiste en una compilación de leyes romanas. Los Romanos Borgoñones se sirvieron del Papiani Responsum, compilación más complexa. La Ley sálica es la más antigua de las leyes bárbaras; fue compilada entre las selvas natales, pero nunca tuvo autoridad legal, constando de disposiciones consuetudinarias, indigestamente dispuestas; en ella se consigna la célebre orden de que «la tierra sálica no pueda ser trasmitida a mujeres, y que la herencia pase entera a los varones,» la cual fue aplicada a la sucesión regia.

Para los Francos Ripuarios, Tierry hizo una legislación penal, tan rústica como la precedente.

Los Borgoñones tuvieron la Ley Gombeta, de Gundebaldo, con buenas instituciones; además de las composiciones, se aplicaban también penas corporales; se atendía a la propiedad y a los testamentos, en concordancia siempre con las instituciones romanas.

El visigodo Chindasvinto hizo compilar el Fuero juzgo, que es un verdadero código, que se extiende a cuanto ocurre en la sociedad, abrazando el derecho político, el civil y el criminal y emanando de los importantes concilios nacionales de España, en los cuales preponderaba el clero; por esto en el Fuero juzgo se conceden al clero tantos privilegios; los delitos se estiman según la intención del que los comete; se protege la vida y el honor de los siervos; se respeta el matrimonio y otorga participación de la herencia a las mujeres.

Rotaris dio leyes a los Longobardos de Italia, recogiendo y enmendando los edictos de reyes predecesores, a los cuales añadieron otros sus sucesores. Las primitivas se resienten de la barbarie de su origen; poco a poco se ennoblecen; a veces es irrogada la pena capital; se atiende al honor de la mujer; todos los hijos son igualmente llamados a la herencia; los procedimientos judiciales son sencillos y muy breves, y entre las pruebas es admitido el duelo.

Las leyes por las cuales se regían los Bávaros parecen compiladas en tiempo de Dagoberto, deducidas unas de las romanas y otras de las visigodas; se parecen a la ley de los Alemanes, promulgada en presencia de treinta y tres obispos.

El código de los Anglos y el de los Frisones nada tienen de las leyes romanas, y es que aquellos pueblos nunca hicieron irrupción sobre el territorio del Imperio. Pocos fragmentos han quedado de las leyes anglo-sajonas, hechas por los heptarcas y dictadas en inglés. La ley de los Sajones fue recopilada probablemente en tiempo de Carlo Magno, y trata menudamente de la tarifa de precios impuestos por las ofensas.

Costumbres Estas leyes son la mejor revelación de las costumbres de los Bárbaros; y prueban, por otra parte, cuán ignorantes eran estos cuando, para escribirlas, tuvieron que servirse de los Romanos. La necesidad de evitar una infinidad de violencias de toda

especie, se desprende del minucioso cuidado con que son especificadas las faltas y las penas consiguientes. Los símbolos con que los Romanos representaban algunos actos civiles reaparecen aquí. Si se trata de una venta, se entrega al comprador una rama de árbol, o un cuchillo, una varilla, un césped, o a veces un tiesto, en el cual se ha plantado una ramita. Las dignidades eclesiásticas se conferían entregando el báculo pastoral y el anillo, y las menores con el birrete, el cáliz, un candelero y las llaves de la iglesia; a los reyes se les daba la investidura con la espada y la lanza, y en otras ocasiones se estrechaba la mano, o se daba un beso, o se tocaba una columna, o se recibía la comunión, o se bebía en la copa de otro, según la importancia del acto.

La moralidad no podía ser mucha entre gente que había abandonado su patria para llevar a extraños países sus armas y su ferocidad; pero sus vicios se diferenciaban de la corrupción romana. Entre ellos se tenía tal conciencia de la importancia personal y de la dignidad, que hasta se castigaban por medio de leyes las palabras injuriosas. El lujo era dispendioso, pero grosero; groseras las diversiones, la principal de las cuales era la caza, para cuyo ejercicio se reservaban grandes bosques y se castigaba duramente al que matare un halcón. La cabellera larga era señal de libertad. Las mujeres eran tratadas con cierto respeto, aunque se les ponía precio atendida su utilidad; dependían siempre del marido o del padre, y si eran infieles, eran abandonadas a la venganza del marido. A mujeres se atribuye en su mayor parte la conversión de estos pueblos, y la fama ha consagrado los nombres de Fredegunda, Brunequilda, Amalasunta, Clotilde, Radagunda, Berta y Teodolinda.

90.- La República cristiana

El único contrapeso de la fuerza dominante era la religión. Reconocida por Constantino, la Iglesia ejerció legalmente la autoridad civil que al principio había adquirido por deferencia; Papas y obispos aparecen con majestuoso aspecto; y mucho más a la caída del imperio, hacia el cual había ella contraído hábitos de sumisión. Respecto de los nuevos reyes, era la Iglesia el único poder constituido que quedaba, y adquiría vigor e inspiraba respeto por sus virtudes y sus doctrinas, con las cuales pudo introducir algún orden en el universal desconcierto.

Misioneros Por otra parte, los pueblos que habían permanecido en su tierra natural, y los que iban a fijarse en remotos países, recibían la visita de misiones que les predicaban el cristianismo, y no hubo región que no ensalzara después a algún santo, de quien había recibido la verdad. Muchos misioneros hallaron violenta muerte en Irlanda y en Inglaterra, contándose entre ellos Bonifacio, apóstol de la Germania, donde organizó las iglesias de Baviera y fundó el monasterio de Fulda. En algunos países, los misioneros

penetraron en las asambleas, y modificaron la legislación y el derecho público. En los conventos y en las órdenes sagradas fueron luego recibidos los extranjeros y los siervos, dilatándose de este modo la igualdad. Cultivaban campos, saneaban lagunas, talaban bosques en las inmediaciones de los conventos y de las iglesias, introducían mercados y ferias, y daban de este modo origen a nuevas ciudades. En una palabra, el cristianismo se puso al frente de la civilización.

Ingerencia secular Los emperadores de Oriente continuaban queriendo inmiscuirse en las controversias religiosas, y daban a la Iglesia una tutela incómoda y peligrosa. Los príncipes de Europa no entendían de sutilezas teológicas, y sin embargo, querían tomar parte en las elecciones de obispos y hasta en las papales, en la convocación de los concilios y en la ordenación de los curas, a fin de que no se sustrajesen al servicio militar. No siempre estaban a salvo de la rapacidad los bienes del clero; con todo crecieron bastante las riquezas de éste y la autoridad de los obispos; pero disminuyó la unión de éstos con el clero y con el pueblo, desde que los reyes pretendieron elegirlos, menos por mérito y fe apostólica que por favoritismo; habiendo entrado en las asambleas, excitaron el descontento que siempre acompaña a la acción política.

Monjes Multiplicáronse entonces los monjes, y así como al principio vivieron solitarios, entregados en el desierto a extravagantes penitencias, luego se reunieron en activos consorcios, principalmente por obra de San Benito de Nursia (225), quien en torno de la sagrada cueva de Subiaco reunió numerosos secuaces, y les dictó una regla que ha sido la admiración de los estadistas y que ha sobrevivido a muchas constituciones nacionales. Determinábanse en ella todos los actos y todos los momentos de la vida de los monjes; a la oración había que añadir la cultura del campo y del espíritu. Fueron labradores modelos, conservadores y propagadores de las doctrinas científicas y literarias y de las bellas artes, cuyo principal santuario fue Monte Cassino.

Más austera fue la regla que estableció san Columbano (226). Más tarde los monjes entraron en el sacerdocio. Cada orden formaba una especie de república, donde los cargos eran electivos, donde todos trabajan para todos, y nada se hacía para el individuo fuera del perfeccionamiento moral; procuraban permanecer independientes, no sólo de la jurisdicción secular, sino que también de los obispos, y estar sujetos solamente al Papa y a sus propios generales. Los más grandes personajes de la Edad Media se forman en los conventos; allí las artes hacen sus primeras tentativas y despliegan mayor vuelo. Muchos seglares les ofrecían sus personas y sus bienes, para gozar de la protección y las inmunidades monásticas contra el laico poderío.

Papas Aquel gran movimiento de la sociedad cristiana era precedido y dirigido por los Papas, cuya sucesión, desde san Pedro hasta nuestros días, no se ha interrumpido jamás, y en cuya serie de pontífices con muchísimos santos aparecen algunos menos dignos, sobre todo cuando quieren apararse de la elección los príncipes o

los bandos políticas. Al principio tuvieron que luchar con las pretensiones de los emperadores de Oriente y con las herejías implantadas, al mismo tiempo que tenían que enfrenar a los Bárbaros y propagar el cristianismo. En medio de todo, se consolidaba la supremacía que los obispos de Roma habían heredado de la tradición apostólica, y a ellos permanecían adictos los Católicos de todo el mundo, aun cuando eran herejes los emperadores y los reyes. Esta autoridad se vio fortalecida al recogerse los cánones, o sean los decretos de los diversos concilios, reunidos por Dionisio el Pequeño, en tiempo de Casiodoro.

Ya entonces los Papas poseían extensos bienes en Italia e islas adyacentes, y hasta en la Galia, sobre cuyos colonos ejercían legal jurisdicción. Cuando la conquista longobarda interrumpió las relaciones con el exarca de Rávena, el Papa, jefe ya de Roma, correspondía directamente con Constantinopla, concluía tratados con los Longobardos, y presentábase como verdadero jefe del partido nacional.

Gregorio Magno Comprendió la importancia de aquella verdadera posición Gregorio Magno, práctico en los negocios públicos, quien dominó a Roma y la Iglesia con un carácter indomable y ejemplares devociones. A todo el mundo extendía sus cuidados; mandó misioneros a la Bretaña, consejos y órdenes a los reyes Francos y Borgoñeses; procuró la conversión de los Longobardos, de los Visigodos y de los Sardos; hablaba a los obispos y a los reyes con la dignidad dulce pero firme de un jefe universal; se servía de sus pingües rentas para mantener escuelas, hospitales y peregrinos. A pesar de tan múltiples ocupaciones, tuvo tiempo para escribir mucho, y además de sus cartas Morales sobre Job, expuso en sus Diálogos muchas historias maravillosas de santos italianos, de conformidad con las creencias de entonces; regularizó el rito con el Antifonario, el Sacramentario, el Bendicionario y el canto de iglesia que aún se llama Gregoriano. Parecíale peligroso para los nuevos cristianos el estudio de los autores clásicos y la imitación de sus artes; pero es necio afirmar que mandase prender fuego a la biblioteca palatina y destruir los monumentos de la magnificencia romana.
550-604

91.- Doctrinas profanas. La lengua

Griegos Para sostener que en Occidente la literatura fue

destruida por los Bárbaros, es preciso olvidar cuán decrépita la observamos ya en la época anterior, hasta entre los Orientales, donde fue más rica y original que la latina. Los filósofos de Atenas trataron de oponerse a la nueva religión, y se dispersaron cuando Justiniano cesó de retribuirlos. No merecen citarse los oradores y poetas de entonces. Entre los historiadores hallamos a Procopio, que alabó a Justiniano y a Teodora, para vilipendiarlos después en una historia secreta. La colección de los Historiadores bizantinos es la única autoridad admisible sobre el imperio de Constantinopla y los países que con él se relacionaban; pero es una compilación sin crítica ni arte, que alcanza hasta la conquista de los Turcos. Constantino Porfirogéneta dejó un libro sobre la administración del imperio, y el origen y costumbres de los Bárbaros; recogió preceptos de arte militar, hipiátrica y agricultura, y una especie de enciclopedia, merced a la cual se conservaron extractos de autores perdidos.
Historiadores

Latinos La literatura profana cesó en Occidente, cuando ya no estudiaban más que los clérigos, y no quedaban más que escuelas cristianas, aunque distase mucho de haber cesado la actividad de las inteligencias. Teodorico, que prohibía las letras a sus Godos, las favorecía entre los Romanos, y se sirvió mucho de Casiodoro, del cual nos quedan aún las cartas escritas en nombre del monarca y de sus sucesores, y además varios tratados propios, una crónica desde el diluvio hasta el año 519, y escritos sobre varias artes.
Casiodoro
Boecio Boecio, en el Consuelo de la filosofía, diserta sobre el acaso, sobre la providencia, y sobre el modo de conciliar a ésta con la existencia del mal. En la poesía es mejor que en la prosa. Escribieron también Enodio, obispo de Pavía, Rústico, Elpidio, y los poetas Maximiliano, Arator y Venancio Fortunato, trevesiano que compuso buenos himnos. Avito, natural de Auvernia, dejó cinco poemas y cien cartas. Muchos eclesiásticos escribieron más bien por celo religioso que por inclinación literaria, y sus obras carecen de gusto, corno las de Fulgencio, africano, el teólogo más grande de su tiempo, y las de San Remigio, que bautizó a Clodoveo. De mérito literario carecieron también san Lorenzo, san Columbano y san Cesáreo, de quien nos quedan 139 sermones, todos de práctica y sin imitación de los clásicos.
470-524

Exceptuando a Marcelino, conde de la Iliria, que escribió una crónica desde Valente hasta 534, hay que buscar en el clero los pocos e imperfectos historiadores de aquel período, entre los cuales se distinguieron el venerable Beda, que escribió sobre las Seis

edades del mundo, Dionisio el Pequeño, que introdujo el sistema de contar los años desde el nacimiento de Cristo, fijado por él en 15 de Agosto; el godo Jordán, san Isidoro de Sevilla, que dejó en veinte libros los Orígenes o Etimologías, enciclopedia de cuanto se sabía entonces, y una crónica desde Heraclio hasta 626.

Para el estudio de la historia eclesiástica en Occidente, sirve la Historia tripartita de Epifanio y Eusebio. Gregorio de Tours es llamado padre de la historia de Francia, merced a sus diez libros de Historia ecclesiastica Francorum, de inculto estilo, pero llena de rasgos característicos. Fredegario, de Borgoña, es de más inculto estilo todavía.

Género nuevo son las leyendas y vidas de los santos, que se multiplicaron, menos para servir a la historia y a la crítica que para hacer propaganda cristiana. Con este género se hacían ejercicios escolásticos, exagerando penitencias, martirios y milagros. De estos están llenos los Diálogos de Gregorio Magno, de Metafrasto (227) y Gregorio de Tours.

Lengua En Occidente, el acontecimiento más importante es la trasformación de la lengua. La latina sigue el curso de otras tantas que se califican de indo-germánicas por la semejanza que ofrecen con la sánscrita. Como sucedió con todas, ella se alteró y pulió bajo la pluma de los autores, hasta que llegó a la belleza de la llamada edad de oro. Pero por cuanto la literatura era especialmente un trabajo artificioso y destinado a la sociedad aristocrática, la lengua de los escritores era muy distinta de la que se hablaba comúnmente, y que se llamaba rústica o vulgar.

Sin embargo es de creer que los Romanos, introduciendo su habla con la conquista, destrozaron la de cada país; hasta en Italia se mezclaron el etrusco, el osco y otros lenguajes, que indudablemente produjeron después la diferencia actual de los dialectos. Con más razón tenía esto que suceder allende los Alpes y el mar.

Está probado que, en la lengua hablada, ocurrían ya los accidentes que distinguen la latina de la italiana, como la formación de los tiempos con los auxiliares, los artículos y las prescripciones según los casos.

Cuando la literatura tuvo que hacerse popular para la explicación de las verdades cristianas, se descuidó el refinamiento clásico para acercarse a los modos y a la construcción vulgar, lo que aparece principalmente en la traducción de la Biblia. Los escritores eclesiásticos atienden a la claridad y no a la elegancia. Y ya en tiempo de Justiniano encontramos fórmulas y modismos, más parecidos al estilo moderno que al de Cicerón.

Libro IX

92.- La Arabia

El Asia occidental presenta desde la Siria al Océano indio, un

vasto trapecio, bañado hacia Levante por el Éufrates, y a Poniente por el mar Rojo, paralelo al cual corre una cordillera de montañas, sobre cuyas alturas continúan las lluvias regulares de Junio a Octubre. El resto de la Península no tiene lagos ni ríos; son escasas las lluvias, y durante inmensos espacios de áridas arenas, no se ve un matorral ni un árbol, bajo un cielo inflamado. Sin embargo, de trecho en trecho se encuentran oasis de lujoso verdor, sombreados por palmas, dátiles, mimosas y otros árboles preciosos. En aquellos mares de arena sirve de nave el camello, a quien se aprecia casi tanto como al caballo, inseparable compañero del Árabe, que conserva la genealogía del noble animal tan celosamente como la suya propia.

La historia hace antiquísima mención de la Arabia. Por aquellos desiertos vagaron cuarenta años los Hebreos, y allí se mantuvieron siempre las caravanas, numerosas bandas de personas y camellos que trasportan preciosos productos, el incienso, el estoraque, la goma, la nuez moscada, la planta de sen, el tamarindo, el café, el añil, el algodón, los dátiles, el maná, piedras preciosas y metales.

Los Árabes naturales descienden de Sem, y los naturalizados de Agar y Abraham; su lengua es semítica, y el dialecto de los Coreiscitas, adoptado por Mahoma, quedó como lengua escrita. Pocos se dedican al cultivo de los campos en residencia fija; la mayor parte de ellos son nómadas, constituidos en tribus con el nombre de Saenitas o Beduinos, errantes como patriarcas con numerosas tiendas. Es permitida entre ellos la poligamia. No usan apellidos, pero se distinguen por el nombre de su padre anteponiendo al suyo ben o eben (228), o derivan su apellido de su descendencia. Tienen con frecuencia algún título pomposo, pintoresco o injurioso, como al-Mesth, el borracho, al-Scerif (229), el ilustre. El Beduino es fogoso como su caballo, sobrio y paciente como su camello, supersticioso, sanguinario y generoso; la venganza es para él una religión; el menor insulto da lugar a represalias y a guerras, y por otra parte es desmesurada la gratitud y el respeto al superior. Hay tribus enteras que no saben leer; pero su lengua rica y pintoresca ayuda a la poesía, mezcla de verso y prosa con abundantes rimas; en las ferias de Occad se disputaban el premio de sus composiciones. Consérvanse siete de éstas (moallakas) anteriores al profeta. El poeta más famoso entre ellos fue Antar, guerrero y pastor.

El jefe de familia (sceico) o de tribu (emir) gobierna a sus dependientes, sin restringir su libertad personal ni castigar los delitos; las ciudades dábanse distintos gobiernos, y había en La Meca una oligarquía con un senado de magistrados hereditarios.

Al principio tuvieron la misma religión de los Hebreos, pero degeneró en idolatría, especialmente encaminada a los astros, o a las inteligencias que los dirigen; se entregaban a diarias adoraciones al sol y el culto fue degenerando hasta descender a groseros ídolos.

Los primeros padres del género humano habían visto en el paraíso una casa, ante la cual se postraban en adoración los ángeles; quisieron imitarla en la tierra, y fabricaron en la Meca la

Caaba, a la cual iban los fieles en peregrinación cada año, y donde se encontraron hasta 360 ídolos, aportados por las diferentes tribus.

Parece que los Árabes, en la antigüedad, salieron a menudo a hacer correrías y conquistas, mayormente en Egipto, mientras que los extranjeros no se estacionaron jamás en sus desiertos. Sin embargo, muchos Hebreos se refugiaron allí después de la destrucción de Jerusalén, y con mucho trabajo penetró el cristianismo entre ellos.

93.- Mahoma

En la tribu de los Coreiscitas, encargada de custodiar la Caaba, nació Mahoma, cuyo nacimiento, como su vida toda, fue acompañado de milagros. Su hermosura, su larga barba, sus vivos y penetrantes ojos, la expresión de su fisonomía y la eficacia de su palabra, facilitaron su nombradía, sobre todo cuando se hubo enriquecido casándose con Cadiga (230). Merced a los Hebreos, a los Cristianos y a sus solitarias meditaciones, se convenció de que la idolatría no era el culto primitivo de los Árabes, y de que podía ser sustituida por una religión que, por su sencillez, pudiese conciliarse con todas las demás. Meditó en silencio su designio, y a la edad de cuarenta años manifestó a Cadiga que se le había aparecido el ángel Gabriel, declarándolo apóstol del Señor. De pronto fueron muchísimos los que proclamaron al profeta de la Arabia; su símbolo fue: «Dios es Dios único, y Mahoma es su profeta.»

593

Pero la familia de los Coreiscitas, que derivaba su autoridad y su riqueza de la custodia de los ídolos en la Caaba, se opuso al nuevo profeta. Cuando se exacerbó la persecución, consintió Mahoma en que sus creyentes apelasen a la fuga, y él mismo, amenazado de muerte, huyó a Medina. Esta huida marca la era mahometana, correspondiente al viernes, 16 de julio del año 622. Pronto de regreso, casose con Aiscia (231) y otras mujeres, dio su hija Fátima a Alí, declarándolo su califa, o vicario, y Medina fue la metrópoli de la nueva fe. Allí empezó Mahoma a inquietar a las caravanas; derrotó varias veces a los Coreiscitas y sojuzgó a varios pueblos; y tomó por asalto a la Meca destruyendo 360 ídolos. Su religión se extendía, e iban llegando hasta él muchas embajadas. Habiendo organizado una nueva expedición a La Meca con 90 mil devotos y las ceremonias que fueron luego rituales, fue atacado por la fiebre y expiró en las rodillas de Aiscia. Abraham, Moisés y Cristo lo acogieron con grandes honores en el cielo, donde se oyen continuamente tres voces; la del que lee el Corán, la del que cada mañana pide perdón por sus pecados, y la del gallo gigantesco.

Hégira

Habiendo exclamado Mahoma en la agonía: ¡Maldición sobre los Judíos que convirtieron en templos las sepulturas de sus profetas! se prohibió que se le rindiese culto como a Dios. Pero es portentoso que un pobre artesano se elevase a maestro de medio mundo; su estandarte fue depositado en la capital del islamismo, primero en Medina, luego en Damasco, en Bagdad, en El Cairo, y hoy se halla en Constantinopla.

94.- El Corán

El Corán, código civil y religioso de los Árabes, se compone de 114 capítulos (suras), que tienen títulos particulares, y empiezan todos por estas palabras: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso (B'ism Illah el-rohman el-rakkin).» Los versículos le fueron revelados a Mahoma de tiempo en tiempo, a medida que sobrevenía un suceso importante, por eso carece la obra de unidad de inspiración y de miras, y el profeta, además de repetirse, se contradice. En cuanto publicaba un versículo nuevo, sus discípulos lo aprendían de memoria y lo escribían en hojas de palmera, en piedras blandas y otros objetos; después fueron desordenadamente compilados por Zeid, su secretario; de aquí lo dificultoso que es entenderlos; y además, como el alfabeto árabe carece de vocales, el distinto modo de pronunciar las palabras causa enormes diferencias de sentido. Esto no obstante, hace doce siglos que el Corán es venerado por poderosísimas naciones, como código religioso y político; todo musulmán está obligado a sacar o hacer sacar de él una copia, que lleva siempre consigo. No puede imprimirse, pero se reproduce ahora por medio de la fotografía.

Está escrito en el dialecto más puro de La Meca, y superó a todas las demás composiciones del país.

Además del Corán, veneran los musulmanes la Sunna, doctrina trasmitida de viva voz por el profeta y escrita dos siglos después. Se le agregaron luego las Ijmar, decisiones de los imanes ortodoxos.

Su canon fundamental, «No hay más Dios que Dios,» excluye la trinidad y el culto de las imágenes y reliquias. Los ministros de Dios son los ángeles, uno de los cuales, habiendo desobedecido, fue convertido en diablo (Eblis).Dios reveló varias veces su ley al hombre precipitado del paraíso, principalmente por medio de Moisés, de Cristo y de Mahoma. Todos los musulmanes, es decir todos los sectarios del islamismo, se salvarán, y el juicio final durará 1500 años. El paraíso estará lleno de voluptuosas delicias, y podrán obtenerlo hasta las mujeres, aunque pocas.

Todos los actos y sucesos del hombre están decretados desde la eternidad; de modo que el hombre es perverso o santo porque así lo

quiere Dios, y su muerte está fatalmente predestinada.

Cinco oraciones son de obligación diaria, sagrados los viernes, inculcada la circuncisión, e impuesta la limosna relativamente a la fortuna.

En el mes de ramadán, se ayuna todos los días; está prohibido en todo tiempo comer tocino, liebres y sangre, y beber vino. Es también obligatoria la peregrinación a La Meca, que todo creyente libre debe verificar por lo menos una vez en su vida. Estas peregrinaciones van acompañadas de solemnísimas ceremonias.

Otra obligación es la guerra contra los infieles.

La poligamia está permitida al que tiene bastante para mantener a más de una mujer; es lícito el divorcio, para el cual basta al hombre cualquier motivo, mientras que la mujer debe presentarlos muy graves. Los hijos son legítimos, tanto si nacen de mujer legítima como de concubina. El despotismo, que ya se había establecido en Oriente, fue consolidado por Mahoma constituyendo por única autoridad el Corán, al cual nada puede oponerse. Por lo demás, el Profeta no instituyó Estado, ni poderes políticos ni religiosos.

El islamismo no posee sacerdotes propiamente dichos, pues que la oración pública y la predicación estuvieron a cargo del mismo Mahoma y de sus sucesores. El que preside una reunión de creyentes se llama imán; el muftí interpreta la ley, y es jefe de los ulemas o doctores; el jefe del Estado lo es también de la Iglesia. Hubo monjes más tarde, mereciendo especial mención los sofíes (232) de Persia.

Aunque la sencillez del símbolo parezca evitar el peligro de herejías, hubo muchas, sobre todo desde que se aplicó la filosofía de Aristóteles. Los ortodoxos se llaman sunnitas, reconocen la autoridad de la tradición, y se dividen en varias sectas; los heterodoxos difieren sobre artículos fundamentales. Los Siítas consideran como solo legítimo califa a Alí y a sus sucesores, mientras que los Careyitas o rebeldes se pronunciaron contra estos.

El Corán fue un progreso para el pueblo a quien iba destinado; en el exterior ocasionó estragos, la ruina de la antigua civilización, la descomposición de la familia, la abolición del arte, un retraso a la difusión del cristianismo y del derecho romano; el Asia se volvió tan bárbara como el África; la Europa tuvo siempre que luchar para salvar la libertad y la civilización de la cruz contra la fatalística furia de los musulmanes, que aún conservan la barbarie en la más bella región de Europa.

95.- Primeros Califas

Los que adoran el triunfo, admirarán una religión que se difundió tan rápidamente entre pueblos a los cuales llevaba una organización social conforme a la fe, siendo concentrados en uno solo el poder religioso y el político, medio muy eficaz, mayormente

entre los Árabes, divididos en tribus hostiles, y entre los Persas, víctimas de discordias intestinas. Además, el musulmán, con la idea de la fatalidad, y con la esperanza de que, muriendo en el campo de batalla, sería acogido en el cielo por las Huríes «de ojos negros y seno alabastrino,» arrostraba intrépidamente los peligros para destruir las demás religiones, como el profeta quería.

Disputábanse la sucesión de Mahoma, el califa Alí, esposo de Fátima; Omar, espada de Mahoma; y Abu Beker, suegro, de éste. Prevaleció Abu Beker, a pesar de que una gran parte de los musulmanes (los Siítas) defendían siempre los derechos de Alí. Omar sacrificó su ambición a la paz, y Alí se vio obligado por las armas a obedecer. El califa vencedor domó las intestinas conmociones; pretendió reinar con las austeras tradiciones del Profeta, y fue muerto a la edad de sesenta y tres años.

656

Entre tanto había sido invadida la Siria, y a pesar de la defensa del emperador Heraclio, había sucumbido Damasco con toda la llanura del Oronte y el valle del Líbano, y sucesivamente fueron cayendo en poder de los musulmanes Jerusalén, Antioquía y Cesarea, a costa de mucha sangre de vencedores y vencidos. Formose una flota que dominó el Mediterráneo y amenazó desde entonces a Constantinopla. También prosperaban las armas árabes en la Persia, donde los califas, así como habían fundado a Basora en el Iraq, del mismo modo, después del exterminio de Ctesifonte, fundaron a Cufa, concluyeron con el imperio de Artajerjes y de los Sasánidas, y llegaron hasta Persépolis, la ciudad de Ciro y santuario de los Magos, donde fue extinguido el fuego sagrado en los altares.

634
637
642

Igualmente derrumbábase el antiguo imperio de Egipto, tomada Menfis y sojuzgado El Cairo. Los habitantes de Alejandría sostuvieron durante catorce meses el sitio contra Amru, el cual ocupó al fin la ciudad y se dice que entregó a las llamas su asombrosa biblioteca.

640

Constantinopla se resentía grandemente de aquellos trastornos, por cuanto le faltaban las acostumbradas remesas de granos; por esto los emperadores trataron de recuperar a Alejandría, pero en vano; Amru la desmanteló; después organizó vigorosamente el Egipto con una sencilla administración, y restauró el canal que ponía al Nilo en comunicación con el mar Rojo. Su sucesor Abdalah (233) llevó mil hombres contra Trípoli, donde se habían refugiado los Romanos, y penetrando hasta los valles del Atlante, cargaron con un inmenso botín.

Los Omeyas Alí tuvo por sucesor a Moaviah, con quien empiezan los Omeyas (234), o sean califas hereditarios, los cuales de simples patriarcas se convirtieron en déspotas, rodeados de fuerza y de

fausto, siendo árbitros absolutos hasta de la religión. Dominadas las oposiciones interiores, Moaviah llevó la guerra contra al imperio romano. Hízole frente Constantino Pogonato, adoptando útilmente el fuego griego que abrasaba hasta en el agua, merced a cuyo medio fue salvada Constantinopla, y Moaviah tuvo que comprar la paz, siendo inquietado por discordias intestinas. Bajo el califato de su hijo Yezid, triunfaron los partidarios de Alí, cuyos doce sucesores fueron venerados por los Siítas de la Persia. Seguían en tanto las correrías y las conquistas; Abd-el-Malec cambió la peregrinación de la Meca, ocupada por sus émulos, con la de Jerusalén; habiendo tomado a Chipre, acuñó en ella la primera moneda musulmana, y completó la conquista del África, ayudado por los naturales en el desalojamiento de los Romanos; atravesó los desiertos, en que sus sucesores edificaron a Fez y a Marruecos, llegó a las playas del Atlántico, y fundó la ciudad de Kairuán (235) para refrenar a los Moros revoltosos. Cartago, que había venido a ser el refugio de los fugitivos, fue tomada y arrasada, y el cristianismo quedó extirpado en el África. Preciso era entonces someter a los naturales Berberiscos y Moros, y fue devastado todo lo comprendido entre Tánger y Trípoli. Bajo Walid (236), el imperio de los Omeyas llegó a su mayor apogeo, extendiéndose desde los Pirineos hasta el Yemen, y del Océano hasta las murallas de la China.

661

693
705

Mucho más ambicionaban destruir el imperio griego; reinando Solimán, presentáronse en el Bósforo 120 mil hombres a bordo de 800 naves, y sitiaron a Constantinopla, reinando en ella León Isáurico; merced al valor de éste, a la posición de la ciudad y a los estragos del invierno, fue salvada. Menos de un siglo había transcurrido desde la aparición del Profeta, y ya se hallaban sometidos a sus sucesores tantos países, que una caravana no los hubiera atravesado en cinco meses. Cufa, Basora, Alejandría, eran emporios de extraordinario comercio. Pero fuera de la Siria, los Omeyas no se habían conquistado nunca el aura popular; siempre surgían nuevos pretendientes, y por fin fueron proclamados califas los descendientes de Al-Abbas, tío de Mahoma, que exterminaron a los Omeyas; el vicariato de los enemigos volvió a los parientes del profeta; Abul Abbas fue llamado el sanguinario por el modo con que conquistó el dominio. Almanzor (237) trasladó la sede a la nueva ciudad de Bagdad, que fue capital durante 500 años. En ella se entregaron los califas a un lujo oriental. Al-Mamum regaló a La Meca 2400000 dineros de oro; al celebrarse sus bodas, la cabeza de su mujer fue cargada de mil gruesas perlas, y se repartieron entre los cortesanos lotes de casas y terrenos. En tan vastísimo imperio vivían unos 150 millones de habitantes; en todas partes tenía

colonias militares, agrícolas y comerciales, que difundían la lengua y la religión árabes. En el interior no cesaban las luchas entre los partidos, degollándose mutuamente Omeyas y Alidas.

Abasí (238)
750

786 El mejor de los Abasíes (239) fue Harun-al-Raschid (240) el Justo, que mantenía relaciones con Carlo Magno.

Literatura La literatura había tenido siempre cultivadores, pero los Omeyas no la favorecían; protegiéronla, en cambio, los Abasíes, y más que ninguno Harun, bajo el cual se hizo célebre la escuela médica de Damasco; florecieron muchos gramáticos, y se completó el diccionario árabe. Los Árabes dieron prueba de gran imaginación y poco gusto; de mucha observación y escaso raciocinio. Aficionados a los cuentos, hicieron de ellos grandes colecciones, entre las cuales se ha divulgado la de las Mil y una noches. En la filosofía, siguieron a Aristóteles, comentándolo de un modo extraño (Averroes), y se gozaron en transmitir de un pueblo a otro sus conocimientos. Sus historiadores, que desconocen la crítica y la cronología, son fatalistas y aficionados a circunstancias milagrosas.

790-809 Los Omeyas trataban de recuperar el poder; Edris comenzó en la Mauritania la dinastía de los Edrisitas; y un descendiente de Alí fundó en Túnez la de los Aglabitas. Harun, que murió después de 48 años de reinado, acabó de arruinar el imperio dividiéndolo entre tres hijos suyos, que se hostigaron continuamente y se rodearon de una guardia de Turcos que no tardó en adquirir un dominio absoluto.

96.- Los Árabes en España. Califato de Córdoba

En España, Rodrigo había ocupado el trono, prevaleciendo sobre sus émulos; y éstos, para sostenerse, llamaron en su auxilio a Muza, emir del África. Este confió a Tarik 12 mil intrépidos guerreros, que vencieron y mataron a Rodrigo, y expoliaron el tesoro de los reyes godos en Toledo. Tarik y Muza dilataron sus conquistas por toda la Andalucía y la Lusitania. Abderramán, recogió grandes fuerzas y se encaminó a conquistar a Francia, la cual fue salvada por Carlo Magno; la empresa costó la vida al guerrero árabe. Parte de los naturales de España se refugiaron en los montes de Asturias, y tomando por jefe a Pelayo, esperaron recuperar la patria; pudieron vencer a los conquistadores, mientras éstos luchaban entre sí en la península y en África, no operando como un ejército bajo un solo jefe, sino como tribus distintas que se establecían en diversos países. Las desavenencias de los invasores favorecían a los naturales, que fundaron el reino de Asturias; el rey Alfonso llevó sus conquistas hasta el Duero; y él y sus sucesores fueron sosteniéndose, ora batallando, ora comprando la paz; llamaron en su

auxilio a Carlo Magno, pero éste perdió en Roncesvalles la flor de sus valientes.

710

718

778

En tanto, los Yusufis árabes organizaban la conquista, y establecieron en Córdoba un califato omeya, independiente del de Oriente y del de África. Dominaron a Toledo, a Mérida, a Sevilla, a Zaragoza, a Valencia, y en todas partes edificaron palacios y mezquitas, adornaron las ciudades con jardines, y erigieron escuelas; obligaron a los naturales a usar la lengua árabe; y llevaron sus armas contra Francia con suerte varia. Dícese que contenía cuatrocientos mil volúmenes la biblioteca de Hakem el Cruel, quien dotó al califato de una marina y de un ejército regulares.

No es difícil concebir el destrozo que harían los Árabes en España, durante la conquista; pero una vez resueltos a establecerse en ella, cesaron de devastarla; en cambio impusieron tributos, y permitieron el culto católico, aunque interiormente y sin pompa. No faltaron persecuciones religiosas, tanto más cuanto que los mismos Muzárabes, como se llamaban, se mofaban con frecuencia de las plegarias de los musulmanes y de los gritos del muecín.

97.- Imperio Griego. Los Heraclidas. Los Isáuricos

Ni siquiera la incesante amenaza de los Árabes aquietaba las discordias civiles y religiosas de los Griegos. El mismo Heraclio, que adquirió renombre por sus insignes empresas, como se ha dicho en otro lugar de este compendio, volvió a sostener que Cristo temía en verdad dos naturalezas, pero una sola voluntad.

Monotelitas Constante II, mientras los Árabes llegaban hasta Constantinopla y los Eslavos ocupaban el país que de ellos adquirió el nombre de Esclavonia, quería propagar el Monotelismo por medio de edictos, y perseguir a los Papas que lo condenaban. Fue el primer emperador oriental que llegó a Italia, donde combatió a los Longobardos meridionales; arrojose sobre Roma, apoderándose de ella; y desde Sicilia pirateó la costa africana, hasta que fue muerto.

Durante las sublevaciones internas y la irrupción de los nuevos Bárbaros, Constantino III mandó reunir el VI concilio ecuménico en Constantinopla, donde se condenó a los que admitían en Jesucristo

una sola voluntad y una sola acción.

Vino después una serie de tristes emperadores, hasta que al cabo de un siglo, cesó la estirpe de Heraclio; pero no fueron mejores los elegidos por el pueblo. El primero de éstos fue Anastasio, que trató de poner paz en la iglesia supeditándose al Papa. León, pastor de Isauria, que merced a su ardimiento se hizo jefe del ejército, no tardó en ser emperador. Fue autor de una nueva herejía, fundada en el odio contra las imágenes, cuya destrucción ordenó. El pueblo se opuso a sus severas órdenes; hubo persecuciones, y se sublevó la Grecia; el Papa Gregorio II, no pudiéndolo hacer entrar en razón, excitó a los pueblos de Roma y de la Pentápolis a desobedecerle, con lo cual este hermoso país se hizo independiente. Mientras que con valor y prudencia era capaz de regir bien al imperio, León Isáurico lo arruinó. Los Cázaros o Turcos orientales habían ocupado la Crimea, reconstituido el imperio de los Ávaros, y alcanzado victorias y botines en la Persia, donde se les alió León para que molestasen a los Árabes. Pero éstos hostigaban en todas partes a los sucesores del emperador, mientras los molestaban también los Búlgaros y el frenesí de las herejías. Irene, madre de Constantino Porfirogéneta, trató de establecer un parentesco con Carlo Magno, a fin de reunir a ambos imperios, pero no se llevó a cabo. En un tumulto murió su hijo, y ella fue la primera mujer que ocupó el trono de los Césares; restauró el culto de las imágenes, que fue proclamado en el séptimo concilio Efesino. Descontentó con esto a algunos que propalaron la voz de que quería casarse con Carlo Magno.

711

Iconoclastas

98.- Los Francos. Mayordomos de palacio

Los Merovingios, después de haberse engrandecido con Clodoveo, fueron degenerando. Su reino era una transición de la barbarie al orden, pero constaba de gentes diversas, empujadas por otras gentes; los reyes no eran más que los primeros entre iguales, así es que en vano trataban de hacerse herederos del imperio romano. Los demás jefes o leudos, no estaban de acuerdo más que en disminuir la regia prerrogativa, engrandecían sus propios bienes, y no se cuidaban de intervenir en las asambleas. Los reyes pusieron por encima de los ministeriales un mayordomo, el cual fue adquiriendo mayor importancia, como el primero de los leudos, su jefe en la guerra, su juez en la paz, y por consiguiente juez del pueblo. Las primeras

familias ambicionaron aquel cargo, cuyo nombramiento dejó de ser privilegio exclusivo del rey para depender de los leudos; el empleo fue luego inamovible y hereditario. De entonces los mayordomos suplieron la inacción de los reyes holgazanes: Pepino (241), de familia austrasiana, que poseía ricas propiedades a orillas del Mosa, gobernó con firmeza, impidió las divisiones que acostumbraban a hacerse del reino como de las herencias, y unió a los Neustrianos, a los Austrasianos y a los Borgoñones bajo el rey Dagoberto; quedó siendo tributario el ducado de Aquitania. Dagoberto, devoto y vicioso, tuvo al lado a san Ovano, su guarda-sello y obispo de Ruán, y a San Eloy, platero.

Después de Dagoberto, ninguno de los reyes que le sucedieron reinó por sí mismo, pues todo lo hacían los mayordomos de palacio. En tanto, las guerras civiles se multiplicaban, merced a las enemistades que existían entre Austrasianos y Neustrios, y a las revueltas de los pretendientes.

687 Pepino de Héristal, al frente del ejército, en la batalla de Testry decidió la cuestión entre la Francia romana y la teutónica, prevaleciendo los Austrasianos sobre los Neustrianos y los Aquitanos; y si bien los Merovingios aún conservaron nominalmente el trono durante sesenta y cinco años, no fueron ya más que sombras de reyes. Muchos señores y príncipes tributarios, entre ellos los duques de los Bretones, de la Aquitania y Gascuña, de los Frisones, y de los Alemanes, negaron la obediencia a Pepino y se declararon independientes. Entonces se dedicó a poner orden en la administración, fue árbitro de 300 ducados y recibía embajadores.

Aunque a su muerte los duques trataron de sacudir toda dependencia, Carlos Martel, su hijo, logró dominarlos; sojuzgó la Aquitania y la Gascuña; derrotó a los Sajones, a los Bávaros, a los Alemanes y a los Frisones, y principalmente a los Árabes en la batalla de Poitiers, que verdaderamente contuvo en Europa las conquistas musulmanas. Carlos fue saludado como salvador del cristianismo, y reyes y papas lo hicieron colmar de honores. Como hombre de guerra, empero, era déspota en la paz, y molestaba y removía a su antojo a los obispos. Su muerte dio lugar a murmuraciones y tumultos; Pepino y Carlomán (242), sus hijos, reinaban en lugar de los débiles Merovingios, hasta obligarles a meterse a frailes. El mismo Carlomán se encerró en el convento de Monte Cassino, y le fueron mandados en calidad de frailes sus dos hijos, después de lo cual quedó solo en el poder Pepino el pequeño (243).

732

99.- Italia. Los papas. Los Longobardos. Pepino

Al dividir la Italia en ducados, los Longobardos perdieron la fuerza de conquistarla toda, y quedaron siendo enemigos suyos los Griegos en el exarcado y los papas en Roma, que tendían a salvar el dominio griego de la conquista bárbara. Ya hemos visto cuál era el poderío de Gregorio Magno, y cómo, sin contar su autoridad religiosa y personal, poseía extensísimos dominios. Las conversiones de la Germania acrecentaron el poder de los papas, a los cuales prestaban incontestable homenaje los nuevos convertidos. Las herejías de los orientales conturbaban a los papas, que quizá fueron inducidos a error por las sutilezas griegas (fallo de Honorio), aunque la verdad triunfase, a pesar de las violencias de los emperadores que encarcelaban a los pontífices y querían crearlos a su antojo.

Poco, pues, tenían estos que congratularse de los emperadores, mientras se veían amenazados por los reyes Longobardos Estos tuvieron que defender a Italia de las tentativas de los Griegos, y la corona, de las facciones internas. Liutprando, que renovó el esplendor del reino gobernando por espacio de treinta y dos años, enfrenó a los duques revoltosos, y pensó someter toda la Italia

742

León Isáurico, obstinado en destruir las imágenes, y contrariado en esto por los papas, ordenó al exarca de Rávena que marchase contra Roma, pero los Longobardos negaron el paso al ejército; los habitantes de Rávena se rebelaron y dieron muerte al exarca; del mismo modo procedieron los Napolitanos y los Romanos; en todas partes estalló la insurrección contra los Griegos, temidos como débiles y aborrecidos como herejes; eligiéronse magistrados nacionales, y las ciudades se unieron. Liutprando quiso aprovecharse de aquellos acontecimientos, y simulando proteger la libertad de conciencia, ocupó la Pentápolis; pero fue rechazado por Orso, dux de Venecia; deseando vengarse, se alió entonces con los Griegos y marchó contra Roma, acusado por los Longobardos de permanecer fiel al emperador, y por el emperador de serle rebelde. Mitigado por el Papa, Liutprando entró en Roma, y depuso sobre el sepulcro de los apóstoles el manto, la espada y la corona. Los Griegos, que habían mandado una flota, la vieron dispersa en el Adriático y tuvieron que renunciar a la Italia, exceptuando la Sicilia y la Calabria. No tardó Liutprando en volver a empeñarse en ocupar el ducado romano. Entonces fue cuando el Papa Gregorio invitó a Carlos Martel a socorrerlo. Muertos, empero, el rey, el mayordomo y el Papa, el nuevo rey Astolfo invadió el Exarcado y la Pentápolis. Trasladó la corte de Pavía a Rávena; firmó una Paz de cuarenta años con el Papa Estéfano (244), paz que violó de súbito, imponiendo un tributo a sus Romanos. El Papa apeló a procesiones, a embajadas y a plegarias, pero viendo que el Longobardo crecía en armas y amenazas, llamó en su auxilio a Pepino, duque de los Francos.

754 Este ejercía la autoridad de rey, y los leudos quisieron que hasta el título de tal tomase; hízose ungir por San Bonifacio, y mediante las armas y una buena administración pudo realizar la

unidad de la Francia, e impuso un tributo a los Sajones idólatras. A instancias de Esteban, que bendijo la nueva dinastía y confirió el título de patricios de Roma al rey y a sus dos hijos, Pepino pasó a Italia y obligó a Astolfo a cederle la Pentápolis y el Exarcado, que él regaló luego al pontífice.

Aquí comienza el dominio temporal de los papas, que abarcaban a Rávena, Rímini, Pesaro, Cesena, Fano, Sinigaglia, Jesí, Forlimpopoli, Forli, Montefeltro, Acceragio, Montlucati, Serra, Castel San Mariano, Bobro, Urbino, Cagli, Luculi, Agubio, Comacchio y Narmi. Eran propiamente los pueblos, los que querían sustraerse a la innoble y arrogante dominación griega, y evitar la de los Bárbaros; así es que invocaban la independencia bajo un príncipe electivo, y la tranquilidad bajo un sacerdote inerme.

Apenas hubo Pepino pasado los Alpes, cuando Astolfo se dirigió contra Roma, y habiendo devastado sus alrededores la puso sitio. El Papa recurrió de nuevo a Pepino, el cual venció otra vez a Astolfo y le obligó a pagar un tributo y a reconocer en el Papa el dominio del Exarcado. Entrado que hubo en Roma, depositó en el sepulcro de San Pedro las llaves de Rávena y de las otras ciudades, rehusando los ofrecimientos que le hacía el emperador griego en cambio de la restitución de los países conquistados.

Desiderio, nuevo rey longobardo, prometió ser fiel a los pactos de Astolfo, y añadir a las donaciones de Pepino, las tierras de Imola, Gavello, Faenza y el ducado de Ferrara. Pero apenas se hubo asegurado el trono, sembró el estrago en la Pentápolis, e invitó al emperador griego a que mandase tropas con que reconquistarla. El Papa recurrió nuevamente a Pepino: pero éste se moría, y estaban reservadas a su sucesor la destrucción del reino Longobardo y la renovación del imperio romano.

100.- Carlomagno

Según la antigua costumbre de distribuir entre los hijos una porción del país franco y una del romano, Pepino repartió el reino entre Carlomán (245) y Carlos. El primero, que reunía escasas dotes, murió al poco tiempo; y el segundo se halló al frente del Estado más poderoso de Europa, y mereció el título de Magno.

El rey Desiderio solicitó su amistad dándole por esposa a su hija Ermengarda, y prometiendo restituir las tierras al Papa. Pero no tardó en molestar a éste, fomentando las sediciones que estallaban de acuerdo con los Griegos de la Campania; se amparó, por fin, del Papa; mandó sacar los ojos a sus fieles, violando el asilo de las iglesias; devastó la Pentápolis, se dirigió contra Roma y suscitó rivales a Carlomagno, que repudió a la hija del desleal monarca. Entonces el Papa Adriano solicitó de Carlos la protección a la Iglesia, de la cual era defensor oficial. Habiendo procurado en vano la conciliación, Carlos se dirigió contra Desiderio, y favorecido por las discordias suscitadas entre los Longobardos y por la aversión en que los Italianos tenían a estos, con poco trabajo conquistó la península, hizo prisionero al rey enemigo, y así

terminó el reino de los Longobardos que habían pesado sobre Italia durante tres siglos sin hacerse amar y sin producir un gran hombre siquiera. Carlos obtuvo en Roma un solemnísimo triunfo (246), no como rey extranjero, sino como patricio, y allí ratificó con las más solemnes formas las donaciones de Pepino. Como no iba seguido de una nación nueva, no le fue preciso despojar a los antiguos propietarios; confirmó en la posesión de sus títulos y bienes a los señores que le juraron fidelidad, y conservó el título de rey de los Longobardos. El duque de Benevento conspiró con los de Espoleto, del Friul, del Clusio, y con Adelchi, hijo de Desiderio; mas fueron vencidos, entonces Carlos abolió los ducados, y aquellas vastas provincias fueron divididas en cantones, presididos por condes, que estuvieron bajo la vigilancia de un conde palatino. El ducado de Benevento conservó el nombre de Lombardía.

774

Carlos llevó a Italia a su hijo Pepino, de edad de seis años, y habiéndole dado la investidura de este reino, hizo que le ungiera el Papa Adriano. El reino de Italia ocupaba la parte superior de la península, y en la meridional los Griegos conservaban a Nápoles, Gaeta, Otranto, Amalfi, Sorrento, la Sicilia y por algún tiempo también la Córcega y la Cerdeña, en lucha con los duques de Benevento. Otras ciudades marítimas había que, prestando homenaje a los emperadores griegos, vivían en libertad, como Pisa, Génova y Venecia. Esta última se había formado en las islas de la laguna, por los que huían de Altino, Aquilea, Oderzo, Concordia y Padua, destruidas por Atila; durante la invasión de los Bárbaros, acudieron a unírseles nuevas gentes; pero los primeros no concedieron a los últimos todos sus derechos civiles y políticos; de donde resultó una nobleza procedente del más legítimo origen. Gobernábanse por el sistema municipal, y conservaron del imperio de Constantinopla una dependencia más bien honorífica que de hecho. Se dedicaron a la pesca, al comercio, y a la explotación de la sal. El patriarca de Aquilea se trasladó a Grado; otros obispos residieron en otras islas; Paolucio Anatesio fue el primer dux vitalicio elegido, en quien estaba concentrado el poder de los nobles, cuya ambición y preponderancia enfrenaba, sin que él mismo pudiese ejercer un poder despótico. Los Venecianos se defendieron de los Esclavones, de Carlomagno y de los piratas de la Istria.

Venecia

480

En la Germania, Carlomagno empuñó la espada para reprimir otras irrupciones de los Bárbaros y organizar a los sumisos. Los más molestos fueron los Sajones, a los cuales exterminó, degollando a

más de 4500 prisioneros en Werden, y con la fuerza implantó allí el cristianismo y los principados eclesiásticos
764
Domó también a los Turingios, a los Bávaros, a los Ávaros, a los Eslavos y a los Daneses, haciéndose preceder o seguir siempre de misioneros que procuraban y hasta forzaban la conversión. Preparó una flota con la cual reprimió a los Musulmanes, que asediaban la isla de Mallorca, la Córcega, la Cerdeña, y hasta Niza y Civitavecchia; sostuvo a los Españoles en la lucha contra los Árabes; pero sus paladines, en la retirada, fueron exterminados en Roncesvalles, figurando entre ellos Orlando, o Roldán, conde de Bretaña, que adquirió gran fama en las novelas del tiempo de las Cruzadas.

Obedecía entonces a Carlomagno la Francia entera y la mejor parte de los pueblos occidentales; tenía por tributarios a los Eslavos, establecidos entre el Báltico y Venecia, a los Bohemios, a los Moravos, a los Esclavones y a los Croatas; enemigo temido de los Árabes, solicitaron tenerlo por aliado los Griegos de Constantinopla y los Normandos de la Escandinavia. El título de patricio lo hacía patrono de la Iglesia, de los pobres, de los oprimidos, pero no le confería soberanía alguna sobre Roma; sin embargo, era protector y amigo de los papas. León III, salvado de una revuelta de señores romanos, visitó a Carlomagno en el campo de Paderborn, donde los señores Germanos le tributaron homenaje, y lo acompañaron en su solemnísimo regreso. También llegó a Roma Carlomagno, y en la fiesta de Navidad el Papa le puso en la cabeza la diadema de oro; el pueblo gritó: «Vida y victoria a Carlos, grande y pacífico emperador, coronado por la voluntad de Dios.»

789
Carlomagno emperador
800
Aquello era renovar el símbolo político y la antigua dignidad del Imperio, y realzar por ende la estirpe romana, hasta entonces servil ante los conquistadores. Roma se hacía independiente de Constantinopla; y el emperador se constituía en jefe de toda la cristiandad, acogida a la Iglesia universal. Toda autoridad procedía de Dios, quien la trasmitía a su vicario en la tierra; este, conservaba para sí la espiritual, y la temporal recaía en el emperador, no hereditario, sino electo según su mérito, mediante el hecho de jurar la observancia de la ley de Dios y los pactos políticos celebrados con los pueblos; de lo contrario, perdía la corona. En cambio el emperador, cual administrador temporal de la cristiandad, alcanzaba supremacía sobre todos los reinos y sobre la misma Roma, la cual volvió a ser capital del mundo. Este concepto es necesario para comprender toda la historia de la Edad Media; la idea del Imperio era moral y política; y sería injusto imputar a Carlos y a León los males que de ella resultaron, cuando la unidad combinada a la sazón se convirtió en una discordia, perjudicial a entrambos, y que sin embargo fue provechosa para la humanidad.

Carlomagno fundó así una constitución que, hasta nuestros tiempos, unía la Europa central y todos los pueblos de Occidente con el nombre de cristiandad, producía el íntimo acuerdo de la fuerza con el derecho, y facilitaba la difusión de las mejoras en la vida y en el pensamiento. Los príncipes más poderosos ambicionaban la dignidad imperial, lo cual fue causa de movimiento y de civilización. Los papas, como tutores de los pueblos y de los príncipes, se constituían en apoyo de éstos contra los abusos imperiales, favoreciendo así la libertad política, que más tarde había de volverse contra ellos.

Instituciones civiles

Carlos no fue Magno únicamente por sus conquistas, pues lo fue más bien por sus leyes, con las cuales quiso introducir en su vastísimo dominio una unidad de administración, contraria a las ideas germánicas. El reino de los Francos era todavía electivo, aunque en la descendencia de los Pepinos. No tenía capital fija, si bien Carlomagno solía detenerse con frecuencia en Aquisgrán (247), rodeado de una corte civil y eclesiástica. Concedió a sus hijos más jóvenes la Lombardía y la Aquitania. Desaparecieron los mayordomos de palacio, y los ducados fueron repartidos entre condes, jefes militares y civiles, siendo los más poderosos los fronterizos (margraves) no hereditarios; los condes presidían los litigios de los hombres libres. Algunos missi imperiales recorrían las provincias para hacer justicia y recibir las quejas de los que creían no haberla obtenido; reunían en asambleas provinciales a los condes, a los obispos, a los abates y a los vasallos, con algunos regidores y hombres buenos. En estas asambleas se examinaban los asuntos eclesiásticos y civiles, y la administración de las quintas reales.

Los esclavos carecían de derechos civiles, pero no de libertad personal; se hacía aún tráfico con ellos, mayormente con los que procedían de países idólatras o mahometanos.

Carlos convocaba frecuentemente las asambleas generales, en las que se discutían los asuntos de más trascendencia. Al adquirir el imperio mayor extensión, les fue difícil, y aun imposible, a muchos hombres libres, asistir a estas dietas; de modo que al fin solo concurrieron señores laicos y eclesiásticos, condes y magistrados. Allí el emperador recibía los donativos, discurría con los señores y discutía las propuestas como los demás; escuchaba las necesidades del pueblo, y eran muy varios y numerosos los asuntos que en tales asambleas se trataban. De allí tomaron origen los Capitulares, que forma una colección de leyes antiguas y nuevas, mezcladas con decisiones de los concilios, con instrucciones y comisiones, con nóminas, recomendaciones y gracias, sin constituir, empero, una completa legislación. La más alta sabiduría se codea con pueriles ingenuidades; con más frecuencia que el mandato se ve la exhortación; restos de barbarie con refinamientos progresivos; consérvanse los procedimientos judiciales de los distintos pueblos que constituían el imperio.

Capitulares

Ejército Para la defensa nacional se armaban todos los hombres libres; para las expediciones particulares, los condes llevaban al campo a la juventud, escogida entre sus vasallos, y cada ariman se proveía de trajes, armas y víveres. Este eriban ejecutaba únicamente las expediciones consentidas por la nación; pero el rey tenía además la banda de vasallos suyos, voluntarios o pagados, que empleaba donde quería. Los vasallos de las iglesias y de los monasterios eran conducidos por el obispo o por el abate.

Como cada jefe tenía que mantener a sus propios soldados, el reino estaba libre del gasto más pesado, tanto más cuanto que se pagaba a los magistrados con beneficios y con una participación en las multas. La corona poseía tierras propias o tributarias, cuya administración corría comúnmente a cargo de la reina. El fisco percibía además derechos sobre los ríos, las plazas, los puertos, los puentes y los caminos.

Rentas

Fomentaban el comercio las ferias, que se celebraban con ocasión de los consejos, o durante las fiestas religiosas. Carlomagno protegió los oficios, la agricultura y la minería; pero mal podían prosperar las artes dado aquel sistema de guerra, y en las providencias del monarca con frecuencia no se puede alabar más que la buena intención.

La Iglesia Lejos de mostrarse celoso de la Iglesia, Carlomagno comprendió la utilidad de su poderío y se valió de él para contener a los Bárbaros, y civilizar y organizar a los pueblos; dio alquerías, fundó iglesias y tantos monasterios como días tiene el año, según dicen las crónicas; impuso el diezmo a los recién-convertidos a beneficio de la Iglesia y de los pobres; consolidó la jurisdicción de los eclesiásticos, a quienes incumbían no solamente las causas de los curas, sino que también las de los matrimonios y los testamentos; la elección de los obispos fue restituida a los eclesiásticos y al pueblo. Los obispos procuraban conservar y mejorar la disciplina; los monjes crecían en rigidez; en varios concilios se decretaban reformas; se exterminaban las herejías, multiplicábanse los libros rituales, y Carlomagno hubiera querido uniformar la liturgia.

Carlomagno campea en todos los acontecimientos de su siglo; soldado, legislador, docto, religioso, sencillo en el cuidado de su persona, fastuoso en la corte, venerado por los papas y por los emires árabes, ha sido objeto de novelas y poemas como los héroes de Troya. Tuvo guerras continuas, no para conquistar, sino para defender su territorio; por ellas fue obligado casi inevitablemente a conculcar derechos y exigir gravosísimos sacrificios. Habiendo comprendido el cambio que se operaba en la sociedad, se puso al frente de ella, aceleró la fusión de los Galos con los Francos, y de los Bárbaros con los Romanos; convirtió al clero en el lazo que, mejor que la conquista, iba a unir a naciones diversas, y trató de

establecer una jerarquía, como la eclesiástica, donde todos adoptasen por jefe a un solo gobernante.

A sus cualidades de gran hombre unía los vicios del bárbaro; nadie querrá disculparle por la matanza de los Sajones; cambió de mujeres, y la fama no respetó sus costumbres ni las de sus hijas. Dividió entre sus hijos las tres diversas naciones: franca, longobarda y romana de Aquitania Señaló esta última a Luis; a Bernardo, hijo de Pepino, la Italia, y a Carlos la Austrasia y la Neustria, quedando la unidad imperial en Luis. Murió el día 27º del año 814, a la edad de 72 años, y fue sepultado con un evangelio de oro sobre las rodillas, y con las insignias imperiales, pero con un cilicio (248) debajo de ellas. En su testamento hacía muchas donaciones a iglesias, pero no hablaba de Roma, dominio de los papas, ni de la dignidad imperial, que había de ser conferida por el Papa mismo, por cuanto las instituciones germánicas establecían que el protector fuese elegido por el protegido.

101.- Letras y artes

También en la Grecia había decaído tanto la literatura, que un tal Juanillo de Rávena fue colmado de alabanzas y honores porque sabía leer correctamente en latín una carta griega. Juan Damasceno escribió la Exposición exacta de la fe ortodoxa, primer sistema completo de dogmática, y es también el autor de los Paralelos sagrados.

Carlomagno empezó muy tarde a aprender a escribir; y sin embargo tenía vastos conocimientos, razonaba con precisión sobre puntos jurídicos y teológicos, apreció y protegió a todo el que daba pruebas de sana inteligencia, fundó escuelas, llevose consigo a Paulo Varnefrido, historiador de los Longobardos, y dio a Pedro de Pisa la dirección de las escuelas de palacio, a las cuales asistía la corte toda. Esta escuela fue confiada después a Alcuino, hombre superior a su siglo, que en lengua inculta, con duro estilo y profusión de adornos compuso muchos libros, en los cuales demostró conocer los mejores autores sagrados y profanos, y se dedicó a corregir los manuscritos alterados o mutilados por ignorantes amanuenses. Con él rodeaban la mesa de Carlomagno obispos y abates versadísimos en las doctrinas sacerdotales. Otros sabios acudieron de Hibernia, y con ellos fundó Carlos escuelas, no solamente para las primeras familias, sino que también para las clases media e inferior. Al efecto mandoles escribir libros elementales. Llevó de Italia cantantes y músicos, convencido de que la música dulcifica las costumbres. En el venerable Beda encontramos apuntadas las causas de las mareas, y sostenida por el irlandés Virgilio la forma esférica de la tierra y la existencia de los antípodas.

Las pocas cartas que han quedado de aquella época, dan testimonio del extremado descuido en que se tenían la lengua y la

sintaxis. Los libros pecan al contrario por un cuidado excesivo, afectando términos extravagantes y metáforas extrañas y acumuladas. Adelmo, obispo inglés, escribió treinta y seis versos, en los cuales se halla el primero leyendo el último al revés, el acróstico leyendo hacia abajo y el telóstico hacia arriba.

El venerable Beda de la Northumbria (672-735) sabía latín, griego, poesía, aritmética, astronomía, música; y es notable su Historia eclesiástica de Inglaterra. Pablo, diácono del Friul, reunió precedentes recuerdos para escribir la Historia de los Longobardos hasta Rotaris. Eginardo, franco de allende el Rin, favorito de Carlomagno y sus sucesores, escribió los anales de los mismos.

Las bellas artes habían ido siempre en decadencia., pero no hay que achacarlo únicamente a los Bárbaros. El godo Teodorico había puesto cuidado en conservar y restaurar los edificios públicos, por medio de leyes y dinero; y también fabricó en Rávena palacios, pórticos y acueductos, la Basílica de Hércules, San Martín y San Andrés de los Godos; en conmemoración suya fue edificada la Rotonda, cuya cúpula está formada de una sola piedra de diez metros de diámetro. Las construcciones romano-bizantinas más notables se ven en Rávena.

Orden gótico

Nada prueba, sin embargo, que los Godos conociesen la arquitectura gótica. La flaqueza de las columnas, el sobrecargo de ornamentos, las alturas desproporcionadas, defectos de los edificios de entonces, los hallamos hasta en Oriente. Las iglesias allí edificadas por Constantino y por Justiniano, no eran transformaciones de antiguos edificios, por lo cual pudo dárseles más francamente el tipo cristiano. Por falta de columnas, se aumentó el uso de los arcos, alargando a veces la parte inferior; se introdujeron las cúpulas, no ya apoyadas sobre un cilindro que surgía del terreno, sino formadas por un casquete apoyado en un tambor, que por medio de pechinas se enlaza con un cuerpo de edificio angular. Muchos santos y obispos son elogiados como hábiles constructores, y algunas comunidades religiosas se ocupaban en hacer caminos y puentes.

También los reyes Longobardos hicieron construir palacios e iglesias, con esculturas y pinturas, representando a menudo figuras extrañas y ridículas.

En aquel tiempo aumentó el uso de los mosaicos; perfeccionáronse los vidrios de colores; las obras de metales preciosos, como las del tesoro de Monza, prueban que ni aun estas artes se habían perdido; y se cuentan maravillas de la habilidad atribuida en platería a San Eloy de París.

Las artes tuvieron mucho que hacer en la multitud de edificios encargados por Carlomagno en todas partes, principalmente en Aquisgrán; sacáronse columnas, capiteles y mosaicos de Roma y Rávena; difundiose por la Germania el amor a la miniatura y a los libros; y es posible que los artistas llamados por el monarca del otro lado de los Alpes fundasen una escuela, que haya servido de fundamento a las logias en que los Francmasones se trasmitían

ciertas doctrinas y procedimientos sobre el arte de construir.

102.- China. El Tíbet

Después de Confucio viene el reinado de la guerra, es decir una serie de discordias entre los diversos Estados de la China, hasta que el rey de Tsin sojuzga a los demás, dando principio a la 4ª dinastía de los Tsin (248 a. de C.). Chao-siang rechazó a los Tártaros y construyó la famosa muralla; persiguió a los literatos y destruyó todos los libros de historia.

No tardó en alcanzar el poder la 5ª dinastía de los Han occidentales (202 a. de C.) por obra de Cao-tsu, en la cual fue famoso Venti, que criaba gusanos de seda en su propio palacio, hizo lo posible por restablecer los anales de aquel antiquísimo imperio y los libros canónicos, en cuya empresa ayudó mucho la reciente invención de formar el papel con el bambú machacado, y aquella tinta que es tan estimada aún entre nosotros. Entonces el imperio se puso en relaciones comerciales con los vecinos, extendiéndose hasta el Caspio.

La dinastía de los Han orientales (25 d. de C.) pudo devolver al imperio sus antiguas fronteras, rechazando a los Yung-nu y a otros bárbaros invasores, y tuvo gran dominio en el Asia central, pero el partido de los gorros amarillos y la ambición de varios príncipes descompusieron el Estado, tanto como las continuas correrías de los Tártaros, de los Mongoles y de los Manchúes. Los Chinos conocieron a los Romanos, de los cuales tenían formada una grande idea; pero no querían mandarles seda, por no perjudicar sus propias manufacturas. Solo un embajador de An-tun (Antonino) pudo llegar a la corte de Huang-ti.

Budismo En aquel tiempo se extendió la religión de Buda, como hemos dicho al principio de este compendio. Seis siglos antes de Jesucristo osó Buda declarar la guerra a las creencias establecidas y a la casta sacerdotal; introdujo un culto más puro y proclamó la igualdad de los hombres. Perseguidos, sus secuaces se dispersaron por Arman, Malaca, el imperio Birmano y el Japón (632 antes de Jesucristo) y más tarde llegaron al Tíbet, que fue su centro, propagando una doctrina moral entre pueblos que no tenían ninguna. Clamo

En la China (390 años antes de Jesucristo), habían penetrado algunos libros budistas; pero sólo en el año 64, después de Jesucristo, fue trasladada allí esta religión bajo el nombre de Fo. Los letrados la rechazaron siempre, pero fue aceptada por muchos, corrompida por la superstición de los bonzos, que afectaban extrañas penitencias, e inventaban milagros. El dios de los budistas está generalmente representado por un dragón, o bien por un hombre agachado con un enorme vientre y la cabeza bamboleándose. Por lo

demás, la doctrina varía según los pueblos a que es llevada; pero en el fondo establece la trasmigración de las almas hasta que llegan al aniquilamiento.

A la dinastía de los Han-orientales sucedió la de los Tsin, turbada también por letrados y eunucos, y arrojada después por Lieu-yu fundador de la VIII dinastía de los Sung (400), pronto sustituida por la de los Tsi (483), poco alabada, y por la de los Liang (502). Alteradas las creencias nacionales por los Budistas y por los Tao-sse, tratose de resucitar la filosofía de Confucio; pero prevalecieron los bonzos, y fueron protegidos por la dinastía XI de los Chin (557). Bajo la de los Sui (589) el Norte y el Mediodía volvieron a unirse, y Yang-ti se granjeó el título de Sardanápalo de la China, merced a las grandes obras públicas con que dotó a su país. La dinastía de los Yang (608) abolió doce pequeñas dinastías que se habían formado en el imperio, y tuvo un héroe en Tai-tsung, que ensanchó sus dominios hasta la Persia, el Altai y el Tang-nu, e iban a prestarle homenaje los príncipes del Nepal y del Maghada en la India, y el shah de Persia; el emperador romano le mandó rubíes y esmeraldas; prestole obediencia hasta la Península de la Corea, y escribió el Espejo de oro sobre el arte de reinar. Su reinado duró 23 años, y se señaló además por haber presenciado la primera introducción del cristianismo, verificada en 635 por O-lo-pen, cura nestoriano, como consta en una famosa inscripción, descubierta en Si-ngan-fu por unos misioneros en el año 1625.

Los sucesores de Tai-tsung tuvieron mucho que hacer con los Tibetanos (249), que ocupaban el Asia central, y se ensancharon, ayudados al principio y contrariados después por los Árabes que se establecían en la Persia. Harun-al-Raschid expidió embajadores a la China. La XIII dinastía de los Cha-en (907) aumentó las relaciones exteriores. En 721 fue llamado el bonzo Y-hang, quien enseñó una astronomía que fue clásica, y que probablemente había aprendido de los Indios, de los cuales tradujo varias obras e hizo la triangulación de todo el imperio, que ocupaba entonces 26 grados y medio de Levante a Poniente y 31 de Norte a Sur.

El Tíbet

El Tíbet se extiende, desde la vertiente septentrional del Himalaya, hasta el Occidente de la China, al Mediodía del Turquestán (250) Chino y al levante del Turquestán Independiente, entre montañas y llanuras elevadísimas. No habiendo conocido el alfabeto hasta el siglo VII, los naturales carecen de tradiciones escritas, pero creen descender de una especie de monos. Aliáronse con los Chinos contra los Jug-nu. Hacia el año 632 fue introducido entre ellos el budismo, cuya religión, no combatida por Letrados ni Brahmanes, se difundió, enseñó la escritura y moderó la fiereza nativa con máximas de una moral pacífica y piadosa. Algunos religiosos introdujeron el Kangiur, cuerpo de la doctrina de Sakia-Muni, en 108 volúmenes. Fundáronse muchos conventos, con el supremo lama al frente, encarnación de Buda (251). Siguen inmediatos a él cinco grandes lamas, que forman su consejo, y eligen su sucesor. Poco a poco fue compilada la gran colección de los libros tibetanos. De allí el budismo se propagó al Mogol, donde fueron

traducidos los libros canónicos. El puesto de gran lama fue muy ambicionado, porque unía la autoridad de príncipe a la religiosa; pero se dividió en las dos sectas del gorro encarnado y del gorro amarillo, y en el día los lamas dependen del emperador de la China. Los Tibetanos son actualmente dulces y afables, afeminados y llenos de supersticiones, con ritos y fiestas de evidente origen indio.

Libro X

103.- Los Carlovingios

El grandioso pensamiento de Carlomagno consistía en oponerse a las nuevas incursiones de los Árabes, de los Eslavos y de los Germanos, y al fraccionamiento interior, reuniendo los Estados cristianos en un gran todo, sometiendo las razas extranjeras, extirpando las creencias enemigas, adoptando los adelantos de la civilización romana, la libertad de los Germanos no emigrados y la nueva organización de los emigrados, para constituir un Estado con la administración imperial, con las asambleas populares y con el patronato militar. Pero ninguno de sus hijos tenía fuerza bastante para realizar la constitución del país, que se extendía desde el Elba hasta el Ebro, y de la Calabria al mar del Norte, y las naciones que comprendía se disgregaron descomponiendo la unidad. Persistieron los gobiernos locales, el orden de la magistratura y de la propiedad, y el imperio occidental; pero el dominio se dividió súbitamente en los tres reinos de Italia, Francia y Germania, y otros menores; a la primera partida de Bárbaros, ya establecida, siguieron otras, los Eslavos al nordeste, y los Normandos al noroeste. En la Persia se acrecentaba el poderío mahometano, que amenazaba a la España y a la Italia; en medio de tal desquiciamiento y confusión, el único poder ordenador que subsistía era la potestad eclesiástica.

Luis el Piadoso, educado religiosamente, corrigió los escándalos dejados por su padre, reparó las faltas de las conquistas, tomó bajo su protección a los Hebreos, que se dedicaron al comercio, y vigiló la disciplina eclesiástica y la libertad de las elecciones.

Dividió el reino entre sus tres hijos, asociándose al primogénito Lotario en el imperio, con supremacía sobre los otros. Pero no tardaron en romper, y dieron principio a guerras que parecían de personal ambición, cuando en realidad eran las diferentes naciones que aspiraban a la independencia; aquí las razas tudescas, allí las romanas, teniendo al frente a príncipes de la familia imperial. En todo se metía el clero, cuya eficacia crecía a medida que se acentuaba la debilidad universal. Luis, agobiado por tantas contrariedades, renunció a la corona, y fue consignado a la autoridad eclesiástica para que lo degradase, pero pronto fue repuesto en el trono, y se hizo un nuevo reparto del imperio, cuya

unidad mal podía combinarse con la división usada por los Merovingios. Origináronse nuevas guerras; en la batalla de Fontenay se hallaron frente a frente los hijos de los Velchos y los de los Teutones, quienes hicieron luego una alianza, pronunciando un juramento, no ya en el lenguaje del clero, adoptado hasta entonces en todos los actos, sino en la lengua vulgar de la Galia y la Germania, de que dicho pacto es el monumento literario más antiguo. Pro deo amur et pro christian poblo et nostro comun salvament, dist di en avant, etc.
883

839

En tanto las guerras civiles destrozaban la Aquitania; los Bretones y los Normandos devastaban la Neustria; los Sarracenos la Gotia, la Provenza y la Italia; allende el Rin se sublevaban los Sajones; los Eslavos se aprontaban para arrojarse sobre su presa, los señores habían quedado abatidos por la guerra; gemían los pueblos cansados; de consiguiente la paz fue aceptada en Verdún, en cuyo tratado fue repartida la Francia entre tres pretendientes, quedando la parte oriental separada de la occidental; los Galos tomaron el nombre de Franceses, los Lombardos el de Italianos, y los Germanos el de Alemanes. Entre los dominios de los hermanos, serpenteaba el de Lotario, que comprendía a Roma y a Aquisgrán. Cada cual se aplicó a aquietar la parte que le había tocado; pero los barones habían perdido el hábito de la obediencia, y convertían cada castillo en un principado independiente. Diferentes veces, los tres reyes trataron de unirse para domar a los rebeldes o resistir a los invasores, o aliarse para fortalecerse, y hasta creyeron útil asociar a los obispos a la autoridad seglar. Pero el reino de Carlomagno se hallaba definitivamente dividido en los tres de Francia, Germanía e Italia; y el sistema personal, que había dominado con Carlomagno, era sustituido por la unidad territorial.
843

104.- Los Carlovingios en Francia (840-888)

La serie de los Carlovingios de Francia empieza desde Carlos el Calvo, hijo del segundo lecho de Luis el Piadoso. Hombre débil, vio su reinado perturbado continuamente por incursiones exteriores e intestinas discordias, en las cuales se solicitó el auxilio de los Normandos, y hasta de los Árabes. Los condes de Poitiers, Tolosa y

Barcelona, y el duque de Bretaña, aspiraban a una vida independiente; los monasterios acrecentaban sus bienes hasta igualar a los ducados, y los curas dominaban en las asambleas, adquirían jurisdicciones cada vez mas extensas, y enfrenaban a los reyes. Carlos fue también coronado emperador en Roma, envanecido de lo cual, afectaba hábitos, costumbres y lenguaje diferentes de los Francos.

875

877 Sucediole su hijo Luis el Tartamudo, que reinaba en la Aquitania hacía 10 años, y que, además de las guerras fratricidas a que parecieron condenados los Carlovingios, tuvo que luchar con los señores provinciales, y asegurar sus franquicias, para que consintieran en que fuese coronado. Más trabajoso fue el gobierno para sus hijos Luis III y Carlomán, quienes se dividieron el reino, que fue después concentrado en Carlos el Gordo, ya rey de Germania, Baviera, Sajonia y Lombardía, y emperador además. Reunía, pues, toda la herencia de Carlomagno, pero no reunía las dotes necesarias para gobernarla; compró la paz de los Normandos por medio de dinero, después de lo cual fue destituido de emperador, y murió pobre y resignado.

879

883

Entonces fue definitivamente desmembrado el reino de Carlomagno; los diferentes pueblos eligieron reyes nacionales, sin tener en cuenta su estirpe; y el imperio fue disputado por Guido de Espoleto y Berenguer del Friul, tocando la Germania a Arnolfo, y la Francia a Eudes, conde de París. Pero los reyes tenían que someterse en adelante a la voluntad de los barones, y cederles los mejores privilegios de la corona, hasta la herencia de los feudos y de las dignidades; con lo cual se constituyó el verdadero feudalismo. Algunos países se sustrajeron a toda dependencia, como las dos Borgoñas, la Navarra, la Gascuña y la Aquitania.

105.- Incursiones de los Sarracenos

Carlomagno había contenido con su espada las hordas sarracenas, normandas, húngaras y eslavas; pero a la muerte del gran emperador, alimentaron los bríos de estos invasores. Mas no encontraban, como al fin del imperio romano, gente embrutecida por la servidumbre y los vicios, sino generaciones de robusta vida, armadas para la defensa del propio hogar. Los Sarracenos, que entonces se hacían señores de la Persia, fueron rechazados de Francia por Carlos Martel y por los condes de Aquitania, de Navarra y de Barcelona, condado este último que les sirvió de barrera.

Pero de los puertos de África acudieron otros Sarracenos a piratear por el Mediterráneo y sus costas; devastaron la Cerdeña, las Baleares, Niza y Centumcelle; y como eran dueños del estrecho de Gibraltar, y por lo mismo de la parte occidental del Mediterráneo, del mismo modo que dominaban ya la parte oriental, hacían dudar si sería el Oriente o el Occidente el rey del mar. Corriéronse hasta la Provenza y se establecieron en Fraxineto, desde donde pasaron los Alpes Marítimos e incendiaron a Acqui; apostados en San Mauricio, estuvieron haciendo correrías por Italia, la Borgoña y la Suevia (252), perturbando el comercio y las peregrinaciones. Los duques y los señores, al cabo de mucho tiempo, lograron expulsarlos.

Los Sarracenos en Sicilia La Sicilia no había caído jamás en poder de los Longobardos, y el imperio griego enviaba un patricio a gobernarla y sacarle el jugo. l`l gobernador Eufemio robó una religiosa de Mesina, y para evitar el merecido castigo, se dirigió a Zaidat-Allah, emir del Kairuán, prometiéndole vasallaje si le ayudaba a conquistar su patria y el título de emperador. Efectivamente, con tal auxilio se hizo rey de Sicilia. Pero los naturales le dieron muerte y rechazaron a los Sarracenos; éstos volvieron en mayor número, tomaron a Palermo, convirtiéndola en sede de sus emires, que completaron y regularizaron la conquista. Ensoberbecidos con esto, negaron obediencia a los príncipes de África, lo que dio origen a disidencias, en medio de las cuales los Cristianos renovaron frecuentes tentativas para recuperar la patria.

827
831
847 Ya los Sarracenos habían maltratado y saqueado repetidas veces las costas de Italia, y ocupado a Bari, a Tarento y la isla de Ponza. De Centumcelle se dirigieron a Roma; pero el Papa León IV se puso al frente de las tropas y de los ciudadanos, rechazó a los Sarraceno hacia el mar, fortificó a Orta y Ameria y los barrios de allende el Tíber, que llevaron el nombre de ciudad Leónica.
847
Ciudad Leónica
Los Sarracenos continuaron sus devastaciones; Luis II trató de oponerles una liga de todos los Italianos, con los cuales los expulsó de todas partes, y hasta de Bari y de Tarento, al cabo de larga resistencia. Pero merced a la ayuda del emperador de Oriente y a las discordias de los habitantes de la Campania, llegaron nuevos refuerzos de África y de Sicilia, y los Sarracenos recorrieron toda la Península meridional, saquearon los conventos de Monte Cassino y de Volturno, y se internaron hasta Tívoli. El Papa Juan VIII pedía auxilios a Carlos el Calvo y a todos los príncipes, pero no pudo salvar a Roma sino mediante el tributo anual de 26000 monedas de plata.
366
1016 Las discordias intestinas de los Sarracenos retardaron sus empresas; y los hijos del país, los príncipes de Benevento y Capua,

los Pisanos y el Papa redoblaron sus esfuerzos para arrojar al enemigo común, logrando al fin expulsarlo hasta del Garellano. Benedicto VIII hizo armas contra los que se habían estacionado en Luni, y los derrotó; adujo luego a Pisa y a Génova a sitiarlos con la flota en Cerdeña, de donde fueron arrojados; y persiguiéndolos más tarde hasta el África, les obligaron a negociar la paz. Por fin los nobles de Pisa, ayudados por Génova y por los marqueses de Lunigiana, arrebataron la Cerdeña de manos de los Sarracenos, siendo dividida entre los vencedores; más tarde invadieron a Palermo, y con las riquezas tomadas construyeron su catedral.
1022
Según la tradición, un tal Colona recuperó la Córcega de los Sarracenos. Estos permanecieron largo tiempo en la Sicilia, después de haber rechazado a los Griegos, cuyos gobernadores se retiraron al continente, lo que dio origen a las Dos Sicilias. La dominación árabe fue tristísima para los naturales, perseguidos hasta en sus creencias religiosas, si bien por último los vencedores toleraron el culto y los usos patrios. Los Árabes introdujeron en la isla sus doctrinas, el cultivo del algodón, la morera, la caña de azúcar, el fresno que produce el maná, el alfónsigo. Allí, como en otros puntos, los jeques, o jefes de familia, adquirieron poder con perjuicio de la autoridad del emir; y el país quedó dividido entre una infinidad de pequeños señores, que se hostigaban entre sí. Uno de estos se dirigió al normando Rogerio (253), que guerreaba entonces en la Calabria, y le excitó a emprender la conquista de la isla, lo que llevó a cabo con infatigable valor, arrojando a los Sarracenos de Sicilia.

1091

106.- Normandos

Los Teutones procedentes del Asia que ocuparon el Norte de Europa, [sic] tomaron varios nombres; llamáronse Germanos o Francos los que se instalaron en territorio del Imperio; y Normandos los que se quedaron en la península escandinava e islas adyacentes. Dicen que Odín guió al Báltico a los Germanos que se mezclaron con los pueblos indígenas; los Godos tomaron el nombre de Danos; la población del Jutland engendró aquellos Sajones y Anglos que conquistaron la Gran Bretaña; en los puntos meridionales se mezclaron mucho más los Teutones y Escandinavos; y en la Suecia se conservó por largo tiempo la distinción entre Suecos y Godos, como razas conquistadoras y vencidas. Más que a la agricultura, les convidaban a la caza y a la pesca las selvas y los lagos. Tenían muchos reyes supremos y muchísimos reyes tributarios, y a estos seguían los condes, los capitanes y los vasallos. Los reyes,

elegidos por el pueblo entre la estirpe de Odín, eran pontífices, jueces y generales.

Los Normandos son, después de los Helenos, el pueblo que más figura en la historia, y los que formaron la aristocracia de los tiempos nuevos. La religión de Odín los acostumbraba a las empresas y a la sangre, pues prescribía el sacrificio de niños y hombres. En el mar se sentían presos de un valor frenético, y afrontaban los mayores peligros contra las tormentas y las armas. Por medio de sus correrías por mar obtenían lo que les negaba la tierra, y hasta en los tiempos romanos infestaban las costas de la Galia Céltica y de la Armórica. Después se arriesgaron a emprender viajes que apenas fueron repetidos después de la invención de la brújula. Conquistaron las Hébridas; descubrieron las islas Feroe; conocieron el Winland (254), las Órcadas, la Islandia, y quizá la Carolina. En la Islandia se fijaron muchos señores, que conservaron allí la lengua y las tradiciones escandinavas; el cristianismo pronto fue introducido en aquel país por los reyes de Noruega. Los monumentos literarios más antiguos de la Islandia son los Runos, de quince caracteres, que servía no solamente para inscripciones, sí que también para composiciones extensas. Lo había enseñado Odín, y era mágica la eficacia de cada, letra. Los escaldas, poetas, diplomáticos, embajadores, componían versos de complicadísima forma, cuyas variedades ascendían a 136, formando estrofas. El último escalda fue Sturle Thordson, que escribió la historia de la Escandinavia. La colección de sus sagas, debidas a catorce escritores, forma el Edda, que contiene la mitología antigua, con un vocabulario y una poética al fin. Merced a esta colección se investigó, o mejor dicho se adivinó la primitiva historia y el sistema religioso de la antigua Germania. También creían en la inspiración de ciertas mujeres.

Runos
Escaldas

Ni con el tiempo ni con las emigraciones cesó la afición a los cuentos y a lo maravilloso en los Islandeses, los cuales trasmitieron sus narraciones de viva voz de padres a hijos, inventaron otras nuevas y otras sagas, que han coleccionado los modernos sabios daneses. ¡Feliz el que obtiene un elogio de estos cantores, por sus audaces empresas! Imbuíanse ideas feroces, sanguinarias, vengativas, y supersticiosas creencias de sueños, presentimientos, trollos, ondinas, salamandras. Esta literatura decae cuando la Islandia pasa a ser tributaria de la Noruega, y no le quedó a la Isla más importancia que la que le dan la pesca y la extracción de minerales. Mientras algunos en Islandia conservaban las antiguas tradiciones, otros recorrían los mares en busca de aventuras y ganancias; no les detenían los hielos ni las tormentas; una vez en tierra, cortaban árboles, construían barcas y se dejaban

arrastrar, por ignotos ríos; al ardimiento unían la destreza; vestíanse de peregrinos, traficaban con reliquias, ponían su valor al servicio de quien les pagaba, mejor, prontos a volverse contra aquellos a cuyo favor habían peleado. Así durante dos siglos amenazaron a Europa, y fundaron memorables reinos, no emigrando un pueblo todo, sino unos cuantos guerreros que se casaban con las mujeres de los vencidos.

Sirvioles de freno el cristianismo, importado o bien por príncipes que lo habían visto en Constantinopla, o por misioneros, entre los cuales sobresalió san Auscario, que fue después obispo de Hamburgo. No faltaron obstáculos ni martirios a los misioneros, a pesar de que las mujeres favorecían la difusión del cristianismo.
831

Entonces se constituyeron los tres reinos escandinavos de Suecia, Noruega y Dinamarca. En esta última dominaron los reyes Skoldunges, y después los Estritas. En la Noruega Olao publicó el código Christenret, y recurrió a medidas violentas para extirpar la idolatría. La Noruega fue invadida luego y repartida entre los Suecos y los Daneses. San Olao II, tratando de recuperar la independencia, pereció y fue considerado como patrono de la nación.
964
1032
1001 Olao Skötkonung cambió el título de Uppsala (255) por el de rey de Suecia, y convirtió el reino al cristianismo.

107.- Los Normandos en Francia y en Inglaterra

Habiendo desembarcado en Francia, los Normandos se mostraron dispuestos a establecerse en ella, y Ludovico Pío, o sea Luis el Piadoso, les concedió una provincia entre los Frisones, a condición de hacerse cristianos. Después de haber devastado las márgenes del Elba y parte de España y Portugal, se aprovecharon de la debilidad de la Francia para remontar el curso de sus ríos y fijar su residencia junto al Escalda, el Loira, el Sena y el Mosa. Establecidos en la isla de Walcheren, obtuvieron el país de Lovaina, la Frisia, todo el territorio comprendido entre el Mosa y el Sena. Otros se fijaron a orillas del Loira, y en la isla de Biere, donde adquirió fama Hastings, el más terrible entre los reyes del mar, que corrió a saquear a Pisa con cien naves, y tomó a Luni creyendo que era Roma. Remontando el Sena llegaron a Ruán, y luego incendiaron los arrabales de París, obteniendo un tributo anual de Carlos el Calvo.

830

Normandía Rollón hizo un convenio con Carlos el Simple, que le

concedió la Neustria y la Bretaña, y una hija suya para esposa, con el objeto de que abrazara el cristianismo. Así empezó el ducado de Normandía. Rollón distribuyó entre los suyos las tierras, dictó leyes y sometió a las demás facciones. Aquí se paró el torrente que hacía un siglo asolaba la Francia.

Inglaterra Los siete reinos anglo-sajones combatían entre sí en Inglaterra, sin que ninguno pudiese prevalecer sobre el otro de una manera estable, hasta que lo consiguió Egberto, descendiente de Odín. Pero en aquel momento mismo empezaron los desembarcos de los Normandos, favorecidos por los naturales adversarios de los Sajones. Pudo derrotarlos Etelwulfo, que enriqueció al clero y prometió al Papa un tributo anual; pero los reyes del mar no cesaban en sus correrías, y habiéndose fortificado en York, se prepararon a conquistar toda la Inglaterra. De los siete reinos, sólo quedaba libre el Wessex, cuando Alfredo, hijo de Etelwulfo, que en dos viajes a Roma había conocido otra civilización, concibió el proyecto de utilizarla para reformar las costumbres e instituciones de su país, usando de una arbitrariedad que no era tolerable a los ojos de los modernos. Por esto, cuando ordenó a los habitantes de ciudades y aldeas que se armasen contra los Normandos, nadie le obedeció, después de lo cual fue ocupado el reino. Alfredo se refugió en casa de un pastor, que le obligaba a ganar el pan a costa de los más humildes servicios; observó cuáles eran sus defectos para enmendarse; las antiguas canciones de los bardos y los sagas enardecieron su amor patrio y resolvió restaurar su nación. Con algunos de sus compañeros de armas, volvió a enarbolar la bandera del caballo blanco y en breve quedó sometido todo el país, de donde desapareció la antigua división en reinos. Aprontó una escuadra, con la cual venció al terrible Hastings, después de 56 batallas. Invicto en los reveses, moderado en la prosperidad, siempre dulce y modesto, Alfredo favoreció los estudios, restableció los conventos, asilo entonces de la ciencia; tradujo al idioma vulgar los libros que le parecieron más convenientes, como la Pastoral de Gregorio Magno, de la cual mandó un ejemplar a cada obispo, y un tintero con la prohibición de separar aquel de este, ni de la Iglesia; compuso por sí mismo libros en prosa y verso, y siempre tenía a su lado pergamino para anotar las más bellas sentencias que leía en la Biblia; atrajo a los artesanos y comerciantes concediéndoles privilegios; creó una marina e hizo explorar los mares del Norte. Coleccionó las leyes de sus predecesores en el Código anglo-sajón, en el cual entraban pasajes de la Biblia, cánones eclesiásticos, leyes, constituciones y juicios.

787

Alfredo

879

Dividió el reino en distritos (shires), centenas y decenas de familias, cuyos jefes respondían de los delitos de sus dependientes, y decidían sus litigios. Cada año se reunían en asamblea las centenas; y por la Pascua y San Miguel se congregaban los tribunales de condado bajo la presidencia del obispo o del alderman. El rey convocaba dos veces al año, y por lo común en Londres, a los grandes del reino, laicos y eclesiásticos; y también solían reunirse sínodos, donde nobles y obispos deliberaban sobre las cuestiones de la Iglesia. La tradición, que atribuye a Arturo todas las empresas guerreras, concede a Alfredo todos los actos legislativos.

Poco tiempo duró la prosperidad por él proporcionada; sus sucesores tuvieron continuas guerras con los Daneses, favorecidos por sus compatriotas, que, vencidos, sufrían la tiranía de los Sajones, y poco a poco se deshacían los reyes. Entre los Daneses adquirió gran fama Canuto, quien recuperó toda la isla, favoreció el cristianismo, restableció el dinero de san Pedro, y de vuelta de una peregrinación a Roma, hizo adoptar un código más humano.

1017

Canuto

Después de él, volvió a dividirse el reino, y fue más viva que nunca la lucha entre Sajones y Normandos, que se introducían poco a poco en la corte y en los empleos.

Guillermo el Conquistador

Guillermo el Bastardo, sucesor de Roberto el Diablo, duque de Normandía, estudió la fuerza y las riquezas de Inglaterra y concibió el designio de conquistarla. Uniendo el valor a la astucia, y granjeándose la amistad de los grandes y del Papa Gregorio VII, invadió la isla, y en la batalla de Hastings venció a los Ingleses con la muerte de su rey Haroldo. Fue proclamado señor de Inglaterra, no ya de la nación solamente, sino que también de sus capitanes. Largo tiempo le costó vencer la resistencia de los naturales, que se armaban de espadas y cuchillos; fabricó la torre de Londres, y llenó el país de fortalezas; concedía feudos y baronías a los pastores de Normandía y a los tejedores de Flandes; y hacía casar a las hijas de los ricos con capitanes y soldados. Muchos Anglo-Sajones emigraron, y otros se refugiaron en las selvas, vanagloriándose del título de bandidos (outlaws) y teniendo el apoyo de los monjes.

1086

El mayor número se refugió en la Escocia, donde habían quedado los Pictos, Bretones y Escotos, sin sufrir la invasión de los Daneses, y gobernándose por sí mismos. Pero Guillermo tomó a York y sometió los territorios inmediatos que repartió entre sus capitanes. Entonces se hizo coronar en Westminster por tres legados pontificios.

La conquista restringió la libertad popular de los Sajones e

introdujo el feudalismo normando, dos elementos que aún hoy luchan en Inglaterra. Guillermo dividió el país en 6015 baronías, con jurisdicciones independientes, y el derecho de subenfeudar las posesiones a caballeros; por esto la aristocracia inglesa, que dura todavía, está celosísima de conservar el territorio patrio, como los Romanos el ager. Guillermo reservose 1400 factorías y la caza, rigurosamente vedada; mantuvo suprema autoridad sobre el primero como sobre el último de sus vasallos, a quienes dictaba leyes y convocaba a las dietas. Mandó formar el catastro de los bienes raíces, y este libro, que aún se conserva (dooms day book, libro del juicio final), indica todas las divisiones con su calidad, los molinos, los estanques, el valor de todo y los nombres de los poseedores; adecuadamente a este libro se repartían los impuestos, a que estaban sujetos hasta los conquistadores, diferenciándose en esto de los señores de los demás países.

El antiguo clero, ignorante, fue violentamente reemplazado por otro mejor, entre el cual se distinguió Lanfran de Pavía, arzobispo de Canterbury; pero Guillermo conservó cierta superioridad sobre las cosas de iglesia, aunque vigorizó la jurisdicción de las curias.

Reunió en Londres doce hombres de cada provincia, para que bajo juramento manifestasen cuáles eran las costumbres del país, y con ellas se formó un código en lengua francesa para uso de los vencidos; pero estos no tenían defensa contra la preponderancia de los vencedores; la lengua francesa fue adoptada en los actos públicos y privados y en la conversación, de donde provinieron los muchos modismos extranjeros, que unidos al sajón, constituyeron la lengua inglesa, término medio entre las romanas y las teutónicas.

1087 Después de haber atacado a Felipe I, rey de Francia, devastando campos y reduciendo a cenizas mieses y viñedos, Guillermo murió en Nantes.

108.- Los Normandos en Italia

Después que la Europa quedó dividida entre pequeños señores, cada uno procuró defender su parte, y no les era fácil piratear, a los Normandos. Entonces se vestían de peregrinos, e iban a los santuarios de san Jacobo de Galicia, de san Martín de Tours, y de Roma, llevando debajo de la túnica armas terribles, y tratando de sacrílegos a los que se atrevían a perturbarlos en su viaje. Hastings y Biorn, después de haber incendiado a París, se propusieron saquear la capital del mundo cristiano; llegaron a Luni, creyeron que era Roma y la devastaron. Más tarde, cuarenta Normandos que representaban la Tierra Santa sobre naves de Amalfi, desembarcaron en Salerno y ayudaron a rechazar una flota de Sarracenos; después de lo cual obtuvieron donativos del príncipe Guaimaro, que les invitó a volver acompañados de otros compatriotas. Volvieron efectivamente, estableciéronse en el monte Gárgano, y

ofrecieron el apoyo de su brazo al que lo necesitase. Cada año acudían nuevos Normandos a Italia; obtuvieron la ciudad de Aversa; doce hijos de Tancredo de Hauteville ayudaron al príncipe a someter a Amalfi y a Sorrento; Guillermo Brazo de Hierro, Drogón y Unfredo acompañaron a los Griegos para ir a quitar la Sicilia a los Sarracenos, y disgustados, se propusieron arrancar de manos de los imperiales la Apulia (256) y la Calabria, como lo hicieron. Los doce valientes se repartieron el país, tomaron por capital a Melfi y por jefe a Guillermo Brazo de Hierro, a quien el emperador de Germania concedió el título de duque de la Apulia. Situados entre los Latinos y los Griegos, vivían a costa de unos y otros; habiendo hecho prisionero al Papa León III, le suplicaron que les enfeudase cuanto poseían y cuanto pudiesen adquirir a uno y otro lado del Faro. León accedió a sus ruegos, y esto dio a los Papas la supremacía respecto de un país al que no podían aspirar.

Reino de la Apulia

Roberto Guiscardo   Roberto Guiscardo, tan audaz como astuto, vino de Normandía acompañado únicamente de cinco jinetes y treinta infantes; pero reunió aventureros, con los cuales tomó la Calabria, y se hizo duque de esta y de la Apulia; arrancó de manos de los Griegos a Bari, su última posesión; apoderándose de Salerno y Amalfi pone término a la dominación de los Longobardos; concibe la idea de atacar el imperio de Oriente, se apodera de Corfú, sitia a Durazzo y entra en el Epiro; de suerte que el emperador Alejo tiene que oponerle los Turcos.

Reino de Sicilia   Roberto se hizo reconocer por el Papa, a quien ayudó contra los señores de Túsculo. Roger, su hijo, duque de Calabria, se trasladó a Sicilia, alegando que quería librarla de los infieles, y empleó veintiocho años en arrebatarla a los Sarracenos, a los Griegos y a los naturales. Con la toma de Palermo, destruyó el dominio de la estirpe de los Beni-Kelb, distribuyó la mayor parte de las tierras entre sus secuaces y restableció a los obispos; pero dejó a los Musulmanes sus posesiones y su culto, dejando así subsistente el feudalismo. Como en su primitiva patria, los señores se reunían en parlamento, y estas y otras usanzas fueron comunes a las dos Sicilias y a Inglaterra. Con el tiempo fueron también admitidos los naturales en el parlamento, pero únicamente tomaban asiento allí barones y eclesiásticos, divididos en dos brazos. Más tarde, cuando las ciudades se rescataron de los barones para no depender más que del rey, se añadió el brazo demanial.

109.- Los Eslavos

Los Eslavos, familia innumerable, que extendió sus dominios desde el Adriático al estrecho de Bering, y desde el Báltico al Kamchatka, son de estirpe indo-escítica, distinta de la germánica y de la tártara y mongola. Invadieron antiguamente el Egipto; arrojados de allí, atravesaron el Asia Menor y ocuparon la Tracia. Otros, llamados Sármatas por los Griegos, habitaban al Norte del Caspio, del Cáucaso y del Euxino. A su aparición en la historia se dividieron en Vendos (al Sur del Báltico), Antos (a orillas del Dniéper y el Dniéster), y Eslavinos, cerca de los manantiales del Vístula y del Oder. Estos últimos se retiraron a las regiones hiperbóreas, y habiéndose mezclado con los Roxolanos, fabricaron una nueva ciudad (Novogorod), que llegó a ser importantísima. Los Vendos se establecieron entre los Cárpatos y el Volga, confinando con los montes de la Bohemia, en la cual vivían los Chescos. En la Polonia habitaban los Leskos, regidos por voivodas (257) hasta que fue elegido rey (krol) Craco, fundador de Cracovia. Después de nuevas divisiones, Premislao unió a toda la nación.

750 Los Eslavos Antos del mar Negro partieron de la Dacia para infestar la Mesia y la Iliria; más tarde prestaron ayuda a los Romanos de Constantinopla para arrojar a los Ávaros, y con el consentimiento de Heraclio se fijaron en el interior de la Iliria. Los Eslavos, acostumbrados a chozas, destruían las ciudades que encontraban; sin embargo, la tradición los pinta como gente tranquila, inofensiva, industriosa, hospitalaria, de hermosa figura y dulce lenguaje, y aficionada al canto, mientras que por otra parte aparecen como tremendos guerreros. Su religión reconocía un principio del bien y otro del mal, el blanco y el negro; veneraban la naturaleza, e interrogaban a las fuentes y encinas sagradas.

El mayor número de ellos ocupaba los territorios a que después se dio el nombre do Rusia y Polonia, y adelantaban a medida que las gentes primitivas emigraban o eran vencidas por Germanos o Francos. Entre los Eslavos ilíricos preponderaban los Croatas o montañeses.

Los banes, príncipes casi independientes, gobernaban las doce zaparias, y pirateaban por el Adriático y el Archipiélago, hasta que los Húngaros conquistaron aquel reino hacia el año 1000.

Los Moravos, después de haber constituido un reino formidable, quedaron sojuzgados por los Bohemios; habiendo recobrado su independencia, eligieron por capital a Belograd. Carlomagno no pudo someter a los Bohemios, aunque rechazó a los Eslavos sobre el Elba y el Danubio; pero bajo los sucesores de aquel, éstos volvieron para destruir el cristianismo, que consideraban contrario a su independencia. Principalmente los Moravos, bajo Ratislao, derrotaron a tres ejércitos de Luis el Germánico; pero Ratislao fue entregado a los Francos por el traidor Zventibaldo, quien, siempre desleal, ocupó la Bohemia; y luego la Moravia fue hecha tributaria.

Pero la estirpe germana prevalecía sobre los Eslavos, y detuvo sus correrías, que podían producir una nueva barbarie; además, entre ellos se introdujo con el cristianismo la civilización europea. Del monasterio de Corbia salieron misioneros, que precedían o seguían a los ejércitos de los Francos. Otros partieron del imperio griego,

señalándose los hermanos Cirilo y Metodio, que hasta convirtieron a los Búlgaros, tradujeron al eslavo los libros sagrados y litúrgicos, e inventaron un alfabeto, donde se añadían diez signos al griego. Wenceslao edificó en la Bohemia una iglesia a los santos Metodio y Cirilo, y en ella fue muerto por los fautores de la idolatría; pero Otón el Grande restableció el cristianismo, y estableció obispados que servían de barrera a los Bárbaros.

925

110.- Los Normandos y los Eslavos en Rusia

Estas dos estirpes se encontraron en la Rusia, gran país habitado por los fabulosos Cimerios, por los Sármatas y los Escitas, y donde los Eslavos fabricaron a Novogorod. Kiev (258), segunda ciudad de la Rusia, debió ser fundada en el siglo V.

Algunos Normandos, con el nombre de Varegos, se habían estacionado en el fondo del golfo de Finlandia; y en atención a que el país era siempre teatro de discordias y derramamiento de sangre, el viejo Gostomuls propuso someterse a aquellos extranjeros valerosos. Rurik, al frente de estos, se estableció en Novogorod, y dio al país el nombre de Rosland; a sus leales les señaló en feudo las tierras conquistadas, y reservó las ciudades a sus lugartenientes. En Kiev fundaron un reino independiente Askold y Dir, compañeros de Rurik, quienes corrieron después a intimidar a Constantinopla.

850

Rurik

Lanzados los Eslavos a las empresas guerreras, Oleg ocupó a Smolensko, y haciendo dar alevosamente la muerte a Askold y a Dir, se apoderó de Kiev, que fue declarada metrópoli del imperio; obligó a los, emperadores de Constantinopla a que le pagasen un tributo, y colgó su propio escudo a la puerta de aquella capital.

Néstor Estos hechos constan en la Crónica de Néstor, monje de Kiev, que vivió hasta el año 1116, y fue seguido de cronistas hasta 1645. Los Libros de las generaciones comprenden las genealogías da los grandes príncipes; toda familia noble conservaba además su propia genealogía, hasta que fueron todas destruidas para acabar con sus interminables pretensiones.

913 Ígor, hijo de Rurik, después de otras victorias contra los Pechinecos (259), armó contra el imperio griego 10000 naves, montadas cada una por 40 hombres; pero el fuego griego, unido a la habilidad de Teófana, destruyeron la escuadra. Pronto estallaron entre los príncipes las discordias fratricidas, que tantos daños causaron al imperio; Vladimiro dio muerte a sus hermanos, y adquiriolo todo cambiando su título de Malvado por el de Grande; conquistó la Rusia Roja (Galitzia), y ocupando la Livonia, llegó al Báltico. Dado a los deleites, feroz en la guerra y muy celoso respecto a la idolatría, hizo mártires a Teodoro y a Iván, que no

quisieron tributar sacrificios al dios Perun. Sin embargo, gracias a su madre Olga y a los ritos que en Constantinopla había visto, Vladimiro se casó con Ana, hermana del emperador griego, y se hizo cristiano. Imitáronlo los boyardos, y el pueblo pensó que, puesto que lo habían hecho el rey y los boyardos, debía ser cosa buena; dos arzobispos fueron instituidos en Kiev y Novogorod; pero quedaron, además del cisma griego, muchas supersticiones en aquellas iglesias. La tradición rodeó de prodigios la memoria de aquel verdadero fundador de la grandeza rusa. Hubo guerras entre sus hijos y los sucesores de estos, hasta el buen Vladimiro III, que tomó el título de Zar (260), es decir grande, y se introdujo la costumbre de añadir el nombre del padre al propio nombre.
Vladimiro

980

Los boyardos y las asambleas populares, moderaban a los grandes príncipes. Las leyes conservaban vestigios bárbaros, como el de descontar los delitos mediante dinero; la vida de un boyardo estaba evaluada en veinte y cuatro grivnas, y en doce la de un hombre libre o de un artesano; la de una mujer en la mitad de la del hombre de su clase, y en cinco grivnas la de un esclavo. A los Rusos les gustaron siempre los baños, la danza, la gimnasia, el deslizarse por el hielo o desde la pendiente de una montaña; son astutos en el comercio y minuciosos en las cuentas; con el cristianismo fue introducido entre ellos el alfabeto cirílico, y una academia establecida en Novogorod traducía al ruso los Padres de la Iglesia Griega. El cura tiene que estar casado, y cuando pierde a su mujer, se retira a un convento; es necesaria la bendición nupcial, que es negada sin embargo a las terceras nupcias; se imponía el hacer la señal de la cruz con el índice y el dedo del medio, de izquierda a derecha; dirigir en igual sentido las procesiones, según el curso del sol, y emplear siete panes para la eucaristía.

111.- Los Húngaros

En la helada y árida Finlandia habita una estirpe diferente de las europeas, llamada Finesa o Uraliana, a la cual pertenecen los Lapones, los Estonios, los Permianos, los Vógulos y otros pueblos no del todo conocidos. Más al Septentrión se halla la más deforme de las razas europeas; el Edda y las Sagas la mencionan con los nombres de mágicos de enanos. Los Fineses no tienen historia, y su país fue siempre disputado por los Rusos y los Suecos.

De ellos se supuso oriundos a los Húngaros, quienes habitaron por mucho tiempo el país, aunque procedieron del Asia. Su lengua se creía finesa, pero los modernos la colocan entre las indoeuropeas. Tal vez salían de los Urales cuando aparecieron en tiempo de

Heraclio; luego se fijaron entre el Dniéper y el Don, siendo los primeros que se encontraron acometidos por los nuevos Bárbaros procedentes del Asia. Los Pechinecos, de raza turca, los empujaron hacia la Rusia, donde, después de haber pasado los Cárpatos, sojuzgaron en la antigua Panonia a los Bosniacos y a los Valacos, resto de las colonias militares establecidas en aquellos confines de los Romanos; el nombre de Húngaros se hizo terrible en Europa. Siempre a caballo, lanzaban dardos y molestaban al enemigo con sus correrías, antes que hacerle frente en regular batalla, y habiéndole vencido, lo perseguían sin descanso.

620

883

El emperador Arnulfo, cuando hacía la guerra a la Moldavia, les pidió auxilio, y después que hubo sucumbido el imperio moravo, atacaron a los débiles Carlovingios. Lanzáronse sobre Italia por los Alpes del Friul, y devastaron a Pavía; pero los derrotó después el emperador Berenguer. Vueltos al ataque, exterminaron a Padua, Treviso, Brescia, otra vez a Pavía, y a Módena; el emperador no pudo contenerlos más que con ricos dones; penetraron también por el Adriático y saquearon el litoral; recorrieron la Italia meridional hasta Taranto, no dejando en paz a la península sino al cabo de 50 años de guerra. Inmenso fue el espanto que causaron; se introdujeron letanías y rogativas para conjurarlos; la imaginación los pintaba como monstruos impasibles al dolor; al acercarse ellos, la gente abandonaba los campos para refugiarse en las breñas o en las ciudades.

805

958 Más terribles se mostraron todavía en la Germania, devastando ciudades y ricos monasterios, hasta que Enrique el Pajarero armó en contra suya a toda la hueste alemana, los venció en Merseburgo, y en la frontera de la Sajonia y la Turingia fundó muchas ciudades de defensa.

Cuando los Húngaros volvieron a Germania, Ulderico, obispo de Augusta, con los ruegos, y el emperador Otón con el ejército, compuesto de tres cuerpos bávaros, uno de Franconios, otro de Sajones y dos de Suevos, y la retaguardia de Bohemios, desplegada la bandera de San Mauricio, y empuñando el emperador la espada de Carlomagno, los vencieron y mataron. Los Húngaros tuvieron que pagar el tributo que antes exigían, y permanecer quietos durante 10 años. Después se volvieron contra el imperio griego, pero también fueron derrotados en Adrianópolis.

Contra ellos fue instituido el ducado de Austria, aumentado el de Baviera y edificadas muchas fortalezas. Entre tanto, despojándose de sus feroces costumbres de saqueo y de asesinato, los Húngaros aprendieron a convertir las tiendas en moradas fijas, y a buscar en la fértil tierra de la Panonia el alimento que antes ganaban con sus espadas. Los Bohemios, los Polacos, los Griegos, los Armenios, los

Suevos y hasta los Musulmanes, llevaron allí colonias. San Adalberto bautizó al voivoda Geysa, quien contestó, al ser reconvenido por qué servía al mismo tiempo a la Cruz y a los antiguos ídolos: -Soy bastante rico para adorar a todos los dioses juntos. Su hijo Esteban extendió el cristianismo, y al adquirir el título de santo, adquirió también el de patrono de aquella nación. El Papa Silvestre lo elevó a la categoría de rey y apóstol, y le envió una cruz y una corona que debía llevar siempre ante sí. La Hungría se extendía al Norte hasta los Cárpatos, que le sirvieron de barrera contra las hordas asiáticas del Mar Negro; al Oeste confinaba con la Moravia la Baviera y Carintia; al Sur con el Danubio y el Drava; y llegó hasta el Alt cuando Esteban hubo adquirido la Hungría Negra. Posteriormente Ladislao I obtuvo la Croacia, a excepción de las ciudades que quedaron a los Venecianos. Buda y Alba Real fueron el centro de una nueva civilización.
997

San Esteban

112.- Fin de los Carlovingios. Los Capetos

Los Carlovingios, viéndose atacados por estos Bárbaros, y reducidos a ceder importantes provincias, tuvieron que conceder un poder mayor a los duques y barones y aun a los simples vasallos. Así se rompieron los lazos que unían las diversas partes al centro y quedó establecido por completo el sistema feudal. La Aquitania, la Guyena, la Germania y la Italia se habían separado ya de hecho; la corona imperial pasó a los vencidos de Carlos; la misma Francia fue dividida en trozos, y la Francia propiamente dicha, esto es la antigua Neustria, se hallaba habitada por un pueblo mixto. Los señores eligieron rey fuera de la estirpe de Carlomagno, cuyo rey fue Eudes, conde de París, quien tuvo siempre que combatir contra los reacios que favorecían a Carlos el Simple. Este, en efecto, le sucedió en el trono; inepto y débil, cedió la Normandía, y en la dieta de Soissons fue destituido, sustituyéndole Roberto, sobrino de Eudes; después de éste, pasó el cetro a Rodolfo de Borgoña, su yerno. Su autoridad era tan escasa, que a su muerte nadie ambicionaba aquella corona; los reyes extranjeros se prestaron a sostener ora a un príncipe ora a otro, hasta que Hugo Capeto fue proclamado, no por la nación, sino por sus vasallos.

887
898
922
Hugo Capeto

Es importantísimo el advenimiento de los Capetos al trono, pues con ellos no solamente cambia la dinastía, sino que cambian también el orden de gobierno y el fundamento de la dominación. Cesa el señorío personal de los Francos sobre los Galos, para dar lugar a la unidad nacional de la monarquía. Hugo era hechura de los barones, que se consideraban como sus iguales; pero en adelante, la misma dinastía reinó, siempre atenta a aumentar la prerrogativa real, y poco a poco los reyes de Francia destruyeron sucesivamente a los barones, a los comunes, a la magistratura, llegando al absolutismo bajo Luis XIV.

No pertenecía a la Francia la Bretaña, jamás conquistada; ni el Bearne, unido a España; ni el Franco-Condado, la Lorena y la Alsacia, que formaban el reino de Lotaringia. La Provenza y el Delfinado pertenecían al reino de Arlés. Del mismo reino de Francia se separaban los principados de la orilla occidental del Mediterráneo. En los Alpes, los cantones de la Helvecia no reconocían más que la supremacía del Imperio. La Francia se dividía en siete grandes señoríos; la Francia propiamente dicha, es decir la Isla, Orleans y Lyon; los ducados de Borgoña, Normandía y Aquitania; y los condados de Tolosa, Flandes y Vermandois. Atrajeron a sí los obispos el gobierno de otras ciudades, pues el rey los prefería a los barones. Hugo tuvo que respetar y reconocer a muchos señores; pero poseyendo hereditariamente varias baronías, podía tener a raya a las demás; y su París, colocado entre florecientes ciudades, se convertía en Capital, como lo habían sido Chartres y Autun de la Galia druídica; Clermont y Bourges de la Romana; Tours de la Merovingia; y Reims de la Carlovingia. Realzando a la clase de los hombres libres para emancipar la corona de la tutela de los feudatarios, Hugo daba principio a la lucha del gobierno monárquico contra al feudal.

113.- El feudalismo

El feudalismo es una estrecha conexión del vasallo con el señor, hasta el punto de identificarse con él; ningún vínculo lo enlaza con el príncipe ni con la nación; solo ve y conoce a su señor inmediato; a él presta sus servicios; de él reclama protección y justicia; únicamente recibe órdenes de su autoridad. No obtiene justicia de sus vecinos, súbditos de otro, sino porque es en cierto modo cosa de su señor, en provecho del cual redundan los honores y las ventajas del súbdito feudal; y el súbdito no es hombre, sino en cuanto se le considera miembro del feudo.

Esta forma no se encuentra entre los Eslavos, ni entre los Romanos, ni siquiera en la India ni en Escocia; es propia de los Germanos, pero no proviene de las instituciones primitivas, sino de la conquista.

El jefe de una banda guerrera que a él se había subordinado

para realizar una empresa, conquistaba una provincia; las tierras eran consideradas comunes, y repartidas entre los principales, quienes las subdividían para repartirlas a sus compañeros de menor grado. Estos quedaban así agregados a la tierra y al señor de quien la recibían, adquiriendo estabilidad las relaciones con éste; la igualdad, tan querida de los Germanos, cedía el paso a una aristocracia. Otros se dedicaban al cultivo de terrenos abandonados, y para la protección de sus bienes y personas, se ponían bajo la supremacía de un vecino. A menudo hasta los propietarios libres se presentaban a algún jefe poderoso y le recomendaban su alodio a fin de que lo defendiese. De este y otros modos se formaba un feudo.

El jefe bárbaro tenía por principal obligación la de proveer de guerreros al ejército real; por lo mismo obligaba a sus vasallos a servir en persona o a proporcionar hombres, armándolos y manteniéndolos a sus expensas. Si la persona beneficiada moría a desmerecía, los señores revocaban el feudo, para concederlo a otro; pero los vasallos procuraban hacerlo hereditario, ayudados en esto por la naturaleza de los bienes raíces; de modo que las familias se injertaban en el feudo y concluyeron por identificarse con él.

A cada cambio, el poseedor renovaba el juramento y el homenaje, y recibía la investidura; lo que se hacía con aparato teatral. El heredero, con la cabeza descubierta, depuesto el bastón y la espada, se postraba ante el señor feudal, quien le entregaba una rama de árbol, un puñado de tierra u otro símbolo.

Así, no se consideraban miembros del Estado más que aquellos que poseían un terrazgo; y al fin no hubo tierra sin señor, ni señor sin tierra. Esta forma se fue extendiendo, y hubo ciudades y conventos que se sometieron a las obligaciones feudales para tener vasallos. Con el tiempo se hicieron hereditarios los cargos de senescal, palafrenero, copero, porta-estandarte, y hasta los altos mandos militares. Desde que se hizo hereditario el feudo, lo fue también la lealtad.

A la propiedad estaba aneja la soberanía, y pertenecían al poseedor del feudo, respecto de sus habitantes, los derechos soberanos reservados actualmente al poder público. Así, pues, los vínculos de parentesco se rompían, y la idea abstracta del Estado cesaba. Los barones quedaban interpuestos entre el rey y el pueblo, sin que estos últimos pudiesen ponerse en comunicación sino por medio de aquellos. De este modo el rey fue únicamente soberano de nombre. Y no tenía mayor realeza el emperador, salvo la poca que le daba su carácter religioso. Cesaron las asambleas. Los feudatarios estaban ligados entre sí dentro de un sistema jerárquico. La única fuente del poder era Dios, cuyo vicario era el Papa, el cual, reservándose el gobierno de las cosas eclesiásticas, confería el de las temporales al emperador; y uno y otro confiaban el ejercicio del gobierno a oficiales, investidos de una tierra, que éstos subdividían entre oficiales menores. Un mismo individuo podía ser señor y vasallo; y poseer feudos de naturaleza y países distintos. Muchos reyes se hicieron vasallos de la Santa Sede; los de Inglaterra prestaban homenaje a los de Francia por la Normandía. Los

prelados hubieran estado sujetos a iguales obligaciones, pero como por respeto a los cánones, no podían verter sangre en guerra ni en juicio, se hacían suplir por vizcondes o abogados. Estos, en algunos puntos, se hicieron hereditarios, llegando a ser más ricos y poderosos que el prelado.

En esta cadena, nada le quedaba al rey, quien no podía hacer lejanas expediciones, puesto que los barones estaban únicamente obligados a militar por breve tiempo. Esto detuvo las emigraciones y las conquistas. Los señores de vez en cuando se reunían en cortes plenarias, no para dictar leyes, sino para combatir el lujo.

Derechos Según las ideas germánicas, nadie estaba obligado a cumplir más que los pactos que hubiese contraído; de modo que la ley no era obligatoria para todo el país, sino únicamente para el territorio del señor que la hacía. Las regalías consistían en la jurisdicción, en la acuñación de moneda, en la explotación de minas y en exigir peajes; los grandes vasallos las usurpaban unas tras otras. La hacienda no constituía un arte, por cuanto al príncipe le bastaban las regalías y los bienes de familia; las Cortes eran sencillas y no costaban nada el ejército ni los empleos, que corrían a cargo de los feudatarios. Estos consiguieron sobreponer, en todas las relaciones sociales, la idea de territorio a la de nación y personalidad. Los códigos de raza fueron sustituidos por usos locales, y la justicia no fue ya una delegación superior, sitió una consecuencia del derecho de propiedad. Un feudatario no podía ser castigado por una injusticia, a no ser de la manera que hoy podría serlo un rey por otro rey; faltaba un tribunal supremo. Si alguna vez se elevaba un litigio o una causa, de tribunales inferiores al rey o al emperador, éste no revisaba la sentencia, sino la causa misma, y solo podía juzgarla diversamente cuando contaba con la fuerza. En suma, todo duque, conde, marqués o barón era un pequeño rey; él mandaba en su país; no pagaba tributos, y vengaba las injurias con la guerra privada (derecho del puño), que podía dirigir hasta contra su soberano.

Los señores feudales vivían fortificados en breñas y castillos, admirablemente dispuestos para la defensa, y que impidieron las incursiones de nuevos Bárbaros. Allí dentro acumulaban (261) cuanto era necesario para la vida y la guerra. El feudatario concebía una elevada idea de sí mismo, siendo independiente, tirano para con sus súbditos, y altivo como superior al temor y a la opinión; era aficionado a los caballos, a las armas y a la caza; en vez de sueldo, daba a sus oficiales la libertad de la expoliación y el vejamen; y él mismo, desde su castillo, lanzábase sobre los valles para robar provisiones y mujeres. No había más juez que él, y no se oían más voces de censura que las de algunos frailes, que iban sumisamente a recordarles el decálogo.

El vasallo debía respetar a su señor, impedirle todo daño o deshonra, y rescatarlo si caía prisionero; además, tenía que prestarle el servicio de las armas por un tiempo fijo, reconocer su jurisdicción, y pagar cierta cantidad cuando el feudo cambiase de titular. A esto se añadían otras obligaciones particulares, como la

de servirse del molino, de la prensa, del horno del amo, mediante el pago de una cantidad determinada; darle parte de los frutos o prestarle un número dado de jornales. En algunos puntos, el señor era tutor de todos los menores, o heredaba de todas las personas que morían intestadas, o podía ofrecer un marido a toda heredera de feudo. El señor heredaba de todo extranjero que moría en su territorio, y se apropiaba las naves y personas arrojadas por la tempestad, derecho que se abolió muy tarde. El privilegio de la caza resultaba gravosísimo para los súbditos, cuyos campos quedaban devastados después de las cacerías, y cuyas personas eran objeto de muy graves penas, si mataban o cogían a un animal silvestre. Estas eran las obligaciones más comunes, pero sería imposible enunciar todas las particulares impuestas por la arrogancia o el capricho, como regar las plazas, echar una medida de maíz a las aves del corral, dar saltos acompañados de un ruido ignoble, mover el cuerpo haciendo el borracho, tener que llevar ya un huevo, ya un nabo, en un carro tirado por cuatro pares de bueyes, y otras extravagancias indignas, que solían acompañar el acto de la investidura de un feudo. Resto de aquellas costumbres era el bofetón que el príncipe daba al armar a un caballero, y que hoy da todavía el obispo en el acto de la confirmación.

El derecho más solemne era el de la guerra privada o de los duelos, los cuales fueron sometidos a ciertas formalidades para hacerles menos frecuentes y menos homicidas.

El derecho feudal se escribió tarde, y tuvieron mucha autoridad los libros de Gerardo y Obesto, jurisconsultos milaneses (1170); libros comentados y ampliados por muchos, y editados definitivamente por Cuyacio.

El feudalismo se extendió por toda la Europa germánica, modificado según los países; pero principalmente en Francia, donde duró hasta la Revolución, y en Inglaterra donde en parte dura todavía. La España no tenía feudos, en el verdadero sentido de la palabra, pero la Castilla sacó su constitución de una nobleza feudal, poderosa por sus conquistas progresivas sobre los Árabes, donde no solo las tierras, sino aun ciudades enteras se daban en beneficio. Pueden considerarse como feudos eclesiásticos los beneficios que la Iglesia concedía, y es también feudo el patronato, trasmisible a los herederos.

En este nuevo estadio de la civilización, que tiene tanto de teocrático como de guerrero, se desmenuzaban los poderes públicos, no teniendo valimiento más que sobre los dependientes inmediatos, los cuales, inamovibles también en el territorio y el empleo, obedecían tan solo dentro de los límites precisos de lo pactado. La unidad imperial desapareció, y quedó en pie tan solo la de la Iglesia. La legislación no era ya personal, como bajo los Bárbaros, ni nacional como bajo los Romanos, sino que variaba según la naturaleza del proceso; no era la nación la que exigía la obediencia por medio de sus magistrados; la obediencia era una obligación personal.

Efectos del feudalismo

Entonces se pudo probar la nobleza con el

título de propiedad de que tomaba su nombre. Los débiles quedaron abandonados al arbitrio de los fuertes, pues la gente que no poseía se hallaba supeditada a la que poseía; y mientras a ésta le estaba todo permitido, solo había padecimientos para la otra. Cuando cada propiedad era un Estado diferente, las comunicaciones tenían que ser difíciles; cada feudatario establecía un peaje, un impuesto a las personas y a las mercancías que atravesaban su territorio, lo que dificultaba los viajes y el tráfico. Sin embargo, la dependencia feudal tenía una ventaja sobre la esclavitud romana, por cuanto el siervo, el colono no perdía la dignidad de hombre; el señor tenía interés en conservarlo, y no podía venderlo ni cederlo sin consentimiento del monarca. La gente, en vez de afluir a las ciudades, dejando desiertos los campos, poblaba las campiñas que rodeaban a los castillos, y la vida privada prevalecía sobre la pública. El feudatario debía vivir en la familia, y rodear de cuidados al primogénito, destinado a sucederle; la mujer representaba al marido cuando este se hallaba ausente. De aquí el sentimiento de la dignidad personal, que dio origen a la caballería. Todo descansaba sobre pactos, sobre la palabra dada, sobre la lealtad. No podía imponerse nada fuera de lo convenido. Los vasallos velaban porque el rey no les usurpase poder alguno; esto originó la representación señorial, que más tarde sirvió de modelo a la popular. El derecho privado y el apego al señor no obedecían a una baja sumisión como en Asia.

Nada propendía a constituir un gobierno bien ordenado. El feudalismo hacía fondear en la tierra al bajel de las emigraciones; pero multitud de obstáculos impedían el desarrollo de la civilización. La idea de patria no nacía; las divisiones territoriales eran casi las mismas que existen aún en algunos puntos y que duraron en Francia hasta la Revolución.

Tampoco se formó una confederación de los Estados feudales; algunos de ellos predominaron y afirmaron un poder superior a los poderes locales; de suerte que hubo un corto número de ducados y principados, con los cuales surgió la necesidad de leyes más amplias, de juicios más regulares, de impuestos, de un ejército y todas las instituciones de los Estados modernos. En la sociedad imperaban los sentimientos del pundonor, la fidelidad a la palabra empeñada y el desprecio a todo acto de felonía.

114.- Italia bajo los Carlovingios

Carlomagno confió la península a su hijo Pepino; luego a Bernardo, hijo de éste. Más tarde, Italia pasó a manos de Lotario, hijo de Luis el Piadoso. Cuando el emperador pasaba los Alpes, ejercía la supremacía sobre estos reyes, cuyo poder era menoscabado por los grandes feudatarios y por los prelados. Luis II, hijo de Lotario, una vez proclamado emperador, hostigó a los Sarracenos y a

los Longobardos de Benevento.

El reino de Italia componíase de los países comprendidos entre los Alpes y el Po, añadiéndoles Parma, Módena, Luca, la Toscana y la Istria. Venecia y Génova se gobernaban por sí mismas. El exarcado de Rávena había sido cedido a los papas, quienes eran también soberanos de Roma. Al Mediodía, los Griegos dominaban a Nápoles, Gaeta y Amalfi poco más que de nombre, mientras los Árabes ocupaban la Sicilia, Malta, Corfú y Cerdeña.

Los Longobardos habían sido igualados a los Francos y a los viejos naturales, y todos podían obtener feudos y beneficios, que se hacían independientes a medida que se debilitaba el poder real. Ya eran poderosos los ducados del Friul, Espoleto, Susa, Vasto, Monferrato; el marquesado de Ivrea, y los feudos de Trento, Varona y Aquilea; las ciudades de la Alta Italia y del Lacio formaban cantones, a menudo consignados a los obispos; extendían sus dominios los marqueses de Toscana, y el patrimonio de San Pedro lindaba con los marquesados de Guarnerio, Camerino y Téate.

Más poderosos los príncipes longobardos de Benevento se declararon independientes, defendiéndose de los Sarracenos, de los Griegos y de los Papistas. Los Amalfinos, o Amalfitanos, se sublevaron y constituyeron en república, unidos a los Salernitanos. Los Griegos, que se cuidaban poco de salvar aquel país de los Sarracenos, excitaban a los Longobardos contra los emperadores romanos. Estos iban perdiendo fuerza cada día. Los señores y los prelados se abrogaron el derecho de elegirlos, imponiéndoles pactos. Los papas, en tanto, veían acrecentarse su poderío y su autoridad temporal. Al cesar en el mando la estirpe de Carlomagno, los señores italianos quisieron gobernarse por sí mismos, y elevaron al trono a Berenguer, duque del Friul, a quien hizo la guerra Guido, duque de Espoleto, quien prevaleció y fue coronado en Roma, encendiéndose por tal motivo la guerra civil; guerra que duró hasta que los pretendientes se repartieron el reino. Pero muerto Lamberto hijo de Guido, Berenguer se encontró solo y fue coronado emperador. Sin embargo, los partidos le oponían ora un pretendiente, ora otro, y a sus instigaciones los Húngaros devastaban el país.

888

915

Berenguer fue asesinado, y la Italia se encontró en manos de tres mujeres: Berta, viuda del marqués de Toscana; su hija Hermengarda, marquesa de Ivrea; y su nuera Marozia, viuda del conde de Túsculo. Sus votos se unieron en favor de Hugo de Provenza, hermano de Hermengarda, y éste fue proclamado rey, de acuerdo con los emperadores griegos y germánicos. Hugo se casó con Marozia, que ocupaba el castillo de San Angelo, y disponía a su antojo de Roma y del pontificado. Lo repudiaron los señores, proclamando rey a Berenguer, marqués de Ivrea, con su hijo Adalberto. Estas guerras de partidos eran la ruina del país y favorecían a los perversos.

926

945
Berenguer quería casar a su hijo Adalberto con Adelaida, hija del rey de Borgoña, y viuda de Lotario II; y porque ésta rehusó, encerrola en el castillo de Garda. Adelaida logró fugarse y se acogió al amparo de Otón el Grande, a quien proporcionó la ocasión de incorporar la Italia a la Germania.

115.- Reino de Germania. Otón el Grande. Los Italianos

En la Germania habitaban los Francos, los Sajones, los Turingios, los Suevos, los Frisones, de raza teutónica; y los Boyos y Lotaringios, con quienes se había mezclado la raza céltica. A orillas del Danubio se habían establecido Godos, Hunos, Gépidos, Ávaros, Búlgaros, Húngaros, Pechinecos, Uzos y Cumanos (262), sin contar los colonos romanos que Trajano había trasladado a la Dacia. Eran por consiguiente algo vagos los confines de aquel reino, que bajo los descendientes de Carlomagno se veía agitado por guerras intestinas, por Normandos y por Eslavos. Luis, nombre querido de los Alemanes por haber fundado su independencia, estableció en las provincias más hostilizadas, según el sistema de Carlomagno, condes amovibles, defendió sus pueblos con valor y habilidad; pero las continuas guerras con sus hermanos y con uno de sus hijos le amargaron el poder. A su muerte, dividió el reino en sus tres hijos, según costumbres de raza; pero las diferentes naciones tudescas fueron otra vez reunidas bajo Carlos el Gordo y Arnulfo, cuando la Germania fue agregada a la Francia y perdió la corona imperial.
876

887
Constituciones germánicas

Para oponerse a los enemigos o por no obedecer a un solo jefe, cada raza elegía uno particular; de aquí nacieron los ducados de Francia, Sajonia, Turingia, Baviera, y poco después los de Suabia, Lorena y Carintia, los cuales, después de la muerte del joven Luis, último de los Carlovingios, acordaron ofrecer la corona a Otón, duque de Sajonia, que hasta entonces la había defendido con enérgica entereza; pero propuso en su lugar a Conrado de Franconia, quien eligió (263) por sucesor a Enrique el Pajarero, hijo de Otón, que supo conservar la paz interior y la exterior defensa, derrotó a los Húngaros, y dispuso contra los Eslavos una serie de marquesados y ciudades fortificadas.
911
986 En la coronación de Otón aparecieron por primera vez los empleos de Corte, que se convirtieron luego en títulos de los

grandes de Germania: el senescal, el mariscal, el gran copero; la corona le fue ceñida por el arzobispo de Maguncia, archicanciller.

Los reyes no eran hereditarios, aunque se prefería la familia del antecesor; pero la elección se hacía por los magnates, y el pueblo de las diferentes razas la confirmaba en cierto modo con sus aplausos. No tenían residencia fija; gobernaban, no con leyes escritas, sino conforme a las leyes consuetudinarias, con poderes mal definidos, proporcionados a la fuerza y a la habilidad del que los ejercía; los duques les ponían obstáculos, por cuyo motivo los reyes favorecían con preferencia a los obispos y a las ciudades.

En vez de los antiguos missi dominici, se nombraron condes palatinos, jueces naturales de todo el que no dependía de la jurisdicción de los duques. A las asambleas del pueblo habían sucedido las de los grandes, en las cuales se ventilaban los asuntos de gran trascendencia, especialmente lo que se refería a los crímenes de alta traición; los otros delitos de los señores competían al rey.

Los grandes feudos se hacían cada vez más independientes; a la par con los duques marchaban los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia. El clero aumentaba su poderío, convirtiendo, regulando, imponiendo penitencias y lanzando excomuniones; y no era raro que los reyes pusieran bajo la jurisdicción de los obispos las ciudades en que residían.

El número de hombres libres iba disminuyendo, pues éstos preferían colocarse bajo los auspicios de un grande que los defendiese y mantuviese; la Suevia y los Alpes Helvéticos son casi los únicos puntos donde se ven cultivadores libres. Algunos se constituían en comunes, mayormente en las ciudades, y de aquí emanaron el derecho municipal y diferentes industrias. El derecho de la guerra privada abría gran campo a los poderosos; y la espada y el halcón de caza eran la mayor presunción de los señores.

Los reyes fundaron muchas ciudades, las cuales no se igualaron a las italianas ni en riqueza ni en prosperidad; florecieron sin embargo, por su industria y por los minerales de oro y plata que les suministraban Goslar y el Hartz. Prosperaban por su comercio Magdeburgo, Bremen y Wisby, si bien era ejercido casi exclusivamente por los Hebreos, y tenía por principal base a los esclavos, que se compraban a los Normandos y a los Eslavos para ser nuevamente vendidos a los Árabes.

Otón sintió la necesidad de reprimir a los grandes señores, concentrando en sí los grandes gobiernos; pero no pudo establecer la monarquía. Esto no le impidió dedicarse a empresas exteriores; hizo la guerra principalmente a los Húngaros, a quienes derrotó a orillas del Lech, y contra ellos fundó el marquesado de Austria.

Habiéndose casado con Adelaida, se trasladó a Italia, venció al odiado Berenguer, y fue coronado rey en Milán; después fue coronado emperador en Roma por el Papa, a quien confirmó las donaciones de Pepino, de Carlomagno y de Luis el Piadoso. Allí tuvo que ejercer su autoridad contra las turbulencias y los vicios que contaminaban al papado, para impedir los cuales hizo acordar a los

emperadores el derecho de nombrar sus sucesores al reino de Italia, instituir al Papa y conferir la investidura a los obispos. De este modo se ligaba la Italia al imperio germánico, y los emperadores se hacían superiores a los papas, a causa de la inmoralidad de la corte pontificia. De este modo también nació la antipatía que desde entonces hubo entre la Germania y la Italia.

955

961

Otón volvió diferentes veces a reprimir las reyertas; sojuzgó a los príncipes longobardos de Benevento, Salerno y Capua, y trató de rechazar a los Griegos; pero murió en 973.

116.- Estado de la Italia

A la llegada de Otón, la Italia era muy distinta de como la había dejado Carlomagno. Al lado de la nobleza franca y longobarda, se habían desarrollado el clero y las ciudades; había menos feudos que posesiones libres; y los habitantes de las ciudades adquirían libres juicios y gozaban de iguales inmunidades que las tierras dependientes del clero.

Para protegerse de las correrías de los Húngaros o de los Normandos, muchas ciudades y pueblos se habían rodeado de murallas, adquiriendo el sentimiento de su propia fuerza. Los reyes veían gustosos estas libertades, que redundaban en perjuicio del poderío de los condes. A las ciudades mismas se les permitía elegir sus propios magistrados, con lo cual se fue formando poco a poco el gobierno municipal, aunque contrarrestado por el feudal.

Si es cierto que había cesado el predominio de la estirpe sálica, no puede decirse que se sobrepusiesen los antiguos Italianos, sino la nación longobarda, dueña de los terrenos. Estableciéronse ducados y marquesados en Treviso, Verona, Este, Módena, y principalmente en el Friul y en el Monferrato; y tuvieron derechos excepcionales el patriarca de Aquilea y el arzobispo de Rávena.

Las tierras romanas estaban repartidas entre señores que ejercían un predominio sobre la misma Roma. En la Italia meridional rivalizaban dos partidos, uno franco y otro griego, los Longobardos los Sarracenos, y las ciudades republicanas. Nápoles tenía un duque elegido por el pueblo, que tan solo prestaba al imperio griego un homenaje aparente; los príncipes de Benevento impedían el incremento de Bari; los duques de Capua crecían en poder con perjuicio de los Sarracenos.

Por su comercio prosperaban Amalfi, Pisa, Venecia y Génova. En Pisa se habían refugiado los Sardos, al ser invadida su isla por los Árabes, los cuales fueron finalmente arrojados de ella, siendo luego repartida entre Pisanos y Genoveses.

Venecia Venecia se había constituido una patria, un gobierno y un santo; respetaba a los emperadores de Oriente por conveniencias comerciales y por obtener derechos sobre la Dalmacia; instituía ferias por todas partes, compraba manufacturas a los Árabes, y con largos viajes traía de la India las drogas que luego difundía por toda Europa; tomaba en adjudicación las gabelas de los demás países y utilizaba las salinas; tenía a raya a los piratas de la Istria; se hacía protectora de las ciudades ilíricas y dálmatas, y se encontró señora del Mediterráneo, con buena moneda y pronta justicia; el jefe del Estado tomó el nombre de dux de Venecia y Dalmacia por la gracia de Dios.

No había en ella señores feudales, por ser una ciudad sin territorio; el alto clero se elogia entre los nobles, y no hubo facciones que alteraran la paz interior.

Prueba evidente de las riquezas acumuladas por su comercio son los magníficos edificios construidos entonces en Venecia, Pisa y Génova.

117.- Los Otones. Casa de Franconia

973 El reinado de Otón II fue turbado por discordias domésticas; pensó arrojar a los Griegos de Italia, pero estos, ayudados de los Árabes, lo derrotaron, y murió aquende los Alpes. Otón III fue aceptado por rey y emperador, pero víctima de la venganza de Estefanía, viuda de Crescencio, que había querido fundar la república en Roma, murió a la edad de veintidós años.

1004 Entonces los Italianos eligieron por rey a Arduino, marqués de Ivrea; pero el arzobispo de Milán se pronunció por Enrique de Baviera, que había sido hecho rey de Germania, y se originó una lucha de la cual sacaron provecho los Comunes para obtener inmunidades y avezarse a las armas y al gobierno.

1024 Con Enrique, que fue santo, terminó la casa sajona, y las cinco naciones unidas eligieron por rey a Conrado el Sálico, de Franconia. Domados los enemigos en la Germania, pasó Conrado a Italia, donde fue favorecido por Heriberto, arzobispo de Milán; poderosísimo señor, que quería sujetar a su sede a sus vecinos feudatarios, y quedó vencido en la contienda. Para adiestrar en la guerra a los ciudadanos y a los campesinos, inferiores en táctica a los vasallos de los feudatarios, inventó la carroza, a la cual habían de seguir siempre los soldados en las marchas y en los combates.

Dieta de Roncaglia Bajó Conrado a Italia, devastó a los países rebeldes, y fue coronado rey y emperador. En la llanura de Roncaglia, cerca de Plasencia, los reyes acostumbraban convocar a los marqueses, condes, vasallos, obispos, abates y capitanes, para resolver en los asuntos feudales y publicar las leyes oportunas. Allí promulgó Conrado una famosa ley acerca de los feudos, que

prohibía despojar al vasallo, a no ordenarlo así una sentencia de un tribunal de pares; el hijo o el nieto legítimos sucedían al padre o al abuelo; a falta de prole entraban a heredar los hermanos; y el señor no podía vender su feudo sin consentimiento del investido.
1037 De tal modo reprimía a los grandes feudatarios, elevando a los pequeños; y también en la Germania trató de hacer hereditaria la corona y unir a ésta los mayores feudos.
1039 Su hijo Enrique contuvo robustamente la Germania y la Italia; coronado emperador en Roma, por cuatro veces nombró pontífices tudescos, lo que dio origen a la famosa cuestión de las investiduras

118.- La Iglesia

El acuerdo de la Iglesia con Carlomagno acomodaba poco a los Romanos, como si amenazase su independencia; por cuyo motivo querían elegir a los papas antes de que interviniesen en la elección los emperadores. Estos, sin embargo, tuvieron que intervenir a menudo para impedir sublevaciones y tumultos, o apaciguar a las facciones en discordia, cada una de las cuales pretendía elevar a su hechura a la sede pontificia. Los papas acogían en Roma colonias de todos los países, que dieron nombre a muchas calles. Gregorio IV fortificó a Ostia; León hizo lo mismo con la ciudad Leónica (barrio de este nombre) para defenderla de los Árabes y los Húngaros; bajo León III se ofrecieron a la Iglesia más de 800 libras de oro y 21000 de plata; León IV enriqueció la restaurada basílica de los doce apóstoles con ornamentos por valor de 3861 libras de plata y 216 de oro. Nicolás (858) fue el primer Papa coronado en presencia de un emperador. Benedicto III se tituló Vicario de San Pedro, cuyo título sustituyó después con el de Vicario de Cristo. Carlos el Calvo dispensó a los papas y a los Romanos del homenaje que debían al emperador.

Pasando por encima de la fábula de la papisa (264) Juana, diremos que la cristiandad respetaba los juicios del Papa como más independientes, por lo cual eran invocados en las causas de los gobernantes y contra estos, y para sostener los privilegios del clero y la integridad del matrimonio. Pero a medida que se hacían omnipotentes en el exterior, los papas veían perturbados sus Estados por cismas y facciones. Focio separó la Iglesia griega de la latina. Formoso (¡caso extraordinario!) fue trasladado del obispado de Porto a la sede de Roma; sus adversarios le dieron muerte, y porque había abandonado a su primera mujer por otra, procesaron a su cadáver y lo arrojaron al Tíber. Los señores de Toscana, de Camerino y de Tusculo se esforzaban por excluir a los emperadores tudescos de la elección de los papas, y en tanto elevaban a sus propios amigos, a sus hijos, y hasta a muchachos de 15 y 16 años. Teodora y Marozia dominaron en la sede pontificia durante algún tiempo. Crescencio, hijo de

Teodora, mandó estrangular a Benedicto VI; Bonifacio VII, su sucesor, fue expulsado por otra facción para sostener a Doro II; se encendió la guerra civil. A vuelta de algunas elecciones y derrumbamientos, Crescencio dominó hasta que el emperador Otón III lo prendió y le hizo dar muerte.

896

El tudesco Gerberto, abad de. Bobbio, tan amante de las letras y de las ciencias que se le llamó el mago, debió a su discípulo Otón III el cargo de arzobispo de Rávena, y luego el de Papa con el nombre de Silvestre II. De pronto se renovaron los desórdenes, y aquel siglo fue verdaderamente el peor de la historia pontifical. Causa primordial de aquellos disturbios era la participación de los príncipes en las elecciones. Los papas tenían extensísimos dominios, necesarios entonces a su alta posición y a su propia seguridad; pero con todo permanecían bajo el vasallaje de aquellos mismos príncipes o emperadores que ellos coronaban o consagraban. Todas las otras iglesias y los obispos también habían adquirido grandes poderes, merced a los cuales se encontraban en el rango de los feudatarios. Estos dominios aumentaron extraordinariamente, cuando se divulgó la creencia de que el año mil había de ser el último del mundo; pues los hombres, appropinquante fine mundi, se apresuraban a hacer méritos dando a la Iglesia lo que de todos modos iban a abandonar.
997
999

El clero, rico y venerado, extendía su propia jurisdicción; y como daba pruebas de mayor doctrina y equidad, los fieles se sometían gustosos a él, más bien que a la violenta y caprichosa justicia de los barones. Los mismos reyes preferían conferir la autoridad a los obispos que a los señores armados; así, emitían su juicio en todas las causas diferidas al supremo tribunal.

Tregua de Dios
Valiéronse de tal poder para enfrenar a los señores y a los reyes, tomar a los débiles bajo su protección, y conservar la paz cuando cada cual pretendía hacerse justicia por sí mismo. A este fin introdujeron la tregua de Dios, por la cual desde el miércoles por la noche hasta el lunes siguiente se suspendían las hostilidades privadas, y se prometían indulgencias al que la observase y la excomunión al que la violara.

En muchos países, los obispos tomaban parte en las asambleas; estas a veces tomaban el carácter de concilios, y las constituciones que de ellas emanaban, estaban inspiradas en sentimientos equitativos.

Poder de los papas Con el poderío de los obispos, creció el de

los papas. Si estos intervenían antes como jueces o árbitros en los grandes intereses de Oriente, más pudieron intervenir desde el momento en que fueron príncipes, en medio de los muchos príncipes que se habían repartido el imperio de Carlomagno. Consolidose el primado papal mandando legados pontificios con amplios poderes, o nombrando algunos para puestos fijos, como el arzobispo de Pisa por la Córcega, y el de Canterbury por la Inglaterra. Los metropolitanos no se consideraban investidos de la jurisdicción hasta haber recibido de Roma el palio. Las dispensas fueron reservadas a Roma, como las apelaciones de los fallos de los metropolitanos, y la decisión sobre algunos delitos de eclesiásticos. Los conventos procuraban también sustraerse a la autoridad de los obispos, para someterse a la pontificia.

Falsas decretales

Por todos estos medios se había aumentado la autoridad de los papas, y este aumento fue confirmado por las Decretales, código surgido a mediados del siglo IX, y atribuido a Isidoro Mercator, que contenía cincuenta y nueve decretales de los treinta primeros pontífices; después otros treinta y cinco de los papas desde Silvestre hasta Gregorio; y por último, actas de concilios. Más tarde fueron juzgadas como una impostura, encaminada a fortalecer la primacía papal; es de creer que son una compilación mal hecha de actos, unos verdaderos y otros falsos, o alterados y puestos en forma de decretos, y que no querían introducir un derecho nuevo, sino atestiguar el entonces vigente.

Tanto poderío en los obispos y en los papas, si bien agradaba al pueblo, disgustaba a los reyes, quienes, apelando al derecho feudal, pretendían que los eclesiásticos les prestasen homenaje, y les sometiesen la confirmación de sus bienes y jurisdicciones. Por consiguiente conferían beneficios y dignidades a cortesanos y a parientes, por títulos muy ajenos al mérito y a la virtud. Esto dio origen a una inmensa corrupción del clero, atestiguada por los principales santos de aquella época y por los concilios. Reinaban el lujo, la corrupción y el escándalo en el seno del santuario; se negociaba con los cargos sagrados; y los curas, que excitaban sus apetitos libidinosos con el vino y los alimentos, no querían privarse de mujeres.

Corrupción

Contra la simonía, el concubinato, la corrupción, se alzaban decretos de obispos y de concilios, y se introducían reglas severísimas de vida claustral, como las de los Cluniacenses, de los Camaldulenses y de los Vallumbrosanos, quienes dieron grandes ejemplos de santidad y conversiones.

119.- Gregorio VII

Llagas tan gangrenadas, no podían curarse sino con el hierro y

el fuego; la reforma para ser eficaz, tenía que venir de arriba; era necesario que la Iglesia fuese arrebatada de manos de los príncipes que hacían de ella un comercio, y reducida de las costumbres seculares a la austeridad religiosa; era preciso vigorizar nuevamente el sacerdocio y la vida monacal, e instituir una censura independiente. A esto se dedicó Hildebrando, monje de Soana, quien después de haberse señalado por su erudición, por su integridad de costumbres y de juicio, y por su firmeza y su prudencia, pasó a ser consejero de los papas, a quienes imbuía en el alto concepto de su dignidad e independencia. Elegido Papa con el nombre de Gregorio VII, declaró la guerra a la simonía y a la incontinencia. Los decretos de sus concilios prohibían expoliar a los náufragos, traficar con los esclavos, y vender las dignidades eclesiásticas. El concubinato de los curas se había extendido principalmente en Lombardía, defendido con grandes esfuerzos y hasta con la guerra civil; sin embargo, Gregorio consiguió extirparlo. Restituida la virtud al clero, quiso asegurar su independencia de los reyes. Esto era tanto más difícil, cuanto que una gran parte de los terrenos estaba en posesión de los eclesiásticos; de modo que al sustraer estos terrenos del dominio de los altos señores, quedaba sometida al Papa nada menos que la tercera parte de los bienes de la cristiandad. Si el clero renunciaba a sus bienes, quedaba al arbitrio de los príncipes, como sucede hoy al protestante. Gregorio VII sostuvo siempre la superioridad de la Iglesia sobre el Estado, del todo sobre la parte, de lo divino sobre lo humano, y trataba a los reyes como hijos o súbditos. Demetrio le rogaba que aceptase la Rusia como feudo de la Santa Sede; Guillermo el Conquistador le pedía la bandera para legitimar la posesión de Inglaterra; Gregorio emancipó a la Polonia del reino teutónico; daba reglas al rey de Dinamarca, y censuras o alabanzas a todos.

973

Desgraciadamente ocupaba entonces el trono de Germania Enrique IV, vicioso en el seno de la familia, prepotente con los súbditos, sobre todo con los Sajones a quienes quería tiranizar. No pudiendo estos lograr que observase los pactos jurídicos, recurrieron a Gregorio, el cual, habiendo probado inútilmente las vías de la persuasión, declaró a Enrique desposeído y excomulgado. La excomunión, en tiempo de fe, era una pena gravísima, puesto que excluía de la participación de la mesa eucarística, de las oraciones y del consorcio de los fieles. Cuando se excomulgaba a todo un país, suspendíanse los sagrados ritos y las solemnidades; todo era luto y fúnebre tristeza.

El rey Enrique se había granjeado el apoyo de Cencio, prefecto de Roma, quien atacó a Gregorio durante la solemnidad de Nochebuena, y lo encerró en su propio palacio; pero el pueblo lo libertó. Enrique reunió en Worms un Concilio, donde acusó a Gregorio de los más enormes delitos, y hubiera producido un cisma, si los Sajones y los Turingios no se hubiesen levantado contra el déspota y

excomulgado a Enrique. Este, que no negaba al Papa la autoridad de quitarle la corona, sobre todo desde que obraba como árbitro elegido por los pueblos, sintió la necesidad de reconciliarse con él.
1077 Gregorio se había acogido a la protección de Matilde, condesa de Toscana, en el castillo de Canosa. Enrique llegó al castillo, a pie, vestido de penitente, y después de haber pasado tres días a la intemperie, fue absuelto. Echáronle en cara su humillación algunos señores; él mismo faltó a los pactos, por cuyo motivo los Tudescos le opusieron para sustituirlo, unos a su hijo Conrado y otros a Rodolfo de Suevia. Gregorio tenía que decidir entre los dos partidos. Pero estalló la guerra; Rodolfo murió a manos de Godofredo de Bouillon (265); Enrique, pomposamente coronado Milán, entró a viva fuerza en Roma, donde se hizo coronar emperador por un antipapa, mientras Gregorio permanecía encerrado en el castillo de Santo Angelo.
1085 Roberto Guiscardo, que sitiaba entonces a Durazzo, corrió a Roma con un puñado de Normandos y libertó a Gregorio. Este excomulgó a Enrique y al antipapa, se dirigió al Mediodía, y murió en Salerno exclamando: -He amado la justicia y he odiado la iniquidad: por eso muero en el destierro.

Casi un año vacó la sede apostólica. Enrique volvió a Italia, a devastar las posesiones de la poderosísima condesa Matilde, siempre partidaria de los papas; pero se le rebeló su hijo Conrado, quien tuvo un miserable fin. De igual modo acabó su otro hijo; y el mismo Enrique, tras de muchas humillaciones, murió a los 66 años de edad y 50 de un reinado infeliz y desastroso.
1106

120.- Imperio de Oriente. Cisma griego

Muchas de las veintinueve provincias, de que se componía el imperio griego, se hallaban ocupadas por enemigos. Sin embargo, aquel grandísimo cuerpo, en parangón con los despedazados reinos de Europa, hubiera podido predominar, a no haberse paralizado sus miembros, al mismo tiempo que su cabeza, Constantinopla, era trastornada por motines e intrigas de eclesiásticos, de mujeres, de eunucos, de sofistas y de herejes. A la déspota Irene sucedió Nicéforo, que fue vencido por Arun-al-Raschil, y después por los Búlgaros que lo degollaron. Su hijo Estauracio, para obtener la corona, hizo la indecente promesa de no imitar a su padre; pero el pueblo adverso la ofreció a su cuñado Miguel Rangate Curopalata, quien no tardó en ser suplantado por León, valiente hijo de la Armenia que puso coto a los tumultos interiores y a los Búlgaros, y declaró la guerra a las imágenes sagradas. Los descontentos lo mataron, y coronaron a Miguel el Tartamudo, ignorante en todo menos en el manejo de las armas y de los caballos.

811
820
867

Después de varios emperadores, empezó con Basilio una dinastía que restauró algún tanto el imperio. Puso en orden la hacienda y el ejército; tuvo que habérselas por vez primera con los Rusos; quiso obtener conversiones por la fuerza y escribió unos Avisos a León su querido hijo y colega. A vuelta de revoluciones palaciegas se sucedían los emperadores, cobrando en títulos y ceremonias lo que perdían en fuerza, y pretendiendo ser émulos de los Árabes en fausto, cuando mal sabían resistirlos en la guerra. Hostigoles Juan Zemisces (266), valeroso general elevado al trono por medio del asesinato de su predecesor Nicéforo Focas, y mantenido largo tiempo en él merced a su afabilidad, a su justicia y a sus victorias. Mantuvo sujeta a Bulgaria; derrotó en sangrienta batalla a los Musulmanes, en Mopsuesta; recuperó la Cilicia (267), Antioquía, Alepo y muchas ciudades de allende el Éufrates; pero apenas hubo regresado de su marcha triunfal, comparable a la de Adriano, cuando los príncipes volvieron a sus sedes, y el nombre de Mahoma fue cantado desde los minaretes.
969

Rusos y Turcos engrandecían sus dominios a expensas del imperio, amenazando la existencia de éste, sostenida apenas por el valor de alguno de sus emperadores. Uno de ellos, Alejo Comneno, hallaba tomado por los Árabes todo cuanto el imperio había poseído en África, en Egipto, en Palestina y en Fenicia, y por los Turcos las principales ciudades de la Siria y del Asia Menor. Desde Constantinopla se veían las banderas musulmanas en las naves del Bósforo y en las torres del opuesto continente. Dálmatas, Húngaros, Pechinecos y Cumanos atravesaban cada año el Danubio para devastar la Tracia y la Macedonia. Roberto Guiscardo no solo ocupaba las tierras meridionales de Italia, sino que ponía sitio a Durazzo. Alejo se dedicó exclusivamente a la tarea de restaurar su postrado país por medio de las armas y de leyes. Sus fastos fueron narrados por su hija Ana, y se mezclaron con las empresas de los Cruzados.
1081

Otra plaga del imperio eran las herejías. Como gran adversario de los Iconoclastas, San Ignacio, hijo del emperador Miguel, fue nombrado patriarca de Constantinopla; pero no tardó en ser derrotado y sustituido por Focio, el hombre más docto de su tiempo. El Papa desaprobó desde Roma aquella elección; por cuyo motivo Focio y el emperador renegaron de la superioridad del pontífice, y empezó el cisma griego. Focio atribuía graves errores a la Iglesia latina, como el de no permitir el matrimonio de los curas, el de ayunar el sábado y el de creer que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo. El octavo Concilio ecuménico constantinopolitano excomulgó a

Focio; pero éste supo elevarse otra vez al puesto de patriarca, y desde entonces quedó rota la comunión entre las dos Iglesias.
867

121.- España. El Cid

El califato de España se había separado del de Bagdad, y llegó al colmo del poder bajo los Abderrahmanes. El emir Almumenin (268) residía en Córdoba, vastísima ciudad de maravillosos edificios; había gobernadores en Toledo, de 200000 habitantes, en Mérida, Zaragoza, Valencia, Murcia y Granada; y además de otras tantas ciudades de segundo orden, comprendía aquel califato 300 villas de importancia. En todas partes florecían la agricultura, la industria de tejidos y peletería, la ganadería y la navegación. Eran bien recibidos en la corte los doctos, los poetas y los médicos. Abderramán III, uno de los emires más ilustres, se separó completa y definitivamente de los califas de Bagdad, tomando el título de Imán y acuñando moneda distinta; hizo tratados con los emperadores de Oriente y de Occidente. Su hijo Al-Haken coleccionó una gran biblioteca y sus historiadores lo encomian por sus grandes virtudes.

No se extinguía, sin embargo, el ardor nacional de los Cristianos, que constituyeron un reino en Asturias, tomando por patrono a San Jaime de Compostela, y otros reinos en León, Navarra y Castilla.

Con frecuencia se alzaba un puñado de jóvenes valientes para llevar a cabo empresas particulares contra los Árabes; pero los verdaderos Estados no sabían unirse para expulsarlos. Fernando el Grande formó un poderoso reino, uniendo a Castilla y a León, recuperando el Portugal y haciendo tributarios a muchos reyes árabes.

Bajo su reinado y el de Alfonso IV alcanzó fabulosa nombradía Rodrigo Díaz, llamado el Cid Campeador, que vino a personificar todas las empresas contra los infieles. Alfonso reunió los reinos de Castilla, León y Galicia, fijó su residencia en Toledo, con un arzobispo que era primado de España y de la Galia Visigoda, pagando un tributo al Papa y conservando el rito mozárabe. Llegó Alfonso hasta Madrid, y tuvo en obediencia ambas riberas del Tajo. En vista de tantas conquistas, acudieron otros Árabes de África, con los cuales el emir de Sevilla esperó someter a toda la Península. Derrotaron a Alfonso; pero el Cid devolvió la victoria a la cruz y tomó a Valencia. Con la muerte del Campeador se eclipsó la grandeza española. Valencia fue recuperada, y Alfonso disminuyó sus fuerzas distribuyendo a varios su dominio.

122.- Imperio árabe

Tres emires al-mumenin, el de Bagdad, el de Córdoba y el de Isfahan se rechazaban simultáneamente, y estas divisiones, el lujo introducido y las irrupciones de los Turcos arruinaron al imperio. Los sucesores del gran Harun-al-Raschid vinieron a las armas, y sus contiendas se unieron a las producidas por las herejías, y principalmente por la separación surgida entre los Alidas y los Sumnitas. Los Turcos, llamados como auxiliares, se hicieron árbitros de la situación, y dieron y quitaron el bastón de Mahoma a quien se les antojó, en tanto que el imperio decaía entre intrigas de serrallo, y sublevaciones de Fatimíes (269), Alidas, Omeyas y Abasíes, perdiendo toda autoridad los sucesores del Profeta y los sentimientos religiosos. Abdalah quiso reformar la fe y la moral, y su discípulo Karmat se manifestó como profeta, aumentó las oraciones, desaprobó el lujo de los Abasíes, y tuvo tantos secuaces, que en número de cien mil hicieron frente al ejército del Califa, corrompieron las aguas de los pozos que había en el camino que conduce a La Meca, teniendo por supersticiosas las peregrinaciones, y devastaron el Iraq, la Siria y el Egipto. Profanada la Caaba, se llevaron consigo la piedra negra. Pero pronto se hicieron la guerra entre sí; se destruyó la secta, y la piedra fue restituida.

Varias dinastías se repartieron el imperio y dieron extensión al islamismo, principalmente en África, en las costas del Caspio y allende el Oxo.

En el Corasán (270), la dinastía de Taher (271) duró desde el año 820 al 872, cuando el alfarero Jacub-ben-Leis fundó el nuevo imperio de la Persia y la dinastía de los Sofáridas. El califa lo hizo maldecir en todas las mezquitas, y con la ayuda de los Samánidas fueron vencidos los Sofáridas. Entonces el jefe de la dinastía de los Samánidas asumió en la Transoxania el título de padischá, adoptado después por todos los grandes reyes del Oriente.

En la Persia, los Bóvidas hicieron lo que los mayordomos en Francia con los Merovingios. Tanto decayeron los Abasíes, que dejaron de oír su nombre en las oraciones públicas; y así, deponiendo la armadura y el caftán de seda, se dedicaron a la oración y al estudio del Corán. Al-Rhadi, trigésimo nono califa después de Mahoma, y vigésimo de los Abasíes, fue el último que dirigió la palabra al pueblo y ostentó magnificencia.

Crecían en cambio los Fatimíes en la Siria y en África, donde a menudo guerreaban con los califas de España, y se extendieron por la Sicilia, la Calabria y el Egipto. En este último punto el turco Al-Iksit fundó una nueva dinastía, y Moez construyó El Cairo, ciudad cómoda y riquísima con 200000 habitantes y asombrosa mezquita, biblioteca y universidad. Entre los Fatimíes de El Cairo, Al-Hakem-Bamrillah quiso reformar el islamismo, reconociendo una nueva serie de imanes; y restauró la sociedad de la Sabiduría, donde hombres y mujeres se reunían para aprender verdades ocultas.

1000

Así, pues, en el transcurso de cuatro siglos, la grande unidad religiosa y política que Mahoma había concebido, quedaba hecha jirones entre muchos príncipes e innumerables sectas. No eran ya los califas, sino los ulemas los que resolvían en casos de conciencia y en puntos legales. En fin, después que hubieron llevado cincuenta y siete personas el título de vicarios del Profeta, Mostasem fue arrastrado por las calles, y con él terminó el califato en 1258.

123.- Los Turcos. La India

Parece que descendieron los Turcos hacia el Mediodía desde el gran Altai y desde las nevadas cimas del Tang-nu, estableciéndose principalmente al norte de las provincias chinas del Chan-si. Era un pueblo bárbaro que buscaba, siguiendo el curso de los ríos, pastos para sus rebaños; no conocía la escritura, despreciaba a los ancianos, y se adiestraba, desde la infancia, a la caza y a la guerra. Molestó a la China y a los pueblos limítrofes, pero sin consecuencias, hasta que, doce siglos antes de Cristo, un príncipe chino, refugiado entre ellos, fundó un reino, que 200 años antes de nuestra era llegó a ser formidable, e inauguró una larga serie de guerras con la China y con los diferentes pueblos que en ella dominaron. Acosados por los Yung-nu, atacaron a la Persia, y luego al imperio de Constantinopla, con el cual se ligaron después para combatir a los Ávaros. Empujados por otros pueblos hacia poniente, ocuparon el país comprendido entre el Yaxartes y el Oxo, desde donde pasaron al Bósforo Tracio y al Danubio, y se hubieran arrojado sobre el imperio griego, a no haberse vuelto a Persia y a no haberse dividido en tres principados: Ogucios, Selyúcidas y Osmanes (272).

Los Ogucios hicieron la guerra a la Persia y a los califas árabes; y habiendo abrazado el islamismo, se llamaron Turcomanos (273), es decir Turcos creyentes; obligaron a los demás Turcos a abrazar también el islamismo, y por fin se confundieron con los Selyúcidas.

997 Entre estos últimos sobresalió Alp Tekin, que dio principio al imperio de los Ghaznevíes (274), el cual se extendió rápidamente por una gran parte del Asia, mayormente bajo el reinado de Mahamud (275), ardiente propagador del islamismo. A tal fin, o simplemente ávido de riquezas, llevó la guerra contra la India.

Después de Alejandro Magno, ningún extranjero había violado aquel país; y los reyes de Persia, a pesar de titularse también reyes de la India, no hicieron más que exigir algunos tributos de las provincias fronterizas. No habían conseguido resultado alguno en la India los misioneros musulmanes, ni el islamismo se difundió mucho cuando los Árabes sometieron el Kabul y el Sind. El Decán, o India Meridional, conservaba sobre todo sus antiguas costumbres; los devotos continuaban con sus éxtasis; creíase en la metempsicosis y

en el aniquilamiento, y los entusiastas se precipitaban bajo el carro de Brahma y de Siva. Cultivábanse los estudios, se conocía la numeración decimal y el álgebra; y aunque debilitados, aquellos pueblos se sostuvieron largo tiempo contra los invasores.

India

Mahamud entró con 200000 hombres armados, e hizo prisionero al rey de Kabul, poniéndolo después en libertad mediante un crecidísimo rescate. Los santuarios de Delhi (276), Canoya, y Bimmé ofrecieron con qué satisfacer el avariento celo de los Musulmanes. A medida que estos sometían una porción de la India, retrocedía la cultura brahmánica (277); mal podía introducirse la monarquía árabe donde regía el sistema municipal y se unían las castas indias contra los intrusos; así pues, las insurrecciones y las guerras continuaron hasta que la India fue arrebatada a los Selyúcidas por el mogol Tamerlán (1398).

Mahamud tuvo mejor fortuna en la Persia, donde derrocó a la dinastía de los Bóvidas; expulsó de allí a los Tártaros, y tomó el título de Sultán, es decir emperador. Malek-Shah, el más célebre de los Selyúcidas, fue llamado Gelaleddin (gloria de la religión), por la nueva forma que dio al año haciéndolo empezar con el equinoccio de la primavera; desde entonces, el primero del año es día de gran solemnidad (Neu-ruz). Dictó preciosas instituciones políticas, y fue asesinado después de medio siglo de un reinado próspero y feliz. Entonces se descompuso su gran imperio, hasta que con Sangiar terminó el poder de los Selyúcidas en la Persia, dividida entre los señores de Iraq, del Carism, de los Gurmos y de los Atabegos.

1338

En otra parte hablaremos de la raza Osmana.

124.- Cultura de los musulmanes

Los califas en decadencia repararon el abandono en que habían tenido a las letras los primeros sucesores de Mahoma; hicieron traducir libros de todos los idiomas, formaron grandes bibliotecas e instituyeron colegios y academias. Atribúyese a los Árabes la invención de los observatorios; usaban cuadrantes solares, astrolabios, clepsidras y relojes; fueron autores de obras y tablas astronómicas, y aun cuando nada hubiesen inventado, les cabría la gloria de haber conservado y transmitido a la posteridad las ciencias de los antiguos. El celo por su religión les llevó a lejanos países. Tuvieron médicos famosos, aunque contaminados por los pronósticos astrológicos y por la manía de la dialéctica, que perjudicó también a las demás ciencias. Harun de Alejandría fue el primero que describió las viruelas, propagadas por los Árabes en Europa, según se cree. Conocimientos más nuevos y mejores prácticas tuvo Razes; su médico más famoso fue Avicena, gran matemático y filósofo (950-1037). Averroes de Córdoba, de todo supo, de todo escribió y principalmente comentó a Aristóteles.

Al-Mamun dio a los estudios una esfera mas amplia que la de las ciencias naturales; adoptó la ciencia aristotélica para combatir la ortodoxia musulmana. Pero la infalibilidad que, según su religión, atribuían al Corán, la suponían también en los demás autores, no observando sino creyendo.

Firdusi   El poeta más insigne del Oriente, Firdusi, hijo de la Persia, empleó 20 años en escribir el poema Shah-Nameh, donde cantó las antiguas empresas de los Persas, colección de episodios, algunos de los cuales son magníficos por su entonación poética, por su sentimiento y por sus escenas que tanto se parecen a las de nuestros romances caballerescos.

125.- Letras y ciencias en la cristiandad

Focio   En la persecución contra las imágenes, fueron destruidas muchas escuelas y bibliotecas en la Grecia, y en todas partes las letras eran tenidas en descuido. Metafrasto de Constantinopla escribió vidas de Santos. Algunas obras griegas, cuyos originales se habían perdido, se hallaron traducidas en siriaco y en árabe. De portentosa erudición y fino gusto dio pruebas Focio, que reunió en el Nomocanon en catorce títulos, todos los cánones admitidos por la iglesia Griega, y escribió la Biblioteca, extractando en 300 artículos otras tantas obras. Constantino VII reunió en los Geopónicos cuanto se había dicho sobre agricultura, y en cincuenta libros, los rasgos históricos más aptos para estimular a la virtud. León VI ordenó gran número de aforismos en sus Instituciones militares: lo que demuestra cuántos tesoros poseían aún los Griegos, de que no supieron aprovecharse.

Tampoco se ocupaban en estudios clásicos los Orientales, pero en cambio se dirigían a otros nuevos. Los Carlovingios continuaron cultivando las letras; la Iglesia mandaba que se multiplicasen las escuelas; y en los conventos y monasterios se copiaban libros.

Apenas se trasmitió la historia de aquella época por algún cronista, en prosa o en verso; los poetas fueron escasos y toscos. Entre ellos se recuerda a Roswitha, monja de la Baja Sajonia, que escribió en verso la historia sagrada, y compuso comedias al estilo de Terencio, con asuntos cristianos.

También en los idiomas nuevos se empezaban a escribir canciones populares, y los sermones se hacían en tudesco, o sea en alemán.

Nuevas herejías dieron lugar a nuevas controversias, como la de Claudio, obispo de Turín, que declaró la guerra a las imágenes; la de Gottschalk; la de Berenguer, que negaba la presencia real en la eucaristía. Juan Escoto (886) comentó a Aristóteles, y sostuvo el libre arbitrio, proclamando los derechos de la filosofía. Lanfranc de Pavía y Anselmo de Aosta tuvieron célebres escuelas respectivamente en Normandía y en Canterbury. San Pedro Damián trató cuestiones exegéticas y teológicas. Gerberto, que fue Papa con el

nombre de Silvestre II, unió la dialéctica a las matemáticas, y parece que había introducido y divulgado las cifras árabes en Europa. Guido, monje de Arezzo, inventó la notación musical, denominando la escala con las primeras letras del himno Ut queant laxis, etc. En aquel tiempo se inventó el órgano, grandioso instrumento que los une a todos para ensalzar a Dios.

Bellas artes Entonces, sin duda alguna, eran más numerosas las destrucciones que las construcciones. Sin embargo empezaron a trazarse caminos; no faltaron a los pontífices soberbios edificios, con pinturas y mosaicos; además de los castillos señoriales y de los conventos de tantas órdenes monásticas, fabricáronse iglesias, mayormente después de haber desaparecido el miedo de que con el año mil se acabase el mundo. En Italia, sobre todo, el comercio proporcionaba a muchas ciudades los medios de embellecerse, hasta con columnas y piezas arquitectónicas traídas de remotos países. Entre los grandes edificios de aquella época descuellan San Marcos de Venecia, bellísimo modelo de arquitectura bizantina; San Lorenzo de Génova y la catedral de Pisa.

Libro XI

126.- Las Cruzadas

Desde los primeros tiempos del Cristianismo fueron venerados los lugares donde habían actuado los misterios de la redención; y acudían a Constantinopla peregrinos de todo el mundo cristiano, por devoción o por penitencia, o también para buscar reliquias. Cada año había grandes peregrinaciones a la Tierra Santa. Después que Omar la hubo conquistado, surgieron dificultades para penetrar en ella; sin embargo esto se obtenía mediante dinero o en virtud de algún convenio, como el que Carlomagno hizo con el califa Haron-al Raschid. Fue creciendo cada vez más la devoción, y muchos deseaban ir a morir cerca del valle donde habían de ser llamados el día del juicio final.

Hakem-Bamrillah, brutal califa de Egipto, persiguió ferozmente a los cristianos que vivían en la Ciudad Santa; para protegerlos, el Papa Silvestre exhortó a los Pisanos, a los Genoveses y a los Provenzales a fin de que tomaran las armas. Pero habiendo muerto aquel furibundo califa*, se obtuvo la libertad de reanudar los tráficos y las peregrinaciones, mediante el pago de un peaje. Los Amalfitanos construyeron allí la iglesia de San Juan con un hospital para los viajeros, cuna de la Orden de los Hospitalarios, llamados después de Rodas y de Malta.

100

En tanto los Árabes extendían sus dominios, no solamente en Asia, sino que también en España y en la Sicilia; y desde que los Turcos Selyúcidas hubieron conquistado el Egipto y la Grecia, no hubo opresión que no ejercieran sobre los Cristianos que iban a

Palestina. El emperador de Constantinopla, amenazado por aquellos Turcos, pedía auxilio a los Cristianos de Occidente, y los papas exhortaban a que se rechazara aquella nueva irrupción de Bárbaros.

Un tal Pedro, de Amiens, que había ido con otros a visitar la Tierra Santa, volvió lleno de indignación por la profanación de los sagrados lugares y de compasión por los hermanos que allí sufrían, y recorrió la Europa promoviendo un levantamiento en masa para libertarlos. Corrían tiempos guerreros; millares de barones ambicionaban la ocasión de ejercitar su valor y abandonar la monotonía de los castillos; en la plebe estaba profundamente arraigado el sentimiento de la piedad y de la expiación; así, pues, no es de extrañar que Pedro el Ermitaño lograse su intento; y así como un siglo antes todos habían creído en el fin del mundo, todos creyeron entonces en la expiación por medio de la ida a los Santos Lugares. El Papa Urbano II proclamó y bendijo la empresa en el concilio de Clermont, concedió numerosas indulgencias al que tomase parte en ella, intimó la tregua de Dios, y fue declarado culpable todo el que ofendiese a algún cruzado.
1095

Aquello no fue una expedición regular, con provisiones, dirigida por un jefe, como la pinta el Tasso. En masa la muchedumbre de una ciudad o de una diócesis se ponía en marcha, sin conocer el camino, sin víveres ni recursos, confiando en el Dios que alimentó a los Hebreos en el desierto. Pedro, lleno de fervoroso entusiasmo, precedía a una turba innumerable, que enfermó o se dispersó en el camino; tanto que llegó con muy pocos a Constantinopla; otros fueron sorprendidos y degollados por los Musulmanes.

Semejantes desastres no desanimaron a los barones, que se pusieron en marcha con sus caballeros e infantes, unos desde Flandes y Lorena, y otros de Francia, Normandía y Provenza, con algunos de la Italia meridional: campeones famosos por sus hechos de armas. El emperador Alejo Comneno, que los había llamado para librarse de los Turcos, les tomó miedo, y se negó a alojarlos y mantenerlos; por cuyo motivo ellos se pusieron a talar el país. Por último, Alejo los hizo trasladar al otro lado del Bósforo.

Entre los Selyúcidas, señalose Solimán, que conquistó el Asia Menor y la Anatolia, privando al imperio constantinopolitano de todas las posesiones asiáticas de tierra firme, y escogió por capital a Nicea, después de haber devastado a Antioquía y a Laodicea. Su hijo Kilige Arslan se vio atacado por los Cruzados, y les opuso todas las fuerzas del islamismo. Pero los Cruzados avanzaban; tomaron a Antioquía, y provistos de víveres y armas, llegaron a Jerusalén, la sitiaron, y después de haber derrotado en Ascalón al ejército persa que había venido como auxiliar, tomaron la Ciudad Santa, y en ella eligieron por rey a Godofredo de Bouillon.

127.- Mahometanos y cristianos en Palestina

Los Cruzados hicieron en Palestina lo que los Bárbaros cuando ocuparon el Mediodía de Europa. De modo que al lado del reino de Jerusalén, se establecieron los principados de Antioquía, Edesa, Tiberiade, Tortosa, Ascalón, Cesarea y otros, que se obligaban a pagar un tributo de vasallaje al rey de Jerusalén; se diferenciaban por el idioma, las costumbres y el traje, pero todos se componían de devotos fervientes e intrépidos guerreros. Godofredo formó las Asisias de Jerusalén, código de costumbres feudales, que concedía el derecho pleno sólo a los que empuñaban las armas; dejaba independiente a la Iglesia y permitió la organización de muchos comunes.

Godofredo, perfecto príncipe, respetuoso para con el patriarca de Jerusalén, trató de poblar su pequeño reino asegurando los terrenos a quien los poseyera un año y un día. Continuamente tuvo que rechazar incursiones de Árabes, Turcos y Egipcios, en cuyas refriegas se señaló Tancredo, normando de Italia.

Sucediole Balduino, ambicioso y amante del fausto, quien para proporcionarse el auxilio de las ciudades italianas, concedió a cada una un barrio en cada ciudad que se conquistase y la tercera parte del botín.

1100

Continuamente llegaban nuevos cruzados de Europa, y merecen especial mención los Noruegos, capitaneados por Suenon, hijo del rey de Dinamarca. Los emperadores griegos, en vez de favorecer la conquista, trataban de sacar provecho de ella. Los cruzados sufrían desastres y alcanzaban victorias en continuas empresas caballerescas; y bajo Balduino del Burgo llegó el reino de Jerusalén a su mayor grandeza. Los Venecianos, que atendían más al negocio que a la devoción, acudieron allí con una flota, con la condición de tener en cada ciudad una calle, una iglesia, un baño y un horno, exentos de toda carga, y con jurisdicción propia; y además, una tercera parte de las ciudades conquistadas con su ayuda. En primer lugar tomaron a Tiro, y a su regreso saquearon las islas para vengarse del emperador griego.

Musulmanes

Balduino, que durante mucho tiempo había sido prisionero de los Musulmanes, les atacó tan pronto como se encontró en libertad. Sus principales soberanos eran, sin hablar de España y de la Mauritania, los califas omeyas en Bagdad, los Fatimíes en El Cairo, el Soldán de Damasco, los emires de Mosul y Alepo, y los ortocidas a orillas del Éufrates. Más de temer eran los Turcos, que guerreaban por bandas, sin plan fijo, pero sin tregua. Terrible adversario fue para los Cristianos de Palestina la secta de Abdallah, constituida en sociedad secreta, enemiga de los Omeyas y de los Abasíes, con ciencias ocultas y jerarquía determinada. Favorecidos por los Fatimíes de Egipto, aumentaron en número y en poder, merced a Hassan-ben-Sabban, que ocupó, en los montuosos confines del Iraq, el fuerte de Alamut, donde se hizo poderoso y

reformó la secta. El jefe se llamaba Viejo de la Montaña (Sceik-el-Gebel) y tenía vicarios en las provincias. En el centro de los Estados había toda clase de delicias y la magnificencia oriental más sorprendente. El joven destinado a ser fedawie, después de embriagarse con bebidas cargadas de opio, era trasladado a los jardines del Viejo de la Montaña, donde al despertar se hallaba rodeado de todos los encantos imaginables, hasta el punto de creerse en medio del voluptuoso paraíso prometido por el Profeta. Cuando había agotado ya sus fuerzas y deseos, en aquel éxtasis embriagador, volvían a adormecerle los sentidos, y al abrir de nuevo los ojos, se encontraba en su primera estancia, teniendo junto a sí al Viejo o señor de la Montaña, quien le aseguraba que no se había apartado de allí un solo instante, y que le hacía saborear anticipadamente los goces del paraíso, a fin de que conociese las delicias reservadas a los que daban la vida por obedecer a su jefe.

Asesinos

Así se exaltaba la religión de la obediencia a los superiores, que es un dogma entre los Musulmanes, hasta el punto de despreciar los honores, los tormentos y la vida, dispuestos a matarse o a dar la muerte a otro, si se trataba de ejecutar una orden. Del haschisch que bebían tomó origen su nombre de Asesinos (Haschischins); penetraban en las fortalezas y en los palacios reales, espiaban años enteros a su víctima, si necesario era, y no había obstáculos que no venciesen con astucia y constancia. Así duraron siglo y medio, siendo espanto de amigos y enemigos, hasta que los Mogoles los sepultaron bajo las ruinas del califato.

128.- Caballería. Órdenes militares

El más valioso alimento de las Cruzadas fue la caballería, espléndido episodio de la historia europea, entre el planteamiento del cristianismo y la revolución de Francia. Era una exaltación de la generosidad, de la delicadeza, del pundonor, del desinterés, la que determinaba las acciones, consagraba las hazañas y purificaba los fines. La religión y la mujer eran los ídolos de los caballeros. Parte de estos sentimientos debían su origen a los Árabes, grandes mantenedores de la palabra, fidelísimos a la hospitalidad, y parte a los Germanos, entre los cuales la mujer era mucho más respetada que por los Romanos y los Griegos, y en cuyo país cada hombre tenía su importancia personal y su responsabilidad, y se dedicaba a las armas hasta en los juegos.

Los romances y novelas que de ella se nutrían, la hacen remontar hasta la tabla redonda del rey Arturo o a los paladines de

Carlomagno. Sólo después del año mil, cuando hubieron cesado las guerras de invasión, la caballería adquirió desarrollo en toda Europa, siendo sobre todo galante en Francia, severa en la Germania, aristocrática en Inglaterra y menos refinada en Italia; no existió en Grecia ni en Rusia. En todas partes adquirió un carácter conforme a la índole de los pueblos. Al principio predominó en ella la guerra; luego la galantería, y por último el falso entusiasmo y las exageraciones que la hicieron ridícula.

Los símbolos expresivos que acompañaban a todos los actos de la Edad Media, se multiplicaron en la caballería. El joven hijo de Caballero, era educado en el castillo de manera que se acostumbrase al manejo de las armas, al celo de la nobleza adquirida, a la cortesanía, a los galanteos, a las visitas, a los viajes, a la montería y a la caza. A los catorce años, el mancebo era armado escudero por el sacerdote que le ceñía la espada bendecida y las espuelas de plata; y se ponía a las órdenes de algún paladín, hasta que por sus servicios y por sus empresas mereciese ser armado caballero. Esto se hacía en solemnísima ceremonia, precedida de baños y ayunos, de vigilias y oraciones; su paladín le daba tres golpes de plano con la espada y un abrazo, y se le ponían las espuelas de oro.

Deberes de todo caballero eran defender la religión, las iglesias, los bienes y los ministros de las mismas; sostener al débil, a los huérfanos y a las mujeres; mantener la palabra empeñada; no obrar nunca por interés ni por pasión, y guardar fidelidad a su señor. Contraían a menudo la mutua fraternidad de las armas, compartiendo las fatigas y la gloria. El que faltaba a sus deberes era degradado. La Iglesia, si no fue la inspiradora de tales sentimientos, los alimentó y depuró al menos. En parte verdaderas, pero en gran parte imaginarias, son las aventuras que a los caballeros se atribuyen en una infinidad de novelas; y si bien degeneró después la caballería por las exageraciones satirizadas en el Don Quijote, sobrevivió el caballero en el gentilhombre, orgulloso de su cuna, delicado en lo tocante a la reputación, independiente en presencia de sus superiores, cortés con el bello sexo, como se conservó hasta la invasión de la democracia.

La asociación de la Iglesia con la milicia se consumó por medio de las órdenes religioso-militares. Los Hospitalarios de san Juan (cap. 148) fueron instituidos por los Amalfitanos, y comprendían eclesiásticos para el socorro de las almas, legos para los servicios corporales y caballeros de armas encargados de proteger a los peregrinos, presididos por un gran maestre.

Algunos franceses siguieron el ejemplo de estos, fundando la Orden de los Templarios, tutela de peregrinos también, y al mismo tiempo cruzada permanente contra los infieles. Uniéronse a ellos los caballeros Teutónicos, con hospitales y oratorios, quienes más tarde adquirieron en la Germania un poder soberano. A imitación de estos se instituyeron los caballeros de San Lázaro, consagrados principalmente a curar a los leprosos, y unidos después a la Orden de San Mauricio; los caballeros del Oso, los del Silencio, los de la

Estrella Roja, los de San Miguel; la Orden de Calatrava, para rechazar a los Árabes de España; la de Santiago, la de Porta-Espadas, contra los Livonios, en Prusia; la del Toisón de Oro en la Borgoña; en Italia los Gaudentes, los caballeros del Lazo, y la Orden Constantina, a la cual pertenecieron los últimos Comnenos, y que heredaron los Farnesio, y la Orden saboyana de la Anunciata. La espuela de oro era conferida por los Pontífices. Estímulo al principio de noble celo, valor y caridad, todas estas órdenes fueron degenerando hasta trasformarse en títulos de simple vanidad.

129.- Escudos, divisas, emblemas, apellidos

De estas instituciones caballerescas derivan, y con ellas se conexionan los escudos y divisas. Los caballeros debían consagrar especial cuidado a tener sólidas armaduras para el ataque y la defensa, y buenos caballos, algunos de los cuales unieron su fama a la de sus jinetes, haciendo que sus nombres pasaran a la posteridad (Frontín, Brilladoro, Rabicán, Babieca).

El escudo era la pieza principal de la armadura, y se distinguía por signos particulares, sencillos al principio y complicados después; calificaba al caballero y concluyó por ser adoptado por toda su familia. La cruz era el distintivo más común de los Cruzados, si bien variaba de forma y de color; después fueron introduciéndose ciertos emblemas y colores determinados, costumbre que dio origen a la complicada ciencia de la Heráldica o arte de los blasones, que forma con pocos elementos interminables variedades. Principal cuidado del caballero, y después de la familia, era el conservar sin mancha las armas y los blasones, que ostentaban en las banderas, en los castillos y en los trajes. Las ciudades y las naciones adoptaron escudos y colores, que se fueron complicando con los de las familias y de los países unidos.

La custodia de estos emblemas estaba confiada a los heraldos, que con el propio escudo representaban al señor o a la ciudad, en cuyo nombre se presentaban, reunían al pueblo, llevaban los carteles de desafío y castigaban la deslealtad.

Con frecuencia los escudos iban acompañados de lemas, y en el siglo XV se ocupaban los literatos de contentar la vanidad y el capricho de sus Mecenas, inventando figuras simbólicas con frases adecuadas a la expresión de un sentimiento o a una situación de tal o cual persona. Estos motes se convertían en consigna de guerra.

Mientras que los nobles adquirían un documento que indicaba su categoría, tomando el título del castillo o del feudo que poseían, el vulgo se limitaba a tomar un nombre. Poco a poco se introdujeron en la plebe misma los apellidos deducidos del país, del oficio, de los defectos, de las cualidades de cada cual, y después de haber sido personales, se hicieron hereditarios. En vez de tú, que los Romanos usaban hasta con el emperador, se introdujo el tratamiento

de vos, el de señoría, el de excelencia, el de alteza; el don, reservado a los abates, se comunicó a todos los curas y por fin a los seglares.

130.- Torneos, cortes de amor, gaya ciencia, diversiones

Los torneos eran juegos militares, donde los caballeros se lanzaban al combate con armas corteses, rivalizando en destreza y en valor. Las grandes solemnidades de la Iglesia, las coronaciones, los bautizos, los matrimonios de los príncipes, una victoria, una paz, todo eran ocasiones para torneos. Un heraldo, acompañado a menudo de dos doncellas, iba de castillo en castillo, llevando cartas y carteles a los adalides de más nombradía y convidando a todos los valientes que encontraba en el camino. No entraban en liza más que los que habían dado pruebas de nobleza y presentado su escudo sin mácula. Espléndidos pabellones manifestaban la emulación que se establecía entre los concurrentes a fin de excederse en magnificencia. Se construían tiendas para dar abrigo a la muchedumbre; se alzaban tablados, a veces en forma de torres de muchos pisos, cubiertos de tapicería; se obsequiaba a los vencedores con ricos donativos y espléndidos banquetes. En los torneos era donde se hacía mayor ostentación de escudos, empresas y divisas. Carruseles, sortijas, quintanas, pasos de armas, eran combates de género diverso. El pueblo vociferaba, animado por la generosidad de los señores que distribuían dinero, víveres, trajes, y a veces hacían manar vino de las fuentes.

No siempre se terminaba con aplausos y cantos, y no era raro ver convertido el juego en una verdadera batalla, donde los caballeros quedaban heridos y a veces muertos. En un torneo murió el hijo de Enrique II, rey de Francia, en 1559.

Las mujeres alcanzaban sus triunfos en las cortes de amor. Hemos indicado ya cómo fue creciendo el respeto a las mujeres, que se convirtió en veneración merced a la caballería. Los monasterios se convertían en un medio de emancipación para la mujer. Las leyes de los Bárbaros hicieron lo que estuvo vedado a los códigos de la sabiduría antigua; tomaron bajo su protección el honor de las mujeres de condición libre, y hasta la virtud de las esclavas; concediéronles derechos no disfrutados hasta entonces, como el de heredar y hasta el de subir al trono. Jaime II de Aragón ordenó que se dejara pasar sano y salvo a todo hombre, caballero o no, que acompañase a una mujer, a menos que fuera culpable de homicidio. En la abadía de Fontevrault, las mujeres eran superiores a los hombres.

Al par de la caballería, se introdujo la gaya ciencia, que enseñaba las reglas del amor, considerado como el complemento de la existencia del caballero, el manantial de las proezas y el conjunto de las virtudes sociales. Asociando ideas religiosas, caballerescas y feudales, a ningún hidalgo debía faltar una dama a quien dedicar

sus proezas. Estableciéronse preceptos y reglas, que degeneraron pronto en sutilezas y exaltaciones ridículas. En las cortes de amor se constituían tribunales, donde las mujeres, ayudadas por los caballeros, y hombres de leyes, sometían a discusión algunos puntos del arte de amar, por ejemplo: Si es mejor el amor que se enciende, o el que se reanima; si es preferible beber, cantar y reír, o bien llorar, amar y padecer; quien no sabe ocultar, no sabe amar. Presentábanse cuestiones y disputas de amantes; se discutía, y se pronunciaba el fallo, que formaba la jurisprudencia de aquella extraña legislación, donde la galantería pronto degeneró en necedad. Estas instituciones cayeron también con la caballería, cuando, al albor de nuevos tiempos, llegaron a ocupar los espíritus frívolos pensamientos más serios.

Esto ya indica que aquella edad, que se llamó de hierro, no siempre fue feroz y sanguinaria. Las diversiones eran poco comunes, pero espléndidas, y no se celebraban en casas particulares ni en teatros, sino al aire libre, con el concurso de todo el pueblo, invitado a gozar, si no a tomar parte en ellas. Eran esplendidísimas las mesas bancas, donde acudían músicos, cantores, saltimbanquis, charlatanes, volatineros (278) y bufones, quienes recibían vestidos, comida y dinero. Se servía de comer en los patios y en los prados a todo el que llegaba. Las viandas que se servían en solemnes ocasiones, eran más bien de gran coste que de fino gusto; presentábanse en la mesa lechones y jabalíes enteros, pavos con sus colas, y toda clase de aves y piezas de caza; todo entre cantos y música.

La caza era la diversión favorita de los nobles, para quienes estuvo al principio reservada. Los feudatarios prohibieron a los villanos, bajo severísimas penas, molestar a los animales de caza, a pesar de que devastaban los campos. Se introdujeron después las cacerías simuladas, especialmente la del toro.

Los habitantes de las ciudades, habiendo recobrado su libertad, introdujeron juegos públicos, ya por el carnaval, ya en conmemoración de algún acontecimiento notable. El parque y el circo en Milán, el Campo Fiore en Verona, el Campo Marzo en Vicenza, el Prado en Padua y en Luca, eran teatros de tales festividades. Venecia, sobre todo, era renombrada por sus fiestas, siendo notables la de las Marías, la de los pájaros y palomas, la de las regatas, y la de los esponsales del mar.

El carnaval se celebraba con mascaradas cuya costumbre no ha desaparecido todavía. Los cronistas no omitían jamás la descripción de bailes y fiestas, que no carecen de importancia.

La Iglesia celebraba también sus fiestas, con mercados y ferias, por las grandes solemnidades. La gente acudía tanto más, cuanto que se trataba de sitios exentos de impuestos y protegidos contra el predominio de los señores. La poca cultura de la época excusa que con las funciones religiosas se mezclasen indecorosas bufonadas, como la fiesta de los burros y ciertas representaciones. Pero estas representaciones, llamadas misterios, fueron el verdadero origen del nuevo arte dramático. Al principio se imitaba la pasión

de Cristo y algunos hechos de santos y de mártires; luego se compusieron escenas, con versos a propósito, donde intervenían patriarcas, santos, ángeles, hasta diablos, y el mismo Dios. Había hermandades que tomaban bajo su especial cuidado aquellos misterios: primer paso para la formación de las compañías dramáticas. No tardaron en transformarse tales instituciones, representando asuntos profanos, y hasta exhibiendo farsas ridículas, cuando no escandalosas.

A los juegos tumultuosos se unieron los privados y los de azar, a cuya pasión se opuso siempre la Iglesia, si bien con escaso éxito. Hasta mediados del siglo XV no se hace mención de la lotería. El ajedrez vino del Oriente, quizá en tiempo de las Cruzadas. Los naipes aparecen a mediados del año 300; estaban pintadas con esmero y lujo, y fueron uno de los primeros usos a que se aplicó la imprenta.

131.- Los Trovadores

Ornamento y vida de las fiestas de la edad media eran los poetas, a menudo confundidos con los bufones y juglares. Muy distintos eran los Trovadores, primeros poetas de la moderna civilización. En la Provenza se conservaban vestigios de la sociedad romana en los municipios, en la lengua, en el comercio; y durante la larga paz que ofreció el reinado de príncipes nacionales, pudo florecer la literatura, cultivada por apasionados cantores. Valiéndose de la lengua de oc, inspiráronse éstos en la gaya ciencia para cantar a las damas y a los caballeros, las armas, los amores, la cortesía y las audaces empresas. Sus poesías líricas con mejor apreciadas al canto que a la lectura. Introdujeron la rima, ya iniciada por los Latinos de la decadencia. No afectaban erudición, ni imitaban a los clásicos, que probablemente desconocía; expresaban sentimientos, disponiendo las palabras de manera que produjeren buen efecto al oído, y agradasen a caballeros y a damas ignorantes en punto a bellas letras. La mayor parte de sus composiciones son amorosas; de vez en cuando se complacen en versificar sobre cosas y personas sagradas, o ensalzan a los valientes y satirizan o hieren a los cobardes y a los tiranos; o bien cantan aventuras, cuyo protagonista es con frecuencia el mismo Trovador. Iban de castillo en castillo, celebrando a las bellas y a los paladines, y ganando así trajes y comida, y brillaban sobre todo en las cortes privadas y en los torneos. Algunos alcanzaron fama duradera, como Bertrand de Born, Princivalle de Oria, Pedro Cardenal, Bernardo de Ventadour, Rambaldo de Vaqueiras, Pedro Vidal, Sordello de Mantua, Maestro Ferrari de Ferrara.

La lengua y la literatura provenzales fueron trasladadas luego a Aragón, donde los Trovadores continuaron por mucho tiempo. Enrique, marqués de Villena, indujo a Juan I de Aragón a instituir

en Barcelona una academia por el estilo de la de Tolosa; pero fue de breve duración. A mediados del siglo XV, compuso versos en aquella lengua Ausiàs March de Valencia, a quien se ha querido comparar con Petrarca, tanto por su mérito como por sus aventuras. Omitimos a otros de menos importancia.

Uno de sus méritos consistía en tener siempre dispuestas relaciones con que amenizar los banquetes y las tertulias. La viva imaginación de aquellos tiempos había mezclado con la verdadera historia, y mayormente con la sagrada, una infinidad de narraciones apócrifas, de aventuras extravagantes, que hasta mucho tiempo después sirvieron de asunto a las bellas artes. En aquellas leyendas tomaba gran parte el diablo, que personificaba la inclinación mala del hombre, y aparecía con frecuencia vencido y burlado. A veces las artes, por no haber expresado bien un pensamiento, o también los símbolos mal interpretados, daban origen a leyendas. Pintábase a San Nicolás de Mira teniendo al lado tres catecúmenos sumergidos en la fuente bautismal, y de figura más pequeña para indicar su inferioridad; el vulgo creyó que eran tres niños y que el santo les había resucitado y sacado de la caldera donde cocían para cumplir un impío voto. El cerdo, que a los pies de San Antonio debía significar la victoria de este santo sobre el enemigo infernal, dio lugar a extravagantes leyendas. Muchísimas eran los que tendían a excitar la devoción y a aumentar los sacrificios por los pobres muertos. A veces, estas leyendas toman la extensión de novelas como los Siete durmientes, el Barlaam y Josafat.

La devoción no era la única que inspiraba las narraciones de aquel tiempo; y el patriotismo, la fidelidad en amor y la execración de las guerras civiles formaban con frecuencia el asunto de las novelas. El amor patrio atribuía a cada ciudad orígenes troyanos o apostólicos, y la hacía teatro de los más extraordinarios acontecimientos. Las novelas que se inspiraban en la caballería, fabulaban la historia de Arturo, de Merlín, de Carlomagno, de Alejandro; y las que se inspiraban en la vanidad de familia, inventaban genealogías y las llenaban de héroes. Muchas fueron tomadas de los Orientales, como las Mil y una noches, El libro de los siete consejeros, del indio Sendebad, las fábulas de Kalila y Dimna; y fueron la fuente donde bebieron los poetas posteriores. Innumerables son las novelas que siguieron, y han adquirido celebridad Los reales de Francia, el Guerino Mezquino, el Orlando enamorado y el Furioso.

Muchas de aquellas historietas sobrevivieron y parecen superiores a cuanto se inventó después, como la de Imelda de Lambertazzi, de Julieta y Romeo, de Pía de Siena, de Francisca de Rímini, de Pedro Baliardo, de Guillermo Tell, de Ginebra de Almieri, de Don Juan y de Fausto.

132.- Segunda y tercera Cruzada

El reino de Jerusalén se vio agitado por disturbios de que se aprovechó Zengui, Soldán de Iconio, quien se apoderó de Edesa, reconquistada luego por los Cristianos y vuelta a tomar por Nureddin (279), el cual por los poetas y los Imanes fue saludado emperador de Islam. Presumiendo los Cristianos que también conquistaría a Jerusalén, dirigieron sus súplicas a Europa, donde se empezó a hablar de una nueva Cruzada, y mucho más cuando la proclamó Bernardo (1091-1155), abad de Claraval, uno de los más altos personajes de la edad media, orador elocuentísimo, teólogo cuyas ideas se derivaban de las de San Agustín; autor de una nueva Orden, cuyos prosélitos se dedicaban a la cultura de los campos. Penetró en la política de su época, operando reconciliaciones, corrigiendo errores y persiguiendo a malvados. Propúsose renovar la Cruzada, y aconsejola a Luis VII de Francia, al Papa Eugenio III y al Emperador Conrado III. No se procedió, empero, con el entusiasmo de Pedro el Ermitaño; se hicieron provisiones, cajas comunes, buenas armas y mandos regulares. Contrariado por los Griegos, Conrado tuvo al principio adversa fortuna; habiéndose reunido en Nicea con el rey Luis, siguieron adelante; pero ya las traiciones, ya el valor del enemigo acobardaron a los Cristianos, que, después de inmensos sacrificios, regresaron a Europa.

1141

San Bernardo

1149

Los Cristianos establecidos en la Siria habían perdido ya parte del valor y de la piedad desinteresada de los primeros conquistadores; y se habían aficionado a la nueva patria, adquiriendo propiedades, contrayendo vínculos de parentesco y modificando el idioma con voces indígenas. Todos preferían conservar lo adquirido por medio de la paz, a ponerlo en riesgo por nuevas batallas. Solo las órdenes militares conservaban el espíritu guerrero; pero sus individuos, orgullosos con sus riquezas y con el continuo ejercicio de su valor, miraban con recelo a los señores occidentales, y hubieran visto con sentimiento sus victorias.

La razón aconsejaba que los enviados no se contentaran con lanzarse sobre Jerusalén, sino que al mismo tiempo fundaran colonias en toda la costa del mar; las cuales habrían ejercido grande influencia aún en el lejano porvenir de Europa, pues que habrían cortado el paso a los Turcos.

En medio de los intereses parciales que agitaban la Europa y conducían a la conquista de las franquicias, de la nacionalidad y de la ciencia, un interés general atraía siempre las miradas y los ánimos hacia la Palestina, donde todos tenían religiosos intereses y conciudadanos que peleaban y que padecían. Con el éxito, los Musulmanes sintieron renacer su ardimiento, y los Cristianos, que uniéndose hubieran podido redimir toda el Asia Anterior, malgastaban en particulares empresas un valor tan impetuoso como insensato.

Noradino, uniendo la abnegación al valor, era ferviente en las oraciones, favorecía las letras, y mantenía una disciplina severa entre los soldados, no permitiéndoles otra patria que el campo de batalla. A su Edesa unía siempre nuevas adquisiciones y fijó su residencia en Damasco. Como el de Bagdad, el califa de El Cairo se hallaba reducido a los ejercicios del culto, y Noradino, con la aprobación del primero, movió guerra al otro invadiendo el Egipto. Este llamó en su ayuda a Amalrico, sucesor de Balduino III en el reino de Jerusalén, quien después de haber tomado a Alejandría, aceptó cincuenta mil monedas de oro por salir del país, después de canjear los prisioneros. Los tesoros que trajo, le hicieron concebir la idea de conquistar aquella comarca, pero fue obligado a retroceder. Schirkú, emir de Noradino, depuso al califa de El Cairo, y terminó el cisma de los Fatimíes.

1136

Saladino   Terrible para los Cristianos fue Saladino, quien después de haber reunido bajo su mando los dominios de Noradino, se lanzó a exterminar la cruz.

El reino de Jerusalén era con sobrada frecuencia perturbado por discordias intestinas, y también se combatí allí a menudo por las disidencias de Europa. Guido de Lusignan (280), elegido rey e incapaz de sostenerse, fue hecho prisionero con la flor de sus caballeros por Saladino, quien hizo matar a todos los Hospitalarios y Templarios, y se apoderó de Jerusalén, donde las colinas de Sión resonaron nuevamente con el grito de Alá.

1186

Al saberse tal noticia, Urbano III murió de pesadumbre; Gregorio VIII excitó los ánimos a una nueva Cruzada, y su sucesor Clemente III la vio conducida por Federico Barbarroja. Otra vez el emperador de Constantinopla, por celos o temor, opuso obstáculos a la empresa; Federico se ahogó en Cicilia, y su ejército fue exterminado por enfermedades. Enrique II de Inglaterra se reconcilió con Felipe Augusto de Francia, y ambos juraron no deponer la cruz hasta haber recobrado la Palestina; ordenaron bien la empresa y reunieron su armamento en Mesina.

En tanto, Saladino extendía sus conquistas, y a los Cristianos no les quedaba ya más que Trípoli, Antioquía y Tiro. A esta puso sitio aquel, pero de todas partes acudieron caballeros a defenderla, obligaron al enemigo a retirarse, y asediaron a Tolemaida. Saladino, una vez proclamada la guerra santa, disponíase a guiar a los Musulmanes a Europa; pero se lo impidió la llegada de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León, hijo del rey de Inglaterra, quienes al

cabo de tres años se apoderaron de Tolemaida. Habiendo quedado solo, Ricardo realizó heroicas empresas, pero no tuvo más remedio que pactar con Saladino, cuando los intereses de su país y las rivalidades de Francia y de Germania, le obligaron a regresar a Europa. Ríos de sangre había costado la tercera Cruzada, que fue el verdadero apogeo de la caballería; tanto que el mismo Saladino quiso adornarse con ella. Este murió a la edad de 57 años, dejando por toda fortuna privada cuarenta y siete monedas de plata, y una de oro, y su Estado fue repartido entre sus hijos y los emires Ayubíes (281), que no tardaron en hostilizarse entre sí, del mismo modo que se hacían mutuamente la guerra los príncipes cristianos por la sucesión al trono de la perdida Jerusalén, que por último se dio a Amalrico de Lusignan (282), rey de Chipre.

1198

1193
1197

133.- Mejoramiento del pueblo

En medio de todas estas empresas, realizábase un gran cambio en la condición del pueblo. Este, aunque oprimido por la preponderancia de los feudatarios, había mejorado relativamente a los tiempos antiguos. La población agrícola, era la que más había padecido en las invasiones de los Bárbaros; los colonos, empero, eran distintos de los esclavos romanos, pues aun siendo siervos, eran dueños de su propia persona, y reconocidos por el cristianismo como hermanos y responsables de sus propios actos. La esclavitud no fue abolida de un golpe por el Evangelio, porque de este modo hubiera acarreado sangrientas revoluciones; se continuó el tráfico de esclavos, mayormente con aquellos que eran prisioneros Bárbaros o infieles. Pero la Iglesia proclamaba la igualdad de los hombres; las leyes protegían al esclavo mismo, y la economía demostraba cuanto más productivo era el trabajo de los hombres libres.

Durante el feudalismo, la distinción entre vencedores y vencidos se aminoraba con el hecho de vivir los unos cerca de los otros, en el campo y en los castillos, donde se multiplicaban los contactos por las necesidades del servicio y de la defensa. Estando unida la jurisdicción a la propiedad, los colonos de hecho dependían del señor, contra el arbitrio del cual algunos buscaron la defensa en la unión, y constituyeron ligas para sublevarse contra el castellano y exigir de éste que les respetase la vida, los bienes y las mujeres, y les permitiese hacer testamento y heredar, salir a comerciar, y dedicarse a artes y oficios. Esto de vez en cuando se obtenía a la fuerza, y otras veces por medio de pactos, reduciendo

aquella servidumbre a tarifas e impuestos que se retribuían al señor. Este no sacaba gran cosa de sus vastísimos dominios, cultivados negligentemente por siervos de la gleba que ninguna ventaja obtenían de aquel cultivo; por esto se subenfeudaban las tierras a vasallos inferiores; los señores las cedían gustosos al mismo labrador, reservándose una renta perpetua y el derecho a ciertos servicios, o a la capitación; y todas estas obligaciones se redimían a veces, cuando el señor tenía necesidad de dinero.

Era ventajoso para los feudatarios que prosperasen, las aldeas, y aquellos atraían la gente del campo con privilegios o con disminuir la opresión. El clero también mejoraba la condición de la clase ínfima, ora abriendo sus filas a los esclavos, ora haciendo mejores condiciones a los agricultores o a los que se establecían alrededor de los conventos, formando aldeas y ciudades; ora acogiendo mercados y ferias a la sombra del asilo eclesiástico, o a los fugitivos de la tiranía señorial. Además, la emancipación de los esclavos se verificaba generalmente en las iglesias, atribuyéndoles un mérito de caridad.

Por tantos caminos, podía, pues, llegar el esclavo a la emancipación y los campos a ser cultivados por brazos libres. Los colonos pedían a los reyes privilegios y exenciones, y éstos los concedían gustosos, con el intento de disminuir el poderío de los barones. El espíritu de asociación, propio de los Germanos, hacía que muchos se agregasen, principalmente los miembros de una misma familia, para hacer común el trabajo y los productos. Tales asociaciones eran frecuentes sobre todo entre los artesanos, y la más antigua de que hallamos mención es la de los Magistri comacini, que se esparcían para fabricar. Muchos ejemplos de estas sociedades se encuentran en Italia, donde son muy raros los de asociaciones entre villanos.

De este modo, bajo el feudalismo, se reconstituía la familia en el aislamiento del castillo, y en las asociaciones de todas las clases, tendiendo a dar estabilidad a los patrimonios y a los sentimientos, y a realizar mayores intereses. Los barones tenían que tratar mejor a los villanos, y castigar a todo el que causase perjuicio a los colonos, violase la propiedad o estropease los canales; se facilitó la permuta de heredades por no llegar a un fraccionamiento extremado; se prohibió algunas veces el embargo de los instrumentos y de los animales dedicados a la agricultura, y también del vestido del día de trabajo; atenciones desconocidas de las leyes antiguas.

Mientras que entre los Romanos, los campos eran sacrificados a la ciudad por la esclavitud, en el feudalismo apenas se hace mención de las ciudades. En estas habían quedado algunos Romanos libres, mejor tratados por los Bárbaros, porque con su muerte se perdía completamente la propiedad, que se mantenía de los servicios que podía prestar con su cuerpo, con las artes, con las letras o con tributos. Cuando los emancipados se aumentaron hasta el extremo de no bastar a su sustento la agricultura, acudían a las ciudades para dedicarse a oficios o a servicios libres. La prosperidad del

comercio y de la industria les favorecía; así se formó una tercera clase, entre las dos que subsistían en el feudalismo, los propietarios de tierras y los no propietarios.

Sin embargo, los ciudadanos no tenían relaciones directas con el rey, pues dependían aún del feudatario. Parecíales útil, por lo tanto, unirse en asociaciones particulares de artes y oficios; acudir, por lo tocante a la justicia, a las curias eclesiásticas, y elegir representantes (scabini) para tratar y dirigir los propios intereses y asistir a los juicios.

A medida que iban creciendo, natural era que aspirasen a sacudir el yugo feudal, a desprenderse del terruño, o conquistar la personalidad.

El levantamiento del bajo pueblo contra la aristocracia territorial fue un movimiento común en toda la Europa feudal; y es un error considerarlo como una aspiración a la república, cuando era puramente social.

134.- Los Comunes

El municipio era probablemente la más antigua organización civil europea, antes de las conquistas de Roma. La misma Roma fue un municipio, que prevaleció sobre los demás de Italia, y luego sobre todos los de Europa, reduciendo los gobiernos parciales a una administración única. Tales los vemos a la descomposición del Imperio, y tales los encontraron los Bárbaros, que al parecer no aniquilaron toda la forma del régimen comunal, no por indulgencia, sino por ignorar con qué orden iban a sustituirla; de modo que a los vencidos les quedó algún resto del gobierno patrio, lo menos precario que consintió la opresión guerrera. Las instituciones municipales sobrevivieron hasta al idioma, como en algunas ciudades del Rin, de donde se extendieron a otras que florecieron después. Con mayor razón esto debió suceder en Italia, muchas de cuyas ciudades jamás fueron conquistadas por los Bárbaros, como Roma, Nápoles, Gaeta, Pisa y Venecia. Érales enviado un magistrado de Constantinopla, pero concluyeron por elegirlo entre sus propios ciudadanos, mayormente cuando los emperadores hubieron declarado la guerra a las imágenes.

Además del elemento romano, contribuyeron a formar los Comunes el germánico y el cristiano. Como hemos visto, en el campo cada hombre se unió a la tierra y corrió la misma suerte que esta. En cuanto a las ciudades, la mayor parte no dependían de un feudatario, sino de un conde, magistrado real, el cual disminuyendo cada vez más la dependencia, hacía que aquellas quedasen solo protegidas por un emperador débil y lejano, que cambiaba con frecuencia el centro de su poder de Germania a Italia. De modo que a medida que se desacreditaba la autoridad real, se robustecía el poder feudal. Las ciudades hubieran podido libertarse completamente del dominio

imperial, pero prefirieron deber al emperador su inmunidad, es decir el derecho de ejercer su propia jurisdicción sin el conde regio; y según la ley feudal no le pedían propiamente como un derecho, sino como una concesión. Los obispos obtuvieron la inmunidad, a despecho de los condes, y lograron que se hiciese extensiva al clero y a sus bienes, y hasta a la ciudad en que residían. Los reyes se alegraban de mandar directamente al pueblo sin la mediación de los barones, que habían convertido los feudos, de vitalicios en hereditarios. La Iglesia se hallaba ya constituida popularmente, sin que fuesen hereditarios los bienes ni las dignidades, y teniendo asambleas propias; de modo que ofrecía un modelo imitable a los gobiernos seculares que se constituyesen. Cuando los obispos entraron en las asambleas regias y tomaron parte en las elecciones de reyes y emperadores, pudo decirse que se elevaba el pueblo; fácilmente obtuvieron la jurisdicción en su propia ciudad, no quedando al conde más que el campo, que se llamó condado. Entonces el pueblo no se halló ya dividido en dependientes del rey y dependientes del barón o de la Iglesia, y formó un solo Común, sometido a un mismo tribunal, y al vicario secular del obispo, llamado vizconde. Los obispos trataban de arrebatar al conde y a los señores la autoridad que les quedaba. Por esto el rey Conrado Sálico dictó la famosa ley de los feudos (cap. 117), estableciendo que también los pequeños feudos se trasmitiesen por herencia, y que no pudieran quitarse sino en virtud de sentencia de los scabini.

El movimiento que describimos no dejó sino asociaciones limitadísimas y poderes meramente locales, y ayudó a las ciudades a constituirse fácilmente. Otón el Grande contribuyó a ello para deprimir a los feudatarios y hasta a los obispos, concediendo la inmunidad a las ciudades, que obtuvieron además mercados, peajes y justicia. Otros reyes vendían estas regalías para remediar a la penuria del tesoro, o para obtener partidarios en los conflictos.

El movimiento no podía realizarse sin choques; vinieron a las armas los menores con los mayores vasallos; todos comprendían la necesidad de procurarse hombres, y los alentaban con concesiones, descargos y pequeños dominios. Mientras vacaban los obispados, las ciudades se regían por magistrados propios.

La libertad a que se aspiraba no era la política; era la libertad material de poder ir y venir, de vender, comprar, poseer lo adquirido, y trasmitirlo a otro, de gozar de la tranquilidad doméstica y personal que asegura actualmente todo buen gobierno.

De consiguiente, los Comunes no fueron concesiones reales, sino consecuencia de la insurrección popular; no reforma administrativa, sino movimiento democrático para proteger a los más contra los menos. No fue aquello una lucha contra los reyes; antes bien se buscaba su apoyo para sacudir el yugo feudal. La institución de los Comunes cambiaba el organismo político, puesto que el Común mismo entraba en el orden feudal; y como cada cual tenía un señor distinto, fueron diversas y múltiples las revoluciones. Realizadas las de las ciudades, sirvieron de ejemplo y apoyo a las poblaciones rurales, que expulsaron a los exactores y a los satélites del barón,

atacándolo a él mismo en su castillo; en último recurso, se refugiaban en las ciudades.

Hallándose entonces en lucha el Imperio con el sacerdocio, se hallaron sometidas a examen las competencias de una y otra autoridad y la legitimidad del poder emanado de la fuerza; y ambas partes tuvieron que buscar su apoyo en la plebe. Durante las largas vacantes de los obispados, ocasionadas por esto mismo, las ciudades, que habían obtenido la inmunidad de los condes, se declaraban también independientes de los obispos, y se regían por propios ciudadanos.

Ayudaron al movimiento comunal las asociaciones, derivadas de las costumbres germanas; y las diferentes corporaciones de artes y oficios se constituyeron pronto en sociedades políticas hasta adquirir gran dominio; excluían del gobierno a quien no pertenecía a ellas, y mayormente a los nobles. No tardaron en fijar estatutos sobre el modo de gobernarse y de administrar justicia. También quisieron tener sus armas y su sello, y generalmente tornaron el nombre del Santo que elegían por patrono.

En Italia, las ciudades habían recogido armas y se habían rodeado de murallas durante la invasión de los Húngaros (cap. 111). Además, la aristocracia no había echado allí tan profundas raíces; los reyes residían en Germania, y aspiraban a dominar más bien por medio de la opinión que de la fuerza, pues de hecho dependían de los vasallos; y puede decirse que la Roma papal fundó tantas repúblicas, como había destruido la antigua Roma.

Mientras Otón III combatía contra sus émulos en Alemania, los Comunes hallaron menos obstáculos para constituirse, obligaron a los barones a vivir en la ciudad, al menos gran parte del año, sometiéndoles así a las leyes comunes; algunos demolieron el palacio real y obtuvieron que el rey no volviese a penetrar en recinto amurallado; y retrocediendo a la antigua costumbre, eligieron para el gobierno, no ya scabini, sino cónsules.

Cuando hubieron sacudido el yugo, trataron de asegurar sus derechos, haciendo que los confirmara el rey en las que llamaban Cartas de Común, con las cuales les reconocía la libertad. En estas cartas se especificaban los agravios que concluían, las cargas que habían de satisfacerse, y los juramentos que se habían de prestar. De estas se encuentran pocas en Italia, porque en unas ciudades duraba todavía el Común romano, y en las otras bastaba referirse a las primeras. Sin embargo son conocidos los privilegios que exigieron Venecia, Pisa, Mesina, Menagio del lago Como, Luca, Milán, y otras.

Entonces prosperaron también muchas aldeas, la mayor parte alrededor de iglesias y monasterios. Algunos Comunes tuvieron que sostenerse por la fuerza de las armas, mayormente los de Montferrato contra los poderosos duques y marqueses. Algunos grandes señores se mantenían en sus castillos, independientes de los Comunes, pero sin poder constituir jamás una sólida aristocracia.

Tenemos, pues, al vulgo convertido en un orden, a la riqueza mobiliaria colocada junto a la territorial, y al feudalismo, que

antes componía toda la sociedad, restringido ya tan solo a la nobleza. Los nuevos Comunes eran muy diferentes de los antiguos; estos estaban formados por colonos procedentes de Roma, mientras que en la Edad Media eran los mismos vencidos quienes aspiraban a adquirir los mismos derechos que los vencedores. En el municipio romano, el jefe de familia era en su casa magistrado y sacerdote, en el de la Edad Media, el clero constituía una clase distinta e independiente, y la autoridad paterna se hallaba circunscrita dentro de los límites de la religión. Allí un corto número de ricos, estaban rodeados de una muchedumbre de esclavos; aquí la industria, por primera vez en el mundo, se emancipó y produjo riquezas y libertades.

En Francia y en Germania, las cosas se pasaron de un modo parecido; pero en Italia, donde no subsistían duques ni marqueses poderosos como reyezuelos, y había en cambio ciudades fuertes y florecientes, no tardaron los Comunes en convertirse en verdaderas repúblicas.

Pero aquellos hombres del estado llano carecían de experiencia, ignoraban el arte de la guerra y la ciencia del gobierno, y viéronse obligados a emprender una marcha vacilante, ya siguiendo el espíritu de las antiguas instituciones municipales, ya imitando la jerarquía eclesiástica, ya innovando a medida que se hacía sentir la necesidad. Téngase además en cuenta que habían de defenderse al mismo tiempo contra la autoridad de los reyes, de los señores y de los sacerdotes, y que les servía de obstáculo aquella mezcolanza de derechos y deberes religiosos, civiles y feudales. Por esto fueron confusas e inarmónicas las leyes y las jurisdicciones; diversos los grados de libertad. Acá y acullá se encontraban vestigios de la ley longobarda, franca y romana, ya en lo tocante a la propiedad, ya en los derechos personales. Y hallamos poderes de los cuales no existían en parte alguna la definición ni el límite; y asociaciones que, así como habían resistido al barón, contrastaban ahora con las magistraturas. A veces quisieron ejercer el poder de que habían sido víctimas, y excluyeron del gobierno, y aun de las leyes, a clases enteras, como en Milán y en Florencia a los nobles, entre los cuales se contaba a los delincuentes. No se tenía idea de la libertad política, tal como hoy la entendemos; desconocíase la representación; cada cual quería tener y ejercer una parte del poder. Los nobles y los propietarios trataban de defenderse uniéndose entre sí y con el rey o con el feudatario desposeído, lo cual daba origen a conflictos. Estos a veces se extendían de Común en Común; los menores eran absorbidos por los mayores, formándose de este modo pequeños Estados, que andando el tiempo habían de convertirse en naciones.

En tanto se había cumplido el más humanitario de los hechos, el de la emancipación de los esclavos. Ya la habían iniciado algunos prelados, reyes, condes y marqueses; continuáronla los Comunes, si bien nunca aparece constitución general alguna que abolezca [sic] la esclavitud; y hasta muy tarde hallamos el comercio de esclavos, alimentado con prisioneros infieles.

Adelantaba, pues, la igualdad de todos, no en virtud de súbita insurrección, sino paso a paso; la plebe mas ínfima se elevaba mediante la industria, mientras que los grandes señores, o a la fuerza o por temor al aislamiento, se hacían ciudadanos; y se sentía ya, si no la fuerza nacional, la dignidad de los hombres.

135.- El imperio. Guerra de las Investiduras

La Iglesia y el Imperio se hallaban al frente del sistema feudal. La idea de Gregorio VII de sobreponer la una al otro dio lugar a largos conflictos. Pascual II, deseoso de acabar con ellos, llegó al extremo de proponer que los eclesiásticos cediesen todos sus dominios temporales; proyecto que fue rechazado. El obstinado Enrique V penetró en Italia y se adelantó hasta Sutri, e hizo prisionero al Papa, que se avino afirmar un privilegio, en virtud del cual los obispos y los abates se elegirían libremente, si bien con el beneplácito del rey, el cual, antes de la consagración, los investiría con el anillo y el báculo. Con esta condición, Enrique restituiría todos los bienes quitados a la Iglesia romana; pero los cardenales anularon el acta, y excomulgaron al emperador, que se halló expuesto a los mismos peligros que su padre.

1111

1115

Condesa Matilde Murió entonces la gran condesa Matilde, que poseía el marquesado de Toscana, el ducado de Luca, Parma, Módena, Reggio, Ferrara, Mantua, Cremona, Espoleto, otras ciudades e infinitas posesiones, y dejó por heredera de todo a la Santa Sede. Enrique V pretendía los feudos, que recaían en la corona al terminar la línea masculina, y los bienes alodiales en calidad de próximo pariente de la difunta condesa. Pasó Enrique a Italia, ocupola, se apoderó de la herencia, invadió a Roma, y Pascual murió en el destierro. Gelasio II excomulgó a Enrique, y consiguió que se celebrase el concordato de Worms, por el cual el emperador renunció al derecho de dar la investidura del anillo y el báculo, dejando libre su elección; el Papa consentía en que los prelados de Germania fuesen nombrados en presencia del emperador, y aceptasen de éste las temporalidades, mediante el cetro.

Los papas, pues, con tal de que fuera libre la elección, reconocían el alto dominio de los emperadores. En Francia y en Inglaterra se hicieron convenios parecidos; en Hungría, Polonia y Escandinavia, los reyes tomaron poca parte en las cuestiones eclesiásticas. Para aplacar al normando Roger, Urbano II le concedió el tribunal de la monarquía de Sicilia, por el cual él y sus descendientes disfrutaban del título de legados hereditarios o perpetuos de la Santa Sede, y llevaban en las funciones solemnes, sandalias, anillo, báculo, mitra y dalmática. Luego Roger II fue coronado rey de Sicilia, y recibió del Papa la investidura real, con

la condición de prestar a la Iglesia romana el homenaje de una cantidad determinada.

1130
Habiendo Inocencio II convocado en Letrán el X Concilio ecuménico, dijo a los 2000 prelados reunidos: «Roma es la capital del mundo; las dignidades eclesiásticas se reciben por concesión del Sumo Pontífice, a manera de feudos, y de otro modo no pueden poseerse».

136.- Otros emperadores. Barbarroja

Bajo los Otones y los príncipes sálicos, la política interior de los emperadores consistía en reprimir las pretensiones de los barones; y la exterior en asegurar las fronteras de Germania de los Eslavos y de los Húngaros. En Italia, su política estribaba en prevalecer sobre Roma y sujetar a las provincias que habían quedado a los Griegos. El mal éxito de esta empresa disminuyó el poder de los emperadores allende los Alpes, y más que todo el conflicto del reinado de Enrique III y del IV. Así fue que muchos señores, mayormente en Germania, se elevaron a la altura del rey, como los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, los duques de Sajonia, Baviera, Franconia y Suevia (283), y el conde palatino, apoyándose todos mutuamente para debilitar al rey. Entre tales acontecimientos, alzábase además en Germania un tercer estado por medio del comercio y merced a los privilegios de las ciudades, en detrimento del poder de los barones. En Maguncia se reunieron 60 mil nobles Bávaros, Sajones, Francos y Suevos, para elegir al sucesor de Enrique V; elección que recayó en Lotario de Sajonia, el cual fue confirmado por el Papa, mediante la promesa de no poner obstáculos a la elección de los prelados. Cedió el ducado de Sajonia y muchos dominios a Enrique de Baviera, de la casa Güelfa, pero le fueron disputados por Federico de Hohenstaufen, duque de Suabia, por cuyo motivo empezaron entre las dos casas las hostilidades que perturbaron la Germania y la Italia, siendo conocidos los dos bandos opuestos con los nombres de Güelfos y Gibelinos. Para sostener a Inocencio II, contra el antipapa Anacleto, Lotario penetró en Italia, y fue coronado en Roma; el Papa le confirió la herencia de la condesa Matilde, como feudo de la Iglesia, convirtiéndose de este modo el emperador en vasallo del Pontífice (Homo fit Papaæ, recipit quo dante coronam). Pero Lotario, aunque favorecido por algunas, era contrariado por otras ciudades italianas; y el Papa y el antipapa contendían, por más que San Bernardo procurase conciliarlos.

Con Conrado de Franconia subió al trono la casa de Hohenstaufen, que lo ocupó hasta 1254, combatida siempre por la casa Güelfa. Conrado condujo desgraciadamente la tercera Cruzada. No fue ceñirse la corona a Italia; de modo que los Comunes realizaron su

revolución más fácilmente, uniendo los tres órdenes sin fusionarse, y eligiendo cada uno sus propios cónsules. Las ciudades que habían reconquistado su libertad no tardaron en hacerse la guerra; y combatieron Cremona contra Crem, Pavía contra Tortona, Milán contra Novara y Lodi. Esta última fue desmantelada y dispersados sus habitantes. Afortunadamente San Bernardo consiguió restablecer la paz.

1138

Situación de la Italia En la Italia superior quedaban todavía muchos grandes feudatarios, como los marqueses de Monferrato y de Saluzzo, y los condes de Asti y de Biandrate. Los emperadores, para asegurarse el paso de los Alpes, habían dado el señoría de éstos a duques alemanes; la Baviera se extendía hasta Bolzano; los Güelfos y la Alemania hasta Bellinzona; el ducado de Friul hasta Mantua; al ducado de Carintia se incorporaron el condado de Trento y las marcas de Verona; de Aquilea y de Istria, que mientras tenían a raya por un lado a la Lombardía y por otro a los Húngaros, aseguraban el paso a los Alemanes.

La casa saboyana de Morienna procuraba extenderse al otro lado de los Alpes, ocupando los marquesados de Ivrea y de Susa que abrazó desde los Alpes Cotios hasta Génova, y desde Mondovi hasta Asti. En el Apenino toscano quedaban condes y marqueses, feudos inmunes y abadías, a los cuales no alcanzaba el movimiento republicano. Venecia, Génova, Pisa y Amalfi prosperaron con las Cruzadas y se hostigaron entre sí. En la Italia meridional, los Griegos sucumbían, y las ciudades, después de haber sacudido el yugo de sus capitanes, se constituían en repúblicas; pero pronto prevalecieron los Normandos.

En el centro dominaban los pontífices, pero rodeados de poderosos señores, independientes desde el momento en que el emperador se hallaba fuera de Italia. Y mientras que los pontífices ejercían su dominio en todo el mundo, no tenían casi ninguno en la ciudad de su residencia, donde los señores se fortificaban, ya en el Coliseo, ya en las Termas, y se batían entre sí. Arnaldo de Brescia se dedicó a censurar las costumbres del clero, y a combatir el poder eclesiástico; sublevó al pueblo, que proclamó la República, y habiendo recorrido Zúrich, Francia y Alemania predicando la revuelta y alistando tropas, las guió contra Roma, donde los Políticos (sus partidarios) derribaron las torres de los Frangipani y de los Pierleoni, y solicitaron el apoyo del emperador.

Arnaldo de Brescia

1141

Conrado III no quiso fiarse del pueblo; pero Federico de

Suabia, llamado Barbarroja, le sucedió y se propuso restablecer en Italia la autoridad imperial, disminuida por los Comunes. Solicitado por las ciudades vencidas, partió de los Alpes, y habiendo obtenido subsidios de los feudatarios, e intimidado a los Lombardos, penetró en Roma, donde Adriano IV (284) (único Papa inglés) se hallaba reducido a la ciudad Leonina; mandó a la hoguera a Arnaldo, sometió a los barones y se hizo coronar. Pero las rebeliones del pueblo y las calenturas consumieron su ejército, y se vio obligado a volverse a Alemania. Pronto reaparecen las repúblicas lombardas, y Adriano IV pretende que el Papa sea superior al emperador. Federico vuelve con nuevas armas, y en la dieta de Roncaglia (285) hace decretar que competen al emperador todos los derechos reales y todas las regalías, el derecho de hacer la guerra y la paz, y la elección de los cónsules y jueces, bastando el asentimiento del pueblo. Los leguleyos acostumbrados al derecho romano, y los señores que habían sido desposeídos por los Comunes, aplaudían aquellas doctrinas; pero los pueblos se estremecían de indignación al ver al emperador convertirse de soberano feudal en verdadero dueño de la Italia, y le negaron obediencia.

1152

1158

1162 El ejército imperial devastó la Lombardía, destruyó a Crema y Milán, y hasta pretendió sojuzgar el patrimonio de San Pedro, donde opuso cuatro antipapas al nuevo pontífice Alejandro III.

En contra suya constituyeron los Italianos una federación, llamada Liga lombarda, la cual, sostenida por el Papa, reedificó a Milán, fabricó a Alejandría, y en Legnano derrotó a un nuevo ejército imperial que llegaba. Por fin, en la Paz de Constanza obtuvieron los coaligados que las ciudades gozasen de las regalías en el recinto de sus murallas, como había sucedido desde tiempo inmemorial; que los cónsules fuesen elegidos libremente, siendo simplemente confirmados por los comisarios imperiales; que en cada ciudad hubiese un juez, encargado de oír las apelaciones en las causas civiles; que cuando el emperador se encontrase en Italia se le diesen víveres y alojamiento. Por lo demás, las ciudades quedaban en el derecho de fortificarse y confederarse.

Paz de Constanza
1183

Vuelto a Italia, Federico fue honrosamente recibido, se reconcilió con el nuevo Papa Lucio III, e hizo dar la corona de Italia a su hijo Enrique.

137.- Sicilia. Fin de los Normandos

Entonces Federico pensó sojuzgar la Italia meridional. El normando Roger había conquistado hasta Nápoles, y elegido por capital a Palermo, enriquecida con bellos edificios y manufacturas, y por el cultivo del moral, del azúcar y del alfónsigo. Aquel país estaba poblado de indígenas, de caballeros normados, y de Musulmanes; encontrándose allí turbantes y yelmos, santones y frailes, carreras del yerid y torneos, hombres ignorantes del Norte y Meridionales corrompidos, fastuosos Asiáticos y severos Escandinavos. Hablábanse en Sicilia el griego, el latín vulgar, el árabe y el normando, y los bandos se publicaban en cada uno de estos idiomas. Los Normandos implantaron allí el feudalismo sobre las costumbres griegas y longobardas, y Roger lo organizó, promulgando luego las Constituciones, en las cuales es prodigada la pena de muerte. Este monarca protegió las ciencias, e hizo colocar en la capilla de Palermo un reloj con una inscripción trilingüe.

Le sucedió Guillermo I, que mereció el título de Malo, y a éste siguió Guillermo II, el Bueno, que no dejó hijos. La herencia tocaba, pues, a su tía Constanza, por lo cual Barbarroja la hizo casar con su hijo Enrique. Esto disgustó al Papa, que veía amenazada la independencia de Italia con la unión de aquella corona al imperio.

1154

1186

Habiendo confiado los asuntos de Italia a Enrique, Federico dirigió sus cuidados a Alemania, donde los barones se hacían cada vez más fuertes y consolidaban el dominio territorial. Formábanse también algunos Comunes con perjuicio de la autoridad imperial. Se habían hecho poderosos el nuevo ducado de Austria y el antiguo de Baviera, contra el cual Federico hizo armas; éste dominó luego a los pequeños barones, sometió nuevamente la Polonia a sujeción feudal, y constituyó en reino a la Bohemia, la Cerdeña y la Hungría. Después de Carlomagno, ningún otro emperador había extendido tanto su autoridad como Federico Barbarroja. Aumentó también los dominios de su casa con varios feudos, comprados o que habían vuelto a la corona. No descuidó la civilización de sus Alemanes, que se vio favorecida por el aumento del comercio, mayormente en Bremen, Colonia y Leipzig (286), y por los conventos de Lieja, Paderborn, Bamberg, Corbia y Wurtzburgo. Hemos visto en otro lugar cómo se hizo Cruzado con 68 señores, y cómo se ahogó en el río Cidno. Sus Alemanes lo colocan entre sus más grandes monarcas.

1188

138.- Francia

Tercera raza La tercera dinastía francesa de los Capetos (cap. 112) se hallaba rodeada de barones, iguales y hasta superiores en

poder al monarca, el cual no poseía más riquezas que sus propiedades, ni más fuerzas que los súbditos de su ducado. El reino comprendía los condados de París, Melun, Etampes, Orleans y Sens. Además de los barones seglares, dominaban bastante los prelados de Reims, Auch, Narbona, Troyes, Auxerre y otros; hasta algunos barrios de París se hallaban bajo la jurisdicción de los abades de San Germán, Santa Genoveva y San Víctor. Alrededor de este pequeño reino se engrandecían los principados de Flandes, Normandía, Bretaña, Anjou, Champaña y Borgoña, y el reino de Aquitania.

Hugo Capeto, en medio de tantas divisiones, empezó a dar algún lustre al reino, ora incorporando a él sus vastos dominios, ora concediendo privilegios, favoreciendo a los eclesiásticos y dejando que los señores se debilitasen combatiendo unos con otros. Hugo vestía, en vez del manto real, la capa de abad de San Martín. Fue devotísimo su hijo Roberto, tanto como fue desordenado Felipe, su nieto, que se aprovechó de las Cruzadas comprar o apoderarse de muchos señoríos. Luis el Gordo pensó más seriamente en reprimir a los barones, alentando a los Comunes a armarse contra ellos, y dándoles cartas, o sea constituciones que determinaban el tributo anual, la jurisdicción y la administración; y así, el tercer estado que se formaba, era favorable al rey. Facilitó también la emancipación de los siervos, con lo cual debilitaba igualmente a los propietarios. Entonces instituyó los bailes (287) reales, que juzgaban las causas en vez de los feudatarios, y se hizo tutor de la plebe y sostén del clero. Atacole el emperador Enrique V, y el común peligro reunió en torno del rey a todos los barones. Luis desplegó por vez primera el oriflama o bandera de San Dionisio, y al grito de Montjoie et Saint-Denis, los Franceses pusieron en retirada al enemigo.

996

1124

Suger, abad de San Dionisio, que lo había ayudado con sus consejos, adquirió grande autoridad bajo Luis VII, y se dedicó, durante treinta años, a constituir el Estado y el gobierno nacional, destruyendo castillos y facilitando la constitución de Comunes. Con el casamiento de Leonor con Luis, adquirió la Aquitania esto es, la Guyena (288) y la Gascuña; pero, habiendo sido repudiada, esta princesa dio con su mano sus vastos dominios al rey de Inglaterra, que ya poseía, al lado del reino de Francia, el ducado de Normandía, los condados de Anjou, de Turena, del Maine, y el señorío de la Bretaña.

1137

1180 Felipe Augusto ensanchó más que ninguno de sus predecesores la prerrogativa real. Con un ejército que en la Cruzada se había acostumbrado a la disciplina, pudo extinguir las bandas (Cottéreaux, Routiers y Pastoriles), conquistó la Normandía, la Bretaña, el Anjou, la Turena, el Maine y otros países; derrotó a los Ingleses en

la batalla de Bouvines (289); embelleció a París, y en él reunió a los barones a modo de parlamento, en el cual se hicieron leyes que habían de estar en vigor en todo el reino. Asistido de un consejo, juzgaba las controversias surgidas entre los grandes, estableció los archivos, y llegó a constituir un gobierno regular, donde él era, no ya señor feudal, sino verdadero rey.

1214

139.- Inglaterra. Los Plantagenet

Guillermo el Rojo y Roberto, hijos de Guillermo el Conquistador, se hicieron la guerra entre sí, hasta que Roberto se hizo Cruzado (cap. 107); Guillermo, entregado a los vicios, pronto fue muerto, y le sucedió se hermano Enrique, quien concedió una carta real, en la cual señalaba sus deberes y los de los señores. Roberto, a su vuelta de la Cruzada, invadió la Inglaterra al frente de muchos barones, y su hijo Guillermo continuó la guerra. La finca hija de Enrique, Matilde, se casó en segundas nupcias con Godofredo, hijo de Fulques V, rey de Jerusalén y conde de Anjou. Como este príncipe acostumbraba adornar su gorro con una rama de ginesta (genet), le llamaron Plantagenet, nombre que pasó a sus sucesores. Enrique fue el primero bajo el cual la Inglaterra se cubrió de castillos, en los cuales los vasallos ejercitaban su poderío. Para reprimirlos, Enrique II apeló a la fuerza y a la habilidad. Tuvo por canceller del reino a Tomás Becket, de esclarecido ingenio, quien después de ser nombrado arzobispo de Canterbury, depuso el fausto y los empleos para consagrarse al estudio y a la piedad, y velar por las prerrogativas eclesiásticas, Enrique pensó en abolir los derechos del clero, suprimir, los tribunales eclesiásticos, asumir el nombramiento de los prelados; y en vista de que Tomás le resistía vigorosamente y lo excomulgó, dejó que lo asesinaran. La Iglesia declaró santo a Tomás, y cada año 100000 peregrinos visitaban su tumba con generosas ofertas. Enrique pidió la absolución y se reconcilió con el clero.

1087
1100
1135
Santo Tomás de Canterbury
1172

Enrique pudo someter a la Irlanda, la cual se hallaba dividida en veintiún Estados, continuamente en lucha entre sí, no hallándose de acuerdo más que en la religión, por lo cual fue llamada la Isla de los Santos. Pero mostrándose el clero poco dócil a la primacía de Roma, ésta permitió a Enrique II que conquistase la isla. Sometiola, titulándose protector de la religión, bien que muchos conservaron su

independencia refugiados en los montes. Enrique tuvo que dejar mucha libertad a los barones normandos que allí fijaron su residencia, cuidando, empero, de que no hiciesen causa común con los naturales, que aborrecían la dominación inglesa, y hubieran podido rechazarla con el apoyo de los barones.

1172
Leonor de Guyena, casada con Enrique, le proporcionó graves disturbios y muchos hijos; y sostenidos estos por la Francia, lo hostigaron hasta que murió. Fue el rey inglés más poderoso, y uno de los más grandes de su época, aunque no de los más virtuosos.
1187 Sucediole Ricardo Corazón de León, que de todo sacaba dinero; por lo cual muchos señores normandos y sajones pudieron adquirir o recuperar feudos. Ricardo tuvo mal éxito en la Cruzada que había sido su monomanía (cap. 132); fue hecho prisionero por el duque de Austria; y mientras tanto, su hermano Juan Sin Tierra, aliado con Felipe Augusto, trataba de usurparle el trono. Ricardo, de vuelta a su patria, anuló las donaciones y las ventas de tierras celebradas antes de su partida; después desembarcó en el continente obligando a la Francia a aceptar la paz; y murió en el asalto de una fortaleza.

1199

140.- Las doctrinas

Este movimiento político excitó la vida intelectual. A imitación de los Comunes, se organizaban Universidades, con franquicias y honores para profesores y alumnos. No concurrían a ellas niños, sino hombres ya formados, para oír de viva voz la enseñanza de hombres ilustres, pues era grande la escasez de libros. Eran famosas la escuela médica de Salerno y la de derecho de Bolonia, a la cual se unieron después las artes liberales y la medicina. Los estudiantes extranjeros gozaban allí de todas las prerrogativas de los ciudadanos; y el rector anual tenía jurisdicción sobre ellos y sobre los profesores. El rector había de ser letrado, célibe, tener 25 años, y no pertenecer a ninguna orden religiosa; y en las funciones públicas precedía a los obispos y arzobispos, excepto al de Bolonia. Elegíanse igualmente todos los años dos tasadores, encargados de fijar el precio de los alojamientos, uno por la ciudad y otro por los estudiantes. La ciudad indemnizaba a los estudiantes de los hurtos que se les hacían, si el ladrón no podía verificarlo. Se requerían seis años de estudio para ser doctor en derecho canónico, y ocho para el derecho civil; sufría el aspirante un examen privado, señalándosele dos

textos, y el examen público se verificaba en la catedral, donde el candidato exponía una tesis, contra la cual podían argumentar los estudiantes; en seguida el arcediano pronunciaba el elogio aclamándole doctor, y le entregaban el libro, el anillo y el bonete, con lo cual adquiría el derecho de enseñar en cualquiera Universidad. Se daban las lecciones parte al amanecer y parte a la caída de la tarde. El pago de los estudiantes servía de remuneración a los profesores, quienes tardaron en percibir sueldo fijo.

A veces uno o más profesores, con todos sus estudiantes, se trasladaban de un punto a otro, a fin de obtener más tranquilidad y mayor retribución, como sucedió en Vicenza, en Siena y en Vercelli. Algunos estudiantes que se habían trasladado a Padua, dieron origen a aquella Universidad, donde tenían que haber estudiado los que aspirasen a altas magistraturas. En Pisa, el estudio general se estableció en 1344, época en que fue trasladado de Florencia. La escuela de Ferrara es anterior a Federico II. La romana fue fundada en 1245 por Inocencio IV. Federico II instituyó las escuelas de Nápoles, sin universidad de escolares y profesores. En 1360 se concedió un privilegio a la de Pavía, y a la de Turín en 1405. Otros privilegios tuvieron las escuelas de Placencia, Módena y Reggio.

A las escuelas de París, ya ilustradas por grandes personajes, les concedió Felipe Augusto varios privilegios de Universidad. Esta comprendía únicamente a los profesores, y gozaba de singular reputación en teología; los escolares tenían allí extraños privilegios y exención de las jurisdicciones ordinarias. Notables fueron las Universidades de Montpellier (290), Orleans, Tolosa, Valence y Bourges. En España, la de Salamanca existía desde el año 1239, y luego se fundaron otras en Coimbra y Alcalá. La más célebre de las inglesas fue la de Oxford (291).

Jurisprudencia El estudio del derecho romano iba adquiriendo importancia a medida que la formación de los Comunes hacía necesario su concurso, para la solución de casos no especificados en los estatutos. Cuéntase que al ser saqueada Amalfi en 1135, se descubrió allí el único ejemplar de las Pandectas, que se conserva en la biblioteca Laurenciana de Florencia. Irnerio fue el primero que enseñó derecho en Bolonia, su patria (1110?). Pensador rígido, tuvo como discípulos suyos a los boloñeses Búlgaro, apellidado os aureum, Martín Gossia, llamado copia legum, y Jacobo, como tuvo a Hugo, natural de Porta Ravegnana, quienes a su vez fueron maestros de otros. Disgustaba a los eclesiásticos franceses que este derecho se elevase a la altura del derecho canónico; pero tomó incremento en Italia, y los juristas formaban en todas las ciudades un cuerpo noble, que daba lecciones. El florentino Francisco Accursio (1151-1229) comprendió en la Glossa continua las anteriores, y era citado en los tribunales del mismo modo que las leyes, y en caso de silencio de uno y otras, resolvía Dino del Garbo. Son innumerables los glosadores de los siglos XII y XIII, entre los cuales descuellan Cino de Pistoya, Baldo de Perusa, y Bártulo de Sassoferrato, que dieron después lugar a sutilezas, cabildeos y distinciones, perdiéndose la crítica y la originalidad.

Por la misma época se completaba el derecho canónico. La compilación de Focio (cap. 120) no fue admitida nunca por los Occidentales. Para estos, después de varios compiladores, Burcardo, obispo de Worms, extendió el Magnum decretorum volumen, que por corrupción del nombre del autor se llamó Brocardo. Mayor fama adquirió Graciano, benedictino de Chiusi (1151), con su Decretum, donde con gran erudición y discreta crítica reunió cánones de los Apóstoles y de los Concilios, decretales de los papas, pasajes de los Santos Padres y de los Pontífices, y adquirió tanta autoridad como el código de Justiniano. El barcelonés Raimundo de Peñafort reunió todas las decretales posteriores al año 1150, donde concluyen las de Graciano, formando así el segundo y principal cuerpo del derecho canónico. Este contribuyó en alto grado a mejorar la legislación, y más aún la condición de las clases ínfimas de la sociedad, dando ideas más rectas de la justicia, de la prosperidad, de la personalidad y de las penas.
Derecho Canónico

Teología escolástica Los primeros Padres tuvieron por único fundamento de su ciencia la Biblia, aunque tratando algunos de conciliar la fe con la razón. Tal hizo Boecio en su Organon, perfeccionando la ciencia cristiana hasta el punto de llegar a ser el autor universal. Pero de su argumentación nació una escuela dialéctica, llamada Escolástica, enteramente metódica, de categorías, empleada para establecer la alianza entre la fe y la realidad objetiva de las verdades reveladas, partiendo siempre de ciertos puntos indubitables porque eran revelados.

Al principio, la Escolástica permaneció enteramente subordinada a la teología, como se ve en San Agustín, Boecio, Casiodoro, Alcuino, Rabán Mauro, Juan Escoto Erigena (292), Gerberto, Fulberto de Chartres. Berenguer de Tours llevó la libertad al extremo de impugnar el dogma de la eucaristía, y en confutarlo perfeccionaron la dialéctica San Pedro Damián, el arzobispo Lanfranc (293) y su discípulo Anselmo de Aosta, que dio demostraciones, todavía respetadas, sobre la esencia divina, la trinidad, la encarnación, el acuerdo del libre arbitrio con la gracia, determinando los confines entre la filosofía y la teología. El problema de si los géneros y las especies existen de por sí o solamente en la inteligencia, dividió la escuela en dos partidos, nominalistas y realistas, entrambos encaminados a explicar el problema de la realidad objetiva de los conocimientos humanos; los primeros suponen que los universales no son más que nombres; los otros afirman que existen en realidad fuera del sujeto. Roscelin (1085) aseguró que los universales no son más que palabras, con las cuales indicamos las cualidades comunes observadas en los objetos individuales, y con esto llegó a negar la Trinidad. Lanfranc y Anselmo sostuvieron que el universal preexiste a los individuos, la idea a las cosas, y este realismo favorecía a la ortodoxia, mientras que con los nominales podían reducirse a menos sonidos las ideas de

ente, género humano y otras abstracciones por el estilo.
Nominalistas y realistas

Abelardo El gallardo joven Abelardo de Nantes (1079), cuyas composiciones eran escuchadas y leídas por muchos, pretendía dar razón de todo; enseñó que la ciencia debe preceder a la fe, y que ésta ha de ser dirigida por luces naturales hasta en las cuestiones religiosas. De suerte que de la religión no quedaban al fin más que los argumentos (conceptualismo).

Pedro Lombardo Pedro Lombardo, joven de Novara, quiso hacer retroceder las cuestiones al punto donde los Padres las habían dejado; y en los Libri Sententiarum reunió sentencias de los Padres relativas a los dogmas, formando un completo sistema de teología, que le valió el título de Maestro de las sentencias.

1110
1154

La Escolástica se desarrolló con las Cruzadas, pues se facilitó el conocimiento de los escritos de Aristóteles y la lengua griega, y se establecieron relaciones más inmediatas con los Árabes, entre los cuales habían progresado las indagaciones filosóficas, en cuanto lo permitía una religión que manda la fe ciega. Insigne fue entre ellos Avicena (1037), que comentó la metafísica de un modo original, asociando a las abstracciones de esta los fenómenos naturales. Otros filósofos se entregaban a la duda, y los hubo que buscaron en el aislamiento la suprema iluminación del espíritu. Averroes, de Córdoba (1198), trató de reformar aquellas diversas doctrinas mediante comentarios sobre Aristóteles, argumentando y cotejando textos para explicarlos, sin conceptos originales. En la Edad Media él estuvo al frente de la filosofía, como de la teología Santo Tomás.

Los Hebreos aplicaron el peripato musulmán a la Cábala (cap. 66), la cual comprende un sistema, completo sobre las cosas del orden espiritual y del corporal, sin constituir una filosofía ni una teología. El más insigne cabalista fue Moisés Maimónides (1139-1209) que en el libro de los Preceptos explica los seiscientos trece mandamientos; en la Mano fuerte esclarece el Talmud; explica, en la Guía de los vacilantes, pasajes difíciles de la Escritura; y fue, a pesar de sus contradicciones, considerado por los suyos como el hombre más insigne después de Moisés.
Maimónides

Escolástica cristiana Todos estos eran elementos que concurrían a desenvolver o alterar la escolástica cristiana, la cual era modificada también por el carácter particular de las diferentes naciones. Los defectos atribuidos a la escolástica, son las especulaciones minuciosas llevadas hasta la puerilidad; las distinciones frívolas, la manía de reducir todo raciocinio a dialéctica pura, y el empeño de demostrarlo todo y sostener el sí y el no alternativamente. Tenían por oráculo a Aristóteles, pero en malas traducciones del árabe o del hebreo, y sin la fineza necesaria para comprenderlo, y mucho menos para conciliarlo con los dogmas

espiritualistas. Ejercitábanse en frívolas cuestiones sobre la Escritura, convertida en campo de polémicas e interpretada según el sentido literal, el alegórico y el místico; con lo cual se caía fácilmente en las herejías, en el misticismo o en el escepticismo; por cuya razón se prohibió varias veces en las Universidades el estudio de Aristóteles. Algunos querían excusarse con el deseo de distinguir la verdad filosófica de la religiosa.

Alberto el Grande   Entre los escolásticos figuró en primera línea Alberto el Grande (1195-1280), obispo de Ratisbona, eruditísimo compilador y agudo comentador de Aristóteles, que concede a la razón el poder de elevarse por sí a la verdad.

Santo Tomás   El más ilustre fue Santo Tomás, vástago de los condes de Aquino (1227-74), cuya Suma teológica comprende un sistema completo de la ciencia divina, abarca la moral general y particular, y cuantos conocimientos existían entonces entre los cristianos, los hebreos y los musulmanes; creó la psicología, la ontología, la moral, la política según la fe; y la posteridad lo ha colocado entre los más grandes filósofos.

Las mismas cuestiones eran agitadas en sentido diverso por Duncan Scot (294), Buridan, Ockham (295), Hugo y Ricardo de San Víctor, y por otros realistas y nominalistas.

San Buenaventura   Los místicos deducían argumentos y símbolos no tanto del raciocinio como de la inspiración y del sentimiento. Al frente de esta escuela se hallaba Buenaventura de Bagnorea (1221-74), seguido por los frailes mendicantes. Gerson produjo el libro más notable de la escuela contemplativa, la Imitación de Cristo.

Una de las mayores aberraciones de la Escolástica fue el Ars Magna de Raimundo Lulio (1256-1315), que dispone alfabéticamente todas las cualidades de un asunto, para poder argumentar sobre cualquiera.

Entre estos abusos del raciocinio surgía empero la necesidad de examinar la naturaleza y experimentar.

Ciencias naturales   Los Árabes y los Hebreos habían cultivado ya la medicina: el filósofo Constantino Africano fundó la escuela de Salerno: en las Universidades se enseñó también el arte de curar, y no faltaron médicos que se dignasen aplicarse a la cirugía, tenida en menosprecio. En esta sobresalieron principalmente los Hebreos, con secretos y preparaciones farmacéuticas, como también con diagnósticos y el auxilio de la anatomía.

1070

Luego en todo se mezcló la astrología; hasta el punto de poderse decir que reinaba sobre todas las ciencias y regía todos los actos de la vida. No se emprendía trabajo ni viaje alguno sin examinar los astros, interrogar espíritus, y tener en cuenta fenómenos o señales del cuerpo. De ella se originaban una multitud de ciencias ocultas, que creaban una naturaleza completamente artificial, donde se atribuían a los cuerpos cualidades especiales y arcanas influencias. Los sabios se dedicaban a continuas

investigaciones con objeto de hallar el elixir de larga vida y convertir en oro los metales no preciosos. Esta magia natural adquirió tal incremento, que no hubo señor poderoso, seglar o eclesiástico, que no se rodease de astrólogos, magos y alquimistas.

De tan deplorables empeños nació en cambio un examen más atento de la naturaleza. Halláronse algunos preparados antimoniales, sálicos y ferruginosos, y se descubrieron el sulfato de sosa, el fósforo y la sal amoniaco.

Rogerio Bacon Verdadero sabio, el inglés Rogerio Bacon (296) (1244-94), en vez de limitarse al ipse dixit como los Aristotélicos, recurrió a la observación, a la experiencia; señaló fenómenos ópticos no observados hasta entonces, inventó la pólvora fulminante y previó muchos descubrimientos.

Hasta las matemáticas habían coadyuvado a los delirios astrológicos; Leonardo Fibomacio de Pisa, enseñó el uso de las cifras arábigas; y los astrónomos se sirvieron de ellas para calcular los movimientos celestes.

Libro XII

141.- Repúblicas italianas

Las repúblicas italianas carecían de la experiencia y de la prudencia necesarias para gobernarse bien en una federación, como hacía esperar el éxito de la liga lombarda. Cada Común se mostraba celoso de su constitución propia y procuraba redimirse de los derechos que el emperador se había reservado. Este se servía de tal pretexto para turbarlos, y seguían su ejemplo los feudatarios, los condes, los obispos, alardeando de antiguas supremacías. En el interior, se gobernaban con cónsules anuales, algunos de los cuales atendían a la administración y otros a los juicios. Y para que estos fuesen imparciales, solía llamarse de otros países un podestá, anual también, que juraba juzgar con arreglo a los estatutos. Pero se cambiaban con sobrada frecuencia la forma de gobierno y las leyes hechas para casos particulares; cuyas leyes, o mejor dicho estatutos, tenían todavía algún resto de las vetustas leyes consuetudinarias; y generalmente, en los casos no previstos, se aplicaba el derecho romano; pero ninguna ley se hizo que verdaderamente garantizase la libertad, la cual se hacía consistir en tomar parte cada uno en las públicas resoluciones. Cada ciudad acuñaba moneda propia, con la cruz o con la efigie del santo patrono.

Los condados permanecían aún sometidos a los feudatarios, pero las ciudades procuraban emanciparlos, o acogían a la población que de ellos emigrase.

Nobles y plebeyos En las ciudades subsistían las antiguas familias ennoblecidas por el mando, y las que del campo acudían a la ciudad obligadas por la fuerza, o simplemente atraídas por las

ventajas de la vida urbana, y formaban la nobleza, que al principio fue ardiente fautora de la independencia, y era casi la única capaz de desempeñar los empleos civiles y militares. Fácilmente vejaban los nobles a los plebeyos, los cuales se asociaban para obtener la igualdad en los empleos y en los juicios, y a veces lograban excluir a los nobles de los cargos públicos y hasta de la administración de justicia. En Florencia, el culpable era relegado entre los nobles. Esto acontecía especialmente en las ciudades mercantiles, y no podía menos de producir desórdenes y debilidad.

Güelfos y Gibelinos   Otras excisiones hubo con la nueva división de los ciudadanos en Güelfos y Gibelinos (cap. 136). Cada ciudad se declaró partidaria de estos o de aquellos; y en cada ciudad misma, los unos favorecían al Papa y los otros al emperador, dando lugar a discordias y batallas. Al frente de uno u otro partido se ponía algún personaje, que de este modo se hacía omnipotente, habiéndose debilitado entre las luchas de partido la conciencia de los deberes patrióticos.

Estas contiendas se hacían después peligrosas, porque se buscaba el apoyo de los forasteros; una ciudad güelfa invitaba a otra de su color político a ayudarla para arrojar a los Gibelinos; estos, refugiados en el campo, pedían socorro a otros Gibelinos, y así la lucha no acababa jamás; después se dirigían o al Papa o al emperador, suplicándole no solo que pacificase, sino que sojuzgase además al partido contrario.

Estas discordias, nunca bastante deploradas, no impedían que las pequeñas repúblicas prosperasen por medio del comercio, la industria y la agricultura; y querían las ciudades manifestar su riqueza con bellos edificios, siendo hoy admirados los palacios y las catedrales de aquella época. Crecía la población, difundíase el buen gusto, refinábanse las artes, se acrecentaban las riquezas, y eran asombro y estímulo de extranjeros tanta y tanta maravilla.

142.- Enrique VI e Inocencio III

La opinión común atribuía al emperador mayor superioridad sobre los demás monarcas; sin embargo, podía muy poco el emperador sobre los barones tudescos, a quienes se veía obligado a conceder prerrogativas, a fin de tenerlos de su parte en las hostilidades con otros países o con el Papa. También se constituyeron en municipios varias ciudades tudescas; y habiendo alcanzado preponderancia por medio del comercio y de las artes, reclamaban privilegios del emperador; algunas se hicieron del todo independientes, como las ciudades de Bremen, Hamburgo y Lübeck (297).

1191   Enrique VI, hijo de Barbarroja, que con haber adquirido por medio de su mujer el reino de Sicilia, parecía haber alcanzado para su casa el colmo de la grandeza, había preparado su ruina. Parte de los Sicilianos aclamaron por rey a Tancredo, conde de Lecce, por lo cual tuvo Enrique que pasar a Italia. Encontró la Lombardía envuelta en nuevos disturbios, y acariciando a un partido disgustaba al otro;

sin embargo, merced al auxilio de sus fieles partidarios, logró someter a la Sicilia y la trató como país conquistado, negó a los Pisanos y a los Genoveses los privilegios que les había prometido si le ayudaban a la conquista, apropiose la herencia de la condesa Matilde y persiguió a los eclesiásticos. Uno de sus fines era vincular en su casa la herencia del Imperio. Por esto se enemistó con los papas, y las ciudades lombardas renovaron la Liga.

1197 Al morir solo dejó un niño, que adquirió después gran fama con el nombre de Federico II, y que fue recomendado al Papa Inocencio III, uno de los pontífices más ilustres. La elección pontificia había sido limitada al colegio de cardenales, pero siempre se tenía que luchar con los ciudadanos de Roma. Inocencio III, elegido Papa a la edad de 37 años, ya famoso por sus escritos, se propuso restaurar la morar en todo el mundo, proteger a los débiles, extirpar los abusos, velar por la justicia, fomentar la caridad y rescatar la Tierra Santa; para todo lo cual consideraba necesaria la independencia de la Iglesia en sus relaciones con el Estado.

Inocencio III

Empezó a someter a Roma, y arrojó de la Marca de Ancona y de Espoleto a los señores impuestos por el emperador, y de este modo el Estado de la Iglesia fue una realidad. Exhortó a los Toscanos a coaligarse con los Lombardos; modificó los estatutos de la Sicilia para conservarla a Federico II. Pero habiendo los Germanos elegido a Otón IV, de casa Güelfa, el Papa halló justo preferirlo a un niño en el imperio, y Otón juró fidelidad a la Santa Sede y atenerse a sus indicaciones en cuanto se refiriese a las ligas y a los derechos de las ciudades italianas.

Al bajar a Italia, Otón halló en mutua lucha a las pequeñas repúblicas; en todas partes prevalecían algunas familias. Esto favoreció a los Güelfos; pero no tardó Otón en enemistarse con el Papa, que lo excomulgó y le opuso a Federico II, el cual fue coronado emperador, jurando ceder la Sicilia para mayor seguridad de la independencia italiana.

Inocencio III armó una Cruzada que tomó a Constantinopla, y otra contra los Albigenses, protegió la libertad de la Germania, de Inglaterra y de España; obtuvo el homenaje de Inglaterra y de la Sicilia; confirmó las órdenes de los Franciscanos y Dominicos; reunió el cuarto Concilio Lateranense, al cual asistieron los reyes y los prelados de todo el mundo, y el poder episcopal llegó a su apogeo. Inspiró celos a los príncipes, y renovádonse las hostilidades entre el cetro y la tiara.

143.- Federico II

Federico II, uno de los mas ilustres monarcas de la Edad Media, no menos hábil en el manejo de las armas que en la administración del Estado, después de haber ordenado sabiamente a la Germania, pasó a Italia, país hacia el cual se sintió particularmente inclinado. Halló en Roma a Honorio III, por el cual fue coronado; pero contra lo prometido, se negó a restituir la herencia de la condesa Matilde, y a tomar parte en la Cruzada. Pasó a la Sicilia, que había cedido a su hijo Enrique, y allí dominó a los feudatarios, llevó rápidamente a cabo prudentes reformas, estableció magistrados y dictó sabias leyes, valiéndose para ello del excelente jurisconsulto Pedro delle Vigne.

Otro tanto quería hacer en Lombardía; pero se le opusieron las repúblicas, que renovaron la Liga para resistirle, y estalló la guerra. Hasta el nuevo Papa Gregorio IX pretendió que Federico cumpliese sus promesas, y no consiguiéndolo, lo excomulgó y puso trabas a sus empresas. Federico se halló en guerra con toda la Italia, donde excitó al partido gibelino contra el Papa; pero hasta su propio hijo Enrique se le sublevó en la Germania, si bien murió después de haber caído prisionero.

1228

1241 Entonces Federico dio mejor organización a la Germania; constituyó los ducados de Brunswick y de Austria; hizo reconocer como rey a su hijo Conrado; y habiendo vuelto a Italia, derrotó a los Lombardos en Cortenuova (298), y pretendía toda la Península como herencia paterna. Por tal motivo el Papa lo excomulgó de nuevo. Se realza el partido güelfo; convócase un Concilio, pero Federico prende a los prelados, y el Papa muere encerrado en Roma. Entonces Inocencio IV reúne en Lyon el Concilio, donde da a los cardenales el capelo encarnado para darles a entender que siempre deben estar prontos a derramar su sangre por la Iglesia, y declara excomulgado a Federico II. Pronto la Sicilia y otros países se rebelan contra éste; la corona de Germania es entregada a otros; Pedro delle Vigne, acusado de traidor, es muerto; las ciudades lombardas predominan y hacen prisionero a Enzo, hijo de Federico. Éste, dotado de excelentes cualidades, fue rey de Sicilia durante 54 años, y emperador durante 52; pero nada grande realizó «porque no amó a su alma»; por desprecio a la religión, por el capricho de sobrepujar a los papas y constituir para su familia un reino en Italia, dejó eclipsar al imperio, que nunca recobró su esplendor pasado.

1241

1245

144.- Cruzadas cuarta, quinta y sexta

1198 A la muerte del gran Saladino, el Papa proclamó la Cruzada, mientras se combatía con inconstante fortuna en Palestina. Publicada por Inocencio III, predicola Fulco de Neuilly con muchos frailes. Los príncipes fueron a Venecia a pedirle refuerzos, y el dux Enrique Dandolo se puso en persona al frente de la flota más soberbia que hasta entonces había cruzado el Adriático. En Constantinopla encontraron a los Comnenos en un trono agitado por conspiraciones y trastornos; Andrónico, último de los Comnenos, fue arrastrado por el pueblo; sucediole Isaac Angel, quien a su vez fue expulsado del trono por su hermano Alejo, que le sacó los ojos. Angel y su hijo fueron a ponerse bajo la protección de los Cruzados. Estos caballeros, cuya divisa era vengar a los oprimidos, acudieron, tomaron a Constantinopla, y la convirtieron en base para la conquista de la Tierra Santa. El Papa había prohibido la toma de Constantinopla, pero los Cruzados, seducidos por las riquezas de aquella admirable ciudad, la sometieron a un deplorable saqueo. La elección de emperador se confió a seis venecianos y seis eclesiásticos. Habiendo Enrique Dandolo preferido ser como antes dux de Venecia, fue proclamado Balduino de Flandes, con una cuarta parte del imperio. A Venecia le tocaron tres de los ocho barrios de la ciudad, y tres octavas partes del imperio, a saber: la mayor parte del Peloponeso, las islas y costa oriental del Adriático, las de la Propóntide y Ponto Euxino, las riberas del Hebro (299) y del Vardar, las tierras marítimas de la Tesalia, y las ciudades de Cipsédes, Didimotica y Andrinópolis. A los franceses tocaron la Bitinia, la Tracia, la Tesalónica, la Grecia y las mayores islas del archipiélago. El marqués de Monferrato tuvo los países de allende el Bósforo y Candía.

1201
1204

Todos los príncipes se dedicaron entonces a adquirir territorios, y se fundaron una infinidad de principados, y hasta reinos como el de Nicea, regidos feudalmente al estilo europeo. Candía fue dividida en noventa caballeratos, dependientes de la República veneciana.

Semejante conquista, hecha a tontas y a locas, empobrecía al país y a los vencedores, los cuales, desunidos y dominados por la indolencia, fueron pronto asediados por los vecinos; Balduino cayó prisionero en poder de los Búlgaros, y su hermano y sucesor Enrique

d'Hainault tuvo que sostener continuas guerras.

La empresa se había desviado de Jerusalén, donde los reyes titulares y los caballeros Templarios se sostenían a duras penas, pidiendo sin cesar a la Europa hombres y dinero. Inocencio III daba impulso a la empresa, y Honorio III esperó verla realizada. Pero Inglaterra y Francia estaban en guerra entre sí; Federico II prometía sin cumplir; sólo Andrés de Hungría, con muchos secuaces y el rey de Chipre, marchó a la Cruzada; pero le obligaron a volver las discordias de su patria. Sin embargo, otros Cruzados invadieron el Egipto y tomaron a Damieta, en tanto que los musulmanes desmantelaban a Jerusalén y a todas sus fortalezas, y hacían desbordar las aguas del Nilo; los Cruzados, acosados por el hambre, tuvieron que firmar una paz depresiva.

1221 Federico II renovó entonces la promesa de cruzarse, y casose con la hija de Juan de Brienne, rey titular de Jerusalén, el cual fue a las cortes de Europa implorando auxilio. Pero Federico difería siempre el cumplimiento de sus promesas, por cuyo motivo lo excomulgó el Papa. Por fin se puso en marcha, y fue acogido en Siria como libertador; pero hizo un tratado con Malk-Kam, cambiando donativos con él, y ambos convinieron en una tregua de diez años; Jerusalén, Belén (300), Nazaret y Toron (301) se adjudicaron a Federico; los Musulmanes debían conservar sus mezquitas y el libre ejercicio de su culto. Según las ideas de entonces, ambas religiones miraron estos pactos como sacrílegos, y Federico tuvo que regresar a Europa, sin haber siquiera procurado conservar las posesiones adquiridas.

El Papa mandó misioneros a Levante; obtuvo que en algunos puntos se organizaron pequeñas expediciones; pero por todo resultado consiguió que el reino de Jerusalén fuese restituido a los cristianos.

Pedro de Courtenay, nuevo emperador de Constantinopla, fue degollado por Teodoro Comneno, príncipe del Epiro; su hijo Roberto perdió todas las provincias de allende el Bósforo y del Helesponto; Griegos Búlgaros penetraron hasta el puerto de Constantinopla, y Juan de Brienne, que le defendió con heroísmo hasta la edad de ochenta y nueve años, previó que ya nada quedaría para sus sucesores.

145.- Herejías. Los Albigenses. Nuevos frailes

No eran sólo los orientales los que sofisticaban sobre la fe; también en Occidente, Gotescalc y Berenguer impugnaron la presencia real; otros adoptaron las doctrinas maniqueas de los dos principios (cap. 66), pero estaban en vigor las severas leyes de los emperadores contra los heresiarcas, y estos se ocultaban y fácilmente eran oprimidos. Con el desarrollo de la jurisprudencia y de la dialéctica, se sutilizaron los ingenios en la interpretación

de la Escritura y en el examen de los dogmas. Estas doctrinas dieron a aquellos sectarios el nombre de Pobres de Lyon, o Cátaros, o Patarinos, que al parecer admitían los dos principios, e instituyeron escuelas en Croacia, en Lombardía, en Toscana, en Sicilia, en los Alpes y en el Languedoc. Mucho se discutió sobre la naturaleza de sus doctrinas, ensalzadas por unos, calumniadas por otros, por espíritu de secta. En suma, querían interpretar a su manera la Escritura, negar la autoridad suprema de la Iglesia, variar el número y la forma de los Sacramentos, obstinándose en su fe a pesar de las argumentaciones y los suplicios.

La Iglesia apeló desde luego a la persuasión, enviando misioneros, haciendo publicar libros, sosteniendo controversias, y oportunamente vino la institución de nuevas órdenes monásticas, cuyas principales fueron la de los Franciscanos y la de los Dominicos. Francisco de Asís, habiéndose desprendido de sus riquezas y de su propia voluntad para amar a Dios intensamente, fundó la Orden de los Frailes Menores, que vivieron sin propiedad alguna, en la obediencia y en la castidad. Servir a los pobres era su principal ocupación; eran electivos todos los cargos, hasta el de general. Cuando, cuatro años después de la fundación, reunió su primer capítulo en campo abierto, se presentaron, de Italia solamente, 5000 frailes y 500 novicios; y se dice que, a raíz de la Revolución francesa, ascendían a 115000 los miembros de esta Orden difundida por todo el mundo, especie de república de la cual era ciudadano todo el que adoptase sus rígidas virtudes. Francisco, de quien son tal vez las primeras poesías italianas, amaba a la naturaleza toda, como testimonio del Creador; difundía la paz por todas partes, iba a predicar a los infieles, y murió cuando apenas contaba cuarenta y cuatro años. La Orden abrazó en breve grandes señores, sabios ilustres, eminentes artistas, príncipes y reyes.

Franciscanos

1220

Predicadores

El castellano Domingo de Guzmán ejerció su apostolado en el Languedoc, y ávido de amor y sufrimiento, fundó una nueva Orden, que aparte de las oraciones, el trabajo, la castidad y la obediencia, se dedicaba al estudio de la teología y a la predicación. También esta Orden se propagó rápidamente hasta los países más remotos.

Impresionó al mundo la importancia de aquellas instituciones, que eran un reproche contra los vicios del siglo; y muchos tiranos se inclinaban ante san Antonio, san Bernardino, fray Pacífico, santo Tomás. Las predicaciones de éstos no fundaban su eficacia en la elocuencia, sino en la persuasión y santidad de los oradores.

A estos, y principalmente a los Dominicos, fue confiada la inquisición de los herejes. Dijimos cómo las leyes imperiales los castigaban severamente. Las repúblicas adoptaron estas leyes en sus

estatutos. Pero no siempre la herejía se refería a las verdades cristianas, sino que la mayor parte de las veces se dirigía también a la sociedad, enseñando ora la comunidad de bienes y mujeres, ora la rebelión contra la legítima autoridad, y a veces servían de pretexto para revueltas y desfogue de iras nacionales. Este último era particularmente el caso del Languedoc, donde la raza provenzal quería sustraerse a la francesa; por esto es considerada como una conquista la cruzada que Simón de Monfort guió contra los Albigenses y Raimundo de Tolosa, y que fue señalada por sus horribles crueldades, máxime en la toma de Beziers y en la batalla de Muret. Luis VIII aceptó el bajo Languedoc, y se dio la Alta Provenza a la Iglesia de donde dimanó el derecho de los Papas sobre el condado de Aviñón (302).

Albigenses

Inquisición Como entonces la política se confundía con la religión, para reprimir a los turbulentos fue instituido el tribunal de la Inquisición, para el cual los obispos elegían en cada parroquia un sacerdote y algunos seglares de buena reputación, encargados de buscar a los herejes y denunciarlos a la autoridad, librándolos así de las venganzas privadas y dándoles ocasión de arrepentirse. Pero pronto aquel tribunal se dedicó a inicuas persecuciones; habiéndose extendido a otros países, principalmente a España, fue instrumento de tiranía, y subieron más las acusaciones que se acarreó, que la defensa que proporcionó a la Iglesia.

1229

En Italia, la proximidad de los Papas hacía menos severa la Inquisición, aunque en este país se habían divulgado muchas herejías, principalmente la de los Patarinos en Lombardía. Algunos santos, como san Antonio, santo Tomás, san Buenaventura, se dedicaron a convertirlos, otros a perseguirlos como san Pedro Mártir, y otros a oponerles devociones nuevas, como las compañías de los Landeses, la fiesta del Corpus, y el Rosario, principalmente recomendado por los Dominicos.

146.- Grande interregno. Fin de los Suevos y de la Guerra de las Investiduras

Muerto Federico II, varios pretendientes se disputaron la corona de Germania y la imperial. La herencia de Federico en la baja Italia fue ocupada por Manfredo, hijo suyo bastardo, que disgustó a los papas, resueltos a quitar de en medio a la raza sueva, siempre molesta para ellos. De Conrado IV, hijo de Federico, quedaba un hijo, Conradino, el cual, fiado en el auxilio de los Gibelinos,

intentó tomar el reino de Sicilia a Manfredo. El Papa Urbano IV, opuso a Manfredo otro campeón, Carlos de Anjou, hermano de san Luis, el cual, con sus provenzales y con la ayuda de los Güelfos, después de haber jurado fidelidad al Pontífice, atravesó la Italia festejado en todas partes, derrotó y dio muerte a Manfredo en Benevento, poco después de haber perecido en Cassano el más terrible de los Gibelinos, el feroz Eccelino. Pocos partidarios quedaron a Conradino, el cual en la batalla de Tagliacozzo fue vencido y hecho prisionero; subió al patíbulo y con él terminó la familia de los Suevos.

1250

1226

1258

En Alemania, después de varios pretendientes, y en la época llamada grande interregno, fue elegido Rodolfo de Habsburgo, en cuya familia se perpetuó la dignidad imperial. Rodolfo quiso terminar la guerra que desde hacía setenta años duraba con el Papa, y para ello renunció a la herencia de la condesa Matilde y a otras tierras pretendidas por los Pontífices. Los Papas tuvieron entonces un Estado extenso, como se ha conservado hasta nuestros días, pero no tanto con verdadero dominio como con primacía de dignidades, pues subsistieron los privilegios de los Comunes y el señorío de los feudatarios. En la misma Roma, los Papas tenían que soportar la preponderancia de los Colonna, de los Orsini, de los Savelli, y veían siempre turbada la ciudad por sus propios súbditos. Fuera de Roma, mientras tenían aspecto de vencedores, perdían su poder en los reinos nuevos, donde los príncipes procuraban atraerse las prerrogativas reales, negar a los eclesiásticos la inmunidad con respecto a los tribunales y a la justicia, impedirles la adquisición de bienes, intervenir en la educación y la enseñanza, y en las elecciones, al menos para confirmarlas; y afrontaban los interdictos y las excomuniones, cuya eficacia había disminuido al ser prodigadas.

1273

147.- Grandeza de las repúblicas italianas

En medio de estos trastornos generales, cada una de las repúblicas italianas continuaba adquiriendo su desarrollo. En algunas quedaban destruidos los feudos; en otras tomaron tal

incremento, que se hicieron poderosas algunas familias, como los marqueses de Este, que dominaron a Parma, Placencia, Ferrara y otras ciudades y territorios; la casa de Saboya, que procuraba extenderse allende los Alpes y hasta Turín; los marqueses de Monferrato, famosos en las Cruzadas, y jefes de la facción gibelina.

En los Comunes libres, las facciones se agitaban hasta venir a las armas, teniendo al frente por lo regular algunas familias antiguas que, o prevalecían al prevalecer su partido, u obtenían el predominio para calmar las turbulencias. Las revueltas eran cambios de señores, y el gobierno seguía siendo militar y despótico, siendo preciso jefes absolutos para unir a los que se hallaban divididos. Los partidarios de los nuevos señores pretendían franquicias e independencia; maquinaban los condes en sus destierros, y el nuevo tirano daba rienda suelta a sus pasiones, por lo que se regía con cruel y pérfida política.

Milán Los pequeños Comunes habían sucumbido ya a los grandes. Milán dominaba los castillos y las ciudades vecinas; luego prevaleció en ella la familia plebeya y güelfa de los Torriani, hasta que con el arzobispo Otón predominaron los Visconti, que se hicieron príncipes hereditarios.

1227

Señores de origen lombardo y franco dominaban la Toscana, impidiendo el desarrollo de los Comunes. Su principal ciudad era Pisa, pero durante las guerras de esta con Lucca, se alzó Florencia, la cual después de haber derribado los castillos vecinos, y obligado a las familias a bajar de Fiesole, emancipó a los siervos del condado y estableció la libertad güelfa, de que siempre estuvo celosa; sometió luego a Arezzo, Siena y Poggibonsi. En la batalla de Montaperti (1260) fue derrotada por los Gibelinos (Farinata), pero no tardó en rehacerse, dio gobierno al pueblo (Giano della Bella) (303), y triunfó en la batalla de Campaldino (1289). Pronto se halló dividida entre Blancos y Negros; pero las discusiones no impedían que alcanzase extraordinaria prosperidad.

Florencia

Pisa Iguales agitaciones experimentaban Siena, Luca, Pistoya y Cortona. Pisa capitaneaba a los Gibelinos, disputándose con Luca y Génova, mientras se procuraba riquezas con su comercio con el Oriente, hasta que la batalla de la Meloria (1284) la hizo inferior a Génova, y fue dominada durante diez años por el conde Ugolino de la Cherardesca, el cual, habiéndose hecho odioso, fue encerrado con su familia en una torre donde se les dejó morir de hambre (1288).

Génova Génova conquistó la isla de Elba, la Córcega y parte de la Cerdeña; además de la nobleza de los feudos de la Rivera, creó otra derivada de las magistraturas, y causaron desórdenes los Fieschi y los Grimaldi, güelfos, en lucha con los Doria y los Spinola, gibelinos. Poseía establecimientos mercantiles de grande

importancia en Caffa (304) y Azov; obtuvo en Constantinopla el arrabal de Pera; en las Espóradas (305) la isla de Quíos gobernada por nueve familias de Giustiniani, y en África la cala de Túnez.

Venecia En Venecia, el dux no era ya elegido por el pueblo, sino por una complicación de electores, y todo el cuidado consistía en impedir que este magistrado se convirtiese en un tirano, y que la nobleza oprimiese a la plebe. Cada año el dux procedía a sus esponsales con el mar, en señal del dominio que Venecia ejercía sobre todo el Adriático, exigiendo una gabela de toda nave que lo surcaba. Habiendo adquirido tres barrios de Constantinopla y tres octavas partes del Imperio, con la isla de Candía, tuvo asegurada la entrada en el mar Negro; de este modo poseía los géneros del Mediodía y las pieles y maderas del Norte. Estas lejanas posesiones daban ocupación y poder a los nobles, los cuales cerraron después el Gran Consejo, es decir, consiguieron que se expidiera una ley decretando que los jueces de la Quarentia sorteasen uno por uno a los individuos que en los últimos cuatro años habían formado parte del mismo Consejo, y los elegidos serían miembros de aquella Asamblea. De este modo quedó constituida una nobleza privilegiada hereditaria, inscrita en el libro de oro, distinta del pueblo y de los nobles menores llamados Bernabotti, que solo votaban en los consejos inferiores. Los excluidos conspiraron (Bayamonte), y para reprimirlos se instituyó la magistratura de los Diez, que con procedimientos secretos castigaban a los fuertes y a los ambiciosos. Tres inquisidores de Estado ejercían una alta policía, y su autoridad no reconocía límites. Esto impidió que se elevasen en Venecia personas o familias poderosas con objeto de usurpar la soberanía. El dux la representaba, pero su mando era objeto de celosísima cautela.

1204

1208

1310

La prosperidad de Venecia excitaba la envidia de las otras repúblicas, las cuales se batían con frecuencia en los mares orientales. Roger Morosini saqueó los establecimientos de los Genoveses; y éstos en Curzola derrotaron la escuadra de los Venecianos, los cuales, sin embargo, se rehicieron y penetraron hasta el puerto de Génova.

148.- Francia. San Luis. Cruzadas sétima y octava

En Francia aún formaban naciones distintas los Provenzales, los Normandos, los Aquitanos y los habitantes de la Isla. Al Norte del Loira se conservaban el elemento germánico y el derecho sálico, mientras que al Sur persistían leyes y tradiciones romanas. La Armórica protestaba contra toda dominación nacional. Los Normandos se habían plantado a las puertas de París. Los feudos más ricos dependían del rey de Inglaterra. Sin embargo se extendía el nombre de Franceses; y en medio de todo había un rey que iba adquiriendo fuerza atrayéndose los grandes feudos a medida que vacaban, y favoreciendo a los Comunes.

Felipe Augusto dedicó todos sus cuidados a consolidar la monarquía. Con la guerra contra los Albigenses (cap. 152) obtuvo todo el Mediodía y vio deprimida a Inglaterra. Su sucesor Luis VIII continuó la obra; pero fue más afortunado Luis IX el Santo. Su madre Blanca de Castilla lo educó severamente, mientras hacía comprender a los barones que un rey no era ya su igual. Piadoso como un caballero, con su exquisita equidad Luis enamoró al pueblo y se atrajo a los barones; hizo que la justicia fuese administrada, no ya por éstos sino por bailes reales, y conforme a los Establecimientos de Francia, código que compiló de acuerdo con los barones y con los doctores; organizó el Parlamento, alta corte judiciaria; con la famosa pragmática regularizó los derechos de la Iglesia; acrecentó los bienes de la corona, y atrajo a la corte muchos señores, que antes vivían revoltosos en sus castillos.

1223

1226

Gengis Kan Luis tenía vivos deseos de libertar la Tierra Santa. En aquel tiempo los Mogoles, pueblo parecido al Chino, se extendieron desde la China sobre el Carism, guiados por Gengis-Kan, uno de los afortunados conquistadores, que derrotó a Aladino Mahomed con 400 mil Persas, se apoderó de Bocara (306), de Samarcanda, de Balk, y penetró en el corazón de la India, haciendo horribles estragos y valiéndose de armas de fuego. Fue considerado como un dios por su nación, a la cual dio leyes (Ulugyassa), y tuvo unas 500 mujeres de todos países.

Gengiskánidas Su reino quedó dividido entre tres hijos suyos, pero sobre ellos imperaba Oktai, hijo suyo también, el cual mandó tres ejércitos a Persia, a la Bulgaria y a la China, a emprender las conquistas que continuaron sus sucesores Zagatai, Mangú y Cubilai (307). Este quiso que los suyos se civilizaran a ejemplo de los Chinos; tuvo en su corte al veneciano Marco Polo, que le prestó grandes servicios.

Reservándonos referir otros acontecimientos de la China, explicaremos aquí cómo los Mogoles devastaron la Mesopotamia y la Persia. Con la toma de Bagdad terminó el imperio de Mahoma después de 56 califas, y ya nadie reunió los títulos de pontífice del islamismo y jefe de los creyentes. Hasta en Egipto los Mogoles asediaron a los Mamelucos, y amenazaron a Europa, invadiendo la Hungría y acampando a orillas del Adriático en frente de Italia. En la Siria hostigaron a los Selyúcidas, con quienes estaban en guerra los cristianos. Viendo estos que tenían comunidad de intereses con los Mogoles, procuraron aliarse con ellos. El Papa les mandó embajadores (Juan Piano de Carpi, Rubruquis, el beato Odorico de Pordenone), creyendo que con su alianza aniquilarían a los Musulmanes. Los Mogoles se mostraban indiferentes con respecto a las diversas religiones; sin embargo ayudaron varias veces a los cristianos, y fueron ayudados por éstos. La invasión de los Mogoles produjo buenas consecuencias: el califato fue destruido, destrozado el poder de los Asesinos, exterminados los Búlgaros, los Cumanos y otros pueblos septentrionales; y se introdujeron en Europa la pólvora, la imprenta, el papel moneda y los naipes.

1261

Cruzada VIII Para conjurar el peligro con que viejos y nuevos invasores amenazaban a la Palestina, San Luis resolvió ir con un poderoso ejército, y desembarcó en Egipto; pero allí cayó prisionero y vio su ejército destruido por las armas enemigas y por las enfermedades. Obligado a rescatarse a sí y a los demás prisioneros, Luis regresó a Francia, donde fue respetado por la constancia y dignidad de que había dado pruebas. Sabedor de los nuevos padecimientos de la Palestina, quiso volver, y empezó por desembarcar en Túnez, esperando convertir aquel rey. Pero este envolvió al ejército cruzado, y hasta el santo rey murió en la lucha.

1246

1270

Y aquí concluye el gran drama de las Cruzadas, en el cual se malograron casi todas las expediciones, pero se consiguió el principal objeto, el de impedir que los Musulmanes invadiesen la Europa y fuese subyugada la cruz por la media luna.

149.- España. Magreb. Portugal

Cruzada continua puede llamarse la que los Españoles

ejercieron contra los Árabes para recobrar su país. Los Árabes estaban divididos entre muchos emires, con frecuencia en guerra unos con otros, e incapaces por lo mismo, de sostener la península. En medio de sus discordias, los Árabes llamaron del África a los Moros Almorávides. Con este nombre, que significa devotos de Dios, eran designados los secuaces de Abdallah, quien había fanatizado a algunas tribus árabes que conquistaron a Marruecos. Su jefe Yusuf acogió gustoso la ocasión de pasar a España: derrotó a los Cristianos, y volviéndose contra los Árabes, tomó a Granada y a Sevilla; después de 60 años de turbulenta existencia, dio término al reino de Andalucía y se hizo reconocer señor de España, donde sus hijos continuaron la guerra religiosa, enardecida por nuevos sectarios, llamados Almohades, es decir, unitarios.

1086

Los Cristianos se alegraron de las discordias suscitadas entre estas sectas; y Alfonso el Grande se hizo dueño de Calatrava, Almería y Lisboa, y por consiguiente del curso del Tajo. Alfonso Raimundo realizó otras conquistas en Castilla; pero los emperadores de Marruecos auxiliaban a sus correligionarios. Sin embargo se dio en las Navas de Tolosa una batalla tan sangrienta, que se dice que perecieron en ella 185 mil Moros. De los antiguos reinos musulmanes no quedaba en España más que el de Granada, próspero en comercio e industria, que prestaba homenaje al rey de Castilla, sin perjuicio de hacerle la guerra cuando se presentaba la ocasión, llamando al efecto a Moros de África.

Castilla

1242

Alfonso de Castilla, el Noble, estableció en Valencia la primera Universidad y dio un código (Fuero Real). A medida que se conquistaba un territorio, acudían a él los Cristianos, y de sus diferentes costumbres se formó la constitución de Castilla, con rey hereditario, reconocido en Cortes formadas por la nobleza y el clero, y más tarde también por diputados de las ciudades (1169); los nobles constituían una hermandad armada que podía resistir al mismo rey.

1252 Alfonso X, el Sabio, poeta y astrónomo, publicó el código de las Siete Partidas, donde hay órdenes y consejos, juicios y ceremonias.

Aragón El reino de Aragón no fue fundado por conquista, sino por hombres libres, unidos para reconquistar la independencia patria. Por esto tuvo formas más amplias y singulares. Considerando al rey como hechura suya, los Aragoneses juraban obedecerle siempre que él observase los pactos, y si no, no. Las ciudades mandaban diputados a las cortes. Jaime el Justo, o el Conquistador, alcanzó señaladas victorias sobre los Árabes, y conquistó las Baleares y el reino de Valencia, al cual dio un código en lemosín (Costums de Valencia),

basado en la legislación romana. Pedro III de Aragón pretendió el trono de Sicilia, y estuvo en guerra con Felipe el Atrevido, rey de Francia; tuvo que conceder a la nación Privilegio General, por el cual se comprometía a no quitar a ningún vasallo su feudo, sin previo juicio; ningún vasallo podía ser obligado a combatir fuera del reino, y el rey no podía, sin el consentimiento de las Cortes, hacer la guerra ni levantar impuestos. Así, pues, el rey fue poco a poco reducido a una simple representación, mientras todo lo podía el justicia, magistrado que por sí solo y con los barones zanjaba todas las controversias de los feudatarios y fallaba en las causas reservadas al rey. Después que Pedro IV hubo abolido el gran privilegio, adquirió aún mayor fuerza el justicia, como único abrigo contra el poder real; podía llamar a sí cualquier causa incoada ante otro tribunal, garantizando los efectos de la condena impuesta por este los bienes de los que recurrían a su asistencia. Hemos señalado las constituciones de los diferentes reinos españoles, porque de ellas se deriva el carácter actual de los Españoles, vigoroso, altanero e independiente.

1283

Portugal Enrique de Borgoña, que había acudido en auxilio de Alfonso I de Castilla, obtuvo el título de conde de Portugal, y su hijo Alfonso Enríquez fue proclamado rey de aquel país; puso su reino bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Clairvaux, y tomó por escudo las cinco llagas y los treinta dineros de la pasión de Cristo. En Lamego se reunieron las primeras Cortes, que dieron la Constitución del reino, declarándolo hereditario de varón a varón. La nobleza portuguesa no tenía por fundamento la conquista ni el feudalismo, sino el valor y la lealtad. El pacto entre la nación y el rey no debía ser modificado sino por acuerdo de ambas partes contratantes. En un reinado de 46 años, Alfonso conquistó a Lisboa, extendió su territorio, contó con la amistad del clero y de Roma, y fundó la Orden del Santo Cristo para los caballeros que le ayudaron en sus empresas.
1095
1139

Sus descendientes más de una vez disgustaron al clero; en tanto se sometieron los Algarbes; en Lisboa se acostumbraron los nobles a una vida menos tosca que la de los castillos, y la lengua conservó el sello árabe.

150.- Prusia. Livonia. Caballeros Teutónicos

Cruzada puede llamase también la historia de Prusia. En este país poco conocido, se encuentran, hacia el año mil, los Brucsos, o

Prucsos, mercaderes de Bremen; arrojados por una tempestad a la embocadura del Duna en el Báltico, encontraron una población salvaje, que llevaba los nombres de Livos, Letones, Wendos, Curones, Semigalos y Estonios, de los cuales tomaron el nombre las provincias de aquella región. San Adalberto, arzobispo de Praga, fue a predicar allí el Evangelio, pero fue muerto por aquella gente apegadísima a sus ídolos; después de lo cual fueron a convertirlos con la fuerza los Daneses y los emperadores de Alemania, Alberto de Appeldern (308), ayudado del emperador Felipe, pudo establecer allí su obispado, fabricó fortalezas, distribuyó a los señores tudescos las tierras conquistadas, y fundó la Orden de los Porta-espadas, que no tardó en tener fortalezas y dominios, y conquistó la Estonia. El cisterciense Cristián introdujo el cristianismo en Prusia. Los Hermanos de la milicia de Cristo, instituidos por él para combatir a los idólatras, fueron exterminados por éstos. Entonces se juzgó más conveniente llamar de Palestina a los Caballeros Teutónicos (cap. 128) que ya poseían tierras en Alemania. Hermann de Salza (309), su gran maestre, acudió y tuvo todos los terrenos quitados a los idólatras. El primer maestre provincial, Hermann Balk (310), hizo guerra a muerte a los Prusianos. Fueron llamados colonos pacíficos y guerreros cruzados, que a la vez levantaron ciudades y destruyeron a los enemigos. Así fueron fundadas Thorn, Culm, Marienwerder y Elbing. Los Porta-espadas vinieron a ser una parte de la Orden Teutónica. Cuando los Teutónicos tuvieron que defender a su país de los Mongoles, los Prusianos se alzaron en armas para recobrar su independencia, mataron a cuantos Alemanes cayeron en sus manos, y al fin se concertó una paz entre los naturales y la Orden. Riga fue metrópoli de una federación de varios dominadores, entre los cuales figuraba la Orden en primer lugar; el arzobispo de Riga poseía parte del país, y parte el rey de Dinamarca. La región situada al norte del Pregel, consagrada a los antiguos dioses, fue pasada a sangre y fuego, y en ella fue fundada Köningsberg (311). La Lituania rechazó largo tiempo al cristianismo; pero al fin la Orden realizó la conquista de la Prusia desde el Memel hasta el Vístula. Los caballeros Teutónicos hacían emanar su derecho de concesiones del Papa y del emperador germánico; redujeron a siervos a los antiguos propietarios, que recobraban la libertad con el bautismo. Se formó después una alta nobleza (Witinga), que debía servicios militares a la Orden; seguían los poseedores libres, exentos de prestaciones personales; la tercera clase eran los poseedores de campos regidos por el

1158

1204

1230

1254

151.-Hungría

1077 La estirpe de Arpad (cap. 111) reinaba en Hungría y prestaba homenaje al Papa. Ladislao restableció la paz interior y conquistó la Esclavonia y la Dalmacia; alcanzó muchas victorias, acompañadas de milagros, por los cuales es venerado como Santo. Su hijo Coloman (312), que le sucedió, se tituló además rey de la Croacia y de la Dalmacia, y dio un código favorable al clero. Sus sucesores tuvieron guerras con los Venecianos y tomaron parte en las Cruzadas, principalmente Andrés, padre de la buena santa Isabel; dio este al país la Bula de oro, constitución donde confirmaba los derechos de los nobles, dispensados de servicios militares y de contribuciones, aunque sin su consentimiento, y poseedores del derecho de rebelarse si el rey faltaba a los pactos, lo cual legalizaba la anarquía. Su hijo Bela IV trató de mortificar a los nobles; asediado por los Mogoles, vanamente solicitó el auxilio de Alemania y del Papa, y presenció el espectáculo de 100 mil húngaros degollados, y desolado el país por espacio de dos años, al cabo de los cuales se retiraron los Mogoles y Bela recuperó el reino. Pero sus sucesores se agitaron en guerras y disensiones, hasta que con Andrés III concluyó la estirpe de Arpad, que en tres siglos había dado 23 monarcas a la Hungría.

1217

1301

152.- Inglaterra y Escocia

A Ricardo Corazón de León sucedió Juan Sin Tierra, pero fue rechazado por los vasallos del Anjou, del Maine y de la Turena, y acosado por Felipe Augusto de Francia, que quería arrebatarle aquellos feudos, favoreciendo al pretendiente Arturo. Juan era odiado de su pueblo y reprobado por Inocencio III, y para dar

ocupación a la nobleza, la conducía a devastar a la Escocia, la Irlanda y el país de Gales; y llegó al extremo de prometer hacerse Mahometano, si los Almohades le auxiliaban. Después de la batalla de Bouvines, volvió descoronado a Inglaterra, y el arzobispo de Canterbury exhortó a los descontentos señores para que consolidaran sus derechos, lo que obtuvieron con la Carta Magna, la famosa constitución inglesa que dura todavía. El rey prometía no violar los derechos de nadie, reintegrar la justicia según las costumbres anglo-sajonas y normandas; nadie podía ser juzgado sino por sus iguales; no sería negada ni diferida la justicia; eran inviolables los bienes y las personas, y determinadas las prestaciones de los feudatarios; ningún tributo ni servicio sería reclamado sin el consentimiento de los grandes; el clero gozaría de libertad de elección y jurisdicción propia.
1119

1214

Carta Magna
1215

En cambio el rey obligaba a los nobles a no exigir más que impuestos regulares, a dejar al pueblo la libertad de viajar y de asociarse, y a que hiciesen participes al pueblo de todos los derechos que ellos obtuviesen del rey. El rey trató de abolir o mermar aquellos privilegios, por cuyo motivo los nobles ofrecieron la corona a Luis, hijo de Felipe Augusto; pero no tardaron en mirarle con enojo, y pusieron en su lugar a Enrique, hijo de Juan, quien en el transcurso de treinta y seis años de agitadísimo reinado, confirmó la Carta para obtener paz y dinero, y atentó nuevamente a los derechos, dando lugar a guerra abierta, dirigida por Simón de Monfort; los barones se sometieron al arbitraje de San Luis, pero pronto volvieron a las armas. Su hijo Eduardo organizó la justicia con los Primeros Estatutos de Westminster; asumió el nombramiento de los conservadores de la paz, e instituyó un tribunal que recorriese el reino castigando a los prevaricadores. Recurrió a extraños expedientes para procurarse dinero, pero de esto nació la aclaración del código nacional.

El país había sido dividido en feudos por Guillermo el Conquistador. Los poseedores de aquellos feudos se reunían en parlamento; pero en vez de hacer que éste juzgase todas las causas, Enrique II había instituido tribunales ambulantes, destinados a examinar las cuentas y la conducta de los oficiales, y a reparar los daños causados al Fisco. Entonces muchas ciudades se constituyeron en Comunes con el objeto de reprimir el predominio de los barones, y tenían que mandar al parlamento diputados que informasen sobre las cantidades que podía pagar cada ciudad. Esta diputación era un agravio para los burgueses; pero estos se acostumbraron así a hablar con los señores, a ponderar sus recursos, a medir las contribuciones, y de esto pasaron a examinar los derechos del rey, y

por último a participar en la facultad legislativa. Como Eduardo no cesaba de pedir dinero, los señores obligaron al príncipe heredero a reconfirmar la Carta Magna, con la añadidura de que el rey no pudiese levantar impuestos sin previo asentimiento de prelados, condes, barones, caballeros y otros hombres libres. De este modo, hasta la propiedad quedaba asegurada. La libertad individual estaba asegurada por las asociaciones de cien personas (hundred), que se la garantizaban mutuamente; de esta mutua garantía nació el espíritu público inglés, que comprende la obligación de conocer los derechos propios y ajenos, exigir buena administración de los magistrados y facilitar el mantenimiento del buen orden. De las asociaciones mutuas, se originó también el gran jurado, en virtud del cual no se puede procesar a nadie sin que antes doce de sus iguales declaren que hay lugar a la formación de causa.

Asociaciones mutuas

Desde entonces los Ingleses conservaron celosamente la Carta, poniendo en juego la lógica más sutil para deducir las últimas consecuencias de aquel código, no con ayuda de teorías, sino de hechos, y ateniéndose a la letra estricta, aunque respetando los usos de cada país. Una ley común abrazaba a vencedores y vencidos, puesto que ningún noble se sustraía al jurado ordinario, a las contribuciones y a la pena infamante, excepción hecha de los pares, considerados como legisladores.

Por esto se llamó a Eduardo el Justiniano de Inglaterra; pero hizo aquellas concesiones muy a pesar suyo. Eduardo sometió al país de Gales donde se habían refugiado los Cambrios; David Brucio, que excitó a la resistencia, cayó prisionero y fue descuartizado; perseguidos los Bardos y reducido el país a formas inglesas, se dio al heredero de la corona el título de príncipe de Gales.

El país de Gales

Escocia

En Escocia, los montañeses se negaron siempre a la obediencia, viviendo en clanes que derivaban su título de un jefe, al cual hacían remontar su origen antiguo. Sus reyes dominaron desde 838 hasta 1286; luego trece pretendientes se comprometieron con el rey Eduardo, quien se decidió a favor de Juan Ballieul (313). Habiéndose rebelado este, Eduardo sometió a la Escocia, donde hizo destruir los monumentos, los papeles de los archivos y los sellos. Muchos habitantes se refugiaron en las selvas; Guillermo Wallacio supo hacerlos triunfar de los 100 mil soldados mandados por Eduardo, y se mantuvo largo tiempo, hasta que fue vendido y ajusticiado en Londres. Roberto Brucio sostuvo aún la independencia, y derrotó a las tropas de Eduardo II; Eduardo III concedió la paz, reconociendo a Brucio. Pronto se reanimó la lucha, y duró hasta que la corona

pasó a Roberto II Estuardo (314).

1202
Walacio (315)

1305

153.- Idiomas y literatura

Era el latín la lengua en que escribían los Occidentales, latín barbarizado y alterado según los países, pero vehículo constante de los conocimientos universales. Cada país, sin embargo, hablaba distinto idioma, en el cual se hacían las canciones populares y a veces los sermones. El latín escrito, participando del hablado, introducía mayor análisis y el artículo y los auxiliares en la conjugación de los verbos; abandonaba las inflexiones según los casos, supliéndolas con las preposiciones, hasta que se transmutaba en las lenguas modernas. Esto no sucedió en tiempo determinado, ni menos por influencia de los conquistadores, sino poco a poco, y a medida que se constituían las naciones, cuando experimentaban la necesidad de adoptar su propia lengua en los parlamentos, en los negocios y en los escritos.

Entre las lenguas neolatinas, apareció desde luego la provenzal, en el Mediodía de Francia, y la adoptaron los poetas llamados Trovadores. Sobre esta prevaleció empero la de la Corte, que era la francesa, divulgada con las correrías de los Normandos y las empresas de los Cruzados. La española se formó antes de la invasión musulmana, modificando el latín con el godo. Contracción de ella es el portugués, con mayores aspiraciones árabes; atribúyense al rey Rodrigo ciertas lamentaciones por la invasión musulmana. El valaco es un resto de las colonias romanas estacionadas en las márgenes del Danubio.

El italiano vulgar se escribió más tarde, porque el latín se consideraba como patrimonio nacional. Sin embargo, se hallan vestigios de él en el año 900; y sufrió poco la influencia de idiomas extranjeros, como lo prueba el hablarse con más pureza en los países nunca invadidos, como Venecia y la Toscana. Los dialectos, conservaron mayor parte de las lenguas primitivas, anteriores no solo a la conquista romana, sino a la inmigración indo-germana.

De las lenguas teutónicas tenemos fragmentos en la Biblia traducida por Ulfila, obispo godo de fines del siglo IV; se conservó más pura que en ninguna parte en la Escandinavia, donde sufrió menos mezclas extranjeras. De la fusión del teutónico con el sajón nació el habla de la Alta Germania, la cual, en tiempo de Federico I, se empleaba ya en actos oficiales, si bien se usaba generalmente el latín. Cada cual empleaba, aun escribiendo, el dialecto de su país,

hasta que Lutero, para la traducción de la Biblia adoptó el sajón, que pasó a ser lengua nacional.

Dícese que el antiguo germánico concuerda más que ningún otro con el habla de los Países Bajos (316); mientras que la mezcla producida por Sajones, Francos y Frisones degeneró en el holandés.

El inglés formose tarde, con elementos teutónicos y románicos; los dialectos modernos corresponden a la antigua división de los siete reinos. Los Normandos que invadieron la isla continuaban hablando francés, que quedó como lengua del gobierno, de los negocios y de los gentilhombres, hasta que Eduardo III, hacia el año 1362, la sustituyó con el inglés, a fin de separarse por completo de la Francia.

Hacia Levante persistía el griego, que era estudiado también en el resto de Europa como lengua literaria y eclesiástica. La familia de los Comneno y de los Duca favoreció algo la literatura griega; pero aparte de los cronistas, llamados historiadores bizantinos, no podemos citar más que los poemas ilíacos de Juan Tzetzés (1120-83), y la antología de Planude. En algunos países se introducían palabras extranjeras y nuevos modismos, se simplificó la conjugación mediante los auxiliares y se perdió el infinitivo. El Skip de los Albaneses tiene canciones anteriores a Scanderberg (317).

El eslavo, con sus dialectos, es hablado por 80 millones de personas.

De todas las lenguas de Europa se diferencian radicalmente el vascongado, confinado hoy en la Vizcaya y Navarra, y el finés de los Estonios y Lapones, del cual hasta hace poco tiempo se creyó que derivaba el húngaro (cap. 111).

En la Armenia se produjeron obras eclesiásticas y de controversia, y sobresalieron algunos historiadores, como Mateo de Edesa, y Vartan el Grande.

En Europa, más que el griego se estudió el árabe, del cual vertían al latín los clásicos griegos. No faltaron versificadores latinos, ni cronistas. Enrique de Settimello adquirió gran fama con sus cuatro libros De Diversitate fortunæ. La rima daba realce a la tosca y rastrera bajeza de los versos leónicos, llamados así por haberlos puesto en miso León, benedictino de París, en 1190.

La rima quedó en todos los idiomas nuevos, siendo los Provenzales los primeros que la usaron en largas composiciones. Tenemos ejemplos de versos italianos del siglo XII en Toscana y en Sicilia, y sin citar a los poetas más antiguos, mencionaremos a Guido de Arezzo, Guido Cavalcanti, Cino de Pistoya, Jacopone de Tedi. En Francia, muchos trovadores componían canciones y poemas románticos, entre los cuales adquirió celebridad el Romance de la Rosa de Guillermo Lorris (1260) en 4555 versos, que Juan de Meun completó añadiendo 18000, con personajes alegóricos.

En España, usábase el vascuence en Navarra, el lemosín en Cataluña, el castellano, el portugués, y también el árabe. El poema más antiguo de la poesía española es el del Cid, 150 años anterior al Dante. Favoreció mucho la lengua el canónigo de Berceo con nueve poemas de asuntos sagrados. También Alfonso X compuso cánticos

sagrados y el Libro del Tesoro. Pero la verdadera poesía española consiste en los romances, baladas heroicas, efusión espontánea del valor nacional y del espíritu caballeresco; ilíadas populares donde no hay que buscar el arte. Los romances eran cantados por el pueblo; de donde proviene que sean desconocidos los autores. Los primeros tratan de la invasión de los Moros y del rey Rodrigo; otros cantan a Carlomagno, y su derrota en Roncesvalles; después del Cid, el héroe más celebrado por ellos es Bernardo del Carpio; muchos cantan a los Siete Infantes de Lara, y la musa, por lo común fiel a los reyes, sabe sin embargo manifestar el descontento de los grandes, maldecir las crueldades de Don Pedro, y aplaudir las venganzas de Enrique de Trastámara. Cantó, en fin, la caída de los Moros, y entonces pareció compadecerse de los vencidos, y esta compasión redundaba no obstante en gloria de la nacionalidad redimida. Algunos literatos imitaron el género popular, y compusieron poemas basados en las tradiciones, como el de Amadís.

La literatura alemana permaneció libre de toda imitación clásica. Los Singer, Meister y Minnesinger componían y cantaban; no eran agudos, líricos, sutiles, alambicados como los Trovadores provenzales; eran graves, serios, altivos, y se ocupaban menos de las Cortes que de las artes y oficios. Algunos, sin embargo, se dedicaron a la poesía épica, como Enrique de Valdeck, superado por Enrique de Ofterdingen y Walter de Vogelweide, de quien dijo Goethe (318) que era el poeta más insigne que había producido Alemania. Otros imitaron romances provenzales; celebraron a los héroes (Heldenbuch) Hermanrico, Teodorico, Atila, y en el gran poema de los Niebelungen, las luchas de los dioses y de los Borgoñones, con seres fantásticos procedentes de antiguas tradiciones. Los que han querido comparar los Niebelungen con la Ilíada, han encontrado un poema semejante a la Odisea en la Gudruna, llena de aventuras sumamente extrañas y de poderes sobrenaturales.

La invasión francesa injertó en Inglaterra un vástago de civilización romana en el tronco septentrional, encontrándose las formas de los trovadores, o cantores provenzales, y las de los cantores del Norte en aquel lenguaje mixto. La literatura, pues, era toda francesa. Las canciones nacionales fueron patrimonio del pueblo y de los bandidos, cuyo tipo fue Robin Hood, como fue modelo de caballeros Ricardo Corazón de León.

Historia Entre los Musulmanes se distinguen el persa Anvero y Saadi (1175-1201). Hubo otros historiadores sin crítica, que se copiaban unos a otros. Mahomed, hijo de Ahmed, escribió las empresas de Gelaleddin; las de los Mogoles fueron referidas por sus vencedores Aladdin Afta Mulk y Abdallah Vassal el Azret. Ebn Kaldun, de Túnez, narró más tarde (1352-1406) las hazañas de aquellos tiempos.

En Europa, la historia extendió su vuelo con la Cruzada, y adquirieron fama como historiadores el inglés Paris, el polaco Martin y el bibliotecario Anastasio. En las ciudades italianas hubo muchos cronistas. En Francia historiaron Villehardouin y Joinville. Se refirieron y coleccionaron muchísimas leyendas de santos y

milagros.

La elocuencia debió ampliarse, no contentándose con el púlpito, sino aplicándose además a los consejos y a los parlamentos.

154.- Bellas artes

También las bellas artes participaron de los efectos producidos por el despertar de la civilización; multiplicáronse los edificios, a los cuales se aplicó un nuevo orden, el gótico. Preténdese que éste fue una variación de la arquitectura lombarda introduciendo el arco agudo, pero aún se discute su origen. El arco agudo apareció aisladamente en diversos puntos; se usaba mucho en Persia, de donde lo tomaron los Árabes, pero no puede decirse que los nuestros lo tomasen de ellos en las Cruzadas, porque tenemos ejemplos anteriores. Inclina a creer que este orden tuvo principio entre los Alemanes, el estilo de sus edificios que rematan en punta, y el hecho de haberse abierto allí la logia principal de los Francmasones que propagaban este estilo. Estas sociedades se transmitían secretamente los métodos de construcción, tenían una jerarquía y usaban como símbolos el martillo, la escuadra, el nivel y el compás. De casi todos los grandes edificios se ignora el primer arquitecto, lo que puede atribuirse a un sentimiento de abnegación piadosa, o bien a la incuria ignorante. En Italia pasa por el ejemplo más antiguo de estilo gótico el sacro convento de Asís (1227) con su templo en forma de tres edificios, uno encima de otro. Anteriores son las construcciones normandas de Sicilia, a las cuales siguieron las catedrales de casi todas las ciudades.

El monumento gótico más antiguo que se encuentra en Alemania es la iglesia de Friburgo, en Brisgovia, empezada hacia el año 1130; el más suntuoso es la catedral de Colonia, a la cual siguen las de Ulma, de Estrasburgo (319), de Espira (320) y de Viena. En Francia es admirada la Santa capilla de París, pero se encomian más los edificios de la Normandía, desde donde el gusto gótico pasó a Inglaterra. En España prevaleció el estilo morisco, con su arco reentrante en forma de herradura, y con profusión y riqueza de adornos. La mezquita de Córdoba es de las más ricas que puedan verse, y son magníficos modelos la Alhambra de Granada y la Giralda de Sevilla.

Las catedrales italianas eran empezadas siempre con fe y entusiasmo, pero la mayor parte quedaron sin concluir. Uníanse a ellas hermosos claustros, otra belleza de aquellos tiempos, y su interior estaba adornado con vidrios pintados y mausoleos. Los nuevos gobiernos comunales o monárquicos premiaban a los artistas, deseosos de embellecer las ciudades con obras maestras de arte, como suelen serlo la catedral, el baptisterio (321), la torre y el palacio del Común. Adquirieron fama los arquitectos Bono, de Lombardía; Marchión Aretino; Arnolfo de Lapo, que dirigió en

Florencia la arquitectura de Santa María de Fiore; fray Ristoro, a quien se atribuye Santa María la Nueva; Lorenzo Maitani, que erigió la catedral de Orvieto.

Todo esto estaba adornado con pinturas, que huyendo de la dureza bizantina se encaminaban a la verdad artística. Entre los primeros pintores sobresalieron Margaritón de Arezzo, el pisano Giunta, Buonagiunta de Luca, Buffalmacco, hasta llegar a Cimabue (1240) quien si bien por respeto a los modelos hacía las Vírgenes feas y desgraciadas, daba mucho mejor aire a las otras cabezas que pintaba; sin embargo le superó Giotto.

El arte de los mosaicos no decayó nunca; Roma los tiene de todas las épocas; pero entonces mejoraron. En la Edad Media la escultura se aplicó principalmente a los bajo-relieves; y dejando atrás las primeras tentativas de mejoramiento, hallamos en Giunta de Pisa una buena escuela, donde se formaron Nicolás y Juan. Se fundían metales, sobre todo para puertas de iglesia; Andrés Pisano hizo las antiguas de San Juan de Florencia. Es notable cómo fue general en los artistas la inspiración religiosa, eligiendo asuntos sagrados con piadosos emblemas.

Libro XIII

155.- La imprenta. La pólvora. Otros inventos

La edad que sigue se señaló por inventos que cambiaron la faz del mundo.

Papel Los antiguos escribían sobre cuero, en hojas de palmera o en la segunda corteza de las plantas; después se preparó el papel, o con las fibras del papiro, caña peculiar de Egipto, o bien con la piel de oveja, que se llamó pergamino, porque se perfeccionó en Pérgamo. Escribíase a la mano, trabajo que antiguamente hicieron los esclavos al servicio de sus amos, y en la Edad Media los frailes, que lo consideraron meritorio. Por consiguiente, los libros eran raros y costosos, máxime cuando se acostumbraba adornarlos con miniaturas y bellos lazos. Sin embargo se formaron bibliotecas, principalmente en el Vaticano y en los conventos, de donde proceden todos los libros antiguos que poseemos. Lo costoso del pergamino hacía tal vez que se borrase lo escrito para escribir otra cosa, y donde antes había obras clásicas hubo después algún sermón.

Cuanto más aumentaban los estudios más se dejaba sentir aquella escasez de libros. Los Chinos desde tiempos muy remotos fabricaban papel de bambú, de paja, de capullos de gusano de seda, de corteza de morera y hasta de trapo viejo triturado. Los Árabes conocieron la fabricación del papel, para la cual empleaban el algodón, que fue más tarde sustituido por el cáñamo y el lino que forman la base del papel moderno. Desde España, esta fabricación se extendió por Europa después del año mil.

Imprenta Los Chinos también sabían imprimir, es decir tallar la

madera y con ella estampar en el papel. En Italia se empleaba igualmente este procedimiento para imprimir imágenes de santos, ciertas oraciones y los naipes. Lorenzo Coster de Harlem, Juan Gutenberg y Juan Faust introdujeron los caracteres metálicos movibles hacia el año 1436, y en seguida aquel arte se difundió por Alemania, Italia y otros países, haciendo continuos progresos; introdujéronse imágenes y entalladuras, y se concedieron privilegios para las ediciones costosas. La gran clase de los amanuenses se lamentaba del pan perdido, pero creció la de los impresores, encuadernadores y vendedores de libros. Estos pudieron adquirirse a bajo precio, y fue una parte importante de los estudios el buscar manuscritos, escoger los mejores textos y expurgarlos de los errores cometidos por los copistas.

Pólvora Los caballeros de la Edad Media se habían cuidado de proporcionarse armas robustísimas para resistir a los golpes de las ballestas y de las lanzas; y creyeron que habían muerto el valor y el heroísmo al verse heridos por las armas de fuego, con que el más vil y cobarde puede matar de lejos al campeón más valiente. También estas armas eran conocidas por los Chinos, que adoptaron cañones contra los Mogoles a fines de 1222; luego los Moros se sirvieron de ellos en las guerras de España. Aparecen entre los Cristianos a principios del siglo XIV; y se cree que un fraile llamado Schwartz, haciendo experimentos de alquimia, descubrió la pólvora, formada de carbón, azufre y nitro.

Los primeros cañones eran de madera con aros de hierro; después se hicieron con una mezcla de cobre y estaño. Pesaban mucho y se manejaban con dificultad. Al principio servían para sustituir a las catapultas, manganas y otras máquinas de la balística antigua. Pareció cosa extraordinaria que Francisco Sforza (322), durante el sitio de Placencia, hubiese disparado sesenta tiros de bombarda en una noche. Fueron perfeccionándose poco a poco hasta llegar a los actuales, algunos de los cuales alcanzan a diez mil metros. Pero en las batallas de los tiempos que describimos, contribuyeron muy poco a las decisiones de las jornadas.

La pólvora se empleaba con más éxito en las minas para hacer volar las fortificaciones del enemigo.

No tardaron en introducirse cañones de mano, es decir fusiles, que se disparaban por medio de un pedernal; girando bajo de él una rueda de acero, montada por medio de una manecilla, hacía saltar la chispa que prendía fuego al cebo. Esto da a comprender cuán lento era su ejercicio; y como los soldados no sabían hacer fuego continuo, ni podían servirse del arcabuz como arma defensiva, se introdujo la bayoneta. Andando el tiempo se inventaron los cartuchos, la cartuchera, la baqueta, y últimamente el fulminante, que hizo posible el uso de los pistones.

Entre los inventos de aquella época figuran el aguardiente, los combustibles fósiles, las velas de sebo, los anteojos, las esclusas para navegar contra la corriente de los canales. Los correos a caballo y las cartas fueron introducidos en Alemania por la familia italiana de los Taxis, con privilegio exclusivo y alta dignidad. La

rapidez de las carreras y la comodidad de las comunicaciones fueron siempre en aumento, y las antiguas postas y correos han desaparecido ante los ferro-carriles y telégrafos.

156.- Imperio de Oriente

Constantinopla adquirió nueva vida al ser tomada por los Cruzados, y fue rodeada de reinos e imperios como el de Trebisonda, el del Epiro, el de Nicea, donde reinaban los Lascaris, que recuperaron el trono de Constantinopla, terminando con Balduino II el imperio de los Latinos. Sin embargo conservaron allí posesiones y privilegios Venecia, Génova y Pisa, y se trató de reconciliar a la Iglesia griega con la latina.

Entonces comparecieron los primeros Turcos en Europa, con Azzedin Kaikan, sultán de Iconio, que obtuvo del emperador, la libertad de establecerse en la Dubrucia. Desde allí amenazaron a Constantinopla, por cuyo motivo Andrónico llamó en su defensa a los Almogávares, aventureros catalanes que se ponían a sueldo del que solicitaba su ayuda. Fueron estos a Constantinopla con una buena escuadra, al mando de Roger de Flor, que obtuvo el título de gran duque de la Rumania, derrotó a los Genoveses y a los Turcos, y causó tales inquietudes a los mismos aliados, que Andrónico lo hizo coser a puñaladas. Los suyos, conservados como «ejército de los Francos que reinaba en Tracia y Macedonia», continuaron las empresas y devastaron a la Grecia, repartiéndola entre sus jefes.

1305

Otomanos El Imperio disminuía cada vez más, cuando sobrevinieron los Otomanos, de otra raza turca, que ocuparon hasta Brusa. Aladino dio a estos una constitución civil; Orcan organizó el ejército permanente de los genízaros, con los cuales se apoderó de Nicea, y entró por fin en Constantinopla, si bien se contentó con obtener allí fiestas aparatosas con motivo del casamiento de su hija con el emperador Paleólogo. Aprovechándose de las guerras civiles suscitadas por los pretendientes y contra los Genoveses, los Otomanos adquirían siempre mayor fuerza, sobre todo bajo Amurates (323), que extendió sus conquistas sobre la Rumania, la Tracia, la Bulgaria y la Servia, y estableció en Andrinópolis el centro de un gobierno y de una religión contrarios a los de Constantinopla, donde ya mandaba como dueño. El emperador Paleólogo pasó a Italia en demanda de auxilio; el Papa prometió ayudarle, pero murió antes, y Paleólogo llegó a tan miserable estado de fortuna, que en Venecia fue arrestado por deudas.

1329

1360

Servia Los Servios, tribu guerrera de origen eslavo, se habían

mezclado con las razas griegas sojuzgadas, y parecía que iban a formar un gran imperio, cuando los Otomanos les derrotaron arrebatándoles la independencia. Pero Milosc Kobilovitz, levantándose en medio de los cadáveres, degolló a Amurates, y su nombre se perpetuó en las canciones de los Servios, como las glorias del emperador Esteban y de Marcos Craglievitz.

Bayaceto Bayaceto, sucesor de Amurates, y apellidado el Rayo, emprendió conquistas sobre los Cristianos y los Musulmanes; obtuvo del califa de Egipto la patente de sultán; invadió la Hungría, a pesar de que el emperador Segismundo (324) había reunido 100 mil hombres para impedirlo, y Bayaceto escribió al emperador Manuel: «Con el favor de Dios, nuestra cimitarra ha subyugado casi todo el Asia y una gran parte de Europa; solo nos falta Constantinopla; sal de ella, y déjanosla bajo las condiciones que quieras, o tiembla por ti y por tu pueblo».
1389

Pero al conquistador le salió otro más terrible.

157.- Tamerlán

El vasto imperio de los Mogoles, fundado por Gengis-kan, estaba en decadencia, cuando de la Samarcanda surgió Timur el Cojo, quien después de haber formado un ejército, fue el terror de los pueblos vecinos al principio, y de los lejanos después; sojuzgó a la Persia y al Kalpchak; pasó el Volga, y se echó sobre el imperio ruso; devastó los establecimientos mercantiles europeos del mar de Azov; embelleció a Samarcanda y desplegó en ella una bárbara pompa, titulándose Gran Kan; se propuso conquistar la India para defender en ella el islamismo; tomó a Delhi robando sus portentosas riquezas y degollando a millares de Indios. Vuelto al Asia Anterior, intima la sumisión a Bayaceto; oprime entre tanto a los Cristianos; doma al Egipto; manda de Damasco a Samarcanda los famosos tejedores y fabricantes de lanas damasquinas; y en la llanura de Ancira, donde perecieron 400000 combatientes, derrota a los Turcos y hace prisionero a Bayaceto. Entonces hubiera podido destruir el imperio Otomano, si su furor no se hubiese dirigido principalmente contra los Cristianos, con cuyas cabezas levantaba pirámides.
1336

1402

Tamerlán se halló, pues, a la cabeza de un imperio que desde el Irtisch y el Volga se extendía hasta el Golfo Pérsico, y desde el Ganges hasta Damasco y el Archipiélago. Destrozó y se ciñó las diademas de 27 reyes; recibía un tributo del emperador de

Constantinopla; su nombre era recitado en las oraciones en El Cairo. Pensaba conquistar el África, penetrar por Gibraltar en Europa, atravesarla, y volver por la Rusia a la Tartaria. El mar lo detuvo, y habiendo regresado a Samarcanda, recibió grandes homenajes y se preparó para conquistar la China. Mientras tanto daba reglamentos y códigos, fundaba escuelas, atraía a la Corte literatos e historiadores, y escribía él mismo sus propias empresas. Murió a la edad de sesenta y nueve años.

1404

Pero murió sin haber fundado nada estable, y su estirpe, no reinó más que en la India con el nombre de Gran Mogol. Los demás países recobraron su independencia.

Cíngaros La irrupción de Tamerlán en la India es notable porque obligó a salir de allí a los Cíngaros o Gitanos, probablemente de la ínfima clase del país de los Maratas, que siguieron las huellas de los Mogoles como espías o merodeadores. En Europa aparecieron en 1417, haciéndose pasar por originarios de Egipto, por penitentes, o por saltimbanquis, y hasta el presente han vivido sin residencia fija, ora perseguidos, ora tolerados, vilipendiados siempre, y tenidos por rateros, brujos y ladrones de niños.

158.- Fin del imperio de Oriente

La irrupción de los Tártaros dio algún desahogo al imperio griego, pero quedaba reducido a la ciudad de Constantinopla, donde no tardaron los Turcos en amenazarlo, sin que la Europa pudiese o quisiese socorrerlo, por cuanto los papas, y particularmente Eugenio IV, así lo manifestaron. Mahomet es contado entre los mejores reyes como turco; embelleció a Adrianópolis y a Brusa, y favoreció a los literatos. Amurates, su hijo, sitió a Constantinopla, pero fue rechazado, como fue derrotado en Hungría por Juan Huniade (325), voivoda de Transilvania; luego venció en Varna a un buen armamento de Venecianos, Genoveses, Pontificios y Flamencos, matando a 10 mil cristianos. Se le interpuso Scanderberg, príncipe de la Albania, el cual excitó al país a defender la religión antigua, derrotó a los Turcos e hizo morir de despecho a Amurates.

1413

Amurates

1440

1451

Mahomet II Sucedió a éste su hijo Mahomet II, el más insigne entre los príncipes otomanos, tremendo en la batalla y sanguinario y lascivo en la paz. A la disciplina enteramente militar de los Turcos, nada podían oponer los corrompidos y débiles Bizantinos. Juan III Paleólogo, emperador, pasó a Italia en demanda de

subsidios, aceptando en cambio los dogmas que separaban la Iglesia griega de la latina, aunque para repudiarlos en breve.

Toma de Constantinopla El último de aquellos emperadores fue Constantino XII. Mahomet le declaró la guerra y sitió a Constantinopla con un formidable tren de artillería. El emperador, asistido por Romanos, Genoveses y Venecianos, se defendió con valor; sin embargo la ciudad fue tomada y saqueada, y muerto Constantino. Mahomet no acababa de admirar la magnificencia de aquella ciudad, que fue inundada de sangre, y en cuyos campanarios, convertidos desde aquel día en minaretes, resonaron cantos de alabanza a Alá y las oraciones diarias.

1453

De esta manera se estableció entre los europeos un Estado bárbaro, y Mahomet juró no deponer la espada hasta haber hollado con su caballo los Dioses de cobre, oro, madera y pintura fabricados por los Cristianos. Sojuzgó a los príncipes de Atenas y Tebas, de Lesbos y Focea, y de Morea; Scanderberg, jefe de una liga de los príncipes latinos de la Albania, se opuso a Mahomet, hasta que murió en Lissa, después de haber procurado a los suyos un refugio en la Calabria, donde aún viven sus descendientes. De la sojuzgada Bosnia, Mahomet se arrojó sobre la Servia y la Hungría, como camino para Viena y Roma; Juan de Capistrano predicó la Cruzada; Pío II procuró empeñar en ella a toda la Cristiandad, poniéndose al frente él mismo, pero la fe había disminuido, y Mahomet procedía con matanzas, cuyo horror podemos creer exagerado por el espanto. Mahomet arrojó a los Genoveses de Caffa, mató en Transilvania a 30 mil guerreros con el rey Esteban Batori. Los Venecianos se defendieron con intrepidez en Negroponte, pero fue tomada la ciudad, y a Pablo Erizo se le aserró la cabeza que Mahomet había prometido salvar. La sitiada Rodas fue defendida por los Caballeros de San Juan, que se habían refugiado allí después de la toma de Jerusalén, hostigando sin tregua a los Musulmanes, y se defendieron de tal manera, que al cabo de ochenta y nueve días de sitio, los 100 mil Turcos que la atacaban tuvieron que retirarse. Estos, con una formidable escuadra, se apoderaron de Scutari y de Lepanto y llevaron la esclavitud al Tagliamento y al Isonzo, como la habían llevado a Otranto, y Mahomet murió exclamando: «Quería conquistar a Rodas y la Italia».

Scanderberg

1402

159.- España. Expulsión de los Moros

Fernando e Isabel Con mejor fortuna combatían los Cristianos a los Musulmanes en España. Concentrados en pocas provincias, éstos las defendieron con vigor, recibiendo siempre nuevas fuerzas del África, mientras que los reinos cristianos adquirían fuerza uniéndose, ora por conquista, ora por matrimonio. Fernando el Católico, rey de Aragón, se casó con Isabel de Castilla, y quedaron unidos todos los reinos de la Península, exceptuando a Portugal, que formó siempre reino aparte.

1479

Los Cristianos consideraban como obra patriótica y religiosa el dañar de cualquier modo a los Moros, que ofrecían una tenaz resistencia. Los pocos que aceptaban el bautismo permanecían siempre en el descrédito; muchos se hacían esclavos. Donde eran tolerados como los Hebreos, habían de llevar una señal distintiva y vivir en barrios separados; les estaba prohibido comer con Cristianos y ejercer las funciones de médico, droguista y banquero.

A lo último sólo quedaba el reino de Granada, cuyos emires rechazaron con frecuencia a los ejércitos cristianos. Proclamada la guerra santa, Yusuf vio reunidas contra él las armas de Aragón, Castilla y Portugal, y en la batalla de Tarifa perecieron 200 mil Moros; sin embargo continuó la resistencia excitando el fanatismo religioso, y embelleció sus ciudades con palacios y mezquitas. ¡Ay, si entre aquellos infieles no se hubiesen agitado discordias y rivalidades! Los Cristianos intervinieron a favor de un partido con daño de otros bandos. En la expedición decisiva contra los Moros, Fernando trataba de aumentar su poderío; Isabel deseaba librar a su patria de extranjeros y de infieles. Fue ayudada por los consejos de Jiménez, grande hombre de Estado y de Iglesia. Decidida a salir victoriosa de aquella lucha, acompañaba a su esposo, ocupándose en proveer al orden y sostenimiento de las tropas. Tomada Málaga, quedó cerrado a los Árabes el Mediterráneo. Cristianos y Musulmanes lucharon heroicamente, durante seis meses, en la Vega, hasta que Granada cedió, y la bandera de Santiago tremoló en la torre de la maravillosa Alhambra. Toda la Andalucía celebra aún con una fiesta anual la huida del rey Boabdil, con la cual terminó el dominio de los Árabes al cabo de 780 años de su invasión en España.

1310

Toma de Granada

1492

1582 Los Moros vivieron sujetos a persecuciones; y como muchos se hacían cristianos y renegaban después del Cristianismo, se instituyó en contra suya la Santa Inquisición; espantoso tribunal, menos destinado a vigilar por la fe que a servir de garantía a la independencia de la Península contra las tramas que los vencidos

urdían contra los vencedores. Los Moros realizaron algunas insurrecciones tremendas, principalmente en las Alpujarras, auxiliados por marroquíes y argelinos, y a duras penas bastó el valor de Don Juan de Austria para domarlos. Entonces se decretó la expulsión de los Moriscos, casi todos los cuales pasaron a Italia y África, y algunos al Languedoc. España se vio desposeída de más de 150 mil habitantes y de las industrias a que se dedicaban.

1609

Los Cristianos se hallaron poseedores de toda España, no por conquista, sino por haberla recuperado palmo a palmo. La genealogía de sus reyes es la de los héroes libertadores. El sentimiento religioso, por el cual se había combatido, formó el fondo del carácter nacional, con el orgullo nobiliario y las ideas caballerescas. De allí nació su amor a las empresas, desplegado en Italia, y sobre todo en los descubrimientos de África y de América. Es de notar el celo con que se limitó a la autoridad monárquica, al paso que crecía la intolerancia religiosa. El título de Reyes Católicos, dado por Alejandro VI a Fernando e Isabel, pareció otorgarles cierta solidaridad de apostolado y vigilancia, y al mismo tiempo cierta universalidad parecida a la del imperio.

En otro lugar hablaremos del descubrimiento de América. Los Reyes Católicos no tuvieron más hijos [sic] que Juana la Loca, que se casó con Felipe de Austria, de quien tuvo al que fue el emperador Carlos V y heredó aquel gran reino. Antes de que Carlos ocupase el trono, fue regente el cardenal Jiménez de Cisneros, gran reformador, intrépido y desinteresado, que refrenó a los conquistadores de América, fundó la Universidad de Alcalá, mandó imprimir la Biblia políglota, y figuraría entre los estadistas más insignes, si no hubiese robustecido la Inquisición y facilitado el extranjero dominio de los Austriacos.

160.- Francia. Felipe el Hermoso

A Felipe III, hijo de San Luis, sucedió Felipe el Hermoso, rey calculador, a quien nadie detuvo en la ejecución de sus proyectos, siendo el principal de ellos la destrucción del feudalismo y aumentar las prerrogativas reales dentro y fuera del reino. A tal fin multiplicó sus ordenanzas, excluyó a los eclesiásticos de todas las funciones jurídicas y cargó graves impuestos sobre sus rentas. Hablaba como amo a los señores, aconsejado por jurisconsultos, que deducían del derecho romano ideas despóticas con que abatir al feudalismo y al clericalismo. Famoso entre estos jurisconsultos fue Guillermo Nogaret, guardasellos, quien para proporcionar dinero a Felipe, puso a precio con frecuencia la cabeza de los Judíos,

expulsándolos después del reino sin bienes; adquirió el derecho de acuñar moneda, y adulterándola, pudo imponer según su voluntad una contribución que repitió muchas veces; imponía contribuciones extraordinarias, impuestos a los Lombardos y arruinó a la Iglesia con peticiones que eran órdenes. Felipe acudió con tanta insistencia a los bienes del clero, que llegó a enemistarse con los pontífices.
1285

Bonifacio VIII Era Papa entonces Bonifacio VIII, que hubiera querido renovar los ejemplos de Gregorio VII e Inocencio III, cuando tanto habían cambiado los tiempos. Intervino en las contiendas de los príncipes y de los pueblos; adquirió dominio sobre la Sicilia y sobre el imperio, y colocándose la corona en la cabeza, tomó la espada y exclamó: «Yo soy César, yo soy emperador, yo defenderé los derechos del imperio». Fundó el jubileo, en virtud del cual cada cien años tenían que ir a Roma los cristianos para el perdón general.

Bonifacio amonestó a Felipe, el cual, ofendido por la bula contra él publicada, aumentó sus vejámenes y usurpaciones, hizo que Nogaret diese contestaciones insultantes, declarando con el parlamento que nunca permitiría en Francia otro superior más que Dios y el rey. Habiendo convocado en Roma un concilio, Bonifacio expidió la bula Unam Sanctam, donde se proclama que el poder espiritual es divino, y que el que le opone resistencia se rebela contra Dios; el poder temporal es inferior, como la luna al sol; el Papa puede amonestar a los reyes descarriados; toda criatura humana se halla sometida al pontífice y no puede salvarse el que crea lo contrario.
1300

1302

1304 Esta era la suprema expresión de la supremacía pontificia; Felipe le opuso una tremenda proclama, acusando al Papa de veintinueve delitos, y apeló de la excomunión ante un concilio presidido por el pontífice legítimo, negando el carácter de tal a Bonifacio, a quien llamaba Malifacio. Nogaret fue enviado a Roma, llevando consigo al encarnizado enemigo del Papa Sciarra Colonna. Bonifacio fue abofeteado y hecho prisionero; el pueblo lo puso en libertad, y murió al cabo de poco tiempo. Su sucesor Benedicto XI no tardó en morir envenenado.

Con igual desprecio trataba Felipe a los pueblos. Flandes, rica por su industria, se había unido a la Francia, pero viéndose vilipendiada por él, se sublevó, privándole de los tesoros que de allí sacaba. Entonces Felipe concibió la idea de proporcionarse dinero aboliendo la orden de los Templarios, quienes, después de la pérdida de Jerusalén, se habían esparcido por Europa, según los

idiomas; contábanse 30 mil hombres bajo un gran maestre que residía en París. Poseían grandes riquezas y privilegios, reuniendo la primera nobleza de Europa, y quizá la envidia les hacía acusar de enormes delitos, hasta de renegar de Dios y profesar dos religiones. Felipe fomentó las habladurías por medio de sus abogados; excitó los celos de las otras órdenes religiosas, y obtuvo la condescendencia del papa Clemente V, a quien había inducido a trasladar la Sede de Roma a Aviñón. Entonces intentó un escandaloso proceso a los Templarios; hizo condenar a muerte a Jacobo de Molay, su gran maestre, y a muchos otros. La Orden fue abolida en el XV Concilio ecuménico de Viena.
Templarios

1311 Felipe, inventor de culpas, halló y castigó muchas en su propia familia y reinó 39 años.

161.- Casa de Valois. La guerra inglesa

1314 Luis X, su hijo, murió sin dejar hijos varones; para la sucesión al trono, los abogados hicieron valer la ley sálica, según la cual ninguna propiedad pasaba a las hembras. De este modo pudieron ocupar sucesivamente el trono Felipe V y Carlos IV, hermanos, en los cuales concluye la descendencia directa de los Capetos. Felipe, hijo de Carlos de Valois, tuvo por competidor a Eduardo III de Inglaterra, hijo de Isabel, hermana de los dos últimos reyes, alegando que la ley sálica excluía a las mujeres por débiles, pero no a los hijos nacidos de ellas; con lo cual dio principio el funesto drama de la guerra inglesa.

1328

Los reyes de Inglaterra querían extender sus dominios sobre el continente, en vez de procurar consolidarse en la isla, mientras que los reyes de Francia, a quienes seguían prestando vasallaje, debían insistir en desposeerlos. De hecho les quitaron la Bretaña, el Poitou, el Anjou, la Turena, el Maine y hasta la Normandía (cap. 152), de modo que en el continente no les quedaba más que la Guyena. Eduardo III, citado a prestar homenaje por esta a Felipe VI de Valois, compareció armado de pies a cabeza, como denuncia de enemistad. Eduardo armó un ejército a la moderna, procurose artillería, compró partidarios en el continente, derrotó en L'Écluse (326) a la escuadra francesa y genovesa, pero al fin perdió la Bretaña y Flandes que se habían alzado a favor suyo. La Normandía propuso al rey Felipe que invadiese la Inglaterra, como había hecho Guillermo el Conquistador. Indignados los Ingleses reanimaron la guerra; en la batalla de Crécy, sus infantes derrotaron a la

caballería francesa, usando por primera vez la artillería de campaña; y Calais permaneció durante 210 años en manos de los Ingleses.

1340
1366

Muerte negra A estos males se añadió la muerte negra, peste descrita por Boccaccio; para aplacar la ira de Dios, numerosísimas bandas de disciplinantes iban de ciudad en ciudad con penitencias y letanías, y con el desorden de turbas incultas.

1350 Juan II, sucesor del rey Felipe, amenazado por los Ingleses y por Carlos el Malo, rey de Navarra, empleó toda suerte de recursos para procurarse dinero, con lo cual disgustó a muchas provincias. El Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, lo venció y lo hizo prisionero en la batalla de Poitiers. El delfín Carlos gobernó bien durante el cautiverio de su padre; pero la plebe, instigada por Marcel, se sublevó asesinando a los señores (Jacquerie) (327), devastando los campos en tanto que Eduardo, con un grueso ejército, hacía estragos en el Norte y se acercaba a París. El rey Juan fue puesto en libertad con la condición de ceder la soberanía de la Guyena y pagar tres millones de escudos de oro (166 millones de pesetas); pero como la miseria del país y las bandas armadas hacían imposible la realización de aquella cantidad, volvió a constituirse prisionero y murió en Londres.
1356
Jacquerie
1368
Duguesclin Carlos V tuvo la fortuna de contar con el brazo y la inteligencia del famoso bretón Duguesclin, capitán muy querido de sus soldados, que derrotó a menudo a los Ingleses; habiendo sido nombrado condestable, es decir, jefe de todo el ejército, se propuso arrojarlos del suelo francés, pero saboreó la ingratitud antes de morir. Carlos trató de reparar los males de la guerra; pero abatido el feudalismo, perturbaban el reino las pretensiones de los príncipes de sangre real, a quienes se daban varias porciones de la Francia. Triste fue, por esto mismo, la menor edad de Carlos VI, el cual fue supersticioso y extravagante, y no consiguió curarse, viviendo treinta años en medio de delirios y locuras. Habíanse disputado la regencia los duques de Orleans, de Berry y de Borgoña. Aprovecháronse de aquellas disidencias los Ingleses, que desembarcaron en el continente con Enrique V a la cabeza, y en Azincourt fueron muertos o hechos prisioneros muchísimos nobles franceses. Muchas provincias se aliaron con los invasores; Enrique V se tituló rey de Francia, y murió en París a la edad de 54 años. No tardó en seguirle Carlos VI.

En París fue proclamado Enrique VI, y en Poitiers Carlos VII, el cual perdió casi todo el país, y sus dominios se reducían a Orleans. Pero apareció allí la famosa doncella Juana de Arco, la

cual, diciéndose inspirada por los ángeles para salvar la pal ria, excitó el entusiasmo, libertó a Orleans y pudo hacer coronar a Carlos en Reims. Hecha prisionera, los Ingleses la procesaron como bruja y fue quemada en Ruán. Pero sobrevino el entusiasmo que había despertado, y fue tan eficaz, que a los Ingleses no les quedó más que Calais y el título de rey de Francia, que conservaron hasta la paz de Amiens en 1803 .

Juana de Arco

1429

1431

162.- Luis XI

El imbécil Carlos dejaba consolidada la monarquía que había recibido descompuesta; se alió con los Suizos, que daban los mejores soldados, y organizó un ejército permanente a la moderna, no ya compuesto de mercenarios, sino de verdaderos soldados, con una disciplina rigurosa; así la guerra era cuestión del rey, que nombraba a los capitanes. El espíritu nacional puede decirse que tuvo principio en la guerra contra los extranjeros, en la cual habían peleado nobles y plebeyos, siendo la plebe representada por la doncella de Orleans. Luis XI se valió de estos elementos para afianzar aún más el poder real. Tosco en el vestir y en sus modales, rodeado de ministros rastreros, sin escrúpulo por los delitos útiles, acumulaba sobre la corona los grandes feudos, que habían sido repartidos entre los príncipes de la sangre.

En Flandes, país de comerciantes e industriales, sucedió a Felipe el Bueno, famoso por su esplendidez y carácter caballeresco, Carlos el Temerario, que coaligó contra Luis a los príncipes amenazados, principió la guerra, y se proponía constituir un reino que se extendiese desde el nacimiento a las bocas del Rin, desde los Alpes al mar del Norte y quizá hasta el Mediterráneo, reino que hubiera separado a la Francia de la Alemania, y cambiado la situación de Europa. Luis le opuso la astucia, compró a los Ingleses y a los Suizos, sublevó a los Flamencos, y mostrose por primera vez alegre cuando los Suizos hubieron dado muerte a su enemigo en la batalla de Murat. Luis adquirió gran parte de las posesiones del vencido, y además el Rosellón, la Cerdaña, el Anjou y la Provenza; duplicó las rentas del reino; se esforzaba en unificar los países, las medidas y las leyes, y difundió la instrucción. Los nobles, a quienes deprimió, exageraron quizá su perfidia y su miedo a la muerte. Aquel triste hombre y gran rey murió en 24 de agosto de 1482.

1447

El reyezuelo de la Isla de Francia, aumentando poco a poco su poder, extendió su territorio, unificó la nación y el gobierno, arregló la hacienda, destruyó las jurisdicciones independientes de

los señores y de las ciudades, quitó todo obstáculo entre él y el pueblo, al cual admitió en los Estados Generales; quitó a los feudatarios la jurisdicción, y les prohibió acuñar moneda; humilló al clero; estableció impuestos; creó aduanas. El parlamento de los Estados Generales quedó reducido a una corte de legistas, que servían a la corona; las tropas feudales o mercenarias se convirtieron en ejército permanente; cesaron los privilegios en virtud de los cuales se señalaban porciones del territorio a los hijos del rey, incumbió al monarca fijar impuestos; fue concentrada la justicia en las cortes reales, mientras que antes pertenecía a todo el que era poseedor de una parte del territorio; cesaron los procedimientos judiciales públicos; el clero fue sometido al rey, quien asumió el derecho de conceder los obispados y los beneficios, y se dejó de pagar el impuesto a Roma. De este modo quedó constituida la unidad monárquica, si bien las provincias conservaron usos y jurisdicciones distintas.

163.- Islas Británicas

Eduardo III reinó medio siglo, haciendo la guerra a Francia y a la Escocia por ambición. De sus victorias se congratuló Inglaterra; las manufacturas prosperaron merced a los Flamencos allí llamados, y se dejaron de pagar los tributos a la Santa Sede. Esta recibió rudos ataques de Wiclef (1334-87), llamado estrella matutina de la Reforma. Sus correligionarios se unieron después con los descontentos contra Ricardo II, que había establecido un impuesto, y proclamaban la igualdad entre nobles y plebeyos, entre pobres y ricos. Ricardo fue depuesto por el Parlamento y sustituido por Enrique IV de Bolingbroke, a quien sucedió Enrique V, vencedor de los Franceses en Azincourt, y cuyo reinado fue turbado por los Lolardos (328), nombre que se dio a los partidarios de Wiclef. Enrique VI perdió cuanto Inglaterra tenía en Francia, exceptuando a Calais.

Wiclef

1377

1415

El país fue trastornado por guerras civiles que adquirieron triste fama con el nombre de Las dos Rosas; la blanca de los Mortimer (329), y la encarnada de los Lancaster. Prevaleció la blanca con Eduardo de York, proclamado rey, no por el Parlamento, sino por la población. La familia de éste murió en la cárcel por obra de Ricardo III, duque de Gloucester (330), quien a su vez

perdió la corona, que se ciñó Enrique VII, último varón de la casa de Lancaster. Este príncipe reunió en sí las dos Rosas; pero no consiguió la paz, ni aun a costa de grandes suplicios; ávido de oro, recibiolo de súbditos y enemigos, y al morir dejó en el Tesoro 1800000 libras esterlinas. Fue llamado el Salomón inglés, por las sabias providencias que dictó; dando facultad a los nobles para alienar sus tierras, favoreció el decaimiento de la aristocracia, a la cual despojó del poder de las armas la Cámara Estrellada.

1461

1483

En medio de todo, se consolidó la Constitución inglesa. La necesidad de dinero obligaba a convocar con frecuencia al Parlamento, cuyos individuos acompañaron al principio su voto con alguna obediente queja, y después entraron en discusiones antes de aprobar los impuestos. Más tarde el Parlamento asumió el derecho de declarar la guerra o hacer la paz, acordando o no los subsidios. Fue permitido a los miembros del Parlamento decir lo que quisieran, e iban restringiendo las prerrogativas del rey.

Irlanda Enrique II había sometido a la Irlanda y la trataba como país conquistado, como si los Ingleses fuesen los únicos dueños del territorio; injusticia que ha durado hasta nuestros días, impidiendo la fusión de los vencidos con los vencedores. Los Irlandeses servían de apoyo a los enemigos de los Ingleses. Ni los Ingleses establecidos en el país, e inclinados a adoptar el traje de las tribus de Irlanda, podían casarse con indígenas, ni dar educación allí a sus hijos, ni llevar la barba y el sombrero al estilo irlandés. El Estatuto de Poyning determinó la condición de los lores, sostuvo a los Comunes contra la omnipotencia de los grandes y afianzó el poder real.

1495

Escocia En Escocia, organizada feudalmente, se extendió el poder de los grandes, que vivían en castillos enclavados en los montes, y eran considerados como jefes de tribu (clan); en sus frecuentes guerras con Inglaterra se avezaron a las armas, que esgrimieron después en las disidencias entre tribu y tribu. Roberto, primero de los Estuardos, tuvo por sucesor a su hijo Roberto III, a quien sucedió Jacobo I, cuando fue dada la ley constitucional, en virtud de la cual a los barones seglares y eclesiásticos se unieron en el Parlamento diputados de los propietarios libres. Jacobo II y Jacobo III pusieron feroz empeño en humillar a los señores, con los cuales tuvieron que sostener duras luchas. Jacobo IV las continuó con generosidad, firmó la paz con Inglaterra después de una serie de guerras que habían durado 170 años, y la consolidó casándose con Margarita, hija de Enrique VII. A pesar de esto, inmediatamente después se coaligó con Francia e invadió la Inglaterra con 100 mil hombres. Pero murió en la batalla de Flodden con la flor de la

nobleza escocesa.
1370

1427
1437

1503

164.- Imperio occidental

El imperio occidental, que había llegado al colmo de la grandeza bajo Carlomagno, fue decayendo cada día, y perdió su influencia durante el grande interregno (1254-73); desmembráronse los ducados mayores, repartiéndose entre condes, prelados y comunes, continuamente en guerra entre sí. La Bohemia conservaba su grandeza bajo Octócaro (331), que le había agregado el Austria, la Moravia, la Estiria (332), la Carintia, la Carniola, la Marca de los Vénetos y Pordenone. El mismo príncipe derrotó a los Prusianos idólatras y a los Húngaros. Habiendo renunciado dos veces el imperio, los demás príncipes lo ofrecieron a Rodolfo (333), conde de Habsburgo, que no inspiraba celos por su pequeñez. Este cedió al Papa todo lo que el Imperio pretendía en Italia sobre la herencia de la condesa Matilde; hostigó a Octócaro, lo venció y mató, y con los bienes de este formó un patrimonio para su hijo Alberto. De este modo empezó la grandeza de la casa de Austria, la cual llegó a hacer casi hereditaria la corona germánica.

Rodolfo de Habsburgo
1273
1291 Muerto Rodolfo, el cetro fue dado al valiente Adolfo de Nassau; pero lo venció Alberto de Austria, quien se hizo coronar y procuró engrandecer su Casa con perjuicio de los señores, hasta que fue asesinado por su sobrino Juan de Suabia.
1308
Los príncipes eligieron entonces a Enrique VII de Luxemburgo, que aspiraba a la antigua grandeza del imperio, y quiso desplegarla en Italia, como veremos, hasta que murió en Buenconvento.
1313
Federico el Hermoso de Austria se disputó entonces la corona con Luis de Baviera, y cayó prisionero después de ocho años de guerra. Luis sostuvo largas contiendas con el Papa Juan XXII, que no reconociendo a ninguno de los dos Césares, pretendía nombrar un vicario, como hizo efectivamente eligiendo a Roberto de Nápoles; siguieron protestas, excomuniones y batallas que trastornaban la Italia, donde se renovaron las luchas entre Güelfos y Gibelinos. Juan de Luxemburgo se ocupó con preferencia en reconciliar al

emperador con el Papa; era hijo de Enrique VII y rey de Bohemia, y aspiraba a difíciles empresas y a ser el pacificador de Europa. Habiendo pasado a Italia, fue tomado como jefe por muchas ciudades; pero era objeto de nuevas disidencias, en tanto que veía amenazados sus dominios de Alemania por Austríacos y Húngaros; ya ciego, quedó muerto en la batalla de Crécy.

1322

Entre tanto, el Bávaro no daba un momento de reposo a los enemigos que le había suscitado la excomunión; fue causa de grandes estragos en Alemania, y no tuvo paz hasta que murió en 1347.

Carlos, hijo de Juan de Luxemburgo, alcanzó entonces el imperio; pero lo descuidaba por fijar la atención en su Bohemia y en la Moravia, donde reparó los daños causados por las hazañas de su padre; fundó en Praga una Universidad; abrió canales, y llevó la ciencia y el idioma a una perfección superior a los otros Eslavos. Pero como emperador, perdió muchos dominios; en Italia no procuró adquirir derechos sino para venderlos, y se dijo que había arruinado a su casa para obtener el imperio, y al imperio para engrandecer su casa.

Bula de oro Sin embargo, fue llamado padre del Imperio, porque le dio una Constitución, recogiendo los derechos antiguos en la Bula de oro, donde se determinaba que el derecho de los siete electores fuese anejo indivisiblemente a una tierra trasmisible por primogenitura; que pudiesen reunirse en dieta electoral sin licencia del emperador; que gozasen de ciertas regalías, tales como las de acuñar moneda, explotar minas y salinas, y juzgar sin apelación, teniendo el carácter de reo de lesa majestad el que los ofendiese. El arzobispo de Colonia era archicanciller por el reino de Italia; el de Tréveris por la Lorena; el de Maguncia por Alemania. El conde Palatino del Rin era archisenescal, primera dignidad del Imperio, vicario del Imperio vacante; el elector de Bohemia era gran copero; el duque de Sajonia archimariscal; el marqués de Brandeburgo archichambelán. «No se hablaba del derecho de los papas a confirmar la elección de los emperadores.

1356

La Bula de oro no restablecía los ducados nacionales de Suabia y Franconia; lejos de conducir a la unidad, preparó el desmembramiento de aquel gran cuerpo; quitó al emperador la prerrogativa de protector de la libertad común, e hizo venal la elección separando el interés general del de los príncipes, a quienes para ser reyes no les faltaba más que el título.

El imperio parecía hereditario; no se consideraba ya necesaria la coronación en Roma; cada emperador procuraba enriquecer y encumbrar a su familia, y acumular adquisiciones sobre la corona,

como sucedía en Francia; una multitud de príncipes se dividían las prerrogativas. Las dietas eran un congreso de ministros de los diferentes Estados, que nunca andaban de acuerdo. Electores, nobleza titular, ciudades imperiales, tales eran los elementos constitutivos de las tres cámaras de la dieta. En el interior, cada principado tenía estados provinciales, cuyo asentimiento era necesario para imponer contribuciones o hacer nuevas leyes.

Se habían formado muchas ciudades libres sobre el Rin, en la Franconia y en la Suabia, después de la extinción de la casa de Suabia; allí se refugiaban los que querían sustraerse a la jurisdicción feudal, y aquellas ciudades florecían por su comercio y corporaciones de artes, sin que por esto se constituyese un tercer estado.

No había una metrópoli general; cada emperador tenía su Corte en su propia ciudad o castillo; andaban siempre escasos de dinero, teniendo por principal recurso el impuesto con que los Hebreos compraban la tolerancia; más tarde se vieron en la necesidad de pedir subsidios.

El emperador era todavía considerado como jefe temporal de la cristiandad; pero después de Luis de Baviera, ninguno pensó ya en deponer a un Papa, como se dispensaron de pedirle la corona.

Los señores seguían administrando la justicia en sus dominios; pero el emperador nombraba abogados, o condes palatinos con alta jurisdicción; hubo también cortes de scabini, pero no un código general, si bien se hicieron colecciones de antiguos derechos, como los usos de los Sajones y de la Suabia (Sachsenspiegel, Schwabenspiegel), fuentes de los derechos feudales.

Nada nos indica tanto el triste estado de la justicia de aquella época, como la extraña institución de los tribunales de Westfalia. Era una corte de jueces libres, destinados a proteger la paz pública con procedimientos y castigos secretos; se ignoraba quiénes eran el juez y el acusador, y cuál era la sentencia; castigábanse los delitos contra la religión, los diez mandamientos, la paz pública y el honor. El acusado era citado; si no comparecía, se le consideraba confeso y condenado; se clavaba a la puerta de su casa la sentencia con un puñal, y él no tardaba en morir. Lo grave de la situación se explica por lo extraño de semejante remedio, que ha durado hasta nuestro siglo.

1378 Para impedir las guerras privadas, se apeló a las confederaciones, a las cámaras imperiales y a otros artificios; pero las ligas entre señores, o entre Estados, o bien entre ciudades eran un nuevo obstáculo para la jurisdicción pública. El emperador Wenceslao, que sucedió a Carlos IV, trató de reducir esta jurisdicción a una ley general (Unión de Heidelberg), pero no fue duradera, y Wenceslao vivió siempre en lucha con los Alemanes, celosos de la preferencia dada a los Bohemios. Su hermano Segismundo, rey de Hungría, se sublevó contra él y lo metió en la cárcel; luego cuatro electores lo destituyeron, haciendo emperador a Roberto, elector palatino; por fin, entre varios pretendientes, fue elegido Segismundo, ya rey de Hungría y heredero de Bohemia.

165.- Asuntos eclesiásticos. Gran cisma. Concilios de Constanza y Basilea

Al obtener que Rodolfo de Habsburgo renunciase a las pretensiones sobre territorios italianos, los papas creyeron asegurada la independencia de la Italia; pero los emperadores no cesaron de molestarla. La Francia tomó parte en los asuntos eclesiásticos, consiguiendo que la sede pontificia fuese trasladada a su país, durante lo que se llamó esclavitud babilónica. A Clemente V, que había pasado a Francia, sucedió Juan XXII que estuvo en pugna con Luis de Baviera y con las Órdenes mendicantes, las cuales censuraban con su pobreza el escandaloso lujo de los prelados; Urbino de Casal publicó el Defensor pacis, donde supeditaba el clero al voto del pueblo, mientras que Ockham (334) y otros doctores sostenían los derechos del imperio contra la Santa Sede.

1316

Benedicto XII fue pacífico y reformador; Clemente VI favoreció demasiado a sus parientes, perturbó la Italia, y adquirió Aviñón como donativo de Juana de Nápoles. Inocencio VI trató de realzar el papado en Italia, adonde Urbano V trasladó nuevamente la sede; pero volvió pronto a Provenza. Gregorio IX, a instancia de Santa Brígida y Santa Catalina de Siena, trasladó su residencia a Roma; pero a Urbano VI, su sucesor, los cardenales le opusieron otro Papa, Clemente VII. Aquí empieza el cisma; durante cincuenta años, la cristiandad estuvo dividida entre dos jefes, que se denigraban y excomulgaban mutuamente, mientras que su autoridad era minada por príncipes y doctores, por libros y sátiras. A la muerte de uno, los cardenales de su obediencia elegían otro que le sucediera; hubo hasta tres papas a la vez, y en vano se convocaban sínodos para reconciliarlos. Fue famoso el concilio de Constanza, que trató de reformar muchos abusos, la corrupción de los frailes, la charlatanería de los predicadores, la sofistería de los doctores, que degeneraba a veces en herejía, como la de los Hermanitos, que pretendían que la Iglesia no existía ya fuera de los frailes mendicantes. Juan Huss había predicado en Bohemia contra las indulgencias y difundido errores, de los cuales quiso hacerle abjurar el concilio, adonde acudió él con un salvo-conducto de Segismundo; pero en vista de que sostenía sus creencias, fue condenado a la hoguera con Jerónimo de Praga.

1334
1352
1370
1378
1414

Huss
1416

En aquel concilio los papas abdicaron, y fue elegido Martín V; luego, para completar las reclamadas reformas, se trasladó el concilio a Basilea. Eugenio IV, elevado entonces a la sede pontificia, aceptó muchas restricciones hechas a su poder en favor de los cardenales, y abrió el concilio con la intención de corregir los abusos; pero pronto los Padres se declararon superiores al pontífice, y éste fue desde aquel momento considerado como cismático. Convocose el concilio en Florencia, donde intervinieron los Griegos, y se realizó la unión de la Iglesia oriental con la latina, unión que duró muy poco. Por renuncia del duque Amadeo de Saboya, que se había hecho elegir Papa con el nombre de Félix V, terminó el gran cisma bajo Nicolás V. Pero quedaba preparado el campo para futuras y más largas divisiones, atendida la superioridad que el concilio pretendía tener sobre el Papa.
1431

1439

166.- Hussitas. La Hungría

El suplicio de Huss puso a sus secuaces en abierta revolución en Bohemia, con el nombre de Hussitas, Calixtinos y Taboritas; Juan Ziska los capitaneó contra el rey Segismundo, y la Bohemia fue teatro de horribles represalias. Martín V predicó la Cruzada contra los Hussitas, pero los ejércitos alemanes sufrieron repetidas derrotas, hasta que los sublevados se destruyeron mutuamente, y Segismundo fue admitido como rey, concediendo la libertad de cultos y los privilegios antiguos. Pero en vez de apaciguar al país y reprimir a los Turcos, perdió tiempo y dignidad en Italia.

1433

1301 Sin embargo, pudo asegurar a su familia el trono de Hungría. Con Andrés III había concluido la dinastía de Arpad, y fue elegido Carlos Roberto, hijo de Carlos Martel, en quien empezó la rama de los Anjou; casándose con Juana, heredera de Nápoles, dio a su segundo hijo Andrés la esperanza de sentarse en aquel trono. Su primogénito Luis le sucedió y adquirió el título de Grande, porque conquistó el reino de Nápoles, quitó Ragusa, Espalatro y Zara a Venecia; reunió en sus manos el gobierno de Polonia y la soberanía de la Bosnia, la Servia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia; combatió a

los Turcos; fundó una Universidad, plantó las viñas de Tokay, y promulgó buenas leyes.

1382

Su hija María ocupó el trono, aunque durante poco tiempo, pues sus enemigos proclamaron a Carlos de Durazzo, ya rey de Nápoles; murió éste, y la corona fue dada a Segismundo, esposo de la destronada María. Pero ocupado éste en Bohemia y en el Imperio, pudo a duras penas reprimir a Ladislao, hijo de Carlos y rey de Nápoles hostigó a los Venecianos, e indujo a los Estados a declarar la corona hereditaria en la casa de Austria.

A su yerno Alberto sucedió Ladislao el Póstumo en la Hungría, como en el Austria y en la Bohemia, mientras regía el imperio Federico III, que reinó más tiempo que ninguno de sus predecesores, aunque con debilidad e inepcia. En vano Pío IV, que con el nombre de Eneas Silvio Piccolomini, le había servido de secretario, le aconsejaba que se armase contra los Turcos, a los cuales dejó hacer sus correrías hasta Carniola; concentradas en él las ramas de Austria, Estiria y el Tirol, se retiró a Viena, elevando su Casa al colmo de la grandeza, mientras se arruinaba el imperio.

1440

Carlos el Temerario (cap. 162), dueño de vastísimos Estados, deseaba convertir la Borgoña en reino, y para granjearse la amistad del emperador, casó a su hija única con Maximiliano, hijo de Federico III. Cuando Carlos fue muerto en Murat, debían heredar la corona los hijos de aquella; pero la Francia pretendía muchas provincias; por fin, la mayor parte tocó al Austria, cuya grandeza quedó asegurada desde aquel momento.

Servía de barrera a los Turcos la Hungría, cuya corona había sido dada a Wladislao I (335), ya rey de Polonia; Juan Huniade (336) venció a los Otomanos en Jaloyaz. Titulándose soldado de Cristo, Juan fue elegido regente de Hungría, y se decidió a reconocer a Ladislao Póstumo; pero muerto este, a la edad de 17 años, la Hungría fue cedida a Matías Corvino, hijo de Huniade; y la Bohemia a Jorge Podiebrado, el cual fue depuesto por el Papa, y sustituido por Ladislao II, hijo del rey de Polonia.

1457

Matías Corvino, como su padre, no cesó de combatir a los Turcos, y por otra parte cultivó las letras, reformó la justicia con el Decretum majus, y quiso convertir la Hungría en una segunda Italia.

167.- Suiza

La casa de Habsburgo era originaria del país montañoso que constituyó la antigua Helvecia, y que tomó de uno de sus cantones (Schwitz) el nombre moderno de Suiza. La religión había favorecido aquel país. Gall y Sigeberto fueron desde Irlanda a fundar allí abadías, que llegaron a ser después Saint-Gall (337) y Dissentis; una simple ermita se convirtió (338) en el magnífico convento de Einsiedlen; e igual origen tuvieron las ciudades de Zúrich y Lucerna; la celda de un abad fue con el tiempo Apenzell; y fueron centros de población y cultura las abadías de San Mauricio, de Romans-Moutiers, y de San Ursino. En torno de aquellos monasterios construían sus cabañas los pastores; eran cultivados los terrenos; se plantaban viñas, y formábanse comunidades de hombres libres, gobernados por patricios. Los principales, entre estos, eran los señores de Zaringen; habiendo muerto el último de ellos en 1218, las familias aliadas con la casa y dependientes inmediatamente del Imperio, o bien señores eclesiásticos, se repartieron sus dominios. Los Zaringen habían fundado la ciudad de Berna (1191), que fue declarada libre por Federico II, y a la cual acudieron muchos señores del Oberland, de la Argovia y del Uchtland, formando una vasta confederación. Zúrich era gobernada en común. Entre los condes inferiores prevalecían al Sudoeste los de Saboya, en el centro y Septentrión los de Kiburgo, Tokemburgo y Habsburgo. Pero cuando éstos adquirieron el imperio y el ducado de Austria, amenazaron la libertad; por lo cual los cantones campestres de Schwitz, Uri y Unterwalden (339), constituyeron una liga para salvar sus privilegios. En cambio, Alberto de Austria trató de imponerles sus bailes (Gessler, Guillermo Tell), pero al ser asesinado (cap. 164), los libres montañeses osaron oponerse a los caballeros guiados por Leopoldo de Austria, a quien derrotaron en la batalla de Morgarten. Entonces se confederaron otros países, como Lucerna, Glaris y Zug; y los naturales vencieron y dieron muerte a otro Leopoldo de Austria en la batalla de Sempach. Conseguida la paz, los Cantones ordenaron su confederación, y formaron una milicia, que combatió después al servicio de extranjeros, mayormente en Italia.

Habsburgo

1298

1315
1386

Por otra parte, en la Retia se habían constituido las ligas de la Grisia, la Caldea, las Diez Derechuras, formando la república de los Grisones. De un modo parecido se emanciparon y coaligaron Apenzell, Lucerna y Saint-Gall, sosteniéndose contra la Francia y el

Imperio. Habiendo perdido sus últimas posesiones en Turgovia, el Austria reconoció la libertad de la Suiza. Gravemente amenazó a esta Carlos el Temerario, duque de Borgoña (cap. 166), que llevó allí la formidable artillería con que había hecho temblar a los Países Bajos; hubo sangrientas batallas, pero Carlos fue vencido en Morat y muerto poco después. El inmenso botín recogido sobre su ejército, dispertó el amor a las riquezas, que corrompió la primitiva sencillez y dio margen a hostilidades entre los confederados; de aquí nació el vicio de vender su brazo a los extranjeros. Nicolás de Flüe, piadoso ermitaño, procuró sellar con la paz el fin de aquellas discordias. Los Grisones se confederaron también con los Suizos, a los cuales se habían unido Friburgo, Soletta, Basilea y Schaffhouse, formando trece Cantones, a los cuales se habían asociado Ginebra, Mulhouse, Bienne, Neufchatel y el Valais. Cada uno tenía su constitución propia, siendo distintos su origen, su idioma y sus costumbres, pero se hallaban todos unidos bajo el nombre de república y en el sentimiento de libertad.

1468

1476

168.- Italia. Tiranos. Vísperas Sicilianas (340). Enrique VII. Roberto de Nápoles

Transcurrieron 60 años sin que ningún emperador fuese a Italia; circunstancia de que se aprovecharon los Güelfos, por cuanto el país fue rigiéndose, y desarrollándose por sí mismo, mientras que los Gibelinos sentían que no hubiese un tirano que sometiese a los señores militares, e impidiera que «el jardín de Imperio estuviese desierto». En realidad, las repúblicas formadas después de la paz de Constanza, se habían convertido en herencia de príncipes, sucesivamente encumbrados o hundidos según prevalecía tal o cual de los dos partidos, o según la fortuna de tal o cual ambicioso.

En las Dos Sicilias se había establecido Carlos de Anjou, pero la antigua nobleza aborrecía a los extranjeros que atacaban sus privilegios y alteraban las costumbres del país. Por esto conspiraban, y, en las famosas Vísperas Sicilianas, degollaron a todos los Franceses que se encontraban en la isla. Carlos se armó para la venganza; pero los Sicilianos se habían entregado a Pedro de Aragón, lo cual dio origen a una larga guerra; quedó el reino dividido entre los Angevinos en el continente, y los Aragoneses en la isla, la cual fue, no obstante, separada del reino de Aragón, a favor de Jaime, hijo de Pedro. Después de mutuos manejos y hostilidades, se firmó la paz en Calatobellota, quedando la Sicilia bajo el dominio extranjero. Carlos II, para ganarse el afecto de los

Napolitanos, les dio una constitución algo liberal, y adquirió derecho al trono de Hungría por su mujer María. Su hijo Roberto el Sabio fue durante mucho tiempo jefe de los Güelfos y hombre de gran influencia en Italia.

1302

Los Gibelinos tenían por partidarios a los tiranuelos, sobre todo a los señores de Lombardía, máxime desde que los papas residían en Aviñón. El Milanesado se lo disputaban los Torriani y los Visconti. A su caída, estos incitaron al emperador Enrique VII a penetrar en Italia. Agradó el plan al genio caballeresco de Enrique, y este fue a Italia sin armas ni riquezas, pero sostenido por los grandes señores; reconcilió a los Torriani con los Visconti; se hizo coronar en Milán; asedió a Brescia; favoreció a Pisa contra Florencia, la cual era siempre el cuartel general del partido güelfo; se hizo coronar también en Roma, pero se halló abandonado de sus caballeros y quedó a merced de las facciones, siempre escaso de dinero, pronunciando inútiles condenas contra los Güelfos y Roberto de Nápoles, hasta que murió en Buenconvento.

El Milanesado

1310
1312
1313

Entonces reaparecieron con más bríos los tiranuelos (Uguccione de la Fagiuola, Castruccio) y todo el país andaba revuelto. En tanto el partido contrario elevaba a Roberto de Nápoles, que a la Apulia añadía el dominio de muchas ciudades del Piamonte, la Provenza, la alianza de los Güelfos y la protección del Papa Juan XXII, el cual, en imperio vacante, le había nombrado vicario. Tenía en contra a la liga de los Gibelinos, capitaneados por los Visconti de Milán y por los Scaligeri de Verona; y contra los Gibelinos se dirigió Bernardo del Poggetto, cardenal legado del Papa.

Luis el Bávaro

Luis de Baviera, tan pronto como prevaleció sobre su émulo Federico de Austria (cap. 164), pasó a Italia fiado en los Gibelinos y se hizo coronar en Milán; pero el Papa le mandó que dimitiese la corona imperial que injustamente llevaba, y lo excomulgó. Sin embargo, Luis siguió adelante, sostenido por Castruccio, tirano de Lucca, y, habiendo sido elegido el anti-papa Nicolás V, se hizo coronar por éste en Roma. Muerto Castruccio, Luis tuvo que retirarse, vendiendo ciudades y dominios y dejando envilecida la autoridad imperial.

1327

1329

Prevaleció entonces el partido güelfo; pero las ciudades de Romania, aprovechándose del alejamiento del Papa, se agitaron y sometieron a varios señores, tales como los Malatesta, los Varano, los Montefeltro; o lucharon entre facciones llamadas de los Gozzadini, de los Beccadelli, de los Pepoli. Solo Florencia consolidó la libertad popular.

Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, que trataba de establecer la Paz (cap.164), fue llamado a oponerse a las exageradas pretensiones del cardenal Poggetto; queriendo complacer a papistas [y] a imperiales, se disgustó con todos, y vendió las ciudades a quien mejor se las pagaba: tráfico escandaloso a que se reducía el oficio de emperador.

169.- Desórdenes. Nicolás Rienzi

1354 El emperador Carlos IV era hijo del caballeroso rey Juan; pasó a Italia, donde fue adulado, a pesar de su inepcia y de sus vicios. En tanto andaba todo revuelto.

En Verona, los Scaligeri (341) (Can el Grande) extendían su dominio, y agregaron a su territorio la ciudad de Padua; Mastino aspiró al dominio de toda Italia; pero los Visconti, que se habían hecho poderosísimos en Milán, le quitaron parte de su dominio, con la ayuda de los Venecianos y de los Florentinos. Al mismo tiempo se alzaban los Gonzaga en Mantua, los marqueses de Este en Ferrara, Módena y Parma; los Paleólogos en Monferrato. Amadeo V, tronco de la casa de Saboya en Piamonte (1285-1325), fue creado príncipe del imperio por Enrique VII. Sus sucesores conquistaron a Chieri, Cherasco, Savigliano y Cuneo; y compraron otros países más allá de los Alpes. Amadeo VII el Rojo adquirió a Niza, Ventimiglia, Villafranca y el valle de Barceloneta. Amadeo VIII heredó el Ginebrino, recibió de Segismundo el título de duque y se dejó nombrar antipapa (cap. 165).

Génova no sabía permanecer en paz, y a cada instante cambiaba de gobierno. Simón Bocanegra fue elegido abate por el pueblo, antes que por los nobles, como era costumbre, por cuyo motivo, éstos se retiraron a sus castillos. Mientras tanto, sus flotas era batidas en el mar de Azov y en la Cerdeña; acobardados, los Genoveses se entregaron a Juan Visconti, pero pronto se desprendieron de él.
1339

Cada ciudad tiene su historia particular, de interés local, pero de poca influencia sobre la suerte común.

Todo iba de mal en peor a causa del modo de ser de los papas; caía en el mayor desprestigio el principio de autoridad; y Roma, al arbitrio de las casas principales, se hundía en la miseria y en la perversión. Semejante situación indignó a Nicolás, hijo de Lorenzo y

admirador entusiasta de la antigua república romana; empezó a arengar al pueblo, y sostenido por éste, se convirtió en su tribuno y aspiró a reconciliar la Italia con el papado, y a restaurar la grandeza de Roma como capital del mundo. Su entusiasmo se comunicó al principio a toda la Italia, pero se extinguió pronto; estremeció el rigor con que castigó a varios nobles, y movieron a risa las ceremonias con las cuales creía realzar su propia dignidad; de modo que al fin tuvo que huir. Habiendo recibido entonces del Papa la orden de apaciguar a Roma, el pueblo lo acusó de traidor y le dio muerte. El legado pontificio Egidio Albornoz reunió a los diputados de las ciudades de Romania que había sometido y publicó para ellas las Constituciones egidianas.

Nicolás Rienzi
1348
1354

170.- Los guerrilleros

Las incesantes guerras de aquel tiempo favorecieron la formación de compañías mercenarias, con sus respectivos jefes, que militaban a favor de quien las pagase. Las ciudades, dedicadas al comercio, a las artes y a la agricultura, preferían este modo de ataque y defensa. Las primeras guerrillas se compusieron de soldados que, habiendo llegado con los emperadores, al partir éstos, quedaron al mando de sus capitanes, sin el sentimiento de la patria, ni de la humanidad, ni del honor. Compró una compañía Lodricio Visconti, con la cual quiso tomar a sus primos la ciudad de Milán, pero fue derrotado en la batalla de Parabiago. El duque Guarnieri devastó toda la Italia y acumuló once millones. Fray Moriale acostumbró a los suyos a robar y asesinar con orden; exigió gruesos rescates de todas las ciudades de Toscana, hasta que cayó en poder de Rianzi, quien lo mandó decapitar

1839
1348

1358 Al frente de estos mercenarios se puso el conde Lando, formando la Gran compañía, que devastó la Italia central e inferior, pero que fue destrozada al fin por los labradores entre las gargantas del Apenino. Estos jefes generalmente eran alemanes, e inglés Juan Acuto, que sirvió al marqués de Monferrato, después al de Pisa contra Florencia, y siguió luego por espacio de treinta años combatiendo por quien le pagaba, e introduciendo útiles innovaciones en los armamentos y en los ejercicios.

Alberico de Barbiano trató de poner remedio al oprobio de aquella nueva tiranía extranjera, formando con Italianos la compañía de San Jorge, con la cual atacó las bandas extranjeras, y de la cual salieron valientes capitanes, como Jacobo del Verme, Facino Cane, Ottobon Terzo, Braccio de Montone y Sforza Attendolo, los cuales durante algún tiempo fueron árbitros de los destinos de Italia.

Como no combatían impulsados por la ira, sino sólo por oficio, convenían en hacerse el menor daño posible. El arte de gobernar consistía en encontrar dinero para pagar tropas; y los ciudadanos, no avezados a las armas, se hallaban a veces a merced de cualquier vil mercenario. Los capitanes tenían sistemas propios de táctica y de estrategia; canjeaban los prisioneros, sólo se derramaba sangre por inadvertencia; procuraban hacer prisioneros más bien que matar, y sobre todo economizar los caballos, menos fáciles de reemplazar que los hombres; por fin la guerra fue una especie de torneo, donde se ponían en juego la habilidad, el ingenio, la astucia, más bien que el valor. Quienes salían perjudicados eran los particulares, cuyos campos eran devastados.

Los Visconti se sirvieron de los guerrilleros para ensanchar sus dominios. Juan Galeazzo (342) quitó de en medio a los Scaligeri y a los Carrareses, hostigó a Florencia, y como contaba con lo más florido de los guerrilleros, aspiró a la corona de Italia; quiso prescindir de la elección popular que, al menos en apariencia, se verificaba cada vez que el trono estaba vacante, y con cien mil florines compró al emperador Wenceslao el título de duque. Juan Galeazzo comenzó la construcción de la Cartuja de Pavía y la catedral de Milán.

1395

Su dominio fue dividido entre Juan María y Felipe María; pero de hecho estaba al arbitrio de capitanes aventureros. Felipe María se casó con Beatriz de Tenda, viuda de Facino Cane, y se aseguró de este modo los tesoros, las ciudades y los soldados de éste, llegando sus dominios a extenderse desde el San Gotardo hasta el mar de Liguria, y desde los confines del Piamonte hasta los Estados del Papa. Sombrío y desconfiado, llevó al suplicio a Beatriz; elevó al capitán Francisco de Carmagnola (343), y cuando le hubo utilizado para vencer, lo rechazó. Carmagnola, para vengarse de su señor, formó una alianza con Venecia, con el marqués de Ferrara, el señor de Mantua, los Sieneses, los duques de Saboya y Monferrato, los Suizos y el rey de Aragón. Los Suizos ocuparon la Levantina, abriéndose paso para Italia. Florencia se alzó con Ferrara y Venecia. Felipe llamó en contra de éstos al emperador Segismundo, que no hizo más que complicar la situación, y se volvió a su país después de haberse hecho coronar.

Carmagnola, que había pasado al servicio de los Venecianos, fue condenado a muerte por éstos. Entonces dirigió la guerra otro capitán, Attendolo Sforza, que dejó un buen ejército a su hijo Francisco, con quien Felipe María casó a su hija natural Blanca.

Tuvo por émulo a Nicolás Piccinino, otro aventurero; y Felipe se aliaba tan pronto con el uno como con el otro, en tanto que Italia se arruinaba.

1447 Al morir Felipe sin hijos varones, los Milaneses proclamaron la república; pero Sforza, apoyado en los derechos de su mujer, y sobre todo en su buena espada, sometió a los republicanos y fue uno de los mejores duques de Milán. Supo hacerse respetar de Federico III, que pasó a Italia con las antiguas pretensiones imperiales; se alió con muchas casas dominantes; honró a las artes; devolvió al gobierno el vigor sin la crueldad de los Visconti; fue, en suma, el más afortunado, y puede decirse que el último de los guerrilleros.

República Ambrosiana

Para conservar la Italia, se mantenía cierto equilibrio entre los Estados, uniéndose varios contra el que pretendía prevalecer. Francisco Sforza concibió el pensamiento de confederarlos a todos, para excluir a los extranjeros y conservar la paz; y por mediación de fray Simoneto, fue estipulada la Paz en Lodi entre él, Cosme de Médicis, los señores de Saboya, de Monferrato, de Módena y de Mantua, las repúblicas de Venecia, Siena, Luca y Bolonia, el rey Alfonso y el Papa.

Paz de fray Simoneto

1451

1466 Su hijo Galeazzo María, alentado con el apoyo de los Florentinos y de Luis XI, rey de Francia, su cuñado, rompió la paz, y se mostró tan voluptuoso y cruel, que indignó a todo el país y fue asesinado. Su viuda Bona y el hábil ministro Cicco Simonetta lograron poner en lugar de Galeazzo María a su hijo Juan Galeazzo; pero éste se vio amenazado por los Genoveses, que se sustrajeron a su dominio; por los Suizos, que en Giornico derrotaron a los ducales; por su tío Luis el Moro, que para derribarlo invitó a Carlos VIII, rey de Francia, a una expedición, con la cual principian mayores desastres para Italia.

1476

171.- Toscana. Los Médicis

En Florencia, el partido güelfo dominante favorecía la libertad del pueblo disminuyendo el poder de los nobles. Jacobo Gabriel de Gubbio, capitán de la guardia, trató de privarles de los

castillos que poseían en un radio de veinte millas al rededor de la ciudad. Fue después tirano de Florencia Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que se aprovechó de las pasiones de todos para oprimir a todos. Rodeose de guardias, se alió con los Estenses, los Pepoli y otros tiranuelos, y dominó en nombre de la democracia; pero no tardó en ser arrojado del poder, y aun hoy se celebra aquel acontecimiento el día de Santa Ana. El gobierno fue reorganizado en la forma republicana.
1335

1375
Florencia prosperaba en extremo, a pesar de las discordias civiles, de las epidemias y de la quiebra de los Bardi y los Peruzzi. Aunque aliada de la Iglesia, sabía resistir a las exuberancias del clero y de la Inquisición, y hasta llamaba a los eclesiásticos al tribunal ordinario. Cuando el legado pontificio trató de ocupar a Toscana y excitó contra ésta a las bandas de Juan Acuto, Florencia no vaciló en nombrar a los ocho de la guerra, los cuales mandaron el ejército a Romania y sublevaron a ochenta ciudades, sin temor de las excomuniones; pero el legado Roberto de Ginebra devastó a las ciudades sublevadas; y por último se restableció la paz, merced a la intervención de santa Catalina de Siena.

Los Ciompi En el interior luchaban las facciones de los Albizzi y de los Ricci; después se sublevó la plebe, dando los cargos y los derechos a los gremios de artes y tomando por jefe a Miguel Lando, honrado hijo del pueblo que puso coto a las violencias; pero pronto los Ciompi (plebeyos) fueron excluidos nuevamente de la señoría, compuesta de cuatro miembros de las artes mayores y cinco de las menores. Maso, de los Albizzi, reprimió la insurrección, desterró a los jefes del pueblo, repuso en sus puestos a los grandes, y durante treinta y cinco años dirigió el Estado con habilidad y valor, introduciendo excelentes reglamentos.

1417 A su muerte, levantaron la cabeza las familias proscritas. Juan de Médicis, que se había enriquecido con negocios de banca y había adquirido popularidad, fue elevado al empleo de gonfalonero (alférez), y trasmitió su crédito y autoridad a sus hijos Cosme y Lorenzo. Cosme, no menos experto en las cosas públicas que en las mercantiles, y protector de las letras, vivió con opulencia sin abandonar la vida privada, y eclipsó a los Albizzi, si bien éstos consiguieron hacerlo desterrar. Pero en el destierro adquirió más crédito que nunca, y fue deseado; regresó triunfante, proclamado padre de la patria, y sin subvertir la Constitución fundó la tiranía de la riqueza. Tenía por compañero a Neri Capponi, sutil en los consejos y áspero en las armas, y gracias a su apoyo fue restablecida la tranquilidad en Florencia. Contra Cosme levantose Lucas Pitti, que fabricó el gran palacio en el monte, mientras que en el llano conservaban los Médicis la hermosa pero sencilla casa de la calle Larga. Cosme se rodeaba de sabios y de artistas; fundó una

biblioteca, iglesias y piadosas instituciones, sin abandonar sus explotaciones de minas, ni sus negocios; hacía tratos con los príncipes, mayormente con Francisco Sforza, y permaneció treinta años a la cabeza de la república sin ser tirano.

1429

1440

1464

Pedro, su hijo único, de condiciones muy distintas, reclamó, a consecuencia de algunas quiebras, los capitales prestados, lo que dio lugar a graves desconciertos. Lucas Pitti, a título de restaurador de la libertad, movió guerra a Venecia y a los señores de Romania (batalla de la Molinella). Cuando Lorenzo y Julián sucedieron a su padre como príncipes del Estado, la familia feudal de los Pazzi se conjuró contra ellos con Sixto IV, los Riario y los Salviati. Julián fue muerto. Lorenzo se vio acosado por pontificios y napolitanos, pero supo apaciguarlos. Entonces aumentó en poderío, organizó las magistraturas, conservando las formas republicanas, pero sirviéndose de ellas como instrumento para dominar; extendió la preponderancia de Florencia por toda la Toscana, y mereció el título de magnífico por el esplendor de su corte, frecuentada por lo mejor de Italia. Las artes se desenvolvían en pinturas, mascaradas y representaciones, con las cuales se acusa a Lorenzo de haber preparado a las ciudades para tolerar dominaciones peores que las suyas, destruyendo la vida interior y la energía de la voluntad.

1469

Conjuración de los Pazzi

172.- Las Dos Sicilias

El rey Roberto, que durante medio siglo había permanecido al frente de los Güelfos de Italia, trató en vano varias veces de recuperar la Sicilia; y habiéndose distraído en otras empresas, dejó que los barones napolitanos recobrasen fuerzas hasta mover guerras particulares. El estado de aquel reino fue mucho peor después de la muerte de Roberto. Éste había destinado para esposo de su heredera Juana, nacida del hijo que había perdido, a Andrés, hijo de su hermano Caroberto, rey de Hungría (cap. 166). En aquella corte, la más espléndida de Europa, se urdieron intrigas entre la facción húngara y la italiana. Andrés fue estrangulado. Luis el Grande de

Hungría corrió a vengarlo y a castigar a Juana como cómplice, la cual cedió al Papa la ciudad de Aviñón para hacerse declarar inocente; reunió dinero para resistir a un nuevo ataque de los Húngaros, e hizo coronar a Luis de Tarento, su nuevo esposo. Muerto éste, se casó Juana con Jaime de Aragón, y no dejando hijos, designó como sucesora suya a su sobrina Margarita, casada con Carlos de Durazzo, llamado el de la Paz. Disgustada de Margarita, Juana eligió a Luis de Anjou, hijo de Juan II de Francia, lo que motivó luchas que costaron la vida a Juana. Luis y Carlos continuaron hostigándose, y después de ellos, sus hijos sucesivamente coronados, festejados, expulsados y excomulgados.

1343
1382

Ladislao, valiente y hábil, habiendo obtenido hasta la corona de Hungría, se aprovechó del gran cisma (cap. 165) para ocupar a Roma y titularse rey de la misma; pero los Florentinos y el Papa le opusieron a Luis II de Anjou y la banda de Braccio de Montone. Ladislao murió a la edad de 38 años; su hermana Juana II, fea y voluptuosa, fue dominada por favoritos, entre ellos el señor Gianni Caracciolo. Para contrariarlo, Attendolo Sforza reanimó a las facciones de los Durazzo y de los Angevinos; invitó a Luis de Anjou a recobrar sus derechos; de aquí guerras e intrigas; Sforza murió ahogado; se dio muerte a Gianni; concluyó con Juana la primera casa de Anjou, que reinaba hacía 163 años, y sin que se tuviera en cuenta a Renato, que aquella había designado como sucesor suyo, el reino fue unido a la Sicilia

1414
1435

1296 Esta isla había pasado en poder de Federico de Aragón, que se granjeó sus simpatías concediéndole privilegios, favoreciendo a los nobles y dejando al mismo tiempo que se desarrollaran los municipios, de los cuales no podían participar los nobles; de modo que permanecían divididos el cuerpo vecinal y el aristocrático; introdujo en el Parlamento, con el clero y los Barones, un tercer brazo, es decir, los representantes del pueblo. De modo que la Sicilia tuvo una organización monárquica, única en Italia. Pero los nobles se alzaron con sus pretensiones, y los partidos lucharon entre sí bajo el nombre y la dirección de los Alagona y los Chiaramonti, de los Palizzi y los Ventimiglia, haciendo que todo se desmoronara, de lo cual se valieron los reyes de Nápoles para hacer valer sus antiguas pretensiones.

No teniendo Federico II hijos varones, casose a su hija María con D. Martín de Aragón, y de este modo la Sicilia pasó a ser provincia de aquel reino, siendo destrozada por las parcialidades latina y catalana. Alfonso de Aragón pretendió el reino de Nápales, como heredero adoptado por Juana II, por cuyo motivo entró en lucha con Renato; pero su flota fue derrotada por la genovesa en Ponza, donde él mismo, con los suyos, cayó prisionero. Hombre culto, devoto

y de gran corazón, se amistó con Felipe María Visconti, quien le proporcionó medios para recuperar el reino; de aquí una nueva guerra, con rasgos de valor y de generosidad. Alfonso penetró en Nápoles, donde estableció una espléndida corte con los literatos más insignes de su tiempo, e instituyó la corte suprema de justicia, llamada de Santa Clara, y dejó el reino de Nápoles a Fernando mientras su hijo Juan ocupaba la Sicilia, la Cerdeña y los demás Estados de Aragón. Fernando se sostuvo con el apoyo de los capitanes Sforza y Piccinina; intervino con desacierto en los negocios de Italia, turbando su tranquilidad; y para castigarlo, los Venecianos excitaron a los Turcos, que desembarcaron en Otranto, matando a doce mil habitantes y llevándose diez mil como esclavos. Los barones, disgustados de la violencia con que los trataba, se conjuraron; pero bajo apariencias de perdón, fueron cogidos y degollados. Inocencio VIII declaró depuesto a Fernando, y Carlos VIII, rey de Francia, como heredero de la casa de Anjou, se dirigió a conquistar el reino.

1392
1416
1435
1442

Conjuración de los barones

173.- Estado pontificio. Condiciones generales

La esclavitud de Aviñón había sembrado el desconcierto en los Estados pontificios, y en el Concilio de Basilea se discutió si la Iglesia adquiriría o no mayor pureza renunciando a la dominación terrestre. Por otra parte, aquella misma esclavitud había demostrado cuán mal se regía la Santa Sede en un país de ajeno dominio. Puede decirse que Martín V tuvo que conquistar el patrimonio de la Iglesia, ocupado por Ladislao y otros señores. Disputábanse el dominio de las ciudades los Sforzeschi y los Bracceschi, que atacaron a Roma, de donde tuvo que huir Eugenio IV; pero Piccinino, capitán aventurero, devolvió los antiguos dominios a San Pedro.

1423

1447 Nicolás V protegió a los hombres de ciencia, y fabricó espléndidos edificios; pero después que Esteban Porcari hubo tratado de hacerle prisionero con todos los cardenales, se mostró receloso y severo.

1453
Calixto III desplegó gran celo contra los Turcos, pero se hizo antipático favoreciendo demasiado a sus sobrinos los Borgia.
Eneas Silvio Piccolomini de Siena, secretario del emperador Federico III, había intervenido mucho en los negocios públicos y en los Concilios de Constanza y Basilea, con opiniones poco favorables a la Santa Sede, de las cuales se retractó al ser elegido Papa con el nombre de Pío II. Cuando se disponía a guiar la Cruzada contra los Turcos, murió y le sucedió Paulo II, veneciano. Además de atender éste a la guerra contra los Turcos, procuraba engrandecer a sus sobrinos; y habiendo castigado a los redactores de los breves pontificios, que traficaban con sus funciones, lo denigraron a porfía, como persecutor de la literatura.
1458
1461

Sixto IV hizo uso de una política poco leal; si por una parte consiguió arrojar a los Turcos de Otranto, por otra parte sembró la discordia en Nápoles, Florencia y Milán; prodigó empleos a los Riario y a los Della Rovere, sus sobrinos; se alió ora con un Estado ora con otros, y abusó de las excomuniones.
1471
También Inocencio VIII se mostró demasiado condescendiente con su sobrino Cibo, quien hacía crear cargos para venderlos.
Este decaimiento de los papas es una de las desgracias primordiales de Italia, donde los señoríos quedaban reducidos a unos pocos; de manera que Ladislao y Juan Galeazzo Visconti pudieron concebir la unidad italiana. Para que un Estado no prevaleciese sobre otro, ora se dictaban leyes, ora se hacían guerras, y los guerrilleros (condottieri) contribuyeron mucho a mantener el equilibrio. Mientras tanto, cada Estado trabajaba para su prosperidad, que llegó entonces a su mayor altura, no siendo posible el triunfo de las ambiciones que traen consigo guerras y opresión. Dieron ejemplo de fuerza cuando hubo necesidad de oponerse a los Turcos, quienes tuvieron que cesar en sus amenazas.
La vida era cada vez más refinada, con lujo vanamente enfrenado por leyes suntuarias, y propagado de las Cortes a los ciudadanos. De ahí alteraciones y corrupción de costumbres, que nos han revelado, en demasía tal vez, El Decamerón y otros novelistas.

174.- Ciudades comerciales

Las ciudades marítimas tenían vida propia. En ninguna parte el comercio era considerado como deshonroso; en Toscana, hasta la casa de los príncipes lo ejercía; Luqueses, Florentinos, Lombardos y Genoveses se esparcían por todo el mundo, comerciando. Eran importantes las manufacturas de la lana, a las cuales se unieron

pronto las de la seda, extendiéndose el cultivo del moral. El banco, es decir el procedimiento de hacer pagar en un punto las cantidades recibidas en otro, se había introducido mediante las sumas que la Corte romana percibía, aun de países lejanos. El dar a préstamo era considerado por muchos como usura, y esto dejaba el campo abierto a los Hebreos para abusar del comercio del dinero; por cuyo motivo se procuraba ponerles coto con leyes que la mayor parte de las veces tendían a expoliarlos mediante crecidos impuestos. Venecia y Génova introdujeron bancos, o montes, donde los particulares depositaban el dinero, recibiendo billetes que se ponían en circulación, y además un beneficio. El banco de San Jorge fue una de las Principales instituciones de Génova, y llegó a comprar a Caffa en Crimea. Luego se introdujeron los Montes de Piedad para ofrecer a los particulares necesitados la comodidad de tomar prestado, sin caer en manos de usureros.

Venecia y Génova acapararon todo el comercio marítimo, cuando Pisa hubo sucumbido en la Meloría, y Grecia se vio oprimida por los Turcos; las naves del Norte no llegaban al Mediodía. Eran extensísimos el tráfico y las posesiones de Venecia y Génova; remotos reinos se hacían tributarios suyos; sus flotas contribuían a que se reconciliaran pontífices y reyes; los de Inglaterra confiaban empleos a los Genoveses, y acudían a los Florentinos para los empréstitos; los mismos Mahometanos de África concedían privilegios a los Genoveses, como el Egipto a los Venecianos; y los unos desde la Colonia de Pera, y los otros de la de Caffa, dirigían el comercio de Levante.

Las colonias venecianas daban origen a una nobleza, diferente de la continental, pero que hubiera podido emanciparse, a no haber sido contenida por los Diez y por los Inquisidores de Estado, que ponían límites a la adquisición de riquezas, y excluían a los ciudadanos del mando de los ejércitos, recurriendo a capitanes aventureros, sometidos a la vigilancia de dos nobles. El dux Marino Faliero, que conspiró para deprimir a la aristocracia, fue decapitado (1335).

Abatiendo a los Scaligeri, Venecia adquirió la libre navegación del Po, y aumentó sus posesiones en Italia, mientras los Turcos le reducían las del Asia. A menudo sostuvo desastrosas batallas con los Genoveses; principalmente con motivo de la posesión de la isla de Ténedos, sostuvo con ellos la guerra de Chipre, complicada por las alianzas y las enemistades de los príncipes italianos; la flota genovesa penetró hasta Chioggia y Malamocco; pero los Venecianos la derrotaron (Víctor Pisano), si bien la paz les privó de todas sus posesiones de Tierra Firme.

1378

1380

Entonces prevaleció Génova, con sus galeones y más de 100 buques de carga, y reprimió a los Berberiscos; pero en el interior era armada por las facciones, ora bajo el dominio de los Visconti,

ora bajo el de los franceses.

Venecia, por el contrario, se mostraba muy celosa de su independencia; pronto recuperó sus posesiones en la Dalmacia y las de Tierra Firme, y por último a Padua, después de haber exterminado a los de Carrara. Esta fue la época de su apogeo. Los buques mercantes tomaban los géneros de la India y los llevaban hasta el Báltico, proporcionando grandes ganancias a los particulares y a las compañías; para conservar tales ventajas no reparaban en durezas ni vejaciones. En el interior prosperaban las manufacturas de cristalería, aceites, productos farmacéuticos y tinturas. Considerando el Adriático como suyo, Venecia pretendía un impuesto sobre todos los buques que lo surcaban. El dux Francisco Foscari lanzó la república a empresas que le proporcionaron más gloria que ventajas. De esto lo acusaron los Loredan, sus enemigos, que lograron hacer desterrar a su hijo y deponerlo a él.

Recelábase tanto del dux, que éste ni siquiera podía leer sus cartas particulares, sino en presencia de sus consejeros; mientras él viviese, ni sus hijos ni sus sobrinos podían aceptar empleo o beneficio o dignidad alguna; los tres Inquisidores de Estado vigilaban a todo el mundo, hasta a los Diez, y podían castigar con la muerte.

Jacobo de Lusignan (344), aspirante al reino de Chipre, carecía de dinero para sostenerse, cuando Luis Cornaro, veneciano, le cedió la mano de su hija Catalina con 100 mil cequíes de dote. Para que a la desposada no le faltase dignidad, la república la adoptó, merced a lo cual, cuando murió Jacobo, la misma república pretendió heredar aquella isla, que defendió contra los Turcos.

175.- Ciudades anseáticas

Lo que las ciudades italianas hacían en los mares meridionales, las anseáticas lo verificaban en el Norte; éstas se habían confederado a principios del siglo XIII, y a partir del año 1350 extendieron los pactos de esta alianza. La liga se dividía en cuatro secciones, teniendo al frente las ciudades de Lübeck, Colonia, Brunswick (345) y Dánzig (346); cada una ofrecía su contingente de hombres y buques, y pagaba un impuesto. En las dietas tenía voto el gran maestre de la Orden Teutónica (347); pertenecían a la liga casi todas las ciudades de la Prusia; y en el congreso se admitían representantes de los bancos extranjeros, y también príncipes, aunque sin voto. Tardaron en constituir un derecho mercantil uniforme. Su objeto era extender el comercio al exterior y obtener su monopolio, defenderse recíprocamente y zanjar sus diferencias por medio de arbitrajes. Tenían a mano la pesca, la minería, la industria de todas las costas del Báltico; en muchas ciudades poseían el mejor barrio, con casas y jardines, y almacenes accesibles a los buques. Cada jardín estaba ocupado por quince o

treinta familias, llamadas partidas, con un jefe (husbonde), que ejercía autoridad sobre los subordinados, hasta el punto de imponerles castigos corporales. En 1368, 117 ciudades se unieron a Colonia y declararon la guerra a Valdemaro, rey de Dinamarca.

Pero no supieron o no quisieron formar una confederación que las hiciese poderosas con respecto a sus vecinos, y pudiese imponer la voluntad del mayor número a las disidentes; por esto caían en la anarquía; limitaban sus resoluciones a expedientes de inexperta economía; y obstinábanse en las exclusiones y prohibiciones cuando los Estados adquirían nuevo impulso.

Desde que Iván III se apoderó de Novogorod, y obligó a muchas personas ricas a trasladarse a lo interior, la Ansa sufrió considerablemente. Fundose en Suecia una Sociedad comercial que les quitó el monopolio de aquel reino. También en Noruega se trabajó para quitarles el monopolio, sobre todo el de la pesca del pejepalo. En todas partes los Ingleses y Holandeses hacían concurrencia a los Anseáticos, poniéndose en contra de éstos en los disturbios que se originaban, y obteniendo, o usurpando la entrada en el Báltico, en la Prusia, en las ciudades de la Ansa, al principio privilegiadas. De ahí que la liga Anseática, tan poderosa a fines de la Edad Media, decayese hasta ser aniquilada por la guerra de los Treinta Años, o más bien por la libertad, que es el principal elemento del comercio.

176.- Escandinavia

Los tres reinos escandinavos continuaban la guerra y se lanzaban a aventuras y correrías; los sabios recomendaban el conocimiento de varias lenguas; iban peregrinos a la Tierra Santa, o aventureros al servicio de Constantinopla. Entre los descendientes de Estrit, soberanos de Dinamarca, fue memorable Canuto IV, asesinado por el pueblo y canonizado después. Valdemaro el Grande domó a los Vendos idólatras. Valdemaro II pudo tomar el título de rey de los Daneses y de los Eslavos, duque de Jutlandia, y señor de la Nord-Albingia; mereció el dictado de legislador, y fue el primero que desplegó el Daneburg, bandera con la cruz blanca en campo rojo; pero pronto los Eslavos se separaron de los Escandinavos. Sostuviéronse vivas luchas con el clero, con sus consiguientes persecuciones y excomuniones. Enrique VIII publicó las Leyes feudales de la Estonia, adoptadas doquiera dominaban los caballeros Teutónicos. La monarquía fue menoscabada por la aristocracia noble y eclesiástica; tanto que estuvo dividida en seis ducados, hostiles entre sí, hasta que los reunió Valdemaro IV; este monarca, hábil y enérgico, reorganizó el ejército, impuso contribuciones y venció a los revoltosos y a las ciudades Anseáticas. Con él acaba la dinastía de los Estrititas, pues no quedaba más que su hija Margarita, casada con el rey de Suecia.

1202
1320

1375
Noruega La Noruega fue teatro de luchas entre pretendientes, hasta que en 1163 Magno VI (348) fue su primer rey, declarado electivo y coronado por un legado pontificio. Sverrer, el hombre más ilustre de la Noruega, mató a Magno y ocupó el trono, dando pruebas de gran capacidad; pero de pronto surgieron nuevamente las facciones. Hacquin VI sometió la Islandia y la Groenlandia (349) y Magno VII hizo declarar hereditaria la corona. En el siglo XII se hizo una compilación de usos municipales, que sirvió de derecho común entre los estatutos particulares. Magno VII modificó las leyes antiguas en el Gula-ting (350), ley común del reino hasta 1557. Enrique II, llamado el enemigo de los curas por su hostilidad contra estos, hizo una guerra desgraciada con la Liga Anseática, hasta que entró en ella. Extinguida la estirpe de los Inglings (351), Margarita, heredera de Dinamarca, hizo elegir rey de Noruega a su hijo Olao, el cual reunió los dos reinos.

1247

Suecia En Suecia, las cuestiones eclesiásticas fueron resueltas en la dieta de Linkioping, dividiéndose el país en cuatro diócesis y fundándose un dinero de San Pedro para sostener un hospital en Roma. Enrique IX fue santificado, y se llama Ley de Enrique el conjunto de las leyes suecas. Con Valdemaro empezó la dinastía de los Folkunger, y fue fundado Estocolmo para cerrar la entrada del Melar a los piratas. El reino era electivo, aunque no se salía de la familia reinante; no había feudos; todos los bienes eran alodiales; por esto no estallaron guerras particulares; los nobles eran convocados a la asamblea nacional. Según el código de Magno II, la nación no estaba obligada a seguir al rey fuera de las fronteras del reino; cada nuevo rey tenía que jurar que no impondría contribuciones, ni cedería castillos o empleos a extranjeros, ni introduciría leyes nuevas a no ser con el asentimiento de la nación.
1152

1250

1347
Desposeídos los Folkunger, Alberto de Meklenburg fue elegido rey, pero disgustó a los Suecos, que preferían a Margarita, ya reina de Noruega y regente de Dinamarca, la cual, después de prolongada lucha, consiguió hacer firmar en Kalmar el acta de unión de los tres países, no como posesión de una familia, sino como reinos, conservando cada uno su derecho propio. Parecía que la Escandinavia unida había de formar un Estado fuerte y rico bajo la Semíramis del Norte, pero poco tiempo duró la concordia, y tanto alaban a

Margarita los Daneses como la censuran los Suecos. Su hijo Erico (352), inepto en la paz como en la guerra, trató en vano de recuperar el ducado de Schleswig (353), que Margarita había conferido a la casa de Holstein. Habiendo sido depuesto, fue elegido rey Cristóbal, Palatino del Rin, pero entonces se deshizo la unión. Carlos Kanutson (354) fue nombrado rey de Suecia. De Dinamarca lo fue Cristierno (355), conde de Oldemburgo, que también tuvo a la Noruega, aunque entre continuos trastornos; consiguió la reunión de Dinamarca y del Holstein, y de este modo aquellos reyes llegaron a ser miembros de la confederación germánica; fue acogido en Roma de una manera espléndida por Sixto IV, que le autorizó a fundar la Universidad de Copenhague. Luego se empleó largo tiempo en unir y descomponer a los tres reinos.

1397
1412
1441
1448

177.- Polonia, Lituania y Prusia

El duque Boleslao II se hizo coronar rey de Polonia en 1058, y degolló a Estanislao, obispo de Cracovia, que el pueblo tomó por patrono. Sus sucesores guerrearon con el imperio, con la Bohemia, con la Prusia y con la Pomerania, que había sido arrebatada al paganismo por San Otón. Los Mogoles incendiaron a Cracovia y repetidas veces devastaron el país. Premislao II reunió bajo su poder la mayor parte de la Polonia, y se hizo coronar rey; pero a cada elección renacían las facciones. Casimiro el Grande pacificó y conquistó; dio leyes, llamó a las dietas a los disputados de las ciudades inmediatas, fue llamado rey de los villanos por el cuidado que desplegó en librarlos del yugo de los nobles, y fundó la Universidad de Cracovia. A ésta y a otras ciudades concedió Boleslao II el régimen municipal, estableciendo tribunales regulares, y explotó las salinas de la Bocnia, riqueza del país. Parece que el reino era absoluto, tanto que el rey designaba a su sucesor. Bajo Casimiro III se cambió la Constitución, sometiendo a los estados la ratificación de los tratados y de los impuestos. Luis de Anjou, elegido heredero, era mal visto como extranjero, y tuvo que conceder grandes privilegios para granjearse la amistad de los nobles. Su hija Eduvigis no pudo reinar, sino casándose con Jagellón, gran príncipe de Lituania. Esta había permanecido en la idolatría, hasta que Eduvigis indujo a los suyos a recibir el bautismo y a destruir los bosques y las serpientes del antiguo culto. Erigiose en Vilna (356) una catedral en honor de San Estanislao, patrono de los Polacos. Jagellón, que se llamó Wladislao (357), y cuya familia

reinó de 1386 a 1572, unió a la Polonia con la Lituania, y dio nuevos derechos a la nobleza, a fin de que fuesen elegidos sus hijos para sucederle en el trono. Su hijo Wladislao VI (358) pereció en la batalla de Varna; siguió un largo interregno; después Casimiro IV se obligó a no dictar leyes ni hacer la guerra a no ser con la aprobación de la dieta, que fue legislativa además de electiva. Solo los nobles tenían la plenitud de la ciudadanía, los honores y las dignidades civiles y eclesiásticas.

1295

1252

1431

Prusia La Prusia había sido conquistada por la Orden Teutónica (cap. 150), cuyo capítulo y gran maestre se establecieron en Mariemburgo; ya no se llamaban hermanos, sino Señores Teutónicos, y se dejaron arrastrar por la ambición y los vicios. Habiéndose unido con los Porta-espadas, adquirieron además la Livonia; ocupáronse en someter a los Lituanos, en destruir la idolatría y en convertir los incultos campos en fértiles posesiones. Los caballeros no se dedicaban al comercio, pero lo estimulaban; muchas ciudades, admitidas en la Liga Anseática, se convertían en almacenes de granos, donde hacían sus provisiones los Polacos, los Rusos y los Lituanos. Se recogía y elaboraba el ámbar; se fundaron escuelas a las cuales eran invitados los jurisconsultos de Italia y Alemania, y se instituyeron conventos y hospitales.

1291

Varias veces el Papa hizo predicar la Cruzada contra los Lituanos; valientes campeones tomaron las armas; uno de ellos, Juan de Luxemburgo (cap. 164), fue elegido rey de Polonia, y dio la Pomerania a la Orden, que la conservó. Habiéndose rebelado la Estonia, la Orden la compró, y la vendió luego a los Teutónicos de Livonia. Al debilitarse el ardor caballeresco, la Orden asalarió tropas para defender y extender sus conquistas.

1393

A principios del siglo XV, la Prusia comprendía cincuenta y cinco ciudades amuralladas, cuarenta fortalezas, 19000 pueblos o aldeas y 1000 caseríos con dos millones de almas; y de la Orden tenía la renta de 8000 marcos de plata, sin contar las multas judiciales ni el producto del ámbar. Comprando la Nueva Marca, la Prusia se puso en comunicación con la Germania y la Samogicia. A causa de ésta, luchó con Wladislao V (359) de Polonia, que en la batalla de Tannenberg dio muerte a 600 caballos y a 40000 hombres

del ejército teutónico, y pidió a los Prusianos que lo eligiesen rey. Pero Enrique Reuss de Plauen defendió a Marienburg, y en la paz de Thorn fueron restituidos los prisioneros y las conquistas. Las hostilidades renacieron; y no bastaron el valor y la prudencia de Enrique de Plauen, gran maestre, a restablecer la tranquilidad. En la misma Orden estallaron discordias; las ciudades aspiraban a emanciparse; los estados se pronunciaron en abierta rebelión, y uniéndose con la Polonia devastaron el país, hasta que en la paz de Thorn la Orden tuvo que ceder a la Polonia la Pomerania con Dánzig y otros países, conservando sólo la Prusia oriental como feudo de la Polonia, gobernada por los gran-maestres, y dependiente de aquellos que un día habían de ser sus súbditos.

15 de julio

178.- Rusia y Capchak

El sistema de sucesión, introducido por Vladimiro el Grande, subdividía el imperio ruso en muchísimos principados, apenas dependientes del gran príncipe de Kiev, y en guerra unos con otros. Sviatopolk II intentó remediar el mal, mediante un congreso periódico, donde se ventilaban los negocios comunes; pero hasta la religión estaba al arbitrio de los grandes príncipes, que elegían o deponían a su antojo a los metropolitanos.

1093

1131

La división impidió que la Rusia pudiese resistir a los Mogoles; y Batú, que había acampado en las inmediaciones del Volga, derrotó al gran príncipe Jaroslaf II, cerca de Moscú (360), destruyó a Kiev e invadió la Siberia. Solo la Rusia Roja (Galitzia y Lodomiria) conservó su gobierno propio bajo el mando de Daniel Romanowitz. Alejandro, príncipe de Novogorod, vencedor de los Teutónicos y de los Suecos, fue nombrado por Batú gran príncipe de Wladimiria, y a su muerte fue proclamado santo. Había obtenido de Batú el arrendamiento general de las contribuciones, en cuyo oficio sus sucesores adquirieron habilidad para los negocios públicos, conservando la amistad con la Horda de Oro, a la cual tenían que entregar personalmente el tributo de pieles, dinero y rebaños, con ceremonias humillantes. Alejandro II intentó sacudir el yugo mogol, y en castigo, el título de príncipe fue transferido a Iván Danielowitz, que preparó con más calma la independencia, fortificó y enriqueció a Moscú, y la eligió por su capital.

1236

1263

1237

Aprovechándose de las discordias suscitadas entre los hijos de Usbeck, kan de Capchak, empleó Iván el dinero ruso contra los Mogoles, para prevalecer sobre sus rivales, lo que consiguió uniéndose con muchos Boyardos. Sus sucesores pudieron asumir el título de grandes príncipes de todas las Rusias, y establecer la sucesión hereditaria, trasmitiéndose de este modo el pensamiento de la nacionalidad, y rodeándose de los Boyardos del país. Entre tanto los kanes del Capchak se debilitaban; y cuando Mamai-kan entró en Rusia para someterla nuevamente al yugo, fue derrotado por Demetrio Donski. El general Gengiskánida Toktamisco intimó a los príncipes rusos que fueron a rendirle homenaje, y al oír su negativa, invadió el país y destrozó a Moscú. Tuvo que alejarse en seguida para oponerse a Tamerlán, y Demetrio se ocupó en restaurar la patria, y construyó el Kremlin. Cuando Tamerlán hubo deshecho a los Mogoles, la Rusia pudo emanciparse. Iván III derrotó y dio muerte a Ahcmet (361), último kan del Capchak, y fue el verdadero fundador de la monarquía rusa, nacional y despótica.

1380
1481

179.- El triunvirato italiano. La otra literatura

La nueva literatura europea empieza en Italia con los nombres de Dante, Petrarca y Boccaccio. Hacía dos siglos que no se oían en italiano más que pobres cantos de amor y de devoción, cuando Dante Alighieri, de Florencia, se valió de aquella armoniosa lengua para describir su viaje a través de los tres reinos póstumos, narrando los castigos, las aspiraciones, las glorias reservadas a los hombres después de la tumba, y exponiendo toda la ciencia de su tiempo, la religión, la política, zahiriendo sin piedad los errores y las faltas de sus contemporáneos.

Dante
1265
1321

Petrarca Francisco Petrarca, de Arezzo, era instruidísimo y escribió en latín, en prosa y en verso; pero adquirió su mayor gloria con los sonetos y cantos dedicados a Laura, en los cuales dulcificó y embelleció la lengua, tanto que han trascurrido cinco

siglos sin que su estilo envejeciera. Cantó, además, sobre religión y política, censurando a los papas que residían en Aviñón y a los príncipes que favorecían a los extranjeros.
1304-74

Boccaccio No pocos poetas siguieron de lejos a estos dos genios. Tardose algo en escribir en prosa, porque era usual y patria la lengua latina en Italia; sin embargo, algunos se habían servido ya del italiano, principalmente en crónicas, historietas, vidas de santos, y novelitas, con palabras puras y estilo sencillo y natural.
1313-75

Añadir al idioma el arte que le faltaba; dar fuerza, variedad, amplitud al período; emplear el recurso de los incidentes, de las trasposiciones, de las suspensiones; todo esto fue obra de Juan Boccaccio, de Certaldo, que introdujo en el Decamerón diez personas para contar novelas. Tuvo como principal elemento la riquísima lengua del país, pero usó un estilo a la latina, en extremo artificioso, que echó a perder a sus imitadores; y desde entonces los autores italianos se dividieron en dos clases muy distintas; en una figuran los sencillos, que escriben como hablan las personas educadas, con prosa lógica y clara, con familiaridad franca y digna, y con noble expresión; en la otra figuran los artificiosos, que buscan las frases menos comunes, lo intrincado de los giros, las trasposiciones, el estilo culto y alambicado, y la magnificencia. Peor que todo esto hizo Boccaccio, dando el ejemplo de las novelas obscenas y del egoísmo, cediendo al cual se recreaban en el campo los vividores, mientras la peste hacía estragos en Florencia. Además de las Cien novelas antiguas, anteriores a Boccaccio, se tienen novelas y poesías de Franco Sacchetti, y cuentos de Juan Florentino. Más alabanzas merece Ángel Pandolfini, que escribió sobre el Gobierno de la familia.

Franceses Aunque los reyes favorecían las escuelas, ningún nombre ilustra la literatura francesa, en la época en que se refinaba la lengua. Dio pruebas de buen gusto Carlos de Orleans (1391-1465) en sus poesías melancólicas, como en las festivas Francisco Villon. La literatura provenzal había muerto.

Españoles La primera prosa literaria castellana es la del Conde Lucanor, de Juan Manuel. El Amadís de Gaula, de Vasco Lobeira, fue muy leído e imitado. Enrique, marqués de Villena, introdujo una academia al estilo de la de Tolosa. El marqués de Santillana compuso poesías y el Centiloquio. Juan de Mena, inspirándose en el Dante, escribió el Laberinto, cuadro alegórico de la vida humana. La Celestina fue el primer drama. Mejor éxito alcanzaron los españoles en las poesías sencillas, letrillas, cantarcillos y romances; el castellano prevaleció al fin sobre el lemosín y el provenzal.

Alemanes La poesía alemana estuvo en manos de los maestros cantores (Meistersinger). El pueblo tenía canciones adecuadas a todos los sentimientos y ocasiones. Los poemas del Renardo (el

zorro) y de la Barca de los locos satirizaron su tiempo entre alegorías y fantásticas ficciones

Suizos La Suiza tuvo literatura propia para heroísmo de su liberalización, las luchas religiosas, las bellezas de los montes, el espíritu de libertad. Veitweber de Friburgo, Juan Tauler de Estrasburgo (362), Hugo de Trimberg, se distinguieron por su naturalidad y delicadeza.

Ingleses En otra parte hablamos de las literaturas rusa, húngara y escandinava. En Inglaterra Godofredo de Chaucer (1328-1400) perfeccionó el anglo-sajón con el anglo-normando, e introdujo en el lenguaje muchas palabras francesas; imitó a los novelistas italianos, como él fue imitado por Juan Gower en los Cuentos de Canterbury (363). Juan Mandeville (1300-72) describió su propio viaje a Oriente. La lengua se formó y fijó desde que Enrique VII estableció una corte regular y una clase media. En Escocia se refinaban las baladas populares, y aún hoy subsiste un cuento de bodas campestres de Jacobo I Estuardo.

180.- Estudios clásicos. Historia

Perjudicó a la originalidad de la nueva literatura la veneración en que se tenía a los clásicos, si bien ayudaba a dar elegancia a las formas. El griego se había alterado en el país mismo de su cuna; y cuando lo invadieron los Turcos, invadió la Italia una turba de eruditos, entre los cuales figuraron Leoncio Pilato, Teodoro Gaza, Jorge de Trebisonda, Demetrio Calcondilla, Juan Argiropulo, Juan Lascari y Bessaron. La mayor parte de ellos eran pedantes, que poseían y comentaban a los grandes autores, y los explicaban sin que supieran hacer nada nuevo ni original. Pero excitaban el amor a la erudición, y los italianos se ocuparon en rebuscar libros, en parte olvidados en las librerías de los conventos, y en copiarlos, corregirlos y señalar los trozos más notables. A esto se dedicaron Petrarca, Filelfo, Poggio Bracciolini, Lorenzo Valla, Poliziano, Jovián Pontano, etc., etc. Estos inclinaron el estudio a repudiar el latín eclesiástico, que se había introducido en la Edad Media, y a restaurar el ciceroniano, haciendo gramáticas y diccionarios, y discutiendo entre sí sobre lo genuino de las palabras y la pureza de las frases. Mucho se les honraba, y les era confiada la educación de los futuros príncipes; pero por amor a lo clásico, con frecuencia caían, no sólo en frases, sino que también en sentimientos paganos, hasta el punto de desaprobar el estudio de los libros sagrados y de los Santos Padres, a causa de su defectuoso estilo. Los príncipes rivalizaban en proteger y honrar a estos literatos, tomándolos por secretarios o por embajadores; las Universidades les alentaban con honorarios; el pueblo mismo se apasionaba por sus litigios, aun cuando nada entendía; la

muchedumbre acudía a sus lecturas; en muchas ciudades se instituían cátedras ex profeso, pero los papas eran quienes les proporcionaban mas honra y provecho.

Griegos

Eruditos

Y esto no sucedía únicamente en Italia. En Alemania, Gerardo Groote fundó una Orden dedicada especialmente a las ciencias y a la enseñanza, con el nombre de Buenos Hermanos o de la Vida Común. Algunos pasaban a Italia a perfeccionarse en el griego y en el latín; revisaban los clásicos que se imprimían, y sobresalió entre ellos Tomás de Kempis (1380-1471), reputado autor del libro más leído después del Evangelio, la Imitación de Cristo. En Francia, la Sorbona tenía fama por la política más que por los estudios clásicos y eran muy pocos los libros de esta clase que había en la famosa biblioteca del Louvre. Elio Antonio de Lebrija, al volver de Bolonia a Andalucía su patria, publicó algunos libros para facilitar los estudios clásicos, mientras que florecían en Hungría, merced a Matías Corvino; aunque con dificultad penetraron también en Oxford.

1376

Crítica Entonces se comenzó a aplicar la crítica, no sólo a los textos, sino que también a los documentos, a los monumentos, a las medallas, fundamentos de la historia; se coleccionaron inscripciones; se hicieron disertaciones sobre los magistrados, sobre los ritos y sobre otras particularidades antiguas. Annio de Viterbo(1432-1502) publicó 17 libros de Antiquitatum variarum, trozos de antiguos autores, que él decía haber descubierto, y que luego fueron reconocidos como falsos; pero mientras tanto contaminaron todas las historias de entonces con fabulosos orígenes.

Historia Los acontecimientos que marcaban la vida de los países, excitaron a escribir crónicas, de que no careció ninguna población de Italia. Florencia tiene las mejores, debidas a Ricordano Malaspina, a Dino Compagni; a Juan, Felipe y Mateo Villani; a Marchione de Coppo Stefani. El paduano Albertino Mirsato narró en latín la Historia Augusta de Enrique VII; Marin Sanuto escribió Secreta fidelium crucis; Eneas Silvio Piccolomini expuso los acontecimientos contemporáneos y la historia de Austria; Leonardo

Bruno dejó la historia del concilio de Basilea.

Estas eran ya verdaderas historias, como lo eran también las florentinas de Juan Cavalcanti, de Poggio, de Bartolomé della Scala (364) y de Poliziano. Andrés Dandalo escribió la de Venecia, y fue imitado por otros; Pedro Pablo Vergerio fue el cronista de Carrara; Panormita y Pandolfo Collenuccio escribieron la de Nápoles; y la de Milán se debe a Decembrio, Simonetta, Tristán Calco, Jorge Merula y Bernardino Corio. Antonio Bonfini de Arcoli es la primera fuente de la historia húngara, como lo es de la polaca Esperiente.

Entre los franceses, después de Joinville y Villehardouin (cap. 153) figura Juan Froissart (1327-1440); escaso de crítica, de política y de moral, solo se propuso describir y deleitar. Otro tanto hicieron Oliveiro de la Marche y otros autores de memorias. Obra histórica fue también la que con el título de Cambios de fortuna escribió Cristina de Pizzano, de Bolonia. A todos sobrepujó Felipe de Commynes (365) (1443-1509), que narró las empresas de Carlos el Temerario, Luis XI y Carlos VIII, con mucha perspicacia y sin escrúpulos sobre la lealtad.

La crónica de Pedro López de Ayala atestigua los progresos de la lengua y de la inteligencia en España; este autor insigne había estudiado el arte en Tito Livio y los asuntos en la patria.

181.- Ciencias

La teología continuaba siendo la ruina [sic] de las ciencias; pero nadie se elevó a la altura de San Buenaventura y Santo Tomás. En las cuestiones agitadas en los concilios de Constanza, Basilea y Florencia, aparecieron grandes teólogos, entre ellos Eneas Silvio Piccolomini (Pío II) y Gerson, canciller de la Universidad de París (1363-1429).

Los filósofos combatían aún bajo la bandera de Aristóteles o de Platón, del silogismo o de la inspiración. Los Griegos prófugos restauraron el culto de Platón, cuyas obras fueron traducidas por Marsilio Ficino; y se fundó en Florencia una escuela neo-platónica, la cual se contaminaba a veces con el misticismo y con la cábala. Famosos fueron entonces Pletón Gemistio (366), Teodoro Gaza, Jorge Genadio, el cardenal Bessarion. Juan Pico della Mirandola (367) (1463-94), de estupenda erudición, aplicó aquellas doctrinas a explicar el Testamento. El cardenal Nicolás de Cusa (1401-64), alemán, combatió la escolástica.

Las matemáticas eran cultivadas al servicio de la magia y del comercio. El genovés Andalón del Nero, corrigió las antiguas cartas geográficas, sobre las cuales los Venecianos señalaban los grados. Jorge de Peurbach es considerado como el restaurador de las matemáticas en Alemania (1423-61), y tuvo por discípulo a Juan Miller de Köningsberg -Regiomontano (1436-76)-, que resolvió los principales problemas de la trigonometría lineal y esférica, hizo

una tabla de senos y de tangentes, y fue el primero que compuso un almanaque con la posición y los accidentes de los astros. El primer tratado de álgebra que se dio a la prensa fue el de Pacioli de Borgo.

La astronomía iba mezclada con la astrología; sin embargo, enseñaron el verdadero sistema del universo Domingo María de Novara y el cardenal de Cusa.

La astrología perjudicaba también a la medicina, buscando remedios en las estrellas y en las propiedades ocultas de los cuerpos,. Eran Árabes y Hebreos los médicos de más reputación. La cirugía era abandonada a los bárbaros ignorantes; pero Venecia dispuso que cada año (1308) se disecasen algunos cadáveres, y disecó muchos el profesor Mondini de Bolonia (1315), quien escribió una obra que sirvió de texto en las escuelas. Desde entonces se repitieron las autopsias, mientras que en Francia y España se consideraba inhumano hacerlas. Tardó bastante la medicina en apoyarse en la observación y en la química. Entre tanto, además de la peste negra, aparecieron la tarántula, el sudor inglés, la plica polonesa y la sífilis.

Los legistas son acusados de emplear vana erudición y bárbaro estilo. El mejor canonista fue Juan de Andrés, de Bolonia y Andrés de Isernia fue llamado el evangelista del derecho feudal.

182.- Bellas artes

Así como las letras volvían a los clásicos, las bellas artes abandonaron el gótico para reunir los órdenes griegos y romanos. Sobresalió Felipe Brunelleschi (368), florentino (1377-1444) que cerró la bóveda de santa María del Fiore, dejada abierta por Arnolfo; cosa que nadie se había atrevido a emprender; construyó la abadía de Fiesole, el palacio Pitti, mientras que Michelozzo fabricaba, el palacio Ricardi. León Bautista Alberti (1490) restauró hasta la teoría con su libro De re ædificatoria, el primero que se escribió después de Vitrubio. Filarete, Bramante Lazari, Benito y Julián Majano, Simón Pollajuolo, llamado la Crónica, dejaron obras insignes, principalmente en Toscana y en Roma. También Nápoles poseía bellos edificios de Masuccio y de Pedro de Martín. Venecia fabricaba con más originalidad. Las antiguas fortalezas empezaban a ser inútiles contra las armas nuevas; se sintió, pues, la necesidad de reconstruirlas con terraplenes más anchos, tores más distantes y más macizas y fosos más profundos.

Muchos arquitectos brillaban también en las demás artes. Andrés Orcagna, que hizo la galería de los Lanzi en Florencia, era pintor, escultor y platero. Los comerciantes florentinos hicieron adornar a Or de San Miguel con una magnificencia superior a la de los palacios reales. Hicieron buenas estatuas Nicolás de Arezzo, Nicolás y Andrés de Pisa, Agustín y Agnolo de Siena, Juan Balducci. Éstos en Toscana.

En Venecia Jacobo y Pedro Pablo de las Mesegne, Felipe Calendario, Alejandro Leopardi, Antonio Rizzo, Pedro Martín Lombardo, Scarpagnino dejaron obras menos acabadas, pero más francas. Otro Masuccio, Andrés Ciccone, Silla y el milanés Giannotto, Aniello Fiore, Bambocci, hicieron altares y monumentos en Nápoles. En Lombardía dejaron obras esculturales Fusina, Solaro, Busti, Juan Jacobo della Porta (369), Marcos Agrato, los Rodari, más vigorosos en la ornamentación que en la figura.

Los Florentinos determinaron hacer la puerta del bautisterio, compañera de la que construyó Andrés de Pisa; presentáronse al concurso los mejores artistas y triunfó Lorenzo Ghiberti. Donatelli trató de marcar la anatomía, y su Gattamelata, de Padua, es la primera estatua ecuestre de los modernos. Andrés Verrocchio introdujo el sistema de modelar sobre el natural. Minos de Fiesole se acercó a la verdad. Surgieron muchos artistas, cuyos monumentos más auténticos son los mausoleos.

La pintura tomó gran vuelo después de Giotto, que también fue arquitecto (campanario de Florencia). Giottino, Tadeo Gaddi y Simón Memmi dulcificaron los contornos, ampliaron las composiciones y tuvieron una escuela feliz. Benozzo Gozoli, fray Filippo Lippi, Cosme Roselli y Lucas Signorelli secundaron el lujo de entonces con estupendas pinturas. La miniatura daba admirables resultados en los misales y libros de coro, merced al talento de artistas italianos y flamencos, en quienes la imitación es tan escasa como viva la inspiración religiosa. En ellos se fijó el beato Angélico de Fiesole (1445). Al estudio de lo verdadero se aplicaron Pablo Ucello, Masolino, Masaccio. Ghirlandajo dio fondo a la perspectiva. Luego Diego Juan de Brujas introdujo la pintura al óleo, perfeccionada después por Antonello de Mesina.

Formábanse otras escuelas en Lombardía, generalmente sobre asuntos sagrados; en Nápoles, en la Romania, donde Gentile de Fabriano continuó las tradiciones devotas, y fue el que dio impulso a la escuela veneciana; en Venecia, donde brillaron Jacobo, Juan y Gentile Bellini. El paduano Squarcione hizo adelantar la perspectiva y la expresión. Mantegna (1517) abrió una escuela en Mantua.

En Alemania, la pintura fue introducida por los misioneros, que a la palabra unían las imágenes religiosas; los conventos y abadías encierran antiguas pinturas. Se esculpió en madera, y en las composiciones gustaba lo místico y lo alegórico. Alberto Durero (1461-1528), y Holbein (1495-1554) llegaron a la cúspide del arte y de la gloria.

En Francia el arte no prosperó hasta que Francisco I hubo llamado a Italianos. En España dominaba el estilo morisco, hasta en las catedrales que se fabricaban a medida que el país era reconquistado. Pero la arquitectura, que había sido la reina de la Edad Media, perdió la supremacía desde que los sentimientos pudieron expresarse por medio de la pintura y de la imprenta.

Libro XIV

183.- Geografía. Viajes antiguos

Este libro está especialmente dedicado a los viajes, es decir a la extensión de la humanidad en espacio, como la hemos seguido en su extensión en el terreno de la moral, de los conocimientos y de la libertad.

Las necesidades lanzaron a la especie humana desde el suelo natal a remotos países; pero se ignora quién fue el primero que domó el caballo, el asno, el camello, quién los unció a los carros, quién se abandonó por la vez primera a las olas del mar en una frágil nave, y concibió el uso de los remos y las velas. ¡Cuánto tiempo, cuántos estudios, experimentos y errores debieron de necesitarse para que el hombre, desde un tronco ahuecado por el fuego, que sería su primera embarcación, llegase a saber derribar los bosques cuidados con tal objeto y construir verdaderas naves, aptas para cruzar los mares, a despecho de las tormentas y de los vientos contrarios! Los pueblos semíticos, hebreos, árabes, fenicios, fueron los primeros que se dedicaron al comercio. Sus caravanas atravesaban las vastas llanuras del Asia y las tostadas arenas del África. Tiro y Sidón sacaban de los bosques del Líbano los troncos para construir naves con que trasladarse de Ofir a Tarterio (370), en el Atlántico, y fundaron colonias hasta en España y en Irlanda.

La India fue el principal objeto del comercio marítimo y terrestre, por ser el país de donde procedían los objetos preciosos, los tintes, el marfil, las especias, que los indígenas aportaban a la confluencia de los ríos y junto a los santuarios. Hasta por curiosidad se emprendieron algunos viajes y Necao, rey de Egipto, después de haber puesto en comunicación el Nilo con el golfo Arábigo, envió desde allí naves fenicias, que dando la vuelta al África, volvieron por el estrecho gaditano. El Hércules fenicio personifica a las numerosas colonias establecidas en las costas del Mediterráneo y del Atlántico. Son concepciones poéticas, que poco enseñan, los viajes de Ulises, que en un día llega a los confines del Océano, y los de los Argonautas, que en un día también dan la vuelta a Europa, llevando a remolque las naves a lo largo de las costas. A los héroes de Homero les parece portentosa la travesía desde el África a la Sicilia, cuando ya los Fenicios desafiaban el Océano. Heródoto viajó bastante, e investigó y refirió muchas cosas, aun sin entenderlas; la escasez de libros le dejó en la ignorancia de gran número de cosas, y hasta de los descubrimientos de los Cartagineses. Los Griegos debieron el conocimiento de éstos a Escílax de Caria (371), que citó por la primera vez a Roma y Marsella. De ésta última ciudad salió Piteas, que navegó antes de la época de Alejandro por las costas de la España y la Galia hasta la Bretaña, y desde allí al Báltico. Los viajes de Ctesias y de Jenofonte dieron a conocer la India y la Persia, pero más todavía los de Alejandro Magno, que llevaba consigo un verdadero estado mayor de geógrafos y naturalistas. Bajo sus sucesores, muchos

exploraron y describieron nuevos países; pero como estaban engreídos de su propia civilización, despreciaban los países que visitaban, y sus incompletas descripciones se resentían de ese menosprecio.

La conquista de los Romanos derrocando las antiguas repúblicas marítimas, impidió hacer ulteriores tentativas. Mas así como las victorias de Alejandro revelaron la existencia del Oriente, las de Mitridates dieron a conocer el Norte de Europa, y las de Roma el Occidente. En realidad, los conocimientos científicos habían adelantado poco hasta entonces, y Estrabón no supo mucho más de lo que se sabía 1100 años antes. Discute si la Italia es un triángulo o un cuadrado, y cree que el mar Caspio comunica con el Océano Septentrional. No tenía noticia de lo que los viajeros habían referido de la Arabia y del centro del África. Pomponio Mela, Dionisio, Plinio son compiladores; pero en tiempo de Plinio se descubrió la regularidad de los vientos que soplan periódicamente en los mares situados entre el África y la India, la mitad del año del Sudoeste, y la otra mitad del Sudeste; este descubrimiento dio nueva vida al comercio de la India. Nadie fundaba la geografía en las matemáticas; pero Tolomeo, un siglo después de Cristo, sirviéndose de las obras recogidas en la biblioteca de Alejandría, aplicó las medidas de longitud y latitud, dio un catálogo de los lugares con su respectiva posición; mas como toma por base las medidas itinerarias de los mercaderes y de los navegantes, se equivoca con frecuencia.

En la antigüedad, cada uno colocaba a su país en el centro de la tierra. Alrededor de este centro se hallaban distribuidos los pueblos civilizados, y a lo lejos los extranjero, o bárbaros, designados por monstruos, osos o monos, gigantes o pigmeos. La escasez de libros hacía que se ignorase lo que ya se había hecho a escrito; suplíalos la imaginación. Y esta creaba una Atlántida, o Gran Tierra, o Continente Croniano, que se suponía haber existido más allá de las Columnas de Hércules, asilo de delicias, que se había sumergido en el mar. Redonda o cuadrada, la tierra se suponía dividida en cinco zonas, dos heladas, a los extremos, dos templadas, y una tórrida en el centro. Se suponían habitables las dos templadas, sin que se pudiese pasar de una a otra (Sueño de Escipión).

Edad Media Los primeros misioneros cristianos llegaron a remotísimas comarcas, mas fue para el bien de las almas y no para el de la ciencia. Otro tanto hicieron los Mahometanos, algunos de los cuales fueron expedidos por los califas a visitar colonias musulmanas, hasta Samarcanda y China; y los hubo que, poco después del año mil, pasaron el estrecho y encontraron islas que llamaron Azores por las muchas aves de esta especie que allí había.

Edrisi Los califas hicieron medir y delinear sus posesiones. Poseemos muchos viajes de musulmanes, entre los cuales sobresale Edrisi (372), que por encargo de Roger de Sicilia escribió las Peregrinaciones de un curioso que va a explorar las maravillas del mundo, en cuya obra explica las indicaciones de un globo de ochocientos marcos de plata que aquel rey había mandado construir. Ibn Batuta (373), de Tánger, hacia el año 1300, se puso en camino

con el objeto de conocer hasta qué punto se había extendido el islamismo. Benjamín de Tudela, hebreo, viajó por la Palestina, la India, la Etiopía y el Egipto, buscando los progresos de la religión mosaica.

Escandinavos Los Escandinavos, adiestrados en las correrías por mares tempestuosos, descubrieron las Hébridas, la Islandia, desde la cual se adelantaron hacia un país que llamaron Groenlandia, y de allí al Vinland, que parece debía estar situado en Terranova; lo que supone que llegaron al continente americano.

982

1380

Nicolás y Antonio Zeno, venecianos, visitaron y delinearon aquellas tierras, y colocaron a más de mil millas al Oeste de Frisland, y al Sur de Groenlandia, dos costas llamadas Estotiland y Droceo, que corresponderían a Terranova, Nueva Escocia y Nueva Inglaterra; y designaron un pueblo culto, que debía ser Méjico o la Florida. En esto se fundan los eruditos daneses para pretender que a ellos se debe el descubrimiento de América.

Entre los viajeros europeos, el más ilustre es el veneciano Marco Polo (cap. 148), que en la China y el Japón estuvo en la Corte de los Mogoles.

Mapas Los primeros mapas se atribuyen a Anaximandro, discípulo de Tales (374). Eratóstenes aplico a los mismos la graduación gnómica, pero con la proyección plana, a cuyo método sustituyó Hiparco el de los meridianos convergentes. Es probable que las cartas que acompañan al texto de Tolomeo hayan sido variadas a medida que se adquirían nuevos conocimientos. El único monumento que nos han dejado los Romanos, es la tabla de Peutinger, diseño muy grosero, sin proporciones, de veintidós pies de largo y uno de ancho, que solo podía servir como carta itineraria (cap. 78). En las bibliotecas se hallan mapas de la Edad Media, que se iban perfeccionando paulatinamente; es notable el planisferio de fray Mauro en el palacio ducal de Venecia, donde se encuentran marcados hasta los países conocidos por los Árabes; el África termina en punta, y se duda si está indicada la posibilidad de darle la vuelta, que tanto trabajo costó y que se había olvidado.

A esta empresa se lanzaron los Portugueses, y el príncipe Enrique estableció en Sagres, en los Algarbes, una escuela de náutica, donde se hicieron mapas mejores.

184.- Comercio antiguo

El aliciente principal para los viajes era el comercio, y ya dimos una idea de las caravanas y de las colonias. En la época de su grandeza, Roma fue el mercado principal del mundo; después lo fue Constantinopla, magníficamente situada. Uno de los géneros más

importantes era la seda, que se traía de la China; queriendo los Persas ejercer el monopolio de este género, no permitían que fueran otros a buscarlo; de este modo permanecieron los Griegos tributarios de los Persas en el comercio de seda, hasta que, en tiempo de Justiniano, algunos misioneros trajeron semilla del gusano que la cría y se plantaron moreras en Europa.

La primera irrupción de los Musulmanes destruyó el comercio con los Persas, con la India y con la China; pero lo continuaron ellos mismos después. Basora arrebató sus ventajas a Alejandría; sus monedas, que se hallan en Rusia, en la Bukaria, en la Noruega, atestiguan sus frecuentes relaciones con estos países. También iban los Árabes a la China, por el Kabul (375) y el Tíbet. Los Bizantinos, excluidos de los puertos árabes, iban a la India, haciendo un largo trayecto y remontándose hasta Kiev en Rusia.

La Europa se hallaba demasiado agitada por los invasores para poder atender al comercio en grande escala; por esto mismo lo favoreció Carlomagno. Las cruzadas, además de hacer considerar a Europa como una sola nación, abrieron nuevos caminos y facilitaron establecimientos comerciales, que proporcionaron riquezas sobre todo a las repúblicas italianas. Los Genoveses y Venecianos marcharon al frente de los demás países, abrieron el Egipto, llegaron a la China, mientras que del Norte traían maderas, cáñamo, pez, cera y tuvieron grandes establecimientos en Alejandría de Egipto, donde los Mamelucos les favorecían merced a los derechos que cobraban de los negociantes.

La conquista de Constantinopla pobló con colonias europeas el litoral de Levante, pero los reinos que allí fundaron los latinos fueron de muy corta duración. Sin embargo, los príncipes musulmanes, en vez de arrojar de allí a los Europeos, comprendieron cuán útil era favorecerlos. Muchas ciudades del Mediodía de Italia, además de Nápoles, Trani y Gaeta, comerciaban con el África y con los puertos del Mar Negro.

En Francia el comercio no se avivó hasta que Luis IX adquirió el puerto de Aguasmuertas. En España, los Árabes introdujeron sus costumbres mercantiles, el cultivo del azúcar, del algodón, del azafrán, y las preparaciones del papel, del cordobán y del alumbre. Los Berberiscos llevaban a las costas septentrionales del África los productos de la Nigricia.

Alimentaban el comercio las especias y demás productos de la India, mayormente la pimienta, tan común entonces como ahora el azúcar, la goma, el alcanfor, la sandáraca y las maderas tintóreas. Creció el consumo de la seda, con la cual rivalizaban las pieles. Cada feudatario fabricaba sus armas, pero las de mayor reputación eran las de Milán y de Damasco. Los barrios de Brescia y del Friul dieron nueva exportación a los Venecianos. Del Norte venían los pescados salados, sobre todo que Guillermo Beukelzoon hubo inventado el sistema de salar los arenques.

Hasta el siglo XIII no se formaron compañías comerciales en Inglaterra para traficar con Flandes, que adquirió singular vida por el comercio y la fabricación de los tejidos, con lanas que compraba

a los Ingleses. El Parlamento de Oxford prohibió luego el exportarlas; y Eduardo III, sacando partido de las discordias de los Flamencos, prometioles entre otras cosas, buena vaca y buen carnero para que fuesen a ejercer su industria en Inglaterra, como efectivamente hicieron. No tardaron los mercaderes en adquirir la importancia que antes se daba únicamente a los propietarios, a los legistas y a los guerreros. Pronto los Ingleses tuvieron bancos en el Báltico y en las costas prusianas y danesas, y la navegación por las costas enseñó a desafiar los peligros del Océano.

Obstáculos El comercio halló un grave obstáculo en la piratería, que para los antiguos no era más deshonrosa que hoy la conquista, y la vemos, ejercida por los héroes de Homero. En la Edad Media se constituyeron ciudades para ejercerla. Los Anseáticos trataron al principio de destruirla, con no dar cuartel a los buques corsarios, y prohibir la compra de sus presas.

Otro obstáculo era la prohibición del Papa impidiendo comerciar con los infieles. Según el derecho de represalias, el que había recibido una injuria, podía indemnizarse con los bienes y personas de los conciudadanos del ofensor. En virtud del albinage, los bienes de un extranjero pertenecían al señor en cuyas tierras muriese; y en virtud del derecho de naufragio, todo buque que naufragaba en las costas era presa del primer ocupante.

No había correos que permitiesen mantener correspondencia seguida; se escribía poco; no se usaba apenas la comisión, sitio que el mismo fabricante iba a vender o cambiar sus productos.

La Iglesia prohibió despojar a los náufragos; poco a poco se introdujeron costumbres más humanas, a medida, que aumentaba el comercio y se estipulaban tratados.

Hablamos ya del florecimiento de las ciudades italianas (cap. 147). La industria se organizó en asociaciones jerárquicas, dentro de las cuales quedaban colectivamente emancipadas las personas, cuya igualdad civil y política no estaba generalmente reconocida, y fuera de las cuales no se podían ejercer las artes y oficios. Los síndicos, los consejos, los prohombres, las cámaras de disciplina contribuían a la educación popular, al estímulo del trabajo y a la desaparición de los fraudes. Establecidos los reyes, quisieron éstos aprovecharse de la ganancia de los súbditos laboriosos, exigiendo tributos, gabelas y tasas.

El dinero El comercio daba importancia al dinero en efectivo. El cuño y título de la moneda variaban hasta el infinito, de modo que se estipulaba la verificación de los pagos en moneda de tal o cual país determinado. Hubo después cambiantes lombardos, sieneses y florentinos, que recibían cantidades en depósito, y las iban entregando a medida que llegaban órdenes del depositante. De esto se pasó al uso de las letras de cambio.

Fundáronse también bancos de depósito o de crédito, como los de Venecia y de Génova, que empleaban los capitales impuestos e instituciones útiles, en empresas y hasta en conquistas.

Gran preponderancia adquirían los Judíos, los cuales, no pudiendo comprar tierras, empleaban sus capitales en el tráfico,

mayormente en préstamos, en cuyo negocio les imitaron los Lombardos. Eran crecidos los intereses, sobre todo donde estaba prohibida la usura, pues los prestamistas se hacían pagar el peligro que corrían.

Los Frescobaldi, los Bardi, los Peruzzi, los Capponi, los Acciajuoli, los Corsini y los Ammanati de Florencia eran en el siglo XIV los banqueros más célebres de Inglaterra y de los Países Bajos.

Los seguros marítimos, al principio de uso poco habitual, se hicieron obligatorios poco después del año mil.

Derecho marítimo Las ligas marítimas más antiguas eran las de Rodas, adoptadas por los antiguos. Un catalán o un italiano recogió en el siglo XII las costumbres de los puertos del Mediterráneo, según las cuales, los cónsules de los diferentes países juzgaban en las cuestiones marítimas. A ejemplo de estos usos, se recogieron también los del Océano bajo el título de Juzgado de Olerón. Las Ordenanzas de Wisby estaban en vigor en el Norte. De estas leyes de diferente origen surgió un cuerpo de derecho marítimo, que después fue común a toda Europa.

En 1403 Venecia estableció el primer lazareto, donde habían de hacer cuarentena los buques procedentes de países infestados.

185.- La brújula. Descubrimientos de los Portugueses

Como todas las artes, progresó también la de construir buques; pero no era preciso que estos fuesen muy grandes, mientras se veían reducidos a costear, por falta de aparato que permitiese orientarse al perder de vista la tierra. Hacia el año 1200 se conoció la propiedad de la aguja imantada de dirigirse constantemente hacia el polo, y se construyó la brújula, cuya invención se atribuye a Flavio Gioja, de Amalfi. El congreso de sabios, reunido en tiempo de don Juan de Portugal, enseñó a aplicar a la navegación el astrolabio, con el cual se señalaban los grados de altura en que se hallaba el buque.

1486 Con tales medios, los Portugueses salieron de las Columnas de Hércules, consideradas como límites del mundo; y las aventuras de algunos navegantes italianos, que habían ido en busca de la Atlántida y de las islas Fortunatas, hicieron esperar que se llegaría al extremo del África, y se continuaría hasta las Indias por un camino más corto que el terrestre, seguido por los Venecianos. Pero a poco se descubrieron las Canarias, Madeira, la Costa de Oro y la Guinea. Los reyes de Portugal, a impulsos del mismo deseo que animaba a las Cruzadas, es decir, el de ganar almas para Cristo, alentaban las esperanzas, hasta que Bartolomé Díaz vio el cabo de Buena Esperanza. Vasco de Gama le dio la vuelta con tres buques y 60 hombres; llegó hasta Melinda y Calicut, la ciudad más rica y comercial de la India, y al cabo de dos años volvió lleno de gloria.

1497

186.- Colón y los primeros descubridores de América

Toda persona culta debe conocer con más detalles que no caben en un compendio las razones que movieron a Colón y la constancia con que efectuó su empresa, cuya originalidad no consiste en el buscar tierras nuevas, sino en el aventurarse más adentro en el Océano, para llegar a la India siguiendo un rumbo opuesto al de costumbre. Habiendo estudiado los libros peculiares, y consultado matemáticos y pilotos, se persuadió de que la tierra era esférica y de que no debía distar más de 4000 millas de Lisboa la provincia del Catai descrita por Marco Polo. Allí podría convertir a la religión de Cristo millares de hombres, y adquirir riquezas tanto para invertirlas en sufragio de las almas del purgatorio, como para reconquistar la Tierra Santa. Después de haber sufrido las penalidades y los desdenes que el mundo guarda siempre para los genios, Colón zarpó de Palos con tres naves, y ancló en San Salvador, una de las islas Lucayas, de donde trajo a España algunos salvajes y riquezas. En seguida fue encumbrado hasta las nubes; diéronle grandes promesas y auxilios para continuar la empresa; alentados con ellas, millares de aventureros acudieron a la India (tal creían que era el nuevo continente), pero de pronto estallaron desórdenes, se indisciplinaron los advenedizos; la avidez de oro hizo cometer crueldades contra los indígenas; se desencadenó la envidia contra Colón, que a lo último fue encadenado y devuelto así a España, donde los Reyes Católicos, que le habían prodigado promesas impróvidamente, se las negaron con deslealtad, y él murió de abatimiento, sin saber que había descubierto un nuevo mundo al que otro iba a dar nombre.

1492
1506

Los Portugueses, que habían tratado de impedir la empresa de Colón, procuraron oscurecer su descubrimiento. Pretendían que España, al ocupar el nuevo territorio, violaba los derechos que les había concedido Martín V sobre aquellas tierras; pues, según el derecho de entonces, tocaban al Papa las islas y las regiones nuevas. Alejandro VI marcó sobre el mapamundi una línea del Polo Ártico al Antártico, a 100 leguas de distancia de las Azores; y cedió a Portugal el país anterior, y a la España el posterior a la línea divisoria.

Extendiéronse los descubrimientos y las conquistas; Alonso de Ojeda costeó desde Venezuela hasta el cabo de la Vela; Pedro Alonso

Niño llegó hasta la Colombia; Vicente Pinzón tocó en el Brasil y vio el río de las Amazonas. Francia e Inglaterra, envueltas en guerras intestinas, no participaron de aquellas primeras glorias; pero apenas se vio tranquilo, el inglés Enrique, VII mandó al veneciano Cabot, que reconoció a Terranova y desembarcó en el Labrador y en la bahía de Hudson, buscando el camino de las Indias por la parte del Noroeste. El portugués Álvarez de Cabral ocupó el Brasil; Sebastián Cabot penetró en el inmenso Río de la Plata y descubrió el Paraguay; Lucas Vázquez de Ayllón (376) fundó una colonia entre las dos Carolinas, a ochocientas leguas del punto donde por primera vez desembarcó Colón.
1499

1526
Entre tanto, otros habían encontrado ya el mar Pacífico; Ponce de León descubrió la Florida; Álvarez de Pineda reconoció el golfo de Méjico, y Juan de Grijalva la Nueva España. Vasco Núñez de Balboa fundó la primera colonia española del continente en Santa María de Darién, y de la cumbre de la cordillera vio el inmenso Océano (golfo de Panamá), que después se llamó el Pacífico, y entró vestido y armado en el mar, tomando posesión en nombre de España. Ignorábase aún si entre el mar del Sur y el Atlántico había un pasaje que permitiese dar la vuelta al mundo. Quiso verlo Fernando Magallanes, que al servicio de Carlos V penetró, por el estrecho que conserva su nombre, en aquel mar que había saludado Balboa; y si bien fue muerto él en defensa de un rey aliado, su nave volvió a España por el lado opuesto, habiendo dado la vuelta al mundo en tres años y catorce días. Los relatos de tan maravillosos acontecimientos eran recogidos de boca de los navegantes por doctos italianos, que los divulgaban, ya para satisfacer la curiosidad, ya por espíritu de erudición cosmográfica, con harto pocas de aquellas particularidades características, que aún hacen inestimable lo poco que de ellas recogió después Juan Bautista Ramusio. Américo Vespucio, primer piloto de España, no hizo notables descubrimientos, pero en cartas dirigidas a Lorenzo de Médicis, describió sus viajes, y los nuevos países empezaron por esto a llamarse tierra de América. Más tarde se hicieron historias de viajes, descripciones y toda clase de estudios. Los estadistas indagaban las nuevas producciones; los filósofos investigaban la naturaleza de aquellas razas diferentes, la civilización, la educación, la procedencia de aquellos pueblos, que no todos merecían el calificativo de bárbaros. La literatura tenía un nuevo campo abierto con la descripción de aquellos inusitados climas, de aquellas aventuras maravillosas y de aquellas poéticas costumbres.

1520

187.- Esclavitud india

La que para Colón era empresa de santificación y conquista de almas, fue considerada luego como una ocasión de lucro, que la insaciable fantasía exageraba, no viendo más que oro y piedras preciosas. La primera colonia se estableció en la Isla Española, y la gente que había emigrado allí con la idea de apoderarse de las soñadas riquezas, resistió a la obligación de trabajar. Entonces se oprimió a los naturales para que diesen los pretendidos tesoros y se sometiesen al trabajo. Se decidió que los Indios fuesen esclavos, como de raza inferior, ya que los teólogos habían hecho declarar a Isabel la Católica que aquellos indígenas eran hombres también, y naturalmente libres. Se señaló a cada español un número determinado de Indios, que hacía trabajar e instruir en la fe. Se hacían sufrir a aquellos desgraciados todos los padecimientos que puede imaginar el hombre. Las matanzas eran tan continuas, que de un millón de personas que contenía, la isla quedó en breve despoblada.

Fueron protectores de los indígenas los frailes Dominicos. Bartolomé de las Casas (377) fue varias veces de América a Sevilla, a defender su causa; y como se le decía que no era posible hacer cultivar aquellas tierras sino por esclavos, propuso que llevaran allí negros del África, con lo cual empezó la horrible trata, no del todo abolida, que los pontífices reprobaron desde el principio y que los misioneros han combatido con todas sus fuerzas.

188.- Méjico

Contábanse maravillas del país que Grijalva había descubierto (cap. 186), y el gobernador de Cuba confió la empresa de irlo a ocupar a Hernán Cortés, el cual con diez naves, la mayor parte descubiertas, 600 o 700 hombres, 18 caballos, 13 mosquetes, y 14 cañones de poquísimo calibre, se dirigió a conquistar un imperio mayor que el de Alejandro. El ancho valle, al rededor de los dos lagos de Tezcuco (378) y de Chalco, llamado Anahuac (país entre los mares), elevado 2200 metros sobre el mar, es centro del imperio de Méjico, que se extendía entre el mar Pacífico y el Atlántico, desde el 14º al 21º de latitud Norte. Era antiquísima su civilización, puesto que el año 544 de Cristo entraron en el país los Toltecas, y encontraron un pueblo culto con artes e instituciones buenas; sabían fundir los metales, calcular el tiempo, erigir templos y pirámides. Hacia el año 1170 llegaron a este país los Chichimecas (379), gente más tosca, que vivía en cavernas, se mantenía de la caza, estaba dividida en nobles y plebeyos, gobernada por un rey, y rendía culto

al sol. A estos siguieron otras siete tribus atraídas por la belleza del país, y más civilizadas; los Tlascaltecas y los Acolúos, mezclándose con los matrimonios, adquirieron cierta superioridad, fundaron diversas dinastías, y sometieron a los demás pueblos para establecerse en el Anahuac, en donde fundaron hermosas ciudades. La nación de los Aztecas apareció en 1244, y fabricó en medio del lago la ciudad de Méjico (Tenochtitlán); adoraban a Huitzilopochtli (380), al cual ofrecían víctimas humanas; tuvieron reyes que sojuzgaron a los países vecinos, hasta Moctezuma (381) que ocupaba el trono cuando llegaron los Españoles.

Los Mejicanos no carecían de ninguna de las artes útiles y poseían muchas de las bellas; fabricaban magníficamente; elaboraban el oro; escribían con jeroglíficos; usaban granos de cacao en vez de dinero; divertíanse en teatros. En las escuelas, se enseñaba a los muchachos el arte de labrar la tierra y la madera, y ganarse la vida con ello. FI gobierno era feudal; los conquistadores, que gozaban de todos los derechos, dominaban a los vencidos, que carecían de todos. El imperio se componía de los tres Estados de Méjico (382), Tezecco (383) y Tacuba (384), cada uno con su rey y nobleza propia, pero confederados los tres bajo la supremacía del emperador; muchos príncipes poseían dominios inamovibles. Atendíase mucho al cuidado de las armas. Las tierras estaban divididas entre la corona, los nobles, los comunes y los templos.

La religión era austera e intervenía en todos los actos de la vida. Mas como fue destruida completamente, no es mucho lo que con certeza conocemos de su esencia. Reconocíanse, al parecer, dos principios, el del bien (Teol) y el del mal (Tlecatecolotol). Huitzilopochtli, personificación del sol, dictó su propio culto y daba oráculos. Los templos (teocalli) eran elegantes y estaban servidos por numerosos sacerdotes, por varias órdenes monásticas y por una especie de vestales. Eran comunes los sacrificios humanos en un pueblo tan afable, y hacíase mercado o comida de los cadáveres de las víctimas. Los calendarios eran más perfectos que el romano, y de singular semejanza con el japonés; conocían la causa de los eclipses y la revolución anual de la tierra; entendían la geometría y la topografía; y recuerdan los usos de Egipto las pirámides escalonadas, las momias encerradas en cajas pintadas, el uso de la pintura jeroglífica. La arquitectura abundaba en columnas, pilastras, cornisas, mascarones; y encontráronse luego ruinas de ciudades, ya olvidadas en tiempo de la conquista.

Asombráronse los Mejicanos de ver desembarcar en su costa a aquellos Europeos, y los caballos, y las armaduras, y los fusiles les hicieron creer que venían del cielo. Moctezuma reinaba entonces sobre treinta poderosos caciques, de un mar al otro; había sojuzgado todas las provincias, a fin de que no faltasen víctimas a los dioses. Cortés fundó a Villarrica de Veracruz, estableció un consejo soberano en nombre del rey de España, quemó las naves para quitar a los suyos la esperanza de volverse, y habiéndose aliado con algunos caciques, se dirigió contra la capital. Trató de granjearse las simpatías de los indígenas por medio de la dulzura, pero además de

las iniquidades de los suyos, él mismo empezó a derribar los ídolos, y por consiguiente acabó por mostrarse intolerante y cruel.

1520 Descorazonado Moctezuma, solo supo acudir a las asechanzas; pero también en estas era inferior a los Españoles, que quedaron atónitos al ver a Méjico, en medio del ancho lago, con bosquecillos y jardines, 70000 casas, tiendas, canales navegables, 50000 góndolas, e indescriptibles riquezas en el magnífico palacio real. Cortés osó prender a Moctezuma; lo encadenó y obligó a reconocerse vasallo de Carlos V, haciéndole ofrecer un presente de 600000 marcos de oro puro, además de muchas alhajas. No se le pudo reducir a mudar de religión, pero se suspendieron los sacrificios humanos. Exigía Cortés más oro; sublevάronse los grandes contra tantos ultrajes, y Moctezuma murió de pesar. Habiendo perdido tan preciosa prenda, los Españoles se vieron obligados a retirarse. Matemozin, sucesor de Moctezuma (385), les venció varias veces, haciendo numerosas víctimas. Por último quedó la victoria por Cortés, el cual se apoderó de las ciudades, de los tesoros y del rey.

1533 No era ya una colonia, sino un gran imperio conquistado. No tardaron en acudir aventureros, hasta el número de 200000. Cortés les dio leyes, fabricó la nueva capital sobre las ruinas de la antigua, enterrando los canales; florecieron allí las artes y la cultura europeas; los vencidos tuvieron que servir, pero no fueron destruidos, y hasta nuestros días han vivido descendientes de Moctezuma. Entre los vencedores se desarrollaron todos los vicios de la fortuna y del poder.

Cortés presentose triunfante en Toledo; pero Carlos V destinó otro virrey a Méjico. Entonces Cortés se puso al frente de nuevas exploraciones en la California, país desgraciadísimo, pero rico en oro, y de allí pasó a la Nueva Galicia y a las islas del Pacífico; mas también esta vez fue víctima de la acostumbrada ingratitud, y aquel gran conquistador murió oscuro en Sevilla, a la edad de sesenta y dos años.

1547

189.- El Perú

La conquista de Méjico reanimó el espíritu aventurero. Balboa, después de atravesar el istmo de Darién (cap. 185), tuvo noticia de que había un gran pueblo hacia el Mediodía, muy rico en metales. Era el Perú. Pedrarias Dávila llego a ser virrey y asesinó a Balboa; pero en vez de los tesoros imaginados solo halló disgustos; casi todos sus aventureros murieron, y los restantes amenazaban a los caciques, hasta que la empresa de sujetar al país fue asumida por Francisco Pizarro, hombre rudo y valiente, que se había acostumbrado a la fiereza en las guerras de Italia. Habiéndose procurado una nave

en Panamá, se adelantó hacia el Perú, y encontró en todas partes apariencias de industria, de trato, cultos los hombres y los campos, y una ciudad toda oro y plata. Acudieron nuevos aventureros y Pizarro se dirigió a Cuzco, capital de aquel país, llena de bellísimos edificios y estatuas. Aún hoy causan admiración los restos de caminos, canales y diques de aquella época. La fama atribuía aquellas construcciones a una gente de barba y vestidos diferentes de los modernos, simbolizados en Manco-Capac; procedentes del Septentrión hacia el año 1100, habían enseñado el culto del sol, la agricultura, el gobierno, y fundada la dinastía de los Incas. Estos reinaban como soberanos absolutos con regular administración, e imponiendo una obediencia casi monástica a la muchedumbre, dividida en Castas de oficios, sin propiedad particular. Sacrificaban al sol conejos, frutos y harina, y las 1500 vírgenes a él consagradas, no podían ser vistas más que por el emperador.

1527

El rey Atahualpa acogió con toda clase de atenciones al aventurero, el cual destruyó toda resistencia y le hizo prisionero, cogiendo un botín que superaba las exageraciones de la mayor codicia; y sin perder un solo hombre degolló a 4000. Atahualpa prometió, en cambio de la libertad, llenar de oro la habitación en que se encontraban, hasta la altura a que se pudiese llegar con la mano (386). Entonces principiaron los indígenas a llevar oro, y ya tenían reunidos 75 millones, cuando los conquistadores no supieron contenerse más, y arrojándose sobre ellos se lo repartieron. Muchos regresaron con su botín a Europa, donde desde aquel momento principió a encarecerse todo.

1532

Mas no por esto se puso en libertad a Atahualpa, quien, después de un ridículo proceso, fue ahorcado. El oro justificaba a Pizarro, que había conseguido apoderarse de Cuzco, donde encontró inmensos tesoros. Manco Capac se hizo vasallo de España para ser elegido emperador, e insinuó a los súbditos la obediencia; sin embargo, los aventureros continuaron saqueando. Pizarro y Almagro se hicieron mutua guerra a causa de los territorios a cada uno señalados. Almagro murió en el patíbulo. Manco Capac se retiró a los Andes, y con él terminó el imperio de los Incas. Pizarro, maldecido de amigos y enemigos, fue degollado. Todas las pasiones se desencadenaron en aquel país ya tan infortunado. En vano Carlos V trató de realzarlo uniéndolo a la corona; aquella inmensa población quedó reducida a 3 millones, con la necesidad de negros para el cultivo. No alcanzaron a remediar el mal la instrucción introducida, ni la Universidad fundada en Lima en 1545.

1536
1531

190.- América meridional. El Dorado

En un tercio de siglo, los aventureros se habían esparcido por todo el nuevo continente, sin piedad para con una raza que consideraban inferior y un país del cual solo pensaban sacar súbitas riquezas. Mientras unos explotaban los países conocidos, otros se arrojaban a descubrimientos y conquistas.

Los Españoles y Portugueses no habían podido ponerse de acuerdo acerca de la posesión de las islas Molucas.
Don Pedro Mendoza de Castilla obtuvo el título de gobernador de los países comprendidos entre el río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes, sin conocer lo que se le señalaba; en la embocadura del inmenso río fundó a Buenos Aires; se descubrieron sus grandes confluentes, el Uruguay, El Paraguay y el río Salado; fundaron la Asunción, y en todas las colonias allí establecidas, hubo las acostumbradas opresiones, guerras y odios recíprocos. Los cantones que se habían sometido pacíficamente se constituían en municipios, bajo el mando de un español.
1535

Juan de Ayala se dirigió en busca del paso entre el Atlántico y el Mar de las Indias, penetró hasta las fuentes del Paraguay, y llegó a establecer comunicaciones entre el Perú y el gobierno de la Plata.

Según las noticias de los Indios había en el interior un país riquísimo, todo oro (El Dorado). Gonzalo Pizarro, con trescientos cincuenta Españoles y cuatro mil Indios, se dirigió a explorar aquel país, realizando una expedición tan memorable por sus descubrimientos como por sus aventuras. Pero El Dorado fue siempre el sueño de los aventureros, sin que ninguno lo encontrara, como tampoco el canal entre los dos océanos. Se exploró el río de las Amazonas, que atraviesa casi todo el continente meridional.

En Chile, lengua de tierra entre el gran Océano y la cordillera de los Andes, estaba sujeto a los Incas, los cuales ordenaron a los habitantes que se sometieran a los Españoles. Allí fueron edificados Santiago y otras siete ciudades que fundó Valdivia. Pero los indígenas se sublevaron varias veces, y se tuvo que introducir una administración separada de la del Perú.
1541

Fundáronse otros establecimientos en la Tierra-Firme (Colombia), y Venezuela fue vendida a la casa de Welser de

Augsburgo. Gonzalo Jiménez, en busca siempre de El Dorado, llegó a Bogotá, donde fue recibido con grandes fiestas; allí encontró una corte regular, una civilización tradicional, y magníficos edificios; pero lo misioneros no podían salvar a los indígenas de la fiereza y la codicia de los conquistadores. Habiendo dado muerte a los gobernantes, los Españoles fundaron el reino de Nueva Granada, cuya capital fue Santa Fe.

1537

191.- Colonias españolas

España poseía entonces en el Mediterráneo la Sicilia y las Baleares; en África Ceuta, Orán, Mazalquivir, Melilla y el Peñón de Vélez; en el Atlántico las Canarias; en Asia las Filipinas; en América las islas primitivas, La Española, Cuba, Puerto Rico, de los Caribes, la Trinidad, Santa Margarita, La Roca, Orchila, Blancas y algunas de las Lucayas; al Mediodía el Perú, Chile, la Tierra-Firme, el Paraguay y el Tucumán; al Norte el antiguo y nuevo Méjico, la California y la Florida. En nada aumentaron la prosperidad de España aquellos riquísimos países, porque cayeron en manos de quienes eran inexpertos en el arte de gobernar y desconocían la ciencia económica. Las maravillas de la conquista se debían a la actividad particular; el gobierno no aspiró a establecer el comercio con los indígenas, sino que quiso poseer el suelo, para extraer el oro que contenía, y considerarlo como perteneciente, no al Estado, sino a la corona. Los reyes no conocieron nunca, o no quisieron emplear los medios de hacerlo prosperar. El sistema colonial lo encaminaba todo a enriquecer la metrópoli. La gente misma que en España había dado pruebas de tanta laboriosidad en la agricultura, no se aplicó, en el nuevo continente, más que a procurarse oro. Los países se consideraban como conquistas, que el rey concedía a quien mejor las pagaba, distribuyéndolas, con la carga de censos, entre los conquistadores, que redujeron a estado normal la servidumbre de los indígenas.

Carlos V aumentó los impuestos de los Indios y de los propietarios con la alcabala, tasa del cinco por ciento sobre toda venta al por mayor, y que después fue aumentada hasta el catorce. Los tributos fueron en aumento. Estaba prohibido plantar vides y olivos, en las colonias, y se tenía que comprar el aceite y el vino en la madre patria. Estaba también prohibido todo tráfico hasta de colonia a colonia, debiendo ir todo de España y venir a España. Era, pues, un delito capital el comerciar con los extranjeros. Estaba determinado el número de buques que debían salir de los puertos, de qué puntos, y por dónde debían ir. De este modo afluía el oro a

España; pero esta se figuró poder con eso comprar cuanto le hacía falta, y dejó morir la agricultura y la industria; de modo que el oro que recibía, pasaba a Italia, a Inglaterra, a Holanda, a los países que a costa de España se enriquecían, merced a sus florecientes manufacturas.

Los nuevos Estados americanos no estaban en relaciones mutuas. Los viveres ejercían su despotismo en un país que no conocían ni apreciaban. Todos dependían del Consejo de Indias, qua era el principal de la monarquía.

España no exterminó a los indígenas, los cuales, una vez bautizados, adquirían los mismos derechos que los conquistadores. Era permitida la mezcla de razas por medio del matrimonio. Las leyes estaban llenas de palabras humanas. Había Blancos naturales de Europa; Criollos nacidos de europeos en América; Mestizos, hijos de blancos y Americanos; Mulatos, hijos de blancos y negros; Zambos, hijos de negros e Indios; los Indios, o sea la raza indígena de color bronceado; y los Negros de raza africana. Pero el Chapetón, Español puro, despreció siempre a los criollos, y todas las clases se odiaron mutuamente.

La mita (387) era un servicio corporal, que debían prestar todos desde diez y ocho a cincuenta años, mayormente para la extracción de minerales. Por el repartimiento estaban obligados los gobernantes a suministrar a los Indios los objetos de primera necesidad, disposición muy oportuna al principio, pero que degeneró en torpe especulación, obligando a los Indios a comprar de los peores vestidos, mulas enfermas, granos deteriorados, todo a crecidos precios, como si fuera de superior calidad.

Concíbese fácilmente que se acelerase la ruina de las colonias y de la metrópoli. Más tarde el mal se reparó algún tanto con los privilegios, pero el remedio no podía llegar más que con la libertad.

192.- Misiones. El Paraguay

Uno de los intentos de Colón, al ansiar el descubrimiento de nuevos países, era conquistar almas para el paraíso. A este fin algunos frailes, principalmente de la Orden de Santo Domingo, se unieron pronto a los conquistadores para enfrenarlos y para convertir a los salvajes. Penetraban en los países menos accesibles, entre las tribus más feroces, plantando la cruz, enseñando la idea o al menos las palabras de Dios, alma y cielo; con asombro de los indígenas, acostumbrados a verse perseguidos, expoliados, muertos, les insinuaban algunas ideas morales, como el abstenerse de carne humana, y de los consorcios vagos; y allí estos misioneros sufrían privaciones, penalidades y hasta el martirio. Las cartas edificantes en que describen sus actos son narraciones sumamente interesantes.

Al nombre de cada uno de los conquistadores puede oponerse de algunos pacíficos propagandistas, que llevaban la censura o el consuelo a los palacios como a las chozas. En las nuevas ciudades se

alzaron vastos conventos, hospitales, catedrales, escuelas, y las pompas religiosas conquistaban tantas almas, como enajenaba la feroz codicia.

En el vasto y bellísimo país comprendido entre el Perú y el Brasil, y regado por el Paraguay, aparecía el hombre en la mayor rudeza, desnudo, perezoso, antropófago, sin que lo hubiese modificado la importada civilización. Muchos misioneros habían cogido allí escasos frutos, cuando fueron los Jesuitas, que empezaron a convertir y a civilizar, sin intolerancia ni fanatismo, con dulzura y halagos. Hasta quisieron probar si un gobierno patriarcal cuadraba allí mejor que los acostumbrados, laboriosamente opresores, a fin de poder cristianizar al nuevo mundo antes que exterminarlo. Comenzaron por obtener que los Indios fuesen declarados libres, a pesar de las reclamaciones de los colonos, que así se veían privados de sus bestias; se constituyeron en protectores de aquellos desgraciados, obtuvieron la facultad de recoger a los convertidos en puntos separados de la corrupción europea, y fundaron parroquias (reducciones) gobernadas por sí mismas, cada una bajo la dirección de un jesuita. Todo estaba en regla como en un regimiento; sones y cánticos precedían y acompañaban las fatigas; estaba prohibida la excavación de minas; toda la atención se fijaba en la agricultura; la cosecha se recogía en común, así es que no había quien se viese expuesto a la miseria; tenían escuelas de lectura y de música; vestían con sencillez; se reunían en asamblea para elegir su cacique; no se conocían delitos; las transgresiones de la ley se castigaban correccionalmente; el misionero debía ser el brazo y la cabeza de aquella gente que no sabía pensar ni prever; había, en fin, una pequeña milicia para defenderse de las tribus enemigas.
1556

Pero sus verdaderos enemigos eran los gobernadores, que querían entrometerse y echarlo todo a perder. Aún hoy se acusa a los Jesuitas de haber empleado flores y cantos, en vez de hachas y cañones. Las ingerencias hostiles no tardaron en destruir las parroquias, y el Paraguay perdió toda su prosperidad en la esclavitud colonial.

De allí los Jesuitas se habían extendido por la California, que había parecido a los Españoles demasiado estéril para cultivarla. De este modo sometieron a España el vasto país de Maina, dejando en todas partes obras públicas, tales que pueden asemejarse a las de los grandes reyes; acueductos larguísimos, atrevidos puentes, numerosos canales, y proyectaban uno que pusiese en comunicación los dos océanos.

No fueron menos útiles en las colonias francesas; humanizaron la Guyana; y en el Canadá, habitado por gente feroz que no se

asustaba ni maravillaba de las armas europeas, los misioneros introdujeron más tarde el cristianismo y enseñaron a reverenciar a los hombres de la oración.

Los protestantes enviaron también misioneros a las colonias; pero el ministro que va con su propia familia, bien provisto de recursos por las sociedades bíblicas, no obtiene bastantes frutos. Las misiones católicas tienen su centro en la congregación de propaganda fide de Roma, desde donde son enviados esos precursores de la civilización.

193.- El Brasil

Cabral había descubierto el Brasil, cuyos primeros habitantes no manifestaron asombro ni desconfianza al encontrarse con los Europeos: antes bien permutaron sus dones y besaron la cruz. Pero como se sacaba poco provecho de aquel país, quedó olvidado. Especuladores privados se establecieron en él, sin que Portugal mandase casi más que malhechores. No se encontraron allí antiguos edificios, como en el resto de América; los indígenas eran antropófagos; abundaban el oro, la plata y el hierro, pero hallándose lejos de la costa, se descubrieron tarde; en cambio proporcionaba grandes riquezas su fertilísimo terreno. Los Portugueses dividieron el Brasil en capitanías, enfeudándolas a los nobles en una extensión de cuarenta o cincuenta leguas de costa cada una, sin determinar los límites hacia el interior, con jurisdicción civil y criminal. La primera historia es la relación de las novelescas aventuras de aquellos capitanes. Tomás de Sousa dio un centro a la América portuguesa fundando a San Salvador, y luego a San Sebastián. Nada se conocía del interior. Seis jesuitas se dedicaron a aprender las lenguas de los salvajes y empezaron luego a ejercer con ellos su apostolado, haciendo grandísimos progresos. Los padres Anchieta y Nobrega merecen ser citados entre los bienhechores de la humanidad.

Las desventuras de Portugal impidieron fijar la atención en el Brasil, donde fueron a establecerse los Hugonotes perseguidos en Francia. Con mejor ventura que estos residieron allí los Holandeses que dieron importancia a Fernambuco; pero al fin prevalecieron los Portugueses, que sacaron provecho de las riquísimas producciones del país, y de la pesca en el río de las Amazonas. A explorar el interior del país ayudaron los Paulistas, banda de aventureros que forman la parte poética de la historia del Brasil. En el distrito de las minas se descubrieron más tarde los diamantes en tal abundancia que se llegaron a sacar 20000 quilates al año.

194.- América septentrional

La extrañas aventuras de Álvaro Núñez y Narváez en la Florida, estimularon a conocer los países situados al Nordeste de Méjico. Hacia este lado se habían dirigido ya algunos Franceses, que reconocieron el río de San Lorenzo y el Canadá, y fundaron a Québec, que fue el centro del poder francés en América. Otros se estacionaron en la Florida; pero los Franceses no tuvieron nunca la constancia de hacer fortuna en las colonias, y sacaron poco provecho de la isla de Cayena. Todas las naciones quisieron poner el pie en la Guayana, posesión muy importante, como que está en medio de las dos Américas.

Los Ingleses no llegaron al continente hasta la época de la reina Isabel (1578), con patentes en virtud de las cuales Onofre Gilbert ocupó el Septentrión, y Walter Raleigh la Virginia (1584): con su habilidad y perseverancia, los Ingleses llegaron a fijarse definitivamente en el país. En los descubrimientos se distinguió Juan Smith. El sistema británico era muy distinto del español, pues favorecía el comercio, la concurrencia y las compañías mercantiles. En la Virginia se refugiaban muchos miembros de las diferentes sectas religiosas, sobre las cuales se distinguió la de los Cuáqueros, predicadores de la igualdad absoluta y de la paz, que fundaron a Filadelfia (1682); uno de ellos, Guillermo Penn, dio nombre a Pensilvania. Los Católicos fundaron el Maryland, donde se toleraron todos los cultos.

El incremento de los Ingleses perjudicó a los Franceses del Canadá, dando lugar a guerras sangrientas; pero sobrepujaron los Franceses. Algunos tuvieron noticia de un gran río que se perdía en el golfo de Méjico; era el Misisipí, a cuya exploración se dirigió el audaz Roberto La Salle con el misionero Hannequin, siendo el primero que vio la admirable catarata del Niágara (1682). El padre Marquette descubrió el Utagamis o río de las Zorras, que pone en comunicación el Misisipí y el San Lorenzo. Esto facilitó el descubrimiento de la Luisiana, donde los Franceses se mantuvieron en desdoro de los Españoles y de los Ingleses; solo en 1763 la cedieron en cambio de la Florida. La civilización europea pasó al otro lado del Misisipí y se acercó al Misuri.

195.- De la América en general

Treinta años después de haber llegado Colón a América, ya se había trazado la forma del nuevo continente desde la Tierra del Fuego hasta el Labrador. Forma la América una isla inmensa desde los 78º de latitud boreal hasta los 56º austral, ceñida por el Grande Océano y por el Atlántico, y rodeada de una multitud de islas, entre las cuales pasa la gran corriente ecuatorial, llamada Gulf-Stream.

La Cordillera atraviesa a lo largo casi toda la América,

elevándose en algunos puntos hasta 6700 metros sobre el nivel del mar; en ella se apoyan muchos llanos de notable extensión y altura, con ciudades más elevadas que las mayores cumbres europeas. Los ríos que de ella bajan son, por su anchura y longitud, los más grandes del mundo. Los volcanes dan aún indicio de su fuerza por medio de erupciones y terremotos, que a veces conmueven regiones enteras; mientras que infernales huracanes devastan mar y tierra.

La vegetación es variada y sublime; faltan generalmente allí los animales de Europa; no se encontró casi ninguno de nuestros animales domésticos. Todo esto, y un cielo espléndido, y tanta novedad de frutos, debieron causar la admiración de los primeros descubridores. Los filósofos se preguntaron después de dónde procedían los habitantes, y cuál era el origen de la civilización antigua de algunos países. El espíritu de nuestra religión hizo destruir los documentos de la antigua, y la ignorancia los monumentos históricos, tanto que de ciertos pueblos no sobrevivieron más que algunas palabras, transmitidas por papagayos. Más tarde se recogió cuanto había escapado a la destrucción, se trató de reconstruir la historia.

Aunque todos los Americanos tienen los cabellos lacios, presentan grandísimas variedades por el color, la estatura, la fuerza; infinita es también la variedad de sus lenguas, algunas de las cuales eran más refinadas que las indoeuropeas.

Es de presumir que de nuestro continente pasaron al americano individuos y pueblos enteros, ya por mar, ya sobre hielos polares; ciertas tradiciones suyas concuerdan con los hechos bíblicos y con las geogonías y teogonías asiáticas; como se encuentran analogías entre ciertos ornamentos, la forma de los templos y sobre todo las pirámides del antiguo y del nuevo mundo. Indudablemente Méjico, el Perú y otros países habían tenido una civilización antigua, cuyas trazas se habían perdido, si bien se decía que era procedente de personas parecidas a los nuevos invasores. Trabajábase aún en orfebrería, en adornos de mujer; tenían una especie de papel de hojas o de paja, sobre el cual se anotaban con jeroglíficos los anales históricos, los ritos religiosos, las representaciones astronómicas y cosmogónicas (388); igualmente se servían de cordelitos con nudos para transmitir sus ideas. De Méjico y el Perú se extendió por los demás países el cultivo del maíz.

La idea de la divinidad existía casi en todas partes. Algunos pueblos estaban gobernados por reyes; pero el mayor número obedecía a jefes de tribus. En todas partes era esclava la mujer. Los hombres iban desnudos, y así mismo las mujeres; los jefes llevaban adornos de extraña riqueza; y aunque vivían a orillas de los ríos mayores de la tierra, no construían más que simples piraguas. No se conocían los rebaños, y apenas se cultivaban los campos. La leche no se usaba entre ellos. Carecían de la verdadera idea de propiedad. Su habilidad principal consistía en fabricar armas muy mortíferas, con las cuales causaron graves daños a las nacientes colonias. Mostrábanse singularmente feroces los habitantes de las Pampas, es decir de las llanuras al sur de Buenos Aires y del Perú. Los

Patagones, descritos como gigantes, solo parecen más altos que los demás por el modo de adornarse la cabeza.

No diezmaron tanto la población indígena las armas de los conquistadores, como las viruelas importadas, y las bebidas alcohólicas a que se aficionó. En la América meridional, los indígenas se fusionaron con los advenedizos; en las islas permanecieron como enemigos, por lo cual fueron casi todos destruidos.

Al principio no se pensó en extraer de América más que oro y plata, y el viejo mundo se asombró de ello tanto más cuanto que era un hecho nuevo. La pasión del oro se apoderó de los gobernantes, que aumentaron entonces los tributos e impuestos.

Colón había sugerido la idea de utilizar la feracidad del terreno. Lleváronse de Sicilia y de España cañas de azúcar, cuyo cultivo se extendió, mientras que al principio se endulzaba casi solo con la miel. El café se dio con éxito, si bien resultó menos aromático que el de la Arabia. Cultivábase el cacao, con el cual los Jesuitas enseñaron a hacer el chocolate, como divulgaron el uso de la corteza peruana (quina) contra las fiebres. Una de las nocivas costumbres que se notaron entre los salvajes era el uso del tabaco; y sin embargo se difundió hasta el extremo de constituir una de las primeras rentas de los Gobiernos.

Fuera del tabaco, del maíz y de las patatas, pocos vegetales de América se aclimataron en Europa; mientras que allí prosperaron todos los frutos europeos y las drogas de la India. Las ilimitadas llanuras del nuevo mundo se poblaron de caballos, toros y yeguas.

196.- Los Portugueses en Asia

Mientras tanto los Portugueses habían continuado sus empresas en las Indias. Luego que Vasco de Gama hubo dado cuenta de los países que había visto después de haber doblado el Cabo, Cabral llegó a Cochín, Ceilán y Camore, recibiendo en todas partes seguridades de amistad, y cargado de riquezas, diferentes de las de América, volvió a Portugal. En la India no se trataba de poblaciones nuevas, sino de una antiquísima civilización (cap. 4), a la cual Europa no había cesado de pedir los productos destinados a satisfacer los antojos del lujo y de la gula. Pero los antiguos no habían formado nunca establecimientos en la India, por cuyo motivo no conocieron su historia, y mucho menos su literatura. En la isla de Java, la historia empieza el año 76 de la Era Cristiana, cuando Agi-Saca fundó allí colonias y dictó leyes, introduciendo la religión de la India y la división por castas. Admiráronse vestigios de templos y sepulcros; se tienen poemas cosmogónicos escritos en kawi y se hicieron muchas traducciones del malayo.

1501

Aquella civilización había sido alterada por la introducción del islamismo, en el siglo XII, y mediante la religión y el comercio, los Musulmanes adquirieron influencia en aquellas regiones. Los Árabes, sin poseer marina, llegaron más allá que los Romanos, y fueron durante mucho tiempo los únicos agentes del comercio con Europa; en algunos países hacían de verdaderos señores, y los reyes se contentaban con los derechos comerciales que percibían.

Las costas del Malabar, de Canara, del Decán, del Coromandel, se hallaban divididas en principados; por el estrecho de Ormuz se entraba en el Golfo Pérsico. La isla de Ormuz era el punto de reunión de los negociantes del África y del Asia, y por allí pasaba todo cuanto iba y venía de la Persia. En la isla de Bahrain se pescaban perlas muy grandes, pero menos blancas que las de Ceilán. Adén, Socotora, Yedda (389), eran emporios de suma importancia de los Árabes, que tenían establecimientos además en toda el África, y conocían las costas de Zanzíbar (390), las islas de Madagascar, la costa de Ayan hasta el Cabo de Guardafuí.

Los Portugueses no tuvieron, pues, que luchar con los habitantes, sino con los Mahometanos. Vasco de Gama, habiendo vuelto allí con una buena flota, derrotó a la del Zamorino de Calicut, el cual continuó hostigando a los príncipes que se aliaron con los Portugueses, quienes desde aquel momento se consideraron como dueños del país. Francisco Almeida fue nombrado virrey. La isla de Ceilán, magníficamente situada entre el África y la China, y rica en producciones preciosas, fue conquistada por la fuerza. Albuquerque (391) tomó a Calicut y a Goa, ciudad esta última que fue el centro de la dominación portuguesa.

1502

1510

Así como Malaca era emporio del comercio interior de la India, así también lo era del exterior Ormuz, que no tardó en ser conquistada por los Portugueses, y en aquella isla se levantó muy luego una de las ciudades más poderosas. Los Mamelucos de Egipto trataron, por todos los medios, de oponerse a conquistas que les arrebataran el monopolio de los géneros de la India, y en esto los secundaron los Venecianos, los cuales se asustaron al ver exhibidas en Lisboa las mercancías que antes sólo ellos importaban; y hasta tuvieron la intención de cortar el istmo de Suez para abreviar la vía de comercio.

Cuarenta mil Portugueses ejercían, pues, verdadero dominio sobre los Berberiscos del África, los Mamelucos de Egipto, los Árabes y todo el Oriente hasta la China. Otros, mientras tanto, habían aumentado los descubrimientos en el archipiélago indio con Madagascar, las Maldivas, Borneo, las Molucas y el reino de Camboya. Tuvieron Bancos doquiera se comerciase desde el Cabo hasta Cantón; y

así como la codicia del oro daba aliento a los Españoles, así también el afán de extender el comercio convertía en héroes a los Portugueses. Traficaban éstos con el Japón, visitado entonces por primera vez después de Marco Polo (cap. 183), y tuvieron un excelente historiador en Juan de Barros.

La conservación y extensión de los bancos en el Golfo Arábigo ocasionaron guerras; pero en el trascurso de sesenta años los Portugueses tuvieron fundado un imperio de los más vastos, con ciudades que rivalizaban con las mayores del mundo. Tenían los diamantes del Brasil y quisieron el monopolio de la pesca de perlas. Al momento la facilidad de obtener los productos coloniales, disminuyó su precio y creció extraordinariamente su consumo. Los Portugueses permanecieron largo tiempo sin competidores, hasta que el cetro de los mares fue tomado por los Holandeses e Ingleses. Cometieron los mismos errores administrativos y rentísticos que España; un virrey de las Indias rivalizaba en boato con los príncipes orientales, y atendía, no a la prosperidad del país, sino a la conservación de los monopolios, procurando enriquecer a la metrópoli, a sí mismo y a los empleados. Los Españoles habían pasado de la América al Asia por el estrecho de Magallanes, y los Portugueses tuvieron que disputarles, durante mucho tiempo, la posesión de las Molucas. Expedían de Filipinas y de Manila el famoso galeón con los productos de las colonias, al puerto de Acapulco (392) en el mar Pacífico y a la California.

197.- Holandeses, Daneses, Franceses e Ingleses en Asia

Los Holandeses, emancipados de España por medio de esfuerzos generosos y dramáticos, no era posible que se sostuviesen sin el comercio. Excluidos de todo tráfico con los países españoles, fueron ellos mismos a las Indias, y habiendo establecido Bancos y escalas comerciales en Java, y en muchas de las Molucas, fueron estas a poco tiempo reducidas a la obediencia de Holanda. Fundose la Compañía de las Grandes Indias, con 25 millones de francos, y con el privilegio de los terrenos comprendidos en la otra parte del Cabo Magallanes; tenía poderes reales y fue modelo de las sucesivas.
1598

Esto perjudicó bastante a los establecimientos portugueses, a los cuales se les quitó entonces Ormuz, que fue destruido. Los Holandeses fundaron su principal colonia en Amboina, donde se había circunscrito el cultivo de la nuez moscada; fijaban su vista en la China y obtuvieron la posesión de Formosa, que llegó a ser el mercado más rico del Asia; entraron en el Japón y en la Corea, donde traficaron largo tiempo sin competencia. También en África quitaron a los Portugueses el Cabo de Buena Esperanza, tuvieron la isla de

Java, donde prosperó Batavia, y por fin hasta Malaca y la famosa Ceilán. Se extendieron además por la costa de Coromandel. Los géneros procedentes de tan dilatados países iban a parar a Batavia, de donde eran expedidos para Europa. La Compañía era dueña de centenares de buques y numerosas tropas, con un gobierno mercantil. Al principio fueron inmensas las ganancias, pues se importaban de la India hasta por valor de 120 millones anuales en mercancías, que se vendían luego a un precio dos o tres veces mayor. Las acciones llegaron a producir el 1000 por 100. Pero la prosperidad duró poco; el lujo oriental arruinaba a muchos, y a muchos el clima; los Franceses y los Ingleses empezaron a hacerles competencia; el monopolio fue contrastado, y la Compañía fue decayendo rápidamente, hasta que fue disuelta en 1808. Las guerras de nuestro siglo descompusieron aquel orden de cosas. Java fue restituida a la Holanda, que introdujo cierto orden en las colonias que le quedaban.
1656

Los Daneses, atraídos por las riquezas asiáticas, constituyeron también una compañía (1616), pero con éxito momentáneo. Aún menos fortuna alcanzaron en iguales tentativas los Austríacos y los Prusianos. Audaces marinos bretones y normandos abrieron el camino a la Francia; Colbert fundó una Compañía mercantil (1664) con 15 millones, la cual, habiendo hecho fiasco en Madagascar, se estableció en Pondichery, punto muy oportuno para recibir allí los diamantes de Golconda, las sedas y las especias del Coromandel; pero nunca prosperó. La Bourdonnay trató de dar importancia a la Isla de Francia, con el concurso de los padres de San Lázaro; mas los pueblos que habían ido a establecerse allí, sucumbieron bajo el poder de los Ingleses.

Estos resolvieron dirigirse a la Persia y al Catay por la vía que seguían los Moscovitas. Luego la reina Isabel obtuvo del Gran Turco los mismos privilegios que los Venecianos. Las naves inglesas surcaron en breve los mares de la India, y saquearon otras naves portuguesas y holandesas; se fundó la Compañía de las Indias Orientales (1600), que se extendió pronto por las Molucas y el continente, a Delhi y Calcuta, venciendo la oposición de los Portugueses, convirtiendo las factorías en fortalezas, y fijando en Madrás la presidencia de la compañía. Después de graves contrariedades, los Ingleses dominaron en Bengala, en las dos orillas del Malabar y del Coromandel, en el Golfo Pérsico y en el Arábigo, aniquilando paulatinamente a los príncipes indígenas y estableciendo un despotismo egoísta. Hasta 1814, al concluir el privilegio de la Compañía de las Indias, no se declaró libre el comercio con la India, aunque conservó aquella su dominio, merced a ciertos pactos, que se modificaron en 1831.

Ni siquiera en estas empresas faltó el espíritu religioso; ninguna expedición de descubrimiento o conquista se hacía sin misioneros, los cuales hallaron gran campo de controversias y disputas en las Indias. Dedicáronse principalmente a las misiones los Jesuitas, entre los cuales se distinguió san Francisco Javier,

natural de España (1506-52), quien después de haber dedicado sus primeros esfuerzos a convertir a los Cristianos corrompidos, realizó prodigios con los príncipes, con los doctos, con los sacerdotes de la India, convirtiendo a unos y a otros, haciendo prevalecer a Cristo sobre Brahma, Buda, Confucio y Mahoma. De Goa, la Roma de las Indias, salían continuamente misioneros para Filipinas, el Japón y la China; mientras la Congregación de las misiones, instituida por san Vicente de Paúl, trabajaba principalmente en Madagascar.

198.- Japón

El archipiélago más oriental del Asia se llama el Japón (Nihon) por el nombre de la principal de sus 785 islas. El clima es benigno; abundan las perlas y los metales preciosos; el pueblo es numerosísimo, bello, ágil y vigoroso; la lengua es distinta del chino y no monosilábica. En 1206 se hacía ya uso de la imprenta para libros budistas. Tienen muchas costumbres y muchas artes comunes con los Chinos, de quienes adquirieron varios elementos que modificaron la civilización indígena, derivada de los Ainos pescadores y Cazadores. En tiempos remotísimos, el Japón fue colonia de la China, y su historia empieza por los siete grandes espíritus que reinaron millones de años, y el último de los cuales tuvo de una mujer cinco dioses terrestres.

El año 600 antes de Cristo asumió el mando Sin-mu, en quien empieza la era de los Japones. El Dairi o Mikado reinaba en absoluto, hasta que en 1158 dio autoridad a un jefe militar (kubo), cargo que se hizo hereditario; en 1585 este jefe militar despojó del poder al Dairi, dejándole sólo la autoridad eclesiástica, que trasmite por herencia, reside en Meaco, mientras que el kubo permanece en Yeddo (393). El Jefe temporal dio vigor al imperio, que sostuvo guerras con el extranjero y dominó en el interior a los revoltosos; quiso con el tiempo emanciparse de los Portugueses, que no se saciaban de ganancias, y quedó prohibido a los Japoneses salir del país para comerciar o para cualquier otro asunto. Había tres sectas principales: los adoradores de los ídolos antiguos; los Sinto, deístas que desprecian los demás cultos, y los Butzos, procedentes del budismo (394), que llegaron de la Corea el año 543 después de Cristo. Estos usan oraciones y maceraciones y representan a la divinidad por medio de extrañas figuras.

Después de Marco Polo, que describe el país, algunos Europeos fueron arrojados allí por una tempestad; entonces los Portugueses se dirigieron al mismo punto, donde fueron bien acogidos y realizaron extraordinarias ganancias.

Era introducido allí el cristianismo a costa de torrentes de sangre durante una persecución de cuarenta años, la más feroz que se recuerda. Cuarenta mil creyentes, no viendo otro modo de salvar su fe, se encerraron en el castillo de Simabara, donde, después de

defenderse hasta lo último, fueron todos degollados. Instituyose un tribunal de inquisición para perseguir y castigar al que aún observase el cristianismo. Quedó prohibido todo comercio con los extranjeros, exceptuando una factoría china y otra holandesa en una isla del golfo de Nagasaki (395), donde las negociaciones se verificaban bajo rigurosa vigilancia y entre actos en extremo humillantes.

Este pueblo quedó casi desconocido para Europa, hasta que en estos últimos años, el comercio del gusano de seda lo puso en comunicación con nosotros, fue muy frecuentado y aceptó la civilización europea.

199.- China. De la dinastía XV a la XXII

Cinco pequeñas dinastías dominan la China desde 907 a 960, entre incesantes guerras civiles, hasta que la dinastía XIX principió con el sabio Tait-sung III. Bajo el imperio de sus sucesores se distinguió Sse-ma-kuang, gran político, franco en decir la verdad, que escribió el Espejo universal para los que gobiernan, y se opuso con todas sus fuerzas a una nueva secta de Letrados que desviándose de Mencio y Confucio como de Lao-seu, no reconocía más que la naturaleza, y era protegida por Van-an-schi, ministro que introdujo usos y leyes nuevas, y nuevas formas en los exámenes de los Letrados.

Los Tártaros fundaron otras dinastías, e invadieron hasta la capital (1126); para rechazarlos, el emperador invocó el auxilio de los Mogoles (cap. 150). Gengis-kan, después de haber atravesado el desierto de Gobi (396), subyugó el país de los Tártaros-Kin, y los suyos le aconsejaban la matanza de toda la población y que dejase el país para pastos; pero él comprendió que sería de más provecho el impuesto que les exigió de 560 mil onzas de plata, 80000 piezas de seda, y 60000 sacos de granos. Semejantes aliados eran también gravosos a los Chinos, y Cubilai Kan no tardó en fundar un imperio septentrional, complaciéndose, en la civilización de los Chinos, cuya dominación había durado 4 mil años, con diez y nueve dinastías. Les sucedieron los Mogoles.
1211

Cubilai publicó un código más suave que los anteriores; contó en sus dominios cincuenta y nueve millones de personas y estableció su corte en la ciudad de Pekín, la cual con el nombre de Cambalá fue descrita por Marco Polo (cap. 183), que fue ministro de aquel emperador. También bajo los sucesores de Cubilai los Letrados obtuvieron respeto y honores, aunque los contrariaban las doctrinas y las costumbres musulmanas y budistas. Sin embargo, los Mogoles conservaron el gobierno a la china, y no cambiaron las costumbres populares. El último Mogol que gobernó la China fue Chun-ti, bajo el

cual los señores se hicieron independientes, y estalló una insurrección organizada por el bonzo Chu, el cual proclamó la independencia y obligó al emperador a retirarse a la Tartaria. En aquel tiempo, los libros clásicos chinos e indios fueron traducidos al mogol; Ma-tuan-li, de orden del emperador, escribió las Investigaciones profundas de los monumentos que han dejado los sabios, obra en veinticuatro partes y 348 libros, encuadernados en cien volúmenes.
1279
1383

Los Mogoles tuvieron su residencia en Karakorum (397); y aun después de haber perdido la China, eran aún poderosos en la Tartaria. De ellos salieron dos pueblos, los Calkas y los Elutos o Calmucos; los primeros se sometieron más tarde a la China, y los otros a la Rusia.

Durante dos siglos la China permaneció separada de Europa, porque habiendo perecido el poder marítimo de los Árabes, no era posible llegar por tierra entre tantos ejércitos.

Chiú, grande como todos los fundadores de dinastía, fijó su residencia en Nanking, dio prudentes instituciones, derribó los suntuosos palacios de que habían disfrutado los Mogoles, y moderó a los Letrados; también logró someter el Tíbet. La prosperidad decayó bajo el reinado de sus sucesores. Los Tártaros orientales, llamados Manchúes y divididos en siete hordas, se juntaron e invadieron la China, hostigándola durante mucho tiempo. Hi-tsung solicitó contra ellos el auxilio de los portugueses, que mandaron tropas de Macao; sin embargo los Tártaros ampliaban sus conquistas, y obligaron a los Chinos a afeitarse la cabeza, al estilo tártaro. Tsung-te, más que con las armas, quiso conquistar el imperio estudiando y siguiendo sus instituciones; se apoderó de Pekín, y de este modo subió al trono la dinastía de los Tártaros Manchúes, que aún reina.

Los tártaros El último emperador de los Ming había favorecido el cristianismo, y muchos Jesuitas describieron la catástrofe de aquella estirpe. Los Mogoles se defendieron largo tiempo; los Chinos resistieron también algo a los nuevos conquistadores; de modo que se prolongaron mucho los estragos. Pero prevaleció la disciplina de los Tártaros. Solo Cantón se sostuvo largo tiempo merced a Chin-si-long, famoso pirata, que inspiraba temor hasta a los Portugueses de Formosa, y fue, durante algún tiempo, árbitro del comercio de las Indias, hasta que fue cogido y muerto, siendo al mismo tiempo degollados en Cantón cien mil habitantes. Chun-si no permanecía encerrado en su palacio como los últimos Ming, sino que se presentaba en público; mantuvo la organización china, confiando los negocios públicos a los Letrados.
1641

Entre las doctrinas clásicas se habían introducido las budistas, y luego las negativas. En otro lugar dijimos cómo los Misioneros esperaban sacar partido de tales circunstancias para extender el cristianismo. Los Jesuitas, familiarizados con la lengua y las costumbres de aquel país, obtuvieron allí honores y empleos, merced sobre todo al conocimiento de las matemáticas y de la astronomía. El padre Mateo Ricci de Macerata llegó a ser ministro, hizo traducir e imprimir libros cristianos, y del año 1650 al 64 fueron bautizados cien mil Chinos. En tanto llegaban a aquella Corte embajadores rusos y holandeses, no menos que mogoles y tártaros; pero el pirata Cosinga hacía continuos desembarcos, por lo cual se dio orden de abandonar las costas hasta tres leguas del mar.

1650

Misiones de los jesuitas

Los Jesuitas, para adular a Luis XIV, llamaron el Luis chino a Kaog-ki, que sometió con largas guerras a las hordas del Asia central; compuso e hizo escribir muchas obras, señaladamente el diccionario chino-manchú, por orden de materias; apreciaba a los Jesuitas como hombres de ciencia, a quienes hizo trazar el mapa del imperio con la triangulación.

Sin embargo Kaog-ki persiguió a los cristianos porque su intolerancia molestaba los ritos patrios; los misioneros fueron expulsados, hasta que el tribunal de los ritos declaró que habían merecido bien de la patria, que no causaban daño, y que era preciso tolerar aquella religión como las demás. Pero los Jesuitas, para hacerse tolerar, habían empleado ciertas condescendencias, como no emplear la saliva ni el soplo en los ritos bautismales, no prohibir los pequeños cuadros en honor de los mayores que se veneran en las casas, y dejar que a Dios le llamaran Tien, es decir cielo; y adoptar una cronología más amplia conforme a la de los Letrados.

Esto valió severas censuras a los Jesuitas, de parte de sus enemigos; y Clemente XI prohibió el uso de las palabras profanas y de los ritos funerales; y como el principal objeto del gobierno chino es la tranquilidad, pareció el mejor partido desterrar a todos los misioneros. Al morir Kang-hi a los 69 años de edad, los misioneros fueron reducidos a las ciudades de Pekín y de Cantón; más tarde, fueron expulsados los Jesuitas, con la censura de Roma, y cesaron aquellas asombrosas misiones.

1622

Ya la política europea se fijaba en las vicisitudes de la China. Los Rusos, que lindaban con ella, la indujeron a firmar tratados, y de allí recibían el té (398) y el ruibarbo, cambiándolo

con pieles y paños. Esta vecindad y la consolidación de las naciones musulmanas, facilitaban la tranquilidad del corazón del Asia, mientras el incremento de las potencias marítimas contenía a los piratas. En 1713 fue recibida en la corte china la primera embajada inglesa; en 1795 la de la Compañía holandesa de las Indias. Hasta 1792, solo doce comerciantes europeos, aumentados luego hasta diez y ocho, pedían negociar en Cantón, mientras que los Chinos se extendían comerciando por todos los mares orientales, en la Malasia, y en la India transgangética. Finalmente las guerras de nuestros días rasgaron el velo que aún cubría aquella extraña nación.

200.- El África

Los viajes de los Portugueses habían trazado el contorno del África septentrional; muchas otras partes del continente eran conocidas y civilizadas desde tiempos muy remotos; sin embargo aún se desconoce el interior, a causa de la sequedad y aridez del suelo, por ningún río atravesado; sin contar el desierto de Sahara, que ocupa un espacio de 1600 millas geográficas de Oriente a Occidente, y la mitad desde el Norte al Mediodía. Si es pobre en piedras preciosas, es riquísima en vegetación. Los antiguos no penetraron más allá del Oasis Amón (Syoah) (399), aunque se tuvieron recuerdos de viajes más internos. Los Romanos, después de haber sometido a Cartago, sojuzgaron a los Garamantas; pero sus itinerarios no pasaron más allá del Atlas.

La revolución más importante fue la invasión de los Musulmanes, apóstoles armados, que montados en camellos penetraron hasta el corazón del África, para comerciar y extirpar a los antropófagos. Los descubrimientos tuvieron por puntos de partida los imperios de Fez y de Marruecos; los Moros expulsados de España ejercieron sus industrias en África. Edrisi, Ibn Batuta, León de Granada, vieron o describieron las comarcas interiores. Los Portugueses, en 1455, guiados por Cadamosto, penetraron en el Senegal, y conocieron Tombuctú y la Guinea.

Las poblaciones ofrecen gran variedad de orígenes, de costumbres y de lenguas. La exuberancia de las familias y de los pueblos sofoca el desarrollo de la personalidad. El gran número de mujeres, y la corta duración de su fecundidad, han hecho que se conserve allí siempre la poligamia. El Negro, que va desnudo, o poco menos, es en extremo perezoso; no ha tratado de domesticar al elefante, ni se complace en la caza, y adopta todos los géneros de religión.

El Egipto pertenece, por su historia y por sus relaciones, al Asia más bien que al África. Debió ser gloriosa la historia de Cartago y la Numidia; pero sus escritos no han llegado a la posteridad. La civilización era allí floreciente en tiempo de San Agustín; turbola el acero de los Romanos, y fue extinguida después

por la devastación de los Vándalos. Las varias dinastías musulmanas convirtieron las costas del África en teatro de incesantes vicisitudes; sin embargo vivían allí muchos cristianos, especialmente Venecianos, Pisanos y Genoveses dedicados al comercio. El cardenal Cisneros quería poblarlas de colonias europeas, a fin de que el Mediterráneo fuese un lago cristiano. Habiendo fracasado esta tentativa, el África cayó completamente en la barbarie, siendo asilo de corsarios. Las expediciones de los Portugueses fueron iniciadas a punto para reprimir a los Estados berberiscos.
Berberiscos

Abisinia   Al mismo tiempo se mandaban por tierra hombres en busca de la Abisinia. San Fromencio había introducido en ella el cristianismo en 350, y hasta hoy se ha conservado una extraña mezcolanza. Los Indios llegaron a darle una dinastía. Contábanse curiosas fábulas del preste Juan, rey pontífice de la Abisinia, de quien vinieron y a quien se mandaron embajadores de Europa; todo era fábula. Lo cierto es que durante mucho tiempo la Abisinia fue gobernada por aventureros y misioneros, y que los descubrimientos fueron adelantado, hasta el punto de poder decir que se cuenta hoy con otro nuevo mundo.

Los Portugueses se apoyaban en un breve pontificio para considerar como privilegio suyo el comercio de la costa occidental del África, y se establecieron a lo largo de la misma, a medida que se fue descubriendo. Pero fueron a competir con ellos los Ingleses y Normandos, que fundaron compañías de comercio poco afortunadas.

Los Yagas, nación feroz, caía de tiempo en tiempo sobre los países de la costa; sus costumbres inhumanas parecen excusar a los que defienden la trata de los Negros, enorme injusticia por la cual se calcula que se han arrebatado al África cuarenta millones de habitantes, para mandarlos a morir en América.

Encontrose poco oro en África; y la conservación de sus posesiones ocasionó guerras entre Holandeses, Franceses y Portugueses, prevaleciendo estos últimos en el Congo, en el Loango, en el Senegal y en el Benin. La parte más disputada fue el Cabo, donde hacían escala los buques que se dirigían a la India. Tomáronlo los Holandeses, y al principio lo poblaron de gente perdida; pero pronto conocieron su importancia, instituyeron una compañía y fundaron una ciudad que llegó a ser el depósito de todas las mercancías del África Meridional. Prosperó la agricultura y se dio en abundancia el famoso vino de Constanza.
El Cabo

En 1795 la ocuparon los Ingleses, pero la restituyeron pronto a los Holandeses, quienes la convirtieron en la posición militar más importante y en una floreciente colonia.

Salieron de allí algunas expediciones exploradoras para el país de los Hotentotes y de los Cafres, repugnantes razas que viven en el último grado del embrutecimiento.

El Nilo   El afán de descubrir las fuentes del Nilo hizo emprender

muchos viajes hacia el corazón del África. Bruce, Salt, Mungo-Park, Lander, Seetz y otros ilustres viajeros fueron en busca del nacimiento del misterioso río, hasta que últimamente se ha creído encontrado por Livingston. Creose la Sociedad Africana con el principal objeto de destruir el comercio de Negros, y se fundó a Liberia, adonde son conducidos los negros que se encuentran en los buques contraventores.

201.- Las Antillas. Los Filibusteros

Dase el nombre de Antillas al archipiélago que se extiende desde la extremidad meridional de la Florida a la entrada del Golfo Mejicano, hasta la embocadura del Orinoco, a poca distancia del archipiélago de las Lucayas. Son cuarenta y cinco islas, notables por su comercio y por su prodigiosa fertilidad. Allí crecen más de trescientas (400) especies de vegetales; el clima es benigno, si bien de vez en cuando se desencadenan espantosos huracanes. Al principio no las habitaron más que Españoles, con su absurdo sistema colonial; después se introdujeron los Holandeses (Curazao), los Franceses (Tobago y las Pequeñas Antillas), los Daneses (Santo Tomás), y los Suecos (San Bartolomé). Santo Domingo quedó despoblada, y los Negros que a ella se transportaron, se sublevaron contra los amos, formando en nuestros días un Estado independiente.

La principal ocupación en las Antillas fue siempre el contrabando, conspiración de la sociedad contra el fisco. Los Bucaneros vivían fuera de la ley, se dedicaban a la caza, cuyos productos vendían a los buques que capturaban. Otros piratas ingleses, llamados Filibusteros (401) (free-booters), anidaron en aquellas islas, asegurando con las armas el contrabando y los latrocinios. Formaban una sociedad, donde todo se poseía en común, hasta las mujeres y los hijos; su centro era la Tórtola; apenas veían aparecer un buque, se arrojaban sobre él de cualquier nación que fuese. Por sus novelescas hazañas adquirieron celebridad Pedro Legrand, Nau el Olonés, Miguel Lebasque, Enrique Morgan, que se apoderaron de puertos y ciudades. En sus empresas descubrieron varias islas. Alejandro Selkirk, arrojado por ellos en una isla desierta, fue el modelo de Robinson Crusoe.

Obrando de acuerdo y con orden hubieran podido hacerse dueños de toda la América y cambiar sus destinos; pero no dejaron más que recuerdos de destrucción y pillaje. Cansados de su vida de aventuras, se dedicaron a la agricultura, principalmente en Santo Domingo, que por el café llegó a ser el establecimiento más rico de ambos mundos. La Martinica abundó en tabaco, algodón, azúcar y cacao, productos que fueron sustituidos luego por el café. La pequeña isla de San Pedro se enriqueció por la pesca de la merluza. La principal fue siempre Cuba, cuyo comercio concedió España a una compañía; más tarde se concedió a los colonos que pudieran dar sus

mercancías a todos los Europeos directamente. Habiendo desaparecido el monopolio, adquirió la isla un desarrollo inmenso, lo cual excitó en los Estados Unidos el deseo de atraerla a su federación.

202.- Viajes a los polos

A fines del siglo XVI aparecen nuevos y arriesgados viajeros, ansiosos de extender o determinar, mejor los descubrimientos, con perjuicio principalmente de España. El inglés Francisco Drake se apodero de muchos buques españoles y emprendió uno de los más arriesgados viajes al rededor del globo. Alentados por la reina Isabel, muchos Ingleses, atravesando el estrecho de Magallanes y doblando el cabo de Hornos, surcaron el Pacífico, y a imitación de los Holandeses, causaron daño a España, contra la cual les ayudaron los Bucaneros y los Filibusteros. Durante esta excursión se descubrió el continente de la Nueva Holanda, cuyo contorno fue, prontamente delineado, mientras que el interior permanece aún poco conocido. Muchas islas, como las Malvinas, ya descubiertas por otros, eran ocupadas por los Ingleses, merced a la superioridad de su marina.

1577

Pero para llegar a las Indias ¿no existía acaso algún otro camino por la parte del Norte? Los Cabot, venecianos al servicio de Inglaterra, habían avanzado mucho por las regiones septentrionales, donde fueron vistos la Groenlandia y el Labrador (cap. 183); pero las expediciones tenían siempre un fin desgraciado. Sólo se aprovechaban las pesquerías de Terranova. Entonces Frobisher se dirigió en busca del deseado paso por el Noroeste, y llegó al Labrador, país de hielos, habitado por los Esquimales. Juan Davis fue más allá de la Groenlandia sin encontrar el ansiado paso, pero adquirió la convicción de que el Norte de América era un conjunto de islas, al través de las cuales era posible la navegación. Por otras tentativas se supo que al extremo de la Nueva Zembla se extendía un mar vastísimo que bañaba las costas de la Tartaria, llegando hasta las regiones más cálidas. Conociose el Spitzberg, donde la pesca de la foca y de la ballena adquirió tal incremento, que proporcionó inmensos beneficios.

1570

Hudson y Baffin dieron sus nombres a dos bahías, y los padecimientos de los que tuvieron que pasar el invierno en aquellas alturas hacen admirar una vez más el poder y la constancia del hombre.

Siberia Interesaba especialmente a la Rusia el descubrimiento

del paso Noroeste; pero esta nación apenas conocía la Siberia, a pesar de tenerla bajo su dominio y explotar sus pieles y sus minas de oro y plata. En 1639 conocieron los Rusos el río Amur, que naciendo en el corazón de la Tartaria, desemboca en el mar; entonces procuraron sujetar a los Tártaros, y se pusieron en contacto con los Chinos, de quienes consiguieron permiso para mandar cada tres años una caravana a Pekín.

1728

Subiendo de río en río hacia el polo, parece que los Rusos doblaron el Cabo Norte. Una horda de Cosacos llegó en 1696 hasta el río Kamchatka, donde tuvieron noticia de las islas Kuriles. Bering, después de haberse hecho a la vela desde el Kamchatka, pasó, sin advertirlo, el estrecho que separa los dos continentes y que conserva su nombre. Otros visitaron y explotaron las islas inmediatas, y se formó una Compañía ruso-americana. Hasta nuestros días, la Rusia no ha cesado de explorar aquellas regiones, donde cada año acuden millares de personas, en las pocas semanas que constituyen el estío, atraídas por el comercio de pieles y huesos fósiles, que cambian con cebada, harina, té, telas, utensilios de hierro y de cobre, y aguardiente.

203.- Progresos de la Geografía y de la Náutica. Derecho marítimo

Tan repetidos viajes fueron de grande utilidad para la Geografía, a pesar del misterio en que al principio se procuraba envolver a los descubrimientos, a fin de dificultar su acceso. Corrigiéronse los libros de Tolomeo, texto casi único entonces, añadiendo a los mapas los países que se iban descubriendo. Gerardo Mercator reimprimió el Tolomeo, de modo que destruyera las falsas opiniones que con el estudio de este escritor se habían adquirido. Se corrigieron los defectos de la proyección; se tradujeron y enmendaron las geografías antiguas y se hicieron otras nuevas, entre las cuales sobresalió la Geografía general de Bernardo Varen (1650), que considera bajo un aspecto general las cuestiones relativas a la parte física del globo. Es de importancia para la historia de la geografía la colección de los mapas que sucesivamente se han ido haciendo.

Se cree que Martín de Tiro fue el primero que señalo en los mapas los grados de distancia de un país con relación a un meridiano tomado como punto principal (longitud), y los de elevación sobre el ecuador (latitud); pero se cometían graves errores, que se fueron corrigiendo en mapas y globos cada vez más exactos, sobre todo desde que los grandes astrónomos discutieron sobre el aplanamiento del globo en los polos, y cada nación fue recogiendo con cuidado sus propios mapas, y se fueron perfeccionando los instrumentos para medir el espacio y el tiempo. Procediose a la medición de un arco

del meridiano; en 1669 Picard levantó la carta general de Francia, y en 1736 La Condamine, con varios compañeros de la Academia Francesa y algunos delegados españoles, multiplicó en el Perú sus observaciones geográficas, naturales y filosóficas. Aquel fue el primer viaje emprendido por el interés de las ciencias, relacionado con otro que al mismo tiempo verificaban Maupertuis y otros al Círculo Polar, quienes atestiguaron la diversidad de los dos diámetros en la proporción de 178 a 179, que fue reducida más tarde a esta otra [de] 302: 301. De la medición de un grado se dedujo la unidad de medida, es decir el metro, o sea la diez millonésima parte del cuarto del meridiano terrestre.

Son asombrosos los cuidados con que se llegaron a determinar las ondulaciones de la curva terrestre, relacionándolas con los fenómenos celestes, y las declinaciones de la aguja imantada, y las situaciones del polo magnético, en busca del cual se realizaron algunos recientes viajes.

La navegación mejoró también merced a la nueva forma dada a los buques y a las velas, y sobre todo merced a la invención de los vapores, sin contar las ventajas ofrecidas por el conocimiento de las corrientes del aire y del agua.

Todo esto inducía a precisar el derecho marítimo, es decir las reglas que deben observar mutuamente la naciones en el mar. Las decisiones pronunciadas en los diferentes casos de contestación dieron origen al Consulado del mar (cap. 184) en la Edad Media, y sus reglas pueden reducirse a cuatro sustanciales: 1ª. Las mercancías de enemigos cargadas en buque amigo pueden ser cogidas como buena presa; 2ª. En este caso, debe indemnizarse al dueño del buque del precio del flete; 3ª. Las mercancías de amigos en buque enemigo no son propiedad del fisco; 4ª. El que apresa un buque enemigo, puede pedir el precio del flete de los géneros de nación amiga que en él se encuentran, como si hubieran llegado a su destino.

Esto podía bastar cuando apenas se conocía el comercio por comisión; pero habiéndose extendido éste, introdujeron nuevos cánones los Ingleses, los Franceses y los Holandeses, y convinieron en que las mercancías enemigas fuesen protegidas por la bandera neutral, exceptuando siempre el contrabando de guerra, es decir las municiones y provisiones destinadas al enemigo. Esta reserva implicaba el derecho de visita.

Se ventilaron también las cuestiones relativas al mar libre, a los buques corsarios, los cuales recibían a veces patente para poder apresar buques enemigos, sin ser considerados como piratas; y esta atrocidad no ha desaparecido aún del todo, a pesar de los convenios recientes (1856). Como los Estados Unidos de América no quieren mantener en tiempo de paz una gruesa escuadra, dan en caso de guerra cartas de marca a particulares, y arrojan de este modo centenares de naves contra las enemigas.

204.- El mundo marítimo. Cook. Viajes polares

1768 El inglés Cook inauguró la navegación científica; acompañado por hombres eminentes en toda clase de ciencias, llegó a Tahití (402) para observar el paso de Venus por el disco del sol; exploró muchas y diferentes islas, la Nueva Holanda, la Nueva Gales, y volvió a su patria, habiendo dado la vuelta al globo en dos años y once meses. En este viaje, el célebre Banks que le acompañaba, enriqueció la botánica con ejemplares en extremo raros. En un segundo viaje, Cook adquirió el convencimiento de que en el polo no había el vasto continente de que se había creído que la Nueva Zelanda formaba parte; erró entre centenares de islas, descubrió las Nuevas Hébridas y las Sandwich, las más meridionales que hasta allí se vieron.

1776 Quedaba todavía la duda de si existía algún paso al Noroeste. Ofreciose Cook a hacer la investigación; pero sus hombres se sublevaron contra él y le dieron muerte.

Aquel viaje inclinó la atención general hacia los países de la Oceanía, olvidados después de su descubrimiento; los animales, las plantas, la raza humana, las lenguas, todo ofrecía allí extraño carácter. Conociéronse mejor las innumerables islas Carolinas y Marianas, la Nueva Holanda, la Polinesia. Produjo allí un gran cambio de cosas la introducción del cristianismo, en cuya misión se distinguieron las sociedades bíblicas inglesas; pero por desgracia se introdujeron al mismo tiempo el uso de las armas de fuego y del aguardiente. También fueron relegados allí los reos de Inglaterra, esperando que se enmendarían en países nuevos y deshabitados.

Cook no había sido afortunado en sus descubrimientos, pero había enseñado a atender a la salud de los marinos, comprendido la importancia del comercio de pieles, y ganado el favor de los hombres de ciencia, árbitros entonces de la opinión. Muchos quisieron seguirlo; el francés La Perouse fue en busca del paso Noroeste, pero murió en la empresa. Rusia, Inglaterra, los Estados Unidos se disputaron aquellas glaciales tierras para el tráfico de las pieles, mayormente por los cambios que se hacen con la China. Los cazadores descubrieron nuevos países y trayectos; Parry y Franklin tuvieron el valor de emprender un viaje por los eternos hielos, y se tuvo casi el conocimiento exacto del extremo septentrional de América. Merced a una suscrición particular, el capitán Ross volvió a aquella altura, donde tuvo que sufrir rigurosísimos inviernos y padecimientos tan monótonos como el país mismo en que se hallaba.

1785

1819

Aunque las expediciones de los mencionados, y las de Lyon, Beechey, Buchan y Book, tuvieron casi todas la muerte por resultado, se hacían siempre nuevos descubrimientos y se establecían nuevas relaciones, ya con los Esquimales, ya con el Japón. Inglaterra prevalece siempre, tanto en las expediciones como en las colonias, las cuales han llegado a ser el centro de las nuevas relaciones

entre el Occidente y los países más remotos del Oriente. No muestra menor poderío Inglaterra en el Mundo Novísimo, donde por todas partes establece factorías, esperando llegar a ser su señora exclusiva. En las tierras antárticas continúan las exploraciones, por parte de Inglaterra y de Rusia (Bellingshausen), de Alemania (Koldewey, Welprect), de Francia (Dumont d'Urville) y de América (Wilkes, Hall). Las islas de la Polinesia son principalmente frecuentadas para la pesca de la ballena y de la foca y para el comercio de pieles. Entre tanto, los sabios multiplican las observaciones astronómicas, geológicas, filológicas y sociales. Los estadistas discuten la oportunidad de las colonias; y se extiende el comercio; y la rapidez de los ferro-carriles y vapores convierte en un viaje de recreo la vuelta al mundo que parecía un portento en tiempos de Colón y Magallanes.

Libro XV

205.- Aspecto general. El imperio

El descubrimiento de América y el paso por el Cabo de Buena Esperanza, mientras que dan al comercio diferente dirección e introducen en la vida nuevas comodidades y nuevas necesidades, dirigen la política hacia otros intereses en beneficio del tráfico, de las colonias, y del dinero que aumentan. Y esto y el diferente sistema militar y un nuevo derecho público, no dejan ya que predomine sobre todos una idea moral; sino que cada Estado se dirige según sus propios intereses a conquistar una provincia, o a concluir un tratado matrimonial, o a adquirir una sumisión, o a establecer un equilibrio. Terminada la guerra de soberanos con vasallos y de los Comunes con los feudatarios, principian las de gobierno a gobierno, de pueblo a pueblo.

Subsisten todas las formas de gobierno; la monarquía hereditaria en Francia y España; la electiva en Polonia; la ilimitada en Rusia; la constitucional en Hungría; la nominal en Alemania; la sacerdotal en Roma; la feudal en los pequeños Estados italianos, hay repúblicas oligárquicas en Alemania, aristocráticas en Venecia, Génova y Lucca; militar en la Orden Teutónica; democrática en los cantones suizos; mercantil en Lübeck. Pero el elemento monárquico va prevaleciendo, donde más que por las aspiraciones y la opinión del pueblo, los hechos son determinados por la voluntad y el cálculo de los gobernantes.

Para que los príncipes no se inclinen al despotismo, se introducen contrapesos en el gobierno, y se establece el equilibrio entre los Estados, respetando la independencia de cada uno.

Son intereses generales: los religiosos, que aún tienden a rechazar las amenazas de los Turcos; las colonias; el desarrollo del pensamiento y los fáciles medios de comunicarlo por el estudio de las lenguas, por la imprenta y por los correos. Pero no ha

desaparecido el antagonismo entre los países de estirpe romana y los de raza germánica.

A medida que cesan los privilegios, las libertades alcanzan al mayor número.

En Asia el imperio Chino cae bajo el dominio de los Tártaros (1644); declinan los sofíes en Persia (1500-1723); los Mogoles se concentran en la India. Los Turcos establecidos en Europa se hacen poderosos merced a los genízaros y a su fuerza marítima. Pero el comercio no depende ya de Constantinopla, desde que los Españoles y los Portugueses lo han trasladado del Mediterráneo al Océano.

La Escandinavia, trastornada por la unión de Kalmar (403), permanece extraña al movimiento europeo. La Polonia, sin sus desórdenes interiores, amenazaría a la Rusia, que apenas ha sacudido el yugo tártaro y aún vive fieramente. Los Húngaros acampan cual centinela avanzada de Europa contra los Turcos; y aquellos y los Bohemios, resistiendo a estos, hubieran podido engrandecerse.

España ha arrojado a los Moros y se lanza a gigantescas empresas. Pero la unión de todos sus reinos en uno sólo y bajo un solo rey, inclina a éste a violar las constituciones históricas.

La corona de Francia aumenta su poder a expensas del de los grandes vasallos, el último de los cuales desaparecía con la muerte de Carlos el Temerario (cap. 162).

En Inglaterra, Enrique VII establece la monarquía absoluta y la unidad territorial sometiendo a la Irlanda y luego agregando la Escocia.

En Alemania no están bien determinados los derechos del imperio, desprovisto de dinero y reducido a una especie de federación sin fuerza. En medio de aquellos principados se ha engrandecido la Casa de Austria, y Maximiliano I (1499-1519) posee el Austria, la Estiria, la Carintia, la Carniola, el Tirol, la Suabia, la Alsacia, la Borgoña, Brisgau y Sudgau. Amante de las letras y las artes, al par que aficionado a la guerra, Maximiliano debe el mal éxito de sus empresas a su constante escasez de dinero. En la Dieta de Worms se publica la Paz perpetua, especie de constitución del imperio, por la cual se prohíben las guerras particulares, una Cámara imperial juzga las causas de los miembros inmediatos al Imperio; un Consejo de gobierno vela sobre la Cámara imperial, y en casos extraordinarios puede convocar al emperador y a los seis electores.

1485

Para distribuir la justicia suprema en los Estados hereditarios, Maximiliano instituye por último una Cámara áulica.

206.- Italia. Toscana. El Milanesado. Carlos VIII

La Italia no adquiere nuevos países, ni consolida una autoridad central, a pesar de ser el foco del saber y de la civilización, y se

convierte en palestra de las ambiciones, En otro lugar (cap. 147) hemos hablado del estado floreciente de las letras. El menor suceso proporcionaba motivo para fiestas y ceremonias, en que desplegar el lujo y el buen gusto. Los gobiernos establecidos procuraban concentrar en sí las prerrogativas reales, quitándolas a los barones; pero no se formaba la opinión que se necesita para llegar a la unidad nacional; ninguno de los cuatro Estados principales era bastante poderoso para someter a los demás; las repúblicas temían a los grandes señores, y sin embargo tenían que utilizar sus armas.

El equilibrio, establecido por Francisco Sforza, y Lorenzo el Magnífico, degeneró en egoísmo y astucia; y la política fue el arte de llegar al poder y conservarse en él por todos los medios, sin la menor idea generosa; y esta perfidia política fue en aumento cuando sirvió para combatir a los Alemanes, a los Franceses, a los Suizos y a los Españoles, en mal hora mezclados en los asuntos de Italia.

Inocencio VIII, que se entregó demasiado a las vicisitudes políticas, tuvo por sucesor a Alejandro VI, de pésima reputación, por su inmoralidad; fue sin embargo en extremo hábil y enérgico para reprimir a los barones, pero su principal intento consistía en asegurar una elevada posición a los hijos que había tenido de su querida la Venozza.

1402

Florencia había adquirido el predominio sobre las ciudades toscanas, sus enemigas; pero el hijo de Lorenzo, Pedro II, no lograba dominar a las facciones. hízose órgano de los descontentos Jerónimo Savonarola, natural de Ferrara, fraile que asociaba una sincera devoción a una decidida inclinación republicana, predicador muy popular, que mezclando la religión con la política, combatía al gobierno inmoral de los Médicis, a quienes acusaba de haber quitado la libertad a la patria. Los vividores, la corte y los amigos del placer, a quienes se llamó Tiepidi (tibios), trataban de ridiculizar a los que titulaban Piagnoni (llorones), partidarios del fraile, el cual era sostenido por el pueblo, tanto que éste cambió por cánticos sagrados las canciones lúbricas, y quemó una infinidad de libros obscenos y pinturas deshonestas. Savonarola quería regenerar la República por medio de la moralidad, y para conseguirlo podían mucho la educación de la juventud y el mejoramiento de las bellas artes.

Savonarola

En el Milanesado se había establecido con los Sforzas el despotismo militar, extendido entonces por la mayor parte de Italia. Luis Sforza lo ejercía en nombre de su sobrino Juan Galeazzo; y queriendo además el titulo de amo, invitó a Carlos VIII, rey de Francia, a que fuera a hacer valer las razones que le asistían para aspirar al trono de Nápoles como heredero de la casa de Anjou.

1483 Carlos VIII, caballeroso y vano, soñaba con el imperio del Oriente, para cuyo logro aspiraba desde luego a la conquista de

Italia y ésta, asustada de aquella nueva invasión, procuró defenderse con las leyes. Pero Fernando de Nápoles se había enemistado con los barones que minaban su ruina; los Florentinos esperaban, con la ayuda de Carlos, librarse de los Médicis; Alejandro VI, dar un principado a su familia; Luis, hacerse duque. A la llegada de Carlos, Juan Galeazzo acababa de morir y Luis reinó; Pedro de Médicis le prestó homenaje; el Papa le entregó a Zizim, aspirante al trono otomano; Fernando de Nápoles tuvo que huir; pero los Franceses con su preponderancia y su orgullo disgustaron a todo el mundo en Italia, y su ruina fue tan rápida como lo había sido su victoria. Carlos se vio obligado a retirarse, y los confederados italianos trataron de cortarle la retirada; en la batalla de Fornovo pudo a duras penas salvarse y volver a Francia.

Carlos VIII

1485
6 de julio

Fernando recuperó el reino. Pedro de Médicis había sido rechazado por los Florentinos, que proclamaron la República bajo la presidencia de Jesucristo, inspirados por Savonarola. Este reprobaba la corrupción de la sociedad y los vicios de la familia del pontífice; fue durante algún tiempo elevado hasta las nubes; luego el favor popular se convirtió en ira, y Savonarola fue procesado y condenado a la hoguera con otros dos frailes.

1493

207.- Luis XII. Los Borgia. Julio II. Liga de Cambray

La expedición de Carlos VIII resultó funestísima para Italia, porque dio principio a una serie de guerras, en las cuales parecía que los extranjeros rivalizaban en causarle daño, y concluyeron por quitarle la independencia. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, titulándose rey de las Dos Sicilias y duque de Milán, manifestó sus pretensiones como heredero de los Anjou y de Valentina Visconti. Los Venecianos reconocieron sus pretensiones, mediante la cesión de Cremona y de la Geradadda. En Milán, Luis Sforza desplegaba gran lujo, construía bellos edificios y protegía la agricultura y la industria; pero su corte era un semillero de inmoralidades y de intrigas. Era enemigo suyo mortal Jacobo Trivulzio, que guió a los Franceses contra Milán, de donde huyó Luis para ir a solicitar el auxilio del emperador Maximiliano; no pudiendo conseguir esto, asalarió a muchos Suizos y recuperó la Lombardía; pero al cabo de

poco tiempo cayó en Novara prisionero del rey Luis, que lo tuvo encerrado en el castillo de Loches hasta que murió.

1498

1500

Luis XII invadió a Nápoles; trató con Fernando el Católico, ansioso siempre de poseer aquel reino, y convinieron en que lo repartirían entre ambos. Fernando envió a Nápoles a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, quien mandó prisionero a España al rey Federico II. En seguida los Españoles se apoderaron de todo el reino; pero tuvieron que luchar con los Franceses. Maximiliano rehusaba la investidura del Milanesado a Luis XII y preparaba una Cruzada contra los Turcos.

Las victorias de los Franceses exaltaron a Alejandro VI y a su hijo César Borgia, duque de Valentinois, modelo de tiranuelos, resuelto a engrandecerse con la traición y la violencia, y digna personificación de la política descrita por Maquiavelo. Con tales artes quitó de en medio a los señores entre los cuales estaba dividida la Romania, ansioso de formar un señorío único. También ambicionaba el ducado de Urbino, la Toscana y el reino de Nápoles. Los muchos capitanes que aún disponían de todas las fuerzas de Italia, trataron de oponerse al duque de Valentinois, pero éste iba de éxito en éxito, hasta que de pronto murió Alejandro VI, envenenado según se cree. Julio II, que le sucedió en el solio pontificio, reprimió al duque de Valentinois, quien después de haber visto convertirse en humo sus soberbios designios, murió en Francia.

1503 Luis XII combatió a los Españoles con tropas francesas y suizas, y aquella época se señaló por heroicos hechos de armas que honraban a vencedores y a vencidos. Por fin se quedó Francia con el Milanesado, y España con Nápoles. Pisa, Florencia y Génova eran teatro de discordias civiles. Florencia recuperó a Pisa, que perdió entonces su antigua importancia. Julio II, más rey que Papa, quiso subyugar a la Romania, y se propuso libertar a Italia de los bárbaros, es decir de las tropas mercenarias, a cuyo fin llamaba ora a Maximiliano, ora a Luis.

Liga de Cambray Los nuevos príncipes tuvieron celos de Venecia, que se hallaba en el colmo de su grandeza y prosperidad. El Papa, el emperador, los reyes de Francia y de Nápoles, inventaron pretextos para coaligarse contra ella. Venecia les opuso la fuerza y la política, pero se hallaba reducida al último extremo. Los Franceses pudieron contar con los grandes capitanes que entonces campeaban en Italia (Bayardo, Gastón de Foix, La Tremouille, La Palisse), a quienes oponía otros valientes la España, mientras que otros capitaneaban a los Suizos, enemigos todos de Italia. Por último Venecia logró descomponer aquella torpe liga, y aliarse a su vez con Julio II, el cual siempre despótico, pretendió que cesaran las enemistades contra Venecia; armó a los Suizos que destinaba como barrera protectora de la libertad italiana, y no paró hasta morir

exclamado: ¡No más Franceses en Italia!
1508

1513

1513 Los Suizos, en efecto, eran poderosos por su excelente infantería, y devolvieron la Lombardía a Maximiliano Sforza, y derrotaron a los Franceses en Novara. Francisco I, nuevo rey de Francia, no pudo atraérselos, en vista de lo cual se puso de acuerdo con los Venecianos, y en Marignan (404) derrotó a los Suizos, que concluyeron con Francia la Paz perpetua. Maximiliano Sforza fue llevado prisionero a Francia, y Francisco I quedó dueño del Milanesado. Después de tantos desastres se firmó la paz en Noyon. Los dominios papales se habían aumentado con Urbino y Perusa; Venecia recuperó con la paz cuanto había perdido en la guerra; y después de pérdidas inmensas de riquezas y de hombres, y la ruina de su comercio, la Italia se hallaba expuesta a los Turcos y a los ambiciosos.

6 de junio

14 de setiembre

208.- Francisco I y Carlos V

Aquí la historia consigna con dolor la enemistad de dos grandes reyes. Carlos V heredó de su abuela María de Borgoña gran parte de los Países Bajos y del Franco Condado; de su abuelo Fernando y de su madre Juana la España y los reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; de Maximiliano los países austriacos; a todo lo cual hay que añadir media América y un retazo del África. En competencia con Enrique VIII y Francisco I, obtuvo también la corona imperial; y por medio de sus generales en la guerra, y con su propia política y su incansable actividad, pudo rivalizar con Francisco I, heroico y generoso.

1519

El fundamento de su poder era la España, donde no supo respetar las franquicias históricas ni las buenas disposiciones del gran cardenal Jiménez de Cisneros, por cuyo motivo se sublevaron los Comuneros, con el apoyo de Juan de Padilla; pero éste sucumbió, y Carlos aprovechó la coyuntura para quitar autoridad a las Cortes.

Los convenios con el Papa impedían que a la corona imperial se uniese la de Nápoles, que Francisco I reclamaba por la misma razón.

Pero León X, que hubiera podido mantener la balanza entre los dos contendientes, se asoció con Carlos V. Este era aborrecido de los Italianos, como heredero de las pretensiones gibelinas, como flamenco, o sea de una nación rival de Italia en el comercio; y como dueño de aquel nuevo mundo que les había arrebatado el cetro de los mares. Sus capitanes se apoderaron del Milanesado, con espantosas devastaciones, y en la Bicocca derrotaron al francés Lautrec; devolvieron el ducado a Francisco II Sforza, y contra Francia se coaligaron el archiduque de Austria, el rey de Inglaterra, Florencia, Génova, Siena y Lucca. Muerto Próspero Colonna, el capitán más prudente de aquella época, se hallaban al frente de los imperiales. Carlos de Lannoy, el marqués de Pescara, el condestable de Borbón, desertor de Francia, y Juan de Médicis, jefe de las bandas negras, que introdujo de nuevo la costumbre de las armas a la ligera. Bayardo murió en Romagnano, y los Franceses tuvieron que abandonar la Italia a aquellos enemigos que la devastaban.

1522

29 de abril

1523 Al espléndido León X sucedió Clemente VII, que asustado del incremento de Carlos V, se inclinó hacia Francia. Francisco I rechazó una invasión de su reino; luego volvió a pasar los Alpes y recobró el Milanesado; pero cayó prisionero en la batalla de Pavía. Las condiciones fijadas por Carlos V para darle la libertad eran demasiado gravosas, y se complicó aún más la política; veíase que Carlos V quería el Milanesado para su familia; Venecia sentía amenazada su libertad; Florencia veía desaparecer la suya; Clemente vacilaba, tanto más cuanto que Carlos V podía oponerle los nuevos heresiarcas. Francisco I recobró la libertad dejando en rehenes a sus propios hijos; pero faltó a sus promesas y entró en una liga con el Papa y con los Venecianos para arrojar de Italia a los Imperiales. Estalló, en efecto, la guerra; el Milanesado sufrió una devastación terrible, y el condestable de Borbón dirigió contra Roma el ejército imperial, o mejor dicho, las bandas capitaneadas por Jorge Freundsberg, que no obedecían a nadie, pero que querían predominio y saqueo. Sitiada Roma, y habiendo sido muerto el de Borbón, la ciudad fue entregada a un saqueo de los más atroces que se recuerdan, figurando entre sus víctimas los numerosos doctores y prelados que de todas partes acudían a Roma, metrópoli del cristianismo y de la civilización.

1525

24 de febrero

Saqueo de Roma
1527

1525

Aquel acto de barbarie hizo estremecer a todo el mundo civilizado. Francisco I y Enrique VIII se coaligaron para libertar al Papa y a los hijos de Francia, asegurar a Sforza el ducado de Milán y reprimir al monarca austriaco. Un ejército, mandado por Lautrec sitió en Nápoles al príncipe de Orange, retirado allí con el ejército imperial. La falta de dinero y las epidemias redujeron sus 25 mil hombres a 4 mil, los cuales, muerto Lautrec, se vieron obligados a rendirse. A las otras desventuras de Francia se añadió la deserción del genovés Andrés Doria, que se pasó al servicio de Carlos V, y excitó a Génova a libertarse de los Franceses.
1529 (405)
Paz de Cambray

Finalmente, en Barcelona y en Cambray se concluyó la paz; el pontífice obtuvo de los Venecianos la restitución de Rávena y Cerva, y del duque de Ferrara, la de Módena, Reggio y Rubiera. Los Médicis eran establecidos en Florencia y Sforza en Milán; el Papa daba a Carlos V la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles; Francisco renunciaba a Flandes y Carlos a la Borgoña. Habiendo cedido las Molucas a los Portugueses, Carlos llamó a Andrés Doria, y a bordo de su nave capitana marchó hacia Italia; en Bolonia recibió la corona de hierro y la de oro. Génova, Lucca y Siena quedaron libres; Federico de Mantua obtuvo el título de duque; el papado era gibelino, y la independencia italiana expiraba.

Florencia no era comprendida en la paz, porque la ambicionaban los Médicis, que habían sido arrojados de ella durante los últimos trastornos. Los Florentinos simpatizaban más con la Francia que con Carlos V pero el rey, que frustraba sus esperanzas, los abandonó a merced del Papa Clemente, el cual mandó contra ellos al ejército alemán, capitaneado por el príncipe de Orange. El sitio de Florencia es memorable por el heroísmo desplegado por los últimos güelfos; pero al fin tuvo que capitular y aceptar como duque a Alejandro de Médicis.

Sitio de Florencia
1530

Francisco I no sabía resignarse a la pérdida del Milanesado, y promovió una tercera guerra, cuando Carlos V hubo fracasado en la expedición contra los Argelinos, cuando la Hungría era invadida por el gran turco Solimán, y Flandes era igualmente amenazada. Francisco se coaligó hasta con la Turquía; pero los imperiales, aliados con

Inglaterra y otros países, invadieron la Francia y se dirigieron contra París. Después de recíprocos daños, se concluyó la paz de Crépy, por la cual la Francia renunciaba al dominio de Flandes y del Artois, y a sus pretensiones sobre Nápoles, y restituía a la Saboya los arrebatados dominios. Carlos renunciaba a la Borgoña y Enrique VIII conservaba a Bolonia.

1544

Paz de Crépy

La Italia, que había sido el pretexto de tantos desastres, yacía debilitada por cuatro guerras. Alejandro de Médicis disgustaba a los Florentinos con su tiranía y liviandades; su cómplice Lorenzino de Médicis le hizo dar muerte, y tuvo por sucesor a Cosme, hijo de Juan el de las Bandas Negras; opusiéronse sin resultado los Piagnoni, fieles a las ideas republicanas del fraile Savonarola, y los Strozzi, que fueron derrotados en Montermurlo. Conservaba su libertad Lucca, donde Francisco Burlamachi intentó una revolución que dio fuerza a la aristocracia. Siena, sostenida por los Strozzi y por los Franceses, después de un largo sitio se sometió a los Médicis, dejando a los Españoles los puertos de Orbitello, Talamome, Portercole, Monteargentaro y San Esteban, que se llamaron presidios.

1537

Lorenzino

1546

1534

Génova, dividida entre güelfos y gibelinos, nobles y burgueses, ciudadanos y plebeyos, mercaderes y artesanos, Adornos y Fegosos, iba modificando su constitución. Pedro Luis Fiesco, conde de Lavagna, trató de abatir el poder de los Doria, pero quedó muerto.

1557

Placencia había gemido bajo la brutal tiranía de Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa; fue muerto el tiranuelo en una conjuración, pero su hijo Octavio pudo recuperar el ducado.

1557

En cada una de estas y otras revoluciones aparecían las rivalidades entre Austriacos y Franceses. Paulo IV, de la familia de los Caraffa, pensaba emancipar a Italia y formó una liga santa contra el imperio; pero no fue secundado, mucho menos siendo vencidos los Franceses en la famosa batalla de San Quintín. Al fin la paz de Cateau-Cambrésis (406) dio término a las hostilidades entre Francia y Austria, y colocó los negocios de Italia en el estado en que debían permanecer mucho tiempo. El Imperio perdió las ciudades de Metz, Toul y Verdún; la Inglaterra a Calais. La Córcega fue entregada a los Genoveses; Placencia a los Farnesio; la Saboya, cuyo duque Manuel Filiberto se había distinguido en la batalla de San Quintín, aumentó en territorio y fue considerada como potencia italiana.

209.- Estados musulmanes

Con las discordias de los Cristianos, los Turcos estuvieron a punto de ocupar la Alemania y la Italia. Tenían tropas bien organizadas, excelente marina, formidable artillería, y felizmente para la cristiandad, los Musulmanes estaban sumidos en discordias políticas y religiosas. Mahomet II, después de la toma de Constantinopla, sojuzgó extensísimos países y la Grecia. En ésta respetó la Iglesia, pero los dignatarios tenían que comprar la patente al gran señor, quien los arrojaba del país o les daba muerte si oponían resistencia. El patriarca ecuménico, residente en Constantinopla, estaba encargado de proteger a los Griegos cerca de la Sublime Puerta. Otros pueblos habían conservado también ciertos privilegios sobre todo los montañeses que vivían armados en una especie de independencia.

Mahomet dio un Canon, que unido a la Ley, es decir, al Corán, servía de regla a los pueblos. En este Código se establece el despotismo más desenfrenado; el gran señor es dueño de vidas y haciendas, árbitro de elevar el esclavo a primer ministro, y de cortarle la cabeza.

1482

Bayaceto Bayaceto se hizo proclamar sultán a despecho y con perjuicio de su hermano Zizim, que huyó al quedar vencido; éste fue reclamado por todo el que quiso tener un pretexto de guerra contra el sultán; Alejandro VI consiguió que le fuese entregado, pero lo cedió a Carlos VIII (cap. 206), después de lo cual murió. Bayaceto devastó las provincias austriacas y el Friul, llegó a Vicenza, y quitó a Venecia Lepanto, Corone, Navarino y Durazzo. Fue derrotado por su hijo Selim, que estranguló a todos sus parientes, como a 40 mil Siítas que encontró en su reino.

1512

Persia Mientras tanto en la Persia se consolidaba la dinastía de los Ssafi, dominando la Media, la Mesopotamia, la Siria y la Armenia; declarando religión nacional la siíta, y por señal distintiva el bonete rojo. Fueron más cultos, aunque menos experimentados en política. Ismaíl, fundador de la dinastía de los Sofíes, estuvo en guerra con Selim y lo venció.

Los Mahometanos de Egipto, bastante perjudicados por las nuevas vías del comercio, fueron vencidos por Selim, quien después de haber sometido a toda la Siria, los destruyó y encargó a un bajá el gobierno de Egipto; le prestó obediencia el jerife (407) de La Meca, y desde entonces la Puerta pudo enviar todos los años un ejército al través del país.

La Moldavia, se había hecho tributaria de los Turcos, que amenazaban extirpar a la raza cristiana. Después del sanguinario Selim, se ciñó la cimitarra Solimán el Grande, valiente, culto,

generoso y emprendedor, que elevó el Imperio Otomano a su apogeo. Habiendo invadido la Hungría, se apoderó de Belgrado, baluarte de la cristiandad; atacó con 300 velas y cien mil hombres la isla de Rodas, que se defendió heroicamente, pero que tuvo que rendirse al fin, y la Orden se trasladó a Malta. Entonces Solimán atacó la Bohemia, donde las discordias civiles y religiosas le facilitaron la victoria; y en tanto la Europa indolente miraba sucumbir sus centinelas avanzados. Después de haberse unido la Bohemia y la Hungría bajo el archiduque Maximiliano, sobrevino el Gran Turco y se apoderó de Buda y Estrigonia, y embistió a Viena; pero tuvo que retirarse a causa de trastornos ocurridos en Asia. Había conferido la corona de Hungría a Juan Zapolsky, voivoda de la Transilvania; se había llevado 60 mil esclavos y colocado guarniciones en Buda; regresó en breve, devastó el Austria y la Estiria, y obligó a Carlos V y a Fernando a capitular con él y pedirle perdón. Sin embargo continuaban las recíprocas ofensas. Zapolsky, al morir, recomendó a su hijo al gran señor, el cual, como tutor del joven príncipe, ocupó a Buda. Fernando, que pretendía, siempre aquella corona, fue vencido delante de Pest (408) por Solimán, el cual se alzó con Francisco I para invadir a Nápoles si no se hubiese opuesto Venecia.

Solimán el Grande

1520

1526

1532

1542

El pirata Barbarroja, que se había hecho bey de Argel, asolaba las costas del Mediterráneo; llevose de Andalucía 60 mil Moriscos, devastó a Nápoles, sometió a Túnez a la soberanía de la Puerta, y el príncipe destronado se refugió junto a Carlos V. Éste sintió la necesidad de apoderarse de las costas de Berbería, y dirigió contra ellas 500 naves mandadas por Doria; repuso al sultán de Túnez, libertó a los millares de cristianos que había allí esclavos y sitió a Argel. Pero una tempestad destruyó parte de la escuadra y causó a la otra grandes averías; Carlos pudo escaparse después de grandes fatigas y peligros.

Expedición de Argel

1531

Aunque Venecia había renovado con Solimán algunos tratados, éste le quitó algunas islas, por cuyo motivo se coaligó ella con Carlos V, con los caballeros de Malta y otras potencias para reprimir el Turco. Pero por último los Venecianos se encontraron solos y tuvieron que hacer la paz con la Puerta, mediante la cesión

de importantes islas y puertos de la Dalmacia. En tanto, Barbarroja asolaba las costas de Francia, y se apoderó de Niza. Sucediolo Dragut, que ocupó a Bastia y amenazaba a Ancona y a Roma. Hasta 1562 no se concluyó la paz entre los Austriacos y Solimán, quedando comprendidos el Papa, Francia y Venecia, En todas aquellas empresas habían dado relevantes pruebas de valor los caballeros de Malta, para quienes fue aquélla la época heroica.

Solimán había vuelto siete veces a Alemania, a pesar de que al mismo tiempo hacía la guerra en Asia, organizaba el Egipto, invadía la Persia tomando a Tabriz (409) y Bagdad. No llegó a la India, donde Babur pensó renovar el imperio de Tamerlán; se engrandeció sobre las ruinas de los príncipes turcos, mogoles y uzbekos (410) y se aseguró el imperio del Gran Mogol. Protector de la ortodoxia musulmana, Babur escribió en turco sus propias memorias. Muerto él, se renovaron las discusiones entre los diferentes príncipes, mientras los Portugueses extendían sus conquistas.
1535

1530 Fue fortuna para Europa que con Solimán cesara en los Turcos la manía de las conquistas, pues las hubiera favorecido en demasía la Guerra de los Treinta, Años. Había enriquecido inmensamente el tesoro del imperio; cultivó las letras, favoreció a los poetas, publicó códigos, y pensaba unir el Volga con el Don, poniendo de esta manera en comunicación el mar Caspio con el mar Negro, lo cual hubiera arruinado a la Rusia. Para impedir las discordias entre hermanos, dispuso que los hijos reales se educasen en el harem, lejos de las armas y del gobierno, con lo cual preparó jefes pusilánimes para un pueblo exclusivamente guerrero.

210.- Literatura

Los progresos de la imprenta facilitaban en Europa la erudición, y eran verdaderos eruditos los Estienne (411), en Francia; Plantin en los Países Bajos; Caxton en Inglaterra; los Aldi en Italia. Se procuraba sobre todo descubrir y enmendar a los clásicos latinos e imitarlos; en ello adquirieron fama Jacobo Sannazaro, Jerónimo Fracastoro, Antonio Flaminio, el obispo Vida, y Julio César Scaligeri; todos los príncipes, mayormente los papas, tenían algún secretario que escribía sus cartas en latín. Erasmo (1467-1536) de Rotterdam, eminente conocedor del latín y del griego, estaba en relación con los poderosos y los sabios de toda Europa.
Latinistas

Este cultivo del latín hacía descuidar el italiano, y lo que es

peor, introducir afectaciones y pedanterías. Sin embargo se hicieron gramáticas italianas, y en este idioma escribieron los Tolomei, Celso Cittadini, Trissino, Varchi, Sanvitale, Castelvetro, Bembo, a quien se apellidó árbitro de la lengua. En Florencia se fundó la Academia de la Crusca, dedicada especialmente a la lengua, y cuyo famoso vocabulario fue el primer diccionario de lenguas vivas.

De mayor utilidad fueron los que adoptaron el italiano en libros, por más que a menudo la materia sea poco importante. Dejaron preciosas cartas el cardenal Pedro Bembo, Aníbal Caro y otros. Parece que ningún orador sobrevivió a los aplausos del momento. Los novelistas (Bandello, Firenzuola, Franco, Giraldi Cintio, Erizzo, Lasca) imitaron demasiado a Boccaccio en las ligerezas y obscenidades de que adolecían también las comedias (la Calandra, la Urinuzia, los Ludici, la Mandrágora). Davanzati tradujo el Tácito con más concisión que el texto.

La poesía venció con Lorenzo el Magnífico, que la adoptó para himnos sagrados y cantos de fiesta. Ángel Poliziano (412) compuso el primer melodrama (el Orfeo), y bellísimas Stanze para celebrar una justa de los Médicis. Otros muchos versificaban adulaciones a las bellas y a los poderosos, elevándose raramente a sentimientos patrios y religiosos (Molza, Casa, Guidiccioni, Celio Magro). No faltaron poetisas, como Tulia de Aragón, Casandra Fedele, Victoria Colonna, Tarquinia Molza. Sannazaro (1458-1530), además de un poema latino (De Partu Virginis), escribió La Arcadia, y églogas pastoriles. Las sátiras castigaban los vicios de aquel tiempo (Rosa, Menzini, Ariosto, Alemanni, Mauro), sin la verdad que las hubiera hecho originales. Se deseaba reír, y a esto se encaminaban muchos capítulos en alabanza de la nariz, del hambre, de la peste, y Berni dio su nombre a este género.

La epopeya no se concebía como la que resume en un personaje o en una empresa el retrato de un pueblo, de una época, de una civilización; elegíase un asunto cualquiera para la poesía, generalmente las aventuras caballerescas contadas en novelas españolas y francesas. Luis Pulci (1432-87), natural de Florencia, cantó en el Morgante las valentías de gigantes sin interés ni verosimilitud. Mateo Boyardo (1434-94) escribió el Orlando Enamorado, que después refundió Berni. Luis Ariosto (1474-1533) fue el continuador de las aventuras de aquel héroe, escribiendo el Orlando Furioso, poema el más bello y deplorable de la literatura italiana, pues no le inspiró ningún fin noble, si bien es un modelo acabado de poesía sencilla, elegante y animada.

Tuvo Ariosto muchos imitadores, entre ellos Luis Alamanni (el Girón cortés, el Avarchide) y Bernardo Tasso (el Floridante, el Amadís). Juan Jorge Trissino (1478-1550) escogió un bello asunto en la Italia Liberata, pero careció de arte en sus lánguidos versos sueltos. También se ensayó en la tragedia (Sofonisba); género que otros cultivaron con éxito. El Orbecche, la Rosmunda, la Arcipranda y algunas otras sirvieron de base al primer teatro regular, aunque sin nada de nacional ni espontáneo.

Historia   Mejor éxito alcanzaron los historiadores, como los

florentinos Jacobo Nardi, Felipe Nerli, Benito Varchi, y principalmente Francisco Guicciardini (1482-1540), que describió la bajada de Carlos VIII, con la magnificencia de Tito Livio, y con una política sin moral. A esta se aplicó el nombre de Nicolás Maquiavelo (1460-1597), quien, además de sus Historias en que se eleva a conceptos sintéticos, expuso (Discursos sobre las Décadas de Tito Livio, El Príncipe) una política cual se practicaba en su tiempo, repugnante a las ideas cristianas, encaminada únicamente a las ventajas materiales de los tiranos o de las naciones, aspirando al éxito sin reparar en los medios. Trató de mejorar la ciencia militar, aconsejando la formación de tropas nacionales, al estilo antiguo, en vez de las mercenarias, que eran entonces la única fuerza. A esto contribuyeron los arquitectos que modificaron las fortalezas como convenía, dadas las nuevas armas (Sanmicheli, Volturno, Tartaglia, Marchi, Lentieri); y de aquel modo se puso un obstáculo a las invasiones de los Musulmanes.
Maquiavelo

Algunos países tenían historiadores oficiales, principalmente Venecia, sobre la cual escribieron Sabellico, Navagero, Paruta, Marin Sanuto, Bembo; como sobre Génova escribieron Justiniani y Foglietta; sobre Monferrato, Benvenuto de San Giorgio; sobre Nápoles, Ángel de Constanzo y Camilo Porzio; sobre toda Italia, Juan Bautista Adriani. Triste fama adquirió Pablo Giovio (1494-1544) que describió en buen latín los acontecimientos de su época, atendiendo menos a la verdad que al elogio de quien le pagaba.

211.- Bellas artes

Con las letras se habían regenerado las Bellas artes. Tres escuelas disputábanse la primacía: la veneciana, que prevalecía por el colorido; la florentina, con más armonía y suaves gradaciones; la romana, superior en el dibujo.

Al veneciano Juan Bellini siguieron Cima, Carpaccio, Giorgione, hasta llegar al Tiziano Vecellio del Cadore (1477-1576) (413), el más eminente de los coloristas. Sus discípulos descuidaban el dibujo y la expresión. Entre ellos sobresalieron Pablo Veronese, Moretto, Bassani, Tintoretto, los dos Palma.

La escuela de Umbría transmitió sus piadosas inspiraciones al Perugino, y por medio de éste a Rafael de Urbino (1483-1520), que reuniendo las cualidades de los mejores artistas, es considerado como el más insigne de todos. De su escuela salieron el Fattorino, Julio Romano, Julio Clovio, miniaturista, Perino de Vaga, con los cuales trabajaron Polidoro de Caravaggio, Pinturicchio, Peruzzi, Primaticcio, fray Bartolomeo, Ghirlandajo, Andrés del Sarto, Lucas Signorelli.

Rafael

Miguel Ángel   Miguel Ángel Buonarroti, florentino, escogió sendas distintas de las del orden y la corrección. Sobresalió en la arquitectura (cúpula de San Pedro), en pintura (Juicio universal), en escultura (Moisés); fue literato distinguido, buen patriota y buen cristiano. En sus trabajos no obedecía más que a su propia inspiración, sin tradiciones de escuela y con vigorosa personalidad.
1475
1564

Los pontífices habían querido atestiguar su grandeza erigiendo sobre el Vaticano el más grande de los templos. En él habían trabajado Rosellini, León Bautista Alberti, Bramante, Sangallo, fray Giocondo (414), Rafael y Peruzzi, cuando por último Miguel Ángel puso la cúpula.

Siguieron la escuela de Miguel Ángel, el florentino Granacci, Franco, Pocceti, Vasari, el arquitecto Ammannato, el escultor Bandinelli, Benedicto de Rovezzano, Montorsoli, Guillermo Della Porta, Juan Bologna; pero quisieron imitar demasiado las actitudes forzadas del maestro, la anatomía, los caprichos, exagerando su estilo y cayendo en el ridículo.

Leonardo de Vinci   Leonardo de Vinci (1432-1519), de sublime ingenio, que de todo sabía, fundó otra escuela; hizo, entre otras producciones, el Cenáculo de Milán, y fue el precursor de muchos inventos mecánicos y físicos. Creó o regeneró la escuela lombarda, que honraron Bernardino Luino, César de Sesto, Gaudencio Ferrari, Lomazzo, y en la escultura Cristóbal Solaro, Bombaja, Biffi, Aníbal Fontana, Fusina y Agrato.

Jorge Vasari (1512-74) escribió las vidas de los pintores, obra preciosa a pesar de sus muchos errores. Más curiosa es la autobiografía de Benvenuto Cellini (1500-70), renombrado por sus joyeles y cinceladuras.

Parma se honra con Correggio, notable por la expresión de los efectos y por los escorzos, y por su inteligencia en el claro-oscuro. Siguieron su ejemplo los Mazzola.

Casi no hubo ciudad sin sus pintores y escultores ilustres. La arquitectura se mantuvo fiel a la escuela de Vitrubio y a las imitaciones de los Romanos, abandonando como bárbaro el estilo de la Edad Media. El veronés fray Giocondo se distinguió particularmente en la fabricación de puentes; los Lombardo desplegaron cierta originalidad en Venecia, donde después Jacobo Tatti de Sansovino introdujo el gusto de Miguel Ángel. Antonio Sangallo construyó varias ciudadelas y puertas de ciudades. Génova debe a Alessi de Pertisa fastuosos palacios e iglesias. Jacobo Barozzio, natural de Vignola, delineó todos los edificios de Roma, construyó varios palacios, singularmente el de Caprarola, y en su Regla de los cinco órdenes redujo la arquitectura a normas fijas. Modelo de género

correcto más que de comodidad fue Andrés Palladio de Vicenza (la Basílica, el Redentor); Vicente Scamozzi dio pruebas de caprichosa originalidad en buenos edificios y en su obra la Idea de la arquitectura universal. Brescia se honró con el vicentino Formentone; Milán con Meda, Mangoni, Bassi y Tibaldi Domingo Fontana de Meli trabajó en Roma por cuenta de Sixto V y levantó los obeliscos. Sanmicheli se dedicó con preferencia a la arquitectura militar.

Hubo muchos plateros insignes, entre ellos Juan de Corniole, Domingo de Cammei, Jacobo Trezzo, Valerio Vicentino, grabadores de piedras preciosas y cristales.

Después de varias tentativas, Maso Finiguerra introdujo el grabado en cobre, al cual se dedicaron insignes artistas, como Marco Antonio Raimondi de Bolonia, que excedió a todos. Este grabado reprodujo y divulgo el conocimiento de las obras maestras del arte de la pintura. Siguieron el grabado al agua fuerte, el método negro, y por último el color.

Otros artistas trabajaron en taracea, principalmente para las sillas de coro y las sacristías. El arte del vidrio adelantó más en Francia y en Flandes. Faenza, Urbino, Pesaro y Casteldurante fabricaban vasos, platos, vasijas de barro, adornados con dibujos de esmalte, ejecutados algunas veces por los principales artistas. Por último el francés Bernardo de Palissy imitó las porcelanas y el esmalte.

Las artes del dibujo se extendieron también fuera de Italia. Francisco I llamó a muchos artistas italianos para trabajos arquitectónicos y pinturas. Por esto Francia careció de originalidad; sin embargo adquirieron justa fama como arquitectos Lescot, Goujon, Cousin de Soucy, Delorme.

En España empezaron a apartarse del estilo morisco para inclinarse hacia los clásicos. No se cita en este país ningún talento eminente, pero si varios buenos artistas.

La Rusia conservó el sello del arte bizantino, a pesar de que Iván llamaba artistas de Alemania e Italia; hasta Fedor I, solo se pintaron santos, según los tipos antiguos.

La escuela flamenca imitaba fiel y minuciosamente a la naturaleza. En Baviera se generalizó pronto el gusto de Vasari. Conservó su originalidad el sajón Lucas Cranak; Alberto Durero (1471-1528) retrató a los grandes hombres de su tiempo, y se aplicó de tal manera al grabado, que ejecutó 106 en cobre y 302 en madera. Juan Holbein de Basilea (1495-1554) dio movimiento a las figuras y carácter a la expresión.

Música Progresó el arte musical. Después que Guido de Arezzo hubo introducido las notas, Juan Murci indicó distintamente las longas, breves, mínimas, semibreves y máximas, y comenzó la armonía moderna (De Discantu, 1360). En el siglo XV, Franchino Gaffurio, natural de Lodi, y los flamencos Hycart, Tintore y Guarnerio, fundaron una escuela en Nápoles; en varias ciudades había academias filarmónicas; los Flamencos eran tenidos por los mejores maestros. La gente se apasionó por el sonido y el canto, a que eran muy

aficionados casi todos los grandes artistas, como Leonardo de Vinci, Benvenuto Cellini, y los príncipes y reyes.

Perfeccionáronse también los instrumentos. El violín, desconocido de los antiguos, parece importación de los Cruzados; estaban sumamente generalizados el laúd, la bandurria y el colachón. Fue perfeccionándose el clavicordio, hasta que se inventó el piano moderno. En Cremona se construían magníficos instrumentos de cuerdas. Pero parece que no sabían formar aquella unidad que llamamos orquesta.

Si la severidad de la Reforma excluyó la música de la iglesia, le dio incremento el desarrollo del teatro; se instrumentaron composiciones dramáticas, como el Orfeo de Poliziano, el Sacrificio de Beccari, el Pastorfido de Guarino, el Aminta del Tasso. El cremonés Claudio Monteverdi (415) introdujo sin preparación en los madrigales las disonancias dobles y triples de las prolongaciones, dando a la música independencia y apasionado acento. Julio Caccini y Octavio Rinuccini creyeron haber descubierto el verdadero recitado de los antiguos; así pusieron en música la Eurídice, que fue seguida de otras obras lírico-dramáticas.

Se multiplicaron las escuelas, y hubo con frecuencia conciertos en los palacios y en los teatros, donde se representaron óperas serias y bufas. San Felipe Neri introdujo los oratorios, que eran laudes y que luego llegaron a ser representaciones completas de hechos morales y sagrados.

Los adelantos de la música se introdujeron en la sagrada, y los ritos de la Iglesia adquirieron un carácter profano tal, que el Concilio de Trento estuvo a punto de prohibir la música en los templos. Pero Pedro Luis Palestrina (1520-94) compuso una misa, con la cual demostró que se podía conciliar la expresión del texto con la melodía. Con esto bastó para que tanto este arte como las demás saliesen vencedoras.

212.- Costumbres. Opiniones

Era general, en aquel siglo, el aprecio en que se tenía a los literatos y artistas; todas las cortes querían adornarse con ellos, especialmente la pontificia; las ciudades y el pueblo se regocijaban por una composición, por un cuadro, por una representación. Nuevos Mecenas fueron León X y Clemente VII, Francisco I, Matías Corvino, los príncipes de Este, Gonzaga y Farnesio, y sobre todo los Médicis. Este amor no era siempre respetuoso, y los artistas seguían las órdenes y las inspiraciones de sus protectores, más bien que las de su propio genio y elevados sentimientos, que dan la verdadera y útil popularidad. Maquiavelo, Ariosto, Tasso, hasta Rafael, compusieron según el gusto de sus mecenas; con sobrada frecuencia no procuraban más que agradar, pero agradar a quien les pagaban, alabando o vituperando por encargo o condescendencia. Por falta del sentimiento

de la propia dignidad, poetas y pintores escogían un asunto cualquiera, sin más objeto que el de manifestar su habilidad, y pasaban sin reparo alguno de lo sagrado a lo obsceno, cuando no se aplicaban a lo fútil. Para esto servían tantas academias literarias, donde se iba a leer u oír composiciones hechas únicamente para ser escuchadas o leídas. Todo ello daba lugar a repugnantes adulaciones, a villanos vituperios, a la baja costumbre de mendigar favores y dinero. El tipo más torpe fue Pedro Aretino, de ingenio muy mediano e infame carácter, el cual, a fuerza de prodigar alabanzas y amenazar con ultrajes, llegó a imponerse hasta a los soberanos, como a los grandes artistas que le prodigaban halagos, dones y alabanzas, y se llego a dar el título de divino. Este corrompió ciudades enteras y el genio de Tiziano. Imitábanle los Doni, Domenichi, Franco, Ortensio Landi, mercenarios de la literatura.

Esta tuvo entonces su siglo de oro; pero no inventó ningún género nuevo, ni mostró originalidad como en sus principios; imitó las formas latinas en la epopeya como en la escena; adaptó a los clásicos la arquitectura; trasformó a Cristo en Jehová o en Apolo, el Vaticano en templo de las Musas, y separó lo bello de lo verdadero y de lo bueno.

El predominio de la imaginación sobre la religión trastornó algo las costumbres, tanto en el pueblo, abandonado a su rudeza, como en los señores, entregados a refinada voluptuosidad, y también en los príncipes, demasiado imbuidos en las doctrinas de Maquiavelo. Al entibiarse los sentimientos religiosos, tomaron incremento las supersticiones; creíase ciegamente, pero se separaba la fe de la acción, y las prácticas religiosas no impedían las vilezas. Las cortesanas famosas reunían a los literatos, artistas y prelados, y tenían cantos y retratos en vida, y exequias y epitafios a su muerte. El asesinato político era parte de la táctica de aquella época, y el pueblo lo aprendía de los grandes. Escenas de sangre contaminaron todas las cortes de aquella época, a pesar de que vivían los recuerdos de las galanterías caballerescas. El insensato afán con que se buscaban los productos del Nuevo Mundo, aumentó los deleites y con ellos la gula y la lujuria. La ostentación de las riquezas dio origen o nuevo brillo a las fiestas y comparsas que con cualquier pretexto se organizaban. Formáronse compañías para representar comedias y dar públicos espectáculos en las plazas. Se extendió el uso de las carrozas, y las repúblicas trataron en vano de reprimir el lujo con leyes suntuarias que lo atestiguan.

De Italia se comunicaba el lujo a las demás naciones, con la diferencia de que lo que en una parte era regio, en otras era popular.

La recrudescencia del paganismo, que había invadido las costumbres y la literatura, se manifestó también en las ciencias ocultas, ya científica, ya vulgarmente. El neo-platonismo se redujo a una amalgama de doctrinas indias, hebraicas, egipcias y griegas, que, atravesando la Edad Media, alcanzó hasta los tiempos modernos, en pos de los tres mayores bienes del mundo, la salud, el oro y la verdad. Adquirió gran fama Paracelso (416) de Eindsidlen

(1495-1541), que dio la vuelta al mundo enseñando ciencias misteriosas que le habían sido reveladas, según decía; formó alumnos particularmente en Alemania, donde fundó la secta de los Rosa-Cruz. Teníase en gran consideración a estos filósofos, que proporcionaban remedios y trocaban en oro los viles metales, y pronosticaban el porvenir. Cornelio Agripa de Nuremberg(1486-1535) dio un tratado completo de las ciencias ocultas, amalgamando la medicina, las matemáticas, la astrología y la cábala. El milanés Jerónimo Cardano (1501-76) ilustró la magia natural e hizo de charlatán, siendo gran matemático. Juan Bautista Della Porta (1540-1643) (417), natural de Nápoles, expuso en la Magia natural los sueños teosóficos. El célebre médico francés Ambrosio Paré sostuvo las apariciones diabólicas, como las sostuvieron el célebre publicista Juan Bodino y otros muchos.

Ciencias ocultas

Brujerías No es, pues, extraño que en el vulgo se arraigasen aquellas creencias, suponiendo posibles los pactos entre el diablo y las brujas, las cuales, vendiendo su alma, adquirían la facultad de obrar a veces en bien, con frecuencia en mal, siempre con el supremo intento de conquistar almas para el infierno. El culto que presentaban a los poderes diabólicos; sus reuniones nocturnas cuyo objeto era la impiedad y la lascivia; su influjo en la salud de las personas, en los temporales, en los frutos, son cosas conocidas, y por desgracia aún no del todo desarraigadas. Pero entonces parecía impiedad el dudar; los curas usaban exorcismos, y los seglares apelaban a leyes, procesos y suplicios. El recto sentido se oponía a veces al sentido común; pero si hubo libros en contra de aquellas supersticiones, fueron muchos más los que se encaminaron a demostrar el poder maléfico, a enseñar los remedios y a normalizar los procesos, sobre todo desde que estos fueron confiados a la Inquisición y apoyados en bulas papales. Horror causa el pensar en los centenares de criaturas que cada año se sacrificaban por delitos que la razón reconoce imposibles y que la ciencia explica con las afecciones nerviosas o histéricas, con las imitaciones, con el miedo, con la ferocidad misma de los procesos. Apenas hace un siglo se discutía aún si era o no posible la traslación de los cuerpos, la magia y la brujería.

213.- La Reforma. Lutero

La corrupción de la cristiandad hacía sentir la necesidad de una reforma, como en tiempos de Gregorio VII, de San Francisco y Santo Domingo. Pero había muerto la sociedad que se fundaba en la creencia de Dios y la obediencia a su vicario en la tierra. Por otra parte, el descubrimiento de nuevos países, nuevas lenguas, nuevas religiones y nuevos libros canónicos, extendía las ideas fuera del estrecho círculo de las creencias legales. La crítica y la filología, aplicadas a los clásicos, volvíanse hacia los textos sagrados; la política de los reyes chocaba con la de los papas y acostumbraba a los pueblos a criticar no sólo a los reyes, que con frecuencia daban lugar a ello, sí que también a los frailes, desviados de la primitiva autoridad, y a los curas, escasos de conocimientos y de virtudes. Renació el culto al paganismo, que fomentaron los grandes escritores, y que ofreció marcado contraste con la severidad cristiana y la rudeza de los escritores eclesiásticos. Este restaurado gentilismo apareció en el Vaticano con León X, en cuya corte, tomaron cierto carácter idólatra las expresiones, las fiestas y las costumbres; y los escritores de aquella época no sabían más que admirar a los Romanos y a los Griegos, es decir, la civilización y la cultura anteriores al cristianismo.

Con una franqueza que asombra al que no sabe lo tolerantes que son los poderes no amenazados, censurábanse las formas exteriores de la Iglesia, las costumbres de los prelados y de los frailes. Las excomuniones, prodigadas por
cuestiones mundanas, como hizo Julio II, perdieron su eficacia. La continua intervención de los Alemanes, en las cuestiones italianas había hecho nacer aquella mutua antipatía por la cual se desconocen las buenas y se exageran las malas cualidades.

Lutero De tales sentimientos estaba poseído Lutero, fraile agustino de Eisleben (1483), cuando fue enviado a Roma por cuestiones monásticas. Allí donde todos admiraban, él no encontró más que motivos de censura; permaneció impasible ante la poesía del cielo y las artes de Italia, y se escandalizó de ver la rapidez con que se decían las misas, de las costumbres poco eclesiásticas y del lujo de los prelados.

En aquel tiempo, León X, queriendo adornar al cristianismo con el templo más grande que se hubiese visto, y creyendo que la cristiandad entera iba a contribuir a su construcción, envió frailes por todas partes en busca de donativos, prometiendo indulgencias. El abuso de estas indulgencias fue mal interpretado por el pueblo, y cundió la creencia de que, mediante dinero, se adquiría el perdón de los pecados. Escandalizose Lutero de semejante error, y empezó a predicar contra el abuso, y luego contra el uso de las indulgencias, que no le parecían de precepto ni de consejo divino. Al ser contradicho, se afirmó aún más en sus tesis; la imprenta, entonces reciente, agrió la cuestión difundiendo escritos en pro y en contra; y antes de que Roma se apercibiese del peligro o pensase en repararlo, la cristiandad quedó dividida en dos bandos. Fray Martín,

llamado a Roma, hacía protestas de sumisión al Papa, pero no obedecía; propuso públicas discusiones, y se sintió fuerte desde que el pueblo se declaró de su parte, mientras que los doctos consideraban como liberalismo el oponerse al Papa. Cuando éste lo excomulgó (1520), Lutero lo tomó a burla y el fuego prendió en toda Europa. En la Dieta de Worms, el emperador Carlos V procuró sofocarlo, y no consiguiéndolo, proscribió a Lutero, quien protegido por el duque de Sajonia y poderosos barones, se retiró al castillo de Wartburgo (418). Allí se dedicó a poner en orden sus propias ideas y a preparar lo que había de servir de símbolo a la nueva fe. Negó la necesidad de las buenas obras, es decir, de aquellas que eran mandadas o recomendadas por la Iglesia, pues Dios había sido aplacado por el sacrificio de Cristo.

Los príncipes aprovechaban la ocasión para suprimir abadías y conventos y apoderarse de sus riquezas. Curas, frailes y monjes se consideraban libres de casarse, como hizo Lutero, que se casó con una monja. Los libros y las expresiones de Lutero revelaban en él una extraña mezcla de bondad y altivez, de sentimiento y burla, de sutilezas y preocupaciones.

Escribía en latín con pesadez y dificultad; su estilo inflamado y ampuloso dista mucho de tener la elegancia y la armonía de los clásicos; pero su traducción de la Biblia al alemán es una obra maestra, que dio fijeza a aquel idioma e hizo literario al dialecto sajón que adoptó.

Ninguna de sus doctrinas teológicas era nueva, no siendo verdad que proclamase el libre examen; pero les daba vigor con su audacia y la implacable saña con que atacaba a sus adversarios.

Melanchton Grande ayuda le prestó Felipe Melanchton (419), que moderaba sus ímpetus y buscaba medios de conciliación. También la deseaba Roma, que eligió comisiones para indicar las reformas necesarias. Adriano VI, tan piadoso como instruido, y escandalizado del reciente paganismo, daba razón en muchas cosas a los luteranos; pero vivió poco, habiendo disgustado a los literatos, acostumbrados a la precedente esplendidez.

Era ya imposible toda reconciliación; aparte de los muchos intereses comprometidos, las consecuencias sociales de la Reforma comenzaban a dejarse sentir; cada cual quería interpretar la Biblia a su modo, y se proclamaba la inutilidad del sacerdocio y de las buenas obras.

214.- Consecuencias políticas

Desde que cada cual pudo interpretar a su manera lo libros sagrados, los villanos leían en el Evangelio que todos los hombres son iguales, como criaturas de Dios, redimidas por Cristo; con estas ideas se sublevaron contra los amos, incendiaron castillos, devastaron los campos, atentaron contra los poderes, ultrajaron y

dieron muerte a los señores. Estos excesos eran condenados por Lutero, el cual aconsejaba el exterminio de los revoltosos, sobre todo de los Anabaptistas, nueva secta que negaba el bautismo a los niños, concediéndole sólo a la edad en que la reflexión se desarrolla y a petición suya. Provincias enteras, y aun reinos, fueron teatro de horribles destrozos y matanzas.

La Reforma fue una reacción de la nacionalidad, de los pueblos aislados contra la monarquía papal. Lutero excitaba a los príncipes alemanes contra la arrogancia italiana. De aquellos sucesos se alegraban los príncipes, ya para apoderarse de los bienes eclesiásticos, ya para librarse de la dependencia de Roma. Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la Orden Teutónica (cap. 150), se hizo duque hereditario de la Prusia, dando principio a la monarquía que absorbe a todas las otras de la Alemania. Pronto le siguieron el rey de Dinamarca, el duque de Sajonia, los obispos de Colonia, Lübeck, Cammin y Schwerin.

Carlos V, ademas de su dignidad de emperador romano, era rey de España, y no hubiera podido abrazar la Reforma, aunque se hubiese sentido inclinado a ella; sin embargo, se resintió de que el Papa Clemente VII publicase unas letras apostólicas, en las cuales deploraba los males de la cristiandad, declarándolos hijos de la discordia de los príncipes y de la relajación del orden eclesiástico. Luego los Reformados tuvieron mucho de que reírse al ver a Roma saqueada a nombre del Imperio y provocado un cisma. Mientras se esperaba la reunión del sínodo universal, Carlos convocó una dieta para reparar los males que amenazaban. Los Estados se reunieron en Espira y acordaron impedir que tomara creces la Reforma. Muchos protestaron contra semejante acuerdo, y de ahí viene el título de Protestantes.

1529

Este nombre no indicaba, empero, una doctrina unánime. Los mismos jefes discutían hasta sobre puntos principales, como la gracia, la presencia real, el libre albedrío, y se excomulgaban mutuamente. Zwinglio (420) adquiría muchos secuaces en la Suiza. En la Bohemia, renacían los Hussitas, y Lutero los maldecía a todos. Si el libre examen hubiese sido reconocido de hecho tal como se proclamaba de derecho, ¿cuál de aquellas opiniones podía ser desaprobada? Los protestantes presentaron a la Dieta de Augsburgo su confesión escrita, repudiando la supresión del cáliz, la confesión auricular, el celibato de los curas, la misa como sacrificio, los votos monásticos, los ayunos, las indulgencias, el purgatorio, y anatematizando al que enseñase lo contrario. Esta confesión fue revisada, corregida, alterada, hasta llegar a ser una simple reminiscencia histórica.

Confesión de Augsburgo
1530

1531 En tanto, los príncipes protestantes se coligaron en Esmalcalda (421) para resistir al rey de los Romanos, reclamando la libertad de su culto; sin embargo se multiplicaban los suplicios; se les opuso una liga, católica, y en Ratisbona se acordó suspender toda decisión hasta que el Concilio acordase. Las dos ligas se hicieron encarnizada guerra; Carlos V venció en la batalla de Mühlberg, e hizo prisionero al elector Juan Federico de Sajonia, con gran desdoro de los príncipes alemanes. Al poder de la casa de Austria, que había llegado al colmo de su grandeza, se opuso Mauricio de Sajonia, que estuvo a punto de sorprender a Carlos V en Innsbruck (422); Enrique II de Francia entró en Alemania con aires de libertador; por último, en Augsburgo se concluyó la paz de religión, dejando en libertad a entrambas confesiones.

Liga de Esmalcalda

El Interim

1549

1541

1555

1546 Lutero había muerto «firme y constante en la fe que había enseñado»; se dice, que había enseñado la libertad, pero proclamó que si queríamos saber nuestros derechos, no interrogásemos la ley de Cristo, sino la ley del César y del país. Así, además de quedar la conciencia subyugada a la autoridad del príncipe, se estableció el axioma: cujus natio ejus religio. En el término de cuarenta años el Palatinado mudó cuatro veces de religión. Para captarse la amistad de los príncipes, Lutero no sólo permitió que se apoderasen de los bienes eclesiásticos, sino que además autorizó al landgrave (423) de Hesse (424) para la poligamia. Melanchton, que siempre lo había contenido, vivió hasta 1560, contristado por las disidencias que se reproducían.

1561 Más tarde el duque de Sajonia, Weimar, quitó a los eclesiásticos toda jurisdicción y hasta el poder de excomulgar, sujetándolos a un consistorio de seglares dependientes del príncipe. La publicación del Catecismo de Heidelberg dividió definitivamente a los novadores en Luteranos o Evangelistas y Calvinistas o Reformados.

215.- Zwinglio. Calvino

Ulrico Zwinglio, cura de Glaris, empezó a predicar antes que Lutero contra la disolución y las supersticiones dominantes, que había podido ver de cerca, sirviendo en Italia como capellán de las tropas del obispo Scherner. Predicaba con menos violencia y más claridad, con menos inspiración y más sistema que Lutero. Atacó desde un principio los dogmas fundamentales, y dijo que el cristianismo no se encontraba en ninguna parte más que en las

Sagradas Escrituras, donde hallaba explicaciones sencillas; excluyó la idea y quitó a la religión su espiritualidad. Rechazó las amonestaciones de su obispo; propuso 67 tesis contrarias a las romanas, a la intercesión de los santos, al poder eclesiástico, a las penitencias, a los votos de castidad, al culto de las imágenes; se abolieron los altares, el pan ácimo, los cirios, y muchas ceremonias que Lutero conservaba. En fin Zwinglio estableció la acción universal y exclusiva de Dios. Aquello no era, pues, una reforma, sino una negación radical; y el poder que se quitaba a la Iglesia no se daba a los príncipes sino al pueblo. Los luteranos combatían a estos sacramentarios; la Suiza se llenaba de disidentes de todos colores; algunos cantones, como los Uri, Schwitz, Unterwalden con Lucerna, Zug y el Valais, permanecían fieles al credo viejo; otros, como Basilea, Berna, Schaffhouse, Zúrich y Saint-Gall abrazaron el nuevo; estalló la guerra, y Zwinglio murió en la batalla de Cappel.

Suiza

1531

Restableciose la paz; a la Reforma se la señalaron límites que hasta ahora no han sido traspasados, y los cantones quedaron divididos en católicos, reformados y mixtos.

Ginebra Ginebra dejó de ser ciudad imperial para ser señorío del obispo que la gobernaba con un consejo de ciudadanos. Dedicada al comercio y a las manufacturas, tenía por lema: Vivir trabajando y Vale más libertad que riqueza. Los duques de Sajonia habían ocupado la fortaleza, y trataban de hacerse dueños de la ciudad; pero siempre se opusieron a ello los patriotas, que contra aquél se aliaron con Friburgo y Berna. Para secundar a éstas se abolió la misa y se arrebató al duque de Sajonia el país de Vaud.

1526

En Francia, las herejías en diferentes ocasiones, habían ocasionado guerras; además de que se hacía oposición a las pretensiones de Roma (cap. 160), se vulgarizó la Biblia, y se clamó contra la corrupción eclesiástica mucho antes que Lutero. Sin embargo, éste fue declarado hereje por la Universidad de París; el Parlamento persiguió a sus fautores; pero los reyes, a pesar de hallarse frecuentemente en guerra con los papas y favorecer la política de los protestantes de Alemania, no se apartaron de la fe

antigua. La mayor oposición se hacía a las doctrinas de Zwinglio, que tendían a la república. De la escuela de éste salió Juan Calvino (1509), que interpretó la Biblia a su modo, aborreciendo no menos la Iglesia católica que el desbarajuste introducido por los protestantes, por lo cual pretendió reformar la Iglesia. En Ginebra adquirió fama de gran predicador, y así como Farel había destruido allí las ceremonias antiguas, él se propuso como mediador entre Lutero papista [sic], y Zwinglio demasiado pagano. En sus Instituciones de la religión cristiana (1538) compiló el sistema que conserva su nombre. La necesidad de certeza que los católicos satisfacen con la decisión de la Iglesia, la buscó él en la revelación individual aplicada a la Sagrada Escritura; los textos positivos de ésta, el sentido común, y en suma la autoridad, vienen a ser obligatorios. El hombre está predestinado al bien o al mal, a la salvación o a la pena; asegurado el hombre de su justificación por medio de la fe, está también seguro de su santificación. La jerarquía, que Lutero había conservado, fue abolida por Calvino, quien suprimió el episcopado, confió la elección del ministro a la comunidad religiosa, y estableció un consistorio para administrar las cosas religiosas. Pero el sacerdote no era considerado más que como un simple creyente, si bien el poder civil estaba subordinado al religioso. Calvino establecía que la culpa era necesaria, aunque imputable; por lo cual aconsejaba exterminar a los delincuentes. Persiguió, en efecto, a los disidentes, impuso severísimas reglas de vida, austeras privaciones, castigando al que las infringiese, y condenó a muerte a Miguel Servet, de Villanueva de Aragón, médico, astrólogo, editor del Tolomeo, y muy versado en los estudios teológicos, que quiso hacerse regenerador, cuando todos tenían ya un sistema de predicar, y publicó las obras De Trinitatis erroribus y Christianismi restitutio, acusando a Roma de haber convertido a Dios en tres quimeras.

Calvino

1553

Calvino difundió sus doctrinas por Italia, por Francia y principalmente por la Navarra y los Países Bajos. Entonces Francisco I publicó un severo edicto contra los Protestantes. Calvino fundó en Ginebra la primera Universidad protestante, de la cual fue rector Teodoro Beza, ilustre literato. La Reforma mejoró las costumbres suizas, difundiendo la instrucción y los preceptos morales, y mayormente predicando contra el servicio mercenario. En 1538, y luego en 1566 se publicó la primera confesión helvética, reconociéndose el libre albedrío, pero añadiéndose que para escoger el bien y el mal era necesaria la Gracia; que esta sola y no las buenas obras producen la justificación; que los sacramentos son símbolos de la Gracia, y que en la Eucaristía Dios se ofrece a sí

mismo, pues bajo los símbolos del pan y del vino el Señor comunica verdaderamente a Cristo para alimentar la vida espiritual. Esta confesión fue adoptada, no solo por los reformados suizos, sí que también en Escocia, en Hungría y en Polonia.
1540

Calvino tendía, pues, con su severidad, a reanimar ideas muertas, a poner freno más que orden al progreso. Pero era tarde, y su obra fue prontamente aniquilada por otras pretensiones tan legítimas como ella, no sin que estallaran sangrientas revoluciones políticas.

216.- Reacción católica. Los Jesuitas. Concilio de Trento

En el transcurso de 60 años, la Reforma se había extendido desde los Pirineos a la Islandia, y desde los Alpes a la Finlandia; cada país tuvo apóstoles y mártires; la divulgación de la Biblia y las contiendas religiosas sirvieron para fijar lenguas aún toscas; pero los hombres honrados debían sufrir extraordinariamente por las dudas reinantes, habiéndose quebrantado las convicciones precedentes sin haberse afirmado las nuevas; y la descomposición pasaba del entendimiento a la voluntad, y de ésta a la política.

Los Católicos, al parecer, no comprendieron al principio la gravedad del mal; luego se pensó en un remedio capital, en un Concilio. Propusiéronlo de pronto los innovadores, como una oposición a los papas; pero luego que éstos manifestaron adherirse, aquellos vacilaron, y lo rechazaron al fin. Después de las indecisiones de Clemente VII, Paulo III se rodeó de excelentes cardenales, para que le sugiriesen (425) las reformas urgentes. Estos censuraron con tal franqueza los abusos, que los Reformadores cobraron gran orgullo, como si Roma se confesase culpada. La Iglesia no rechazaba las reformas disciplinarias; pero no podía revocar como dudoso lo que siempre se había creído y la Iglesia reunida había aprobado. Para restablecer en el clero el espíritu eclesiástico, y para que en las parroquias y los púlpitos no se vieran siempre frailes, se fundaron varias compañías de clérigos regulares.

Los Jesuitas   Tan grandes como las simpatías fueron los odios que excitó la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola (1491-1556), el cual, herido al arrojar de su patria a los extranjeros, tomó la resolución de formar una nueva Orden como las que los capitanes constituían entonces para la guerra, con severa disciplina, y perfecta obediencia a un general, no para matar a enemigos, sino para defender y propagar la fe por medio de escritos, predicaciones y misiones. Paulo III la aprobó, y en seguida los Jesuitas se desparramaron, reformando iglesias y monasterios,

fundando colegios, haciendo misión en los países nuevamente descubiertos (cap. 192); no estaba excluida de la Orden ninguna clase ni condición; a cada cual sabían dar su destino según su capacidad; no vestían las vilipendiadas túnicas, sino el simple traje de cura, o al estilo del país en que se encontraban; no consentían rezos prolongados, ni severas abstinencias; deseaban atender a los estudios y a los trabajos; acudían con frecuencia a las cabañas y a las cárceles, y con frecuencia penetraban en las Cortes y episcopados; jamás podían solicitar dignidad alguna, ni recibirla sin previa licencia del general; a las inculpaciones de la Reforma opusieron íntegras costumbres y gran doctrina. Señores y príncipes entraron en la Compañía, la cual en 1615 contaba 32 provincias con 23 casas profesas sin bienes, 172 colegios dotados, 41 noviciados, 123 residencias y 13112 padres.

De estos se valió principalmente Roma para preparar y dirigir el Concilio, que después de varias vicisitudes se abrió en Trento y duró desde 1545 hasta 1563. Los Protestantes, que al principio lo habían pedido, se negaron a intervenir. Había en él prelados insignes, grandes sabios, y representantes de las potencias. Ningún dogma nuevo dictó la Iglesia, la cual no hizo más que realizar aquella larga revisión del sistema católico, que no pudo dar por resultado sino el negar toda concesión. Allí se disiparon las dudas sobre la gracia, el purgatorio y los sufragios, sobre la presencia real, sobre el mérito de las obras; sobre todo lo cual se formularon, como sobre toda la doctrina católica, las decisiones más precisas, y principalmente se ordenaron reformas en la disciplina. Se compiló el Catecismo Romano, que puso aquellas doctrinas al alcance del mayor número de creyentes; se preparó una edición más auténtica de la Biblia; se atendió sobre todo a la reforma moral de las iglesias, tarea que emprendieron celosos obispos, como San Carlos, Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, Madruzzi, y otros. Se extendieron cada vez más las misiones, se organizaron los seminarios; surgieron grandes santos, como Catalina de Cardona, Beatriz de Oñez, Camilo de Lelis, Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, Santa Teresa, San Jerónimo Miani, San Francisco de Sales, Santa Francisca de Chantal, San Cayetano, San Felipe Neri, San Vicente de Paúl, San José de Calasanz, prodigios de devoción y de caridad; se reformaron las órdenes monásticas antiguas, y se fundaron otras nuevas, sin la exuberante austeridad ni las interminables salmodias de otros tiempos, sino más bien con el recogimiento, la mortificación del corazón, la educación del espíritu, la caridad en sus inagotables formas.

217.- Reformadores italianos

El carácter de la Reforma se manifestó en Italia literario y racionalista. En las escuelas las doctrinas aristotélicas conducían

a menudo al materialismo, como las platónicas al misticismo (Pomponazzi), y el ver de cerca los desórdenes de la Corte romana excitaba a censurarlos con más energía. Por lo mismo, los primeros reformados esperaban hallar pronta acogida entre los Italianos; pero en el fondo sus tentativas no fueron secundadas más que por algunos literatos. Calvino, alentado por Renata, duquesa de Ferrara, trató de propagar allí sus doctrinas, pero sin gran fruto. La Inquisición redobló su celo para impedir la propagación de las nuevas ideas, y los que las abrazaban tuvieron que huir del país. Adquirieron fama fray Bernardino Ochino, Mateo Gentile, Guillermo Gratarola y otros muchos.

Los Italianos que emigraban por no someter su raciocinio a la Iglesia, se conformaban aún menos con los símbolos de los innovadores, y pronto ampliaron la negación hasta impugnar la Trinidad y la Redención. Esta herejía, ya enunciada por otros, fue formulada con más precisión por Lelio y Fausto Socini de Siena, que predicaron el unitarismo en Polonia, donde se arraigó y se subdividió en muchísimas sectas, conformes todas, no obstante, en negar la divinidad de Cristo.

No faltaron persecuciones ni suplicios contra los descreyentes [sic], sobre todo contra los Valdenses (cap. 145) ora en la Calabria, ora en los valles alpinos, donde los duques de Sajonia, por espacio de mucho tiempo continuaron con procesos y guerras.

De las herejías hay que distinguir el cuidado con que los Gobiernos de entonces trataban de atraerse todas las prerrogativas reales, excluyendo a la Iglesia de las muchas funciones sociales que le habían pertenecido en siglos precedentes, y que procuró recobrar después del Concilio de Trento. Muchos escritores trabajaron en este sentido, como el gran cardenal Bellarmino, quien tuvo en contra suya a fray Paulo Sarpi (1552-1625). Este sostuvo los derechos legales de la República veneciana, y en su Historia del Concilio de Trento trató de desacreditar aquella insigne asamblea, revelando o suponiendo sus intrigas, sus ambiciones, sus bajezas, tanto que su obra agradó en extremo a los Protestantes. Esta obra fue confutada por muchos, y completamente por el cardenal Pallavicini, que escribió la historia del Concilio con menos espontaneidad, pero con mayor conocimiento de los hechos y respeto a la autoridad, y dando un catálogo de 361 errores de hecho cometidos por Sarpi.

Hubo muchos príncipes que no quisieron aceptar el Concilio de Trento, no por sus definiciones dogmáticas, sino por los artículos de reforma que parecían atacar la autonomía a que ellos aspiraban.

218.- Muerte de Carlos V. Batalla de Lepanto

Rota la asombrosa unidad del mundo civil, indicada con el nombre de Cristiandad, ésta se dividió en Católicos y Protestantes. Al frente de los primeros se encontró España, acostumbrada, en la

guerra con los Moros, a considerar la religión y la patria como una misma cosa. Unida al fin bajo una sola mano, pareció que había de dominar al mundo, y por el contrario, se precipitó a la decadencia. Los Austriacos no pensaron más que en desligarse de las libertades históricas, en deprimir a las cortes y a los obispos, y consideraron como rebelión el reclamar los derechos antiguos. Carlos V tuvo poder bastante para ajusticiar a Padilla y otros patriotas; redujo las Cortes a asambleas de pura forma disminuyó los privilegios de las ciudades y con esto la prosperidad del comercio. La nobleza, orgullosa de haber redimido a la patria con su propia sangre, no fue, sin embargo, llamada a concurrir a la formación de las leyes, y ocultó su nulidad bajo una vana pompa.

Carlos V se encontró falto de recursos a pesar de sus inmensas posesiones, y tuvo que interrumpir sus empresas por falta de dinero, él que era dueño de las minas de Méjico y del Perú; por último vio invadidos todos sus países por extranjeros. Había hecho elegir rey de los Romanos a su hermano Fernando, y luego se empeñó en que cediese aquella corona que destinaba a su hijo Felipe. Mientras se conquistaba y asolaba a la América, se dejaba que se acercasen amenazadores los Turcos.

1558 Cansado de tantas contrariedades, Carlos V se retiró a un convento de Extremadura, donde murió a la edad de 58 años. Fue, indudablemente, uno de los reyes más grandes, a pesar de sus muchos errores políticos y económicos. Sus fines principales eran unificar la religión, y destruir la constitución germánica haciendo hereditario el imperio en su familia; ninguno de estos fines consiguió. Inteligencia y valor grandes se necesitaron para sostener la guerra civil en España, la rivalidad de la Francia, los ataques de la Turquía, las sacudidas del protestantismo; pero las circunstancias fueron más poderosas que su genio.

El gran cardenal Jiménez había concebido una grandiosa Cruzada contra los Turcos, y debió comprenderse su oportunidad cuando éstos hacían sus irrupciones en Europa.

Selim, sucesor de Solimán, rompió la paz que durante treinta años había mantenido con Venecia; sitió a Chipre con cien galeras y 224 buques menores montados por 55 mil Turcos con formidable artillería, y se apodero de Nicosia, Pafos y Limasol, causando grandísimos estragos. Entonces todas las potencias pensaron en unirse para reparar el mal, bajo la iniciativa del Papa; Marco Antonio Colonna mandaba las galeras del pontífice; Andrés Doria las sicilianas; uniéronse a ellas las venecianas, las de los caballeros de Malta y de todas las repúblicas italianas, siendo jefe de toda la escuadra don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto se dio un gran combate al mismo tiempo que toda la Cristiandad, por orden del Papa, rezaba el rosario; salieron victoriosos los Cristianos, quienes por última vez se hallaron unidos para una empresa común.

Batalla de Lepanto
1571

219.- Los papas después del Concilio de Trento

Pío V (Miguel Ghislieri) demostró que la reforma católica se había extendido hasta la Corte pontificia. Había sido severísimo inquisidor, y después de haber llegado a la silla de San Pedro impuso una rigurosa disciplina como en los tiempos primitivos. En su bula In cæna domini prohibía a los príncipes aumentar los impuestos; prohibió también enfeudar bienes de la Iglesia, excitó las persecuciones contra los Hugonotes y las hostilidades contra Inglaterra, y fue venerado como santo.

Gregorio XIII (Hugo Buoncompagni (426)) se mostró conciliador, difundió la instrucción, eligió (427) buenos obispos, fundó colegios, reformó el calendario, trató de aliar a los monarcas contra los Turcos, y sostuvo la independencia de la Irlanda. La necesidad de procurarse dinero, cuando ya no lo recibía de toda la Cristiandad, excitó disturbios interiores, agravados por el incremento que tomó el bandolerismo.

Para reprimir a los bandidos, Sixto V (Félix Paretti) adoptó una resolución, que fue luego proverbial, contra todos los culpables, de cualquier categoría que fuesen; acumuló con impuestos y multas un tesoro en el castillo de Sant'Angelo; limitó a 72 el número de los cardenales; aspiraba a ver destruido el Imperio turco, o a conquistar, por lo menos, el Egipto y unir el Mediterráneo con el mar Rojo. Realmente el Estado pontificio se hallaba entonces en auge por sus producciones y su industria; las ciudades estaban gobernadas por cuerpos aristocráticos, entre los cuales revivían los partidos de los Güelfos y Gibelinos. El Estado contrajo deudas, como los demás; sin embargo Roma se rehacía después de las ruinas causadas por la invasión de los bárbaros, por las luchas de familia, y por el abandono en que se halló durante la residencia del Papa en Aviñón. Nicolás, Julio II y los Médicis procuraron devolverle la magnificencia antigua, secundados por los cardenales. Fue reconstruido el Capitolio, alzado el templo del Vaticano, Santa María de los Ángeles y otras basílicas. Más próvido, Sixto V condujo allí el Agua Feliz, y abrió hacia Santa María la Mayor espaciosas vías que pronto se bordaron de casas; colocó estatuas de apóstoles sobre las columnas Trajana y Antonina; hizo elevar obeliscos, que yacían enterrados, y los colosos en el Quirinal; aumentó la biblioteca; estableció una imprenta griega y oriental; y fue el último Papa que tomó parte importante en las vicisitudes de Europa.

Sucedieron cuatro papas de corta duración, hasta Paulo V (Camilo Borghesi), que comprendió la dignidad de la tiara y el deber de realzar la autoridad moral del catolicismo; completó la bula In cæna domini, que expresa las mayores pretensiones pontificias, por lo cual la rechazaron los príncipes.

1505

Gregorio XV se dejó gobernar por su sobrino Ludovisi, dio reglas fijas para el cónclave y organizó la congregación De Propaganda Fide.

Urbano VIII (Barberini) dio a los cardenales el título de eminencia; fortificó a Roma y Civitavecchia; construyó el fuerte Urbano; adquirió para la Santa Sede a Urbino y Ferrara. Era poeta y amante de los literatos, y sin embargo dejó procesar a Galileo.

220.- Holanda y los Países Bajos

La España se halló desprendida del Imperio, pero trató de conservar la supremacía con sus propias fuerzas. Felipe II se mantuvo castellano puro; tuvo una serie de prósperos acontecimientos, grandes consejeros y valientes generales; asistió al siglo de oro de la literatura española; sacó de las colonias inapreciables tesoros; alcanzó la victoria de Lepanto sobre los Turcos; y la de San Quintín sobre los Franceses; y sin embargo su nombre fue execrado, y con él empezó la decadencia de la casa de Austria y de la España.

Quería ser absoluto dentro y fuera de su país, prodigando el oro con tal objeto, y aspiraba a conseguir que toda la Europa volviese al catolicismo. Tal empeño le costó la pérdida de Holanda. Este país, disputado palmo a palmo al mar, es con frecuencia invadido por el Océano. Los Holandeses, sobrios, activos, enemigos del lujo y amantes de la limpieza, saben asociarse contra los desastres y emplear grandes capitales en empresas de resultado lejano. El descubrimiento del carbón mineral (1195) y de la salazón de los arenques (1416) le proporcionó riquezas, pero debió su mayor prosperidad al comercio, que tuvo su principal mercado en Amsterdam. La Holanda estuvo unida a la Germania hasta que la separaron los duques de Borgoña (1363). Tomó gran parte en las Cruzadas y dio el primer rey a Jerusalén (cap. 127); pero el feudalismo sucumbió bajo el poder de los comerciantes, que poseían muchísimas naves, formaban compañías, recibían todas las drogas que los Portugueses traían de la India (cap. 196), y las maderas y las pieles que los Anseáticos importaban del Norte; de modo que en el puerto de Amberes llegaron a entrar 300 buques al día y centenares de carros; agregábanse al comercio las manufacturas de franjas, telas y orfebrería; todo lo cual convirtió al país en uno de los más ricos del mundo.

El matrimonio de María, hija de Carlos el Temerario, con Maximiliano de Austria, valió a esta casa once provincias, a las cuales unió otras Carlos V, formando con ellas el círculo de la Borgoña, puestas bajo la protección del imperio. Cada Estado tenía su constitución propia, y el Stathouder gobernaba con las menores atribuciones posibles; no se podían introducir tropas forasteras, y los Estados permanecían independientes de la jurisdicción imperial.

Margarita, hija de Maximiliano, la gobernó durante la menor

edad de Carlos V. Este, a pesar de visitarla a menudo, a pesar de haber arbitrado medios para favorecer su comercio, y a pesar de colocarla entre las primeras potencias agregándole la Borgoña, no consiguió captarse sus simpatías. Con las ideas y las personas anti-católicas se introdujo la desobediencia; la severidad de las persecuciones exacerbó los ánimos e hizo aborrecer aún más a Carlos V.

Bajo Felipe II la gobernó su hermana Margarita, duquesa de Parma, inspirada por Granvelle (428), hábil ministro, pero orgulloso y despótico. Queriendo obligar a los herejes a cambiar de fe, se mandaron allí tropas, contrariamente a la Constitución; pero el conde de Egmont (429) y Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, se pusieron al frente de la oposición; presentose a la gobernadora una protesta suscrita por 400 caballeros, y al mismo tiempo una confesión heterodoxa. Felipe pensó reprimirlos con la fuerza, diciendo que prefería perder los súbditos a reinar sobre herejes. Entonces se conjuraron los Holandeses, y con el nombre de descamisados se alzaron en armas, destruyeron las iglesias de Amberes, y no viéndose secundados, emigraron a millares. Felipe II mandó para reprimirlos al duque de Alba, héroe inexorable, que erigió un tribunal feroz, bajo el cual cayeron centenares de víctimas, entre ellas los condes de Egmont y de Horn. Alba se vanagloriaba de haber mandado al suplicio 18600 rebeldes y herejes durante los 6 años de su gobierno. Entonces Guillermo de Orange, que había logrado escaparse, juntó fuerzas, adquirió el apoyo de los Franceses, capturó las naves españolas, tuvo de su parte muchísimas ciudades y fue proclamado Estatúder (430).

Revolución de los Países Bajos

1560

Alba

Guillermo de Orange

En Holanda hallaban después refugio los prófugos de otros países, los Moriscos y los Hebreos, que introducían manufacturas. La Holanda y la Zelanda convinieron en que el gobierno se ejerciese a nombre del rey, con la condición de consolidar la Reforma. Los Estados de Brabante, Flandes, Artois, Hainault, la Frisia, Amsterdam y otras ciudades se coaligaron para desprenderse de la España. Juan de Austria, vencedor de Lepanto, agotó todos los medios de reconciliación y de amenaza; de nada sirvieron, ni a él ni al valiente Alejandro Farnesio, contra la firmeza y astucia del duque de Orange, favorecido por cuantos se inspiraban en el odio a la casa de Austria y en el amor a la Reforma. No pudiendo conciliar a las nuevas provincias de diferente religión, unió a las que estaban a la parte Norte del Mosa, con la promesa de socorrerse mutuamente, y se formó la República de las Provincias Unidas.

1590 Cuando Guillermo fue asesinado, su hijo Mauricio capitaneó una resistencia obstinada, sobre todo después de la muerte de Farnesio, y asombraban los esfuerzos de aquel pequeño país, cuya población y comercio iban aumentando a pesar de tantas contrariedades, bloqueó la península ibérica, arrebató a los

Portugueses sus posesiones del Asia; se alió con Inglaterra y con Francia, y proclamó por vez primera la libertad de los mares (mare liberum). Finalmente Alberto de Austria, que había recibido los Países Bajos como dote de Isabel, hija de Felipe II, estipuló con Mauricio una tregua de doce años como con un país libre, reconociendo la independencia de las Provincias Unidas. Estas eran desiguales en extensión y fuerza, pero cada una tenía un voto en los Estados Generales; no residía en estos la soberanía, sino en los electores, que confirieron al Estatúder los derechos que había de ejercer; continuó el conflicto entre los estatúderes, los Estados Generales y los municipios. Empeoró el conflicto con las disidencias religiosas; Arminio (Harmensen), repudiando a Lutero y a Calvino, dio una nueva teoría sobre la Gracia, y los Arminianos y Gomaristas, Universalistas y Particularistas revolucionaron al país, seguidos de la cuestión social. Con los Gomaristas estaba el partido popular, y los doctos y ricos con Arminio; los unos republicanos y los otros orangistas. Los primeros tenían por jefes al famoso jurista Hugo Grocio (431) y a Oldenbarnevelt (432), abogado de Holanda, que tendía obstinadamente a la paz, como Mauricio a la guerra, y deseaba salvar al país del despotismo por medio del fraccionamiento comunal.

1619 (433) Un sínodo convocado en Dordrecht (434), acordó que la revelación no era suficiente, porque dejaba inciertos algunos puntos esenciales; los Arminianos se aproximaban a los Católicos, y admitiendo la salvación de todos por medio de la redención, tendieron a la tolerancia.

Mauricio quiso triunfar con la violencia donde no podía con las argumentaciones; condenó al suplicio a Oldenbarnevelt, y a cárcel perpetua a Grocio; pero los Representantes impidieron a Mauricio que se apoderase del poder supremo.

1616 Al expirar la tregua, Ambrosio de Espínola recibió el encargo de ir a atacar las plazas fuertes, pero Mauricio recuperó la gloria y la influencia perdidas con la paz; el antiguo y el nuevo mundo eran partidarios de los revoltosos, y por último en el congreso de Münster se estipuló que España renunciaba a las Provincias Unidas y a cuanto éstas habían conquistado en los Países Bajos Españoles; cada país conservaba sus posesiones en las dos Indias; el Escalda y los canales y otros brazos de mar que desembocan en él, según lo convenido, debían cerrarse a los Estados, con lo cual se anulaba el comercio de los Países Bajos.

221.- España. Portugal

Por su intolerancia religiosa, Felipe II había perdido la Holanda, e impulsó a los Moriscos a declararse en abierta rebelión (cap. 220). Si en Felipe tenían los Reformados un gran enemigo, en Isabel de Inglaterra tenían una protectora universal, que si no ayudaba, a lo menos animaba a los Países Bajos. El rey de España, que como marido de María la Católica, consideraba a Isabel como usurpadora, gastó 150 millones de escudos en aprontar la armada

invencible que había de dirigirse contra Inglaterra. Pero la destruyó una espantosa tempestad. El duque de Medina-Sidonia se presentó a Felipe para darle la noticia, y el rey le dijo, con impasible frialdad: «Yo los había mandado a luchar contra los hombres, no contra los elementos; cúmplase la voluntad de Dios».

Para combatir las ideas nuevas, Felipe arruinó a su país, pues los Ingleses y Holandeses devastaban las colonias, y pirateaban con perjuicio de los galeones españoles. Felipe no tuvo con qué pagar los intereses de una deuda de 140 millones de ducados.

Portugal, bajo los reinados de Juan II, Manuel, y Juan III, llegó al colmo de su grandeza, ya por sus grandes descubrimientos, ya por el orden establecido, y también por el fomento de la instrucción. Sebastián quiso hacer una expedición contra los Moros de África, alentado por Felipe II y bendecido por el Papa. Pero en la batalla de Alcazarquivir (435) murió Sebastián y fue destruido su ejército. Su tío el cardenal Enrique, le sucedió en el trono a la edad de 67 años, y faltándole descendencia, Felipe II ocupó el reino como yerno de Manuel; de modo que quedó unida toda la península; el Brasil y las colonias de África reconocieron a Felipe, mas no tardaron en ser tomadas por los Holandeses.

Los Portugueses aborrecían la dominación española como de extranjeros, y hubo varios falsos Sebastianes que pretendieron la corona.

Felipe hasta se propuso ocupar a Francia, en la cual obtuvo a Cambray; de María de Portugal tuvo un hijo, Carlos, que vivió siempre como loco, y se supuso, después de su muerte, que su padre le había hecho envenenar como rival suyo en gobierno y en amores. Imputáronse a Felipe II muchos crímenes y vicios; imputación debida a la aversión de los Holandeses y de los Protestantes. Madrid fue entonces la capital del reino, con el gran palacio de El Escorial. Los trabajadores iban en busca de oro allende el Atlántico; los nobles, reducidos a fastuosa nulidad, preferían permanecer en sus castillos; la población disminuyó en la mitad; la industria pereció con la expulsión de los Moriscos; la Inquisición salvó a España de la guerra civil, pero comprimió el pensamiento y el progreso, y se convirtió en un arma de tiranía en manos de los príncipes. Felipe III y Felipe IV asistieron a la ruina de la nación.

222.- Francia. Los Valois

Carlos VIII, sucesor de Luis XI, adquirió por matrimonio la Bretaña, y restituyó el Rosellón a Fernando de España, y el Franco Condado a Maximiliano de Austria, con el objeto de no ser estorbado en su infausta expedición de Italia. Luis XII, triste príncipe, fue buen rey, y los 17 años de su reinado fueron señalados por la guerra de Italia. Para proporcionarse dinero, hizo venales muchos empleos de hacienda; disciplinó severamente a los soldados, reformó los

tribunales y obtuvo el título de amigo del pueblo. En el clero podía entrar cualquiera. La nobleza estaba exenta de impuestos, si bien tenía que servir gratuitamente en la guerra y en la paz. Luis procuraba conferir los cargos a los más dignos.
Luis XII

Francisco I Sucediole Francisco I, a la edad de 20 años; era hermoso, valiente y afable, y fue no menos querido por sus defectos que por sus cualidades. Su corte brilló por las bellas damas y caballeros que la preferían a los solitarios castillos, y rivalizaban en magnificencia; el libertinaje acortó la vida al rey.

Había cedido a la Suiza los bailiazgos (436) italianos, cuando contrajo con la Turquía una alianza que pareció abominable según las ideas de entonces. Concluyó con León X un concordato, según el cual el rey debía proponer al Papa los candidatos para los obispados y abadías vacantes. El poder temporal fue, de este modo, conferido al Papa, quedando en las atribuciones del rey la parte espiritual. A esto se opusieron violentamente el Parlamento y la Universidad. El espíritu caballeresco de Francisco I lo arrastró a la conquista del Milanesado. En su eterna rivalidad con Carlos V, la vanidad nacional se creyó lisonjeada con aquellas empresas que debían labrar la ruina del país. Protegió las letras y las artes, llamando a artistas de Italia y erigiendo magníficos palacios; fundó una biblioteca de manuscritos en Fontainebleau; puso a Roberto Estienne al frente de la imprenta real, en tanto que Francisco Duaren y Jacobo Cujas restauraban la jurisprudencia.

Para sufragar los enormes gastos de entonces, se apeló a empréstitos, a loterías y a la venta de empleos. El parlamento fue reducido a la administración de justicia. Persiguió a los Protestantes en Francia, mientras que los ayudaba en Alemania; dejó que los Españoles y los Portugueses extendiesen sus dominios en América sin tomar parte en aquella colonización, lo cual hubiera contribuido a que el país olvidara los infortunios de la nueva edad que se inauguraba en Francia, edad fecunda en terribles luchas religiosas y políticas.

Enrique II Con los Reformados tomó parte la aristocracia, humillada por el rey Enrique II; éste, dominado por su mujer Catalina de Médicis y por su amante Diana de Poitiers, trató en vano de reparar las desgracias paternas. En la batalla de San Quintín perdió la esperanza de prevalecer sobre España; con el tratado de Cateau-Cambrésis renunció para siempre a las desastrosas conquistas de Italia; pero recobró a Calais. Mostrose implacable contra los Reformados, que aumentaban en Francia, hasta que murió en un torneo.
1556
Francisco II Francisco II heredó, a los diez y seis años de edad, un reino agitado por los partidos, uno de los cuales era capitaneado por seis hermanos Guisa, valientes y ricos, cuya sobrina María Estuardo, reina de Escocia, se había casado con el rey.

Guiaban la facción opuesta Antonio de Borbón, rey de Navarra, y sus hermanos Condé y Coligny. Representaba un gran papel Catalina de Médicis, a quien los Franceses imputaban todos los desastres y delitos de entonces, a pesar de que sabía mantenerse en equilibrio entre los partidos, con su esplendidez y aguda política.

Los Protestantes, que en Francia se llamaban Hugonotes, tomaron las armas contra el gobierno, dirigidos por el príncipe de Condé, y empezó la guerra civil, llena de accidentes legales y militares y de iniquidades recíprocas.

1560

Carlos IX

Muerto Francisco II, Catalina, regente en nombre de Carlos IX, mantenía en la corte el esplendor italiano, con artistas y literatos, y con aquellos sentimientos y aquellas formas paganas que hemos visto prevalecer en Italia; calmó la persecución del parlamento contra los Hugonotes, buscando algún medio de conciliación; inclinándose ora a estos, ora a los Católicos, esperaba amistarse con todos, cuando en realidad la odiaban unos y otros, y recrudeció la guerra. Abiertas batallas, sitios de ciudades, paces insidiosas, asesinatos políticos, todos los horrores de una lucha fratricida se sucedían con lastimosa frecuencia. Pareció que se iban a reconciliar definitivamente los dos partidos cuando Enrique, rey de Navarra, casó con Margarita, hermana del rey; pero en la solemnidad de aquellas bodas fue asesinado Coligny, a cuyo delito siguió la terrible matanza de los Hugonotes, respecto de la cual no se han aclarado nunca del todo bien ni los motores, ni los motivos, ni los accidentes. Los Católicos tenían empeño en que se creyese producto de un maduro examen, por lo cual en Roma no se dieron gracias a Dios. Los Hugonotes vieron en la matanza una trama con el Papa y con España, y tuvieron por fríamente meditado el asesinato. Enardeciéronse las facciones; muerto Carlos IX a la edad de 24 años, Enrique III, que había sido elegido rey de Polonia, ocupó el trono de Francia, desplegando vicios y debilidades entre desordenadas devociones. Estalló entonces la quinta guerra civil, y los Hugonotes constituían un verdadero Estado dentro del Estado, aspirando convertir a la Francia en una aristocracia federativa. El rey de Navarra se declaró jefe de ellos, mientras los Guisa formaban la Liga Santa para conservar la religión, el rey y la integridad del país. Se adhirió el Papa, y Enrique III, y la mayor parte de la nación; sin embargo la Liga no era bastante fuerte para domar a los contrarios, a pesar de las tropas mandadas por Sixto V, por España y por particulares. Con todo, adquirió la Liga tal predominio, que Enrique III, viéndose casi desposeído, se pasó a los Hugonotes. Catalina murió en medio de los males que ella, en gran parte, había ocasionado. La Universidad declaró que no se debía obediencia a un rey renegado, el Papa lo excomulgó, y el fraile Jacobo Clemente se encargó de asesinarle.

1572

Noche de San Bartolomé

Enrique III
1574
1589

223.- Los Borbones

Enrique IV La corona tocaba a Enrique de Navarra, pero éste se hallaba con los Hugonotes y estaba excomulgado. Si se decidía por los Hugonotes, perdía a los Católicos y robustecía la Liga, si por los Católicos, apenas le quedaban unos pocos. Sin embargo jura a éstos que se instruirá en su fe, que restituirá a los eclesiásticos los bienes que los Protestantes les han quitado, y que no permitirá un nuevo culto sino donde ya esté tolerado. Los moderados se contentaban con estas declaraciones, pero los exaltados cantaban himnos a Clemente, pusieron a París en estado de defensa contra Enrique, IV, que fue a sitiarlo, y resistieron hasta el último extremo. Por fin Enrique se declaró católico, se hizo consagrar en Chartres, y entró triunfante en la capital, perdonando y captándose las simpatías de sus mismos adversarios. Su bondad fue encaminada por Felipe de Mornay y por Sully, con cuyos excelentes consejos restauró la arruinada hacienda y la administración; reanimáronse la agricultura y la industria; se reprimió la indisciplina militar. Enrique esperaba vivir tanto, que todos los villanos tuviesen los domingos gallina en la olla. Se atendió también a la marina, y se pudieron mandar expediciones a la Florida y al Canadá.

Con el edicto de Nantes, Enrique concedió a los Hugonotes que tuvieran libre culto y tribunales especiales; contaban más de 760 iglesias, cuatro Universidades, y varias fortalezas, constituyendo un Estado dentro del Estado. Igual tolerancia quiso demostrar con los Jesuitas; pero el parlamento y los letrados se oponían a ello, atribuyéndoles todos los delitos.

Uno de los principales objetos de Enrique IV era el de abatir a la Casa de Austria, por cuyo motivo lo odiaron siempre Felipe II y el duque de Saboya. Enrique había pensado en reconstituir la república europea, con cinco monarquías hereditarias: Francia, España, Islas Británicas, Suecia, y Lombardía con la Saboya y el Piamonte; seis estados electivos: Hungría, Alemania, Bohemia, Polonia, Dinamarca, y los Estados Pontificios con Nápoles; dos repúblicas democráticas: Países Bajos, y Suiza con la Alsacia y el Tirol; dos repúblicas aristocráticas: Venecia con la Sicilia, y el

resto de Italia. Las diferencias que surgieran entre los estados habían de ser juzgadas por un Senado, que defendiera a la Europa de los Bárbaros, a los pueblos del despotismo, y al rey de las sediciones. Francisco Ravaillac asesinó a Enrique, creyendo que todos lo aplaudirían, mientras que fue execrado.

224.- Inglaterra. Los Tudor

Enrique VII, que había terminado la guerra de las Dos Rosas, tuvo por sucesor a Enrique VIII, que subió al trono a la edad de diez y ocho años; era activo, estudioso, ávido de placeres, y más versado en la escolástica que en los negocios públicos. Estuvo bien dirigido por el cardenal Wolsey, que le amistaba y enemistaba con los reyes extranjeros, y empleaba las ricas recompensas que de estos recibía, en proteger las artes y las letras. Fundó el colegio de Oxford, y el inmenso palacio de Hampton-Court. Enrique, versado en la teología, aspiró al título de defensor de la fe, por un libro que escribió sobre los siete sacramentos contra Lutero. Casó con Catalina, tía de Carlos V; enamorose después de Ana Bolena y buscó pretextos para declarar nulo su primer matrimonio. El Papa se negó a secundarlo; Wolsey perdió la confianza del rey, quien confiscó sus inmensas riquezas, y tomó por favorito a Tomás Moro (437), sabio y concienzudo. No pudiendo de otra manera obtener el divorcio, Enrique se proclamó jefe de la Iglesia Anglicana, y se hizo reconocer como tal por su clero. Entonces se casó con Ana Bolena; hizo que el parlamento decretara su primacía sobre el clero y sus cabildos, y excluyera de la sucesión al trono a la hija de Catalina. Tomás Moro, que no quiso ser cómplice de tantas iniquidades, fue mandado al suplicio con otros muchos.
Enrique VIII

Cisma anglicano La Iglesia inglesa quedó, pues, separada de la romana, no por espíritu religioso, sino por pasión, y en beneficio del poder real, que era absoluto en los negocios del Estado como en materia de fe. 360 monasterios suprimidos enriquecieron el erario,

mientras los señores pretendían que los bienes volviesen a las familias que los habían fundado. Los pobres quedaron sin los acostumbrados socorros y limosnas, sin sus hospitales y colegios. Esta violenta situación se sostenía con destierros y suplicios. El obispo Cromwell, su vicario general, ordenó que fuesen aceptados por todo el mundo seis artículos de fe promulgados por el rey; proclamaba que no había salvación fuera de la Iglesia católica, y que ésta tenía por jefe, no al Papa, sino al rey. Se destruyeron las reliquias; se hizo una nueva traducción de la Biblia; se multiplicaron los decretos en materia de fe, apoyados por feroces amenazas; los prelados rivalizaron en bajeza con los magistrados, reconociendo la autoridad de aquel Salomón, o Absalón inglés.

Voluble en sus amistades y en sus amores, intentó contra Ana Bolena un proceso de incesto y conspiración, la hizo condenar a muerte, hizo declarar bastarda a su hija Isabel que de ella había tenido, y se casó con Juana Seymour, que murió al parir a Eduardo. Sustituyola Ana de Cléveris; pero el autor de este nuevo casamiento, Cromwell, cayó en desgracia; y Enrique aceptó la mano de Catalina Howard, ofrecida por el duque de Norfolk, jefe de los Católicos. Pero Cranmer se la hizo aborrecer, y el parlamento, que había declarado nulo el matrimonio con Ana, mandó al suplicio a Catalina, y poco después al duque. El rey se casó entonces con Catalina Parr (438), la cual habiendo sido reconocida por luterana, a duras penas evitó el patíbulo.

En cuanto al reino, Enrique unió a la corona el principado de Gales, y con el casamiento de su hija Margarita con Jacobo V de Escocia, esperó añadir también este país. Trató de convertir a su religión a Jacobo, y no pudiéndolo conseguir, invadió el reino. El rey de Escocia murió dejando solo una niña, María Estuardo.

Al morir Enrique había elegido un consejo de regencia, con Eduardo Seymour al frente. El joven Eduardo, heredero del trono, fue educado en el luteranismo, cambiándose muchas disposiciones de Enrique VIII. La Escocia estaba también agitada por las sectas religiosos; los Protestantes eran apoyados por Inglaterra, y los Católicos por los Guisa de Francia, de quienes era sobrina María Estuardo, que fue conducida a Francia donde se casó con Francisco II. Gran poder adquirió Juan Dudley, conde de Warwick, que de acuerdo con Cranmer daba extensión al luteranismo, hizo formular un símbolo en artículos sobre la fe, y la liturgia, imponiéndolo bajo severísimas penas.

1516

Iglesia escocesa

1541

Eduardo murió a la edad de diez y seis años, después de haberle hecho declarar heredera del reino a Juana Grey, hija de una sobrina de Enrique VIII, buena luterana, que se casó con lord Dudley. Juana ignoraba la trama urdida; pero María Tudor e Isabel entraron armadas en Londres. María, católica ferviente, hizo reconocer el matrimonio de su madre, obligó a Isabel a que abjurase,

mandó al suplicio a Juana Grey, y se casó con Felipe II de España. Esto disgustó a los Ingleses, temerosos de tener un rey extranjero, y de volver a la obediencia del Papa. Hubo conspiraciones y revueltas, reprimidas de tal modo que María adquirió el título de sanguinaria, y después de haber perdido a Calais, murió tísica.
1553

Isabel Entonces fue proclamada Isabel, que en seguida se declaró protestante, abolió los actos de María, y merced a los hábiles consejos de Cecil, organizó el Estado y la Iglesia anglicana, con los dogmas calvinistas, redactados en treinta y nueve artículos; conservando, sin embargo, la antigua jerarquía y muchos rituales. Algunos se escandalizaron de ver aún en las iglesias vasos, candelabros y cruces; quisieron capillas particulares, excluyendo las ceremonias sagradas, y se dieron el título de Puritanos. No queriendo parecer que tiranizaba a las conciencias, Isabel hallaba pretextos con que perseguir a los Católicos, sobre todo porque el Papa, con no reconocer el matrimonio de Ana Bolena, la declaraba bastarda. La Inquisición española no tuvo nada tan feroz como los procesos y los suplicios de que entonces fue teatro Inglaterra.

Sin embargo, el reinado de Isabel fue de los más gloriosos y afortunados; se fundó en América el poder marítimo de la Inglaterra; se desarrolló la industria del hierro, y se aplicó el carbón mineral. Estuvo contento el pueblo, fue dócil el parlamento, aumentaron las manufacturas establecidas por Flamencos emigrados, se extendió el comercio por la Rusia, la Turquía y la Persia, y se fundó la Bolsa de Londres.

La amenaza de Felipe II desapareció con el desastre de la armada invencible (cap. 221). De fáciles costumbres y tolerando la ligereza de sus damas, Isabel aceptó el amor de muchos, principalmente -y por mucho tiempo- el del conde de Leicester, lo cual no impedía que quisiese ver ensalzada su virginidad, tanto que se dio el nombre de Virginia a la tierra descubierta en América.

Si era adulterino el matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena, como sostenían los Católicos, la corona pertenecía a María Estuardo, reina de Escocia y viuda del delfín de Francia, la cual, en efecto, se tituló reina de Inglaterra. Reinó, por esto, enemistad mortal entre las dos reinas, como entre los Católicos que querían recobrar la Escocia, y los Protestantes que deseaban arrebatarla. Estos eran furiosos adversarios de María, e inventaron o exageraron las faltas de la idólatra, hasta decir que había hecho dar muerte a su marido Darnley, para casarse con Bothwell. Acosada por tropas y procesos, pidió asilo a Isabel.
María Estuardo

1567

Esta se alegró de recibirla, la tuvo prisionera, la hizo procesar y la mandó al patíbulo, condenada por representar el partido católico, destinado a sucumbir. Indignáronse los reyes

católicos y el Papa; pero nada pudieron hacer contra Isabel, y los elogios ingleses sofocaron las imprecaciones de la Escocia y de la Europa. Felipe II no dejó nunca de combatir a su gran enemiga, y trató de hacer que la Irlanda se rebelase contra ella. Sometida, no domada, y privada de las leyes inglesas, la Irlanda se hallaba en continua revolución, entre las rivalidades de los Butler y de los Fitzgerald. Enrique VIII, después de haber abolido el óbolo de San Pedro, se tituló rey de Irlanda, pero los Católicos permanecieron siempre hostiles a los decretos anticatólicos de Isabel. Esta encargó al conde de Essex que sometiese la isla, pero el conde no lo consiguió; e Isabel, después de haber dejado condenar a muerte a este su joven amante, hijo de su querido Leicester, murió a la edad de setenta años. Desaparecido el encanto de sus brillantes cualidades, se conoció el despotismo que habían introducido los Tudor, y que iban a expiar los Estuardos.

Irlanda

1599

En Escocia reinaba Jacobo, hijo de María Estuardo, molestado incesantemente por los nobles y los Puritanos; se le acusaba de tolerar a los Católicos, y tuvo que establecer el gobierno presbiteriano, aboliendo los obispados. Ocupó el trono de Inglaterra; pero tuvo por enemigos a los Puritanos, que en vano esperaban dominar; a los Católicos, que veían fallidas sus esperanzas puestas en el hijo de María Estuardo; y a los Anglicanos, que temían a un rey calvinista. Uno de ellos intentó hacerle volar con el parlamento; pero se descubrió la conjuración; se acusó a los Católicos, que fueron perseguidos, y obligados, con todos los súbditos, a jurar una profesión de fe. Entonces los Episcopales realistas y los Presbiterianos republicanos formaron dos sectas que se odiaban no menos que entre Católicos y Protestantes; de ahí nacieron los dos partidos de los whig y de los tory, progresistas y conservadores.

Conjuración de la pólvora

Jacobo aborrecía las armas, era amante de intrigas, afectaba mucha erudición, y se abandonaba a los favoritos. No pudo unir la Escocia a la Inglaterra, a pesar de lo mucho que aquella decayó. Los reyes sucesivos trabajaron todos para la fusión. La Irlanda fue organizada con buenas leyes por Jacobo, quien para destruir el catolicismo mandó allí colonias que establecieron caseríos y pueblos en los terrenos confiscados. Jacobo, perfecto caballero pero rey inepto, y Carlos I, su sucesor en el trono de Inglaterra y de Escocia, habían de expiar las faltas de sus predecesores.

1625

225.- Alemania. Guerra de los Treinta Años

Si la Reforma trastornó todos los países, mayormente produjo estragos en aquel donde había nacido. Fernando, hermano de Carlos V y rey de los Romanos, de Hungría y de Bohemia, procuró consolidar por todas partes la autoridad real; pero no aseguró la herencia de Hungría a familia, sino haciéndose tributario de la Turquía. Sujetó a la Bohemia con el terror, si bien tuvo que permitir a los Hussitas el uso del cáliz.

1564 De sus cinco hijos, sucediole como emperador Maximiliano II, que toleró a los Protestantes; pero aumentaban las pretensiones de éstos; los príncipes violentaban las conciencias de los súbditos; Luteranos y Calvinistas se lanzaban mutuas excomuniones; multiplicábanse las fórmulas de fe, y eran sostenidas con confederaciones.

1576 El nuevo emperador Rodolfo II, dedicado a la astronomía y a la alquimia, descuidaba los negocios; no tomaba suficientes medidas para rechazar a los Turcos de la Transilvania y de la Polonia; por lo cual su hermano Matías le obligó a cederle la Hungría, la Moravia y el Austria, y las apaciguó con la paz de religión. La Bohemia florecía por el producto de sus minas y nuevos cultivos; pero la debilitaban las contiendas entre Hussitas, Calixtinos y Utraguistas, y la nueva secta de los Hermanos Moravos. Las cuestiones políticas tomaban un carácter religioso. Tal fue la que se suscitó por la sucesión de los ducados de Juliers, Cléveris y Berg, por la cual hicieron armas Católicos y Protestantes. Matías, ya emperador, vio estallar la guerra que se llamó de los Treinta Años, y en la cual tomó parte casi toda Europa, puesto que abarcaba los intereses, las pasiones y las ambiciones de todos. El emperador quería consolidar su primacía política y religiosa; los electores luteranos invocaban la independencia del imperio y de la fe; los electores católicos querían la unidad de la fe, y no la del derecho político; todos temían la ambición de la Casa de Austria.

1618-1648

Fernando II, sucesor de Matías, trató con firmeza de devolver a su Casa el lustre que perdía. La Bohemia se le insurreccionó proclamando por su rey a Federico V, elector palatino; Betlen Gabor, príncipe de Transilvania y árbitro de la Hungría, guió 60 mil Húngaros y Bohemios hasta Viena y obtuvo la mitad de las posesiones de Hungría. Pero mientras los enemigos andaban poco de acuerdo, Fernando recibía auxilios de España y del Papa, y domó la Bohemia, quitándole la libertad de cultos y el derecho electoral; desterró a muchos príncipes del imperio, y merced al valor de Espínola, de

Tilly y de Wallenstein (439), sometió al país, venció a Gabor, disolvió la Unión evangélica, y se puso de acuerdo con España para aniquilar la libertad de Alemania y de la Holanda.

Periodo palatino

Periodo danés Para impedirlo, Cristian IV de Dinamarca se coaligó con la Suiza, Inglaterra y los príncipes descontentos. Alberto de Wallenstein, valeroso capitán bohemio, ofreció a Fernando un ejército de 50 mil hombres que había reunido, y que mantenía por medio del pillaje. Entonces Alemania estuvo a merced de 200 mil aventureros, entre amigos y enemigos; Wallenstein devastaba las riberas del Báltico, no menos que el Milanesado y Mantua; la Francia, que fue envuelta en el conflicto, combinó la liga con Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que pasó a defender la constitución germánica y el protestantismo. Valiente y simpático, Gustavo Adolfo reformó la táctica; con rápidos movimientos evitó con frecuencia el enemigo, y parecía inminente una nueva irrupción de Escandinavos en Europa; pero Wallenstein, declarado «generalísimo de la España», devolvió la fortuna al ejército imperial, mayormente desde que Gustavo Adolfo hubo perecido en la batalla de Lützen. La causa protestante hubiera sucumbido entonces, a no haberla sostenido Oxenstiern, ministro de Francia (440). Wallenstein, orgulloso del éxito, quería dirigir los consejos y las empresas de Fernando, y quizá aspiraba a constituirse un reino; por lo cual Fernando lo hizo degollar.

Periodo sueco

Periodo francés Derrotados los Suecos en Nordlingen, y pacificado el duque de Sajonia, prevalecían los Austriacos, cuando la Francia, libre de la guerra civil, emprendió una campaña con siete ejércitos por Alemania, Holanda e Italia, teniendo a su favor la Suiza, Holanda, Sajonia, Mantua, Parma y el gran capitán Bernardo de Weimar, que tenía a sueldo 12 mil hombres y 6 mil caballos.

Fernando III, menos devoto y más pacífico que su padre, estaba destinado a ver a toda Europa en guerra, hábilmente dirigida por grandes generales y astutos diplomáticos, los cuales con largas y complicadas negociaciones obtuvieron al fin la paz de Westfalia. Esta no resolvía las cuestiones radicales, ni restablecía el derecho y la justicia, sino que acallaba lo mejor posible las pretensiones en lucha. La Francia adquirió la Alsacia, con Metz, Toul y Verdún, y el Piñerol en el Piamonte. La Suecia tuvo la Pomerania (441), Rügen, Wismar (442), Bremen y Verden, y tres votos en la Dieta Alemana. Se regularizaron bienes eclesiásticos para recompensar a varios príncipes. España perdía la Holanda, cuya independencia se reconoció, como la de Suiza. En cuanto a las religiones, se toleraron la luterana y la calvinista, que tuvieron miembros en la cámara imperial y en el consejo áulico; las corporaciones religiosas

conservaban los bienes que aún poseían, y cada príncipe tuvo el jus sacrorum, es decir el derecho de disponer de las cosas eclesiásticas en sus propios Estados.
1648

El imperio se había convertido en una confederación de príncipes casi independientes, y como tal fue constituido; los Estados recibieron la soberanía territorial perpetua, formando una verdadera federación que mantuviese el equilibrio europeo y sirviese de barrera entre Francia y Austria, la cual perdía la esperanza de la monarquía universal de Europa. Decíase que al menos había perecido la tercera parte de la población en Alemania; quedaba destruida la industria, arruinado el comercio; de modo que el país se halló desposeído de su antigua importancia; fue imposible toda concentración de poder, por cuanto se hallaba dividido entre muchos señores, aplicados a engrandecerse entre el pueblo que ya no tuvo una patria común que amar y defender. Habiendo cesado la política cristiana de la Edad Media, el tratado de Westfalia fue la base del nuevo derecho de gentes, y el punto de partida de todos los tratados sucesivos.

226.- Suecia y Dinamarca

Reinando Cristian II, cuñado de Carlos V, las doctrinas luteranas se difundieron por la Suecia; y habiendo el arzobispo de Uppsala declarado rebeldes a los protestantes, el rey Gustavo Vasa (443) los sostuvo, e hizo reconocer legalmente la religión reformada, antes que en Inglaterra; estableció, además, una liturgia particular, y él mismo ejerció el apostolado al frente del ejército. Más culto que su país, llamaba a sabios extranjeros, y aliándose con Francisco I, se puso en relación con el resto de Europa.

1560 Hizo declarar hereditaria la corona, pero consignando a sus tres hijos la Finlandia, la Ostrogocia y la Sudermania. Enrique (444) XIV se esforzó en restringir esta concesión y el poder con los nobles, creando condes, barones, caballeros y chambelanes, lo que lo hizo odiar de los nobles antiguos, y mucho más su matrimonio con la hija de un cabo, de que se enorgulleció él; enloqueció después, y su hermano Juan lo encarceló.

1570

La Livonia, no pudiendo defenderse contra la Rusia y los Caballeros Porta-espadas, se había entregado a Enrique; de ahí se originó una guerra con todo el Norte, que duró hasta la paz de Stettin, en la cual Juan III convino en que Dinamarca desistiese de

sus pretensiones a Suecia, así como la Suecia a la Noruega, Escania y Gothlandia. Juan III conservó la Livonia. Fracasaron las tentativas hechas para convertir la Suecia al catolicismo; la confesión de Augsburgo fue legalmente aceptada por Carlos, hermano de Juan, que logró quitar la corona a Segismundo so pretexto de religión; reinó con crueldad y falsía, y dejó, al morir. tres guerras: con la Polonia por la posesión de la Livonia; con la Rusia y con la Dinamarca por la Laponia.

Gustavo Adolfo Gustavo Adolfo trató de reparar los anteriores daños, y pudo conservar el sello de las tres coronas, en memoria de la unión (cap. 176), lo que le era contestado por Dinamarca; renunció a la Laponia, pero conquistó la Ingria sobre la Rusia. Lo vemos en Alemania a favor de los protestantes, y muere en Lützen. Había reformado el ejército, acogido a gran número de Protestantes, organizado una gran compañía de comercio, enriquecido con los bienes de su familia la Universidad de Uppsala; devoto, estudioso, humano, aseguró a su pueblo un puesto sobre el Báltico en la Livonia, país riquísimo en granos; en la Prusia, llave de los grandes ríos; en la Pomerania, por la cual fue partícipe, de la Confederación Germánica, y pareció que pensaba ejercer su dominio sobre ésta y sobre Italia.
1629

En Dinamarca, el Nerón del Norte (cap. 176) fue reemplazado por su tío Federico I, mientras la Reforma agitaba al país. Carlos V y los Católicos sostenían a Cristian II, al paso que Federico se unía a la Liga Esmalcáldica y a los enemigos del Austria. La nobleza, que conservaba el derecho de elegir al rey, trastornó el país; la República de Lübeck confió un ejército a Cristóbal, conde de Oldemburgo, y se enardeció la guerra, hasta que los nobles daneses se unieron a favor de Cristian III, que estableció el protestantismo según los consejos de Juan Bugenhagen, discípulo de Lutero; pero los nobles conservaron plenos poderes; la Islandia rechazó el protestantismo; la Noruega fue anexada, aunque conservando sus asambleas. El fondo de los litigios era el paso del Sund.

Concluida la guerra con la Suecia, Federico III procuró dar prosperidad al reino, y favoreció al astrónomo Ticho Brahe (445). Cristian IV fue uno de los reyes más grandes de su tiempo; fundó muchas ciudades, concentró varios ducados, favoreció la industria, dio buenas leyes, ocupó a Tranguebar, único pero importante establecimiento danés en la India. En la paz de Westfalia procuró que la Suecia no aumentase en territorio; y cuando ésta se le declaró hostil con los veteranos de la guerra de los Treinta Años, él resistió hasta que en la paz de Brömsebro concedió a los Suecos, y no a los Holandeses, el paso del Sund y del Belt.
1588

227.- Polonia. Lituania. Livonia

El movimiento monárquico del siglo no penetró en la Polonia, donde la aristocracia conservaba el derecho de elegir el rey. La gente de las ciudades como la de los campos era enteramente súbdita, de modo que carecían de libertad política las diez y nueve vigésimas partes de los habitantes. El rey no estaba a la cabeza del gobierno ni del ejército, no podía declarar la guerra ni concluir la paz, ni imponer contribuciones, ni promulgar leyes sin los nobles, ni disponía siquiera de los bienes de la corona. Casimiro IV hizo el primer tratado con los Turcos. Bajo Alejandro, la Lituania fue unida al reino, dejándole tribunales propios; pero la Rusia aspiraba siempre a recuperar la Rusia Blanca, la Ucrania y la Siberia, que obtuvo en parte, efectivamente, con la guerra y con la tregua de cincuenta años. Bajo sus sucesores se renovaron las guerras con los autócratas rusos, mientras la Polonia estaba amenazada por los Moldavos, los Turcos y los Tártaros de Crimea, contra los cuales organizaron a los Cosacos.

1452
1503

Cosacos Entre las inaccesibles islas del Dniéper habitaban los Cosacos, raza oriunda del Cáucaso, de fondo mogol y de lengua eslava. Fueron un lazo entre los nómadas del Asia y los ejércitos de Europa, y abrazaron el oficio de las armas.

Segismundo dio buenas leyes a la Polonia, hizo la guerra contra la Orden Teutónica, a la cual quitó la Prusia, concediéndola al gran maestre Alberto de Brandeburgo (446), que había hecho traición a su religión y a su Orden (cap. 214), y bajo cuyos auspicios el luteranismo penetró en la Polonia y la Lituania, donde concluyeron por prevalecer los Unitarios Socinianos (cap. 217). El rey y sus sucesores permanecieron fieles al Catolicismo.
1530

La Livonia estaba en poder de los caballeros Porta-espadas, y Gualterio de Plettenberg la hizo prosperar; pero habiendo penetrado la Reforma, surgieron terribles luchas, hasta que el país fue sometido a la Polonia, y dejó de tener historia propia. Irritado Juan IV de Rusia, que ambicionaba la Estonia, la devastó bárbaramente. Segismundo Augusto tuvo por principal objeto la fusión

de la Livonia con la Polonia, y lo consiguió.
1571
Con él quedó extinguida la estirpe de los Jagellones (447), y se presentaron muchos pretendientes, entre los cuales prevaleció Enrique de Valois, que fue luego rey de Francia con el título de Enrique III. Los electores habían establecido el Pacta conventa que debía jurar el nuevo rey. Éste tuvo que hacer largas promesas a la Dieta de cien mil electores, y si titubeaba, el Gran Mariscal le decía: Si non jurabis, non regnabis. Reinó mal, y cuando huyó a Francia, fue sustituido por Esteban Bathori, príncipe de Transilvania, quien con su valor reprimió a los Tártaros en Crimea, y derrotó a los Rusos, que tuvieron que renunciar definitivamente a la Livonia, por medio de la cual se comunicaba con el Báltico y la Europa. Bathori organizó a los Cosacos bajo un hetman, y dejó que se propagase la Reforma. A su muerte, los votos se dividieron entre Segismundo, príncipe de Polonia, y Maximiliano de Austria, que fue vencido. Sin embargo, Segismundo no se captó las simpatías de los nobles, máxime porque favorecía a los católicos; por esto formaron aquéllos una liga (rokoss) para la defensa de sus propios derechos. Estalló la guerra civil, juntamente con la terrible lucha contra los Rusos, en la cual Segismundo sitió a Moscú, se apoderó de Smolensko y la conservó en la paz. También los Turcos hostigaron a la Polonia, como los Suecos de Gustavo Adolfo.

Vladislao, nuevo rey, pensó seriamente conquistar la Rusia, pero al fin se contentó con que ésta le cediese Smolensko, Chernikof y todas las regiones de la Estonia, Livonia y Curlandia. Los Cosacos, que al principio eran el apoyo de la Polonia, le sirvieron luego de obstáculo, recorriendo el mar Negro y haciendo estragos en la Rusia, en la Turquía y en la Polonia, donde pretendían tomar parte en la elección del rey. De modo que impidieron la nueva organización de la Polonia.

228.- Literatura jurídica. Teología moral

A la unidad de mando y de gobierno, impuesta por el siglo y por la escuela maquiavelista, se oponían los recuerdos de Roma y Grecia republicanas, y los de la Edad Media, que quebrantaban el poder monárquico, como también las ideas niveladoras de los Calvinistas, y las renovadas protestas de la Iglesia que no quería dejarse absorber por el Estado. En diferentes sentidos agitaron las cuestiones Hotman, La Boëtie, Althausen y Poynet, apreciando los acontecimientos contemporáneos, excusando el asesinato político y el tiranicidio; los italianos Juan Botero, Pablo Paruta y Trajano Boccalini; los franceses Gabriel Naudé y Bodin (448), y el inglés Sleidan, aplicaban sus doctrinas a los hechos contemporáneos, y al incremento y decadencia de los Estados. Muchos jesuitas abrogaban al Papa el derecho, no sólo de desposeer a los reyes infieles, sí que

también el de infringirles penas temporales. Esto defendió principalmente Francisco Suárez, natural de Granada, y lo combatieron Edmundo Richer y fray Pablo Sarpi. Jorge Buchanan, escocés, sostuvo que pertenecía al pueblo elegir los reyes como deponerlos; algunos deducían su origen de la familia patriarcal. Otros, más positivos, reunían datos estadísticos, como Gianotti, Sansovino y Vida. Tomás Moro, en la Utopía, y Tomás Campanella en la Ciudad del Sol, divisaron una ciudad ideal. Antonio Serra, de Cosenza, dio importancia a la economía política, demostrando que la grandeza de un Estado no depende únicamente de su fuerza. En la práctica dominaban las ideas mercantiles y exclusivas, tornándose generalmente por modelo las repúblicas de Génova y Venecia. Hicieron estudios sobre la moneda Gaspar Scaruffi, de Reggio, Bernardo Davanzati, florentino, y Juan Donato Túrbolo.

Jurisprudencia La jurisprudencia se asoció a la filología para comprender mejor el sentido y el espíritu de las leyes romanas; y en ello adquirieron renombre el milanés Andrés Alciato, Cuyacio de Tolosa y Guillermo Budeo (449), los cuales ayudaron a los reyes en la empresa de abatir las pretensiones feudales. Llamose, siglo de oro de la jurisprudencia a la segunda mitad del XIV, cuando florecieron Duaren, Brisson, Govea, Julio Claro, Menochio, Vinnio, Farinaccio, Godofredo, Antonio Favre, Alejandro Turamini. Pío IV deseó hacer corregir el Decreto de Graciano, trabajo concluido bajo Gregorio XIII, en cuya época se formó el cuerpo del Derecho Canónico.

La jurisprudencia se amplió con el estudio del derecho internacional, que no se apoyó ya únicamente en casos teológicos y en extensiones del derecho positivo local, sino que también en una equidad amplia, reconociendo derechos al enemigo. Al principio lo estudiaron los teólogos como el dominico Vitoria (450), Domingo Soto y Baltasar Ayala; luego Alberico Gentile, y más que ninguno, Grocio, con su Derecho de la Guerra, que trató de aminorar los estragos de las luchas humanas, estableciendo ciertas cautelas que generalmente deducía de los clásicos y de las costumbres, y tuvo grandísima influencia en el mundo práctico y político, pues se quería constituir algún lazo, que sustituyera al religioso, roto ya. La innata inclinación del hombre hacia el estado social, contraria a las inhumanas doctrinas de Maquiavelo y Hobbes, fue adoptada por Puffendorf y por otros, aplicándose la jurisprudencia natural a la conducta de los individuos en sociedad, y extendiéndola a los Estados, considerados como entes morales, que viven en sociedad sin leyes positivas; de ahí la ciencia mixta del derecho natural e internacional.

Teología Al principio no se conoció la extensión y trascendencia de las grandes cuestiones suscitadas por la Reforma, de modo que no sobrevivió ninguna de las primeras refutaciones, que consistían en silogismos escolásticamente presentados a personas que negaban la mayor, es decir, la autoridad de la Iglesia. Los protestantes, impugnando esta autoridad, aducían otra en vez de ceñirse a la razón pura. Obrose con más acierto después de haber sido aclaradas las

doctrinas en el Concilio de Trento; es insigne la obra de Roberto Bellarmino (1542-1621), conforme con el cual muchos otros fueron demostrando que el Catolicismo no se fundaba en un hecho especial, sino en la base misma de la certeza humana; se introdujo la verdadera crítica bíblica (Macdonaldo, Simon); se mezcló la teología dogmática (Petau) con la alta filosofía. La Filotea, de San Francisco de Sales, fue la obra maestra de la teología devota.

Algunos procedían hasta negar la revelación, y aun entre los protestantes se creyó necesario demostrarla, como hizo Grocio con sus Anotaciones al Antiguo y Nuevo Testamento. Otros agitaban las cuestiones de la gracia y el origen del poder, y la autoridad del Estado sobre la Iglesia. Los más juiciosos procuraban conciliar las opiniones, y desviar la intolerancia que de un lado y de otro recrudecía a despecho de la caridad cristiana. Pero con esto se iba al indiferentismo.

1633

Los Casuistas, estudiando los casos particulares que pueden ser sometidos al confesor, hacían distinciones y argucias sobre la conciencia, sobre la veracidad, sobre las obligaciones, exagerando unos en rigor y otros en indulgencia. Adquirieron fama entre los casuistas Tomás Sánchez de Córdoba. (1550-1610), Escobar y Suárez.

Moralistas Ocupáronse de moral Agustín Nifo, Baltasar Castiglione y Mucio. Este último escribió el Caballero, en el que sostiene que la nobleza, es personal. Jacobo Sadoleto trató de la educación de los hijos; Sperone Speroni, Alejandro y Francisco Piccolomini, monseñor de la Casa (el Galateo), Tasso, Varchi y otros muchos, trataron de puntos particulares de conducta, y especialmente del amor y de la ciencia caballeresca. Miguel Montaigne (1533-92), en sus Ensayos, discurre llanamente sobre varias materias, conforme al buen sentido y con mucha condescendencia, siempre pintoresco, con anécdotas y argucias, y deteniéndose en la duda. También la Sabiduría de Pedro Charron es la ciencia de vivir conforme con la razón. A la misma escuela pertenece La Mothe le Vayer, escéptico que no admitía la autoridad de la razón ni de la conciencia, sino la fuerza y la costumbre.

229.- Erudición e historia

Alemania prevaleció sobre Italia en la filología. No obstante, el veronés Flaminio, como el escocés Buchanan, versificó en latín de una manera admirable. Erasmo, Reuchlin, Melanchton, Grocio, Lambino, Fabricio, Roberto Stefano y Budeo (451), se perfeccionaron sobre las lenguas clásicas, sobre todo desde que se acudió a las fuentes para combatir o defender los textos sagrados, estudiando el hebreo y el árabe. Guillermo Postel colocó la filología en su verdadero terreno, comparando los diversos idiomas, trabajo intentado en el Mithridates

de Gessner (1555), que da el Padre nuestro en veintidós lenguas.

Otros indagaban las antigüedades romanas (Lipsio (452), Sigonio, Panvinio); Scaligero y Petau ordenaron la cronología; apreciose la importancia de las medallas y de las inscripciones, de que se hicieron colecciones, como el Corpus inscriptionum de Gruter, completado por Grevio. Carlos Sigonio, además de distinguirse por sus trabajos de anticuario, describió el reino de Italia hasta el año 1286. Flacio Ilírico creyó ayudar a la Reforma completando las Centurias de Magdeburgo (453), vigoroso ataque contra la Iglesia. Para combatirlo, César Baronio escribió los Anales, en favor de la Iglesia, continuados luego por Rinaldi y Laderchi, y últimamente por Theiner.

Muchos escribieron historias particulares, y dieron preceptos sobre este género de literatura. Gerardo Vossio (454) examinó los historiadores antiguos y de la Edad Media. Possevino, Faletti, Strada, Scioppio y Adriani escribieron historias, algunas de ellas contemporáneas, casi todas impregnadas de espíritu de partido. Guido Bentivoglio refirió las guerras de Flandes, como Mateo e Isaac Voss; Catalino Dávila describió las guerras civiles de Francia. Sleidan trató de la Liga Esmalcáldica, y Buchanan de la Escocia. Hugo Grocio les supera en conocimientos y claridad. Muchos franceses narraron las empresas en que habían tomado parte; Blas de Montluc, la guerra de Siena; Agripa de Aubigné, los hechos acontecidos desde 1550 hasta 1601; Brantôme, la historia secreta de las Cortes de Carlos IX, Enrique III y Enrique IV. De Thou redujo la historia a narración metódica, con arte y gusto, y reflexiones juiciosas y profundas.

En España, Juan de Mariana, con estilo a la antigua y grande amor patrio, expuso los acontecimientos hasta la expulsión de los Moriscos; Juan Sepúlveda escribió sobre Carlos V y Felipe II.

Entonces empezaron también las relaciones de embajadores y los escritos periódicos, a cuyo género pueden reducirse las Memorias íntimas de Victorio Siri.

230.- Filosofía especulativa

Venerábase todavía a Aristóteles, pero hacían guerra multiforme a la escolástica los humanistas, los platónicos, los místicos, los estoicos, los escépticos, y principalmente la Reforma, proclamando los derechos de la razón. Teniéndose mejores traducciones de los Griegos, se facilitaron los medios de distinguir las verdades de los errores; y entre los que negaban sobresalieron Pomponazzi, Cremonino y Cosalpino. Más extravagante que pensador, Lucinio Vannini se valía de la dialéctica para combatir al cristianismo. El culto de Platón había sido restaurado por los Griegos procedentes de Constantinopla, y por él lucharon Ramus, Nizzoli, Aconzio y Patrizi. Pero muchos neo-platónicos se inclinaban a las ciencias ocultas (Fludd y Tauler); Jacobo Böhme (1575-1625) es considerado por algunos como un

genio sublime, y por otros como un visionario. Cornelio Agrippa, creía en las ciencias ocultas, y no obstante, en la Incertidumbre y vanidad de la ciencia lleva el escepticismo hasta el punto de asegurar que ni aún puede el hombre estar cierto de su propia ignorancia. El dogmatismo y la lógica silogística fueron combatidas por el portugués Sánchez.. Algo nuevo intentaron Bernardino Telesio, cosentino, y Jordán Bruno de Nola, cuyo panteísmo es el reproducido en parte por Schelling; no reconoce ideas sino en el Ser Divino, del cual el universo es efecto y expresión imperfecta. El calabrés Tomás Campanella (1568-1639) trató de fundar una filosofía de la naturaleza sobre la experiencia; conoció la necesidad del conocimiento racional y teológico, pero dejose desviar por la fantasía, exaltada con las persecuciones que él sufrió.

El aristotelismo estaba, pues, minado, y la necesidad de apoyarse en la experiencia había sido reconocida por los precitados, y por Pablo Sarpi y Leonardo de Vinci, cuando apareció Francisco Bacon (1561-1626), al cual se atribuyeron los méritos de los precedentes, porque en el Nuevo órgano estableció un método y un orden con que la inteligencia humana pueda buscar, aprobar y demostrar la verdad, y formó un árbol de las ciencias, dividiéndolas en ciencias de Dios, de la naturaleza y del hombre, proclamando la experiencia y rechazando las causas finales.

231.- Ciencias exactas

Muchos se dedicaron al estudio de las matemáticas, continuando unos los autores antiguos (Maurolico, Viviani, Benedetti), y otros perfeccionando el álgebra, proponiéndose problemas, que se explicaban públicamente y se envolvían en enigmas. Jerónimo Cardano halló la solución de la ecuación cúbica, y aplicaba el álgebra a la geometría. Nicolás Tartaglia aplicó la geometría a determinar el movimiento curvilíneo. Miguel Stifels, Francisco Vietta y Briggs perfeccionaron el lenguaje algebraico. Napier halló los logaritmos. Kepler examinó todos los sólidos originados por el desarrollo de un segmento de sección cónica al rededor de una línea que no sea su eje. Galileo trató de un cilindro cortado en un hemisferio. Buenaventura Cavalieri halló los infinitesimales, que abrieron la puerta a los grandes progresos de la geometría, la cual fue aplicada entonces muy comúnmente a arduas investigaciones, como el problema de la cicloide. Descartes explicó el poder de los signos algebraicos, y sentó por base que toda curva geométrica tiene su correspondiente ecuación fundamental, que indica la relación que existe entre la abscisa y la ordenada.

Las matemáticas aplicadas a la astronomía purgaron a esta ciencia de los antiguos errores, y se rechazó el sistema de Tolomeo, que colocaba la tierra como centro fijo de los movimientos celestes. Ya Nicolás de Cusa había anunciado el movimiento de la tierra, pero

lo determinó mejor Copérnico (1473-1543), cuyo sistema, como todas las verdades, halló en seguida partidarios y detractores. Ticho Brahe, de Dinamarca, inventó un sistema medio; pero el verdadero sistema planetario fue demostrado por Kepler con las famosas leyes y las exactas nociones de la gravitación. A esto llegaba él con sabias hipótesis, al par que al mismo objeto aplicaba la observación y los instrumentos el pisano Galileo Galilei (1546-1642), verdadero fundador de la filosofía de las ciencias, sometiéndolas a la experiencia. Sirviéndose del descubrimiento del telescopio, hecho entonces en Holanda, notó las manchas del sol, la escabrosa superficie de la luna, vio los satélites de Júpiter, las faces de Venus y el anillo de Saturno. Su grandeza excitó la envidia y lo hizo acusar, so pretexto de que con su ciencia atacaba la verdad de los libros sagrados; encarcelado por orden del Papa, fue obligado a retractarse ante la Inquisición.

Galileo

Otros ampliaban los conocimientos astronómicos, y se calculaba con exactitud la reproducción de fenómenos celestes. El gran filósofo Descartes imaginó que los movimientos planetarios eran producidos por los torbellinos de la fuerza centrífuga, y si bien esta teoría resultó errónea, destruyó las opiniones antiguas y ayudó a encontrar las verdaderas.

Las matemáticas se aplicaban también a la hidrostática y a la estática. Torricelli, discípulo de Galileo, explicó la razón del sifón y del barómetro. Manrólico, Porta y Sarpi explicaron los fenómenos de la visión, las leyes de la refracción y el iris. Se inventaron el telescopio, el microscopio y la cámara oscura; se redujo a leyes la perspectiva y se vislumbraron las hipótesis del magnetismo.

Historia natural

A la historia natural se aplicaron la observación y la experiencia, repudiando las virtudes ocultas y taumatúrgicas, clasificando, describiendo las plantas y los animales nuevos. Conrado Gessner fundó la zoología sobre clasificaciones filológicas. Ulises Aldrovandi dio una historia natural en tres volúmenes, con tablas. Jerónimo Fabricio trató del lenguaje de los animales. Otros ilustraron algunas clases.

Antonio Michiel escribió la historia general de las plantas; y las nuevas especies obtenidas con los viajes, ocuparon a muchos. En Venecia se fundó un jardín botánico, y una cátedra en Padua. Andrés Cesalpino agrupó las especies según los órganos de la fructificación y distinguió el sexo de las plantas, como conoció la circulación de la sangre. Aprovechose de sus ideas Fabio Colonna para una distinción de los géneros.

Hiciéronse indagaciones mineralógicas, mayormente en Alemania. Sixto V colocó en el Vaticano una grandiosa colección de fósiles, que fueron descritos por Miguel Mercati, por orden de armarios; Cesalpino adoptó los sistemas fundados en la composición de los cuerpos. Jerónimo Fracastoro descubrió que las conchas fósiles

habían sido enterradas en diferentes épocas.

La química no abandonaba la investigación de la piedra filosofal (cap. 140); merced a la aplicación de esta ciencia se regeneró la medicina, que dedujo explicaciones de la fisiología. A la anatomía de Mondino se iban añadiendo los descubrimientos posteriores, muchos de los cuales se deben a Berenguer de Carpi. Leonardo de Vinci la estudió para uso de la pintura. Benedetti de Legnago fundó el primer anfiteatro anatómico. Tagliacozzi enseñó el injerto animal. Jacobo Silvio señaló un nombre a cada músculo. Andrés Vesalio publicó tablas anatómicas y proclamó la necesidad de cimentar la medicina sobre la anatomía. Pero escaseaban las ocasiones de hacer esta clase de estudios, pues se consideraba como una impiedad el disecar los cadáveres. La cirugía era aún tenida por ejercicio innoble; las contusiones y luxaciones se curaban con productos farmacéuticos. Gabriel Falopio, de Módena, estudió más atentamente el cuerpo humano, descubrió muchos órganos y los describió exactamente. Adelantó la ciencia con los estudios de Ingrassia, Aselio, Varoli, Eustaquio y Aranzi. Fabricio estudió principalmente las venas, y tuvo por alumno al inglés Harvey, autor de la obra De motu sanguinis et cordis, que describió con mayor precisión que nadie el mecanismo de la circulación, descubrimiento que se le atribuye, no con entera justicia.

Medicina   Dieron un gran paso la cirugía y la medicina. Ambrosio Paré estudió las heridas de armas de fuego. Juan B. del Monte introdujo en Padua el ejercicio clínico. Paracelso, aunque verdadero charlatán, curaba muchas enfermedades con el mercurio y con el opio. Otros abandonaban los específicos y las razones sofísticas, pedían la verdad a la naturaleza, y tenían el valor necesario para combatir errores seculares. Algunos describieron bien el tabardillo, la tos convulsiva, el escorbuto, el contagio venéreo y la peste bubónica; sin embargo aún se usaban remedios empíricos y supersticiosos, y era muy común unir a la medicina las observaciones astrológicas.

232.- Literatura neolatina

Francesa   Los Franceses aprendieron de Italia el amor al saber y a los libros. Luis XII y Francisco I favorecieron a los literatos y artistas. Mucho ayudaron a la lengua Calvino adoptándola para sus controversias, y Amyot con la traducción de Plutarco. Marot compuso poesías alegres como su vida; de igual género las escribieron Francisco I y su hermana Margarita, hasta que una pléyade francesa quiso sustituir la poesía de sentimiento con la imitación de las odas, de la epopeya, de la tragedia clásicas. En este género sobresalía Ronsard (1524-85), sin genio ni conceptos, y con formas triviales. Jodelle compuso la tragedia Cleopatra, Malherbe (1555-1628) llevó a cabo una reacción hacia el buen sentido, comprendiendo mejor la índole de su propia lengua. Eran más originales los escritores satíricos, mayormente los siete autores de

la Sátira Menippea, que pusieron en ridículo a la Liga. Regnier creó la sátira regular, y Agripa de Aubigné la política. Rabelais (1483-1553) dio nuevo giro a las novelas licenciosas; aparece lleno de originalidad y de gracejo en su Gigante Gargantúa y Pantagruel su hijo, cuyo objeto era ridiculizar las novelas caballerescas de la corte de Francisco I.

Española En España cobró gran impulso la prosa antes y mejor que en toda otra lengua neo-latina; empleada en la legislación y en los negocios, se vio que tenía viveza, claridad y flexibilidad, y al mismo tiempo que era regular. Juan Boscán quiso embellecerla; tomó por modelo a Petrarca, y suplió la escasez de inventiva con la tersura y elegancia del estilo. Garcilaso de la Vega, a imitación de Virgilio y Sannazaro, describió la vida campestre, e introdujo el endecasílabo, el soneto, la canción, la octava y el terceto. Diego Hurtado de Mendoza (1575), profundo conocedor de las lenguas orientales y eminente filósofo, sirvió en embajadas, hostilizó a Siena en unión de Cosme de Médicis, y contribuyó a destruir los restos de la pasada independencia italiana. Escribió las aventuras del Lazarillo de Tormes, primera novela del género picaresco, que tanto gusta a los Españoles. Escribió la historia del levantamiento de los Moros de las Alpujarras, a la manera antigua. Como poeta, por su dulzura puede colocársele al lado de Boscán y Garcilaso, pero les supera en la elección y elevación del asunto. Muchísimos imitaron a estos autores, hasta que se llegó al estilo culto y amanerado. Citemos al divino Fernando de Herrera, y a Jorge de Montemayor, portugués, que escribió en castellano la Diana. Les siguió Gil Polo. Fray Luis de León buscó espacio a su poderoso genio en la religión; tradujo a los clásicos, y con especialidad a Horacio, que era su ídolo. Es el poeta más correcto y menos afectado de España. Ginés Pérez de Hita pintó la corte de Boabdil en sus Guerras civiles de Granada. Mateo Alemán con su Guzmán de Alfarache ofreció un bello tipo del género picaresco y una amarga sátira de las costumbres de la época.

Ninguno comprendió toda la grandeza de su lengua patria como Miguel de Cervantes Saavedra. Escribió la primera parte de Don Quijote en la prisión que sufrió por deudas. Una sátira sin hiel, un libro que hace reír sin atacar a las costumbres, a la religión ni a las leyes; tal es Don Quijote, obra que a la sencillez de la fábula, reúne la verosimilitud de los sucesos, en que se ofrece una pintura exacta de las costumbres españolas. Propúsose Cervantes curar a su patria de la fanática afición a la lectura de libros de caballería. También compuso dramas, en cuyo género, de origen popular, España fue verdaderamente original. Proponerse un fin, un sentimiento, un hecho y desarrollarlos bajo todos los aspectos posibles, tal es el arte de los dramáticos españoles. Dividíanse las comedias en divinas y humanas y las primeras en vidas de santos y en autos sacramentales. Las humanas eran heroicas, históricas, mitológicas o comedias de capa y espada que describían la sociedad.

Lope de Rueda (1500-64) comprendió que el lenguaje de la comedia debía imitar al natural, y se sirvió de la prosa. Antes que

él, habían compuesto obras escénicas el marqués de Villena, el marqués de Santillana, Juan de la Encina, Torres Naharro y algunos otros.

Gracias a Cervantes, dejaron la tragedia y la comedia de ser un tejido artificioso, convirtiéndose en una pintura, tomada del natural, de los padecimientos o de las ridiculeces humanas. La mayor parte de sus dramas son históricos y patrios.

Lope de Vega Carpio (1562-1635) compuso 1800 comedias, 400 autos sacramentales, poemas épicos y poesías varias, en número tan extraordinario, que apenas se concibe que tuviese tiempo para escribirlas. No se distingue por la corrección y delicadeza, ni por la pureza de arte y sentimientos; pero aquellas intrigas, aquellas situaciones terribles o extrañas, aquellas catástrofes inesperadas encantaban a sus contemporáneos.

Calderón de la Barca (1601-87), soldado como Cervantes, buscó tipos ideales, por lo cual dio a menudo en lo falso, sobre todo en materia de honor, que es el fondo de casi todos los dramas españoles, además del cristianismo. Muchos dramas produjo Tirso de Molina. Bajo el reinado de Felipe IV, había más de cuarenta compañías dramáticas. El esplendor de aquel arte concluyó con Antonio de Solís, cuya Historia de la conquista de Méjico fue admirada.

En el transcurso de medio siglo, aparecen más de 25 poetas épicos, la mayor parte de cuyas composiciones versan sobre recientes hazañas, mayormente de Carlos V. Es digna de figurar en primer término La Araucana de Alonso (455) de Ercilla (1525-1600), que cantó su propia expedición contra los Araucanos. Es extraño que el espectáculo de las grandiosas empresas realizadas por la nación, no inspirase la idea de escribir verdaderas historias, mucho más interesantes y poéticas que todas las ficciones.

Portuguesa La lengua portuguesa propende a lo tierno y gentil, más que la castellana, y los autores compusieron con frecuencia poesías amorosas, como Macías el enamorado, Bernardino Ribeiro, Gil Vicente, Saa de Miranda y Antonio Ferreira. A todos aventajó Luis Camoes (1517-79) (456), quien habiendo peleado contra los Marroquíes y los Indios, y siendo víctima de continuas desventuras, cantó los Lusiadas, es decir las glorias de los Portugueses en sus descubrimientos: primera epopeya regular moderna con unidad y pensamiento dominante. Es casi el único poema de aquella nación que se conoce en el extranjero. Sin embargo, brillaron en este género Rodrigo Lobo, llamado el Teócrito portugués; Jerónimo Cortereal, y Juan de Barros, que narró los descubrimientos de los suyos con calor y evidencia. Más tarde, el conde de Ericeyra (1614-99), trató de restablecer el buen gusto con su Enriqueida, cantando al fundador del reino de Portugal. Es más correcto y más puro que Camoes.

233.- Literatura del norte

Los furores de la Reforma distrajeron a los Alemanes de la literatura, pero se adoptó su lengua en las controversias y en las diatribas. Son verdaderas poesías los himnos de la Iglesia, de los cuales se cuentan hasta 50 mil. Sin embargo la Holanda produjo algo original, por más que la lengua fue ayudada por traducciones y por las Cámaras de retóricos, especie de academias, donde con la sátira, la canción y el epigrama ayudaban a la espada del soldado. El más ilustre de aquellos académicos fue Erasmo (1465-1536), sin que dejaran de serlo los eruditos Grocio, Heinsio y Barleo.

En Hungría fue una gran traba para la literatura la imperfección de la lengua, en la cual se escribieron algunas crónicas.

La Reforma fue de gran provecho para la lengua en Escandinavia, merced a las versiones y a las polémicas; reducíase casi todo a teología. Juan y Olao Magno escribieron en buen latín absurdas historias; las escribieron mejores Olao y Lorenzo de Pietro.

En Inglaterra dominó un frenesí mitológico que rayaba en extravagancia; se continuó imitando a los Italianos y a los Griegos, hasta que Eduardo Spenser (1553-98) desarrolló el genio nacional en la Virgen Una, composición escrita en elogio de Isabel, llena de alegorías y pintorescas imágenes. Fuese corrompiendo el gusto hasta que Lilly, con su Historia de Eufus, introdujo toda clase de antítesis, juegos de palabras, afectaciones, eufemismos y perífrasis.

Gloria inglesa es el teatro, de vivacidad cómica y fiereza trágica. El Fausto de Marlowe es el primero donde se poetiza la leyenda del Fausto, que personifica al hombre en busca de su destino por medio de la ciencia y de la magia. Eran pobres y ridículos los teatros, y vulgares los actores. Sin embargo, con tan pobres recursos produjo Inglaterra el mayor genio dramático, Shakespeare (457) (1563-1616), a quien nadie iguala en fuerza creadora, en vigor y variedad de imaginación, rica pintura de todas edades, tiempos y condiciones. Sus graves defectos hacen resaltar sus incomparables bellezas. En sus obras hay una mezcolanza de sublimidad y rudeza, de ciencia y preocupaciones, de historia y fantasía, como conciencia viva de la humanidad y de las interiores luchas de las pasiones. El actor Garrik (1716-78), vistiendo con propiedad los personajes de Shakespeare, hizo comprender toda su grandeza.
Shakespeare

Los Ingleses y los Españoles tuvieron, pues, un teatro romántico original, falto de las unidades académicas, con mezcla de lo trágico y lo cómico, dominando el espíritu moderno. Los imitadores de Shakespeare se distinguieron en el arte de caracterizar originalmente los personajes, y de producir efecto. Perfeccionáronse los teatros, y muchos gremios tenían cada uno su compañía cómica. Pero la severidad puritana lo ahogó todo en la austeridad.

Libro XVI

234.- Aspecto general

De la guerra de los Treinta Años surgió un nuevo sistema político. El catolicismo vio levantarse a su lado otro culto. Quedaron debilitadas las dos naciones católicas, España y Austria. Las ideas religiosas se vieron sacudidas por las mundanas, a pesar de no introducirse la tolerancia. Como contrapeso del Austria aparecía la Prusia. La unidad nacional, que se consolidaba en varios países, quedaba rota en Alemania, dividida entre muchos principados, aunque formando una confederación en la cual cada uno era soberano, había libertad de cultos e igualdad entre las diversas comuniones, una dieta y relaciones bien determinadas entre los miembros con el Estado y con el emperador. Era un modelo, aunque imperfecto, de lo que debiera ser la sociedad europea. La complicación produjo lentitud, y para contener al emperador se apeló a Suecia y a Francia.

La España, que había parecido aspirar a la monarquía universal, apenas podía domar a los Portugueses.

Las Provincias Unidas se reducían a una oligarquía federativa; en ellas florecía el comercio, al cual la paz de Westfalia había quitado muchos obstáculos.

Habiendo perdido los pontífices su primacía en las cosas temporales, la Italia contaba en poco y era dominada por las Potencias extranjeras.

Suiza y Suecia era partidarias de Francia, que pareció llegar entonces al colmo de su grandeza. Hiciéronse poderosos los reyes, con gran eficacia sobre la opinión.

En cambio, en Inglaterra el poder quedaba dividido entre el príncipe y la aristocracia, y fueron necesarias dos revoluciones para ponerlos en equilibrio.

La Escandinavia, que no tuvo feudalismo, ni la influencia del derecho romano, careció de las instituciones por ellos producidas, y las clases superiores llegaron a ser un orden del Estado, como en Rusia y en Polonia.

Los soberanos eran absolutos entre los Musulmanes, sin más freno que el código sagrado, siendo todos los súbditos iguales bajo la tiranía.

Las relaciones entre Estado y Estado, y entre el Estado y la Iglesia no se habían establecido en las luchas habidas entre la tiara y la espada, entre el catolicismo y la reforma. Se introdujo, pues, un derecho público sin simbolismo y de pura habilidad práctica, deduciendo la reforma política de la religiosa, sin unidad y sobre condiciones arbitrarias, donde se buscaba el equilibrio sin conceptos superiores, atendiendo al hecho y no a la razón; de tal modo que la católica Francia se consideró tutora de los Protestantes. Los usos tradicionales sucumbían a las nuevas

convenciones. Los doctos se ingeniaban en buscar algún derivado del antiguo derecho, y solo podían proclamar algunos cánones que por vergüenza nadie se atrevía a violar.

El ponderado sistema de equilibrio vacilaba cada vez que aparecía algún gran personaje. La paz descansaba en las armas y en el miedo recíproco; los pueblos fueron equiparados a cosas, desde que el último lazo que hubo entre ellos fue el derecho hereditario de los príncipes. Algo lo remediaba la opinión, cuya autoridad crecía, e impedía que la fuerza fuese árbitra absoluta de los destinos de todos. Pero los impulsos venían de las Cortes, y no del pueblo, el cual buscaba los bienes materiales, que habían aumentado con los nuevos descubrimientos. Los Gobiernos procuraban aumentar las rentas, y equilibrar hasta el comercio. Aumentaban las pasiones, si bien se revestían de cultas formas; las ciudades prevalecían sobre el campo; el pobre contraía los vicios del rico, y se envilecía para alimentarse.

235.- Francia

1610 Asesinado Enrique IV, su mujer María de Médicis fue regente del reino durante la menor edad de Luis XIII, y quizá vio en la unidad católica el único apoyo de la unidad política. Se amistó con España; reprimió a los príncipes de la sangre y a los grandes feudatarios, y se confió a Concino Concini, florentino, que fue mariscal de Ancre. Este era odiado de los demás ambiciosos, mayormente del duque de Luynes, que logró hacerlo asesinar, relegar a María en un castillo, y hacerse poderoso. Mas no tardó María en recuperar el poder, con la ayuda del cardenal de Richelieu (1585-1642).

Richelieu Este se opuso principalmente a la tendencia de los Comunes, que a ejemplo de los Holandeses, y fomentados por las guerras religiosas como por los privilegios obtenidos por los Hugonotes (cap. 223), tendían a descomponer la centralización parisiense y a formar una república federativa. Los Comunes del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra, y los meridionales con España. Los Hugonotes se alzaron a favor de la independencia, dividiendo en ocho círculos sus 700 iglesias, y fue preciso dominarlos con las armas. Richelieu, aunque odiado de la regente y del rey, se hacía cada vez más necesario; venció a los Protestantes y se apoderó de La Rochela, su fortaleza, pero les concedió la paz. Llevó la guerra a Italia, por la Valtelina y por la sucesión de Mantua, y aseguró a la Francia el Piñerol, que le ofrecía una puerta por donde penetrar en Italia. Humilló a los grandes, prohibiendo los duelos y hasta mandando al suplicio a los rebeldes. Destruyó las causas de turbulencias y sediciones, dio impulso a las compañías comerciales; introdujo reglas y prontitud en la administración, y supo mantenerse en el poder entre incesantes amenazas e intrigas de

innumerables adversarios. Fue el hombre más grande de su época, si no se tiene en cuenta la moralidad de los medios. También protegió las letras, y bajo su gobierno se fundó la Academia francesa, principalmente aplicada a la lengua.

ilegible

1643 Luis XIII murió a la edad de 42 años, dejando un hijo bajo la regencia de Ana de Austria, que fue ayudada por el cardenal Mazarino (1602-61), hábil en el manejo de las armas y en la intrigas palaciegas, disimulado y sagaz, perseverante y cauteloso. Reunía, en fin, todas las cualidades necesarias para continuar la obra de Richelieu. Los Franceses lo aborrecían, y quiso oponérsele el Parlamento, gran corte a la cual pertenecía resolver las apelaciones, y registrar los edictos reales, después de haber examinado si estaban conformes con las leyes. Pero los reyes podían llamar al Parlamento alrededor de su trono (lit de justice) donde mandaban que se registrase el edicto en cuestión. Con esto el Parlamento hacía la misma oposición que antes habían hecho los feudatarios; incitábale el cardenal de Retz, que formó una fracción llamada La Fronda, a la cual dieron importancia, además de las intrigas de los políticos, las personas de talento y las mujeres.
Fue combatida con libelos y epigramas sin pasiones fuertes; todo se tomaba por lo ridículo; pero el Parlamento hizo un tratado con España, cuyo gobierno intentó una invasión y Luis de Condé bloqueó a París. Mazarino fue aplaudido como restaurador de la paz; el desorden hizo desear el despotismo, y lo ejerció Luis XIV.
Mazarino

La Fronda

1652
Luis XIV Este, de pronto, humilló al Parlamento, y destruyó las libertades políticas y municipales. En la paz de Westfalia apareció como conciliador de los intereses europeos, con lo cual tuvo un pretexto para intervenir en los negocios de Alemania. Continuó la guerra con la España, y en la batalla de Rocroy destrozó a la acreditada infantería española; pero durante la Fronda perdió a Barcelona, a Casal de Monferrato, y a Dunkerque. Recuperada esta última por los Franceses, fue entregada a Inglaterra. Las victorias

se debían principalmente al mariscal de Turena, que compartió con el príncipe de Condé la gloria de realizar grandes hechos de armas con pequeños ejércitos. Finalmente se concluyó con España la paz de los Pirineos, que dio a la Francia una frontera de fácil defensa y el primer grado en Europa.

El cardenal Mazarino, árbitro de los consejos de Luis XIV, demostró que las relaciones entre los Estados son independientes de la religión y de la forma de gobierno. Murió a los 59 años, habiendo acumulado más de cien millones. Dejó al Papa 70 mil liras para la guerra contra los Turcos, y al rey diez y ocho diamantes llamados los Mazarinos, cuadros, tapices y su magnífica biblioteca.

1661

Luis lo lloró, y ya no tuvo ningún ministro general; se daba trazas de hacerlo todo por sí, y de hacerlo despóticamente hasta decir: «El Estado soy yo». Pudo gobernar fácilmente de este modo, porque el país estaba abatido por las guerras civiles; ejerció su despotismo sobre el parlamento, sobre la nobleza, sobre el clero, sobre la literatura, que llegó entonces a su apogeo, sin ningún mérito por parte del rey. La hacienda fue organizada por Juan Bautista Colbert (1619-82), que dio impulso a todos los elementos de la prosperidad nacional, exigió severa probidad en la administración, comprendió que el mejor medio de elevar la fortuna pública era aumentar la privada, y fue por esto contrario al gravamen de los impuestos. Dio nombre al Colbertismo, sistema de economía que favorece las manufacturas interiores excluyendo las exteriores, considerando el dinero como riqueza, y teniendo por útil exportar mucho e importar poco. Para esto se necesita el despotismo y una sobrada ingerencia del Gobierno. En tanto aumentó prodigiosamente la industria francesa; a la Academia fundada por Richelieu se añadió la de Bellas Artes, la de Inscripciones y la de Ciencias. Organizáronse los correos; se reformaron las leyes, dándoles el carácter de generalidad; se introdujo la Policía, y se prohibió severamente el duelo.

Colbert

Con sus miras económicas, Colbert se hallaba siempre en pugna con las espléndidas de Luis, magnífico en todo, y con los gastos de la guerra. A ésta era inclinado Luis por su ministro Louvois, que impulsaba la Francia a trocarse en conquistadora, diciendo que «Engrandecerse es la más digna y grata ocupación de un soberano». Había cambiado la táctica durante la guerra de los Treinta Años. Condé y Turena habían hecho creer en la superioridad de los Franceses; Vauban, excelente en la economía y en la estrategia, perfeccionó el sistema de las fortalezas, como hicieron con las escuadras Bernardo Renau y Juan Bart. Alentado por tales incrementos, Luis hizo muchísimas guerras, contra España, contra el Papa, contra Holanda y contra Génova. Dos naciones le hacían sombra, España que era su enemiga por herencia y parte de cuyo territorio quería usurpar, y Holanda a la que deseaba igualar en el mar. Cuando murió Felipe IV reclamó parte de los bienes de aquel a nombre de su

mujer María Teresa. Viendo rechazadas sus pretensiones, se obstinó en conquistar los Países Bajos y humillar a Holanda. La guerra fue larga, inhumana, desastrosa para el comercio de esta activísima nación; los Franceses la hicieron con salvaje ferocidad por mar y por tierra; combatieron los grandes generales Turena, Montecuccoli, Bart y Duquesne, hasta que con la paz de Nimega la Francia cedió a la Holanda todas las conquistas hechas, tuvo de España el Franco Condado y muchas plazas de Flandes, y del emperador adquirió a Friburgo. Fueron mejor determinadas las fronteras del reino, provistas de colosales fortalezas, principalmente Estrasburgo. Para interponer el desierto entre la Francia y sus enemigos Luis XIV hizo devastar el Palatinado, entregando a las llamas floridos países y bellas ciudades a lo largo del Rin, y prohibiendo sembrar en un trecho de cuatro leguas a cada lado del Mosa.

1679

Muerto Colbert, que le contenía, Louvois impulsó a Luis XIV a nuevas pretensiones y usurpaciones. Aprontada una escuadra e inventadas las bombas, no solo se reprimió a los Berberiscos de Trípoli y Argel, sino que también se bombardeó a Génova. Catinat y Luxemburgo llevaban armas victoriosas por Italia y Alemania; la paz de Ryswick (458) (1697) reconcilió a Francia, Inglaterra y Holanda, asegurando la independencia de los pequeños Estados, amenazados antes por las pretensiones de Luis XIV.

1697

Este fue llamado el Grande porque él mismo tenía y sabía inspirar a los demás el concepto de la superioridad. Sus palabras y sus hechos eran repetidos con admiración por la Europa, celebrados por los poetas y gacetistas, con los cuales era en extremo dadivoso. Encontrose casualmente en el momento más espléndido de la literatura francesa, y los elogios tributados a ella se reflejaban en el rey, que en todas partes era objeto de encomios y apoteosis. Construyéronse magníficos edificios; floreció la industria; había frecuentes fiestas; la Corte era fastuosísima, y modelo de finura y buen tono. El rey entendía poco y se cuidaba menos de los negocios, pero tenía el arte de hacer ver que todo lo hacía él. Rodeado de insignes prelados, practicaba las devociones; sin embargo se abandonaba a voluptuosos amores (la Vallière, la Montespan, la Maintenon), y su regla de conducta obedecía en todo al egoísmo de quien se considera superior a los demás.

Admirole su siglo; los príncipes quisieron imitarlo; las costumbres se modelaron según las de su Corte, como los trajes, las grandes pelucas y los inmensos guardainfantes; pero en ninguna parte brilló aquel espíritu de conversación vivaz, agudo y culto que fue

el carácter de los Franceses, y que aparece hasta en las cartas (la Sévigné), y en las memorias (Saint-Simon, la Motteville). Aquella cultura cubría vicios, como el juego, la disolución (la Longueville, la Ninon, la Mancini), la superstición, y el crimen (la Brinvillière, la Voisin).

236.- Controversias religiosas

Durante la Liga, el púlpito se había convertido en tribuna de declamaciones e invectivas, hasta el extremo de excitar a las armas. La oratoria sagrada conservó luego el mal gusto que se desfogaba en metáforas y chocarrerías. Mas surgieron pronto grandes oradores, que no tuvieron rivales en los demás países. Mascaron, Flechier, Massillon, Bourdaloue, Bossuet, Fénelon, además de predicar a la alta sociedad, tomaron parte en las grandes controversias y contendieron entre sí por el quietismo, doctrina según la cual creíase poder adquirir por intuición verdades inaccesibles a la razón y a la dogmática, y en una quietud pasiva permanecer superiores al pecado, aniquilando al hombre ante la Gracia. Combatida por Bossuet, esta doctrina fue condenada por Roma, y Fénelon se retractó públicamente de ella.

La Iglesia francesa había hecho siempre alarde de independencia frente a la romana. Pero los reyes, soberanos absolutos, no querían ahora hallar limitado su poder por los privilegios del clero, sino que deseaban reducir la Iglesia a un ramo de la administración. Muchas obras se publicaron a propósito de esto (Dupin) y fueron confutadas por Roma, mayormente con ocasión de la regalía, es decir el derecho que pretendían los reyes de Francia, de administrar los obispados y disfrutar de sus rentas y derechos durante las vacantes. En 1652 se reunió el clero francés y firmó la Declaración de la libertad galicana, en la cual se sentaban los siguientes principios: 1º. La Iglesia recibió de Dios el poder sobre las cosas espirituales, mas no sobre las civiles; 2º. El poder de la Santa Sede sobre las cosas espirituales está limitado por los decretos del Concilio de Constanza (cap. 165), a pesar de no estar aprobados; 3º. El ejercicio de la autoridad apostólica debe estar siempre ajustado a las leyes y costumbres del reino; 4º. El juicio del Papa no es irreformable, sino cuando interviene el consentimiento de la Iglesia.

Declaración de 1652

Dedúcense de esto el placet y el exequátur, es decir que las bulas papales no eran valederas sino después de ser aprobadas por el parlamento. Luis ordenó que aquella Declaración fuese ley del Estado, y no se pudiese enseñar lo contrario. Por último se pensó en la institución de un patriarca francés, con lo cual se hubiera introducido un nuevo cisma. Bossuet era campeón de la libertad galicana, pero distaba mucho de quererse separar de la unidad.

Siendo Luis omnipotente en los asuntos religiosos, mal podía soportar que en su reino, y en virtud del edicto de Nantes, los Protestantes tuviesen su constitución propia, iglesias y fortalezas, y formasen un verdadero Estado dentro del Estado. Por lo mismo, ordenó que los Protestantes se convirtiesen, y con los misioneros mandó a sus dragones para que prendiesen a los reacios; como resistiesen, se les sometió con las armas, y por último fue revocado el edicto de Nantes. Los Hugonotes emigraron a bandadas, con gran perjuicio para Francia, y con provecho para Holanda e Inglaterra, pues los emigrantes eran laboriosos e industriosos. Algunos Protestantes se refugiaron en las Cevenas,[sic] donde se sostuvieron a mano armada, dando lugar a deplorables estragos.

Revocación del edicto de Nantes

Jansenistas Otra cuestión importante había quedado por ventilar en el Concilio de Trento, la de la naturaleza de la Gracia. El español Luis [de] Molina (459) (1535-1601) y Cornelio Jansenio, holandés (1585-1638) dieron nombre a dos doctrinas diferentes sobre dicha materia. Intervinieron luego decisiones pontificias, y como los reprobados quisieron desviar el golpe, la cuestión recayó sobre la autoridad del Papa, si es infalible de por sí o solo con el Concilio, si éste le es superior; y además se discutió sobre lo que el príncipe y el Estado pueden en los asuntos religiosos.

1649 Cinco proposiciones del Augustinus de Jansenio fueron condenadas, pero los Jansenistas, entre los cuales había franceses ilustres (San-Cirano (460), Quesnel, Nicole, Sacy, Arnauld...) discutieron la sentencia. Luis XIV quiso mezclarse en la contienda, hasta perseguir a los disidentes. Estos atacaron con violentos escritos a los Jesuitas sus adversarios (las Provinciales de Pascal), tachándoles de sobrado indulgentes en absolver los pecados, y acusándoles de contribuir a las debilidades humanas. La sociedad culta tomó parte en estas polémicas, y, naturalmente, las embrolló. Se inventaron milagros; la bula Unigenitus especificó las proposiciones erróneas, pero la confusión duró largo tiempo. Puede decirse que fue éste el único campo abierto a la controversia bajo el absolutismo de Luis XIV.

Los Protestantes se reían al ver divididos a los Católicos, cuyo argumento principal consistía precisamente en su unidad de doctrina. En tanto aquellos llevaban la libre interpretación hasta el punto de negar la divinidad de Cristo, como Leclerc en Holanda, y los Socinianos en Polonia. En Inglaterra Presbiterianos y Anglicanos interpretaban de distinto modo la Escritura; discutíanse puntos supremos de creencia, y se llegaba a una religión natural (Tallotson, Wilkins) y a la negación del cristianismo (Locke, Hobbes, Spinoza (461)). De igual manera procedían en Alemania, criticando las sagradas escrituras (Simon, Grocio); y algunos de los Franceses emigrados por la revocación del edicto de Nantes, mandaban a su patria escritos de atrevidísima crítica (Jurieu, Barnage, Bayle). Si la intolerancia había producido innumerables víctimas en los años anteriores, ahora a título de tolerancia se introducía la indiferencia, que llevaba a confesar que todas las religiones son

igualmente buenas, no siendo más que diversos modos de expresar el sentimiento religioso.

Opusiéronse a la indiferencia los Católicos, con gran acierto, mayormente Pascal, Huet y Bossuet. También algunos Protestantes combatían por las verdades fundamentales, como hicieron Claude y el gran Leibniz. Son memorables las tentativas de conciliación que se hicieron, máxime por obra del genovés Cristóbal Spinola y de Bossuet obispo de Meaux (1627-1704).

237.- Literatura

Aquel fue el siglo de oro de la literatura francesa. Malherbe había empezado la reacción en la poesía, volviendo a la pureza y a la sencillez, como Balzac (1594-1655) hizo con la prosa, aligerándola de la ampulosidad española. Tanto Balzac como Voiture fueron los astros de la sociedad Rambouillet, de donde salía la reputación de los escritores; admirábase allí lo convencional, exagerado y gracioso, que marcó el tono de la sociedad elegante. Chapelain (1595-1674) compuso un poema sobre la Doncella de Orleans, el cual, después de haber sido largo tiempo aguardado, y ensalzado luego, cayó pronto en el olvido. El gusto se pronunció por las novelas, afectaciones de sentimientos y pedantesca galantería, tales como la Astrea de Urfé, novela pastoril de 5500 páginas; la Casandra, en doce volúmenes; y en diez cada una la Clelia y el Gran Ciro, de la Scudery. Perrault, autor de los Cuentos de las hadas, tuvo muchos secuaces. Bergerac sobresalió en el género fantástico como El viaje a la luna y la Historia cómica del imperio del sol. Llegó por último el Telémaco de Fénelon, verdadero poema en prosa.

La sociedad Rambouillet fue útil a la lengua con querer que se escribiese como en ella se hablaba. La Academia Francesa, fundada por Richelieu, se ocupó especialmente en perfeccionar el idioma haciendo su gramática y su diccionario, al estilo de la Crusca, pero sin ejemplos. De este modo el francés se purgó de la escoria, adquirió unidad, fue una lengua progresiva, clara y natural; tanto que se decía: lo que no es claro no es francés.

No por esto se habían descuidado las lenguas antiguas ni la crítica de los clásicos. En Alemania, particularmente, se señalaron Scioppio, Vossio y Lipsio. Los Jesuitas tuvieron muchos escritores latinos, tales como Famiano Strada, y el padre Maffei.

Periódicos Los periódicos eran el novísimo género de literatura. El 5 de enero de 1665, Dionisio de Sallo publicó el primer número del Journal des Savans, que vive todavía, y que daba cuenta de las obras que se imprimían. Siguiéronle, en Roma Il Giornale de' letterati (1668); en Alemania Las Actas de Leipzig, en latín (1682); y en breve aumentaron y adquirieron importancia las publicaciones periódicas. El culto que se rendía a los antiguos produjo una polémica acalorada sobre quiénes eran más dignos de encomio, los

antiguos o los modernos; multiplicáronse escritos en ambos sentidos, limitándose con sobrada frecuencia a la forma y a las palabras.

Además de Salmasio, Gronovio y Lefèvre, obtuvieron nombradía los esposos Dacier, encomiadores y traductores de los clásicos. Luis XIV mandó hacer ediciones de los clásicos, expurgadas y anotadas ad usum Delphini. El culto a los antiguos contribuía a refinar la forma, si bien perjudicaba a la originalidad.

Sirviéronse del francés excelentes ingenios, favorecidos por la pasión con que la Corte y la buena sociedad se dedicaban a los estudios. Las fábulas de La Fontaine (1621-93) no tienen rival por su naturalidad maliciosa. Boileau (1636-1711) fue dictador del Parnaso y distribuidor de gloria o censura en las sátiras y en la didáctica de buen sentido, sin grandeza. Saint-Évremond, La Rochefoucauld, La Bruyère, son moralistas agudos y profundos. Las Memorias de Saint-Simon son un modelo de este género, en que la Francia abunda. Fontenelle (1656-1757) hizo los elogios de los académicos, escribió chispeantes diálogos, y pudo decir: -Nací francés, viví cien años, y muero con el consuelo de no haber ridiculizado en lo más mínimo la más pequeña virtud.

En otro capítulo hemos hablado de los grandes oradores y controversistas sagrados. Gran fortuna fue para Francia la coincidencia de que sus mejores escritores fuesen también sus mejores pensadores.

El teatro gustaba, pero no era común. Las compañías cómicas, aun en Francia, eran de italianos, y cada teatro se limitaba a un género particular, sin aparato escénico. Se preferían las farsas italianas, especie de comedias en que el autor no trazaba más que el argumento, y los actores improvisaban los parlamentos y los diálogos.

Algunos autores imitaron a los antiguos, con más o menos acierto, hasta que Pedro Corneille (1606-84) hizo dar un gran paso al teatro con el Cid y otras tragedias de más vigor y elevación de ideas que perfección. En cambio Racine (1639-99) las hizo graciosas, exquisitas, y trató con éxito los asuntos bíblicos (Ester, Atalia). Siguiéronles de lejos Rotrou y Crébillon.

La comedia fue llevada a la perfección por Molière (1622-73) que tomó mucho de las italianas, pero que dio a las obras unidad, interés, carácter, lenguaje familiar y culto, y situaciones oportunas. Siguieron Regnard, Quinault, y otros de mérito inferior.

238.- Inglaterra

Los barones ingleses obedecían al rey como jefe del ejército conquistador, y las leyes eran un acuerdo entre él y sus pares, sin contemplación alguna hacia los conquistados. La Magna Carta trataba de los nobles solamente. El pueblo era solo convocado para que dijese cuánto podía pagar; sin embargo, esto bastó para que poco a

poco adquiriese representación y derechos; así se llegó a dar a Inglaterra una constitución histórica, donde están en acuerdo el rey, representante de la unidad; una aristocracia hábil en los negocios, y los Comunes industriosos y ricos. Del derecho divino impenetrable se pasaba, pues, a un derecho humano discutible, y pronto chocaron el rey y los Comunes. Pero Enrique VIII, uniendo el poder eclesiástico al poder real, mató como impíos a los que le negaban obediencia. Luego Isabel, con más tacto, consolidó la prerrogativa monárquica, exigiendo la misma obediencia que se debe a Dios.

De igual autoridad pretendieron hallarse investidos los Estuardos que le sucedieron en el trono. Jacobo I, hijo de María Estuardo, a ejemplo de Enrique e Isabel, proclamó dogmas absolutísimos. Repugnaba a los reyes la libertad introducida por la Reforma, que bajo el manto religioso realzaba la libertad política, mientras que los Comunes, cuya riqueza había aumentado por el comercio, prevalecían sobre los propietarios de las tierras. Conquistadores y conquistados venían a confundirse en la nueva división de Católicos y Reformados, de Realistas y Liberales. Jacobo I fue asesinado, y el trono pasó a Carlos I, que tenía los instintos despóticos de su casa, y era inclinado al catolicismo por su mujer Enriqueta de Francia. En tanto la Reforma se extendía, y de su seno nació la secta de los Puritanos o Santos, inflexibles consigo mismos y con los demás, que interpretaban la Escritura en el sentido más riguroso, aniquilándose en presencia de Dios para ser inexorables con los hombres; sumamente fanáticos, no reparaban en los medios para llegar al fin que creían inspirado por Dios. Este rigor de ideas y su odio al papado les hacía poderosos entre el pueblo y en el Parlamento, que entonces realizó actos de importancia; efectivamente, aunque concedió cinco subsidios, formuló antes una Petición de derechos de las garantías ofrecidas por la Constitución, y a las cuales quería que se sometiese la monarquía. El rey no estaba dispuesto a ceder, y se apoyaba en Buckingham (462), en Strafford (463), en Land y en la reina; pero las libertades religiosas servían de pretexto para la reclamación de las políticas. En Escocia los Presbiterianos luchaban con el rey, por igual motivo; se sublevaron contra los Episcopales y formaron una confederación (Covenant) obligándose a defender la religión, la libertad y las leyes, y se concluyó con la abolición del episcopado. Pronto estalló la guerra civil: fue procesado Strafford, y Carlos tuvo que firmar su sentencia de muerte, con la cual perdió toda su autoridad.
Carlos I

1641

La Irlanda se había mantenido católica, y entonces empezaron en ella terribles persecuciones; irritados de ellas, los Irlandeses se sublevaron y fueron víctimas de una espantosa matanza. Carlos se envilecía cada vez más. La Escocia se fundió con Inglaterra. Formose una nueva secta de los Independientes, cuya doctrina sentaba que

todo cristiano reciba con el bautismo el sacerdocio; la libertad de conciencia era aplicada a todas las creencias, excepto a la católica, y de ahí se pasaba a querer la igualdad de grados y de fortuna; su única ley era la Biblia, interpretada según el criterio de cada cual.

1643

Cromwell Creció entre estos Oliverio Cromwell, que excitó el entusiasmo con la exageración; púsose al frente de un regimiento de Hermanos rojos, que rechazaban toda moderación, convencidos de que combatían por inspiración divina. Hicieron presentar un bill de abnegación, por el cual los miembros de las dos cámaras se declaraban excluidos de casi todas las funciones civiles y militares. Todo el poder pasaba de este modo, a los sectarios. El rey tomó las armas, fue derrotado y se refugió entre los Escoceses que lo tuvieron prisionero. Triunfan los Presbiterianos; y habiendo cesado la lucha entre el ejército y el Parlamento, Cromwell se hace dueño del Parlamento y del rey, el cual es procesado y condenado a muerte.

1648

1649 Entonces se proclama la república; se hace la guerra a los católicos de Irlanda con armas y procesos; se da la muerte a unos, y se confina a los demás a una sola provincia, matándoles si huyen, y su esclavitud se ha continuado hasta nuestros días. La Escocia es unida a la república inglesa. Cromwell, orgulloso del éxito, se titula protector de la república, elige el Parlamento, gobierna despóticamente con frases bíblicas, y se impone a la Europa con la grandeza marítima que da a Inglaterra.

20 de enero

1658 A su muerte le dan por sucesor a su hijo Ricardo, hombre retraído, sin experiencia en los negocios ni valor guerrero; trata de hacerse popular y se hace despreciable; de aquí que los soldados se abroguen el poder y le hagan abdicar. Monk, como defensor de las antiguas libertades, con el ejército se apodera de Londres, convoca al Parlamento y hace llamar a Carlos II, que es proclamado como restaurador del antiguo gobierno nacional. Pero éste quiere ser déspota como sus abuelos, sin tener bastante fuerza para ejercer la tiranía, y recurre a la arbitrariedad, en tanto que se abandona a los placeres y a los vicios. Se inclina hacia los católicos, pero sin vigor; en Irlanda toma parte en el despojo de ellos. A las muchas sectas ya existentes se añadió la de los Cuáqueros, o tembladores ante la palabra de Dios; fanáticos benévolos que no querían guerra, ni gastos de cultos, ni distinciones de grados, ni juramento; negaban acatamiento a los magistrados, llamando de tú a los dignatarios, y sin querer quitarse el sombrero delante de nadie. Jorge Fox fundó la secta, en la cual se hizo célebre Guillermo Penn

(1644-1718), quien habiendo comprado el país americano del Delaware, fundó en él la Pensilvania, con un sabio Código basado en la ilimitada libertad religiosa y la seguridad contra todo poder arbitrario, sin juramentos, ni soldados, ni iglesia dominante.
Carlos II
Cuáqueros

Entre tantos disturbios, mal podía gobernar con éxito el frívolo Carlos, que declaró la guerra a Holanda por ultrajes inferidos a los Ingleses en África y en las Indias. La victoria de Dunkerque inmortalizó a los almirantes Ruyter y Tromp.
1666
1666 Estalló en Londres un terrible incendio, que fue atribuido a los católicos, los cuales sufrieron muchos suplicios y una obstinada persecución; también se proyectó excluir de la sucesión al duque de York que los favorecía. Los oficiales y el mismo rey se obligaban a jurar el test, profesión de fe política y religiosa. Se proclamó el Habeas Corpus, tercera ley fundamental en virtud de la cual es castigado cualquier funcionario público que no presente al preso la orden y los motivos de la prisión, o no lo conduzca al juez dentro del término de veinticuatro horas. Entonces se principiaron a oír los nombres de Whig y Tory (innovadores y conservadores). Todo era exacerbado por la prensa libre.
1685 York subió al trono con el nombre de Jacobo II, aunque era católico, y se hizo amar. Pero luego, apoyado por Luis XIV, trató de ampliar la prerrogativa real.

Guillermo de Orange Guillermo, príncipe de Orange, nacido de la familia de Carlos I, y yerno de Jacobo II, se había mezclado siempre en las contiendas inglesas. En aquella época se hizo abiertamente protector de los protestantes; se proveyó de dinero y de tropa, y se dirigió a Inglaterra para conseguir que hubiese un Parlamento libre y legítimo, para restablecer las leyes y los magistrados antiguos, y para asegurar la Religión. Jacobo fue declarado desposeído, y excluidos para siempre del trono los católicos. Al mismo tiempo fue proclamada la declaración de los derechos como ley fundamental.

1688

Quedaba, pues, reformado el gobierno, sustraída la justicia al rey, establecida aquella Constitución que dura todavía a través de tantas revoluciones europeas.

Muchos fueron fieles al rey caído, y perseguidos con el nombre de Jacobitas. Se confirmaron las usurpaciones en Irlanda, donde Jacobo desembarcó, pero fue derrotado en la batalla de Boyne. Los Orangistas ejercieron en la isla una persecución pacífica contra los católicos, prohibiéndoles toda publicidad de cultos, obligándoles a trabajar en días festivos, poniendo la industria en manos de corporaciones protestantes privilegiadas. Los católicos tenían que

ceder su mejor caballo por cinco libras esterlinas, no podían casarse con mujeres protestantes ni heredar bienes de protestantes; ninguno podía entrar en la Cámara sin haber abjurado de la Iglesia romana; no tenían más escuelas que las protestantes, y habían de sufrir las injurias de los más fuertes y de la prensa. De aquí la miseria y la agitación de la Irlanda.

Guillermo III resistió siempre a Luis XIV en Holanda y en Inglaterra; era hábil en la guerra y en los negocios, pero no sabía hacerse querer, lo cual redundó en beneficio de la libertad, pues el Parlamento se acostumbraba a negar al rey lo que le hubiera concedido en caso contrario. Los Whigs, que lo habían elevado al trono como un medio de pasar a la república, pretendían restringir cada vez más sus facultades, por lo cual tuvo que entregarse a los Tories (464), sus adversarios, e iba con frecuencia a consolarse de tantas contrariedades en medio de sus Holandeses.

Ana, su cuñada y sucesora, nombró generalísimo y almirante a su marido Jorge de Dinamarca; pero el verdadero señor fue Marlborough, famoso por sus victorias sobre los Franceses y los Españoles en las batallas de Schellemberg y Höchstädt, y por la toma de Gibraltar. Gran protector de los Tories, halló medio de unirse a los Whigs y contrariar a la reina, la cual enviudó, vio reanudada la paz con la Francia, en virtud del tratado de Utrecht, y pudo emanciparse de Marlborough y de los Whigs.
1702

Guillermo no había dejado hijos varones; los diez y siete hijos de Ana murieron; la única descendiente de Jacobo I que quedaba, era Sofía, viuda del primer elector de Hannover, y el Parlamento la reconoció por heredera con sus descendientes no católicos, rodeando la prerrogativa real de nuevas restricciones. A la muerte de Ana, la buena reina, fue proclamado Jorge I de aquella casa. Bajo el reinado de Ana, la Inglaterra se había hecho señora de los mares y de la diplomacia; conquistó a Gibraltar y Menorca, adquirió el comercio exclusivo de Portugal y la trata de negros por treinta años. Entonces comenzó una deuda pública, con empréstitos no pagaderos, cuyos intereses pagaba el Estado. Empezaron los juegos de Bolsa; luego se fundó el Banco de Inglaterra, que recibe y paga las anualidades y rentas del Estado, y pone en circulación los bonos del Tesoro, garantizándolos. La compañía de las Indias Orientales dio principio a su grandeza. La Escocia se fundió con Inglaterra, formándose el Reino Unido de la Gran Bretaña, con un solo Parlamento, aunque con la condición de que el presbiterianismo seria el único gobierno de la Iglesia Escocesa.
Casa de Hannover
1714

239.- Literatura y filosofía inglesas

En medio de tan graves trastornos, prosperaron la filosofía y la literatura en Inglaterra. La sociedad real dio incremento a las ciencias experimentales. Boyle, Napier, Harvey, Wren, Wallis, Barrow y otros, cultivaron parcialmente el campo que por completo abarcó Newton. Milton (1608-74) (465), después de haberse dedicado a varios géneros de poesía y a la prosa en sentido democrático, cantó el Paraíso Perdido, disponiendo admirablemente su asunto, y dándole colorido con lo mejor que le ofrecían sus predecesores y la Biblia; en el lenguaje, tratado con gran libertad, hizo prevalecer el elemento latino sobre el sajón, y supo sugerir al lector más de lo que él expresa. El mérito de este autor no fue conocido hasta muy tarde; por esto obtuvo menos aplausos que Waller, poeta de fácil elocuencia, y que las sátiras del conde de Rochester; Dryden (1631-1701), satírico, descriptivo, didáctico, lírico, narrador, crítico, traductor y dramático, se atuvo, según la moda, a las imitaciones francesas, sin dejar de ser original, con su expresión familiar y fluidez de estilo.

Compusieron buenas tragedias Johnson, Otway y Rowe. Congreve hacía comedias al estilo de Molière, y en general la corrección de forma suplía la falta de genio. Todos leyeron los Viajes de Gulliver de Swift (1667-1745), llenos de alusiones maliciosas, y el Robison Crusoe de Daniel De Foe (1663-1731), cuya sencillez contrastaba con la ampulosidad de las novelas francesas. Prevalecía la literatura política y periodística. El Espectador, de Addison, se convirtió (466) en una potencia, y éste fue el primero que llegó a ministro por el periódico. Pope (1688-1744) fue considerado como el primer poeta inglés, por la perfección artística de sus obras.

La Oceana, de Jacobo Harrington, es una alegoría política en la que admira la república de Venecia, y sienta que «la bondad y duración de una Constitución dependen del equilibrio de las fortunas de los súbditos, cualquiera que sea el gobierno». Filmer contrarió a los republicanos, siendo refutado por Algernon Sidney. Tomás Hobbes de Malmesbury, (1588-1679), en el Leviathan supone que Dios, para probar a Job su poder, le hizo ver a Behemot y Leviatán (467), monstruos fantásticos; en el segundo personifica al Estado, animal enorme, creado por los ardides del arte, y que ha de quitar la libertad a cada uno en particular, ya que los hombres son naturalmente enemigos entre sí, lo mismo que las naciones; así es que se necesita fuerza y fiereza para conservar el orden material, y los gobiernos lo pueden todo, hasta cambiar la religión.

El obispo Cumberland, en cambio, predicaba la ley moral, que consiste en buscar el bien común de todos los agentes racionales, en

vista del bien de nosotros mismos; con la escuela utilitaria confutaba el egoísmo de Hobbes. La libertad, hollada por éste, tuvo por reparador a Locke, quien distingue la autoridad paterna del gobierno político, y supone un estado de naturalidad en que todos los seres son iguales; y la sumisión no puede proceder sino del consentimiento, al menos tácito, de todos, para gozar con seguridad de los bienes. Eran teorías imperfectas, pero basadas en el amor al hombre y a la humanidad. Predicó también la tolerancia, a la cual creyó llegar con una nueva secta (Cristianismo racional); reducía los dogmas a la mínima expresión, de modo que cada cual podía o no creer lo que halla en el Evangelio. Era un síntoma del deísmo que se introducía y que fue predicado por Herbert, por Blount, por Toland y por Bury, y preparó a los enciclopedistas de Francia.
Locke

240.- Alemania

La paz de Westfalia ponía término a una guerra que en treinta años había destruido dos terceras partes de la población; Alemania dejó de ser la primera nación de Europa y no progresó al mismo paso que los demás. El predominio de los emperadores cesaba ante la independencia de muchos tratados, garantizada por Francia y Suecia. El imperio comprendía más de 350 soberanías de distinta especie y grandeza, que podían aliarse entre sí y con el extranjero. Las ciudades imperiales perdían su antiguo esplendor. Los principados eclesiásticos hacían llamar al Rin la calle de los Clérigos. El ejército, de 40 mil hombres, había de tener un general católico y otro protestante. Los príncipes, orgullosos de su independencia, querían darse importancia e imitar al rey francés, abrumando con impuestos a sus súbditos.

El emperador se hallaba reducido a tenues prerrogativas, y no podía ejercer los verdaderos derechos soberanos sino de acuerdo con los Estados, que débiles o fuertes, tenían asiento en la Dieta, dividida en tres colegios: de electores, príncipes y ciudades, cada uno con asambleas distintas, pero las discusiones eternizaban las causas.

Muchas iglesias servían alternativamente para los dos cultos tolerados, entre los cuales surgieron otras sectas, como la de los Hermanos Moravos, los cuales, habiendo salido de Bohemia y permanecido largo tiempo ocultos, se alzaron con Zinzendorf, proclamando la fraternidad y la sencillez, teniendo por único dogma la redención.

1721 Alemania tuvo grandes pensadores, como Kepler, que determinó las leyes de la naturaleza; Otto de Guerrik (468), que halló el vacío, Hervetius y Stalh, matemáticos y químicos; los

eruditos Goldast, Conring, Schilter y Moldof; los filósofos Grocio, Leibniz, Wolf y Tommasio (469). Faltaban poetas; pues la poesía, como la literatura ingenua, había perecido en las luchas religiosas. Únicamente se puede citar a Opitz (1597-1639), que fijó el estilo práctico y la prosodia.

1657 La casa de Austria no podía ya dominar, teniendo a su lado otras de igual poder, particularmente la de Brandeburgo. Muerto Fernando III, quince meses y medio estuvo vacante el imperio, pues lo pretendía Luis XIV. Por último fue elegido Leopoldo de Austria, rey de Hungría, con la obligación de restituir el Monferrato a la Saboya y no reconocer a los Españoles contra la Francia, la cual se alió con todos los príncipes, halagándoles con títulos, pensiones y embajadas, siempre en detrimento del Austria. Leopoldo, aunque débil, ayudó a Alemania a levantarse, y con el apoyo del príncipe Eugenio de Saboya y del modenés Montecuccoli, pudo hacer frente a Luis XIX.

241.- Los Turcos

1595 Selim II, sucesor del gran Solimán, sufrió la derrota de Lepanto, con la cual cesó la preponderancia marítima de la Turquía y la opinión de que ésta era conquistadora irremediable. Los sucesores de Selim estuvieron encerrados en sus serrallos, más bien que al frente de sus ejércitos. De los 102 hijos de Amurates III, vivían 47 cuando él murió; y su sucesor Mahomet III hizo estrangular a 19 y echar al mar 10 mujeres encintas (470). El estandarte del profeta, que se había conservado en Damasco primero, y en Constantinopla después, fue desplegado contra la Hungría, aunque sin efecto; sin embargo continuaban las correrías, y para reprimirlas se fundó a Carlstadt.

1795

Redundaban en provecho de Turquía las discordias civiles de la Hungría y la repugnancia de los príncipes alemanes a dar soldados y dinero al emperador. Pero en la paz de Situatorok (471), la Hungría trató de igual a igual con los Turcos, y su embajador entró en Constantinopla a son de música y con bandera desplegada, sobre la cual había un águila y un crucifijo. Las intrigas de serrallo y los trastornos de los jenízaros llenan la historia del Imperio Otomano, en la cual lo que más sobresale es la ferocidad de los sultanes. Dícese que Amurates IV hizo 100 mil víctimas.

De las provincias que poco a poco habían ido ocupando los Musulmanes, se refugiaron algunos prófugos en Clissa de Dalmacia, con el nombre de Uskoki, es decir desertores, y de allí infestaban las tierras de los Turcos, y también las de Cristianos.

Los católicos del Líbano conservaban, con el nombre de Maronitas, la independencia civil y religiosa, bajo el mando de un

patriarca, y de acuerdo con los Drusos, aunque de religión diferente. Fakr-eddyn, dueño de gran parte de la Siria, pudo hacer frente al gran señor; pasó a Italia y ofreció su Estado a los príncipes cristianos; ayudáronle a sostenerse Toscana y Nápoles, pero habiendo ido a Constantinopla para procurar un acuerdo, fue asesinado. Sus descendientes conservaron el dominio, como aún duran en Italia las colonias fundadas por ellos.

1613

Koproli   Bajo Mahomet II (472), el gran visir Mehmet Koproli (473) sacó al imperio de aquel débil y cruel gobierno de mujeres, dio muerte a los jefes de facción, ahorcó al patriarca, y se dice que en cinco años hizo morir a 36 mil personas. Estas son las reformas de Turquía. Alcanzó sangrientas victorias sobre los Rusos y los Húngaros. Estalló con Venecia la guerra de Candía, cuyo sitio fue memorable por las brillantes acciones de las flotas venecianas y por las intrigas de las Cortes europeas, en las cuales apareció Luis XIV aliado con la Puerta. En San Gotardo, Montecuccoli obtuvo contra Koproli (474) la más insigne victoria; pero no siendo sostenido, tuvo que hacer la paz. Koproli llevó entonces mayores fuerzas al tercer sitio de Candía, donde en el espacio de veintiocho meses los Venecianos perdieron 30905 hombres, y los Turcos 118754; a pesar del valor del intrépido Morosini, se tuvo que ceder la plaza.

Guerra de Candía

1644

1664

1669

1676   Koproli pasa el Danubio, impone vergonzosos pactos a la Polonia; Juan Sobieski anima a los suyos, y en la paz que se concierta queda suprimido el tributo que se pagaba a la Turquía.

Muerto Koproli, su yerno Kara Mustafá llevó la guerra a los Rusos, no temidos aún, y de allí se volvió contra el Austria, instigado por los Húngaros; sitió a Viena, y seguramente la hubiera tomado si Sobieski no hubiese acudido con los Polacos. Luis XIV, que había fomentado aquella guerra, y esperaba que, vencida el Austria, podría ser nombrado emperador, sintió la liberación y los nuevos triunfos de Sobieski. Buda, que había permanecido ciento cuarenta y cinco años en poder de los Turcos, fue recuperada lo mismo que Belgrado. Los cristianos obtuvieron una nueva victoria en Mohacz, y tan desastrosos acontecimientos causaron la ruina de Kara Mustafá y de Mahomet.

Sobieski

1683

1687

Su hermano Solimán II dio el sello a Mustafá Koproli, que restauró la disciplina y la hacienda, y después de haber reunido un formidable ejército, empezó la guerra de Morea. Aquí aparece Eugenio

de Saboya, que alcanzó en Zante una victoria con la pérdida de 25 mil Turcos y 17 bajaes, y continuó venciendo a pesar de los obstáculos del Consejo áulico.

1697

Los Venecianos, mal sostenidos por las potencias, habían tenido que usar de muchos miramientos con los Turcos; pero apenas se hallaron éstos en lucha con el Austria y la Polonia, atacaron ellos la Morea, y Morosini fue el Sobieski del Archipiélago; se apoderó de Nápoles, Navarino y Atenas, y fue aclamado Peloponesiaco. La paz de Carlowitz, firmada por los Turcos, el emperador, la Polonia, la Rusia y Venecia, puso fin al humillante tributo que pagaban la Transilvania y Zante. La Turquía, cediendo la Hungría, la Transilvania, la Ucrania, la Dalmacia y la Morea, quedó limitada por el Dniéper, el Saya y el Unna. El Austria adquirió la Esclavonia, la Transilvania y quince condados de la Hungría. La Polonia recibió el Kaminiech con la Podolia y la Ucrania del lado de acá del Dniéper. A la Rusia se cedió Azov. Venecia conservó la Morea, abandonando la tierra firme y las islas del Archipiélago.

Morosini
1688

Carlowitz

Ragusa   Ragusa, república que se había salvado poniéndose bajo la protección de Turquía, y gobernado con sus nobles, permaneciole adicta. La Turquía dejó de ser temible; aceptó y envió embajadores con los presentes de costumbre, y pronto tuvo que combatir con la Rusia, con la cual se alió después para repartirse la Persia.

Persia   La Persia era gobernada por débiles emperadores; cada nuevo gobernante estrangulaba a sus hermanos, y luego se enervaba con el opio y las mujeres. Amurates III pensó someter a la Persia, pero la reanimó Abbas Mirza, el cual, enardecido por las ideas religiosas, extendió sus conquistas y las conservó en la paz; trasladó a Isfahan la sede del imperio; obligó a los Persas a venerar a los imanes y a no hablar mal de Aisha la Casta, y acrecentó la gloria de Alí. Alzó pirámides de cabezas de rebeldes; fue amigo del emperador de Delhi (475); protegió las factorías inglesas, francesas y holandesas; destruyó a Ormuz, y las embajadas que mandó a Europa propagaron la fama de las riquezas del país.

242.- Hungría y Transilvania

En la constitución húngara se unían los males del feudalismo a los de la monarquía electiva; añadíase la animosidad entre los Católicos y los Protestantes, sin contar las intrigas de la Turquía, la cual, deseosa de aquel país, incitaba a los príncipes de Transilvania. Estos, ricos por los minerales, eran acariciados por las potencias; pero habiendo vencido Ragotzki en la guerra, el Gran

Turco pensó apoderarse de la Transilvania. El Austria se opuso; sin embargo, los celos de los Húngaros impidieron las empresas, y se concluyó con una tregua de 20 años. Esta dio campo al Austria para realizar el pensamiento, largo tiempo acariciado, de hacerse hereditaria la corona, lo que fue mas fácil después de haber fracasado la conjuración del conde Zrini, en la cual estaban complicados muchísimos nobles. Después de horribles ejecuciones, Leopoldo quiso cambiar la constitución, impuso un tributo y declaró absoluta la autoridad real. La sangre reclamó venganza, y los Descontentos publicaron Las cien quejas de los Húngaros contra los Alemanes, alentados por la Turquía y por Luis XIV; su jefe Tekeli (476) fue saludado por la Puerta como señor de la Hungría media. Después de haber vencido a los Turcos, Leopoldo trató de someter a los Húngaros por medio del perdón; pero el gobernador Caraffa se entregaba a la crueldad, condenando por simples sospechas; fue abolida la elección real, como el derecho de insurrección; coronaron rey a José, hijo del emperador, y llamaron a muchos Griegos de la Bosnia y de la Croacia para la repoblación de Hungría.

1664

1687

La Transilvania fue también invadida por los Austriacos, y reducida a igual servidumbre por medio de la crueldad, servidumbre confirmada en la paz de Carlowitz; ambos países sirvieron después de barrera contra los Turcos.

1705 José II (477) desplegó gran fuerza en la guerra de sucesión y contra los duques de Mantua y los Bávaros; mitigó en Hungría las persecuciones, pero tuvo que emplear las armas para reprimir a Ragotzki. Carlos VI, sucesor de José, confirmó los privilegios de los Húngaros, excepto el derecho de insurrección; devolviole la corona de San Esteban, y los Magiares fueron terribles para los Turcos al par que fidelísimos al Austria.

243.- Península Ibérica

La España decaía de su amenazadora grandeza; se impuso silencio a las Cortes; la generosa nobleza se hizo cortesana; la intolerancia hizo expulsar a los Moros y a los Hebreos con su importantísima industria. La costumbre de hostigar a los Moriscos inclinó a usar de cierta ferocidad con los Italianos, los Flamencos, los Portugueses y los Americanos. Los reyes, encerrados en suntuosos palacios, no podían dar vida a tan extensa monarquía. Mientras los doblones españoles corrían por toda Europa, no se lograba reprimir a las bandas, ni dar bastante pan al pueblo. El fausto encubría la miseria.

Gongoristas La literatura se perdía también. Las sutilezas árabes, unidas al énfasis andaluz, originaron el estilo culto de los Gongoristas. El más ingenioso de esta escuela fue don Francisco de Quevedo (1580-1649) [sic], agudo en la sátira, que miró más al efecto que a la verdad del pensamiento. Francisco Moncada describió la expedición de los Almogávares. Bajo Felipe IV floreció la literatura dramática con Lope, Calderón, Solís, Moreto, Tirso de Molina, Rojas y otros. Fueron muchos los poetas; Lorenzo Gracián (478) dictó los preceptos del gongorismo [sic], sosteniendo que no se debe ser vulgar en nada.

Felipe IV Felipe IV intentó restaurar la nación con su ministro el conde-duque de Olivares, el cual publicó reglamentos, mayormente para reprimir el lujo, dificultando la industria ajena, en vez de favorecer la nacional. Los galeones de América caían en poder de enemigos; los Países Bajos trataron de constituirse en república; Nápoles se sublevó con Masaniello (479); los Catalanes prorrumpieron en sangrienta rebelión, que fue ferozmente reprimida.

Portugal Portugal, que hacía 60 años estaba bajo el yugo español, perdía sus posesiones en la India, de las cuales se apoderaban los Holandeses. Juan de Braganza, poseedor de la tercera parte del territorio del reino y descendiente de los antiguos reyes, se sublevó y le secundaron en seguida las colonias, de modo que con muy poca sangre se llevó a cabo la revolución. La Iglesia, los nobles y el pueblo en las Cortes declararon que les pertenecía la soberanía, y la confirieron a Juan de Braganza, que fue sostenido por Francia, Suecia, Holanda e Inglaterra. El rey se dedicó a restaurar el país y la hacienda y a recobrar las colonias. España reconoció la independencia de Portugal, que en la paz con los Estados de Holanda recuperó el Brasil, aunque perdiendo las Molucas, Ceilán y el Cabo. De modo que Portugal recobraba su independencia, pero no su antigua gloria. Otros pueblos le habían cerrado el campo de las empresas; los barones se reducían a gentileshombres, bajo reyes nada dignos de elogio.

1641

En España, la pérdida de Portugal y los desórdenes de la hacienda determinaron la caída de Olivares, a quien sustituyó su sobrino Luis de Haro, que mejoró la administración y dio pruebas de tacto político en las paces de Westfalia y de los Pirineos, verdadera declaración de la impotencia de España.

1643

1665 Felipe, hombre piadoso pero rey inepto, tuvo por sucesor a Carlos II, de cuatro años, bajo la regencia de Ana de Austria, entre intrigas palaciegas, proyectos de negociantes, desordenadas devociones, especulaciones de los Hebreos, rigores de la Inquisición y ataques de los corsarios.

Luis XIV había hecho casar a Carlos II con su sobrina Luisa de Orleans, y como no tuvieran descendientes, triplicaron las intrigas

de Francia, Austria y Saboya para la sucesión. Escribiose mucho sobre ello, en tanto que se preparaban armas para renovar el antiguo litigio entre Austria y Francia. Luis XIV, fundándose en un testamento de Carlos II, hizo proclamar rey a su hijo [sic] Felipe V, que entró triunfante, en Madrid, y se preparó a sostener sus pretensiones contra una liga de todas las potencias, celosas del incremento de Francia. En Italia primero, y luego en España y en el mar se combatió ferozmente. La Francia se halló reducida a estrechísimo partido; la España cambiaba a menudo de dueño y por mucho tiempo se negoció la paz que por fin se concluyó en Utrecht, donde Inglaterra apareció por primera vez árbitra de los destinos de Europa, favoreciendo a las potencias de segundo orden, a fin de que ninguna de las mayores prevaleciese. Francia reconoció la dinastía de Hannover, prometió no unir jamás su corona con la de España, desmanteló la fortificación y el puerto de Dunkerque, restituyó a Inglaterra la bahía de Hudson, la Nueva Escocia y Terranova, y a Portugal las tierras situadas al Norte del río de las Amazonas.

Guerra de Sucesión
1701
1713
Paz de Utrecht

España cedió la Sicilia, Nápoles y Cerdeña; dejó a los Ingleses Menorca y Gibraltar y el derecho de transportar cada año 4800 Negros a América. A la Saboya, para que su poder se equilibrase con el de sus vecinos, se le asignaron mayores confines, restituyéndole la Saboya, Niza y toda la pendiente italiana de los Alpes Marítimos, cuya cumbre marcaba los límites de Francia; obteniendo el duque la Sicilia con el título de rey y la expectativa del trono de España.

Los Estados Generales mejoraban sus confines. El emperador no quería desistir de sus pretensiones sobre España, hasta que las victorias de Villars le obligaron a aceptar la paz de Rastadt, por la cual se le aseguraron Nápoles con el Estado de los Presidios, Milán, Mantua, Cerdeña y los Países Bajos, dejando a Francia Estrasburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisac y la soberanía de Alsacia. ¡Nada se estipuló en favor de los pueblos, que tanto habían sufrido!

244.- Muerte de Luis XIV

Aquella época está llena del nombre de Luis XIV, el cual había amenazado la independencia de toda Europa, y hasta puesto en peligro la de Francia. En la guerra de sucesión se halló sin dinero, sin ejército, sin aliados, y en último extremo pensaba armar a la nación y ponerse él mismo al frente. Vauban, tan hábil estadista como excelente general, sugería expedientes para aminorar la miseria. Fénelon, que había desaconsejado aquella guerra, deploraba sus

consecuencias; pero la obstinación de los enemigos en querérselo quitar todo a Luis, les condujo a tenerle que restituir lo perdido.

Luis solo supo adornar el poder absoluto, preparando su ruina para cuando se desvaneciese el prestigio. Dejó pobre al pueblo, y rico el palacio en tesoros inútiles, un parlamento servil, muchos hijos naturales que hubiera querido legitimar para la sucesión, a falta de legítimos; pues había perdido al delfín, de quien solo quedaba un hijo.

245.- Escandinavia

Muerto Gustavo Adolfo en el campo de Lützen, le sucedía en el trono de Suecia su hija Cristina, dirigida por Oxenstiern, al cual se opuso La Gardie. Fue espléndido el reinado de Cristina, pero sin ningún mérito por su parte, pues empleaba el tiempo en discusiones teológicas; parecía hombre en todas sus acciones; una de sus extravagancias fue la de abdicar en favor de Carlos Gustavo, aunque reservándose la soberanía sobre algunas tierras y sus propios siervos y comensales. Habiendo reunido dinero, se fue a Innsbruck donde se declaró católica, y luego a Roma, teniendo una fastuosa corte en el palacio Farnesio, donde acogía a los hombres más distinguidos de su época. Se mezclaba en todos los enredos políticos; iba de un punto a otro, y en Francia mandó matar a su caballerizo mayor Juan de Monaldeschi, queriendo ejercer el derecho que se había reservado. Murió en 1689.

1632

Cristina

1654

Carlos X, durante su breve reinado, puso remedio a los males ocasionados por la ambición de Gustavo Adolfo y las disipaciones de Cristina; trató de enseñorearse del Báltico; en la guerra contra Dinamarca, pasó el Gran Belt por encima del hielo y con la paz adquirió la isla de Aland (480), la Escania y la Bleckengia. No contento con esto, ansiaba el reparto de la Polonia y desembarcar en Italia con 80 mil hombres y 40 mil caballos, para fundar allí una nueva monarquía de los Godos. Pero seis potencias se opusieron al ambicioso que dominaba el Norte y amenazaba con la servidumbre a los Eslavos, y se concluyó el tratado de Oliva, que aseguraba las relaciones entre Suecia, Dinamarca y Prusia.

1658

1660

Este ambicioso murió a la edad de 36 años, y su hijo Carlos XI no anheló más que la guerra, tanto que tuvieron que refrenarlo las

potencias.

En Dinamarca, Federico III procuró dar tranquilidad al país; el clero y los Comunes quisieron que la corona fuese hereditaria y absoluta (ley regia, 14 de noviembre de 1665), pudiéndolo todo el rey, salvo tocar a la Confesión de Augsburgo. Siguió una serie de buenos príncipes que no dejaron desear las libertades perdidas. Copenhague fue capital del reino, en el cual se introdujeron artes y leyes.

Carlos XI procuró hacer otro tanto en Suecia, deprimiendo a la alta nobleza y al Senado, y apoyándose en los órdenes inferiores, que declararon que únicamente al rey pertenecía la autoridad legislativa. Carlos no abusó de ella; reprimió a los agiotistas, restauró la hacienda, e hizo afluir el dinero que había desaparecido ante la abundancia de los billetes de banco.

246.- Polonia

Las potencias vecinas, viendo la defectuosa constitución de la Polonia, se proponían desmembrarla, y la perturbaban desde luego. Con motivo de una elección de rey, más de 300 mil Cosacos, en unión de 170 mil Tártaros, asolaron el país. Casimiro tuvo que prometerles un tributo, y ceder a la Rusia muchas provincias. Los Cosacos, ora favorables, ora contrarios, variaban siempre la extensión del país. En el interior, no se querían las reformas convenientes a la civilización; estaban corrompidos los administradores; se renovaban las guerras a cada elección de rey; y enardecían los ánimos las controversias religiosas entre católicos, luteranos, socinianos y griegos. Casimiro, que había sido fraile y cardenal, se hizo monje, y fue el último varón de los Vasa. La asamblea, que había andado a tiros, eligió a Miguel Wisniowiecki, de la estirpe de los Piasti; pero se vio asediado por enemigos interiores y exteriores. Juan Sobieski venció a unos y a otros, salvó a Viena y mereció ser elegido rey; pero perdió su prestigio aliándose con Rusia, a la cual fueron abandonadas la Ucrania y la Lituania, mientras los Cosacos devastaban hasta Lemberg.

1668

Muerto él, su hijo ofreció por la corona 5 millones de florines, y 100 mil cada año. Federico Augusto de Sajonia, ofreció diez millones, y un grueso ejército para recuperar lo perdido. Naturalmente prevaleció éste último y se le ciñó la corona.

247.- Rusia

Rusia adquiría la superioridad en el Norte. Los grandes príncipes de Moscú se habían dedicado activamente a reconstituir la nacionalidad propia. Juan III (481) pudo asegurar la independencia, y con fuerza y astucia se hizo respetar en Europa; durante los cuarenta años de su reinado, asumió los distintos señoríos, negó el humillante tributo que se pagaba a los Tártaros; quitó a Novogorod y a otras ciudades sus privilegios; conquistó el reino de Kasán (482); reformó arbitrariamente el clero y el culto; acogió a doctos griegos; confió al florentino Fioravante la construcción del Kremlin, y a otros italianos la de palacios e iglesias; publicó un código en virtud del cual él era árbitro de las sentencias; mandó embajadores a las cortes europeas, y tomó por escudo el águila de dos cabezas de los Paleólogos con el San Jorge de Rusia. Esperaba expulsar de la Grecia a los Turros, y de la Moscovia a los Tártaros; sin embargo se veía obligado a soportar el predominio de la Puerta.

Juan III

1462

1479

1505 Otro tanto hizo su sucesor Basilio IV, astuto y firme y bárbaramente déspota. Juan IV (483) completó el código, dio algunos derechos políticos a los súbditos, abrió escuelas y una imprenta en Moscú, e hizo abolir ciertos ritos supersticiosos; sustituyó la milicia feudal con los Strelitz, armados de fusiles; constituyó en una especie de república a los Cosacos del Don, con cuyo auxilio combatió a los Tártaros y destruyó enteramente al Kan de Crimea. Habiéndosele alterado el juicio, le entró tal frenesí de sangre y desolación, que degolló a millares de víctimas y a su propio hijo; y mientras le traían desventaja las guerras de Europa, conquistaba la Siberia, donde las tropas construyeron a Tobolsk.

Juan IV

Teodoro Teodoro (484), débil e inerte, fue gobernado por el Tártaro Boris Godunov, despiadado, pero hábil y valeroso; éste hizo nombrar un patriarca de la Rusia, emancipándola de este modo del griego de Constantinopla. Concluida con Teodoro la estirpe de Rurik, Boris supo hacerse elevar al trono, cuya posesión le disputaron varios pretendientes, entre ellos un falso Demetrio, supuesto hermano de Teodoro, que consiguió ser proclamado zar. Acudió una serie de falsos parientes, hasta que fue elegido Miguel Romanov,

cabeza de la dinastía aún reinante. Este devolvió la paz a la Rusia, sacrificando países a la Suecia y a la Polonia; trató con la Francia, con la Persia y con la China.
1585

Romanof

A su hijo Alejo se sometieron los Cosacos de la Ucrania hasta el Dniéster; tuvo la primera guerra con la Puerta; procuró introducir las costumbres europeas e hizo revisar el código de Juan III. El patriarca, ya del todo independiente, fue la primera autoridad después del zar; unificó el rito, y se abolió el uso de excomulgar cada cuaresma al Papa y a los católicos.

Las arrogantes pretensiones de los nobles eran cansa de desorden en el ejército y en el gobierno, y se fundaban en la antigüedad de las familias. Teodoro, hijo de Alejo, se hizo presentar los títulos de cada familia y los quemó, sin abolir por esto la superioridad de los nobles o boyardos.

Pedro el Grande Habiendo muerto sin hijos, tuvo por sucesor a su hermano Pedro, de nueve años de edad, bajo la regencia de su madre, al principio, y de su hermana después. Reprimió ferozmente la sublevación de los Strelitzes y pretendientes; salió vencedor de la prueba de los vicios a que se le expuso, y librándose de su hermano y su tutora, se encontró, a los 17 años de edad, al frente de la monarquía más vasta de Europa, cuyo territorio se extendía desde Arcángel hasta el mar de Azov, con un pueblo tosco, pero unido, con grandes que eran esclavos, y donde podía mandar que a centenares se presentasen a hacerse ahorcar o decapitar, llevando ellos mismos el palo o el hacha. Pedro se propuso instruir de pronto al pueblo en las costumbres europeas; él mismo fue a Holanda a trabajar confundido con los obreros en los arsenales; fue de corte en corte estudiando lo que podía ser útil a los suyos. Sintiendo sobre todo la necesidad de dominio en el mar, fortificó a Azov y hostigó a la Suecia.
1682

Carlos XII En Suecia reinaba Carlos XII, excelente militar, espíritu aventurero, aficionado a las matemáticas a la caza, a los peligros; austero de costumbres y deseoso de imitar a Gustavo Adolfo. Federico Augusto, rey de Polonia, anhelaba recuperar los países que ésta había cedido a la Suecia, como Pedro ansiaba el acceso al Báltico; ambos, pues, ambicionaban la guerra, que estalló

con motivo del Schleswig y del Holstein. Carlos XII rechazó a los Rusos de Narva, con grandes destrozos; Pedro se aplicó a mejorar sus tropas, mientras que Carlos invadió la Polonia, entró en Varsovia, y se negó a toda concesión, mientras no fuese depuesto Augusto. Fue, en efecto, sustituido por Estanislao Lesczynski, que se alió con Carlos, el cual persiguió a Augusto en la Sajonia hasta que le hubo obligado a deponer las armas. Entonces le agasajaron los reyes; se declaró protector de los Protestantes, aunque dejó que tomase alientos el Moscovita, que adquirió un puerto en el Báltico y alcanzó la primera victoria naval de aquella nación, fundó a San Petersburgo a orillas del Neva y la eligió por capital. Tarde acudió Carlos, empeñado siempre en dar los reyes a la Polonia; pasó el Vístula por encima del hielo, y el Beresina, amenazando a Moscú. Confiado en los Tártaros capitaneados por Mazeppa, Carlos adelantaba impróvidamente, pero resultando derrotado y herido en Poltava (485), huyó a los Turcos, de entre los cuales no pudo salir. Prisionero y todo, quería mandar; gozaba de simpatías entre el pueblo y los grandes, y después de extrañas aventuras, volvió a Estocolmo; rotas de nuevo las hostilidades, vio tomado a Stralsund por los Prusianos, y queriendo rehacerse sobre la Noruega de las pérdidas sufridas en el Báltico, quedó muerto en Frederikshald (486), a la edad de 36 años.

1700

1703

1709

No queriendo más guerras, el país eligió por reina a la hermana de Carlos, Ulrica Leonor, bajo la cual prevaleció el partido patriótico, o aristocrático. El zar Pedro desembarcó devastando las provincias suecas, hasta que con la mediación inglesa se hizo la paz, extendida a las demás potencias del Norte, deseosas de poner un límite a las ambiciones de Pedro. Suecia cedía a Rusia la Livonia, la Estonia, la Ingria, parte de la Carelia con las islas de aquellas costas; al mismo tiempo perdía casi todas sus posesiones de la Germania y el paso por los estrechos, mientras que la Rusia, transformada en potencia europea, con ejércitos victoriosos, veía a millares de prisioneros suecos fundando manufacturas. Pedro se tituló emperador de todas las Rusias, y aplicó todos sus cuidados a constituir y civilizar la nación; aumentó los armamentos, la navegación, los herramentales, la cultura literaria y científica, adoptando un despotismo sin dignidad y sin nobleza, y tratando a los súbditos como si fueran un pueblo bárbaro. Abolió el patriarcado,

para organizar la Iglesia a su antojo, enriqueciendo el erario con los bienes de ésta. Suponiendo un bien universal, sacrificaba el bien y los sentimientos de cada uno, y quería ajustarlo todo a una civilización convencional, jactándose de haber vestido de hombres a un rebaño de osos.
1718
1721

Igualmente despótico en el seno de la familia, repudió a Eudoxia porque era aficionada a los usos del país; tiranizó a su hijo Alejo hasta que lo hizo condenar a muerte. Catalina, mujer vulgar con la cual se casó Pedro, dio con él un viaje por Europa, y los esposos imperiales asombraron por sus extravagancias y su grandeza. Las infidelidades de Catalina turbaron los últimos días de Pedro, que merece más el título de extraordinario que el de grande.
1725

248.- Italia. Dominación española

A las antiguas libertades sucedieron en Italia las dominaciones de hecho. En todas partes no se contemplaban más que necesidades en los príncipes y miseria en los pueblos; el principal interés de aquellos era exigir grandes contribuciones; estos se sentían afligidos principalmente por el temor de morir de hambre.

El gobierno, que oprimía a la plebe, permitía el renacimiento del feudalismo; y los barones daban rienda suelta a sus antojos, resguardados por sus castillos; la campiña era molestada por bandidos, mientras que en el recinto de la ciudad los príncipes y los embajadores fomentaban el delito. La hipocresía dominó a una sociedad artificial, mala, decrépita. Hasta la literatura revestía el oropel ridículo de las vanidosas costumbres.

De las antiguas repúblicas continúan existiendo Luca y San Marino, además de Venecia y Génova. La casa de Este domina a Módena, los Farnesio a Placencia, los Cibo a Massa y Carrara; los Appiani y los Ludovisi a Piombino; las Pico poseían la Mirándola; los Gonzaga reunían a Mantua el Monferrato; los pequeños príncipes de la Romania desaparecieron. Cuatro sistemas de política dividían la Italia; el de España, el de Saboya, el de Roma y el de Venecia. España dominaba

el Milanesado, dejando una sombra de la antigua independencia en el senado y en las magistraturas urbanas, pero con un gobernador civil y militar, que si no correspondía directamente con las Potencias extranjeras, podía hacer la guerra por cuenta propia. Mayor era el poder de los virreyes de Nápoles, aunque contenidos par los barones que ejercían el mero y mixto imperio. Entre estos virreyes fueron notables el historiador Hugo de Moncada; don Pedro de Toledo, que dejó magníficos edificios e instituciones; el conde de Olivares, que confió a Domingo Fontana la fabricación de graneros y acueductos; el duque de Osuna, que administraba la justicia a su antojo, reprimía a los nobles, y pensaba abatir a Venecia y proclamarse rey.

1552
1616

1647 El lujo y un grueso ejército obligaban a aumentar las contribuciones; cansado de las cuales el pueblo de Nápoles se sublevó tomando por jefe al pescador Masaniello, el cual se encontró por algún tiempo dueño de la ciudad, pero no tardó en ser degradado y muerto. Sin embargo, duró la sublevación, y don Juan de Austria acudió para reprimirla. Pero el pueblo, guiado por Jenaro Anesio, resistió y acudió a Francia, siempre dispuesta a perjudicar a los Españoles. Acudió, efectivamente, Enrique de Guisa y se hizo proclamar duque de Nápoles; pero pronto fue preso, degollado Anesio, y rechazado Tomás de Saboya que quería sacar partido de las turbulencias.
Masaniello

También habían pasado los hermosos días de Venecia, que se veía obligada a mantener el apoyo de Turquía por medio de tributos, y a guardarse del Austria, deseosa de unir sus países eslavos e italianos con los alemanes. Ya dijimos sus controversias con el Papa. Pero éste no la molestaba tanto corno los Uscoques que desde Clissa y Zengh infestaban el Adriático. Los Diez habían quedado siendo tribunal supremo, que velaba sobre todos los actos, principalmente de los nobles, castigándoles con tremenda justicia secreta. De improviso el consejo mandó prender y dar muerte a algunos extranjeros, y se dijo que Bedmar, embajador de España, había tramado con el duque de Osuna una conjuración para incendiar a Venecia y dar muerte a los jefes.

Conjuración de Bedmar
1618

249.- Saboya

Al paso que unas decaían, se alzaba una nueva potencia; la Casa de Saboya. Esta dependía del emperador de Alemania, y aprovechaba las circunstancias para engrandecerse a expensas de sus vecinos. Amadeo VIII obtuvo el título de Duque y estableció la sucesión en el primogénito, a fin de que el Estado no fuese ya dividido entre los hermanos. Los sucesores fueron a menudo expoliados por los Suizos y los Franceses; pero Manuel Filiberto, valeroso guerrero, recobró con la paz de Cateau-Cambrésis las posesiones antiguas; fortificó las ciudades, instituyó una milicia, y pudo intervenir en las cuestiones de entonces, mientras que en el interior consolidaba la monarquía, y restauraba la población y la industria.
1416

Manuel Filiberto
1555

Carlos Manuel Su hijo Carlos Manuel, llamado el Grande, obtuvo de Enrique IV a Saluzzo; favoreció a los literatos, a los sabios y a los prelados, y con astuta política sacó partido de las rivalidades entre España y Francia, volviéndose la casaca según le convenía; asumió el título de rey de Chipre, trató de prevalecer en Francia, aspiró a la corona de Italia, intentó recuperar a Ginebra con un famoso asalto, que se malogró, y ansiaba la posesión de Génova para tener un pie en el mar.
1584

1602 La Valtelina fue causa de nuevas agitaciones en Italia; dominada por los Grisones, fue el refugio de muchos Protestantes. Cansados de la opresión, los Católicos los degollaron; y entonces Austriacos, Franceses y Españoles trataron de ocupar aquel valle; Carlos Manuel aconsejaba a la Francia que invadiera el Milanesado y ocupase a Génova.
Valtelina

Esta había sido reorganizada por Doria después de la conjuración de los Fiesco, y excitaba la codicia de España, de la Toscana y principalmente de Carlos Manuel, el cual, además de suscitarle enemigos, armó con César Vachero una conjuración que costó a éste la cabeza.
1627

Los Gonzaga, señores de Mantua y de Guastalla, habían adquirido también el Monferrato. Cuando Francisco IV murió dejando una sola hija de cuatro años, Carlos Manuel su suegro, deseoso de poseer el Monferrato, lo invadió a despecho de los Españoles, que lo consideraban peligroso para el Milanesado. De aquí nació una larga guerra, en la cual Carlos Manuel se proclamaba libertador de Italia; pidió auxilio a Venecia y a Francia, pero no obtuvo otra cosa más que una gran reputación militar.

Muertos después Fernando y Vicente de Mantua, se presentó para sucederles otra rama de los Gonzagas, señores de Nevers. Entonces Carlos Manuel volvió a alegar sus pretensiones; opusiéronse al de Nevers los Españoles y los Imperiales; Luis XIII fue en persona a combatirlos y ocupó a Susa, fortificó el Piñerol, y ardió en guerra encarnizada todo el país. Empeoraron la situación las bandas alemanas, aguerridas en la guerra de los Treinta años, que devastaron la Lombardía, saquearon a Mantua y difundieron una de las pestes más mortíferas.

1628

1630

Víctor Amadeo, nuevo duque de Saboya, moderado y leal, tuvo que firmar el tratado de Cherusco por el cual se cedía a los Franceses el Piñerol y los valles Valdeses; Víctor Amadeo obtuvo a Turín y parte del Monferrato, y luego se vio obligado a aliarse con aquellos para conquistar el Milanesado y el paso de la Valtelina. Corrió, pues, nuevamente la sangre, hasta que la Valtelina fue restituida a los Grisones.

1639

Muerto Víctor Amadeo, le sucedió Carlos Manuel II, de edad de cuatro años; España y Austria se empeñaron en dar la tutela a los tíos del niño, al paso que los Franceses sostuvieron a Madama Real, hija de Enrique IV. Los Franco-Piamonteses combatieron con los Hispano-Piamonteses; Turín fue tomada y vuelta a tomar; y se repartió el dominio bajo la humillante tutela francesa. El Monferrato era todavía campo de discordias y batallas, con paces efímeras.

Carlos III, que heredó el ducado de Mantua siendo aún niño, murió sin hijos, y Luis XIV, desplegando fuerza y engaños, obtuvo a Casale, que conservó hasta 1695.

250.- Estado Pontificio

La paz de Westfalia constituyó legalmente protestante a la mitad de la Europa, de modo que el poder de los papas dejó de ser universal. Estos habían aumentado sus dominios con Ferrara, Urbino y Castro; pero aumentaba la deuda a causa de lo que se gastaba en

edificios, obras de beneficencia, sostenimiento de partidarios, y en enriquecer a sobrinos desde que no era posible conferirles feudos. Se alzaron poderosas las casas de los Peretti, Aldobrandini, Borghesi, Barberini, Ludovisi y Farnesio. Por hostigar a estos últimos, se hicieron odiosos los Barberini. A éstos pidió severa cuenta Inocencio X, bajo el cual regían la cosa pública doña Olimpia Maldachina, su cuñada, y la Aldobrandini. Alejandro VII (Chigi), Clemente IX (Rospigliosi) y Clemente X (Altieri), ocuparon la silla apostólica con buenas intenciones, pero sin poder vencer los vicios de aquel gobierno y en aquella sociedad, cuya administración se hallaba enteramente en manos del clero. La nobleza antigua y la moderna se unían para eludir las leyes; los empleos se vendían a los ricos que de ellos sacaban gran provecho; la justicia era lenta y no imparcial; el comercio escaso; y el arte de la hacienda estaba reducido a contraer deudas (Monti), que enriquecían a los banqueros. Cada Papa quería marcar su paso con edificios, instituciones, bibliotecas y galerías.

Los príncipes católicos, a ejemplo de los protestantes, procuraban sacudir toda dependencia de la Iglesia, Luis XIV, particularmente, luchó con Inocencio XI (Odescalchi) por la regalía y las franquicias, y por las declaraciones de las libertades galicanas.

1679

Después de Alejandro VIII (Ottoboni) ocupó la Sede apostólica Inocencio XII (Pignatelli), que hizo firmar a los cardenales una Bula en que se condenaba el nepotismo. Clemente XI (Albani) continuó en el trono los estudios y la sobriedad a que estaba acostumbrado, construyó hospitales, graneros públicos, acueductos, el puerto de Anzio y fortalezas, una cárcel de corrección, y obtuvo mejores condiciones para los cristianos en Persia, en Abisinia y en Turquía.

251.- Mesina y Génova. Influencia de Luis XIV

La Sicilia sufría no menos que Nápoles. Poco antes de la insurrección de Masaniello, habían estallado otras en Mesina y Palermo. El batidor de oro José Alessi fue elegido jefe del pueblo para arrojar a los Españoles, pero no tardó en ser muerto. Sin embargo renacían las insurrecciones, principalmente por falta de pan en el granero de Italia, y también por celos entre Catania, Palermo y Mesina, y los virreyes creían dominar mejor fomentando estas rivalidades. A las malas provisiones se unían terribles erupciones del Etna, que destruyeron a Catania, y las correrías de los Turcos. Se supone que Luis del Hoyo excitó un levantamiento en Mesina con el oculto intento de quitarle los privilegios. Efectivamente la ciudad se sublevó y pidió auxilio a Luis XIV, dispuesto siempre a perjudicar a España. Este mandó la flota y venció en Lípari a la holandesa, capitaneada por el famoso Ruyter; luego, necesitando

tropas, se llevó a las suyas de Mesina, cuya ciudad se halló abandonada a los Españoles, vio reducidos sus 60 mil habitantes a 11 mil, y perdió los privilegios.
1669
1676
Luis XIV también se inmiscuía en los asuntos de Génova, y fingiendo protegerla contra la ambición de Carlos Manuel de Saboya, armó enredos y mandó su flota a bombardear aquella ciudad, que fue perjudicada en 100 millones, y tuvo que aceptar pactos humillantes y mandar el dux a Versalles a implorar la real clemencia.

1686 Cuando Luis revocó el edicto de Nantes, muchos protestantes franceses se refugiaron en los valles piamonteses, donde vivían tranquilos los Valdenses. Luis pretendió que fuesen arrojados de allí los protestantes, y Víctor Amadeo II tuvo que prohibirles el culto y dictar órdenes severísimas; luego las tropas francesas penetraron en el país con el general Catinat, y habiendo hallado una vigorosa resistencia, hicieron estragos. Muchos de los perseguidos se refugiaron en Suiza.

Los Italianos tenían, pues, sobrados motivos para desconfiar de Luis XIV; sin embargo se dejaron deslumbrar por su esplendor, por las alabanzas de los periodistas de entonces, y por el aplomo con que él mismo se titulaba grande. Quien velaba por la independencia italiana era Inocencio XII, que reprobaba al emperador y al rey. Clemente XI pensó servir de mediador entre ellos e inducirlos a volverse contra el Turco. Pero uno y otro se armaban para disputarse la sucesión española, y estalló una guerra en que fue trastornada Italia, que no tenía en ella ningún interés.

Luis XIV y el emperador Leopoldo hicieron vanos esfuerzos para conseguir de Clemente XI que les confiriese la investidura del reino de Sicilia; el Papa quiso permanecer neutral, como padre de la Cristiandad. Los príncipes italianos se dividieron; Víctor Amadeo II, declarado generalísimo de los imperiales, venció en Staffarda, pero en el Piñerol fue vencido por Catinat, a quien escribía el ministro Louvois: «¿Me preguntáis qué haréis? Quemar, y después quemar». El Piamonte fue devastado, y Casale desmantelado y restituido al duque de Mantua. Víctor Amadeo prefirió desertar a los Franceses; recobró a Piñerol y Casale, y pudo lanzarse a mayores tentativas; se colocó entre los aspirantes al trono de España, y en una división que se propuso, se trató de darle todo el Milanesado, con tal que cediese la Saboya y Niza. Los Franceses se habían apoderado de la Lombardía y de Nápoles, merced al valor de Catinat, Villeroi, Vaudemont y Vendôme; pero el príncipe Eugenio de Saboya condujo a los imperiales a vencer en Chiari y en Cremona, sobre todo desde que Víctor se separó de Francia. Turín fue asediada por los Franceses y libertada por los imperiales, que proscribieron al duque de Mantua como traidor, y ocuparon su país, repusieron al duque de Módena, conquistaron a Nápoles y ocuparon la Cerdeña. Estos engrandecimientos inspiraron celos; la Inglaterra obtuvo para Víctor la Sicilia con el título de rey, la restitución de Niza y de los valles alpinos; dejaron al emperador el reino de Nápoles, el ducado

de Milán, la isla de Cerdeña y los presidios de Toscana; la España fue excluida de la Italia, a pesar de haber parecido que iba a conquistarla toda.

1698

1702

1706

Los Sicilianos se cansaron pronto de un rey extranjero, y éste tuvo que cambiar la isla con la Cerdeña, aunque conservando el ambicionado título de rey.

Venecia, que aún había mostrado valor y buen sentido en la guerra de Candía, se halló miserablemente envuelta en aquellas ambiciones reales.

252.- La Toscana

Cosme I procuró dar prosperidad y riqueza a su país; pagó las deudas públicas; mantuvo sujetos a los Berberiscos; fomentó Academias y Universidades; hizo trabajar a los artistas, pero su política tejió una red de intrigas y violencias, y reprimió duramente los sentimientos republicanos. La malevolencia hizo decir que Don García, hijo de Cosme, en una disputa mató a su hermano Juan, cardenal, y que su padre enfurecido dio muerte al asesino, muriendo de pesar la madre Leonor. Añadíase también que Cosme amaba más que como padre a su hija Isabel.

1571

Francisco María se sometió a la voluntad del Austria y a la de Blanca Capello. Su hermano y sucesor Fernando mejoró la hacienda, el comercio y las sederías; alcanzó victorias sobre los Berberiscos y favoreció a sabios, poetas y músicos.

1609

Cosme II estuvo en relaciones con Fakr-eddyn, emir del Líbano, y pensaba mover guerra a la Turquía, con cuyo objeto fortaleció la marina, con ayuda de los caballeros de San Esteban.

Fernando II procuró reparar los males de una regencia ruinosa; dio pruebas de caridad y valor en la peste de 1630; dio esplendor a la corte y a las escuelas con italianos y extranjeros de mérito; construyó jardines, casas de fieras, acueductos y fundiciones, y dio prosperidad al país. Liorna, de pueblecillo oscuro, se convirtió en puerto de primera clase, a donde acudían, con franca entrada, naves de todas naciones y gentes de toda comunión religiosa.

1723 Cosme III, en treinta y ocho años de dominio, dejó decaer el Estado y se hizo despreciable por sus aventuras domésticas. El último de los duques fue Juan Gastón, el cual, careciendo de hijos, se vio rodeado de pretendientes intrigantes, y en vano procuró que los Florentinos, al extinguirse la dinastía a que se habían obligado a servir, recobrasen la libertad.

253.- Literatura italiana. Bellas artes

Tasso Tránsito entre la edad precedente y la nueva es Torcuato Tasso (1544-95), que en la Jerusalén libertada escogió un asunto épico de los más grandes, aunque en la ejecución no rayó a toda la altura posible. Su Aminta es uno de los dramas más correctos.

Marini Ya se notan en él los defectos de estilo que más sobresalieron en el napolitano Marini (el Adonis, 1596-1622), poeta sin dignidad, que introdujo la exageración española, las metáforas extravagantes, el prurito de querer causar asombro. Detrás de él se formó la escuela que fue designada con el nombre de Secentistas, con frases ampulosas, insípida afectación y trivialidades, con la manía de acumular ideas disparatadísimas, como llamar a las estrellas cequíes ardientes de la banca de Dios, a la luna tortilla de la sartén celestial. La elocuencia del púlpito se engolfaba en estas repugnantes bellezas. Sin embargo floreció entonces el más ilustre de los predicadores, Pablo Segneri (1624-94).

Pareciendo inspirada la naturalidad, se puso mayor cuidado en la frase, el periodo, el estilo afectado, en decir todas las cosas del mejor modo; si algunos abusaron de esto, otros dieron sabias reglas (Corticelli, Nisieli, Cinonio, Salviati, Gigli, Salvini); Trajano Boccalini hizo agudas sátiras en los Cuentos del Parnaso y en la Piedra de toque de la política. Alejandro Tassoni, con su Cubo robado, y Francisco Bracciolini, con la Burla de los Dioses, dieron ejemplo de los poemas heroico-cómicos. Nicolás Fortiguerri quiso desacreditar a los poemas románticos componiendo cada día un canto de su Ricardito.

Cristina de Suecia reunía a los hombres de talento en el palacio Farnesio de Roma, donde nació la Arcadia, academia en la cual revestía un carácter campestre y pastoril; vanidad ridícula que, sin embargo, corregía la ampulosidad y el énfasis. Versificaron bien Gabriel Chiabrera, Virente Filicaja, Alejandro Giudi, y con ellos Menzini, Zappi, Maggi y Marchetti. Ensayó la tragedia Vicente

Gravina, que escribió además la Razón poética. Luis Sergardi, con el nombre de Quinto Settaro, compuso sátiras latinas muy mordaces. En general, los literatos italianos permanecían ajenos al gran movimiento de ideas que sacudía a la Europa.

En las Bellas artes, más que en la originalidad, se prefería la imitación y el eclecticismo; parecían sublimes los artistas que reuniesen la gracia de Rafael, el dibujo de Leonardo, el colorido de Tiziano, el movimiento de Tintoretto, la magnificencia de Paolo, la fuerza de Correggio, la inventiva de Miguel Ángel, con lo cual en vez de grandes artistas se tenían caricaturas de los grandes genios. Con tales artes adquirieron renombre Federico Baroccio de Urbino y los Garacci de Bolonia. De la numerosa escuela de estos salió el Dominiquino (1581-1641), que meditando mucho los asuntos, llegó a una verdadera originalidad, lo que le valió la saña de sus contemporáneos. Francisco Albano (1578-1660), pareció incomparable en la reproducción de la gracia infantil Miguel Ángel de Caravaggio pretendía copiar la naturaleza en lo que tiene de más enérgico y caprichoso; todo lo contrario era el caballero de Arpino, amanerado y pulcro, lo mismo que Guido Reni (1575-1642), sin conceptos originales, pero límpido y variadísimo en los trajes, en las fisonomías y en las actitudes. Guercino fue aficionado a los gallardos contrastes de luz y sombra. Lafranco de Parma, Pedro de Cortona, el Españoleto y el Calabrés, guerrearon no menos con el pincel que con los puñales. Maratta adquirió el nombre de Carlos delle Madonne, y Jordán el de Lucas Fapresto por la rapidez con que ejecutaba. Salvador Rosa pareció original, siendo extraño e improvisador. Entre los Florentinos merecen citarse Cigoli, Allori, Carlin Dolce, Sassoferrato y Lorenzo Lippi. Casi todos supieron, además, la escultura y la arquitectura, y entonces más que nunca se comprendió la perspectiva.

La escuela de Cremona produjo artistas como los Campi y la Anguissola, la de Bolonia a los Procaccini, padre e hijo, a quienes siguieron Salmeggia y los Milaneses, entre los cuales sobresalieron Cerano y Daniel Crespi. Mucho hacían trabajar los patricios de Génova, donde se distinguieron los Calvi, los Semini, Cambiaso, Carloni y Strozzi. Moncalvo es el único citado entre los Piamonteses. El ejemplo de Tintoretto perjudicó a los Venecianos, entre los cuales se distinguieron Jacobo Palma, los Varotari, más tarde Tiépolo y el famoso perspectivista Antonio Canale.

Generalmente, en pintura y en escultura, se hacía lo mismo que en la poesía; no se veían más que actitudes amaneradas, composiciones vulgares, exagerados contrastes de claro-oscuro, trivialidad universal. En arquitectura, las nuevas fantasías no se contentaban con los órdenes clásicos, y se retorcieron las columnas, que se envolvieron con pámpanos de bronce y se variaron de un modo extravagante; en unos puntos parecen divididas en dos; en otros figuran estar próximas a caer, pero un ángel las sostiene. Este extravagante estilo domina en los palacios y en las muchísimas iglesias de aquel tiempo.

Bernini Gran imaginación tenía Lorenzo Bernini (1598-1680), pero

aspiró a la novedad; era pintor, escultor y arquitecto; su género de escultura era pintoresco, con conceptos sin estudio ni conveniencia. Sabia adaptar a los lugares sus creaciones arquitectónicas, como en las fuentes de Roma; hay de él magníficas escaleras, el altar mayor del Vaticano, la cátedra de San Pedro y la sorprendente columnata de la plaza. En Francia fue llamado a terminar el palacio del Louvre y alcanzó allí señalados triunfos; trabajó sin descanso hasta los ochenta y dos años de edad.

No llegaron a su altura sus secuaces; Carlos Fontana y Borromini llenaron a Roma de construcciones, donde aparece lo difícil sin belleza, lo exagerado sin vigor, lo caprichoso sin novedad. Más correctos fueron los escultores Algardi, Maderno y Fiammingo. Fansaga en Nápoles, y Longhena en Venecia, dejaron pomposas monstruosidades, como hicieron otros en otras partes, en un tiempo en que tanto se construyó.

Las academias de extranjeros, instituidas en Roma, difundían aquel gusto entre las naciones. La España dejó las tradiciones góticas y moriscas, y confió la erección de grandes edificios a Pellegrini, Juvara, Sacchetti, Bonavia y Ribera. El naturalismo de los italianos prevaleció hasta en la pintura, pero fue grande Velázquez en la imitación de lo verdadero y en el claro-oscuro. Murillo (1618-82) se conservó puro de los defectos dominantes, con alegre colorido y estudio de la naturaleza. Subleyras pasó de España a Italia y alcanzó gran reputación. Rubens de Colonia (1577-1640) atendió más al colorido que a las formas y al dibujo; se cuentan 1310 obras suyas. Los retratos de Van Dyck (1599-1641) ceden apenas a los de Tiziano. Rembrandt conoció los efectos de la oscuridad. Bamboccio trató escenas de la vida cuotidiana, animando vigorosamente pequeñas figuras.

Entre los Alemanes también se difundió el estilo abigarrado, que se extendió hasta Rusia. Yñigo Jones hizo sus estudios en Italia, se ejerció en Dinamarca e introdujo en Londres, su país, la manera de Palladio. Cuando el incendio de 1666 destruyó las casas de madera de Londres, Cristóbal Wren dio el plano de la nueva ciudad, pero no fue aplicado, por economía; este artista alzó la iglesia de San Pablo, que vio concluida al cabo de treinta y cinco años.

Los Italianos llamados a la Corte francesa, fueron los legisladores del gusto, que pronto se amaneró. Freminet y Vouet empuñaron el cetro artístico hasta que se amparó de él Nicolás Poussin (1594-1665), el cual estudió en Roma con el paisajista Claudio Lorenés (1600-82), y se formó un estilo propio, en disidencia con los académicos.

Callot (1593-1635) reproducía en vivaces cuadritos la vida del soldado, del gitano, y otras fantasías, y compuso en un solo día algunos de sus 1900 cuadros. Le Sueur, a pesar de estudiar a los italianos, conservó sus propias inspiraciones, y son admirados sus veintidós cuadros de la historia de San Bruno. Claudio Lebrun fue árbitro de la Academia real de pintura y escultura de París, pintor de Corte, dispensador de las comisiones a quien siguiera su gusto, que desplegó principalmente en la galería de Versalles pintando de

una manera fastuosa los fastos del gran rey. Como director de la Academia le sucedió Mignard (1608-96), ensalzado por los literatos a quienes halagaba, y fue melindroso, como en general el arte de entonces. A Puget le llaman el Miguel Ángel francés, porque brillaba en la escultura, en la pintura y en la arquitectura. Uno de los talentos más universales fue Perrault, que completó el palacio del Louvre y parte del de Versalles, donde Luis XIV quiso tiranizar a la naturaleza y someterla a fuerza de arte y dinero. Andrés Le Nôtre no tuvo rival en el arte de trazar jardines a la francesa.

254.- Filosofía y ciencias sociales

Las Universidades, que en la Edad Media habían sido centros del saber, se convirtieron en lugares de preparación para profesiones lucrativas. La decadencia de la escolástica dejó un vacío, que se quería llenar con artificiales combinaciones de sistemas antiguos, o tentativas de novedades, separando la indagación filosófica de la teológica. Pedro Gassendi (1592-1655), repudiando definitivamente a los Aristotélicos y las ciencias anteriores, dio un nuevo sistema (Syntagma philosophicum), fundado en la evidencia. Descartes (1596-1650) matemático insigne, fundó su sistema no sobre lo antiguo, sino siguiendo un método enteramente nuevo. Estableció como fundamento la duda metódica, no aceptando por verdadero sino aquello que tenga razón suficiente, una evidencia íntima en la conciencia; con lo cual se formaban dos series de hechos distintos: el pensamiento y la extensión; y de ahí las ciencias espirituales y las físicas. Rechazaba la experiencia de todos los siglos, pretendiendo que cada uno debe verificar las cosas por sí mismo, y no aceptaba sino lo que es razón individual y evidencia geométrica.

Aquella duda se convirtió en norma de toda la filosofía moderna, y se conocieron sus defectos cuando se declararon discípulos suyos el impío Hobbes, el panteísta Spinoza y el epicúreo Gassendi; nacieron clamorosas oposiciones, pero mientras tanto la autoridad era sacudida y supeditada a la razón. Huet demostró que no había alternativa entre el dogmatismo y el escepticismo. El Arte de pensar, publicado por los Jansenistas de Port-Royal, da excelentes reglas de lógica. El parisiense Malebranche (1638-1715) distingue las ideas no solo de las sensaciones sino que también de los sentimientos; y donde Descartes recurría a la existencia de Dios para explicar la unión entre el alma y el cuerpo, él unió los cuerpos y los espíritus como causas ocasionales, produciendo a Dios, o movimientos en el cuerpo cuando el alma quiere, o impresiones en el alma cuando los cuerpos están presentes; de modo que la inteligencia es una revelación incesante. Es admirable la unidad a que reduce la variadísima materia, con estilo claro, preciso, elegante, y ha tenido mayor influencia que Descartes.
Malebranche

Spinoza Baruch Spinoza (1632-77), hebreo cristianizado, afirmó la absoluta identidad de la materia y del pensamiento, y queriendo probar que las diversas realidades no pueden conocerse sino como atributos de una sustancia única, vino a investigar si su naturaleza era material o espiritual. Sin escrúpulos ni prudencia dedujo el panteísmo de las doctrinas cartesianas.

Locke Locke (1632-1704) hizo popular, o más bien vulgarizó la metafísica, limitándola al sensualismo, y sin embargo no comprendió las graves dificultades de explicar la formación de las ideas; niega que existan las que el sentido no puede dar y examina solo el hombre exterior. Al estudio del hombre interno se dedicó también Leibniz (1646-1716), ilustre jurisconsulto, diplomático, matemático, historiador, que no pretendió fundar una nueva filosofía, sino que combatió el sensualismo para dar a las verdades cristianas sólidos fundamentos y ancha aplicación, corrigiendo el cartesianismo, no admitiendo más que las sustancias simples (Mónadas) (487), cada una de las cuales tiene cualidades que la distinguen de las demás, y cuyos cambios provienen de causas internas. La mónada de las mónadas es Dios, ente necesario, y cuando el espíritu humano llega a él, puede establecer la teoría del universo. De este modo creó Leibniz una escuela alemana propensa al idealismo, ya místico, ya racional (Tomasio, Wolf); pero se extendió la escuela negativa, que destruía la razón humana, declarándola incapaz de conocer nada concluyente.

Leibniz

Moral Se puede decir que todos dedujeron de su metafísica sistemas morales. Bossuet, en su Historia de las variaciones, acusa a los Protestantes de haber santificado la insurrección armada contra los soberanos, mediante doctrinas que siempre cambiaban. Como Jurieu sostuviese el derecho de rebelarse por razón religiosa, y la doctrina de que no es necesario que el pueblo tenga razón para que sean válidos sus actos, Bossuet le refutó en la Quinta advertencia a los Protestantes, verdadero tratado de política, y en su Política sagrada, donde coloca en altísimo lugar a los reyes, pero los somete a la ley divina. Con mayor liberalidad escribió Fénelon su Examen de conciencia sobre los deberes de los reyes.

Grocio se había esforzado en extender entre los Estados independientes las leyes de justicia y de humanidad, reconocidas universalmente entre los individuos; Hobbes y Spinoza fueron el tipo de la moral egoísta. Puffendorf (1632-94), examinó los derechos y los deberes públicos independientemente de la revelación, y no reconoce otro derecho de gentes que los pactos formados por los hombres, los cuales, viendo la universal tendencia al daño, se constituyeron en sociedad; de las familias primitivas nace el gobierno civil; el poder supremo no es responsable; el príncipe puede apreciar las ventajas públicas mejor que el pueblo; y se le debe obedecer.

Leibniz por el contrario funda el derecho en Dios como fuente

de toda justicia. Tomasio trató de discernir el derecho de la moral que no puede tener coacción. Zouch introdujo la denominación del jus inter gentes, que hoy llamamos internacional.

Educación Mediante la educación se adquirieron ideas más amplias y precisas, como se ven en los escritos de Milton, de Locke, de Fénelon.

Economía política En economía política dominaba el sistema mercantil (colbertismo), según el cual se creía fija la suma de las riquezas, y por consiguiente una nación no podía adquirirlas sin detrimento de las demás; de ahí el equilibrio del comercio y el considerar al dinero como riqueza única. Los grandes capitales empleados en las especulaciones del Nuevo Mundo, y la lentitud con que volvían, obligaron a recurrir al crédito, y se extendieron los bancos, no solo para uso del gobierno, como los de Venecia y Génova, sino que también para los comerciantes, como el de Amsterdam, que comprendió la utilidad de sustituir con billetes de circulación el capital que yace muerto; después se emitieron billetes por un valor superior al que había en depósito; Inglaterra creó la deuda pública; Holanda hizo la primera amortización en 1655; e Inocencio XI redujo el interés del 4 al 3 en 1685.

Jurisprudencia Godofredo trabajó treinta años en la edición del código Teodosiano (1665). Van Espen (Jus ecclesiasticum universum) perjudicó a la Santa Sede en provecho de los príncipes. En Italia eran famosas las decisiones de la sagrada Rota romana y de las Cortes de Santa Clara de Nápoles. El Doctor vulgar del cardenal de Luca, ponía la ciencia al alcance de los más rudos, y apelaba al buen sentido. Vicente Gravina en el Origen y proceso del derecho trazó la historia civil externa del derecho romano. Leibniz, a la edad de veintidós años, publicó su Nova methodus docendæ discendæque jurisprudentiæ, uniendo esta ciencia con la filosofía moral, la historia y la filología. Domat dispuso las leyes civiles de Justiniano en su orden natural, conociendo la importancia del cristianismo aun en esta parte, pues no cree suficiente el abstenerse de ofender, sino que quiere que los hombres se ayuden mutuamente.

255.- Ciencias históricas

Los resultados de los viajes no correspondieron a las necesidades de las ciencias geográfica y antropológica. La Vuelta al mundo del napolitano Gemelli Carreri (1651) fue considerada más fabulosa de lo que era en realidad. La China y demás países orientales eran descritos por misioneros y diplomáticos; Guillermo Delisle, de París, creó la ciencia de los mapas.

La literatura oriental fue cultivada para los estudios bíblicos; Brian, Walton, Bochart, Hottinger, Pocok, Marracci, Galland, Hyde, dieron a conocer libros árabes y persas.

La anticuaria fue más circunspecta en el estudio de las lápidas, de las monedas, de la geografía, de la vida de los antiguos. En este ramo se distinguieron Fabretti de Urbino, Ciampini y Pignoria. Ayudada por esos trabajos, la cronología llegó a ser una ciencia.

Bianchini quiso escribir una Historia universal mediante los monumentos. Magliabecchi, extravagante personaje, era una biblioteca ambulante. Singular fue también Teófilo Rainaud, de Niza, que llenó noventa y tres obras de una erudición indigesta. El jesuita Hardouin quiso sostener que la historia antigua fue refundida enteramente en el siglo XIII, que los autores clásicos son obra de frailes, excepto las Geórgicas de Virgilio, las sátiras y epístolas de Horacio, las obras de Plinio y las de Cicerón; y que los Concilios anteriores al de Trento son quiméricos.

La cuestión de la superioridad de los antiguos o de los modernos dictó trabajos más curiosos que profundos. Tassoni estuvo por los modernos; Lancillotti se propuso probar que el mundo no había empeorado moralmente; otros atacaron el continuo progreso.

La congregación francesa de San Mauro se aplicó a trabajos de erudición y de historia; de ella salió el Arte de comprobar las fechas. Mabillon escribió De re diplomatica, Montfaucon reveló muchas riquezas italianas en su Iter italicum.

Bollandistas Ughelli ordenó la serie de todos los obispos de Italia. Fleury escribió la Historia de la Iglesia, clara y elegantemente, pero sin afecto a Roma, como no lo encierra la de Natal Alejandro. Omitimos otros trabajos parciales para recordar al jesuita Bollando (488), que con varios compañeros empezó a escribir los Hechos de los Santos, purgándolos de muchas fábulas y leyendas.

Sobre los tiempos de la Reforma y hechos sucesivos escribieron Burnet, Bentivoglio, Strada, Dávila; muchos narraron las historias municipales o los acontecimientos contemporáneos. La parte anecdótica y escandalosa fue tratada por Ferrante Pallaviccino, Gregorio Leti, Víctor Siri, y por las gacetas, que entonces empezaban a circular. Las historias de los pueblos antiguos o de los orígenes de los modernos decayeron después de los recientes adelantos. Leibniz, grande en todo, reunió infinitos materiales que le pusieron en el caso de publicar, bajo el título de Codex jurisgentium diplomaticus, un riquísimo repertorio, no solo respecto de la política, sino también de la índole, lengua y conocimiento de los pueblos.

Filosofía de la Historia La historia se elevaba de arte a ciencia para observar a los hombres como una sola familia, sometida a ciertas leyes providenciales. Tal era el Discurso sobre la Historia universal de Bossuet, donde el autor considera las vicisitudes del género humano como una preparación a la redención, y después como un complemento de ella. Al napolitano Juan Bautista Vico (1668-1743) le pareció que la humanidad se movía en un círculo fatal, de modo que recorría siempre, las mismas formas sociales. Halló en la filología importantes revelaciones, buscando en la raíz de los vocablos la raíz de los pensamientos; llenó de criaturas

suyas los tiempos prehistóricos, y reconstituyó la historia antigua sobre fragmentos, especialmente la romana, que considera como una progresiva conquista de la equidad; asocia el derecho ideal de Platón con el político de Maquiavelo, sirviéndose de la etimología, del mito, de las tradiciones, y de la erudición para crear una historia ideal eterna, en la cual se realiza el derecho.

256.- Ciencias naturales y exactas

En Roma, bajo los auspicios del marqués Federico Cesi, se fundó en 1603 la academia de los Lincei; y en Florencia la del Cimento, ambas consagradas al fomento de las ciencias naturales. En esta última, principalmente, que tenía por divisa Probando y reprobando, adoptaron el método de Galileo y multiplicaron los experimentos Nardi, Bieci, Cavatieri, Castelli, Magiotti, Torricelli, el cual dejó tantos descubrimientos y entre ellos el barómetro. El gran duque Fernando y su hermano Leopoldo favorecían las investigaciones científicas, cooperando con dinero y con su propia experiencia. Viviani, Borelli, Redi, enriquecían la ciencia con descubrimientos, y Magalotti los expuso en lenguaje castizo y estilo literario,

Los imitó la Sociedad Real de Londres, investigadora de novedades físicas, expuestas en los Philosophical transactions. También en París nació la Academia real de ciencias, con miembros pensionados. Otras de menor importancia contribuyeron, con las dichas, a mejorar las ciencias por medio del cálculo y el experimento.

La química, desprendiéndose cada día más de las aberraciones de la alquimia, trabajaba ya las materias orgánicas, como la leche y la sangre, y se aplicaba a las sales; adquirió carácter científico merced al alemán Becher y al inglés Boyle que refutó los cuatro elementos, suponiendo en su lugar átomos, de forma y dimensiones varias. Otto de Guerick (489) inventó la máquina neumática, con la cual se determinaron la naturaleza y el peso del aire.

Historia natural   Cada viaje enriquecía con nuevos objetos la historia natural. Juan Ray dio la historia y clasificación de las aves, de los peces y de las serpientes. Perrault y Duverney crearon la anatomía zoológica; la generación equívoca fue sostenida por Bonanni y refutada por Redi; sirviéronse del microscopio Malpighi y Leuwenhoek; Swammerdam escribió la historia general de los insectos; Vallisnieri estudió el ovario y la generación.

El microscopio ayudó al análisis de los vegetales también; se distinguió el sexo, y se clasificaron las plantas según los órganos de la fructificación y la modificación de la corola; se debe un sistema uniforme a Tournefort (1656-1708).

Nació entonces la geología, examinando los cuerpos fósiles, y estableciendo diversos sistemas para explicar la conformación de la corteza del globo.

En la anatomía adquiría crédito la circulación explicada por Harvey, y con el microscopio se la observó aun en los vasos más pequeños. Malpighi, Valsalva, Santorino, Casserio examinaron las vísceras y los órganos de los sentidos, y Mayow la respiración, para la cual declaró necesario el oxígeno. Santorio (?-1696) vivió treinta años sobre la balanza, para apreciar la transpiración cutánea.

Anatomía comparada Igualmente se empezaron a notar las relaciones que existen entre la estructura del cuerpo y la fuerza de las funciones vitales, variando según las especies; de esto se pasó a la teoría del movimiento en los animales (Borelli). De todo se servía la medicina. La escuela empírica de Sydenham no atendía a las teorías, sino a las operaciones inmediatas y a las historias de las enfermedades. Baglivi (1668-1707) adivinó una fuerza vital en las enfermedades y en la salud, y los mejores consideraban los males no ya como entes abstractos, sino como modos de ser del organismo. Introdujéronse preciosos medicamentos, como el mercurio y la quinina; se continuó el uso de las aguas minerales; se atendió a la salud de los marinos y de los soldados, y el siciliano Fortunato Fedeli compuso el primer libro de medicina legal.

Matemáticas Facilitó grandemente el cálculo el descubrimiento de los logaritmos hecho por Napier (1550-1617). Descartes aplicó el análisis a la geometría, que se lanzó al infinito, abrazando clases enteras de curvas ordenadas según el grado de las ecuaciones. La cicloide ocupó a muchos matemáticos insignes; Wallis dio la aritmética de los infinitos. Grimaldi, Barberi y otros italianos dieron a conocer los fenómenos de la óptica y de los colores, anticipándose a los descubrimientos de Newton.

Descartes había supuesto que de algunos axiomas se podía deducir el sistema del mundo y la filosofía de la mecánica; dadas las ideas del movimiento y de la materia con sus atributos, distribuye la materia en una infinidad de torbellinos que se limitan y circunscriben alternativamente. Esta hipótesis, que seducía a la imaginación, fue considerada como oportuna para sustituir al caduco sistema aristotélico. Pero los sabios más profundos daban crédito a las leyes de Kepler. Gassendi, Huygens, Picard, Mercatore, Hevelio, Flamsteed y Galley hacían adelantar la astronomía. Completó los progresos precedentes Isaac Newton (1643-1727), que introdujo muchas innovaciones en la mecánica, en la óptica y en la astronomía, y reformó cuantas ciencias saludó; dio un punto fijo al termómetro, formó la escala de los colores, estableció las tres grandes leyes del movimiento, explicando hasta los movimientos celestes por la sencilla ley de que cada partícula de materia atrae todas las de su clase con una fuerza proporcional al producto de sus masas e inversa del cuadrado de las distancias. Así llegó al descubrimiento de la gravedad, que es la ley más general del mundo. Newton empleó su larga vida en el cálculo y la reflexión.

Newton

Los italianos Cassini se sirvieron de los descubrimientos astronómicos, ópticos y geológicos para hacer magníficos mapas y determinar la situación de los países.

El espíritu filosófico maduraba con la observación; difundíase la cultura; se usaban las lenguas vivas; la experiencia del mundo material se aventuraba en el metafísico; la guerra, obedecía a ciertas reglas, en teoría al menos, y los ejércitos dejaban de ser azote de amigos y enemigos; el derecho feudal y el canónico eran limitados por el moderno; desarollábase el comercio, a pesar de los muchos reglamentos que le servían de obstáculo, y por él Inglaterra adquiría en Europa un predominio que mantuvo durante todo el siglo siguiente; el esfuerzo de los reyes en hacerse pomposamente despóticos al estilo de Luis XIV, concluyó por minar los tronos, mientras la democracia se disponía a reclamar sus derechos.

Libro XVII

257.- Consecuencias de la paz de Utrecht. Felipe V

El conservar la paz de Utrecht interesaba a todos los que habían sido aventajados en ella, como Inglaterra que vio reconocida su dinastía protestante, consolidado su acuerdo con el Austria y asegurado su dominio en el mar, y en efecto, aquella nación fue árbitra del siglo inmediato. El emperador le debía estar unido como señor de los Países Bajos. Portugal le había cedido todo su comercio con el tratado de Methuan; y ella ganó con subsidios la Saboya y los príncipes de Alemania. La Holanda, que podía rivalizar con ella en el comercio, se reducía a defenderse. La Alemania colocaba a sus príncipes en muchos tronos, pero no aumentaba en importancia. El Austria rompía su unión con España, y la política le elevaba en contra la Prusia y la Rusia. Era también causa de recelo para Austria el Holstein concedido a la Rusia, la cual creció en poder y en influencia. La Francia era reducida a segundo rango, pero defendía las doctrinas filosóficas. En Italia solo quedaba en poder de extranjeros la Lombardía, y cuarenta y ocho años de paz le procuraron bienestar, doctrina y progreso.

Esta tendencia al positivismo más que al idealismo, a la riqueza más que a la moral, a la fuerza más que a la justicia, redondeando los Estados no según la historia y las conveniencias, sino según los habitantes y las millas de extensión, y disminuyendo los privilegios del clero, de la nobleza y de los cuerpos industriales y judiciales, hacía más absolutos a los Gobiernos, pero los ponía directamente en frente de los pueblos que aprendían sus derechos propios.

El comercio adquiría suma importancia en la política; las deudas públicas introducían el papel-moneda y los juegos de bolsa. La intolerancia religiosa se perdía en el indiferentismo y en el

desarrollo de la literatura filosófica, que se aventuraba a todas las afirmaciones, a todas las utopías sin vacilación, con inmensa fe en sí misma por cuanto aún no había llegado a la época de los desengaños.

En cuanto al pueblo, la paz no le había atendido, y la ciencia lo tenía en poco; sin embargo, maduraban sus destinos.

Habiendo dejado de ser satélite de la Francia, Felipe V no sabía resignarse a ver desmembrada la monarquía española, y encadenada además por los Ingleses al peñón de Gibraltar. Favorecía al pretendiente de Inglaterra y aspiraba a la regencia del joven rey de Francia, pero no tenía el valor de las grandes resoluciones. Isabel [de] Farnesio, su segunda esposa, instigada por Julio Alberoni, audaz aventurero de Placencia, se propuso regenerar a España, y dar alta colocación a sus hijos. Provisto de armas, dinero y naves, el cardenal Alberoni meditaba hacer a Italia independiente de los Austriacos; conquistada la Sicilia, intrigó con todas las Cortes, aun con la Suecia y la Turquía, hasta que las Potencias amenazadas lo hicieron destituir. Con la paz de Cambray, Felipe renunció a sus pretensiones, pero obtuvo para Carlos, hijo de la Farnesio, los ducados de Parma, Placencia y Toscana; se reconcilió con Carlos VI que se obstinaba en llamarse rey de España, y por último también con Inglaterra, que renunció al comercio de esclavos.
Alberoni
1720

258.- Francia. La regencia. Luis XV

Luis XIV dejaba un solo sobrino [sic] de cinco años y medio, bajo la tutela de Felipe de Orleans, el cual dejó que el Parlamento deshiciese gran parte de lo hecho por el rey difunto. Hombre de bellísimas dotes y de enormes vicios, el de Orleans se rodeaba de gente disoluta y espíritus fuertes que se hicieron de moda; lo secundaba el ministro Dubois, cínico, y disoluto, lo cual no le impidió ser nombrado cardenal. La hacienda, que había hallado su ruina en las últimas desventuras del gran rey, iba de mal en peor. Presumió realzarla el escocés Law fundando un banco, que exageró sus operaciones suponiendo que podía sustituirse el dinero con papel y que era ilimitado el poder del crédito. La Francia se embriagó un momento con tales ilusiones, y todo el mundo llevaba su dinero a aquel banco y a una Compañía para el cultivo de los territorios del Misisipí (490); luego todo concluyó con la más desastrosa quiebra, pero después de haber cambiado las fortunas, revuelto las clases en la fiebre del agio, demostrado que puede haber riquezas fuera de las estables, excitado el espíritu de las empresas, y formado buenos hacendistas y banqueros. Pero la situación de la Francia había empeorado; el pueblo estaba más descontento, y había duplicado la

deuda, a cuya calamidad se unió la peste de Marsella.

1716

1720

1723 Luis XV se había casado con María Lesczynski, hija de Estanislao, rey depuesto de Polonia. Este, a la muerte de Augusto de Sajonia, trató de recuperar su perdida corona mientras las potencias pretendían disponer de ella. Con tal motivo estalló la guerra en la Lorena, en Italia y en el mar; don Carlos de Parma se apoderó de Nápoles y se hizo proclamar rey de las Dos Sicilias; finalmente en la paz se resolvió que Estanislao abdicase el reino de Polonia, recibiendo en compensación la Lorena; el rey de Cerdeña adquirió los territorios de Novara y Tortona; el emperador recibió a Parma y Placencia, que poco tiempo después fueron entregadas a los Borbones, como la Toscana al duque de Lorena.

1738

El ministro cardenal Fleury, que llegó después de una serie de ministros dilapidadores, buscó la economía hasta la avaricia; adquirió crédito en la diplomacia; aseguró a Francia la Lorena, necesaria desde que poseía la Alsacia y adquirió la Córcega. Esta, mal gobernada por los Genoveses, era infeliz (rey Tedoro) y la asolaron largas guerras, hasta que Génova la cedió a la Francia, que a fuerza de sangre y dinero domó su patriótica resistencia (Pascual Paoli), y se hizo obedecer a fuerza de suplicios.

1769

Luis XV, al llegar a ser mayor de edad, con una esmerada educación y una santa mujer, se abandonó a la corrupción, de amorío en amorío, y sus escándalos dieron el ejemplo de un desenfreno sin rebozo. Mientras tanto cundía la incredulidad; y sin embargo aún se pretendía ser intolerante, persiguiendo a los Jansenistas, y el Parlamento quería dar la norma de la creencias. Sangrientas sátiras mordían al rey y a sus concubinas; y con todo, cuando Damiens atentó a la vida del monarca, la Francia asistió con júbilo al ferocísimo suplicio del regicida, y dio a Luis el título de bien amado.

La necesidad de dinero desarrolló las doctrinas económicas, de las cuales se formaron dos escuelas: una que consideraba como única riqueza la que procede de la agricultura (Quesnay), y por esto aplicaba a ésta todos los cuidados, si bien le hacía sostener todas las cargas; y otra que favorecía a la industria (Gournay), queriendo que el Gobierno no hiciese más que quitar obstáculos.

El espléndido ministro Choiseul procuró restaurar la hacienda, pero como no se doblegase a todos los caprichos del rey, fue rechazado y sustituido por Aiguillon. Habiendo el Parlamento procurado adquirir su ambicionada importancia política, Luis declaró que no era más que un tribunal, órgano de la real voluntad. Origináronse protestas, y el rey lo destituyó, sustituyéndolo con el gran consejo que tomó el nombre del gran canciller Meaupon, y contra el cual protestaban los grandes y los abogados, si bien en el fondo se destruyó con esto la venalidad de las magistraturas, y pudieron ocuparlas personas de mérito. Luis murió de viruelas, dejando arruinada la monarquía bajo el cetro de un niño, hijo del difunto Delfín.

259.- El imperio. La Prusia. Federico II. María Teresa

Trescientos setenta y seis Estados diferentes constituían el que antes se llamaba Sacro Romano Imperio; 296 participaban de la soberanía. Desde que en 1662 la dieta se había hecho permanente en Ratisbona, no volvieron a presentarse en ella personalmente el jefe ni los príncipes, sino que enviaron sus delegados; por lo demás, los diferentes Estados se regían a su arbitrio, sin código, ni aduanas, ni moneda comunes; tenían pequeños ejércitos con los cuales se comerciaba; y el predominio del Austria los envolvía en guerras extrañas al interés general.

Carlos VI no atendió más que a hacer reconocer la pragmática sanción, por la cual, muriendo él sin hijos varones, pudiese sucederle su hija María Teresa. Piadoso, culto, amante de la poesía, de la música, de la caza, se perdía en minuciosas exploraciones, en porfías, en tráficos particulares, desconfiando de todo el mundo, hasta de Eugenio de Saboya (1663-1736) que fue su mejor general y ministro, perdió la Lorena, parte del Milanesado y el resto de Italia, combatió con desventaja a los Turcos; y todo lo soportaba con tal de que pasase la pragmática sanción.

Guerra de Sucesión   Apenas hubo muerto, cuando todos los que se la habían garantizado salieron a disputarse la sucesión de María Teresa: los electores de Baviera y de Sajonia como descendientes por línea femenina; la España, en virtud de un convenio de Federico II, pretendía la Hungría y la Bohemia; el rey de Cerdeña quería el Milanesado. Entonces hubo guerra universal; el elector de Baviera fue elegido emperador con el título de Carlos VII; Francia, España, Polonia, Cerdeña, el elector de Colonia, el Palatino, se disputaban algún despojo de la herencia austriaca; los Franceses invadieron la alta Austria; el elector de Sajonia se hizo declarar rey de Bohemia; y con más resolución que nadie procedió Federico II de Prusia.

Prusia   Este reino, sin confines naturales, ni unidad de raza y de lengua, se había formado con la política y la guerra. Sujeto al principio a la Polonia y a los Caballeros Teutónicos, pasó como

feudo polaco a Alberto de Brandeburgo, el cual habiéndose secularizado en tiempo de la Reforma, introdujo la confesión de Augsburgo, excluyendo rigurosamente de ella a los Calvinistas. El verdadero fundador de la monarquía fue el gran elector Guillermo, quien de la guerra de los Treinta Años supo sacar ventajas sobre los Suecos y los Polacos, y habiéndose hecho reconocer independiente, pretendió ejercer el despotismo en su país, quitando toda autoridad a los Estados y armando un buen ejército, con el cual derrotó a los Suecos en Fehrbelling; dio asilo a los Franceses que se habían expatriado a causa de la revocación del edicto de Nantes; favoreció las obras públicas y las bellas letras, y dejó un millón de súbditos a su hijo Federico.

1688

Este trabajó para la fusión de Luteranos y Calvinistas; halagó a los expatriados de Francia; embelleció a Berlín; fundó una academia de Bellas artes, la universidad de Halle y la Sociedad Real de Berlín; en tanto la elegancia era introducida por su mujer Sofía Carlota, discípula de Leibniz y protectora de los poetas. Federico aspiraba ardientemente al título de rey, y a pesar de las protestas de los Potentados, le fue reconocido en la paz de Utrecht.

Federico Guillermo corrigió el fausto paterno, tuvo la manía de los soldados, queriéndolos altos, hermosos y bien equipados. De esta suerte Berlín, la Atenas de Alemania, se convirtió en Esparta, donde el rey dominaba sin delicadeza, y sin miramientos ni justicia.

1713

Sucediole su hijo Federico II, de veintiocho años de edad, a quien el padre había mirado siempre con ceño porque era estudioso y le repugnaba la brutal obediencia; hasta había querido fusilarlo; pero Carlos VI lo reclamó como príncipe del imperio. Federico se había dedicado a la Filosofía, importada por los prófugos de Francia, halagó a los libre-pensadores y se declaró discípulo de Voltaire; y apreciaba o adulaba tanto a los Franceses, árbitros de la opinión, como despreciaba a los Alemanes. Vio en la sucesión austriaca una ocasión oportuna para engrandecerse, y pretendiendo parte de lo usurpado por el Austria, entró en la Silesia.

María Teresa excita la compasión y el valor de los Húngaros; cuerpos francos de Croatas y Pandaros ejercen la desastrosa guerra de bandas; se suceden batallas y convenios, hasta que se llega la paz de Aquisgrán, en la cual la Francia cede a Don Felipe, de España el ducado de Parma y Placencia, el rey de Cerdeña adquiere otros países lombardos hasta el Tesino. Carlos VII muere oscuro, y queda elegido Francisco de Lorena, esposo de María Teresa.

1748

Federico II conservaba la Silesia, y adquiría nombre en Europa como filósofo original, de afectada sencillez, insaciable ambición y

despótica autoridad. Contando con los votos de los filósofos, redujo la Prusia a monarquía militar, con tal número de soldados, que ninguna Potencia había tenido tantos; combinó la estrategia con la táctica, y estaba empeñado en servirse de ellas en las cuestiones que habían sido acalladas pero no resueltas en la paz de Aquisgrán.

Guerra de los siete años Por la posesión de La Luisiana rompieron las hostilidades Inglaterra y Francia, y las alianzas que éstas buscaron, destruyeron el equilibrio europeo. Federico II supo hacerse importante y se alió con Inglaterra; María Teresa se acercó a la Francia y de ello nació la guerra, de los siete años. Toda Europa pareció querer reprimir la arrogancia de Federico, que se complacía en encender el fuego, por todas partes; pero él venció en la batalla de Rosbach; se hizo proclamar protector de la libertad germánica contra los bárbaros franceses, austriacos y rusos; movió a la Turquía a molestar a la Rusia. Entre Inglaterra y Francia se concluyó la paz de París, y luego de Hubertsburg entre la emperatriz y el rey de Prusia, renunciando aquella a todas las pretensiones acerca de los Estados de éste; de modo que siete años de estragos dejaron a Europa en el mismo estado que antes.

1757

1763

La gloria de Federico II estaba en su apogeo; en el interior reunió éste tremendas fuerzas, introdujo manufacturas y artes, dio el Código Federico con la obra de Samuel Cocceyo y de Cramer y Suárez, que sin embargo no abolía las leyes consuetudinarias de los diversos países. Político sin conciencia, aunque había escrito el Antimaquiavelo, se reía de la religión como de la filosofía, y hablaba de libertad entendiendo la que tiene el rey de hacer lo que le cuadre.

260.- Costumbres. Opiniones. Literatura. Filosofía

Los ejemplos del regente de Luis XV corrompieron las costumbres en Francia: se extendieron los juegos ruinosos, los caballeros de industria, la obscenidad en el teatro, en las artes y en la literatura. La cortesanía se degradaba cada vez más con los príncipes y con las damas que hacían ostentación de libertinaje, y en cuyos salones se distribuían la gloria y la infamia; el esprit prevalecía sobre la verdad y la virtud.

Francmasonería Propusiéronse sostener la dignidad humana y la libertad política los Francmasones, sociedad que se había fundado en Inglaterra durante la revolución, y de allí se extendió a Francia, donde las logias se hicieron pronto independientes de las inglesas,

y donde, habiendo dejado su carácter serio, se aplicaron a las galanterías, a las reuniones de pasatiempo y diversión, al mutuo apoyo para obtener empleos a otras ventajas sociales. Quedaban siempre fines secretos, confiados únicamente a grandes personajes; y como la Francmasonería trabajaba para cambios radicales de la sociedad, la temieron los príncipes y prohibieron las logias, pero con la blandura que se usaba entonces, y contenidos por consejeros que pertenecían a ellas.

La literatura reflejaba el estado de la sociedad, dada al escepticismo, a la inmoralidad, a la idolatría del ingenio sutil y al afán del triunfo del momento. El esplendor que había adquirido bajo Luis XIV, degeneró en pedantería y fría elegancia. Distinguiéronse Vauvenargues, pensador profundo, y Le Sage, autor del Gil Blas y del Diablo Cojuelo, uno de los últimos que pintaron en vez de describir. Prévost y Marivaux compusieron novelas de mérito; y Pluche fue el distinguido autor del Espectáculo de la naturaleza.

La persecución hecha a los Protestantes excitoles a escribir libremente acerca de religión y de política, sobre todo en Holanda. Durante la revolución inglesa, muchos habían franqueado los confines de la crítica, hasta impugnar al cristianismo y los dogmas más universales, sustrayendo el pensamiento y la acción a las creencias comunes y a la autoridad ya de los sacerdotes, ya de los reyes, ya del sentido común.

Filosofistas Enrique Bolingbroke, nutrido de esta incrédula erudición, sostenía que la superstición (con cuyo nombre se designaban todas las religiones) solo había de dejarse al vulgo, librando de ella a las clases elevadas; sostenía que todo era empirismo, y que hasta el espíritu es un objeto físico. Esta ligereza se divulgó en Francia, y halló crédito y secuaces, por cuanto parecía fácil rehacer el corazón y el entendimiento humanos partiendo de datos arbitrarios, afirmando que el hombre se elevó poco a poco del estado salvaje por sus propias fuerzas, y que con éstas puede llegar a un progreso infinito; que le sirven de obstáculo las creencias religiosas; que es inmenso el poder de la palabra, y que con ésta se pueden determinar los sucesos, cambiar las situaciones, y dictar leyes generales.

Montesquieu El presidente Montesquieu (1689-1755), después de sus Cartas persas, redactó el Espíritu de las leyes, donde quiere hallar la razón y el puesto de las leyes de todos los tiempos, buenas o malas, recogiendo hechos sin crítica, y no viendo más que los accidentes, donde Vico veía generalidades independientes de los casos particulares; suponiendo formadas las civilizaciones por los grandes hombres, mientras que Vico no ve en los grandes hombres más que tipos de la civilización.

El abate de Saint-Pierre proponía reformas de hombre de bien, pero quiméricas, y soñaba en la paz perpetua.

Voltaire Voltaire (1694-1778) fue literato de primer orden en sus tragedias, en el poema La Henriada y en sus muchísimas poesías. Uniendo al escepticismo inglés su espíritu agudo y burlón, movió

guerra a todas las creencias filosóficas, religiosas y morales, sin fundar ninguna, introduciendo la costumbre de deslizarse sobre todo y no profundizar nada, afirmar francamente sin examen y sin temor de incurrir en errores, reírse de todo y de todos, de amigos y enemigos, de antiguos y contemporáneos. No se dirá que destruyó la moral, por cuanto ya vemos antes corrompidas las costumbres y sacudidas las creencias; siguiendo la corriente, Voltaire quiso agradar; creyó que las generaciones se emanciparían con la relajación de costumbres y la decadencia de las convicciones. Sus novelas tienden a la reforma por vía de la licencia. Sus historias son un conjunto de anécdotas no expurgadas, y dirigidas principalmente contra la autoridad eclesiástica, con erudición que parece vasta por su desfachatez. En el gran proceso de la humanidad, tal como era presentado por Bossuet y por Vico, no vio más que un cúmulo de accidentes, lo que hacía superfluo el estudio de la historia. Otros también la hacen inútil a fuerza de escepticismo, para la cual ya había abierto la brecha Bayle, que en el Diccionario aduce para todas las opiniones igual abundancia de pruebas. Volney llegó a afirmar que no hay certidumbre histórica sino desde que empezaron las Gacetas en Venecia. No se comprendían los tiempos, pues se pretendía parangonarlos siempre con el nuestro, encontrando ridículo o bárbaro todo lo que difería de una civilización convencional.

No faltaron, sin embargo, historiadores serios, como Rollin, que todo le admira en los Romanos y en los Griegos; como los Padres Maurinos, que coleccionaron las obras de los antiguos historiadores de Francia. Anquetil (Espíritu de la liga) no se eleva, pero se atreve a usar las expresiones de los antiguos cronistas. Boulanger, habiendo estudiado hasta los Orientales, delineó una historia universal. Hénault explicó la historia de Francia por medio de las leyes y las costumbres, y recomendó que se evitase el anacronismo de describir el siglo presente narrando otro. A imitación de su Compendio cronológico se hicieron cuadros, compendios e historias universales, entre ellas las de Mably y de Millot. Reynal se valió de la Historia de las dos Indias, para censurar todas las instituciones y razonar acerca de todo, declamando continuamente contra la perversidad de los hombres y de las cosas. Fréret llevó el examen negativo sobre los Evangelios.

De todo se servía Voltaire con su asombroso arte de hacerlo todo fácil y comprensible, para mover cuotidiana guerra a la sociedad y a la Providencia, valiéndose hasta de las ciencias, que entonces progresaban en Inglaterra, acumulando los errores más colosales, que no obstante son aceptados todavía como verdades por algún falso erudito. El ábate Guenée (Cartas de los Hebreos) le descubrió una infinidad de errores, y le señalaron otros Nonnotte y Larchos, a quienes él contestó poniéndoles en ridículo.

Difundíase, pues, la pretensión de saber de todo sin haber estudiado nada. Maupertuis sostiene que la materia es capaz de pensar, pero que existe Dios, y afirma que la naturaleza emplea siempre la menor parte posible de sus fuerzas. Buffon no niega a

Dios, pero quiere explicarlo todo por las leyes físicas, generales, necesarias. Bailly adoptó sus hipótesis acerca de la formación del mundo, y deducía la civilización de una Atlántida destruida. Volney registró las ruinas de los pueblos para pedirles testimonio de una antigüedad opuesta a las tradiciones bíblicas. Dupuys buscó el origen de los cultos en las fases de los astros. Cabanis, ilustre médico, pretendió demostrar que el temperamento, las enfermedades, los alimentos dan o quitan virtud y genio.

Con estas fáciles teorías, negábase el culto a los grandes pensadores, que eran calificados de insípidos o pedantes; reconstituíase la antigüedad, y se vilipendiaba a la Edad Media por dispensarse de estudiarla. Condillac, siguiendo las huellas de Locke, reducía toda la filosofía a sensación, y explicaba el origen de las ideas con la hipótesis de una estatua, a la cual atribuía un sentido después de otro; y esto se llamaba análisis. El barón de Holbac, que reunía a su mesa a los pobres pensadores que querían burlarse de Dios, en el Cristianismo revelado y en el Sistema de la naturaleza redújolo todo con intolerante fanatismo a materia y sensación, no dejando nada inviolado ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el corazón del hombre. A estas obras se añadían las Cartas chinas, judaicas y cabalísticas del marqués de Argens; los Vicios particulares en beneficio público de Mandeville; el Espíritu de Helvecio, que sostiene como única moral posible, la moral del interés. Más osado que los otros, Lamettrie celebró al hombre máquina, haciendo de él un reloj movido por las pasiones, una planta que el clima y la digestión convierten en héroe o asesino. Condorcet bosquejó un cuadro de los Progresos del espíritu humano, suponiéndolos ilimitados y augurando un espléndido porvenir. Era infinito el número de los que, con el título de análisis y de experiencia, establecían las hipótesis más vanas sobre el origen del hombre, del mundo, de la desigualdad y del lenguaje. Se pretendía poner remedio al fatalismo de las acciones y al egoísmo, con la ostentación de una filantropía inmodesta y la religión de los hombres honrados.

1750 Voltaire distribuía a todos reputación y gloria, como árbitro de una y otra. Federico II quiso tener de su parte a aquel rey de la opinión, y acogió triunfalmente a su persona y sus adulaciones; pero pronto las dos ambiciones chocaron y se separaron con trueque de ultrajes. Habiéndose retirado a Ferney, junto al lago de Ginebra, Voltaire recibía allí los homenajes de todo el mundo, y de allí mandaba a todo el mundo sus oráculos.

Enciclopedia Con la Enciclopedia (1759-82) se quiso ordenar las fuerzas divididas, para una batalla campal. Tomaron la dirección Diderot, dramaturgo exagerado, novelista obsceno, moralista ateo; y D'Alembert, ilustre matemático, que empleaba ciencia y lógica en sostener el materialismo. Este escribió el discurso preliminar de la Enciclopedia presentando el cuadro de los conocimientos humanos, cuasi para enorgullecer a la humanidad por lo que había obtenido y añadirle lo que le faltaba realizar. Establecido el árbol de los conocimientos humanos según Bacon, los trabajos eran distribuidos

entre muchos escritores, y para obtener cierta uniformidad entre la indisciplinada variedad de talentos secundarios Diderot, y D'Alembert revisaban los artículos; y cuando Diderot quedó solo en la dirección, no vacilaba en alterarlos, a fin de que estuviesen en consonancia con el intento general, que era la guerra al pasado, principalmente al cristianismo, que calificaban de infame.

La Enciclopedia fue prohibida, con lo cual fue más buscada, y más creída sin examen; obras y opúsculos repetían sus máximas, y la impiedad se difundía con la ligereza. Hasta en Inglaterra se adhirieron a ella genios ilustres, como el historiador Gibbon; en Alemania, periódicos y Universidades seguían su corriente; los que les combatían no se apoyaban más que en una religión natural, en el derecho natural, como Bonnet, Mendelssohn y Jacobi.

Rousseau A la renegación [sic] del sentimiento quiso oponerse el ginebrino Juan Jacobo Rousseau (1712-78), el cual, mientras Voltaire llevó una vida triunfal, se halló siempre en angustias, descontento de sí mismo y de los demás, receloso de todos, principalmente de los amigos. Después de haberse hecho católico, se volvió incrédulo, filósofo y enemigo de los filósofos, arrostrando la opinión pública, a la cual se sometía. A menudo se halló en la miseria, y por último fue suicida. Su primera disertación tendió a demostrar que el progreso de la cultura corrompe las costumbres. En el Origen de la desigualdad entre los hombres hostiga las instituciones sociales. En el Contrato social supone a los hombres pasando del estado salvaje a la vida civil mediante un contrato cuyas condiciones designa; pero rechazando el craso sensualismo, quiere difundir el sentimiento religioso, el amor a la humanidad, el cuidado de la educación, a la cual tenía por omnipotente. De esta se ocupa de un modo especial en el Emilio. Con su elocuencia y su sentimiento, se granjeó el favor de las mujeres, y conmovió con la novela de la Nueva Eloísa. Espíritu falso y de medianos conocimientos, es un tanto enfático y rebuscado; pero agradaba su modo de moralizar, y hablar de familia y de amor, cuando los escritores no daban muestras de tener corazón; gustaba aquella democrática franqueza en una época de tanta cortesanía, aquel afrontar a los filósofos como cobardes e impostores, cuando todo el mundo se postraba ante ellos, y tratar magníficamente los grandes asuntos para los cuales Voltaire no tenía más que una sonrisa sardónica.

Su discípulo Bernardino de Saint-Pierre (1737-1814), imaginaba reformas, y al mismo tiempo describía situaciones y afectos sencillos, como en Pablo y Virginia.

Aquella literatura era toda de polémica y pereció en gran parte, pero quedaron sus efectos: la ambición de creerse superior al pasado y capaz de todo gran mejoramiento; la ligereza en el tratar las cosas más serias; el desprecio del pasado y de la historia, considerada solo como un arsenal, donde cada uno toma las armas que más le convienen. Pocos cultivaban el arte con desinterés y la crítica sin pasión. Celebráronse los Elogios de Thomas, demasiado artificiosos. Marmontel mostró alguna independencia en los juicios literarios; al par que aparece elegantemente tímido La Harpe en su

Curso de Literatura, con todas las preocupaciones filosofísticas. Barthélemy estudió la Antigüedad, que desconocían casi todos sus contemporáneos, en su Viaje de Anacarsis, aunque desfigura la fisonomía griega dándole la expresión francesa. Jacobo Delille cantó los Jardines con elegancia, aunque sin fuerza.

En la tragedia, Ducis fue inferior a Voltaire, pero procuró dar a conocer a Shakespeare. Las comedias de Gresset, de Piron, de D'Harville, y las lacrimosas de Diderot desaparecieron ante las Bodas de Fígaro de Beaumarchais. Rousseau desaprobaba la manera de ser de los teatros, sin exceptuar las obras de Molière, a quienes prefería las morales.

261.- Filantropía. Ciencias sociales. Mejoras

Derecho Pretendiendo dar con abstracciones una moral a los hombres y a las naciones, esta filosofía conducía al error y a la nada. El derecho internacional, en la Edad Media, se había apoyado en las doctrinas evangélicas, y los papas cuidaban de que no fuese violado. Después de la Reforma, se pensó en darle otra base, que en suma era el equilibrio de las naciones. Después de la paz de Utrecht, se quiso que hasta el derecho fuese filosófico, con las ideas de la solidaridad universal y de la perfectibilidad; Burlamachi epilogó, refundió y expuso claramente en lengua vulgar las doctrinas de Grocio, Puffendorf y Barbeyrac, sentando la obligación de la felicidad del hombre y de la voluntad de cada individuo, y que siendo imposible este acuerdo, no debe intentarse innovación alguna. Wolf trató el derecho distintamente de la ética, y como consecuencia necesaria de la sociabilidad. Lo popularizó Vattel (1714-67) con el Derecho de gentes, considerando el derecho natural aplicado a las naciones, aunque modificado por la diferencia que existe entre estas y el individuo. No siendo posible a una nación el ejercicio inmediato de la soberanía, es preciso delegar los poderes a representantes.

Rousseau identifica el derecho con la soberanía, y sostiene que no puede haber ninguna ley obligatoria para el cuerpo popular, el cual nunca puede alienar su soberanía, y si quiere hacerse daño a sí mismo, no puede impedírselo nadie. De este modo niega la razón, el derecho y al mismo Dios.

Mably difundió y exageró estos conceptos, apoyándolos en la historia, repudiando la propiedad, queriendo la educación en común y la pobreza espartana. Rousseau (1712-78) modificaba el plan de paz perpetua del abate de Saint-Pierre (cap. 260), queriendo que las naciones contrajesen entre ellas un pacto social que evitase las guerras, mediante una confederación que sometiese las cuestiones a un arbitraje. En los demás autores, el derecho va siempre unido a la moral, a la política, a las leyes positivas, hasta que lo aislaron los filósofos kantistas (491). Desde entonces ha sido observado por

el lado práctico, es decir, en los tratados y los documentos, como hicieron Hénault, Moser y Martens.

Paz perpetua Bentham proclamó como única medida del derecho la utilidad, y sobre tal base concibió una paz perpetua con un tribunal arbitral. También la ideó Kant con un congreso permanente, y ya estallaban las guerras que ensangrentaron el siglo.

Economistas El desorden de la Hacienda y las crecientes necesidades de los gobiernos o de los príncipes, indujeron a estudiar el origen y la distribución de las riquezas. Los Economistas fueron los primeros que sugirieron doctrinales sistemas sobre los impuestos, el lujo y la agricultura. Quesnay (1694-1774) no veía más riqueza positiva que la procedente de la tierra y el producto neto que queda después de pagado el trabajo. Por el contrario, los fisiócratas sostenían con Gournay que, además de la tierra, producen valor nuevo las manufacturas; cada cual conoce su propio interés, mejor que un indiferente, de modo que los reglamentos y las trabas son perjudiciales para la producción. Turgot dividía los operarios en productivos, los agrícolas, y estériles, que sólo producen tanto como consumen.

Smith El verdadero creador de la ciencia económica fue el inglés Adam Smith (1723-90), el cual proclamó como verdadera riqueza el trabajo, puesto que sin él la tierra no daría fruto. Es rico el que produce o posee cosas que por medio del trabajo son reducidas a utilidades. El valor permutable con el cual puede uno procurarse muchas cosas (un diamante, por ejemplo), es distinto del valor útil, que no puede darse en cambio (el agua). La relación entre dos valores permutables, expresado por moneda, se llama precio, establecido por la renta, por el estipendio del trabajo y por la ganancia del empresario. La riqueza puede crearse, aumentarse, conservarse, acumularse, destruirse, y las clases manufactureras quedan emancipadas del predominio de las agrícolas. Tales doctrinas prevalecieron poco a poco en todas partes.

Economistas y fisiócratas habían logrado que se fijase la atención en las clases más numerosas y se buscase su mejora. Por tanto, se reformaron leyes y disposiciones; se constituyeron sociedades económicas; se mejoraron los hospitales; Parmentier difundió el cultivo de la patata, se estudiaron las manufacturas y todo lo que contribuía a la salud de las clases productoras; Chaptal aplicó la química a los usos ordinarios; Argan inventó las lámparas de doble corriente; se introdujeron aguas potables y bombas de incendios; se extendió la vacuna para aminorar los estragos de las viruelas, que tantas vidas quitaban (Montagu, Jenner); se educó a los sordo-mudos (De l'Epée) y a los ciegos. Hovard recorrió toda Europa para mejorar las cárceles; Arkwright (1731-92) enseñó el hilado a la máquina; Jacobo Watt (1736-1819) perfeccionó la máquina de vapor, y con Bulton la aplicó a las manufacturas.

Desplegándose así una bandera con el lema razón y filantropía, se movía guerra al pasado, se quería abolir la pena de muerte; atacábanse los usos particulares en nombre de los progresos abstractos; destruíanse los privilegios; las libertades individuales

eran concentradas en un solo punto, y sobre todo se hostigaba a la Iglesia, o a su eterna organización, como un resto de la Edad Media.

Abolición de los Jesuitas Fue un golpe maestro la abolición de los Jesuitas, que habían sido creados en oposición a la Reforma con reglas menos rigurosas, con la doctrina y la educación, y que al difundirse de una manera prodigiosa, habían dado insignes personajes y gran fruto en ciencias y misiones. Vimos cómo fueron combatidos por los Jansenistas (cap. 236) y en las colonias (cap. 199); el siglo negociante los acusaba de extraer de allí cuantiosas riquezas. Primeramente Portugal les hizo perder sus reducciones del Paraguay; los escritores les hicieron encarnizada guerra con la pluma; las Cortes borbónicas, no contentas con haberlos expulsado de sus Estados, se unieron para pedir y hasta imponer al Papa que los aboliese. Clemente XIV les dio satisfacción.

262.- Rusia

A pesar de la perversidad de la corte, la Rusia progresó hasta llegar a ser una de las principales potencias de Europa, que poco antes la consideraba como bárbara.

La Rusia ocupaba la octava parte de Europa, sobre la cual no contaba más que 20 millones de habitantes, aglomeraciones de gentes muy diversas. Catalina supo suceder a su marido Pedro, guiada por Menzikoff, de quien se cree que dio muerte a Pedro para sucederle, y que luego asesinó a Catalina en cuanto la vio buscar en nuevos amantes un apoyo para sustraerse a su dominio. Quería casar a su hija con el niño Pedro, pero éste murió, y Menzikoff fue suplantado por los Dolgoruki, los cuales hicieron coronar a Ana, imponiéndole pactos que ella aceptó con la intención de violarlos. En efecto, Ana arrojó a los Dolgoruki, y se dejó aconsejar por alemanes, sobre todo por Biren (492). Isabel, hija de Pedro el Grande, consiguió destronarla, haciendo degollar o arrojar a los extranjeros y restablecer los usos patrios. Venerada hasta como cabeza de la Iglesia, no perdonaba suplicios ni relegaciones, y 80 mil personas llenaron de gemidos la Siberia. Voluble en sus liviandades, a medida que cambiaba de amantes variaba de conducta y de política; en tanto, introducía artes, universidades y teatros; adquiría territorio con la guerra; domó a la Turquía; atemorizó a la Suecia; hizo temblar a Federico II, y sujetó a los Cosacos.

1727

1730

Isabel
1741

1762 Destinábase como sucesor a Pedro duque de Holstein, hijo de la primogénita de Pedro el Grande, y le dio por mujer a Catalina, la cual tomó en odio a su joven marido por lo vicioso que era, y secundada por sus amantes, quería truncarle el porvenir.

Al morir Isabel, le sucedió Pedro III, hombre tosco pero de buen corazón. Dio libertad a millares de contrabandistas y deudores, llamó a los desterrados y se lanzó a reformas importantes, militares y civiles, tomando por modelo a Federico II, y asumiendo el poder secular y el eclesiástico. Excitaba, pues, el descontento que fomentaba Catalina declarándose partidaria de los usos patrios. Estalló una insurrección, en la cual él fue muerto y Catalina proclamada autócrata. La reconoció Europa; ella se deshizo de los Orlof, sus cómplices; se captó las simpatías del pueblo y de los soldados; se hizo amiga de los filósofos de Francia, desposeyendo al clero y dictando gran número de leyes y ordenanzas que no se cuidó luego de hacer observar. Pero, ¿qué importa? Voltaire la elogiaba diciendo que, en adelante, la luz vendría del Norte.

Atenta a aumentar el imperio, conservaba la amistad de Inglaterra favoreciendo su comercio; minaba a la Francia y al Austria; intimidaba a la Prusia, batía a la Turquía y anudaba relaciones con la China y el Japón.

Polonia Su víctima fue la Polonia. Ésta había sido la mayor potencia del Norte; pero el incremento de los vecinos y su viciosa constitución interna, unida a las disensiones religiosas, la arruinaron. Cada vacante del trono era ocasión de disturbios y aun de guerras; Rusia, Prusia, Austria y Francia sostenían, ora a uno, ora a otro pretendiente. Después de Estanislao Lesczynski reinó el espléndido Augusto III, que tuvo 344 hijos naturales. En el interregno siguiente, Catalina intrigó a favor de los Czartoriski, e hizo elegir a Estanislao II Poniatowski. Entonces se encarnizaron más que nunca las discordias; intervinieron Rusos y Turcos, hasta que Austria, Prusia y Rusia acordaron repartirse la Polonia. Tocaron a la Rusia los gobiernos de Polozk y Mohileff con 1300000 almas; al Austria la Rusia Roja (Galitzia y Lodomiria) con 3300000 habitantes y las salinas; a la Prusia la Pomerania con 490 mil habitantes, que la ponía en comunicación con el Brandeburgo. Era el primer acto de oficial violación del derecho de gentes, el cual excitó entonces una viva reprobación que no ha olvidado la posteridad.

1736

1763
1772

Las demás potencias no hicieron más que protestar débilmente; el Gran Turco Mustafá hizo armas, pero Catalina supo excitarle inquietudes en Asia; los Polacos temblaron; muchos emigraron, y otros se dieron muerte; Estanislao proclamó la Constitución en la desmembrada Polonia, emancipando a las ciudades, introduciendo una

ley única, instituyendo el poder legislativo en los Estados, y el judicial en los tribunales, y además fijó la herencia. Pero Catalina lo desconcertó todo, y se propuso borrar del mapa el nombre de Polonia. Entonces se sublevaron los Polacos, y el valiente Kosciusco se puso al frente del movimiento, en tanto que bullía la Revolución francesa. Catalina manda decir que se ha puesto de acuerdo con el Austria y la Prusia para restringir el territorio de la república polaca, para que ésta sea más sabia y pacífica, y no fomente las ideas revolucionarias; Estanislao abdica: la Polonia es nuevamente desmembrada, reducida apenas a 3 millones de habitantes, aunque con la facultad de constituirse a su antojo, y con el libre culto para los católicos. Pero cuando quiere organizarse, se oponen los invasores; Kosciusco, vencido y prisionero, exclama: Finis Polonix. Se hace un tercer reparto, en el cual el Austria obtiene la Cracovia, y la Rusia toma la Curlandia, la Semigalia, Vilna y la Volinia con 1176000 cabezas; la Prusia obtiene 940000.

Estados musulmanes La Turquía proporcionaba a Catalina otras empresas. Acmet (493) III había perdido muchos países de Europa; sin embargo quitó la Morea a los Venecianos, y Azov a los Rusos. En Persia, con un gobierno despótico sobre poblaciones diversas, los gobernantes se abandonaban a la pereza y a los placeres de los serrallos; sólo Abbas el Grande tuvo cuarenta y dos años de glorioso reinado. Sus sucesores eran manejados por mujeres y por eunucos; entre las discordias, Rusia y Turquía trataban de apoderarse de porciones de territorio persa, y la implacable enemistad entre Sumnitas y Siítas prorrumpía en sangrientos conflictos.

1757 Los Turcos no supieron aprovecharse de las discordias europeas, y sucesivamente hicieron paces y guerras con Rusia y Austria. Reinaba entonces Mustafá III, rígido observador de las leyes, cuidadoso de la literatura, y de buen fondo, aunque hacía ahorcar y descuartizar a los súbditos culpables, como lo permitía la Constitución.

En los Griegos vivía aún la memoria de la antigua grandeza y el afán de la independencia. En Constantinopla se habían hecho necesarios para la enseñanza y la administración con el título de Fanariotas; otros recorrían mares y puertos como agentes de los Turcos; algunos estudiaban en las Universidades de Italia, y siempre cifraban su esperanza en la humillación de la Turquía. Catalina fomentaba sus disidencias; mandó traidoramente una flotilla a Corona, que tomó a Navarino y alcanzó en Gesmé la primera victoria naval de los Rusos, los cuales penetraron en la Valaquia y en la Crimea, mientras los Griegos se sublevaban en todas partes; los Tártaros de la Crimea quisieron hacerse independientes, y Catalina los confirió como principado a su Orlof. En efecto, fueron reconocidos como tales en la paz de Kainargi (494), concluida entre la Rusia y la Turquía; la Rusia restituyó las islas, la Valaquia y la Moldavia; pero se quedó con Azov y las dos Cabardias y no disimulaba sus intenciones de conquistar el mar Negro, desde el cual podía rendir por hambre a Constantinopla.

1770

1774

Abd-ul-Hamid, sucesor de su hermano Mustafá, encontró vacío el Tesoro, tanto que no pudo hacer a las tropas el donativo acostumbrado. Ya Catalina le preparaba nueva guerra con usurpaciones, con intrigas diplomáticas, y excitando a los Griegos y a los Tártaros de Crimea, en la cual entraron e hicieron estragos los ejércitos rusos, uniéndola luego a la Rusia, que tanto tiempo le había estado humillada. Se dio el título de Táurico a Potemkin, nuevo favorito de Catalina. Este quiso ofrecer a su señora un espectáculo de magnificencia y de mentira. Reunió a orillas del Borístenes un fuerte ejército, y con el arte de los pintores de teatro, hizo representar al país en un estado extraordinario de prosperidad, improvisó casas e iglesias, pintadas en lienzo, a orillas del río que parecían pobladas con los Tártaros traídos a latigazos. De este modo se ofrecía un engañoso espectáculo a la zarina (495) y a los reyes que la acompañaban.
1787

1789 Abdul-Hamid se sentía incapaz de resistir a la usurpadora; sin embargo, confiando en la Francia y escuchando las sugestiones de Federico III y de la Inglaterra, rompió las hostilidades para recuperar la Crimea. Catalina se alió con José II de Austria, que guió en persona el ejército, pero fue derrotado perdiendo 100 mil hombres y 300 millones, mientras que prosperaban los Rusos, guiados por el fanático Suwarof. Mas no era fácil abatir a un imperio, a favor del cual se aliaban Prusia, Polonia, Suecia, Inglaterra y Holanda. El Austria hizo la paz de Szistowe, restituyendo cuanto había tomado; después la misma Rusia firmó la paz de Jassy, que señaló por confines de los dos imperios el Dniéster.
1791
1792 Selim III sufrió las consecuencias de la Revolución francesa, que hasta en Turquía dejaba sentir su influencia poderosa.

Catalina dio organización interior a la Rusia, concedió privilegios a la nobleza; convocaba cada año a los ministros de los diferentes cultos a un banquete de tolerancia; introducía las modas y los libros franceses, ambicionando sobre todo los votos de la Francia, y mostrándose inclinada a las ideas de los enciclopedistas. Según éstos, mandó hacer ella un Código uniforme para las cien razas de su imperio; los filósofos la elogiaron, pero ella dejó sin aplicación el Código. En su reinado de cuarenta años, lleno de acontecimientos, hizo adelantar a los Rusos en saber y cultura más de lo que habían adelantado en un siglo. A las expediciones científicas por ella ordenadas, debemos los importantes trabajos

etnográficos de Pallas, Gmelin y Adelung; tuvo comunicaciones con la China; no podía suprimir la esclavitud, pero la moderó según las ideas filantrópicas dominantes.

263.- Escandinavia

A medida que se levantaba la Rusia, decaía la Suecia, que había perdido todas sus posesiones del golfo de Finlandia, y se hallaba pobre de hombres y de dinero desde las novelescas empresas de Carlos XII. Para evitar la vuelta de estos males, los nobles quisieron establecer una Constitución oligárquica, que acabó de desquiciar al país quitando autoridad y dignidad al rey, y dando alas a dos facciones, la de los Sombreros y la de los Gorros, los unos partidarios de los Franceses y los otros de los Rusos. Despechado y reducido a la nulidad, el rey Federico de Hesse-Cassel se entregaba al lujo y a los amores. Su cuñado y sucesor Adolfo Federico de Holstein supo conciliarse la amistad de la zarina, y viéndose esclavo de las dietas, abdicó. Sucediole Gustavo III, uno de los reyes más ilustres de su siglo, que parecía ocupado en letras y versos, mientras se preparaba el favor de los soldados y del pueblo, con el cual echó abajo la Constitución para dar otra nueva; tuvo a raya a los nobles; eximió a los campesinos de los servicios personales; introdujo las mejoras de la época; prohibió la destilación del aguardiente, de que se hacía gran abuso; permitió, en fin, la libertad de cultos. La Academia, fundada por él, tuvo insignes maestros; entre ellos Olao Rudbeck sostuvo que la Suecia fue el primer país habitado y cuna de la civilización. Las quimeras de Olao Magno sobre la antigüedad escandinava fueron disipados por Jacobo Wilde, recurriendo a las brujas. Olof de Dalin y Andrés Botin escribieron la historia patria; Shjöldebrand, Celsio y Gyllemborg, ensayaron la epopeya; Carlos Linneo se inmortalizó como botanista, y Swedenborg como visionario.
1751

Catalina de Rusia halagó a Gustavo, pero él no abandonaba la idea de devolver a la Suecia su antiguo esplendor; y cuando supo que la zarina estaba complicada en la guerra con la Turquía, invadió la Finlandia, y hubiera ocupado a San Petersburgo si no se hubiesen opuesto los nobles suecos, siempre ávidos de prevalecer sobre el rey. Domados éstos, Gustavo acumuló todos los poderes sobre el trono. Uniose a los demás reyes pasa reprimir la Revolución francesa, pero el coronel Ankarström lo asesinó en un baile. Había depositado un cofre lleno de escritos, que no debía abrirse sino cincuenta años después de su muerte; abriose y no se encontraron en él más que frivolidades.

1792

1699 De larga paz gozaba todavía Dinamarca bajo Federico IV, que procuró dar nueva vida al comercio, colonizar la Groenlandia y establecer Compañías en las Antillas. Más se debió aún a Federico V, quien, ayudado del ministro Bernstorf, no gran político, pero sí excelente administrador, hizo prosperar las fuentes de riqueza, señaló una pensión al poeta Klopstoch, llamó a literatos alemanes y franceses que excitaron la emulación, mandó a la Arabia al filólogo Michaelis, al naturalista Forskal, al anticuario Niebuhr y a otros, para que estudiaran aquellos países y aquellas costumbres. Una sociedad de sabios investigó las antigüedades prehistóricas y favoreció la cultura en Islandia.

1730

1716

Cristian VII volvió vicioso y exaltado de su viaje por Europa, y puso toda su confianza en Struensee, prusiano instruido y ambicioso, el cual, imbuido en las ideas filosóficas, quería de un golpe todas las reformas, sin tener en cuenta las costumbres del país. Luego el rey, celoso, hizo prender a su mujer y a su ministro, quien fue condenado a muerte en un vergonzoso proceso. Confiose el gobierno al príncipe heredero Federico, quien mandó llamar al ministro Bernstorf; dio nuevo impulso a la emancipación de los colonos, y sucedió a su padre en 1808. Por transacción de 1773, el Holstein había pasado a la casa real en cambio del Oldemburgo.

264.- Inglaterra. Era de los Jorges

La Inglaterra se hallaba al frente de toda la política, del comercio y de la industria, fomentada por el lujo, que aumentaba en toda Europa. Los Tory y los Whig, lejos de despedazar al país, eran el alma que los alentaba, los unos impulsando a las mejoras, los otros conteniendo en aplicarlas. La nueva dinastía arraigó, merced al temor que se tenía a los católicos y a la convicción de que era necesario optar entre el protestantismo y la servidumbre. Jorge, acostumbrado a la pequeña corte de Hannover, fastidiaba a la de un país cuyas artes, Constitución y lengua ignoraba; castigó atrozmente a los Jacobitas, después de un malogrado proyecto de desembarco de Jacobo III en Escocia, y se estableció que cada año se quemara en efigie al Papa y al pretendiente.

1727 Consolidar la casa de Hannover: tal fue el intento del gran ministro Walpole (1676-1745), mediante la paz de Europa y la alianza francesa; prudente a veces y temerario otras, hábil en rehuir

compromisos amistosos, excitando a la nación al lucro, comprando descaradamente los votos y llegando con tal motivo a despreciar a los hombres y a la opinión, supo afianzar la dinastía y aumentar la influencia de la clase media cuyas riquezas se habían acrecentado.

1727 Jorge II, pésimamente educado, egoísta y mujeriego, fue sostenido por su excelente mujer Sofía de Zelt y por Walpole. Adoptó contra éste toda clase de oposiciones, hasta que consiguió destituirlo, después de veinticinco años de ministerio. El pretendiente Jacobo Eduardo Estuardo (496) intentó un nuevo desembarco con subsidios de la Francia, y mediante las inteligencias esperaba pasar de Escocia a conquistar la Inglaterra, pero fue vencido en la jornada de Culloden, y murió en Florencia en 1788.

1745

Entonces cesó toda idea de restauración, y todos se aplicaron a mejorar las instituciones internas; en esta obra aparecen los inmortales nombres de Chatham (497), Grenville, North, Camden, Erskine, Mansfeld, Pitt, Fox, Burke, Wilberforce, Sheridan y otros. Pitt se alzó oponiéndose a la corrupción de Walpole; a fuerza de elocuencia, de persuasión y de probidad llegó a ministro, con carácter inflexible, dispuesto a sacrificarlo todo al bien de su nación, a fin de hacerla señora del mar y árbitra de la política. Si la guerra de los Siete Años hubiese durado, Inglaterra se hubiera hecho dueña de todas las colonias; sin embargo tuvo tiempo para quitar a la Francia el Canadá, la Luisiana y los bancos de la India.

1760 Hicieron jefe al príncipe de Gales los oposicionistas, los literatos, los adversarios de Walpole, pero él murió a la edad de cuarenta y cinco años, dejando un niño que a los veintidós subió al trono con el nombre de Jorge III; no era éste un hombre de genio, pero no carecía de habilidad, y ya no podía echársele en cara la usurpación del trono ni el degüello de los Jacobitas. Disgustados por la corrupción introducida, algunos querían ampliar la prerrogativa real a fin de que prevaleciese sobre la Cámara de los Comunes (Bolingbroke, Bute), pero Pitt prefería que Inglaterra creciese por sus conquistas; y no pudiendo llevar la guerra contra España, cayó del ministerio y le sucedió el conde de Bute. No consiguió éste extirpar la corrupción, que había tomado carta de naturaleza; los periodistas lo atacaron cruelmente, y fueron famosas las anónimas Cartas de Junio, de inexorable ironía contra los ministros.

1761

Fox había sido perpetuo adversario de Pitt y defensor de las ideas populares; acostumbrado al juego y a los placeres, y querido del pueblo, fue comprado por Bute. Entonces se alcanzó una reforma importantísima, que consistió en hacer inamovibles a los jueces.

Entre los Whig sobresalía el irlandés Burke, adversario del filosofismo, y deseoso de consolidar la Constitución patria, antes que invocarla, como quería Fox.

Al mismo tiempo que se empeñaban estas útiles luchas del patriciado de los propietarios con la plebe de los industriales, se realizaban grandes acontecimientos en América y en Asia.

265.- Estados Unidos

La Inglaterra había tomado pequeñísima parte en los descubrimientos de América, y sin embargo adquirió en ella preponderancia. Walter Raleigh (498) organizó una compañía mercantil que fundó colonias denominadas la Virginia en honra de Isabel, las cuales conservaron sus libres instituciones aun durante la revolución inglesa. Allí se refugiaban principalmente los perseguidos por cuestiones religiosas; sobre todo los católicos, que fundaron el Maryland, primer país donde se establecieron legalmente la libertad de conciencia y la paridad de todos los cultos. Los Puritanos se fijaron en la Nueva Inglaterra y en el Massachusetts (499); y su intolerancia hizo que otros fundaran las colonias que se llamaron Isla de Rodas, Nueva Hampshire y Connecticut. De este modo, entre los parciales tumultos de aquel siglo, crecía inobservada una fundación que fue su acontecimiento más importante.

Las luchas de los reyes Estuardos con el Parlamento dejaron que las colonias obrasen como independientes y se coaligaron para defenderse. La casa de Orange quiso amistarse con ellos por medio de ventajas comerciales. La Virginia fue el primer Estado del mundo que se formó de comunidades independientes, esparcidas por un vastísimo territorio y con el sufragio universal; esta y el Maryland estaban ya bien constituidos, y resistieron cuando Carlos II quiso obligar a las colonias a no llevar sus productos más que a Inglaterra y a recibir a los condenados. Del nombre de aquel rey tomó el suyo la Carolina, para la cual dictó Locke una pobre Constitución. Este rey cedió un vasto territorio a Guillermo Penn, fervoroso cuáquero, que estableció en él una colonia tranquila, laboriosa, modesta como su secta, y fundó a Filadelfia sobre el Delaware. Otras colonias se fundaron con los pobres de Inglaterra y con los Suizos (Georgia).

Pensilvania

Pronto las colonias inglesas se batieron con los franceses del Canadá, uniendo a la guerra la ferocidad de los salvajes. La paz de París aseguró a los Ingleses el Canadá y la Luisiana, además de las dos Floridas arrebatadas a España.

1763

Como las colonias inglesas no habían sido fundadas por gobierno alguno, sino por particulares ansiosos de seguridad y libertad de conciencia, se conservaban libres al estilo feudal inglés; no se

mezclaron con los indígenas como los Españoles, pero trabajaron fríamente para su destrucción, y nunca vencieron su preocupación contra la raza negra. Eran insignificantes los impuestos que se pagaban a Inglaterra, la cual sólo quería todas las ventajas del comercio. Mas como Inglaterra se esforzase en establecer allí el monopolio, los colonos pretendían que con emigrar no habían perdido ninguno de los derechos ingleses; habían prosperado mucho con el espíritu democrático, y se ejercitaban en el gobierno organizando la administración y la justicia.

Pero cuando después de la guerra de los Siete Años, los Ingleses se sintieron árbitros de la Europa, aunque faltos de dinero, quisieron imponer una tarifa sobre las mercancías que las colonias importaban directamente, como las muselinas de la India y el té de la China. Negáronse a propagarla los colonos, y como se obstinase el Parlamento, no quisieron recibir manufacturas inglesas, terrible modo de arruinar a un país que de ellas vive. Ponderando los derechos, se pensó en la independencia, se formó una confederación entre las colonias para compensarse recíprocamente de los daños que sufrieran; el impresor Benjamín Franklin sostenía la razón del país con artículos y opúsculos, y siéndole adeptos los filósofos de Francia, conquistaba las simpatías de Europa para la causa americana.

1764

Por último, rechazadas las manufacturas inglesas, prohibido el uso del té y del papel sellado, difundidos los periódicos, plantados muchos árboles de la libertad, las colonias se juntaron en un Congreso y extendieron una declaración de sus propios derechos, que veían amenazados por las nuevas leyes. De nuevo era ministro Pitt (lord Chatham), cuyos consejos hicieron prosperar a Inglaterra más que las victorias de Marlborough; aconsejaba que se accediese a la demanda, que se renovasen las leyes humillantes y que se retirase el ejército de Boston para realizar la reconciliación. Pero lord North hizo prohibir todo comercio con las colonias rebeldes y mandó a Gago a combatirlas. Los americanos le opusieron a Jorge Washington, gran patriota y capitán prudente, que con dilaciones y pequeños hechos de armas salvó a la patria y la libertad. En un nuevo Congreso fue declarada la independencia de los Estados Unidos de América.

1774

Washington

1776

Aquella causa se debatía diplomáticamente y en el parlamento, más que en los campos de batalla; fue vana toda tentativa de conciliación; y la Francia, deseosa de resarcirse de las humillaciones recibidas de Inglaterra en la guerra de los Siete Años, reconoció a los Estados Unidos, siendo la primera en dejar que fuesen voluntarios a batirse allí, como La Fayette; luego se alió

con la nueva república. España unió su flota a la francesa; se ensangrentaron los mares; el ejército inglés fue hecho prisionero en Yorktown, y en la paz de Versalles fue reconocida la independencia de los Estados Unidos.

1781

En éstos no tardaron en formarse partidos; pero la prudencia de Washington, Franklin, Jefferson y otros excelentes patriotas prevaleció, y se dio una Constitución republicana, en la cual los diferentes Estados conservan la soberanía interna con gobernadores respectivos; hay un parlamento común, al cual cada Estado envía un diputado bienal por cada 48 mil almas y dos senadores sexenales; a la cabeza de todo se halla un presidente cuaternal [sic]. Así, pues, se tomó de la Constitución inglesa lo mejor, excluyendo al rey. Así organizados, los Estados Unidos prosperaron de una manera prodigiosa, sin que en un siglo tuviesen necesidad de cambiar su constitución, ni siquiera a través de la única guerra habida entre ellos, guerra desmedida como su prosperidad.

1789 Su primer presidente fue Washington, héroe más grande que los antiguos y modernos cuya gloria procede de batallas ganadas, de pueblos sojuzgados y de libertades conculcadas.

266.- La India

La India se conservó hasta nuestros días casi tal como la había encontrado Alejandro Magno, dividida en muchos principados, uno de los cuales predominaba. Cuando la invadieron los Árabes fanatizados por Mahoma, se formaron allí muchas soberanías, que prestaban acatamiento alcalifa de Bagdad; pero la mayor parte de la India se conservaba libre, con el panteísmo brahmánico y budista, las castas, las minuciosas prescripciones. Ni siquiera en los países conquistados se mezclaba el Indio con el execrado Musulmán.

El puesto más eminente estaba ocupado por el Gran Mogol, descendiente de Tamerlán, depositario nominal de una autoridad ilimitada. Las provincias eran administradas en su nombre por gobernadores (Subab) que a menudo se enseñoreaban de ellas, y después de su autoridad seguía la de los muchos Príncipes indígenas de antiguo dominio. Pero bajo esta jerarquía feudal y administrativa subsistía el Común, presidido por un postel.

1535 Akbar el Grande, que derrotó a los Afganos, invadió a Bengala, Cachemira y el Sind, y conquistó el Decán, fue el verdadero fundador del imperio del Mogol, al cual dictó las Instituciones, queriendo además fundir las diferentes religiones del país en una sola. Abul Geanguir hizo un camino de 400 millas con árboles, pozos

y posadas, y trasladó la capital a Delhi. Aurengzeb realzó el imperio, con fabulosas riquezas; trató de deprimir a los Indios con el objeto de favorecer a los Musulmanes, y gobernó sobre cuarenta provincias que se extendían desde el 35º al 10º de latitud. Muerto él, se debilitó el imperio, y los rajaes (500) se hicieron casi independientes.

1636

Los Seikas, que dominaban entre el Indo y el Jumna, los Afganos, los Maratas, los Persas con Shah Nadir que había restaurado su imperio, hacían sucesivamente la guerra al Gran Mogol; pero resultaban más peligrosos los Portugueses, Holandeses y Franceses que se habían implantado alrededor. Los primeros habían sucumbido a los Holandeses, que fundaron establecimientos desde las islas de la Sonda hasta las costas del Malabar. Diferentes compañías francesas se extendieron también por aquellos puntos, y principalmente en las islas de Francia y de Bourbon. El gobernador Dupleix, no contento con que los Franceses fueran simplemente comerciantes, quiso que fuesen también dominadores, lo que consiguió sometiendo a 35 millones de habitantes en el Carnate y el Decán.

Celosos los Ingleses, se aprovecharon de las disidencias surgidas entre Dupleix y Labourdonnais, y ocuparon varios países. Después de memorables y dramáticas vicisitudes (Lally), con la pérdida de Pondichery termina la dominación francesa en la India, mientras que Inglaterra se engrandece con el Coromandel y Bengala. Lord Clive, osado y fuerte, disipó con pocos batallones europeos a los ejércitos indígenas, y obtuvo del Gran Mogol la investidura (501) de Bengala, Behao y Orixa (502) con 10 millones de habitantes, que gobernó a su antojo, aparentando que las órdenes procedían del Gran Mogol.

1761

Los Maratas, tribu del Decán, originaria de las montañas de Maharat en el reino del Visapur, eran de la casta de los Vaisías o mercaderes, suministraban una excelente caballería a los príncipes de la península, y habían molestado siempre al Gran Mogol. Haider Alí encumbrose entre ellos a la soberanía; dirigía la guerra con arte y buen éxito; se hizo príncipe de Misore (503) y Seru y rey de las doce mil islas (las Maldivas).

1760

Los Ingleses tuvieron entonces que combatir no ya contra Europeos, sino contra indígenas, y ensoberbecidos ya no disimularon la conquista; pusieron jueces y administradores ingleses, pensando explotar el país. Esto, unido a la inmoralidad y corrupción de los vencedores, disgustó a los indígenas, y todo empeoraba las condiciones de la Compañía, la cual, a pesar de tantas adquisiciones, no tenía siquiera con qué pagar los intereses. Esta se componía de accionistas, siendo necesario tener acciones por valor de 500 libras esterlinas para poder asistir a las sesiones, y

por valor de 2000 para poder entrar en la Junta, la cual constaba de un presidente, un vice-presidente, directores y vocales. Había un gobernador con plenos poderes en las tres presidencias de Bombay, Madrás y Calcuta; los empleos eran lucrosísimos, y por tanto en extremo codiciados. Su principal comerció consistía en telas (calicut (504), indiana, madrás, etc.), y la Compañía obtuvo que fuese expulsado todo el que traficase sin su permiso.
Compañía de las Indias

Aunque parezca extraño que el ser capitalista de una sociedad confiera el derecho de conquistador y legislador, el Parlamento disimuló, mientras la Compañía proporcionó grandes réditos; pero cuando ésta se halló en los indicados desórdenes, con una deuda de 220 millones de pesetas, mientras que el capital no pasaba de 120, el parlamento redujo el dividendo y el tributo, cambió la organización interior de la Compañía, la cual prosperó de nuevo; 100 comerciantes regresaban con inmensas fortunas de la India, país que reducían a la pobreza. Aquel latrocinio no podía ser reprimido por un representante plenipotenciario que el gobierno tenía allí. Trató de reformarla el gobernador Hastings, y limitar al mismo tiempo la conquista; pero pronto tuvo que permitir de nuevo los abusos. Estos fueron denunciados a la Cámara por Carlos Fox; luego el joven ministro Pitt hizo adoptar el bill de las Indias, concediendo al rey la elección de los directores, bajo un secretario de Estado; declarábanse contrarios al honor y a la política toda conquista y engrandecimiento; las súbditos ingleses podían ser procesados en Inglaterra por delitos cometidos en la India.

1774

Fue acusado Hastings, y su proceso es de los más famosos; Sheridan desplegó suma habilidad y elocuencia acusándolo; toda Europa tembló a la descripción de aquellos abusos; pero habiendo durado el proceso del 86 al 96, Hastings fue absuelto.

1783

Fox, Burke, Sheridan, secundando la filantropía a la moda, impugnaron a Inglaterra el derecho de conquista en la India, y sin embargo no podía obrarse de otro modo, pues cada país agregado ponía en contacto con otros, de los cuales había que asegurarse por medio de la sumisión. Cornwallis, que fue allí de gobernador con el firme propósito de permanecer en paz, estuvo en continua guerra, con enormes gastos.

1802

Era espléndida la situación del gobierno inglés en la India, pero la administración era espantosa. Todo se encaminaba a explotar a las clases trabajadoras, mientras permanecían en la inmunidad los Brahmanes, los mercaderes de la ciudad, las grandes familias musulmanas y los restos de los nobles indígenas, constituyendo otras tantas clases diferentes, cuyas costumbres, indolencia y doctrinas

no han podido ser modificadas por británicos odiados o despreciados; de modo que ni la conquista moral ni la religiosa han empezado todavía, Cornwallis procuró mejorar la condición de los arrendadores y el sistema judicial, pero no consiguió su objeto.

Hasta sobre la costa del Malabar, Haider-Alí buscaba en todas partes enemigos a los Ingleses y aún más a los Franceses. A este implacable enemigo sucedió Tippo Saíb, que se creyó destinado por el Profeta a exterminar a los Nazarenos de la India. Residía en Seringapatnam, protegiendo las artes y las ciencias, y acogiendo a los Franceses durante la revolución; pero los Ingleses lo asediaron después con decisión; y él cayó combatiendo heroicamente. Con la toma del Misore, quedó destruida la única potencia de que Francia podía esperar cooperación. Quedaban aún Birmanos (505), Maratas y Afganos, que durante todo un siglo han molestado a los Ingleses.

1783
1799

Semejantes acontecimientos excitaron a estudiar aquella antiquísima civilización, con sus monumentos y sus libros, con sus doctrinas que precedieron de varios siglos a las europeas y con su lengua de la cual las europeas son oriundas. A este fin fundó Jones, en 1784, la Sociedad Asiática de Calcuta, donde se establecieron imprentas, periódicos, jardín Botánico y academia de medicina.


editorial del cardo